

STEPHEN KING



EL INSTITUTO

PLAZA  JANÉS

STEPHEN KING

EL INSTITUTO

Traducción de
Carlos Milla Soler

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para mis nietos: Ethan, Aidan y Ryan

Sansón invocó a Yahveh y exclamó: «Señor Yahveh, dignate acordarte de mí, hazme fuerte nada más que esta vez para que de un golpe me venga de los filisteos por mis dos ojos». Y Sansón palpó las dos columnas centrales sobre las que descansaba la casa, se apoyó contra ellas, en una con su brazo derecho, en la otra con el izquierdo, y gritó: «¡Muera yo con los filisteos!». Apretó con todas sus fuerzas y la casa se derrumbó sobre los tiranos y sobre toda la gente allí reunida. Los muertos que mató al morir fueron más que los que había matado en vida.

Jueces 16, 28-30

Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundan en el profundo mar.

San Mateo 18, 6

Cuando tengas que elegir, ríete, grita; lo mires por donde lo mires, perderás.

PAUL SIMON

EL SERENO

Treinta minutos después de la hora prevista de despegue, el avión de la compañía Delta en que Tim Jamieson debería haber abandonado Tampa con destino a las luces brillantes y los altos edificios de Nueva York seguía estacionado ante la puerta de embarque. Cuando un empleado de Delta y una mujer rubia con una placa del servicio de seguridad entraron en la cabina, se oyeron premonitorios murmullos de insatisfacción entre los pasajeros hacinados en la clase turista.

—Escúchenme con atención, por favor —pidió el tipo de Delta alzando la voz.

—¿Va para largo el retraso? —preguntó alguien—. No nos dore la píldora.

—El retraso debería ser breve, y el capitán desea garantizarles que el avión tomará tierra más o menos a la hora prevista. No obstante, tiene que embarcar un agente federal, así que necesitamos que alguien le ceda su plaza.

Se elevó un gruñido de queja colectivo, y Tim vio que varias personas preparaban sus móviles por si acaso. Ya se habían producido conflictos en circunstancias similares.

—Delta Air Lines está autorizada a ofrecer un pasaje gratuito a Nueva York en el próximo vuelo, que saldrá mañana temprano, a las siete menos cuarto...

Se elevó otro gruñido.

—Paso —dijo alguien.

El empleado de Delta prosiguió, sin inmutarse.

—La persona en cuestión recibirá un vale por una noche de hotel, más cuatrocientos dólares. Oigan, no es mal trato. ¿Quién se presta?

No hubo voluntarios. La rubia de seguridad se limitó a observar en silencio la atestada cabina de clase turista con mirada omnisciente, pero en cierto modo sin vida.

—Ochocientos —propuso el tipo de Delta—. Más el vale de hotel y el pasaje gratis.

—Este tío parece el presentador de un concurso de la tele —refunfuñó un hombre sentado en la fila de delante de la de Tim.

Seguía sin haber voluntarios.

—¿Mil cuatrocientos?

Y nadie todavía. A Tim le pareció curioso, pero no del todo sorprendente. Y no solo porque tomar un vuelo a las siete menos cuarto implicara levantarse antes que Dios. Sus compañeros de viaje en la clase turista eran sobre todo familias de regreso a casa después de visitar distintas atracciones de Florida, parejas que lucían quemaduras playeras, y hombres corpulentos, rubicundos y aparentemente cabreados que casi con toda probabilidad viajaban a la Gran Manzana por negocios cuyo valor superaba con creces los mil cuatrocientos pavos.

Desde el fondo del avión alguien exclamó:

—¡Súmale un Mustang descapotable y un viaje a Aruba para dos, y puedes quedarte con nuestros asientos!

La ocurrencia arrancó carcajadas, aunque no demasiado cordiales.

El auxiliar de embarque miró a la rubia de la placa, pero si esperaba ayuda por su parte, no la recibió. La mujer continuó observando, sin mover más que los ojos. El hombre suspiró y dijo:

—Mil seiscientos.

De pronto Tim Jamieson decidió que quería salir de aquel puto avión y viajar al norte en autostop. Aunque ni siquiera se le hubiese pasado por la cabeza hasta ese momento, descubrió que podía imaginárselo, y con absoluta claridad. Allí estaba él, plantado en el arcén de la Interestatal 301 con el pulgar extendido, en algún lugar del centro del condado de Hernando. Hacía calor; bullían las moscas de San Marcos; en una valla publicitaria se anunciaba un abogado de resbalones y caídas; «Take It on the Run», de REO Speedwagon, sonaba a todo volumen desde un estéreo portátil colocado en el peldaño de hormigón de una caravana cercana, donde un hombre descamisado lavaba su coche; y al cabo de un rato pasaría un granjero cualquiera y lo recogería en una camioneta con un Jesucristo magnético en el salpicadero y un cargamento de melones en la caja posterior, hecha de tablas. Y lo mejor no sería siquiera llevar dinero en el bolsillo. Lo mejor sería estar allí plantado, solo, a kilómetros de esa puta lata de sardinas en la que pugnaban los olores a perfume, sudor y laca.

Con todo, lo segundo mejor sería estrujar la teta del gobierno para sacar unos dólares más.

Se irguió cuan alto era (una estatura totalmente normal, poco más de un metro setenta y cinco), se reacomodó las gafas en lo alto del puente de la nariz y levantó la mano.

—Que sean dos mil, más la devolución del billete en efectivo, y el asiento es suyo.

Resultó que el vale era para un hotel de mala muerte situado cerca del final de

la pista con mayor tráfico del Aeropuerto Internacional de Tampa. Tim se quedó dormido al arrullo de los aviones, despertó con más de lo mismo y bajó a ingerir un huevo duro y dos tortitas gomosas en el bufet de desayuno. Aunque distaba mucho de ser una exquisitez gastronómica, Tim comió con apetito y luego regresó a su habitación a esperar hasta que se hicieran las nueve, hora en que abrían los bancos.

Cobró sin problemas aquel dinero caído del cielo, porque el banco estaba informado de su visita y había aceptado el cheque de antemano; no tenía intención de quedarse esperando en aquel hotel de mala muerte hasta que autorizaran el pago. Cogió sus dos mil en billetes de veinte y cincuenta, dobló el fajo y se lo guardó en el bolsillo delantero izquierdo, recogió la bolsa de lona que había dejado con el guardia de seguridad del banco y pidió un Uber para que lo llevara a Ellenton. Allí pagó al conductor, caminó hasta el indicador de la 301-N más cercano y extendió el pulgar. Al cabo de quince minutos, paró un viejo con una gorra publicitaria de Case. En la caja de la camioneta no había melones, ni tablas en los laterales, pero por lo demás se ajustaba bastante a la escena que había visualizado la noche anterior.

—¿Adónde va, amigo? —preguntó el viejo.

—Bueno —dijo Tim—, a la larga a Nueva York. Supongo.

El viejo escupió el jugo del tabaco por la ventanilla.

—¿Y cómo se le ocurre ir allí a un hombre en su sano juicio? —Lo pronunció *zano* juicio.

—No lo sé —contestó Tim, aunque sí lo sabía; un antiguo compañero suyo de la policía le había contado que en la Gran Manzana abundaba el trabajo en el sector de la seguridad privada, incluidas algunas empresas que concederían más valor a su experiencia que a la absurda cagada que había puesto fin a su carrera policial en Florida—. Solo espero llegar a Georgia esta noche. Quizá me guste más aquello.

—Eso ya es otra cosa —dijo el viejo—. Georgia no está mal, sobre todo si le gustan los melocotones. A mí me dan cagalera. No le molesta que ponga música, ¿verdad?

—Para nada.

—Le advierto de que la pongo muy alta. Soy un poco duro de oído.

—Con estar en carretera, me doy por satisfecho.

Fue Waylon Jennings en lugar de REO Speedwagon, pero a Tim no le importó. Shooter Jennings y Marty Stuart siguieron a Waylon. Los dos ocupantes de la Dodge Ram embarrada escucharon y observaron la carretera que se desplegaba ante ellos. Recorridos ciento diez kilómetros, el viejo paró, se despidió de Tim inclinando ligeramente la gorra de Case y le deseó un día *eztupendo*.

Tim no llegó a Georgia esa noche —la pasó en un motel, también de mala muerte, próximo a un tenderete a pie de carretera en el que vendían zumo de naranja—, pero sí al día siguiente. En la localidad de Brunswick (donde habían inventado alguna clase de succulento estofado), trabajó dos semanas en una planta de reciclaje, empleo que tomó sin más reflexión que cuando había decidido ceder su asiento en el vuelo de Delta en Tampa. No necesitaba el dinero, pero le daba la impresión de que sí necesitaba ese tiempo. Estaba inmerso en un proceso de transformación y esto no sucedía de la noche a la mañana. Además, tenían una bolera justo al lado de un Denny's. Costaba superar una combinación como esa.

Plantado en la vía de acceso de Brunswick a la I-95, en dirección norte, con la paga de la planta de reciclaje, sumada al imprevisto ingreso de la aerolínea,

Tim tuvo la sensación de que, para ser un vagabundo, nadaba en la abundancia. Permaneció más de una hora bajo el sol, y se planteaba ya rendirse y regresar al Denny's a por un vaso de té frío y muy dulce cuando se detuvo una ranchera Volvo. Llevaba la parte de atrás llena de cajas de cartón. La anciana que iba al volante bajó la ventanilla eléctrica del lado del acompañante y examinó a Tim a través de unas gruesas lentes.

—Aunque no es usted grande, se lo ve musculoso —comentó—. No será un violador o un psicópata, ¿verdad?

—No, señora —respondió Tim, y pensó: Pero ¿cómo iba yo a delatarme si lo fuera?

—Claro, ¿qué iba a decir? ¿Viaja hasta Carolina del Sur? Eso parece indicar esa bolsa.

Un coche, dando un bocinazo, esquivó la ranchera y aceleró por la vía de acceso. Ella, sin inmutarse, mantuvo aquella mirada de expresión serena fija en Tim.

—Sí, señora. Voy hasta Nueva York.

—Lo llevaré hasta Carolina del Sur, aunque no me adentre mucho en ese estado sumido en la ignorancia, a cambio de una ayudita. Favor con favor se paga, no sé si me entiende.

—Una mano lava a la otra —contestó Tim con una sonrisa.

—Aquí no hay nada que lavar, pero suba.

Tim obedeció. La mujer se llamaba Marjorie Kellerman, y dirigía la biblioteca de Brunswick. Además, pertenecía a la Asociación de Bibliotecas del Sureste, una organización que, según dijo, no tenía dinero porque «Trump y sus compinches se lo han retirado. Tienen la misma comprensión de la cultura que un burro del álgebra».

A ciento cinco kilómetros al norte, todavía en Georgia, paró ante la diminuta biblioteca de un pueblo llamado Pooler. Tim descargó las cajas de

libros y las entró con una carretilla. Del mismo modo cargó otra docena de cajas poco más o menos en el Volvo. Esas, le explicó Marjorie Kellerman, iban destinadas a la biblioteca pública de Yemassee, a unos setenta y cinco kilómetros al norte, ya en Carolina del Sur. Pero poco después de que dejaran atrás Hardeeville, se interrumpió su avance. Una caravana de coches y camiones obstruía ambos carriles, y detrás del Volvo se acumulaban por momentos otros automóviles.

—Vaya, cuando pasa esto, es un verdadero fastidio —protestó Marjorie—, y en Carolina del Sur, por lo que se ve, siempre pasa. Los muy rácanos se resisten a ensanchar la carretera. Ha habido un accidente más adelante y, con solo dos carriles, nadie puede seguir. Voy a tirarme medio día aquí. Señor Jamieson, queda eximido de otras obligaciones. Yo que usted abandonaría este vehículo, volvería a la salida de Hardeeville y probaría suerte en la Interestatal 17.

—¿Y todas esas cajas de libros?

—Ah, ya encontraré otra espalda fuerte que me ayude a descargarlas —dijo ella, y le sonrió—. Para serle sincera, al verlo allí plantado, bajo el intenso sol, he decidido vivir un poco peligrosamente.

—Bueno, si lo tiene claro. —El embotellamiento empezaba a producirle claustrofobia. De hecho, así se había sentido al verse atrapado en la cabina de clase turista del vuelo de Delta—. Pero si no, me quedo. Tampoco es que tenga un plazo que cumplir ni nada por el estilo.

—Lo tengo claro —afirmó ella—. Ha sido un placer conocerlo, señor Jamieson.

—Lo mismo digo, señora Kellerman.

—¿Necesita ayuda monetaria? Si es así, puedo desprenderme de diez dólares.

Tim se conmovió y sorprendió —no por primera vez— ante la bondad y la

generosidad corrientes de la gente corriente, en particular de las personas que no tenían mucho que dar. Estados Unidos seguía siendo un buen sitio, por más que algunos (incluido él, de vez en cuando) opinaran lo contrario.

—No, no me hace falta. Gracias por el ofrecimiento.

Le estrechó la mano, se apeó y desanduvo el camino por el arcén de la autopista hasta la salida de Hardeeville. Como en la Interestatal 17 no encontró de inmediato a nadie dispuesto a llevarlo, recorrió a pie tres o cuatro kilómetros hasta el cruce con la Estatal 92. Allí, un indicador señalaba hacia la localidad de DuPray. Para entonces era ya media tarde, y Tim decidió que le convenía buscar un motel donde pasar la noche. Sin duda sería otro lugar de mala muerte, pero las otras opciones —pasarla al raso y ser devorado vivo por los mosquitos o en el establo de alguna granja— resultaban aún menos apetecibles. Enfiló, pues, hacia DuPray.

Los grandes acontecimientos basculan sobre bisagras pequeñas.

4

Al cabo de una hora, sentado en una roca al borde de la calzada de dos carriles, esperaba a que un tren de mercancías en apariencia interminable acabase de cruzar la carretera. El convoy iba en dirección a DuPray a una parsimoniosa marcha de cincuenta kilómetros por hora: furgones, portaautomóviles (la mayoría con coches siniestrados, no con vehículos nuevos), cisternas, vagones plataforma, bateas cargadas de Dios sabía qué sustancias nocivas que, en caso de descarrilamiento, prenderían fuego al pinar o verterían efluvios tóxicos y acaso letales sobre la población de DuPray. Por fin pasó un furgón de cola naranja donde un hombre con peto, sentado en una hamaca, leía un libro en rústica y fumaba un cigarrillo. Levantó la vista y

saludó con la mano a Tim, que le devolvió el gesto.

El pueblo, a tres kilómetros, se hallaba construido en torno al cruce de la Estatal 92 (allí llamada Main Street) con otras dos calles. Por lo visto, DuPray había escapado en gran medida a las cadenas de tiendas que habían invadido las poblaciones de mayor tamaño; había un Western Auto, pero estaba cerrado y tenía los cristales de las ventanas embadurnados de jabón. Tim vio una tienda de comestibles, una farmacia, un comercio que daba la impresión de vender un poco de todo y un par de peluquerías. Había también un cine de cuya marquesina colgaba un cartel de SE VENDE O ALQUILA, un local de recambios para coche que se presentaba jactanciosamente como DuPray Speed Shop, una tienda de trucajes y un restaurante llamado Bev's Eatery. El pueblo tenía tres iglesias, una metodista y dos sin denominación, todas en la onda «Jesús, camino de salvación». Había poco más de una veintena de coches y camionetas de uso agrícola dispersos por las plazas de aparcamiento en batería de la zona comercial. En las aceras apenas se veía a nadie.

Al cabo de tres manzanas, y otra iglesia, dio con el motel DuPray. Más allá, donde Main Street, cabía suponer, se convertía de nuevo en la Estatal 92, había otro paso a nivel, una estación de tren y una hilera de tejados metálicos que relucían al sol. Detrás de esas construcciones se extendía el pinar. En conjunto, a Tim le pareció un pueblo sacado de una balada country, una de esas canciones nostálgicas de Alan Jackson o George Strait. El motel tenía un letrero viejo y herrumbroso, lo que inducía a pensar que tal vez estuviera tan cerrado como el cine, pero la tarde ya declinaba y parecía la única opción en el pueblo por lo que se refería a alojamiento, de modo que Tim se dirigió hacia allí.

A medio camino, pasado el ayuntamiento de DuPray, llegó a un edificio de ladrillo con espalderas cubiertas de hiedra en las fachadas. En el césped, bien cortado, se alzaba un cartel que proclamaba que aquello era la oficina del

sheriff del condado de Fairlee. Tim pensó que el condado debía de estar en las últimas, si ese pueblo era la capital.

Delante había dos coches patrulla aparcados. Uno de ellos era un sedán tirando a nuevo, y el otro, un 4Runner viejo y enlodado con una luz estroboscópica en el salpicadero. Tim miró en dirección a la entrada —el vistazo casi inconsciente de un vagabundo con bastante dinero en el bolsillo—, dio unos pasos más y se volvió de golpe para observar detenidamente los tablones de anuncios que había colgados a ambos lados de la puerta de dos hojas. Pensó que debía de haber leído mal uno de los anuncios en concreto, pero quería asegurarse.

No en los tiempos que corren, pensó. Imposible.

Aunque sí era posible. Junto a un cartel en el que se leía **SI CREE USTED QUE LA MARIHUANA ES LEGAL EN CAROLINA DEL SUR, PIÉNSESELO MEJOR**, otro rezaba sin más: **SE BUSCA SERENO. RAZÓN EN EL INTERIOR.**

Vaya, pensó. Eso sí que es una regresión en toda regla.

Se volvió hacia el oxidado letrero del motel y, pensando en la oferta de trabajo del anuncio, se detuvo de nuevo. En ese preciso instante se abrió una de las puertas de la comisaría y salió un agente pelirrojo, alto y desgarrado, poniéndose la gorra. El sol tardío reverberó en su placa. Se fijó en la indumentaria de Tim: las botas de faena, los vaqueros polvorientos y la camisa azul de cambray. Posó la vista un momento en la bolsa de lona que llevaba al hombro y, acto seguido, en su cara.

—¿Puedo ayudarlo en algo, caballero?

Tim se vio asaltado entonces por el mismo impulso que lo había inducido a levantarse en el avión.

—Probablemente no, pero ¿quién sabe?

El policía pelirrojo era Taggart Faraday, ayudante del sheriff. Acompañó a Tim al interior, donde desde los cuatro calabozos situados al fondo llegaban los olores a lejía y amoníaco habituales. Después de presentarle a Veronica Gibson, la ayudante de mediana edad que se encargaba esa tarde de la centralita, Faraday pidió a Tim que le enseñara el permiso de conducir y al menos otro documento de identidad. Lo que Tim mostró, además del carnet de conducir, fue su placa del Departamento de Policía de Sarasota, sin la menor intención de ocultar el hecho de que carecía de validez desde hacía nueve meses. No obstante, los dos ayudantes del sheriff cambiaron ligeramente de actitud al verla.

—No es usted vecino del condado de Fairlee —dijo Ronnie Gibson.

—No —admitió Tim—. Para nada. Pero podría serlo si consiguiera el puesto de sereno.

—El salario es modesto —advirtió Faraday—, y en todo caso no me corresponde a mí decidirlo. El responsable de las contrataciones y los despidos es el sheriff Ashworth.

—Nuestro último sereno se retiró y se mudó a Georgia —informó Ronnie Gibson—. Tenía ELA, la enfermedad esa de Lou Gehrig. Un buen hombre. Los golpes de la vida. Pero allí tiene a quien cuide de él.

—Siempre son los buenos los que pillan esas mierdas —comentó Tag Faraday—. Dale una instancia, Ronnie. —Dirigiéndose a Tim, añadió—: En esta oficina somos muy pocos, señor Jamieson: una dotación de siete agentes, dos de ellos a tiempo parcial. Es lo máximo que pueden permitirse los contribuyentes. Ahora mismo el sheriff está de patrulla. Si no ha llegado a eso

de las cinco, cinco y media como mucho, es que se ha ido a casa a cenar y no vuelve hasta mañana.

—En todo caso pasaré aquí la noche. En el supuesto de que el motel esté abierto, claro.

—Ah, me parece que Norbert tiene unas cuantas habitaciones, sí —dijo Ronnie Gibson. Intercambió una mirada con el pelirrojo, y los dos se echaron a reír.

—No será un establecimiento de cuatro estrellas, imagino —aventuró Tim.

—Sin comentarios —respondió Gibson—, pero yo que usted, antes de meterme en la cama, echaría un vistazo a las sábanas por si hay alguno de esos bichitos rojos. ¿Por qué dejó el Departamento de Policía de Sarasota, señor Jamieson? Aún es joven para retirarse, diría yo.

—De eso hablaré con su jefe, si es que me concede una entrevista.

Los dos agentes intercambiaron otra mirada, más larga.

—Venga, Ronnie, dale una instancia a este hombre —dijo Tag Faraday—. Encantado de conocerle. Bienvenido a DuPray. Compórtese debidamente, y nos llevaremos bien. —Dicho esto, se marchó, dejando abierta a interpretaciones la otra opción: qué ocurriría si se portaba mal. Por la ventana enrejada, Tim vio que el 4Runner abandonaba su plaza marcha atrás y se alejaba por la corta calle principal de DuPray.

La instancia estaba prendida de un sujetapapeles. Tim se sentó en una de las tres sillas adosadas a la pared del lado izquierdo, dejó la bolsa de lona entre los pies y empezó a rellenar el impreso.

Sereno, pensó. Mira por dónde.

El sheriff Ashworth —sheriff John para la mayoría de los vecinos del pueblo, así como para sus ayudantes, descubrió Tim— era un hombre de vientre abultado y andar lento, con carrillos de basset y poblado cabello blanco. Tenía una mancha de ketchup en la camisa del uniforme. Llevaba una Glock al cinto y una sortija con un rubí en el meñique. Con acento marcado, poseía esa cordialidad natural de la gente sureña, pero en sus ojos, muy hundidos en las cuencas carnosas, se advertía una expresión sagaz e inquisitiva. Podría haber sido un actor encasillado en la típica película de temática sureña, como por ejemplo *Pisando fuerte*, salvo por el hecho de que era negro. Y por otro detalle: en la pared, junto al retrato oficial del presidente Trump, colgaba un marco con un certificado de graduación de la Academia Nacional del FBI, en Quantico. Una titulación así no se conseguía enviando tapas de cajas de cereales por correo.

—Veamos —dijo el sheriff John, retrepándose en la silla de su despacho—. No tengo mucho tiempo. Marcela se enfada cuando llego tarde a cenar. A menos que haya alguna emergencia, claro.

—Entendido.

—Vayamos directos a la parte interesante, entonces. ¿Por qué dejó el Departamento de Policía de Sarasota y qué hace aquí? Carolina del Sur no es zona de paso y DuPray, aún menos.

Era poco probable que Ashworth llamara a Sarasota esa noche, pero lo haría por la mañana, así que no tenía sentido tratar de darle gato por liebre. En cualquier caso, tampoco era la intención de Tim. Si no lograba el puesto de sereno, pasaría la noche en DuPray y al día siguiente reanudaría su entrecortado avance hacia Nueva York, un viaje que había pasado a entender como un paréntesis necesario entre lo que había ocurrido un día de finales del año anterior en el centro comercial Westfield de Sarasota y lo que pudiera ocurrir a continuación. Pero, al margen de todo eso, la sinceridad era la mejor

política, aunque solo fuese porque generalmente las mentiras —y más en una época en la que casi toda la información estaba al alcance de cualquiera con un teclado y conexión wifi— se volvían contra el mentiroso.

—Me dieron a elegir entre la renuncia y el despido. Opté por la renuncia. No fue agradable para nadie, y menos para mí. Me gustaba mi trabajo y me gustaba la costa del golfo de México... pero fue la mejor solución. Así recibo algo de dinero, muy lejos de la pensión completa, pero mejor que nada. La mitad va a parar a mi exmujer.

—¿La causa? Y simplifique para que pueda tomarme la cena antes de que se enfríe.

—No me llevará mucho. En noviembre, un día acabé mi turno y paré en el centro comercial Westfield para comprarme unos zapatos. Tenía una boda. Todavía iba de uniforme, ¿entiende?

—Entiendo.

—Cuando salía de Shoe Depot, una mujer pasó corriendo y me dijo que en la planta de arriba, al lado del cine, un adolescente había sacado una pistola. Así que subí a toda prisa.

—¿Desenfundó?

—No, señor, entonces no. El chico armado tenía unos catorce años, y me aseguré de que no estuviera borracho ni colocado. Estaba dándole patadas a otro crío caído en el suelo. Además, lo apuntaba con el arma.

—Eso me recuerda aquella historia de Cleveland, la del poli que disparó al niño negro que llevaba una pistola de aire comprimido.

—Eso mismo tenía yo en la cabeza cuando me acerqué, aunque el poli que disparó a Tamir Rice juró que había pensado que el chico empuñaba un arma de verdad. Yo estaba casi convencido de que la pistola que veía no lo era, pero no podía estar *del todo* seguro. Quizá sepa usted por qué.

El sheriff John Ashworth parecía haberse olvidado de la cena.

—Porque el sujeto en cuestión apuntaba con ella al chico tendido en el suelo. No tiene sentido apuntar a alguien con un arma falsa. A no ser, supongo, que el chico del suelo no se hubiera dado cuenta.

—El autor de los hechos declaró después que estaba *agitándola* delante del crío, no apuntándolo con ella. Decía: «Es mía, capullo, no me quites lo que es mío». Yo eso no lo vi. A mí me pareció que estaba apuntándolo. A gritos, le pedí que soltara el arma y levantara las manos. O no me oyó o no me prestó atención. Sencillamente siguió pateando al otro y apuntándolo. O agitando el arma, si es lo que hacía. El caso es que entonces desenfundé. —Se interrumpió —. Por si supone alguna diferencia, añadiré que aquellos chicos eran blancos.

—Para mí, no la hay. Los chicos se peleaban. Uno estaba en el suelo y el otro le hacía daño. Ese tenía lo que podía ser, o no, un arma real. ¿Le disparó, entonces? Dígame que no llegó a ese punto.

—Nadie resultó herido de bala. Pero, como ya sabrá, la gente tiende a congregarse alrededor de una pelea a puñetazos para mirar y suele dispersarse en cuanto aparece un arma.

—Por supuesto. Si tienen una pizca de sensatez, salen por piernas.

—Eso ocurrió, salvo por unos cuantos que, aun así, se quedaron.

—Los que estaban grabándolo con los móviles.

Tim asintió.

—Cuatro o cinco aspirantes a Spielberg. La cuestión es que apunté al techo e hice lo que supuestamente era un disparo de advertencia. Tal vez fuese una mala decisión, pero en ese momento consideré que era la acertada. La única posible. En esa parte del centro comercial hay lámparas colgadas del techo. La bala impactó en una de ellas, que cayó de pleno en la cabeza de un mirón. El crío soltó el arma, y en cuanto esta tocó el suelo, supe con certeza que no era de verdad, porque rebotó. Resultó ser una pistola de agua, de plástico, idéntica a una cuarenta y cinco automática. El chico del suelo tenía

magulladuras y cortes a causa de las patadas, aparentemente nada que requiriera puntos de sutura, pero el mirón quedó inconsciente y pasó así tres horas. Conmoción cerebral. Según su abogada, tiene amnesia y unos intensos dolores de cabeza.

—¿Demandó al departamento?

—Sí. Va para largo, pero el tipo acabará sacando algo.

El sheriff John reflexionó unos instantes.

—Si ese individuo se quedó allí para grabar el altercado, puede que no consiga gran cosa, por mucho que le duela la cabeza. Supongo que el departamento lo acusó de uso imprudente del arma reglamentaria.

Así era, y ojalá, pensó Tim, quedara ahí la cosa. Sin embargo, había más. Es posible que el sheriff John pareciera una versión afroamericana del Jefe Hogg de *Dos chalados y muchas curvas*, pero no tenía un pelo de tonto. Saltaba a la vista que se hacía cargo de la situación de Tim —casi cualquier policía habría adoptado la misma actitud—, aunque debía verificar la información de todos modos. Era mejor que escuchara el resto de la historia de boca del propio Tim.

—Antes de entrar en la zapatería, pasé por Beachcombers y me tomé un par de copas. Los agentes que acudieron al lugar de los hechos y detuvieron al muchacho me olieron el aliento y me hicieron la prueba de alcoholemia. Di cero seis, por debajo del límite legal pero no lo suficiente teniendo en cuenta que acababa de disparar mi arma y mandar a un hombre al hospital.

—¿Bebe usted normalmente, señor Jamieson?

—Durante los seis meses posteriores al divorcio, bastante, pero de eso hace dos años. Ya no. —Que es, por supuesto, lo que cualquiera diría, pensó.

—Ajá, ajá, a ver si lo he entendido bien. —El sheriff alzó un grueso índice—. No estaba de servicio y, por tanto, si no hubiera llevado el uniforme, esa mujer, ya de entrada, no habría acudido a usted.

—Seguramente no, pero yo habría oído el alboroto y habría ido de todos modos. En realidad, un policía siempre está de servicio. Como sin duda sabe usted.

—Ajá, ajá, pero ¿habría llevado usted el arma encima?

—No, la habría dejado guardada en el coche.

Ashworth levantó un segundo dedo para señalar ese punto y, acto seguido, añadió un tercero.

—El chico portaba lo que probablemente era un arma falsa, pero podría haber sido auténtica. Fuera como fuese, usted no tenía forma de estar seguro.

—Eso es.

A continuación asomó el cuarto dedo.

—Su disparo de advertencia dio en una lámpara, que no solo cayó del techo, sino que además impactó en la cabeza de un testigo inocente. Si es que se puede llamar testigo inocente a un gilipollas que estaba grabando la escena con el móvil.

Tim asintió.

El sheriff levantó el pulgar.

—Y, casualmente, antes de que se produjera el altercado, había ingerido dos bebidas alcohólicas.

—Sí. Y aún iba de uniforme.

—Mala decisión, mal..., cómo dicen, mal *criterio*. Aun así, debo admitir que tuvo usted una racha de mala suerte demencial. —El sheriff John tamborileó con los dedos en el borde de su escritorio. Se oyó el repiqueteo del anillo con el rubí que llevaba en el meñique—. Tengo la impresión de que una historia tan insólita tiene que ser verdad, pero creo que llamaré a su lugar de trabajo anterior y lo comprobaré yo mismo. Aunque solo sea para oírla otra vez y volver a quedarme pasmado.

Tim sonrió.

—Estaba bajo las órdenes de Bernadette DiPino, la jefa de policía de Sarasota. Y más le vale llegar a casa a la hora de la cena o su mujer va a ponerse hecha una furia.

—Ajá, ajá, ya me preocuparé yo de Marcy. —El sheriff se inclinó sobre su vientre. Tenía los ojos aún más brillantes—. Si le hiciera ahora la prueba de alcoholemia, señor Jamieson, ¿qué saldría?

—Hágamela y lo averiguará.

—Creo que prescindiré de ella. Creo que no hace falta. —Se echó atrás; la silla emitió otro chirrido lastimero—. ¿Por qué iba a querer el puesto de sereno en un poblacho de tres al cuarto como este? Pagamos cien dólares semanales, y aunque apenas hay problemas de domingo a jueves, las noches de viernes a sábado pueden complicarse. El club de striptease de Penley cerró el año pasado, pero en las inmediaciones hay varios bares y tabernas.

—Mi abuelo fue sereno en Hibbing, Minnesota, el pueblo donde Bob Dylan pasó unos años de su infancia, ¿sabe? Trabajó allí tras retirarse de la Policía del Estado. Él es el motivo de que quisiese ser poli de niño. He visto el cartel y he pensado... —Tim se encogió de hombros. ¿Qué *había* pensado? Más o menos lo mismo que cuando aceptó el empleo en la planta de reciclaje. No gran cosa. Se le ocurrió que, puestos a estar entre la espada y la pared, al menos desde el punto psicológico tal vez fuera preferible acercarse a la pared.

—Tras los pasos de su abuelo, eh. —El sheriff John entrelazó las manos sobre su considerable vientre y fijó en Tim aquellos ojos brillantes e inquisitivos, muy hundidos en bolsas de grasa—. Se considera retirado, ¿esa es la idea? ¿Solo anda buscando algo con lo que matar el tiempo? Un poco joven para eso, ¿no cree?

—Retirado de la policía, sí. Eso se acabó. Un amigo me dijo que podía conseguirme trabajo en seguridad en Nueva York, y yo buscaba un cambio de aires. Quizá no tenga que ir hasta Nueva York para encontrarlo. —Imaginó que

lo que en realidad buscaba era un cambio de actitud. Tal vez no fuera a conseguirlo con el puesto de sereno, pero... a saber.

—¿Divorciado, ha dicho?

—Sí.

—¿Hijos?

—No. Ella quería, yo no. No me consideraba preparado.

El sheriff John revisó la instancia de Tim.

—Aquí dice que tiene usted cuarenta y dos años. En la mayoría de los casos, puede que no en todos, si a esa edad uno no está preparado... —Bajó la voz gradualmente y, al mejor estilo policial, esperó a que Tim llenara el silencio. Tim no se prestó—. A lo mejor su destino es Nueva York, señor Jamieson, pero ahora mismo va a la deriva. ¿Es justo decirlo?

Tim reflexionó y coincidió en que sí.

—Si le doy el trabajo, ¿cómo sé que en dos semanas o un mes no se empeñará en seguir a la deriva sin más? DuPray no es el sitio más interesante del mundo, ni siquiera de Carolina del Sur. Lo que le pregunto es cómo puedo saber que es usted de fiar.

—Me quedaré. Siempre en el supuesto de que tenga usted la impresión de que hago bien el trabajo, claro. Si decide que no, écheme. Si decido seguir mi camino, lo avisaré con tiempo de sobra. Se lo prometo.

—Ese empleo no basta para ganarse la vida.

Tim se encogió de hombros.

—Ya buscaré otra cosa si la necesito. ¿Va a decirme que sería el único de por aquí que recurre al pluriempleo para llegar a fin de mes? Y tengo unos ahorrillos para ir tirando al principio.

El sheriff John siguió allí inmóvil durante un rato, meditando, y de pronto se puso en pie, con sorprendente agilidad para un hombre de su constitución.

—Venga mañana por la mañana y ya veremos qué puede hacerse al

respecto. A eso de las diez estaría bien.

Así tendrá tiempo para hablar con el Departamento de Policía de Sarasota, pensó Tim, y ver si las versiones concuerdan. Y de paso averiguar si hay alguna otra mancha en mi historial.

Se levantó también él y tendió la mano. El sheriff John tenía un apretón firme.

—¿Dónde va a alojarse esta noche, señor Jamieson?

—En el motel que hay calle abajo, si queda alguna habitación libre.

—Ah, Norbert tendrá habitaciones de sobra —respondió el sheriff—, y dudo que intente venderle hierba. Todavía tiene usted cierto aire de policía, diría yo. Si digiere bien los fritos, Bev's, en esta misma calle, está abierto hasta las siete. Yo personalmente prefiero el hígado con cebolla.

—Gracias. Y gracias por atenderme.

—De nada. Una conversación interesante. Y cuando vaya al DuPray, pídale a Norbert una de las habitaciones buenas; dígame que lo ha dicho el sheriff John.

—Lo haré.

—Aun así, yo que usted, antes de meterme en el catre, echaría un vistazo por si hay chinches.

Tim sonrió.

—Ese consejo ya me lo han dado.

La cena en Bev's consistió en filete de pollo empanado, judías verdes y, de postre, tarta de melocotón. No estuvo mal. Otra cosa fue la habitación que le asignaron en el motel DuPray. Hizo que aquellas en las que se había alojado

durante su vagabundeo hacia el norte semejaran palacios. El aire acondicionado encajado en la ventana vibraba afanosamente, pero apenas enfriaba. La alcachofa oxidada de la ducha goteaba y, al parecer, no había forma de evitarlo. (Acabó por poner una toalla debajo para amortiguar el golpeteo constante.) La pantalla de la lamparilla de noche tenía un par de quemaduras. El único cuadro de la habitación —una inquietante composición que representaba un velero tripulado íntegramente por negros risueños y posiblemente homicidas— estaba torcido. Tim lo enderezó, aunque volvió a torcerse de inmediato.

Fuera había una hamaca plegable. Tenía el asiento combado y las patas tan oxidadas como la alcachofa estropeada de la ducha, pero lo sostuvo. Allí sentado, con las piernas extendidas, espantando los mosquitos a manotazos, contempló la luz del sol entre los árboles, anaranjada como la de un alto horno. La imagen le inspiró felicidad y melancolía al mismo tiempo. A eso de las ocho y cuarto, otro tren de carga casi interminable cruzó la estatal y dejó atrás los almacenes de las afueras del pueblo.

—Ese maldito mercancías del sur de Georgia siempre pasa con retraso.

Tim se volvió y descubrió junto a él al propietario y único empleado nocturno de aquel selecto establecimiento. Estaba flaco como un palo de escoba. Un chaleco con estampado de turquesas colgaba de la parte superior de su cuerpo. Llevaba un pantalón al tobillo caqui, idóneo para exhibir los calcetines blancos y las Converse viejas. Un corte de pelo anticuado, a lo Beatle, encuadraba una cara que recordaba vagamente la de una rata.

—¿Cómo dice? —preguntó Tim.

—Da igual —contestó Norbert, y se encogió de hombros—. El tren de las siete nunca para aquí. El de las doce de la noche pasa *casi* siempre sin parar, a no ser que tenga que descargar gasoil o fruta y verdura para la tienda de comestibles. Hay un empalme más abajo. —Cruzó los índices para ilustrarlo

—. Una línea va a Atlanta, Birmingham, Huntsville, sitios así. La otra viene de Jacksonville y sigue hacia Charleston, Wilmington, Newport News, sitios así. Los mercancías diurnos sí paran casi todos. ¿Está planteándose trabajar en los almacenes? Allí siempre les faltan uno o dos hombres. Aunque hay que tener la espalda fuerte. Yo no estoy hecho para eso.

Tim lo miró. Norbert arrastró los pies y esbozó una sonrisa, dejando a la vista unos dientes que, a juicio de Tim, se habían echado a perder. Estaban allí, pero no por mucho tiempo al parecer.

—¿Dónde ha dejado el coche?

Tim siguió mirándolo.

—¿Es poli?

—Ahora mismo soy un hombre que contempla la puesta de sol entre los árboles —contestó Tim—, y preferiría hacerlo solo.

—Ya me callo, ya me callo —respondió Norbert, y se batió en retirada, deteniéndose solo para lanzar una mirada escrutadora con los ojos entornados por encima del hombro.

Al final, el tren de mercancías acabó de pasar. Las luces rojas del paso a nivel se apagaron. Se levantaron las barreras. Los dos o tres vehículos que aguardaban arrancaron y se pusieron en marcha. Tim observó cómo el sol anaranjado iba tiñéndose de rojo a medida que se ocultaba: «Sol poniente en cielo grana, buen tiempo para mañana», habría dicho su abuelo. Observó las sombras de los pinos alargarse y fundirse a través de la Estatal 92. Estaba casi seguro de que no conseguiría el puesto de sereno, y quizá fuera mejor así. DuPray parecía alejado de todas partes, no ya un lugar apartado en un camino secundario, sino un lugar adonde no llegaba ningún camino. De no ser por aquellos cuatro almacenes, el pueblo probablemente no existiría. ¿Y cuál era *la razón de ser* de esos almacenes? ¿Guardar televisores procedentes de algún puerto septentrional como Wilmington o Norfolk para que finalmente los

despacharan a Atlanta o Marietta? ¿Guardar cajas de componentes de ordenador llegados desde Atlanta para que finalmente volvieran a cargarlos y los despacharan a Wilmington, Norfolk o Jacksonville? ¿Guardar fertilizantes o sustancias químicas peligrosas porque en esa parte de Estados Unidos no había ninguna ley que lo prohibiera? Cuando uno vueltas y más vueltas daba, a ninguna conclusión llegaba, eso lo sabía hasta el más tonto.

Entró, cerró con pestillo (una estupidez: la puerta era tan frágil que cualquiera la echaría abajo de una patada), se quedó en calzoncillos y se tendió en la cama, combada pero sin chinches (al menos en la medida en que había podido comprobarlo). Entrelazó las manos detrás de la cabeza y fijó la mirada en el cuadro de los negros risueños que tripulaban la fragata o como demonios se llamaran esos barcos. ¿Adónde iban? ¿Eran piratas? A él le parecían piratas. Fueran lo que fuesen, al final todo se reduciría a cargar y descargar en el siguiente puerto de escala. Quizá todo se reducía a eso. Y todos. No hacía mucho él se había descargado de un avión de Delta con destino a Nueva York. Después había cargado latas y botellas en una máquina clasificadora. Ese mismo día había cargado libros para una amable bibliotecaria en un lugar y los había descargado en otro. Estaba allí solo porque la I-95 iba cargada de tráfico, coches y camiones a la espera de que la grúa retirase el coche accidentado de algún desdichado. Probablemente después de que una ambulancia cargara al conductor y lo descargara en el hospital más cercano.

Pero un sereno no carga ni descarga, pensó Tim. Solo camina y llama a las puertas. Miel sobre hojuelas, habría dicho su abuelo.

Se durmió, solo para despertar a las doce de la noche, cuando pasó otro mercancías con su ruidoso traqueteo. Fue al baño y, antes de volver a la cama, descolgó el cuadro torcido y dejó a la tripulación de negros risueños de cara a la pared.

Aquel maldito cuadro le daba repelús.

8

Cuando sonó el teléfono de la habitación a la mañana siguiente, Tim ya estaba duchado y, de vuelta en la hamaca, observaba el desplazamiento en sentido opuesto de las sombras que habían cubierto la carretera al ponerse el sol. Era el sheriff John. No perdía el tiempo.

—Señor Jamieson, he pensado que su antigua jefa no estaría aún en la oficina tan temprano, así que he buscado su nombre por internet. Según parece, omitió un par de detalles en su solicitud. Tampoco los sacó a la luz en nuestra conversación. En 2017 recibió una condecoración por salvar una vida y en 2018 fue elegido agente del año del Departamento de Policía de Sarasota. ¿Es que se le olvidó?

—No —contestó Tim—. Solicité el puesto de buenas a primeras. Si hubiese tenido más tiempo para pensar, lo habría añadido.

—Cuénteme lo del caimán. Me crie a orillas del pantano Little Pee Dee y me encantan las historias de caimanes.

—Esta no es muy buena, porque el caimán no era muy grande y no salvé la vida al niño. Pero sí tiene su lado gracioso.

—Oigámosla.

—Llegó un aviso del Highlands, que es un campo de golf privado. Yo era el agente más cercano. El niño se había subido a un árbol cerca de uno de los obstáculos de agua. Tenía once o doce años, algo así, y gritó hasta desgañitarse. El caimán estaba al pie del árbol.

—Eso me recuerda el cuento del Negrito Sambo —comentó el sheriff John—. Solo que, si la memoria no me engaña, salían tigres en lugar de un caimán

y, si hablamos de un campo de golf, me juego lo que sea a que el crío de ese árbol no era negro.

—No, y el caimán estaba más dormido que despierto —dijo Tim—. Mediría un metro y medio. Metro ochenta como mucho. Le pedí un hierro cinco al padre del niño... fue él quien me propuso para la condecoración... y le aticé un par de veces.

—Atizó al caimán, imagino, no al padre.

Tim se rio.

—Exacto. El caimán volvió al obstáculo de agua, el crío bajó del árbol y ahí se acabó la historia. —Guardó silencio un momento—. Solo que esa noche salí en las noticias. Empuñando un palo de golf. El presentador, en broma, dijo que ahuyenté al caimán con mi *drive*. Humor de golfistas, ya me entiende.

—Ajá, ajá, ¿y lo de Agente del Año?

—Bueno —respondió Timmy—, siempre era puntual, nunca cogí una baja por enfermedad, y a alguien tenían que elegir.

Al otro lado de la línea se produjo un silencio de varios segundos. Después el sheriff John dijo:

—No sé si a eso se le llama falsa modestia o baja autoestima, pero, sea lo que sea, no me gusta mucho lo que oigo. Sé que, con lo poco que hace que nos conocemos, puede resultar ofensivo, pero soy de los que dicen lo que piensan. No me muerdo la lengua, según algunos. Mi mujer, para empezar.

Tim miró la carretera, miró la vía del ferrocarril y miró las sombras en retroceso. Lanzó una ojeada a la torre de agua del pueblo, que se alzaba como un robot invasor en una película de ciencia ficción. Ese día volvería a apretar el calor, intuyó. E intuyó algo más. Podía conseguir ese empleo o perderlo en ese preciso momento. Todo dependía de lo que dijera a continuación. La duda era: ¿de verdad lo quería, o no había sido más que un antojo surgido de una anécdota familiar acerca del abuelo Tom?

—¿Señor Jamieson? ¿Sigue ahí?

—Me gané ese honor. También lo merecían otros policías... trabajé con algunos agentes excelentes, pero sí, me lo gané. No me llevé muchas cosas al marcharme de Sarasota, tenía intención de encargarme que me mandaran el resto si encontraba algo estable en Nueva York... pero sí me llevé esa distinción. La tengo en la bolsa. Se la enseñaré si quiere.

—Sí quiero —respondió el sheriff John—, pero no porque no le crea. Sencillamente me gustaría verla. Está usted absurdamente sobrecualificado para el trabajo de sereno, pero si de verdad lo quiere, empieza esta noche a las once. De once a seis, ese es el horario.

—Lo quiero —contestó Tim.

—De acuerdo.

—¿Así, sin más?

—También soy de los que confía en su olfato, y estoy contratando a un sereno, no a un vigilante de transporte blindado para la compañía Brinks, o sea que sí, así sin más. No hace falta que se pase por aquí a las diez. Duerma un poco más y venga a eso de las doce. La agente Gullickson lo pondrá al corriente. No le llevará mucho tiempo. Tampoco es ingeniería aeroespacial, como suelen decir, aunque verá pasar más de un cohete de carretera por Main Street los sábados por la noche después de que cierren los bares.

—De acuerdo. Y gracias.

—Ya veremos si me da las gracias después de su primer fin de semana en el puesto. Una cosa más. No es usted ayudante del sheriff ni está autorizado a llevar un arma de fuego. Si se encuentra en una situación que lo desborda o que considera peligrosa, comuníquese por radio con la comisaría. ¿Conforme?

—Sí.

—Más le vale, señor Jamieson. Si descubro que va armado, seré yo quien la arme, y tendrá que hacer las maletas.

—Entendido.

—Pues descanse un poco. Está a punto de convertirse en una criatura de la noche.

Como el conde Drácula, pensó Tim. Colgó el cartel de NO MOLESTAR en la puerta, corrió la fina y ajada cortina de la ventana, puso la alarma del móvil y se volvió a dormir.

9

La ayudante Wendy Gullickson, agente a tiempo parcial de la oficina del sheriff, diez años más joven que Ronnie Gibson, era una preciosidad, pese a que llevaba el cabello rubio recogido en un moño tan apretado que parecía chirriar. Tim no hizo ningún intento de seducirla; saltaba a la vista que ella mantenía en alto y plenamente activado el escudo antiseducción. Se preguntó por un momento si ella habría pensado en otra persona para el puesto de sereno, tal vez un hermano o un novio.

Le entregó un plano de la zona comercial de DuPray —poca cosa—, una radio portátil para que se la sujetara al cinto y un reloj con temporizador que también iba al cinto. No llevaba pila, explicó la ayudante Gullickson; había que darle cuerda al principio de cada turno.

—Seguro que era tecnología punta en 1946 —comentó Tim—. La verdad es que tiene su gracia. Es retro.

Ella no sonrió.

—Pulse el temporizador a la altura de Fromie, una tienda de ventas y mantenimiento de motores pequeños, y otra vez delante de la estación de tren, en el extremo oeste de la calle principal. Eso son dos coma seis kilómetros, ida. Ed Whitlock hacía cuatro rondas en cada turno.

Lo que equivalía a algo más de veinte kilómetros.

—No necesitaré a los Weight Watchers cuando me salte la dieta, eso seguro. La agente siguió sin sonreír.

—Ronnie Gibson y yo le prepararemos un calendario. Tendrá dos noches libres por semana, probablemente los lunes y los martes. El pueblo suele estar muy tranquilo después del fin de semana, pero a veces puede que tengamos que cambiar los días. Si es que se queda, claro.

Tim cruzó las manos delante del regazo y la observó con una leve sonrisa.

—¿Tiene algún problema conmigo, ayudante Gullickson? Si es así, hable ahora o calle para siempre.

Tenía la tez de un tono claro, nórdico, de modo que le fue imposible ocultar el rubor que asomó a sus mejillas. En realidad la favorecía, pero a ella debió de exasperarla igualmente, supuso Tim.

—No sé si lo tengo o no. Solo el tiempo lo dirá. Somos un buen equipo. Pequeño pero bueno. Todos tiramos del carro. Usted no ha hecho más que entrar de la calle y le ha caído un empleo. La gente del pueblo se ríe del sereno, y Ed se tomaba bien todas las pullas, pero es un trabajo importante, y más en un pueblo con tan pocos efectivos policiales como el nuestro.

—Más vale prevenir que curar —respondió Tim—. Solía decir mi abuelo, que era sereno, agente Gullickson. Por eso presenté la solicitud para el puesto.

Es posible que eso la ablandara un poco.

—En cuanto al temporizador, estoy de acuerdo en que es arcaico. Lo único que puedo decirle es que se acostumbrará a él. El trabajo de sereno es un empleo analógico en una era digital. Al menos en DuPray.

Tim no tardó en descubrir a qué se refería. En esencia, venía a ser un poli de ronda en torno a 1954, solo que sin pistola ni porra siquiera. Carecía de autoridad para efectuar detenciones. Algunos de los establecimientos más grandes del pueblo estaban equipados con sistemas de seguridad, pero la mayoría de los negocios más pequeños carecían de esos avances tecnológicos. En lugares como la tienda, La Mercantil, o la farmacia, Oberg's Drug, se limitaba a comprobar que las luces verdes del sistema de seguridad estuvieran encendidas y no hubiera señal de intrusos. En los locales más pequeños, sacudía los pomos y los tiradores de las puertas, escrutaba por los escaparates y daba los tres golpes tradicionales. De vez en cuando obtenía una respuesta —un saludo con la mano o unas palabras—, pero por lo general, no, y ya estaba bien así. Trazaba una marca con tiza y seguía adelante. En el recorrido de vuelta aplicaba el mismo procedimiento, solo que borrando las marcas a su paso. El proceso le recordaba un viejo chiste irlandés: «Si llegas allí primero, Paddy, haz una marca de tiza en la puerta. Si soy yo quien llega primero, la borraré». No parecía existir ninguna razón práctica para las marcas; era simplemente la tradición, que quizá se remontara, a través de una larga sucesión de serenos, a la época de la Reconstrucción.

Gracias a uno de los ayudantes del sheriff a tiempo parcial, Tim encontró un sitio aceptable donde alojarse. George Burkett le dijo que su madre tenía un pequeño apartamento amueblado encima del garaje y que, si le interesaba, se lo alquilaría bien de precio.

—Son solo dos habitaciones, pero no está mal. Mi hermano vivió allí un par de años antes de marcharse a Florida. Encontró trabajo en ese parque temático de la Universal en Orlando. Tiene un sueldo decente.

—Me alegro por él.

—Sí, pero tal como andan los precios en Florida... uf, por las nubes. Una advertencia, Tim: si te quedas con el apartamento, no puedes poner música

muy alta de noche. A mi madre no le gusta la música. Ni siquiera le gustaba el banjo de Floyd, que tocaba como si se acabara el mundo. Discutían por eso cosa mala.

—George, casi nunca estoy en casa por la noche.

El agente Burkett —de unos veinticinco años, jovial y de buen corazón, sin los lastres de una gran inteligencia innata— se alegró al oírlo.

—Claro, lo olvidaba. La cuestión es que hay una pequeña unidad Carrier, nada del otro mundo, pero enfría lo suficiente para que puedas dormir... al menos Floyd podía. ¿Te interesa?

A Tim le interesaba, y aunque el aparato de aire acondicionado de ventana ciertamente no era nada del otro mundo, la cama era cómoda, el salón, acogedor, y la ducha no goteaba. La cocina se reducía a un microondas y un calentaplatos, pero de todas formas comía casi siempre en Bev's, así que tampoco suponía ningún problema. Y el alquiler era inmejorable: setenta a la semana. George había descrito a su madre como una especie de basilisco, pero la señora Burkett resultó ser una santa, con un acento del Sur tan cerrado que Tim no entendía ni la mitad de lo que decía. A veces la mujer le dejaba un trozo de pan de maíz o de pastel envuelto en papel de cera delante de la puerta. Era como tener un duende sureño por casera.

Norbert Hollister, el dueño del motel con cara de rata, no se había equivocado con respecto a Storage & Warehousing, los almacenes próximos a la estación; padecían una escasez crónica de mano de obra y siempre estaban dispuestos a contratar. Tim suponía que en empresas donde el trabajo era manual y se pagaba el salario mínimo permitido por la ley (en Carolina del Sur equivalía a siete dólares y veinticinco centavos la hora), los cambios de personal eran muy habituales. Fue a ver al capataz, Val Jarrett, que estaba dispuesto a contratarlo tres horas diarias, desde las ocho de la mañana. Eso le dejaba tiempo para adecentarse y comer algo después del turno de sereno. Así

pues, además de cumplir con sus obligaciones nocturnas, se dedicaba una vez más a la carga y descarga.

Así es la vida, se dijo. Así es la vida. De momento.

11

A medida que pasaba el tiempo en aquel pueblecito del Sur, Tim Jamieson entró en una rutina tranquilizadora. No tenía intención de quedarse en DuPray el resto de su vida, pero se veía aún allí en Navidad (tal vez colocando un diminuto árbol artificial en su diminuto apartamento de encima del garaje), quizá hasta el verano siguiente, incluso. No era un oasis cultural, y entendía por qué casi todos los jóvenes no veían la hora de escapar de ese aburrimiento monocromo, pero Tim se deleitaba en él. Aunque estaba seguro de que con el tiempo eso cambiaría, por el momento se sentía a gusto.

Se levantaba a la seis de la tarde; cenaba en Bev's, a veces solo, a veces con algún ayudante del sheriff; hacía sus rondas durante las siete horas siguientes; desayunaba en Bev's; manejaba una carretilla elevadora en Storage & Warehousing de DuPray hasta las once; tomaba un bocadillo y una Coca-Cola o un té muy dulce a la sombra de la estación; volvía a casa de la señora Burkett; dormía hasta las seis. Los días libres, a veces dormía doce horas de un tirón. Leía novelas de abogados de John Grisham, y devoró la saga *Canción de hielo y fuego* entera. Era un gran admirador de Tyrion Lannister. Tim sabía que había una serie de televisión basada en los libros de Martin, pero no tenía el menor interés en verla; la imaginación le proporcionaba todos los dragones que necesitaba.

Como policía, había llegado a conocer bien el lado nocturno de Sarasota, tan distinto de los días de olas y sol de ese retiro vacacional como Mr. Hyde

del Dr. Jekyll. Ese lado nocturno era a menudo nauseabundo y en ocasiones peligroso, y aunque tras diez años en las fuerzas del orden nunca había caído tan bajo como para utilizar la detestable expresión policial «NHI» —ningún humano implicado— para referirse a los adictos muertos y las prostitutas maltratadas, sí había desarrollado cierto cinismo. De vez en cuando (más bien *a menudo*, se decía cuando era sincero consigo mismo) se llevaba esos sentimientos a casa, y pasaron a formar parte del ácido que corroyó su matrimonio. Suponía que esos sentimientos también eran parte de la razón por la que se había cerrado tanto a la idea de tener un hijo. El mundo andaba muy mal. Eran demasiadas las cosas que podían torcerse. Un caimán en un campo de golf era lo mínimo.

Cuando aceptó el empleo de sereno, no habría creído que un municipio de cinco mil cuatrocientos habitantes (muchos en las zonas rurales de las afueras) pudiera tener lado nocturno, pero DuPray lo tenía, y Tim descubrió que le gustaba. La gente que conoció en el lado nocturno era, de hecho, lo mejor del trabajo.

Estaba la señora Goolsby, con quien intercambiaba saludos en forma de gesto o de callado hola casi todas las noches al inicio de la primera ronda.

Ella se mecía suavemente en el balancín de su porche mientras bebía de una taza que podía contener tanto whisky como algún refresco o incluso manzanilla. En ocasiones allí seguía cuando pasaba de vuelta. Fue Frank Potter, uno de los ayudantes con quien cenaba a veces en Bev's, quien le contó que la señora G. había perdido a su marido hacía un año. Durante una ventisca, el enorme tráiler de Wendell Goolsby se había salido de la carretera en Wisconsin.

—Aún no ha cumplido los cincuenta, pero Wen y Addie llevaban juntos mucho mucho tiempo —explicó Fran—. Se casaron cuando ninguno de los dos tenía edad para votar o comprar alcohol. Como en esa canción de Chuck

Berry, la de la boda adolescente. Esa clase de relación normalmente no dura mucho, pero en su caso funcionó.

Tim también conoció a Annie la Huérfana, una sintecho que muchas noches dormía en un colchón inflable en el callejón que separaba la oficina del sheriff de La Mercantil de DuPray. En un campo situado detrás de la estación de tren, disponía además de una pequeña tienda de campaña en la que dormía cuando llovía.

—En realidad se llama Annie Ledoux —dijo Bill Wicklow cuando Tim le preguntó. Bill era el ayudante del sheriff de DuPray de mayor edad, un agente a tiempo parcial que aparentemente conocía a todo el pueblo—. Lleva años durmiendo en ese callejón. Lo prefiere a la tienda.

—¿Qué hace cuando llega el frío? —preguntó Tim.

—Se va a Yemassee. Suele llevarla Ronnie Gibson. Son familia, primas lejanas o algo así. Allí tienen un refugio para personas sin hogar. Annie dice que prefiere no ir a menos que no le quede más remedio, porque, según ella, está lleno de pirados. Yo le digo: «Mira quién fue hablar, amiga mía».

Tim echaba un vistazo a su escondrijo en el callejón una vez cada noche, y un día, después del turno en el almacén, se pasó por la tienda de campaña, más que nada por curiosidad. Delante, sobre cañas de bambú hincadas en la tierra, ondeaban tres banderas: una nacional, una sureña y una que Tim no reconoció.

—Esa es la bandera de Guyana —explicó ella cuando le preguntó—. La encontré en el cubo de la basura detrás del Zoney's. Bonita, ¿no?

Sentada en un sillón cubierto de plástico transparente, tejía una bufanda que parecía lo bastante larga para uno de los gigantes de George R. R. Martin. Era bastante cordial y no presentaba el menor síntoma de lo que uno de los compañeros de Tim en la policía de Sarasota denominaba «síndrome paranoide del sintecho», pero era aficionada a las tertulias radiofónicas nocturnas de la WMDK, y su conversación pronto tomaba derroteros extraños

relacionados con platillos voladores, la transmigración de las almas y las posesiones demoníacas.

Una noche en que la encontró reclinada en su colchón inflable en el callejón, escuchando su pequeña radio, le preguntó por qué se quedaba allí teniendo una tienda que parecía en perfectas condiciones. Annie la Huérfana —que podía rondar tanto los sesenta como los ochenta años— lo miró como si estuviera loco.

—Aquí estoy cerca de la policía. ¿Sabe qué hay detrás de la estación y de los almacenes, señor J.?

—El bosque, imagino.

—El bosque y la ciénaga. Kilómetros de maleza, barro y árboles caídos de aquí a Georgia. Hay *bichos*, y algún que otro humano malo también. Cuando llueve a cántaros y tengo que quedarme en la tienda de campaña, me digo que es poco probable que salga nada de ahí dentro en pleno temporal, pero no duermo tranquila. Tengo un cuchillo guardado a mano, aunque dudo que me sirviera de mucho contra una rata de pantano hasta arriba de meta.

Annie estaba extremadamente delgada, demacrada, incluso, y Tim cogió la costumbre de llevarle algún que otro bocado de Bev's antes de iniciar su breve turno de carga y descarga en el complejo de almacenaje. A veces era una bolsa de cacahuets hervidos o cortezas de cerdo, a veces una galleta rellena de chocolate o una tartaleta de cereza. En una ocasión fue un tarro de pepinillos, que ella agarró y sostuvo entre aquellos pechos descarnados, riendo de alegría.

—¡Pepinillos! No me he comido uno de estos desde hace siglos. ¿Por qué es usted tan bueno conmigo, señor J.?

—No lo sé —contestó Tim—. Supongo que es porque me cae bien, Annie. ¿Puedo probar uno?

Ella le ofreció el tarro.

—Claro. En todo caso tendrá que abrirlo usted; a mí me duelen mucho las manos por la artritis. —Se las tendió para enseñarle unos dedos tan retorcidos como trozos de madera arrastrados por el mar—. Aún puedo hacer punto y coser, pero sabe Dios hasta cuándo.

Tim abrió el tarro, torció el gesto al percibir el intenso olor a vinagre y sacó un pepinillo. Goteó algo que, por lo que él sabía, bien podía ser formol.

—¡Devuélvame, devuélvame!

Le entregó el tarro y se comió el pepinillo.

—Por Dios, Annie, se me van a quedar los labios arrugados para siempre.

Ella se rio, dejando a la vista los pocos dientes que le quedaban.

—Saben mejor con pan y mantequilla y una cola bien fría. O una cerveza, pero yo ya no bebo eso.

—¿Qué está tejiendo? ¿Es una bufanda?

—El Señor no vendrá con su propio atuendo —dijo Annie—. Ahora váyase, señor J., y cumpla con sus obligaciones. Esté atento por si aparecen unos hombres en coches negros. George Allman no para de hablar de ellos por la radio. Sabe de dónde vienen, ¿no? —Le lanzó una mirada de complicidad. Tal vez bromeara. O tal vez no. Con Annie la Huérfana nunca se sabía.

Otro habitante del lado nocturno de DuPray era Corbett Denton, el barbero del pueblo, conocido entre los vecinos como Batería por alguna hazaña de adolescencia que nadie recordaba con exactitud, más allá del hecho de que terminó con su expulsión durante un mes del instituto comarcal. Quizá fuera un muchacho alocado en su juventud, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Batería, obeso, medio calvo y aquejado de insomnio, rondaba ya la sesentena. Cuando no podía dormir, se sentaba a la puerta de su local y contemplaba la calle principal desierta de DuPray. Desierta salvo por Tim, claro. Ambos intercambiaban los esporádicos amagos de conversación propios de meros conocidos —el tiempo, el béisbol, el mercadillo veraniego anual del pueblo

—, sin embargo, una noche Denton dijo algo que puso a Tim en alerta amarilla.

—¿Sabe una cosa, Jamieson? Esta vida que creemos vivir no es real. No es más que teatro de sombras, y personalmente me alegraré cuando se apaguen las luces. En la oscuridad, todas las sombras desaparecen.

Tim se sentó en el escalón de la entrada, bajo el poste de la barbería, su espiral rotatoria inmóvil durante la noche.

Se quitó las gafas, se las limpió en la camisa y volvió a ponérselas.

—¿Permiso para hablar libremente?

Batería Denton lanzó la colilla a la alcantarilla, donde chisporroteó brevemente.

—Adelante. Entre las doce de la noche y las cuatro de la madrugada todo el mundo debería tener permiso para hablar libremente. O al menos eso opino yo.

—Oyéndolo, da la impresión de que sufre una depresión.

Batería se echó a reír.

—Lo llamaré Sherlock Holmes.

—Tendría que ir a ver al doctor Roper. Hay pastillas que levantan el ánimo. Mi ex las toma. Aunque es probable que le levantara más el ánimo deshacerse de mí. —Sonrió para dar a entender que bromeaba, pero Batería Denton se limitó a ponerse en pie sin devolverle la sonrisa.

—Ya conozco esas pastillas, Jamieson. Son como el alcohol y la hierba. Seguramente también como el éxtasis que toman los críos de ahora cuando van de rave o como sea que lo llamen. Con esas cosas, uno se cree durante un rato que todo esto es real. Se cree que importa. Pero ni es real ni importa.

—Vamos —dijo Tim en voz baja—. Esa no es manera de ir por la vida.

—En mi opinión, es la única manera —repuso el barbero, y se encaminó hacia la escalera que llevaba a su apartamento, situado encima del local. Tenía un andar lento y pesado.

Tim lo observó con desazón. Pensó que Batería Denton era uno de esos hombres que una noche lluviosa podía decidir quitarse la vida. Y quizá llevarse consigo a su perro, si lo tenía. Como un faraón egipcio. Se planteó comentárselo al sheriff John; luego pensó en Wendy Gullickson, que aún no se había relajado mucho. Lo que menos deseaba era que ella o cualquier otro ayudante pensara que se las daba de listo. Ya no era agente del orden, sino solo el sereno del pueblo. Mejor dejarlo correr.

Aunque no pudo quitarse de la cabeza a Batería Denton.

12

Una noche de finales de junio, mientras hacía la ronda, vio a dos niños que caminaban por Main Street en dirección oeste. Con la mochila a la espalda y sendas fiambreras en las manos, podrían haber ido camino del colegio, de no ser porque eran las dos de la madrugada. Los paseantes nocturnos resultaron ser los gemelos Bilson. Estaban enfadados con sus padres, que se habían negado a llevarlos a la feria agrícola de Dunning porque sus notas eran inaceptables.

—Hemos sacado cinco en casi todo y no nos ha quedado ninguna —dijo Robert Bilson—, pasamos de curso. ¿Tan mal está eso?

—No es justo —apostilló Roland Bilson—. Llegaremos a la feria a primera hora y buscaremos trabajo. Hemos oído que siempre necesitan *piones*.

Tim pensó en decir al chico que la palabra correcta era «peones», pero decidió que no tenía la menor trascendencia.

—Chicos, siento mucho aguaros la fiesta, pero ¿qué edad tenéis? ¿Once años?

—¡Doce! —replicaron al unísono.

—Vale, doce. No levantéis la voz, que la gente está durmiendo. En esa feria no va a contrataros nadie. Lo que harán será meteros en alguna jaula de esa feria de tres al cuarto y reteneros allí hasta que lleguen vuestros padres. Entretanto, la gente pagará un dólar por miraros, y puede que alguno os tire cacahuetes o cortezas de cerdo.

Los gemelos Bilson lo miraron con cara de consternación (y quizá cierto alivio).

—Esto es lo que vais a hacer —les indicó—: volveréis a casa ahora mismo, y yo os seguiré, solo para asegurarme de que vuestra mente colaborativa no cambia de idea.

—¿Qué es una «mente colaborativa»? —preguntó Robert.

—Una cosa que supuestamente tenéis los gemelos, al menos según las leyendas populares. ¿Habéis salido por la puerta o por una ventana?

—Por una ventana —respondió Roland.

—Muy bien, por ahí volveréis a entrar. Con un poco de suerte, vuestros padres no se enterarán de que os habéis marchado.

—¿Usted no se lo dirá? —preguntó Robert.

—No, a no ser que os vea intentarlo otra vez —contestó Tim—. Entonces no solo les contaré lo que habéis hecho, sino que además les diré que me habéis faltado el respeto cuando os he pillado.

—¡Nosotros no hemos hecho eso! —exclamó Roland, atónito.

—Mentiré —dijo Tim—. Se me da bien.

Los siguió, y se quedó mirando mientras Robert Bilson formaba un escalón con las manos para ayudar a Roland a entrar por la ventana abierta. A continuación Tim hizo el mismo favor a Robert. Esperó por si se encendía alguna luz, señal del inminente descubrimiento de los aspirantes a fugitivo; al comprobar que eso no ocurría, reanudó la ronda.

Los viernes y los sábados por la noche había más gente de aquí para allá, al menos hasta las doce o la una. Parejitas, sobre todo. Después de esos podía producirse una invasión de lo que el sheriff John llamaba «cohetes de carretera», jóvenes en coches y camionetas tuneados que circulaban a toda velocidad por la calle principal desierta de DuPray a entre noventa y cien kilómetros por hora, haciendo carreras y despertando a la gente con los desapacibles quejidos de sus silenciadores de PVC. A veces un ayudante del sheriff o un agente motorizado de la Policía del Estado obligaba a parar a alguno y lo amonestaba por escrito (o lo metía en el calabozo si daba más de 0,9 al soplar), pero, incluso con cuatro agentes de servicio las noches del fin de semana, las detenciones eran relativamente infrecuentes. La mayoría de los infractores quedaban impunes.

Tim fue a ver a Annie la Huérfana. La encontró sentada delante de la tienda de campaña, tejiendo unas pantuflas. Por más artritis que tuviera, movía los dedos a la velocidad de la luz. Le preguntó si le gustaría ganarse veinte dólares. Annie contestó que un poco de dinero siempre venía bien, pero dependía de cuál fuese el trabajo. Soltó una carcajada cuando se lo explicó.

—Por mí, encantada, señor J. Si añade un par de tarros de pepinillos, claro.

Annie, cuyo lema era, por lo visto, «Ve a lo grande o vete a casa», le hizo una pancarta de diez metros de largo por dos de ancho. Tim la prendió de un rodillo metálico que preparó él mismo, soldando tubos en Fromie. Tras exponer su plan al sheriff John y recibir permiso para intentarlo, Tim y Tag Faraday colgaron el rodillo de un cable por encima del triple cruce de Main Street, anclando el cable a las falsas fachadas de Oberg's por un extremo y del antiguo cine por el otro.

Los viernes y los sábados por la noche, más o menos a la hora a la que cerraban los bares, Tim tiraba de un cordel y la pancarta se desenrollaba como una persiana. Annie había dibujado en cada punta una cámara con flash antigua. Debajo se leía: ¡REDUCE LA VELOCIDAD, IDIOTA! ¡ESTAMOS FOTOGRAFIANDO TU MATRÍCULA!

No era verdad, por descontado (aunque Tim sí que anotaba las matrículas cuando alcanzaba a distinguir las), pero la pancarta de Annie pareció surtir efecto. No era perfecta, pero, ¿qué lo es en esta vida?

A primeros de julio, el sheriff John llamó a Tim a su despacho. Tim preguntó si había hecho algo mal.

—Todo lo contrario —respondió el sheriff John—. Está usted haciendo un buen trabajo. Lo de la pancarta me pareció un disparate, pero he de reconocer que yo me equivocaba y usted tenía razón. Nunca han sido las carreras de piques en plena noche lo que me molestaba, en cualquier caso, ni que la gente se quejara de que fuésemos demasiado vagos para ponerles fin. La misma gente, añadiré, que año tras año vota en contra de aumentar la nómina de las fuerzas del orden. Lo que me molesta son los desastres que tenemos que recoger cuando uno de esos bólidos choca contra un árbol o contra un poste telefónico. La muerte es un mal asunto, pero los que nunca vuelven a ser los mismos después de una noche de juerga estúpida... a veces pienso que es peor. Pero junio ha ido bien este año. Mejor que bien. Quizá no haya sido más que la excepción que confirma la regla, pero no lo creo. Creo que es por la pancarta. Dígale a Annie que es posible que haya salvado unas cuantas vidas con eso, y que puede dormir en una de las celdas del fondo siempre que quiera cuando llegue el frío.

—Se lo diré —respondió Tim—. Si mantiene usted una buena provisión de pepinillos, se quedará allí a menudo.

El sheriff John se retrepó en la silla, que gimió con más desesperación que

nunca.

—Cuando dije que estaba usted sobrecualificado para el puesto de sereno, no sabía ni la mitad. Le echaremos de menos cuando se marche a Nueva York.

—No tengo prisa —respondió Tim.

14

El único establecimiento del pueblo que abría las veinticuatro horas era el Zoney's Go Mart, situado en las afueras, junto al complejo de almacenes. Además de cerveza, refrescos y patatas fritas, el Zoney's vendía gasolina sin marca llamada Carburante. Dos apuestos hermanos somalíes, Absimil y Gutaale Dobira, se alternaban en el turno de doce a ocho. Una calurosa noche de mediados de julio, cuando Tim recorría Main Street hacia el extremo oeste, llamando a las puertas y marcándolas con tiza, oyó una detonación en las proximidades del Zoney's. No fue demasiado estridente, pero reconocía el sonido de un disparo cuando lo oía. Siguió un grito de dolor o ira, y ruido de cristales rotos.

Apretó a correr, notando el golpeteo del temporizador contra el muslo y buscando a tientas de forma automática la culata de un arma que ya no llevaba. Vio un coche aparcado junto a los surtidores y se acercó a la tienda cuando dos jóvenes salían precipitadamente, uno de ellos con un puñado de algo que es probable que fuera dinero. Tim apoyó una rodilla en el suelo para observarlos mientras subían al coche y se alejaban a toda prisa en medio de las nubes de humo azul que levantaron los neumáticos en el asfalto manchado de combustible y aceite.

Se desprendió la radio del cinturón.

—Comisaría, aquí Tim. Quien esté ahí, que conteste.

Fue Wendy Gullickson, al parecer soñolienta y molesta.

—¿Qué quieres, Tim?

—Se ha producido un dos once en el Zoney's. Ha habido un disparo.

Eso la despertó.

—Dios Santo, ¿un robo? Enseguida vo...

—No, solo escúchame. Los autores eran dos, varones, blancos, alrededor de veinte años. Un coche pequeño, quizá un Chevrolet Cruze. Imposible saber el color bajo los fluorescentes de la gasolinera, pero último modelo, matrícula de Carolina del Norte, empieza por WTB-9, no he distinguido los tres últimos dígitos. Antes que *nada*, manda aquí a cualquier agente de la estatal que esté de patrulla.

—¿Qué...?

Tim cortó la comunicación, volvió a enfundar la radio y corrió en dirección al Zoney's. La mampara de cristal del mostrador estaba rota, y la caja registradora, abierta. Uno de los hermanos Dobira yacía de costado en medio de un charco de sangre cada vez mayor. Respiraba con dificultad, y las inhalaciones terminaban en un silbido. Tim se arrodilló a su lado.

—Tengo que volverlo boca arriba, señor Dobira.

—No, por favor, me duele...

Tim no lo dudaba, pero necesitaba examinar la herida. La bala había penetrado por la parte superior derecha del delantal azul de Zoney's que llevaba puesto Dobira, ahora de un morado turbio a causa de la sangre. La que manaba de su boca le empapaba la perilla. Cuando tosió, salpicó de finas gotas el rostro y las gafas de Tim.

Tim volvió a echar mano de la radio y comprobó con alivio que Gullickson no había abandonado su puesto.

—Necesito una ambulancia, Wendy. Que venga desde Dunning lo más rápido que pueda. Han herido a uno de los hermanos Dobira, parece que la

bala le ha perforado el pulmón.

Ella asintió y se dispuso a hacer una pregunta. Tim la interrumpió, dejó la radio en el suelo y se quitó la camiseta. La apretó contra el orificio abierto en el pecho de Dobira.

—¿Puede sujetarla unos segundos, señor Dobira?

—Me cuesta... respirar.

—No lo dudo. Sujétela. Le ayudará.

Dobira se apretó la camiseta enrollada contra el pecho. Tim dudó que pudiera sostenerla durante mucho rato, y no esperaba que la ambulancia llegara en menos de veinte minutos. Incluso eso sería un milagro.

Las tiendas de las gasolineras estaban bien surtidas de tentempiés pero mal provistas de material de primeros auxilios. Sin embargo, había vaselina. Tim cogió un tarro y, del pasillo contiguo, un paquete de pañales. Lo abrió mientras corría de regreso hacia el hombre tendido en el suelo. Apartó la camiseta, ya empapada de sangre, retiró con delicadeza el delantal azul, igualmente empapado, y empezó a desabrocharle la camisa.

—No, no, no —gimió Dobira—. Duele, no me toque, por favor.

—Tengo que hacerlo. —Tim oyó que se acercaba un motor. Unas luces estroboscópicas azules destellaron y danzaron sobre las esquirlas de cristal. No se volvió—. Aguante, señor Dobira.

Extrajo un pegote de vaselina del tarro y lo introdujo en la herida. Dobira gritó de dolor y luego miró a Tim con los ojos muy abiertos.

—Respiro... un poco mejor.

—Eso es solo un parche provisional, pero si respira mejor, probablemente es porque el pulmón no le ha fallado. —Al menos no del todo, pensó Tim.

El sheriff John entró y se arrodilló junto a Tim. Llevaba una chaqueta de pijama del tamaño de una vela mayor por encima del pantalón del uniforme y el cabello completamente alborotado.

—Qué rápido ha llegado —dijo Tim.

—Estaba levantado. No podía dormir, así que me estaba preparando un bocadillo cuando ha llamado Wendy. Señor, ¿es usted Gutaale o Absimil?

—Absimil. —Aún resollaba, pero su voz era más firme. Tim sacó uno de los pañales desechables, todavía plegado, y lo apretó contra la herida—. Ay, eso duele.

—¿Hay orificio de salida o sigue dentro? —preguntó el sheriff John.

—No lo sé, y no quiero darle la vuelta otra vez para averiguarlo. Ahora está relativamente estable; mejor esperamos a la ambulancia.

La radio de Tim crepitó. El sheriff John la recogió con cuidado de entre los cristales rotos. Era Wendy.

—¿Tim? Bill Wicklow ha localizado a esos tipos en la carretera de Deep Meadow y les ha dado el alto.

—Soy John, Wendy. Dile a Bill que extreme las precauciones. Están armados.

—Están detenidos, eso es lo que están. —Puede que antes Wendy estuviera medio dormida, pero en ese momento sonaba totalmente alerta, y satisfecha—. Han intentado darse a la fuga y han acabado en la cuneta. Uno se ha roto el brazo; el otro está esposado al parachoques del vehículo de Bill. La Policía del Estado va de camino. Dile a Tim que en efecto era un Cruze. ¿Cómo está Dobira?

—Saldrá de esta —contestó el sheriff John.

A ese respecto Tim no estaba del todo seguro, pero comprendió que el sheriff hablaba tanto para el herido como para la ayudante Gullickson.

—Les he dado el dinero de la caja —explicó Dobira—. Es lo que nos enseñan. —Aun así, parecía avergonzado. *Profundamente* avergonzado.

—Ha hecho bien —dijo Tim.

—El de la pistola me ha disparado igualmente. Luego el otro se ha metido

detrás del mostrador. Para llevarse... —Volvió a toser.

—Ahora calle —instó el sheriff John.

—Para llevarse los billetes de lotería —concluyó Absimil Dobira—. Esos que hay que rascar. Tenemos que recuperarlos. Hasta que se vendan, son propiedad de... —Tosió débilmente—. Del estado de Carolina del Sur.

—Cálmese, señor Dobira —insistió el sheriff John—. Deje de preocuparse por esos malditos boletos y reserve las fuerzas.

El señor Dobira cerró los ojos.

15

Al día siguiente, Tim almorzaba en el porche de la estación de tren, cuando el sheriff John llegó en su vehículo particular. Subió los peldaños y miró el asiento hundido de la otra silla disponible.

—¿Cree que esto aguantará mi peso?

—Solo hay una manera de averiguarlo —respondió Tim.

El sheriff John se sentó con cuidado.

—En el hospital dicen que Dobira se pondrá bien. Está con su hermano, Gutaale, y dice que ya había visto antes a esos tipos. Un par de veces.

—Andaban vigilando el establecimiento —afirmó Tim.

—Sin duda. He mandado a Tag Faraday a tomar declaración a los dos hermanos. Tag es mi mejor agente, posiblemente no hace falta que lo diga.

—Gibson y Burkett no están mal.

El sheriff John dejó escapar un suspiro.

—No, pero ninguno de ellos habría actuado con la misma rapidez o determinación que usted anoche. Y la pobre Wendy se habría quedado allí plantada con la boca abierta, o se habría desmayado directamente.

—Hace un buen trabajo en la centralita —dijo Tim—. Está hecha para el puesto. Es solo una opinión, claro.

—Ajá, ajá, y es un hacha con el trabajo administrativo: el año pasado reorganizó todos los ficheros, y además lo grabó todo en lápices USB, pero en la carretera es prácticamente inútil. Aunque le encanta formar parte del equipo. ¿Le gustaría a *usted* formar parte del equipo, Tim?

—Pensaba que no podían permitirse el sueldo de otro agente. ¿Ha conseguido de pronto más dinero para las nóminas?

—Ojalá. La cuestión es que Bill Wicklow entrega la placa a finales de año. He pensado que a lo mejor usted y él podrían intercambiar sus puestos. Él se pasea y llama a las puertas; usted se pone un uniforme y vuelve a portar arma. Se lo he preguntado a Bill. Dice que el trabajo de sereno no le desagradaría, al menos por un tiempo.

—¿Puedo pensármelo?

—No veo por qué no. —El sheriff John se puso en pie—. Aún faltan cinco meses para fin de año. Pero nos encantaría contar con usted.

—¿Eso incluye a la ayudante Gullickson?

El sheriff John sonrió.

—Wendy es dura de pelar, pero anoche hizo usted un gran avance en se sentido.

—¿En serio? Y si le propongo salir a cenar, ¿qué cree que dirá?

—Creo que dirá que sí, siempre y cuando no esté pensando en llevarla a Bev's. Una chica guapa como ella esperará, como mínimo, el Roundup de Dunning. O puede que ese mexicano de Hardeeville.

—Gracias por el consejo.

—No hay de qué. Piense en la oferta de trabajo.

—Lo haré.

Lo hizo. Y seguía pensándolo cuando más adelante, ese verano, se armó una

de mil demonios.

EL NIÑO LISTO

Una magnífica mañana de abril de ese año en Minneapolis —aún faltaban meses para que Tim Jamieson llegara a DuPray—, Herbert y Eileen Ellis entraban en el despacho de Jim Greer, uno de los tres asesores académicos del Colegio Broderick para Niños Excepcionales.

—No se habrá metido Luke en algún lío, ¿verdad? —preguntó Eileen cuando se sentaron—. Si es así, no nos ha dicho nada.

—Ni mucho menos —respondió Greer. Tenía treinta y tantos años, el cabello castaño ralo y expresión resuelta. Llevaba una camisa informal con el cuello sin abotonar y vaqueros planchados—. Verán, ya saben cómo funcionan las cosas aquí, ¿no? Mejor dicho, cómo tienen que funcionar, dada la capacidad intelectual de nuestros alumnos. Se les califica pero no *con* calificaciones. Eso no es posible. Tenemos niños de diez años con un ligero grado de autismo que cursan matemáticas de instituto, pero siguen leyendo como alumnos de quinto de primaria. Tenemos niños que hablan con fluidez hasta cuatro idiomas, pero tienen dificultades para multiplicar fracciones. Les damos clases de todas las materias, y el noventa por ciento están aquí en régimen de internos... No queda más remedio, porque vienen de todas partes de Estados Unidos, y de doce o trece de países extranjeros, pero centramos nuestra atención en sus aptitudes especiales, sean cuales sean. Debido a eso, el

sistema tradicional, en el que los niños progresan desde el parvulario hasta el duodécimo curso, prácticamente no nos sirve de nada.

—Eso lo entendemos —dijo Herb—, y sabemos que Luke es un niño listo. Por eso está aquí. —Lo que no añadió (sin duda Greer ya lo sabía) era que jamás habrían podido permitirse la astronómica matrícula del colegio. Herb era capataz en una fábrica de cajas; Eileen era maestra de primaria. Luke era de los pocos alumnos a media pensión del Broderick, y uno de los *contados* alumnos con beca.

—¿Listo? No exactamente.

Greer bajó la vista a una carpeta que tenía abierta en el escritorio, por lo demás immaculado, y Eileen tuvo una súbita premonición: o bien iban a pedirles que sacaran de allí a su hijo, o bien iban a retirarle la beca, con lo que por fuerza tendrían que sacarlo. La matrícula del Broderick ascendía a cuarenta mil dólares al año, poco más o menos, aproximadamente lo mismo que un curso en Harvard. Greer les diría que todo había sido un error, que Luke no era tan brillante como todos habían creído. Era solo un niño corriente que leía por encima de su nivel y parecía recordarlo todo. Eileen sabía por sus propias lecturas que la memoria eidética no era algo insólito en los niños pequeños; entre el diez y el quince por ciento de los niños normales poseían la capacidad de recordarlo casi todo. El inconveniente era que, por lo general, esa aptitud desaparecía cuando llegaban a la adolescencia, y Luke se acercaba a ese punto.

Greer sonrió.

—Iré al grano. Nos enorgullecemos de dar clase a niños excepcionales, pero en Broderick no hemos tenido a ningún alumno como Luke. Uno de nuestros profesores eméritos, el señor Flint, ya octogenario, asumió la responsabilidad de dar a Luke un curso sobre la historia de los Balcanes, un tema complicado pero muy esclarecedor con respecto a la actual situación

geopolítica. Al menos eso sostiene Flint. Después de la primera semana, vino a verme y me dijo que su experiencia con su hijo debía de ser comparable a la de los maestros judíos del templo cuando Jesús no solo los aleccionó, sino que, además, los reprendió, aduciendo que si eran impuros no se debía a lo que entraba en sus bocas sino a lo que salía de ellas.

—Me pierdo —dijo Herb.

—Eso mismo le pasó a Billy Flint. A eso me refiero.

Greer se inclinó hacia ellos.

—Ahora me entenderá. Luke asimiló el equivalente a dos semestres de trabajo de posgrado sumamente difícil en una sola semana, y extrajo muchas de las conclusiones a las que Flint se proponía llegar una vez asentados los oportunos cimientos históricos. En cuanto a algunas de esas conclusiones, Luke argumentó, y de manera muy convincente, que eran «sabiduría adquirida más que pensamiento original». Aunque, añadió Flint, lo dijo muy educadamente. Casi a modo de disculpa.

—No estoy seguro de cómo responder a eso —dijo Herb—. Luke no habla mucho de sus actividades en el colegio, porque, según él, no lo entenderíamos.

—Cosa que es en gran medida verdad —afirmó Eileen—. Puede que yo supiera algo sobre el teorema del binomio en otro tiempo, pero de eso hace mucho.

—Cuando Luke llega a casa, es como cualquier otro niño —explicó Herb—. En cuanto ha terminado los deberes, y sus tareas en casa, enciende la X-Box o juega a la canasta en el camino de entrada con su amigo Rolf. Sigue viendo *Bob Esponja*. —Se detuvo a pensar y añadió—: Aunque normalmente con un libro en el regazo.

Sí, pensó Eileen. Solo que últimamente el libro es *Principios de sociología*. Antes de eso, William James. Antes de eso, el Libro Grande de Alcohólicos Anónimos, y antes de eso, la obra completa de Cormac McCarthy.

Leía de la misma manera que pastan las vacas criadas en libertad, desplazándose hasta el lugar donde la hierba es más verde. Era un detalle que su marido prefería pasar por alto, porque resultaba tan extraño que lo asustaba. También a ella la asustaba, razón por la cual probablemente no sabía nada del curso de Luke sobre historia de los Balcanes. Él no se lo había contado porque no había preguntado.

—Aquí tenemos prodigios —continuó Greer—. De hecho, yo calificaría a más del cincuenta por ciento de los alumnos de Broderick de niños prodigio. Pero son limitados. Luke es distinto, porque Luke es *global*. No es una sola cosa; es todo. No creo que llegue a jugar nunca al béisbol o al baloncesto profesional...

—Si sale a mi familia, será demasiado bajo para el baloncesto profesional. —Herb sonreía—. A menos que sea el próximo Spud Webb, claro.

—Calla —instó Eileen.

—Pero juega con entusiasmo —prosiguió Greer—. Se lo pasa bien, no lo considera tiempo perdido. No es patoso en los deportes. Se lleva bien con sus compañeros. No es introvertido ni emocionalmente disfuncional. Luke es el típico niño americano con camisetas de bandas de rock y la visera de la gorra hacia atrás, relativamente bien aceptado entre sus compañeros. Puede que en un colegio normal no se lo aceptara tan bien, quizá se volvería loco con la rutina diaria, pero creo que incluso ahí saldría adelante; sencillamente se centraría en sus estudios por su cuenta. —Se apresuró a añadir—: Aunque no les conviene probar ese camino.

—No, estamos contentos con que estudie aquí —dijo Eileen—. Mucho. Y sabemos que es un buen chico. Lo queremos con locura.

—Y él los quiere a ustedes. He mantenido varias conversaciones con Luke, y eso lo deja claro como el agua. Encontrar a un niño así de brillante es sumamente raro. Encontrar a uno que está bien adaptado y es equilibrado, que

ve el mundo exterior tan bien como el de dentro de su propia cabeza, es todavía más raro.

—Si no ha pasado nada malo, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Herb—. No es que me moleste oírlo deshacerse en elogios a mi hijo, no se vaya a pensar. Y por cierto, cuando salimos a echar unas canastas, todavía le doy una paliza jugando al burro, y eso que tiene un gancho decente.

Greer se recostó en su silla. Su sonrisa desapareció.

—Los he hecho venir porque estamos llegando al final de lo que podemos hacer por Luke, y él lo sabe. Ha expresado su interés en emprender una trayectoria universitaria bastante peculiar. Le gustaría estudiar ingeniería en el MIT de Cambridge y literatura en Emerson, en la otra orilla del río en Boston.

—¿Cómo? —preguntó Eileen—. ¿Al *mismo tiempo*?

—Sí.

—¿Y el selectivo? —Fue lo único que se le ocurrió decir a Eileen.

—Se presentará a los exámenes selectivos el mes que viene, en mayo. En el North Community High. Y lo bordará.

Tendrá que llevarse la comida de casa, pensó ella. Había oído que en el North Comm se comía fatal.

—Señor Greer, nuestro hijo tiene *doce* años —dijo Herb tras un breve silencio de estupefacción—. De hecho, los cumplió el mes pasado. Puede que se conozca el intrínquilis de la historia de Serbia, pero aún tardará tres años en poder dejarse el bigote. Está usted... o sea...

—Entiendo cómo se sienten, y no estaríamos manteniendo esta conversación si los otros asesores y el resto del profesorado no creyera que Luke está preparado para eso desde los puntos de vista académico, social y emocional. Y sí, en *los dos* campus.

—No pienso mandar a un crío de doce años a la otra punta del país, donde viviría entre universitarios con edad para beber e ir a discotecas —dijo

Eileen—. Si tuviese unos parientes con los que alojarse, sería distinto, pero...

Greer asentía con la cabeza mientras ella hablaba.

—Lo entiendo, no podría estar más de acuerdo, y Luke sabe que no está preparado para vivir solo, ni siquiera en un entorno supervisado. A ese respecto tiene una visión muy lúcida. Sin embargo, su situación actual empieza a causarle frustración y malestar, porque desea aprender. Se muere de ganas, de hecho. No sé qué asombroso mecanismo tiene en la cabeza... ni yo ni nadie entre nosotros, probablemente el viejo Flint fue quien más se acercó al referirse a las enseñanzas de Jesús a los maestros, pero cuando intento imaginármelo, pienso en una máquina enorme y reluciente que funciona a apenas el dos por ciento de su capacidad. El cinco por ciento a lo sumo. Pero como aquí hablamos de una máquina *humana*, él... se muere de ganas.

—¿Frustración y malestar? —preguntó Herb—. Oiga, nosotros eso no lo vemos.

Yo sí, pensó Eileen. No siempre pero sí a veces. Sí. Es entonces cuando vibran los platos o las puertas se cierran solas.

Pensó en la máquina enorme y reluciente de Greer, tan grande como para llenar tres o cuatro edificios del tamaño de almacenes, y al funcionar, ¿qué producía exactamente? Solo fabricaba vasos de papel o troquelaba bandejas de aluminio para servir comida rápida. Le debían más, pero ¿era eso lo que le debían?

—¿Y la Universidad de Minnesota? —preguntó—. ¿O Concordia, en Saint Paul? Si estudiara en uno de esos sitios, podría vivir en casa.

Greer dejó escapar un suspiro.

—Eso sería como sacarlo del Broderick para meterlo en un instituto corriente. Hablamos de un niño para el que la escala del coeficiente de inteligencia no sirve. Luke sabe adónde quiere ir. Sabe qué necesita.

—No sé qué podemos hacer —respondió Eileen—. Él podría conseguir

becas para esas universidades, pero nosotros *trabajamos* aquí. Y no somos ricos ni mucho menos.

—Hablemos de eso, pues —dijo Greer.

2

Cuando Herb y Eileen regresaron al colegio esa tarde, Luke estaba charlando junto al carril de recogida con otros cuatro niños, dos chicos y dos chicas. Reían y hablaban animadamente. A Eileen le parecían como los niños de cualquier lugar, ellas con faldas y leggings, los pechos empezando apenas a formarse; Luke y su amigo Rolf con pantalones de pana holgados —el último grito entre los jóvenes ese año— y camisetas. En la de Rolf se leía: LA CERVEZA ES PARA PRINCIPIANTES. Parecía ejecutar un baile en barra alrededor de la funda acolchada de su violonchelo a la vez que peroraba sobre algo que bien podía ser la fiesta de primavera o el teorema de Pitágoras.

Luke vio a sus padres, se entretuvo lo justo para despedirse de Rolf con una sucesión de palmadas y gestos, cogió su mochila y saltó al asiento trasero del 4Runner de Eileen.

—Los dos aquí, P y M —dijo—. Excelente. ¿A qué debo este extraordinario honor?

—¿De verdad quieres ir a estudiar a Boston? —preguntó Herb.

Luke no se inmutó; se echó a reír y alzó los dos puños al aire.

—¡Sí! ¿Puedo?

Como si preguntara si puede pasar el viernes por la noche en casa de Rolf, pensó Eileen, asombrada. Recordó el adjetivo que había utilizado Greer para describir la cualidad de su hijo. Lo había calificado de *global*, y era la palabra perfecta. Luke era un genio que por alguna razón no padecía las

distorsiones de su descomunal intelecto; no tenía el menor reparo en montar en su monopatín y descender a toda pastilla por una acera empinada con su cerebro único entre mil millones.

—Cenemos temprano y hablémoslo —dijo ella.

—¡Rocket Pizza! —exclamó Luke—. ¿Qué tal? En el supuesto de que te hayas tomado el omeprazol, papá. ¿Lo has tomado?

—Ah, créeme, después de la reunión de hoy, estoy completamente al día con la dosis.

3

Pidieron una de pepperoni grande, y Luke arrasó con la mitad él solo, acompañada de tres vasos de Coca-Cola de la jarra gigante que les sirvieron, ante lo que sus padres quedaron tan maravillados por el tracto digestivo y la vejiga de su hijo como por su mente. Luke explicó que había hablado antes con el señor Greer porque:

—No quería asustaros. Era básicamente una conversación de tanteo.

—Echaste el anzuelo, y a ver si pican —dijo Herb.

—Exacto. A ver si cuele. A ver si cae la breva. A ver si suena la flauta...

—Ya basta. El señor Greer nos ha explicado que cabría la posibilidad de que te acompañáramos.

—Tenéis que venir —dijo Luke, muy serio—. Aún soy pequeño para vivir sin mis ensalzados y venerados *mater* y *pater*. Además... —Los miró por encima de los restos de pizza—. No podría trabajar. Os echaría mucho de menos.

Eileen se obligó a contener las lágrimas, pero estas naturalmente no obedecieron. Herb le tendió una servilleta.

—El señor Greer... hum... —dijo ella—. En fin... ha planteado una situación hipotética, podríamos decir... en la que a lo mejor nosotros, bueno...

—Eh, familia —la interrumpió Luke—. ¿Quién quiere este último trozo?

—Todo tuyo —respondió Herb—. No vayas a morirme antes de poner en práctica esa locura de la doble matrícula.

—*Ménage à collège* —dijo Luke, y se rio—. Os ha hablado de los exalumnos ricos, ¿no?

Eileen dejó la servilleta.

—Por Dios, Lukey, ¿has hablado de las posibilidades económicas de tus padres con tu orientador académico? ¿Quiénes son los adultos en esta conversación? Empiezo a estar un poco confusa.

—No te alteres, *mamacita*; es lo lógico. Aunque mi primera idea fue recurrir al fondo patrimonial. El del Brod es enorme. Podrían pagar vuestra reubicación como si nada, sin darse ni cuenta, pero los administradores nunca lo aprobarían, por más que tenga todo el sentido del mundo.

—¿Lo tiene? —preguntó Herb.

—Uy, sí. —Luke masticó con entusiasmo, tragó y bebió Coca-Cola ruidosamente—. Soy una inversión. Una acción con grandes posibilidades de crecimiento. Siembra centavos y recoge dólares, ¿no? Así funciona Estados Unidos. Hasta ahí los administradores lo verían claro, ningún problema, pero no pueden salirse de la caja cognitiva en la que están.

—Caja cognitiva —repitió su padre.

—Sí, ya sabes. Una caja fruto de la dialéctica ancestral. Incluso podría ser tribal, aunque pensar en una tribu de administradores resulta cómico. Te salen con que «Si hacemos esto por él, podríamos tener que hacerlo por otro chico». Eso es la caja. Algo heredado, digamos.

—Ideas convencionales —apuntó Eileen.

—Has dado en el clavo, mami. Los administradores pasarán la pelota a los exalumnos ricos, los que se han forrado por salirse de la caja pero aún sienten aprecio por su Broderick de toda la vida. El señor Greer será quien dé la cara. O eso espero. El trato consiste en que ellos me ayudan a mí ahora y yo ayudaré al colegio más adelante, cuando sea rico y famoso. La verdad es que ni lo uno ni lo otro me interesa demasiado, soy clase media hasta la médula, pero podría hacerme rico igualmente, como efecto secundario. Siempre en el supuesto de que no contraiga alguna enfermedad grave o muera en un atentado terrorista o algo así.

—No digas cosas que atraigan desgracias —reprendió Eileen, y se santiguó ante la mesa llena de restos.

—Superstición, mamá —repuso Luke con actitud indulgente.

—Déjame a mí con mis cosas. Y límpiame la boca. Tienes tomate. Parece que te sangren las encías.

Luke se limpió la boca.

—Según el señor Greer —dijo Herb—, ciertas partes interesadas quizá financiaran el traslado, y cubrirían nuestros gastos durante dieciséis meses.

—¿Os ha dicho que a lo mejor la misma gente que adelantaría el dinero podría también encontrarte otro trabajo? —A Luke le destellaban los ojos—. ¿Uno mejor? Porque uno de los exalumnos del colegio es Douglas Finkel. Casualmente es el dueño de American Paper Products, y ese es tu fuerte. Tu especialidad. Donde te llevas la pal...

—De hecho, el nombre de Finkel sí ha surgido —admitió Herb—. Solo a modo especulativo.

—Además... —Luke se volvió hacia su madre con los ojos brillantes—. Ahora mismo en Boston hay mucha demanda de maestros. El salario inicial medio para alguien con tu experiencia ronda los sesenta y cinco mil.

—Hijo, ¿cómo sabes esas cosas? —preguntó Herb.

Luke se encogió de hombros.

—Wikipedia, para empezar. Luego voy a las principales fuentes citadas en los artículos de la Wikipedia. En esencia se trata de estar informado sobre el propio entorno. Mi entorno es el colegio Broderick. Ya sabía quiénes eran los administradores; a los exalumnos con pasta tuve que buscarlos.

Eileen tendió el brazo por encima de la mesa, cogió lo que quedaba del último pedazo de pizza de la mano de su hijo y lo devolvió a la bandeja de aluminio junto con los bordes abandonados.

—Lukey, aunque esto fuera posible, ¿no echarías de menos a tus amigos?

Al niño se le empañaron los ojos.

—Sí. Sobre todo a Rolf. También a Maya. Aunque oficialmente no podemos invitar a chicas a la fiesta de primavera, extraoficialmente ella sería mi pareja. Así que sí. *Pero...*

Esperaron. Su hijo, siempre elocuente y a menudo locuaz, de pronto pareció no encontrar palabras. Empezó, se interrumpió, empezó de nuevo y volvió a interrumpirse.

—No sé cómo expresarlo. No sé si soy *capaz* de expresarlo.

—Inténtalo —lo animó Herb—. En el futuro tendremos muchas conversaciones importantes, pero esta es la más importante hasta la fecha. Así que inténtalo.

En la parte delantera del restaurante, Richie Rocket hizo su aparición de cada hora y empezó a bailar al son de «Mambo Number 5». Eileen observó a la figura del traje espacial plateado, que hacía señas a las mesas cercanas con las manos enguantadas para invitar a los clientes a unirse a él. Varios niños pequeños se acercaron y, riéndose, se sumaron a la danza al ritmo de la música, mientras sus padres miraban, tomaban fotos y aplaudían. No hacía mucho —cinco años escasos—, Lukey habría sido uno de esos niños. En ese momento estaban hablando de cambios imposibles. No se explicaba cómo

había salido un niño así de unos padres como ellos, personas corrientes con aspiraciones y expectativas corrientes, y a veces lamentaba que las cosas hubiesen tomado ese rumbo. A veces detestaba activamente el papel que les había tocado en suerte, pero nunca había detestado a Lukey, nunca lo detestaría. Era su niño, el único que tenía.

—¿Luke? —dijo Herb. Habló en voz muy baja—. ¿Hijo?

—Es solo el paso siguiente —respondió Luke. Levantó la cabeza, los miró a la cara y asomó a sus ojos un resplandor que sus padres casi nunca veían. Les ocultaba ese resplandor porque sabía que los asustaba más que el hecho de que de pronto vibraran unos cuantos platos—. ¿No os dais cuenta? *Es el paso siguiente*. Quiero ir allí, y aprender... y luego pasar a otra cosa. Esas universidades son como el Brod. No son la meta, solo etapas *hacia* la meta.

—¿Qué meta, cariño? —preguntó Eileen.

—*No lo sé*. Hay muchas cosas que quiero aprender, y descubrir. Tengo algo dentro de la cabeza, algo que tiende la mano... y a veces se queda satisfecho, pero en la mayoría de los casos no. A veces me siento muy pequeño, de lo más estúpido...

—Cariño, no. No eres estúpido ni mucho menos. —Eileen hizo ademán de cogerle la mano, pero él la apartó con un gesto de negación. La bandeja de papel de aluminio de la pizza tembló en la mesa. Los trozos de masa se agitaron.

—Hay un abismo, ¿vale? A veces sueño con él. Es infinito, y está lleno de cosas que no conozco. No sé cómo es posible que un abismo esté lleno, es un oxímoron... pero lo está. A su lado me siento pequeño y estúpido. Pero lo cruza un puente, y quiero pasar por él. Quiero colocarme en medio y levantar las manos...

Con fascinación y cierto temor, observaron a Luke llevarse las manos a los lados del rostro, fino e intenso. La bandeja de la pizza ya no se limitaba a

temblar, sino que se sacudía. Como a veces ocurría con los platos de los armarios.

—... y todo eso que hay en la oscuridad flotará hacia mí. *Lo sé.*

La bandeja de la pizza se deslizó por la mesa y cayó al suelo. Herb y Eileen apenas se dieron cuenta. Cuando Luke se alteraba, ocurrían esas cosas alrededor. No a menudo, pero sí a veces. Estaban acostumbrados.

—Lo entiendo —dijo Herb.

—No entiende nada de nada —intervino Eileen—. Ni él ni yo. Pero debes seguir adelante y empezar el papeleo. Preséntate a los selectivos. Puedes hacer todo eso y, aun así, cambiar de idea. Si no cambias de idea, si sigues tan decidido... —Miró a Herb, que asintió—. Intentaremos que se haga realidad.

Luke sonrió y recogió la bandeja de pizza. Miró a Richie Rocket.

—Cuando era pequeño, bailaba así con él.

—Sí —dijo Eileen. Tuvo que utilizar otra vez la servilleta—. Vaya si bailabas.

—Ya debes de saber lo que dicen sobre el abismo, ¿no? —preguntó Herb.

Luke negó con la cabeza, o bien porque era una de las pocas cosas que no sabía, o bien porque no quería echarle a perder el colofón a su padre.

—Cuando lo miras, te devuelve la mirada.

—Eso seguro —dijo Luke—. Eh, ¿podemos pedir postre?

Con la redacción incluida, el examen selectivo duraba cuatro horas, pero concedían un compasivo descanso en medio. Luke se sentó en un banco del vestíbulo del instituto, donde devoró los bocadillos que su madre le había preparado y lamentó no tener un libro. Había llevado *El almuerzo desnudo*,

pero uno de los supervisores se lo requisó (junto con su móvil y los de todos los demás) y dijo a Luke que se lo devolvería más tarde. El tipo también lo hojeó en busca de fotos porno o alguna que otra chuleta.

Mientras se comía sus galletas con formas de animales, se dio cuenta de que tenía alrededor a varios estudiantes que también se presentaban al examen. Chicos y chicas mayores, alumnos de instituto.

—Eh, chaval —preguntó uno de ellos—, ¿qué haces aquí?

—Me presento al examen —respondió Luke—. Como vosotros.

Los demás se quedaron pensativos.

—¿Eres un genio? —dijo una de las chicas—. ¿Como en una película?

—No —contestó Luke, sonriente—, pero anoche sí me alojé en un Holiday Inn Express.

Los otros se rieron, y eso estuvo bien. Uno de ellos levantó la palma de la mano, y Luke le chocó los cinco.

—¿Adónde vas a ir? ¿A qué universidad?

—Al MIT, si consigo entrar —contestó Luke.

A ese respecto no era sincero; ya le habían concedido el ingreso provisional en los dos centros elegidos, a condición de que obtuviera buenos resultados ese día. Lo cual no representaría un gran problema. De momento el examen había sido coser y cantar. Eran esos chicos que tenía alrededor lo que lo intimidaba. En otoño estaría en aulas llenas de chicos como esos, chicos mucho mayores que él y cerca del doble de grandes, y sin duda todos lo mirarían. Hablando del tema con el señor Greer, le había dicho que seguramente lo verían como un bicho raro.

«Lo que importa es cómo te sientas *tú* —respondió el señor Greer—. Procura tener eso presente. Y si necesitas apoyo, simplemente alguien con quien hablar de tus sentimientos, búscalo, por Dios. Y siempre puedes mandarme un SMS.»

Una de las chicas —una pelirroja guapa— le preguntó si le había salido el problema del hotel en el apartado de matemáticas.

—¿Ese sobre Aaron? —preguntó Luke—. Sí, casi seguro que me ha salido.

—¿Cuál has marcado como respuesta correcta? ¿Te acuerdas?

Se trataba de calcular cuánto tendría que pagar un tío llamado Aaron por su habitación en un hotel si se alojaba x noches y el precio por noche era de 99,95 dólares, más un 8 % de tasa, más un único cargo adicional de cinco pavos, y Luke sí se acordaba, por supuesto. Era una pregunta con trampa por el factor *cuánto*. La respuesta no era un número; era una ecuación.

—Era la B. Mira. —Sacó el bolígrafo y escribió en la bolsa del almuerzo: $1,08(99,95x) + 5$.

—¿Seguro? —preguntó ella—. Yo he puesto la A.

Se inclinó, cogió la bolsa de Luke —que percibió un leve olor a perfume, a lilas, delicioso— y escribió $(99,95 + 0,08x) + 5$.

—Buena ecuación —comentó Luke—, pero así es como te la cuela la gente que prepara los exámenes. —Dio unos golpecitos encima de la ecuación—. La tuya solo refleja una estancia de una noche. Además, no recoge la tasa de la habitación.

Ella dejó escapar un gemido.

—No te preocupes —dijo Luke—. Seguramente tienes las demás bien.

—A lo mejor tú te equivocas y ha acertado ella —observó uno de los chicos. Era el que había chocado los cinco con Luke.

La chica negó con la cabeza.

—El niño tiene razón. Se me ha olvidado la puta tasa. Qué cagada.

Luke la observó alejarse con la cabeza gacha. Uno de los chicos la siguió y le rodeó la cintura con el brazo. Luke lo envidió.

Otro, alto como una jirafa y con gafas de diseño, se sentó al lado de Luke.

—¿Es raro? —preguntó—. Ser como tú, quiero decir.

Luke se paró a pensarlo.

—A veces —respondió—. Normalmente es solo... la vida, ya sabes.

Uno de los supervisores se asomó e hizo sonar una campanilla.

—Vamos, chicos.

Luke se puso en pie con cierto alivio y tiró la bolsa del almuerzo a una papelera junto a la puerta del gimnasio. Lanzó una última mirada a la pelirroja guapa y, cuando entró, la papelera se desplazó ocho centímetros a la izquierda.

5

La segunda parte del examen fue tan fácil como la primera, y Luke tenía la impresión de que había hecho una redacción aceptable. En todo caso, procuró no alargarse. Cuando salió del North Comm, vio a la pelirroja guapa sentada en un banco; estaba sola y lloraba. Luke se preguntó si habría pinchado en el examen, y si era así, hasta qué punto: ¿no le llegaría la nota para acceder a su primera opción o tendría que conformarse directamente con el centro universitario público de la zona? Se preguntó qué debía de sentir uno cuando tenía un cerebro que, al parecer, no conocía todas las respuestas. Se preguntó si debía acercarse a consolarla. Se preguntó si ella aceptaría consuelo de un chico que en esencia no era más que un mocosito. Probablemente le diría que hiciese como Sésamo y se abriera. Incluso se preguntó por qué se había movido la papelera; eso resultaba un tanto inquietante. Lo asaltó la idea (y con la fuerza de una revelación) de que la vida era en esencia un largo selectivo y, en lugar de cuatro o cinco opciones, tenías decenas. Entre ellas, algunas del tipo *parte del tiempo* o *quizá sí, quizá no*.

Su madre le saludaba con la mano. Él le devolvió el gesto y corrió hacia el coche. En cuanto se sentó y se abrochó el cinturón de seguridad, Eileen le

preguntó cómo le había ido.

—Lo he bordado —contestó Luke. Desplegó su sonrisa más radiante, pero no podía quitarse a la pelirroja de la cabeza. Le había entristecido que llorara, pero la forma en que había agachado la cabeza —como una flor sin agua— después de que le señalara el error en su ecuación fue en cierto modo peor.

Se dijo que debía dejar de pensar en eso, pero era imposible, naturalmente. «Intente imponerse la tarea de no pensar en un oso polar —dijo una vez Fiódor Dostoievski—, y verá al condenado animal a cada minuto.»

—¿Mamá?

—¿Qué?

—¿Crees que la memoria es una bendición o una maldición?

Su madre no tuvo que pensarlo; solo Dios sabía qué estaba recordando *ella* en ese momento.

—Las dos cosas, cariño.

6

A las dos de una madrugada de junio, cuando Tim Jamieson hacía su ronda por la calle principal de DuPray, un todoterreno negro dobló por Wildersmoot Drive, en un barrio residencial al norte de Minneapolis. Era un nombre absurdo para una calle; Luke y su amigo Rolf la llamaban Wildersmuuuu Drive, en parte porque así el nombre sonaba aún más absurdo, y en parte porque los dos estaban deseando besuquear a una chica, desesperadamente.

En el todoterreno viajaban un hombre y dos mujeres. Él era Denny; ellas, Michelle y Robin. Al volante iba Denny. Hacia la mitad de la calle, curva y silenciosa, quitó las luces, se arrimó al bordillo y apagó el motor.

—Seguro que este no es TP, ¿verdad? Porque no me he traído el gorro de

papel de aluminio.

—Ja, ja —contestó Robin con tono perfectamente monocorde. Ocupaba el asiento de atrás.

—Es un TQ normal y corriente —terció Michelle—. Nada para perder los papeles. Manos a la obra.

Denny abrió la consola situada entre los dos asientos delanteros y sacó un teléfono móvil que parecía un refugiado de los noventa: cuerpo rectangular y macizo, antena corta y gruesa. Se lo entregó a Michelle. Mientras ella marcaba un número, él abrió el falso fondo de la consola y sacó unos finos guantes de látex, dos Glock modelo 37 y un aerosol que, según la etiqueta, contenía ambientador Glade con olor a ropa limpia. Dio una de las armas a Robin, se quedó la otra y pasó el aerosol a Michelle.

—Vamos allá, equipo, vamos allá —canturreó mientras se ponía los guantes—. Rubí, Rubí, eso es así.

—Corta el rollo, no estamos en el instituto —instó Michelle. Después, por el teléfono, que sujetaba contra el hombro para calzarse también ella los guantes, habló—: Symonds, ¿me recibes?

—Te recibo —contestó Symonds.

—Aquí Rubí. Hemos llegado. Desactiva ya el sistema.

Esperó, escuchando a Jerry Symonds al otro lado de la línea. En casa de los Ellis, donde Luke y sus padres dormían, se apagaron los paneles de control de la alarma DeWalt del recibidor y la cocina. Michelle recibió luz verde y miró a sus compañeros con el pulgar en alto.

—Vale. Todo listo.

Robin se echó al hombro la mochila, similar a un bolso de mujer de tamaño medio. No se encendió ninguna luz de cortesía cuando abandonaron el todoterreno, que tenía matrícula de la Policía del Estado de Minnesota. Avanzaron en fila india entre la casa de los Ellis y la de los vecinos, los

Destin (donde Rolf también dormía, soñando quizá que besuqueaba con desesperación a una chica), y entraron por la cocina, Robin en cabeza porque llevaba la llave.

Se detuvieron junto a los fogones. Robin extrajo de la mochila dos silenciadores compactos y tres gafas ultraligeras con correas elásticas. Las gafas les confirieron aspecto de insectos, pero con ellas la oscura cocina adquirió luminosidad. Denny y Robin enroscaron los silenciadores. Con Michelle delante, cruzaron el salón hasta el recibidor y se dirigieron hacia la escalera.

En el pasillo de arriba, avanzaron despacio pero con bastante seguridad. Una alfombra alargada amortiguaba sus pasos. Denny y Robin se apostaron frente a la primera puerta cerrada. Michelle siguió hasta la segunda. Miró a sus compañeros y se colocó el aerosol bajo el brazo para poder levantar las dos manos con los dedos extendidos: *Dadme diez segundos*. Robin asintió y alzó el pulgar en respuesta.

Michelle abrió la puerta y entró en la habitación de Luke. Las bisagras chirriaron levemente. La silueta tendida en la cama (solo se veía una mata de pelo) se revolvió un poco, pero quedó inmóvil de nuevo. A las dos de la madrugada, el niño debería haber estado como un tronco, en lo más profundo de su sueño, pero resultaba evidente que no era así. Tal vez los niños prodigio no dormían igual que los normales, ¿quién sabía? Desde luego ella, Michelle Robertson, no. En las paredes había dos pósteres, ambos visibles como a plena luz del día gracias a las gafas. Uno era de un skater en pleno vuelo, con las rodillas flexionadas, los brazos extendidos y las muñecas dobladas. El otro era de los Ramones, un grupo punk que Michelle escuchaba en secundaria. Pensaba que estaban ya todos muertos, en la Rockaway Beach del cielo.

Cruzó la habitación mientras contaba mentalmente: cuatro, cinco...

Al llegar a seis, golpeó la cómoda del niño con la cadera. En lo alto había

un trofeo o algo así, y se cayó. No hizo mucho ruido, pero el niño se volvió y abrió los ojos.

—¿Mamá?

—Claro —respondió Michelle—. Lo que tú quieras.

Vio la alarma que asomaba a los ojos del niño, lo vio abrir la boca para decir algo más. Michelle contuvo la respiración y accionó el aerosol a cinco centímetros de la cara del chico. Este se apagó como una luz. Siempre era así, y después, cuando despertaban al cabo de seis u ocho horas, no tenían ni rastro de resaca. Mejor someterse a la química, pensó Michelle, y contó siete, ocho, nueve.

A la de diez, Denny y Robin entraron en la habitación de Herb y Eileen. Lo primero que vieron fue un problema: la mujer no estaba en la cama. La puerta del cuarto de baño, abierta, proyectaba un trapecio de luz en el suelo. Era demasiado intensa para las gafas de visión nocturna. Se las quitaron y las dejaron caer. Allí el suelo era de madera noble pulida, y el doble impacto contra el parquet resonó nítidamente en la habitación en silencio.

—¿Herb? —Una voz baja, desde el baño—. ¿Has tirado el vaso del agua?

Robin avanzó hacia la cama al tiempo que sacaba la Glock, que llevaba a la espalda, en la cinturilla del pantalón; simultáneamente Denny se dirigió a la puerta del baño sin hacer ningún esfuerzo por acallar sus pasos. Ya era tarde para tener que ocultar eso. Se situó a un lado del umbral con el arma en alto junto a la cara.

En la almohada del lado de la mujer se veía aún el hueco del peso de su cabeza. Robin cubrió con ella el rostro del hombre y disparó a través. La Glock emitió un sonido semejante a una tos, no más que eso, y expelió un poco de hollín parduzco en la almohada por las ranuras de ventilación.

Eileen salió del cuarto de baño con gesto preocupado.

—¿Herb? ¿Estás bi...?

Vio a Denny. Él la agarró por el cuello, le apoyó la Glock en la sien y apretó el gatillo. Se produjo otro de esos sonidos leves semejantes a una tos. Ella se desplomó.

Entretanto, Herb Ellis sacudía los pies sin control; la colcha bajo la que poco antes dormían su difunta esposa y él se alzaba y ondeaba. Robin descerrajó dos tiros más a través de la almohada, el segundo un ladrido en lugar de una tos, y el tercero aún más estridente.

Denny retiró la almohada.

—¿De qué vas? ¿Es que has visto *El Padrino* demasiadas veces? Por Dios, Rob, le has volado media cabeza. ¿Qué van a hacer con eso en la funeraria?

—He hecho el trabajo, y eso es lo que cuenta.

La realidad era que no le gustaba mirarlos cuando los mataba, la forma en que se apagaba la luz en ellos.

—Tienes que curtirte, chica. Ese tercero se ha oído mucho. Vámonos.

Recogieron las gafas y fueron a la habitación del chico. Denny cogió a Luke en brazos —no supuso ningún problema, el niño no pesaba más de cuarenta kilos— y señaló al frente con el mentón para indicar a las mujeres que lo precedieran. Salieron por la cocina, tal como habían entrado. En la casa contigua no se había encendido ninguna luz (ni siquiera el tercer disparo había sido *tan* ruidoso), y no se oía más banda sonora que los grillos y una sirena lejana, quizá en Saint Paul.

Michelle encabezó la marcha entre las dos casas, se asomó a la calle e hizo una seña a los otros para que siguieran adelante. Esa era la parte que Denny Williams odiaba. Si alguien con insomnio miraba por una ventana y veía a tres personas en el jardín del vecino a las dos de la madrugada, lo consideraría sospechoso. Si uno de ellos llevaba a cuestas algo que parecía un cuerpo, lo consideraría *muy* sospechoso.

Pero Wildersmoot Drive —llamado así por un pez gordo de las Ciudades

Gemelas muerto hacía mucho— dormía profundamente. Robin abrió la puerta trasera del todoterreno, la del lado del bordillo, subió y tendió los brazos. Denny le entregó al niño y ella lo atrajo hacia sí. Con la cabeza de Luke apoyada en el hombro, buscó a tientas el cinturón de seguridad.

—Aj, está babeando —protestó.

—Sí, suele pasar con las personas que están inconscientes —comentó Michelle, y cerró la puerta de atrás.

Ocupó el asiento del acompañante, y Denny se sentó de nuevo al volante. Michelle guardó las armas y el aerosol mientras Denny se alejaba lentamente de la casa de los Ellis. Cuando se aproximaban al primer cruce, encendió de nuevo los faros.

—Haz la llamada —indicó.

Michelle marcó el mismo número.

—Aquí Rubí. Tenemos el paquete, Jerry. Hora estimada de llegada al aeropuerto, dentro de veinticinco minutos. Activa el sistema.

En casa de los Ellis, las alarmas volvieron a encenderse. Cuando por fin llegara la policía, encontraría dos muertos y un desaparecido, y el crío sería el sospechoso más lógico. Al fin y al cabo, por lo que decían, era muy inteligente, y esos eran los que tendían a torcerse, ¿no? ¿A ser un poco inestables? Lo interrogarían cuando lo encontraran, y era solo cuestión de tiempo que dieran con él. Los niños podían fugarse, pero ni siquiera los más brillantes conseguían esconderse.

No por mucho tiempo.

Al despertar, Luke recordó un sueño que había tenido, no era una pesadilla

exactamente pero sin duda entraba en la categoría de no muy agradable. Una desconocida en su habitación, inclinada sobre su cama, con el cabello rubio cayéndole a los lados de la cara. *Claro. Lo que tú quieras*, había dicho. Como las chicas de los vídeos porno que a veces veían Rolf y él.

Se incorporó, miró alrededor y al principio pensó que aquello era otro sueño. Era su habitación —el mismo empapelado azul, los mismos pósteres, el mismo escritorio con su trofeo de la Liga Infantil de Béisbol encima—, pero ¿dónde estaba? La ventana que daba a casa de Rolf había desaparecido.

Cerró los ojos un momento, apretando los párpados con fuerza, y los abrió de repente. Nada cambió: la habitación sin ventana seguía sin ventana. Se planteó pellizcarse, pero eso era un mero tópico. Optó por darse golpecitos en la mejilla con los dedos. Todo siguió igual.

Luke se levantó de la cama. Su ropa estaba en la silla, donde la había dejado su madre la noche anterior: los calzoncillos, los calcetines y la camiseta en el asiento, los vaqueros plegados en el respaldo. Se vistió despacio, mirando hacia donde debería haber estado la ventana, y luego se sentó para ponerse las zapatillas. Tenían sus iniciales a los lados, LE, y eso coincidía, pero estaba seguro de que el trazo horizontal del medio de la E era demasiado largo.

Les dio la vuelta para examinar la suciedad de las suelas, y no vio nada. Eso acabó de convencerlo. No eran sus zapatillas. Tampoco los cordones se correspondían. Estaban demasiado limpios. Aun así, las zapatillas eran de su número.

Se acercó a la pared y, apoyando las manos en ella, apretó y palpó en busca de la ventana bajo el papel pintado. No estaba.

Se preguntó si se había vuelto loco, si se había trastornado sin más, como un niño en una película de terror escrita y dirigida por M. Night Shyamalan. ¿No se suponía que los niños altamente funcionales eran más propensos a las crisis

nerviosas? Pero no se había vuelto loco. Estaba tan cuerdo como al acostarse la noche anterior. En una película, el niño loco *pensaría* que estaba cuerdo — sería el giro inesperado de Shyamalan—, pero, según los libros de psicología que Luke había leído, la mayor parte de los locos eran conscientes de que lo estaban. Él no lo estaba.

De pequeño (a los cinco años, frente a los doce actuales), le entró la fiebre de coleccionar pines políticos. Su padre lo había ayudado gustosamente a ampliar su colección, porque casi todos los pines salían muy baratos por eBay. Luke sentía especial fascinación (por razones que era incapaz de explicar, siquiera a sí mismo) por los pines de candidatos presidenciales que habían perdido. Con el tiempo esa fiebre se le pasó, y seguramente la mayoría de los pines estaban ahora en el hueco de la buhardilla o en el sótano, aunque se había guardado uno, a modo de talismán. En él aparecía un avión azul, y alrededor las palabras ALAS PARA WILLKIE. Wendell Willkie se enfrentó a Franklin Roosevelt en la carrera presidencial de 1940, pero sufrió una derrota estrepitosa, pues tan solo ganó en diez estados y obtuvo un total de 82 votos electorales.

Luke había dejado el pin en la copa de su trofeo de la Liga Infantil de Béisbol. Metió los dedos y no encontró nada.

A continuación se acercó al póster de Tony Hawk con su tabla Birdhouse. Parecía normal, pero algo fallaba. Había desaparecido la pequeña ondulación de la izquierda.

No eran sus zapatillas, no era su póster, el pin de Willkie no estaba.

No era su habitación.

Algo empezó a agitarse en su pecho y necesitó respirar hondo varias veces para intentar calmarlo. Fue a la puerta y agarró el picaporte, convencido de que descubriría que se hallaba encerrado.

No fue así, pero al otro lado el pasillo no se parecía en nada al del piso de

arriba de la casa donde había vivido durante sus doce años y pico. No era de madera, sino de bloques de hormigón, pintados de un verde claro industrial. Frente a la puerta, un póster mostraba a tres niños más o menos de la edad de Luke que corrían por un prado de hierba alta. Uno aparecía suspendido en medio de un salto. O estaban locos o gozaban de una felicidad delirante. El mensaje al pie daba a entender esto último. UN DÍA COMO OTRO EN EL PARAÍSO, rezaba.

Luke salió. A su derecha, el pasillo terminaba en una puerta institucional de dos hojas, de esas que se abren empujando una barra. A su izquierda, a unos tres metros delante de otra puerta institucional idéntica, había una niña sentada en el suelo. Vestía pantalones acampanados y una camiseta de mangas ahuecadas. Era negra. Y aunque aparentaba la edad de Luke, poco más o menos, parecía estar fumando un cigarrillo.

8

La señora Sigsby estaba sentada tras su escritorio, mirando su ordenador. Vestía un traje sastre a medida de DVF que no disimulaba su extrema delgadez. Llevaba el pelo cano perfectamente peinado. El doctor Hendricks se hallaba de pie a su lado. Buenos días, Espantapájaros, pensó, aunque jamás lo diría.

—Bien, ahí lo tenemos —dijo la señora Sigsby—. Nuestro recién llegado. Lucas Ellis. Ha viajado en un Gulfstream por primera y única vez, y ni siquiera lo sabe. Por lo que cuentan, es todo un prodigio.

—No lo será por mucho tiempo —declaró el doctor Hendricks, y dejó escapar una de sus peculiares risotadas, una espiración seguida de una inhalación, semejante a un rebuzno. Eso, unido a sus dientes salidos y su gran

estatura (medía dos metros), justificaba el mote que le habían puesto los técnicos: Donkey Kong.

Ella se volvió y le lanzó una mirada severa.

—Estos niños están bajo nuestra tutela. Los chistes malos sobran, Dan.

—Disculpe. —De buena gana habría añadido: «Pero ¿a quién pretendes engañar, Siggers?».

Plantear algo así sería poco prudente y, en realidad, la pregunta era retórica por decir poco. Sabía que ella no engañaba a nadie, y menos a sí misma. Siggers era como aquel bufón nazi desconocido que consideró una brillante idea poner *Arbeit macht frei*, «El trabajo os hace libres», sobre la entrada de Auschwitz.

La señora Sigsby sostuvo en alto el formulario de ingreso del chico nuevo. Hendricks había colocado un adhesivo rosa circular en el ángulo superior derecho.

—Dígame, Dan, ¿está descubriendo *algo* en su trabajo con los rosa? ¿Por poco que sea?

—Ya sabe que sí. Ha visto los resultados.

—Sí, pero me refiero a algo de valor demostrado.

Antes de que el buen doctor pudiera contestar, Rosalind asomó la cabeza por la puerta.

—Tengo papeleo para usted, señora Sigsby. Van a entrar cinco más. Sé que ya constaban en su hoja de cálculo, pero se han adelantado.

La señora Sigsby pareció complacida.

—¡Hoy los cinco! Debo de estar portándome correctamente.

Hendricks (alias Donkey Kong) pensó: No podrías decir «portarme bien», como todo el mundo, ¿a que no? No sea que se te reviente una costura por algún sitio.

—Hoy solo dos —rectificó Rosalind—. Esta noche, para ser exactos. Del

equipo Esmeralda. Tres mañana, de Ópalo. Cuatro son TQ. Uno es TP, y es todo un hallazgo. FNDC: 93 nanogramos.

—Avery Dixon, ¿correcto? —dijo la señora Sigsby—. De Salt Lake City.

—De Orem —corrigió Rosalind.

—Un mormón de Orem —añadió el doctor Hendricks, y volvió a soltar aquel rebuzno que tenía por risa.

Todo un hallazgo, sin duda, pensó la señora Sigsby. El formulario de Dixon no llevará adhesivo rosa. Es demasiado valioso para eso. Un mínimo de inyecciones, para evitar el riesgo de ataques, nada de experiencias de semiahogamiento. No con un FNDC superior a 90.

—Una excelente noticia. Excelente de verdad. Traiga las carpetas y déjelas en mi mesa. ¿Me las ha enviado también por email?

—Naturalmente. —Rosalind sonrió. El email era el medio por el que ahora se comunicaba el mundo, pero las dos sabían que la señora Sigsby prefería el papel a los píxeles; a ese respecto, era de la vieja escuela—. Las traeré lo antes posible.

—Café, por favor, y también lo antes posible.

La señora Sigsby se volvió hacia el doctor Hendricks. Tan alto, y con semejante curva de la felicidad, pensó. Como médico, debería saber lo peligroso que es, y más para un hombre de su estatura, cuyo sistema vascular debe realizar un esfuerzo mayor ya de buen comienzo. Pero nadie mejor que un médico para hacer oídos sordos a las realidades de la medicina.

Ni la señora Sigsby ni Hendricks eran TP, pero en ese momento ambos compartían un pensamiento: lo mucho que facilitaría todo aquello si entre ellos hubiese simpatía en lugar de aversión mutua.

Cuando volvieron a quedarse solos, la señora Sigsby se echó hacia atrás para mirar al médico, erguido ante ella.

—Estoy de acuerdo en que la inteligencia del señor Ellis no tiene la menor

importancia para la labor que llevamos a cabo en el Instituto. Lo mismo daría que tuviera un CI de setenta y cinco. Sin embargo, es la razón por la que lo hemos traído un poco antes de tiempo. Había sido aceptado no en una universidad de primera línea, sino en dos: el MIT y Emerson.

Hendricks parpadeó.

—¿A los *doce* años?

—Así es. El asesinato de sus padres y su posterior desaparición saldrán en las noticias, pero fuera de las Ciudades Gemelas no tendrá gran repercusión, aunque puede correr por internet durante una semana poco más o menos. Habría sido mucho más sonado si antes de perderse de vista hubiese causado sensación por sus logros académicos. Los chicos como él tienden a salir en las noticias de televisión, generalmente en la sección de sucesos insólitos. ¿Y qué es lo que yo digo siempre, doctor?

—Que en nuestro oficio la mejor noticia es que no haya noticias.

—Exacto. En un mundo perfecto, habríamos dejado pasar a este. Todavía tenemos TQ de sobra. —Golpeteó el círculo rosa del formulario de ingreso—. Como esto indica, su FNDC ni siquiera es muy alto. Pero...

No necesitó terminar la frase. Ciertas mercancías eran cada vez más escasas. Los colmillos de elefante. Las pieles de tigre. Los cuernos de rinoceronte. Los metales poco comunes. Incluso el petróleo. En ese momento podían añadir a la lista a esos niños especiales, cuyas cualidades extraordinarias no tenían nada que ver con su CI. Esa semana ingresaban cinco más, incluido el tal Dixon. Una excelente captura, pero dos años antes podrían haber sido treinta o más.

—Ah, mire —anunció la señora Sigsby. En la pantalla de su ordenador, el recién llegado se acercaba a la residente más antigua de la Mitad Delantera—. El chico está a punto de conocer a Benson, la que es más lista de lo que le conviene. Lo pondrá al corriente, o al menos le dará su versión.

—Todavía en la Mitad Delantera —dijo Hendricks—. Deberíamos nombrarla relaciones públicas oficial, a la condenada.

La señora Sigsby le dirigió su sonrisa más glacial.

—Mejor ella que usted, doctor.

Hendricks bajó la mirada y pensó en decir: *Desde esta altura, veo lo rápido que pierdes el pelo, Siggers. Todo forma parte de tu anorexia de bajo nivel pero largo recorrido. Tienes el cuero cabelludo tan rosa como el ojo de un conejo albino.*

Eran muchas las cosas que pensaba en decir a esa mujer sin tetas y con una gramática perfecta, la administradora jefa del Instituto, pero siempre callaba. Era lo más sensato.

9

En el pasillo de bloques de hormigón, se sucedían las puertas y los pósteres. La niña estaba sentada bajo uno en el que un niño negro y una niña blanca, con las frentes juntas, sonreían como bobos. Al pie se leía: ¡ELIJO SER FELIZ!

—¿Ese te gusta? —preguntó la niña negra. Al examinarlo de cerca, el cigarrillo que pendía de sus labios resultó ser de chocolate—. Yo lo cambiaría por ELIJO ESTAR FATAL, pero luego igual me quitaban el bolígrafo. A veces hacen la vista gorda, pero a veces no. El problema es que con ellos nunca se sabe.

—¿Dónde estoy? —preguntó Luke—. ¿Qué es esto? —Tenía ganas de llorar. Supuso que se debía básicamente a la desorientación.

—Bienvenido al Instituto —contestó ella.

—¿Todavía estamos en Minneapolis?

Ella se echó a reír.

—Qué va. Y ya no estamos en Kansas, Totó. Estamos en Maine. Muy al norte, en las quimbambas. Al menos, según Maureen.

—¿En *Maine*? —Luke sacudió la cabeza, como si acabara de recibir un golpe en la sien—. ¿Estás segura?

—Sí. Estás muy pálido, chico blanco. Me parece que deberías sentarte, no vayas a caerte.

Al sentarse, buscó apoyo con una mano, porque las piernas, más que flexionársele, le fallaron.

—Estaba en casa —dijo—. Estaba en casa, y luego me he despertado aquí. En una habitación que se parece a la mía, pero no lo es.

—Ya lo sé —confirmó ella—. Impresiona, ¿eh? —Se rebuscó en el bolsillo del pantalón y sacó una caja. En la ilustración, un vaquero hacía girar un lazo. CIGARRILLOS DE CHOCOLATE ROUND-UP, se leía. ¡FUMA COMO PAPÁ!—. ¿Quieres uno? En tu estado de ánimo, un poco de azúcar puede venirte bien. A mí siempre me ayuda.

Luke cogió la caja y retiró la tapa. Dentro quedaban seis cigarrillos, todos con una punta roja que imaginó que representaba el ascua. Sacó uno, se lo llevó a los labios y lo partió por la mitad con los dientes. El dulzor se extendió por su boca.

—No se te ocurra hacer lo mismo con uno de verdad —aconsejó ella—. No te gustaría ni la mitad.

—No sabía que aún vendieran cosas así —comentó él.

—De estos no, eso desde luego —aseguró ella—. «¿Fuma como papá?» ¿Me estás vacilando? Debe ser de coleccionista. Pero en la cantina tienen cosas muy raras. Entre ellas tabaco *auténtico*, aunque te cueste creerlo. Tabaco entero, Lucky y Chesterfield y Camel, como en las pelis del canal de cine clásico de Turner. Estoy tentada de probarlo, pero, tío, cuestan un *montón* de fichas.

—¿Tabaco auténtico? ¿No querrás decir para niños?

—Aquí todos los residentes son niños. Aunque ahora mismo en la Mitad Delantera no hay muchos. Dice Maureen que a lo mejor vienen más. No sé de dónde saca la información, pero por lo general es fiable.

—¿Tabaco para niños? Pero ¿esto qué es? ¿La Isla del Placer? —Aunque en esos momentos la situación no le resultaba muy placentera.

Ella se tronchó de risa.

—¿Como en *Pinocho*? ¡Muy buena! —Levantó la mano.

Luke le chocó los cinco y se sintió un poco mejor. A saber por qué.

—¿Cómo te llamas? No puedo seguir con eso de «chico blanco». Es como... trazar un perfil racial.

—Luke Ellis. ¿Y tú?

—Kalisha Benson. —Alzó un dedo—. Ahora presta atención. Puedes llamarme Kalisha o puedes llamarme Sha. Pero no me llames «compi».

—¿Por qué no? —Seguía intentando orientarse y seguía sin conseguirlo. Ni mínimamente. Se comió la otra mitad del cigarrillo, la que tenía el ascua falsa en la punta.

—Porque eso es lo que dicen Hendricks y los tarados de sus colegas cuando te pinchan o te hacen pruebas. «Voy a clavarte una aguja en el brazo y te dolerá, pero sé una buena compi. Voy a tomarte muestras de la garganta, y tendrás arcadas como un puto gusano, pero sé una buena compi. Vamos a hundirte en el depósito, pero aguanta la respiración y sé una buena compi.» Por *eso* no puedes llamarme compi.

Luke apenas prestó atención a aquello de las pruebas, aunque más tarde sí reflexionaría al respecto. Se había quedado en la palabra «puto». Se la había oído a muchos chicos (Rolf y él la decían sin parar cuando salían), y se la había oído a la pelirroja guapa que era posible que hubiese pringado en el selectivo, pero nunca a una niña de su misma edad. Supuso que eso era porque

había vivido en un ambiente muy protegido.

Kalisha le apoyó una mano en la rodilla, lo que le produjo cierto cosquilleo, y lo miró muy seria.

—Pero te aconsejo que seas un buen compi por mucho que te fastidie, al margen de lo que te metan por la garganta o por el culo. En cuanto a la cisterna, la verdad es que no sabría decirte. Yo personalmente nunca he pasado por ahí, solo la conozco de oídas. Pero sí sé que mientras están someténdote a sus pruebas, te quedas en la Mitad Delantera. No sé qué pasa en la Mitad Trasera, ni quiero saberlo. Lo único que sé es que la Mitad Trasera es como una trampa para cucarachas: el que entra no sale. Y si sale, no vuelve aquí.

Luke miró el pasillo que acababa de recorrer. Había muchos pósteres motivacionales, y también muchas puertas, unas ocho a cada lado.

—¿Cuántos niños hay en esas habitaciones?

—Cinco, contándonos a ti y a mí. La Mitad Delantera nunca está muy llena, pero ahora mismo parece un pueblo fantasma. Los niños vienen y van.

—Hablando de Miguel Ángel —masculló Luke.

—¿Eh?

—Nada. ¿Qué...?

Se abrió una de las puertas situadas en la punta más próxima del pasillo, y apareció una mujer con un vestido marrón, vuelta de espaldas a ellos. Mantenía la puerta abierta con el trasero al tiempo que forcejeaba con algo. Kalisha se puso en pie al instante.

—Eh, Maureen, eh, chica, espera, que te ayudamos.

En vista de que había dicho «ayudamos» en lugar de «ayudo», Luke se levantó y siguió a Kalisha. De cerca, vio que el vestido marrón era en realidad una especie de uniforme, como el que podría llevar una camarera en un hotel pijo; o medio pijo: tampoco estaba adornado con volantes ni nada por el

estilo. Intentaba arrastrar un cesto de lavandería por encima del tapajuntas metálico que separaba el pasillo de un amplio espacio que parecía un salón de recreo: había mesas y sillas, y por las ventanas entraba la intensa luz del sol. Contenía también un televisor del tamaño de una pantalla de cine. Kalisha abrió la otra hoja de la puerta para dejar hueco. Luke agarró la cesta (que a un lado tenía estampada la marca: DANDUX) y ayudó a la mujer a tirar hacia lo que empezaba a considerar el pasillo de los dormitorios. Contenía sábanas y toallas.

—Gracias, hijo —dijo ella. Era bastante mayor, con muchas canas, y parecía cansada. La placa que llevaba prendida sobre el caído pecho izquierdo indicaba MAUREEN. Lo miró de arriba abajo—. Eres nuevo. Luke, ¿no?

—Luke Ellis. ¿Cómo lo sabe?

—Lo pone en mi hoja de tareas. —Sacó un papel plegado por la mitad del bolsillo de la falda y volvió a guardárselo.

Luke le tendió la mano, como le habían enseñado.

—Encantado de conocerla.

Maureen se la estrechó. Parecía razonablemente amable, así que Luke supuso que en efecto estaba encantado de conocerla. Pero no de encontrarse allí: estaba asustado y preocupado por sus padres y por sí mismo. A esas alturas ya debían de haber advertido su ausencia. No creía que fuesen a pensar que se había fugado, pero cuando descubriesen su habitación vacía, ¿a qué otra conclusión podían llegar? Pronto la policía empezaría a buscarlo, si no había empezado ya, pero si Kalisha tenía razón, buscarían muy muy lejos de allí.

Maureen tenía la palma de la mano caliente y seca.

—Soy Maureen Alvorson. Me ocupo de la limpieza y hago un poco de todo. Me encargaré de que tengas la habitación en condiciones.

—Y no le des trabajo de más —instó Kalisha, lanzándole una mirada

intimidatoria.

Maureen sonrió.

—Eres un encanto, Kalisha. No parece que este vaya a ser muy desordenado, no como ese Nicky. Ese es como Cochino, el de *Las aventuras de Carlitos*. ¿Está ahora en su habitación? No lo veo en el patio con George e Iris.

—Ya conoces a Nicky —contestó Kalisha—. Si se levanta antes de la una, dice que ha madrugado.

—Entonces haré las otras, pero los médicos lo quieren a la una. Si no está despierto, lo levantarán ellos. Encantada de conocerte, Luke. —Y siguió su camino, empujando entonces la cesta en lugar de arrastrarla.

—Vamos —dijo Kalisha, y cogió a Luke de la mano.

Preocupado o no por sus padres, volvió a sentir uno de esos cosquilleos.

Tiró de él hacia el salón. Luke quería echar una ojeada a aquel lugar, en particular a las máquinas expendedoras (tabaco auténtico, ¿era posible?), pero en cuanto se cerró la puerta a sus espaldas, Kalisha acercó su cara a la de él. Le habló con seriedad, casi con vehemencia.

—No sé cuánto tiempo te quedarás aquí, si a eso vamos, tampoco sé cuánto más me quedaré *yo*, pero mientras estés aquí, trata bien a Maureen, ¿me oyes? Aquí trabaja algún que otro cabrón sin entrañas, pero ella no es de esos. Ella es *buena persona*. Y tiene problemas.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó él, más que nada por educación. Miraba por la ventana hacia lo que parecía ser el patio. Había allí dos niños, un chico y una chica, quizá de su misma edad, quizá un poco mayores.

—Cree que podría estar enferma, pero no quiere ir al médico, porque no puede *permitirse* estar enferma. Gana solo unos cuarenta mil al año, y tiene que pagar facturas por, o sea, casi el doble. Tal vez más. Las acumuló su marido, y luego se largó. Y la deuda va en aumento, ¿entiendes? Por los

intereses.

—*Vig* —dijo Luke—. Así lo llama mi padre. Abreviación de *vigorish*. De la palabra ucraniana para referirse a beneficios o ganancias. Es una expresión del mundo del hampa y, según mi padre, las compañías de tarjetas de crédito son básicamente hampa. Si nos basamos en el interés compuesto que cobran, mi padre tiene...

—Tiene ¿qué? ¿Razón?

—Sí. —Dejó de mirar a los niños de fuera (George e Iris, cabía suponer) y se volvió hacia Kalisha—. ¿Todo eso te ha contado? ¿A ti, una niña? Debes de ser un hacha de las relaciones interpersonales.

Kalisha pareció sorprenderse y, de pronto, se echó a reír. Fue una gran carcajada, que soltó con los brazos en jarras y la cabeza echada hacia atrás. Con ese gesto, parecía más una mujer que una niña.

—¿Relaciones intrapersonales! ¡Vaya labia, Lukey!

—*Inter*, no *intra* —corrigió él—. A menos que estés reunida, digamos, con todo un grupo. Para asesorarlos sobre cuestiones de crédito, o algo así. —Se interrumpió—. Eso era... un chiste. Y malo, además. Un chiste pedante.

Ella lo observó ponderativamente, de arriba abajo y de abajo arriba, lo que produjo en Luke otro de aquellos cosquilleos nada desagradables.

—¿Cómo de listo eres?

Él se encogió de hombros, un poco abochornado. Por lo general, no alardeaba —no había nada peor en el mundo si uno quería granjearse amigos e influir en las personas—, pero estaba alterado, confuso, preocupado y (bien podía admitirlo) cagado de miedo. Le resultaba cada vez más difícil no utilizar la palabra «secuestro» para describir esa experiencia. Al fin y al cabo, él era un niño, en el momento del hecho dormía y, si Kalisha decía la verdad, había despertado a miles de kilómetros de su casa. ¿Lo habrían dejado marchar sus padres sin discusión, o en realidad pelear? Difícilmente. Al

margen de lo que le hubiera ocurrido a él, confiaba en que ellos hubiesen permanecido dormidos mientras sucedía.

—Bastante inteligente, diría yo. ¿Eres TP o TQ? TQ, me parece.

—No sé de qué hablas —contestó Luke.

Solo que tal vez sí lo sabía. Se acordó del modo en que a veces vibraban los platos en los armarios, de cómo a veces se abría o cerraba sola la puerta de su habitación, y de cómo había temblado la bandeja en el Rocket Pizza aquella vez con sus padres. También en la forma en que se había desplazado la papelera por sí sola el día del selectivo.

—TP es telepatía. TQ es...

—Telequinesia.

Ella sonrió y lo señaló con un dedo.

—Sí, eres muy inteligente. Telequinesia, correcto. Eres lo uno o lo otro, en principio nadie es las dos cosas, o al menos eso dicen los técnicos. Yo soy TP.

—Esto último lo dijo con cierto orgullo.

—Lees el pensamiento —contestó Luke—. Ya, claro. Todos los días y el domingo dos veces.

—¿Cómo te crees que sé lo de Maureen? Ella nunca hablaría a *nadie* sobre sus problemas aquí dentro, no es esa clase de persona. Y no conozco los detalles, solo la situación general. —Se detuvo a pensar—. También hay algo sobre un bebé. Lo cual es raro. Una vez le pregunté si tenía hijos y me contestó que no. —Kalisha se encogió de hombros y dijo—: Siempre he podido hacerlo, a rachas, no continuamente, pero no es que sea una superheroína. Si lo fuera, me largaría de aquí.

—¿Hablas en serio?

—Sí, y he aquí tu primera prueba. La primera de muchas. Estoy pensando en un número entre uno y cincuenta. ¿Cuál es el número?

—Ni idea —respondió Luke.

—¿De verdad? ¿No finges?

—No finjo en absoluto. —Luke se aproximó a la puerta situada al otro lado del salón. Fuera, el niño tiraba a la canasta y la niña saltaba en una cama elástica, nada espectacular, solo caía sentada y hacía alguna que otra pirueta. En apariencia, ninguno de los dos se lo pasaba bien; daba la impresión de que sencillamente *mataban* el tiempo—. ¿Esos niños son George e Iris?

—Sí. —Kalisha se acercó a él—. George Iles e Iris Stanhope. Los dos son TQ. Los TP somos más raros. Eh, niño listo, ¿eso está bien dicho o se dice menos comunes?

—Las dos formas están bien, pero yo me quedaría con menos comunes. Más raro, con esas erres, suena como si intentaras arrancar un motor fuera borda.

Ella se quedó pensando unos segundos. De pronto se rio y lo señaló con el dedo.

—Buena.

—¿Podemos salir?

—Claro. La puerta del patio nunca se cierra. Aunque dudo que te apetezca quedarte mucho rato; aquí, en el culo del mundo, se te comen vivo los mosquitos. En el botiquín de tu cuarto de baño encontrarás Deet. Deberías ponértelo y con ello quiero decir embadurnarte bien. Según Maureen, el problema de los mosquitos mejorará en cuanto nazcan las libélulas, pero yo todavía no he visto ninguna.

—¿Son buenos chicos?

—¿George e Iris? Claro, supongo. O sea, no es que seamos amigos del alma ni nada por el estilo; a George lo conozco solo desde hace una semana. Iris llegó aquí, hummm... hace diez días, me parece. Algo así. Después de mí, Nick es el que lleva más tiempo. Nick Wilholm. En la Mitad Delantera no esperes relaciones muy profundas, niño listo. Como te he dicho, vienen y van. Y *ninguno* habla de Miguel Ángel.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Kalisha?

—Casi un mes. Soy de las veteranas.

—Entonces ¿puedes explicarme qué está pasando? —Señaló con la cabeza a los niños de fuera—. ¿Y ellos?

—Te diremos lo que sabemos, y lo que los celadores y los técnicos nos cuentan, pero me da la impresión de que casi todo son mentiras. George opina lo mismo. Iris, en fin... —Kalisha se rio—. Es como el agente Mulder en la serie *Expediente X*. Ella quiere creer.

—Crear ¿qué?

Con la mirada que le lanzó —sabia y triste a la vez— volvió a parecer más una adulta que una niña.

—Que esto es solo un pequeño desvío en la gran autopista de la vida, y que al final todo acabará bien, como en *Scooby Doo*.

—¿Dónde están tus padres? ¿Cómo llegaste aquí?

La expresión de adulta desapareció.

—Ahora no quiero hablar de eso.

—Vale. —Tal vez tampoco él quería. Al menos no todavía.

—Y cuando conozcas a Nicky, no te preocupes si se pone a soltar barbaridades. Es su manera de desahogarse, y algunas de sus barbaridades son... —Se detuvo a pensar—. Entretenidas.

—Si tú lo dices... ¿Me haces un favor?

—Claro, si puedo.

—Deja de llamarme niño listo. Soy Luke. Llámame por mi nombre, ¿vale?

—Eso puedo hacerlo.

Él tendió la mano hacia la puerta, pero ella apoyó la suya en su muñeca.

—Una cosa más antes de que salgamos. Date la vuelta, Luke.

Él obedeció. Ella lo rebasaba quizá en dos o tres centímetros. Luke no supo que iba a besarlo hasta que lo hizo, de pleno, en los labios. Incluso introdujo

la lengua en su boca durante uno o dos segundos, y eso no le produjo un cosquilleo, sino una sacudida en toda regla, como si hubiese metido un dedo en un enchufe. Su primer beso auténtico, y un wildersmuuuua sin lugar a dudas. Rolf, pensó Luke (en la medida en que *pudo* pensar inmediatamente después de aquello), se moriría de celos.

Ella se apartó con expresión satisfecha.

—No es amor verdadero ni nada de eso, no te equivoques. Ni siquiera estoy segura de que sea un favor, pero podría serlo. La primera semana que pasé aquí me tuvieron en cuarentena. Nada de pinchazos por puntos.

Señaló un póster que había en la pared junto a la máquina de golosinas. Mostraba a un niño que, desde su silla, señalaba jubiloso unos puntos de colores pintados en una pared blanca. Un médico sonriente (bata blanca, estetoscopio al cuello) tenía una mano apoyada en el hombro del chico. Por encima de la fotografía se leía ¡PINCHAZOS POR PUNTOS! Y debajo: ¡CUANTO ANTES LOS VEAS, ANTES VOLVERÁS A CASA!

—¿Qué demonios quiere decir eso?

—Ahora da igual. Mis padres eran unos antivacunas convencidos y, a los dos días de llegar a la Mitad Delantera, pillé la varicela. Tos, fiebre alta, unas manchas rojas grandes y feas, y toda la pesca. Supongo que ya la he superado, visto que ando de acá para allá y vuelven a hacerme pruebas, pero a lo mejor todavía contagio un poco. Con suerte, cogerás la varicela y te tendrán un par de semanas tomando zumos y viendo la tele en vez de ponerte inyecciones y hacerte resonancias magnéticas.

La chica los vio y saludó con la mano. Kalisha le devolvió el saludo y, antes de que Luke pudiera añadir nada, empujó la puerta.

—Vamos. Quítate esa expresión de memo de la cara y ven a conocer a los demás.

PINCHAZOS POR PUNTOS

Al otro lado de la puerta del espacio que ocupaban la cantina y la sala de televisión del Instituto, Kalisha rodeó los hombros de Luke con un brazo y lo atrajo hacia sí. Él barajó la posibilidad —mejor dicho, la esperanza— de que fuera a besarlo otra vez, pero se limitó a susurrarle al oído. Al notar el roce de sus labios, se le puso la carne de gallina.

—Habla de lo que quieras, pero no digas nada de Maureen, ¿vale? Aunque creemos que ellos solo escuchan a veces, es mejor andarse con cuidado. No quiero meterla en un lío.

Maureen, sí, ya, la mujer de la limpieza, pero ¿quiénes eran *ellos*? Luke nunca se había sentido tan perdido, ni siquiera cuando, a los cuatro años, se separó de su madre en el Mall of America, el centro comercial, y permaneció extraviado quince interminables minutos.

Entretanto, tal como había predicho Kalisha, los mosquitos se arrojaron sobre él. Pequeños y negros, rodearon su cabeza en enjambres.

Una grava fina cubría la mayor parte del patio. La zona de la canasta, donde el tal George seguía lanzando la pelota al aro, estaba pavimentada, y cierto material esponjoso rodeaba la cama elástica para amortiguar las caídas por si alguien saltaba mal y rebotaba hacia un lado. Había una pista de tejo, una cancha de bádminton, un trepador de cuerdas y un conjunto de cilindros de

colores vivos de esos con los que los niños pequeños montaban túneles, pese a que allí no había nadie tan pequeño como para utilizarlos. Columpios, balancines y un tobogán completaban los juegos infantiles. En un armario verde alargado, situado entre mesas de picnic, se leían los letreros **JUEGOS Y MATERIAL** y **POR FAVOR, DEVOLVED LO QUE SAQUÉIS**.

Delimitaba el patio una alambrada de tres metros de altura como mínimo, Luke advirtió en dos de las esquinas cámaras orientadas hacia abajo, muy polvorientas, como si no las limpiaran desde hacía tiempo. Más allá de la valla, se veía solo bosque, sobre todo pinos. A juzgar por su grosor, Luke les calculó una edad de ochenta años, más o menos. La fórmula —facilitada en *Árboles de Norteamérica*, que había leído un sábado por la tarde cuando tenía alrededor de diez años— era bastante sencilla. No hacía falta contar los anillos. Bastaba con estimar la circunferencia de uno de los árboles, dividirla por pi para obtener el diámetro y multiplicar luego por el factor medio de crecimiento de los pinos norteamericanos, que era de 4,5. Un cálculo fácil, tanto como el corolario correspondiente: esos árboles no se talaban desde hacía mucho, quizá un par de generaciones. El Instituto, fuera lo que fuese, estaba en medio de un bosque antiguo, es decir, en medio de la nada. En cuanto al patio en sí, lo primero que pensó fue que, si existiera una zona de ejercicio carcelaria para niños de entre seis y dieciséis años, sería exactamente igual que aquello.

La niña —Iris— los vio y saludó con la mano. Dio un doble salto en la cama elástica, con lo que se le agitó la cola de caballo, y finalmente botó hacia un lado y cayó sobre el material esponjoso con las piernas separadas y las rodillas flexionadas.

—¡Sha! ¿A quién tienes ahí?

—Es Luke Ellis —contestó Kalisha—. Ha llegado esta mañana.

—Hola, Luke. —Iris se acercó y le tendió la mano. Era una niña flaca y

sacaba unos cinco centímetros a Kalisha. De rostro agraciado y expresión afable, le brillaban las mejillas y la frente con lo que Luke supuso que era una mezcla de sudor y repelente de mosquitos—. Iris Stanhope.

Luke le dio la mano, consciente de que esos mosquitos —en Minnesota se los conocía como «jejenes», pero no tenía la menor idea de cómo los llamaban allí— habían empezado a degustarlo.

—Encantado de conocerte, aunque no de estar aquí.

—Yo soy de Abilene, Texas. ¿Y tú?

—De Minneapolis. Eso está en...

—Ya sé dónde está —atajó Iris—. La tierra del millón de lagos, o alguna chorrada por el estilo.

—¡George! —exclamó Kalisha—. ¿Qué modales son esos, jovencito? ¡Ven aquí!

—Ahora voy, pero espera. Esto es importante. —George pisó la línea de tiros libres con la punta del pie, sostuvo la pelota contra el pecho y empezó a hablar con voz grave y un tono de tensión palpable—. Bien, amigos, después de siete partidos muy reñidos, al final todo se reduce a esto. Segunda prórroga, los Wizards van un punto por detrás de los Celtics, y George Iles, recién salido del banquillo, tiene la posibilidad de ganar este encuentro desde la línea de tiros libres. Si anota un lanzamiento, los Wizards volverán a empatar. Si anota los dos, pasará a la historia, probablemente colgarán su foto en el Salón de la Fama del Baloncesto, tal vez gane un Tesla descapotable...

—Tendrían que fabricártelo a medida —lo interrumpió Luke—. Tesla no hace descapotables, al menos de momento.

George hizo caso omiso.

—Nadie previó jamás que Iles fuera a hallarse en esta situación, y él menos todavía. En el pabellón Capital One Arena reina un silencio absoluto...

—¡Y entonces se tiran un pedo! —gritó Iris. Colocó la lengua entre los

labios y soltó una pedorreta larga y burbujeante—. ¡Un auténtico trompetazo!
¡Y además oloroso!

—Iles respira hondo, bota la pelota dos veces, que es su sello personal...

—George, además de hablar por los codos, tiene una fantasía muy activa —
aclaró Iris a Luke—. Uno se acostumbra.

George lanzó un vistazo en dirección a ellos.

—Iles dirige una mirada iracunda a una hincha solitaria de los Celtics que se mofa de él desde la zona central de la grada, una chica que, además de ser increíblemente fea, parece tonta,

Iris soltó otra pedorreta.

—Ahora Iles se enfrenta a la canasta, Iles tira...

Ni siquiera tocó el tablero.

—Por Dios, George —intervino Kalisha—. Fatal. Empata el puto partido o piérdelo de una vez, y así podremos hablar. Este niño no sabe qué le ha pasado.

—Como si nosotros lo supiéramos —dijo Iris.

George flexionó las rodillas y lanzó. La pelota rodó por el aro, se lo pensó... y salió.

—¡Ganan los Celtics, ganan los Celtics! —vociferó Iris. Dio un brinco de animadora y agitó unos pompones invisibles—. Ahora ven y saluda al nuevo.

George se acercó espantando mosquitos a su paso. Era un retaco, y Luke pensó que solo llegaría a jugar al baloncesto profesional en sueños. Tenía unos ojos de color azul claro que a Luke le recordaron las películas de Paul Newman y Steve McQueen que Rolf y él veían con devoción en TCM. Al evocar esa escena, los dos arrellanados ante el televisor comiendo palomitas, sintió náuseas.

—Eh, chaval. ¿Cómo te llamas?

—Luke Ellis.

—Yo soy George Iles, pero seguramente ya lo sabías por estas niñas. Soy un Dios para ellas.

Kalisha se llevó las manos a la cabeza como si le doliera. Iris hizo un corte de mangas.

—Un dios del *amor*.

—Pero Adonis, no Cupido —comentó Luke, entrando un poco en el juego—. Adonis es el dios del deseo y la belleza.

—Si tú lo dices. ¿Qué te ha parecido este sitio hasta el momento? Una mierda, ¿no?

—¿Qué *es* esto? Kalisha lo llama Instituto, pero ¿eso qué quiere decir?

—Lo mismo podría llamarlo Hogar Para Niños Descarriados con Poderes Psíquicos de la Señora Sigsby —dijo Iris, y escupió.

Aquello no era como llegar en mitad de una película; era como llegar en mitad de la tercera temporada de una serie de televisión. Una de trama complicada.

—¿Quién es la señora Sigsby?

—La reina bruja —respondió George—. Ya la conocerás, y te aconsejo que no le repliques. No le gustan los respondones.

—¿Eres TP o TQ? —preguntó Iris.

—TQ, supongo. —En realidad era mucho más que una suposición—. A veces se mueve algo cerca de mí y, como no creo en los fenómenos paranormales, probablemente soy yo quien lo provoca. Pero eso no puede bastar para que... —Se le apagó la voz. *No puede bastar para que me metan aquí* era lo que estaba pensando. Pero allí *estaba*.

—¿TQ positivo? —preguntó George. Se encaminó hacia una de las mesas de picnic.

Luke fue tras él, seguido por las dos niñas. Podía calcular la edad aproximada del bosque que lo rodeaba; conocía los nombres de un centenar de

bacterias distintas; podía aleccionar a esos niños sobre Hemingway, Faulkner o Voltaire, pero no se había sentido jamás tan en la inopia.

—No tengo ni idea de qué quiere decir eso.

—Ellos llaman «posi» a los niños como George y yo —explicó Kalisha—. Los técnicos, los cuidadores y los médicos. Se supone que nosotros no lo sabemos...

—Pero lo sabemos —concluyó Iris—. Es lo que suele llamarse secreto a voces. Los TQ y los TP positivos pueden hacerlo cuando quieren, al menos parte del tiempo. Los demás no podemos. En mi caso, los objetos solo se mueven cuando me cabreo, estoy muy contenta o me llevo un susto. O sea, es involuntario, como estornudar. Así que soy corriente. Lllaman «rosa» a los TQ y los TP corrientes.

—¿Por qué? —preguntó Luke.

—Porque si eres del montón, ponen un topo rosa en los papeles de tu carpeta. Se supone que tampoco debemos ver lo que hay en nuestras carpetas, pero yo un día vi la mía. A veces se despistan.

—Más te vale tener cuidado o esos despistes te saldrán caros —advirtió Kalisha.

—A los rosa los someten a más pruebas y más inyecciones —continuó Iris—. A mí me tocó la cisterna. Un mal rollo, pero tampoco fue para tanto.

—¿Qué es la...?

George no dejó que Luke terminara la pregunta.

—Yo soy TQ posi, en mi carpeta no hay rosa. Nada de rosa para este chaval.

—¿Has visto tu carpeta? —preguntó Luke.

—No me hace falta. Soy un fuera de serie. Fíjate.

George permaneció allí inmóvil, sin siquiera concentrarse en actitud de swami, pero sucedió algo extraordinario. (Extraordinario al menos para Luke,

porque ninguna de las niñas pareció especialmente impresionada.) De repente la nube de jevenes que rodeaba la cabeza de George retrocedió, formando una especie de cola de cometa, como si los hubiera arrastrado una fuerte ráfaga de viento. Solo que el aire no se movía.

—¿Lo ves? —dijo—. TQ posi en acción. Aunque no dura mucho.

Y así fue. Los jevenes ya lo circundaban de nuevo y solo el repelente los mantenía a raya.

—En ese segundo lanzamiento a la canasta... —dijo Luke—. ¿Podrías haber hecho entrar la pelota?

George negó con la cabeza, en apariencia pesaroso.

—Ojalá trajeran a algún TQ posi con verdadero poder —comentó Iris. Su entusiasmo anterior por conocer al niño nuevo se había desinflado. Se la veía cansada y temerosa, y aparentaba más edad de la que tenía, unos quince años, calculó Luke—. Uno capaz de teletransportarnos y *sacarnos* de este puto sitio. —Se sentó en el banco de una de las mesas de picnic y se cubrió los ojos con una mano.

Kalisha se sentó y la rodeó con un brazo.

—No, cielo, vamos. Todo acabará bien.

—Lo dudo mucho —respondió Iris—. Mira, ¡parezco un alfiletero! —Extendió los brazos. Tenía dos tiritas en el izquierdo y tres en el derecho. Luego se frotó los ojos enérgicamente y adoptó lo que Luke supuso que era su cara de póquer—. ¿Y tú qué, niño nuevo? ¿Puedes mover cosas de un lado a otro a propósito?

Luke nunca había hablado con nadie, salvo con sus padres, sobre eso del poder de la mente sobre la materia (también llamado «psicoquinesis»). Su madre sostenía que la gente se asustaría si se enteraba. Su padre decía que ese era el aspecto menos importante en él. Luke coincidía con ambos, pero aquellos chicos no se asustaban, y allí, en aquel sitio, sí era un aspecto

importante. Eso estaba claro.

—No. No puedo ni mover las orejas.

Se echaron a reír, y Luke se relajó. Aquel era un lugar raro y daba miedo, pero al menos ellos parecían buenos chicos.

—De vez en cuando las cosas se mueven cerca de mí, solo eso. Platos o cubiertos. En ocasiones una puerta se cierra sola. Una o dos veces se ha encendido la lámpara del estudio. Nunca nada importante. Si ni siquiera estaba muy seguro de ser yo el que lo hacía. Pensaba que a lo mejor era una corriente de aire, o terremotos profundos...

Todos lo miraban con cara de escepticismo.

—Vale —admitió—. Sí lo sabía. Y mis padres también. Pero nunca fue nada del otro mundo.

Quizá sí lo habría sido, pensó, si él no hubiese poseído una inteligencia excepcional, la de un chico admitido a los doce años no en una universidad, sino en dos. Imaginemos a un niño de siete años capaz de tocar el piano como Van Cliburn. ¿Le concedería alguien la más mínima importancia a que además pudiera hacer sencillos trucos de cartas? ¿O mover las orejas? Pero eso no podía decírselo a George, Iris y Kalisha. Sonaría a fanfarronada.

—¡Tienes razón, *no* es nada del otro mundo! —dijo Kalisha con vehemencia—. ¡Por eso es una puta mierda! ¡No somos la Liga de la Justicia ni los X-Men!

—¿Nos han secuestrado? —preguntó Luke, rezando para que ellos se echaran a reír. Rezando para que alguno de ellos dijera: *No, hombre, no.*

—En fin, más claro, agua —contestó George.

—¿Porque tú puedes alejar los mosquitos uno o dos segundos? ¿Porque...? —Se acordó de la bandeja que cayó de la mesa en Rocket Pizza—. ¿Porque yo de vez en cuando entro en una habitación y la puerta se cierra detrás de mí?

—Bueno —dijo George—, si estuvieran raptando a gente por su belleza,

Iris y Sha no estarían aquí.

—Tarado —espetó Kalisha.

George sonrió.

—Una respuesta sumamente elaborada. Al nivel de «chúpamela».

—A veces no veo la hora de perderte de vista, a ver si se te llevan ya a la Mitad Trasera —dijo Iris—. Seguramente Dios me castigará por eso, pero...

—Un momento —la interrumpió Luke—. Un *momento*. Empecemos por el principio.

—El principio *es este*, colega —dijo una voz a sus espaldas—. Por desgracia, probablemente también es el final.

2

Luke calculó que el recién llegado rondaba los dieciséis años, pero más tarde averiguó que tenía dos menos. Nicky Wilholm, alto y de ojos azules, tenía unas greñas negrísimas que pedían a gritos una dosis doble de champú. Llevaba una camisa y un pantalón corto arrugados, calcetines de deporte a media asta y unas zapatillas sucias. Luke recordó que Maureen lo había comparado con Cochino, el de *Las aventuras de Carlitos*.

Los demás lo miraban con cauto respeto, y Luke se hizo una composición de lugar en el acto. Kalisha, Iris y George no estaban allí más a gusto que el propio Luke, pero, salvo por el instante en que Iris había flaqueado, procuraban mantener una actitud optimista; al mal tiempo, buena cara, parecía ser su postura, un tanto estúpida. No así ese otro chico. Nicky no traslucía en ese momento la menor ira, pero saltaba a la vista que la había experimentado en un pasado no demasiado lejano. Tenía un corte a medio cicatrizar en el labio inferior, hinchado, los vestigios decolorados de un ojo a la funerala y

una magulladura reciente en una mejilla.

Un broncas, pues. Luke había conocido a alguno que otro en su día, incluso en el colegio Broderick había un par. Rolf y él los rehuían, pero si aquello era una cárcel, tal como Luke empezaba a sospechar, sería imposible eludir a Nicky Wilholm. Los otros tres, sin embargo, no parecían sentirse intimidados, y eso era buena señal. Tal vez Nicky estuviera cabreado por las intenciones que se ocultaban tras el anodino nombre de ese lugar, el Instituto, fueran cuales fuesen, pero con sus compañeros solo se lo veía serio. Centrado. Aun así, esas marcas en la cara inducían a pensar en posibilidades desagradables, sobre todo si no era un broncas por naturaleza. ¿Y si se las había infligido un adulto? A un profesor que hiciera algo así, no solo en el Brod sino en prácticamente cualquier centro, lo pondrían en la calle, y era probable que lo demandasen y tal vez lo detuviesen.

Recordó que Kalisha había dicho: «Y ya no estamos en Kansas, Totó».

—Soy Luke Ellis. —Tendió la mano, sin saber muy bien qué esperar.

Nicky, indiferente al gesto, abrió el armario verde del material.

—¿Juegas al ajedrez, Ellis? Estos tres dan pena. Donna Gibson al menos me medio plantaba cara, pero pasó a la Mitad Trasera hace tres días.

—Y no volveremos a verla —añadió George, apesadumbrado.

—Sí, juego —respondió Luke—, pero ahora no me apetece mucho. Quiero saber dónde estoy y qué está pasando aquí.

Nick sacó un tablero de ajedrez y una caja con las piezas. Mirando a través del flequillo caído en lugar de apartárselo, las colocó rápidamente.

—Estás en el Instituto. En algún rincón perdido de Maine. Ni siquiera es un pueblo, solo coordenadas en un mapa. TR-110. Sha lo ha captado de unas cuantas personas. Donna también, y Pete Littlejohn. Es otro TP que pasó a la Mitad Trasera.

—Da la sensación de que Petey se marchó hace una eternidad, pero fue la

semana pasada —comentó Kalisha con añoranza—. La de granos que tenía, ¿os acordáis? Y cómo se le resbalaban las gafas continuamente.

Nicky no prestó atención.

—Los guardianes de este zoo no intentan esconderlo ni negarlo. ¿Para qué, si al fin y al cabo trabajan con TP un día sí y otro también? Y no les preocupa la posibilidad de que se descubra aquello que quieren mantener en secreto, porque ni siquiera Sha puede ahondar mucho, y ella es bastante buena.

—Casi todos los días puntúo un noventa por ciento con las cartas de Zener —explicó Kalisha. Sin jactarse, solo a título informativo—. Y podría decirte el nombre de tu abuela si lo pusieras en el primer plano del pensamiento, pero no paso de ahí.

Mi abuela se llama Rebecca, pensó Luke.

—Rebecca —dijo Kalisha y, cuando vio la expresión de sorpresa de Luke, le entró un ataque de risa; en ese momento pareció la niña que había sido no hacía mucho.

—Tú llevas las blancas —dijo Nicky—. Yo juego siempre con las negras.

—Nick es nuestro forajido honorario —comentó George.

—Con las marcas que lo demuestran —añadió Kalisha—. No es nada bueno para él, pero, por lo que se ve, no puede evitarlo. Tiene la habitación hecha un desastre, otro acto de rebeldía infantil que solo sirve para dar más trabajo a Maureen.

Nicky se volvió hacia la niña negra, sin sonreír.

—Si Maureen de verdad fuese la santa que tú crees, nos sacaría de aquí. O avisaría a la comisaría más cercana.

Kalisha negó con la cabeza.

—Baja de las nubes. Si uno trabaja aquí, es parte de esto. Bueno o malo.

—Borde o amable.

—Además, en la comisaría más cercana probablemente no haya más que un

puñado de inútiles y patanes, y a kilómetros de aquí —añadió Iris—. Como, según parece, te has autodesignado Explicador Jefe, Nick, ¿por qué no pones al chico al día? Jolín, ¿es que no te acuerdas de lo raro que uno se siente al despertar aquí en una habitación que se parece a la tuya?

Nick se recostó y cruzó los brazos. Luke alcanzó a ver cómo lo miraba Kalisha y pensó que si alguna vez ella llegaba a besar a Nicky, no sería solo por contagiarle la varicela.

—Bien, Ellis, te contaré lo que sabemos. O lo que creemos saber. No tardaré mucho. Señoritas, podéis intervenir cuando queráis. George, si te notas al borde de un ataque de paridas, mantén la boca cerrada.

—Muchas gracias —contestó George—. Luego te dejo conducir mi Porsche.

—Kalisha es quien más tiempo lleva aquí —dijo Nicky—. Por la varicela. ¿Cuántos niños has visto desde que llegaste, Sha?

Ella se detuvo a pensar.

—Unos veinticinco. Quizá más.

Nicky asintió.

—Vienen... *venimos*... de todas partes. Sha es de Ohio; Iris es de Texas; George es de Culo del Mundo, Montana...

—Soy de Billings —corrigió George—. Una ciudad de lo más respetable.

—Primero nos marcan, como si fuésemos aves migratorias o putos búfalos. —Nicky se apartó el pelo y se dobló hacia delante el lóbulo de la oreja para mostrar un diminuto disco de metal brillante del tamaño de media moneda de diez centavos—. Nos examinan, nos someten a pruebas, nos pinchan a cambio de puntos, luego vuelven a examinarnos y nos someten a más pruebas. A los rosa les dan más pinchazos y los someten a más pruebas.

—A mí me tocó la cisterna —repitió Iris.

—Bien por ti —dijo Nick—. Si somos posi, nos obligan a hacer trucos

estúpidos como a mascotas. Casualmente yo soy TQ posi, pero George la cotorra lo hace aún mejor que yo. Y hubo un chico, no recuerdo cómo se llamaba, que lo hacía todavía mejor que George.

—Bobby Washington —apuntó Kalisha—. Un niño pequeño, negro, de unos nueve años. Podía tirar un plato de la mesa. Se lo llevaron... ¿cuánto hace, Nicky? ¿Dos semanas?

—No tanto —respondió Nicky—. Si hiciera dos semanas ya, no me acordaría de él.

—Estaba ahí una noche durante la cena —continuó Kalisha—, y al día siguiente ya había pasado a la Mitad Trasera. Puf. Visto y no visto. Seguro que yo seré la próxima. Creo que ya me han hecho prácticamente todas las pruebas.

—Igual que a mí —dijo Nicky, malhumorado—. Es muy posible que se alegren de librarse de mí.

—Tachemos el «muy posible» de esa frase —observó George.

—Nos ponen inyecciones —intervino Iris—. Unas duelen, otras, no; unas tienen efectos, otras, no. A mí después de una en particular me subió la fiebre y tuve un dolor de cabeza horrible. Pensaba que igual había pillado la varicela de Sha, pero se me pasó al día siguiente. Siguen pinchándote hasta que ves los puntos y oyes el zumbido.

—Eso con suerte —dijo Kalisha—. Un par de niños, aquel tal Morty, no recuerdo su apellido...

—El que se metía el dedo en la nariz —añadió Iris—. Ese que andaba con Bobby Washington. Yo tampoco me acuerdo del apellido de Morty. Pasó a la Mitad Trasera unos dos días después de que yo llegara.

—Solo que a lo mejor no pasó —observó Kalisha—. Estuvo aquí muy poco tiempo, y empezaron a salirle manchas después de una de las inyecciones. Me lo contó en la cantina. También me dijo que le latía el corazón a toda máquina.

Creo que igual se puso muy enfermo. —Se interrumpió un momento—. Puede que incluso se muriera.

George la miraba con los ojos muy abiertos y cara de consternación.

—Entiendo el cinismo y la angustia adolescentes, pero dime que en realidad no te lo crees.

—Bueno, desde luego no *quiero* creérmelo —respondió Kalisha.

—Callaos, todos —instó Nicky. Se inclinó sobre el tablero con la mirada fija en Luke—. Nos secuestran, sí. Porque tenemos poderes psíquicos, sí. ¿Cómo nos encuentran? No lo sé. Pero tiene que ser una operación a lo grande, porque esto es un sitio a lo grande. Es un puto *complejo*. Tienen médicos, técnicos, otros que se hacen llamar cuidadores... es como un pequeño hospital escondido en medio del bosque.

—Y seguridad —añadió Kalisha.

—Sí. El encargado de eso es un capullo calvo y enorme. Stackhouse, se llama.

—Es una locura —dijo Luke—. ¿En Estados Unidos?

—Esto no es Estados Unidos; es el Reino del Instituto. Cuando vayamos al comedor al mediodía, Ellis, mira por las ventanas. Verás muchos más árboles, pero si te fijas bien, verás también otro edificio. De hormigón verde, igual que este. Para camuflarlo entre los árboles, supongo. El caso es que eso es la Mitad Trasera. Adonde van los chicos cuando terminan las pruebas y las inyecciones.

—¿Y allí qué pasa?

Fue Kalisha quien contestó.

—No lo sabemos.

Luke estuvo a punto de preguntar si Maureen lo sabía, pero de pronto recordó lo que le había susurrado Kalisha al oído: *escuchan*.

—Sabemos lo que ellos nos cuentan —dijo Iris—. Nos cuentan que...

—¡Nos cuentan que todo irá *bieeeen!* —exclamó Nicky tan repentinamente y en voz tan alta que Luke dio un respingo y casi se cayó del banco.

El chico de cabello negro se puso en pie y se quedó mirando el objetivo polvoriento de una de las cámaras. Luke recordó otra cosa que le había dicho Kalisha: «Y cuando conozcas a Nicky, no te preocupes si se pone a soltar barbaridades. Es su manera de desahogarse».

—Son como misioneros que venden a Jesús a un puñado de indios que son tan... tan...

—¿Ingenuos? —se aventuró a decir Luke.

—¡Exacto! ¡Eso! —Nicky seguía mirando a la cámara—. Un puñado de indios que son tan ingenuos que se lo creen *todo*, se creen que, si entregan su tierra a cambio de unos cuantos abalorios y unas putas mantas infestadas de pulgas, irán al cielo y se reunirán con sus parientes muertos y serán felices para siempre. Esos somos nosotros, un puñado de indios lo bastante ingenuos para creer todo lo que suene bien, lo que suene a ¡puto... final... *FELIZ!*

Giró en redondo hacia ellos, con el pelo agitado, la mirada intensa y los puños cerrados. Luke vio heridas a medio cicatrizar en sus nudillos. Dudaba que Nicky hubiese repartido tanto como había recibido —al fin y al cabo, solo era un niño—, pero parecía que al menos había dado *algún que otro golpe* a alguien.

—¿Creéis que Bobby Washington tenía alguna duda de que sus pruebas habían terminado cuando lo llevaron a la Mitad Trasera? ¿O Pete Littlejohn? Por Dios, si el cerebro fuera pólvora, esos dos no habrían podido sonarse la nariz.

Se volvió otra vez hacia la cámara sucia situada en alto. La escena resultaba un tanto ridícula por el hecho de que no tenía nada más en lo que desahogar su rabia, pero Luke lo admiró igualmente. No había aceptado la situación.

—¡Oídme, tíos! ¡Podéis darme de hostias y podéis llevarme a la Mitad

Trasera, pero me resistiré a cada paso del camino! ¡Nick Wilholm *no hace trueques por abalorios y mantas!*

Jadeante, se sentó. A continuación, enseñó sus blancos dientes en una sonrisa amplia, con hoyuelos en las mejillas y una expresión jovial en sus ojos. El personaje mohíno y taciturno había desaparecido como si nunca hubiese existido. Luke no sentía atracción por los de su sexo, pero cuando vio esa sonrisa entendió por qué Kalisha e Iris miraban a Nicky como si fuera el cantante de un grupo para adolescentes.

—Yo debería formar parte del equipo de esa gente, y no estar aquí encerrado como un pollo en un corral —dijo—. Podría vender este sitio mejor que Sigsby, Hendricks y los otros médicos. Tengo *convicción*.

—Y tanto que la tienes —convino Luke—, pero no sé muy bien si entiendo qué te proponías.

—Sí, digamos que ahí te has ido por las ramas, Nicky —terció George.

Nicky volvió a cruzar los brazos.

—Antes de darte una paliza al ajedrez, novato, permíteme analizar la situación. Nos traen aquí. Nos someten a pruebas. Nos llenan el cuerpo de Dios sabe qué con sus inyecciones y nos hacen unas cuantas pruebas más. A algunos les aplican la cisterna, a todos les aplican una prueba rara de visión en la que tienes la sensación de que vas a desmayarte. Ocupamos habitaciones que se parecen a las de nuestras casas, lo cual posiblemente está pensado para no alterar tanto nuestros delicados sentimientos.

—Aclimatación psicológica —dijo Luke—. Tiene su lógica, supongo.

—Se come bien. De hecho, incluso hay un menú donde elegir, por limitado que sea. No nos encierran en las habitaciones, así que si tenemos insomnio, podemos acercarnos en plena noche al comedor y tomar un tentempié. Dejan a mano galletas, frutos secos, manzanas, cosas así. O podemos ir a la cantina. Allí las máquinas van con fichas; yo no tengo ninguna, porque solo dan fichas

a los niñitos buenos y yo no soy un niñito bueno. En mi opinión, lo único que puedes hacer con un boy scout es ponerlo cabeza abajo y dejarlo caer...

—Venga, corta el rollo —lo interrumpió Kalisha con aspereza.

—Lo pillo. —Nick le dirigió aquella sonrisa irresistible suya y, acto seguido, centró de nuevo la atención en Luke—. Hay muchos incentivos para portarse bien y recibir fichas. En la cantina venden aperitivos y refrescos, una gran variedad.

—Cracker Jacks —dijo George con semblante ensoñador—. HoHos.

—También hay tabaco, combinados soft o alcoholes de alta graduación.

—Hay un cartel que dice: POR FAVOR, BEBE DE MANERA RESPONSABLE —informó Iris—. Con niños incluso de diez años apretando los botones para sacar combinados fuertes como el Boone's Farm Blue Hawaiian y el Mike's Hard Lemonade, es para troncharse.

—Estás de coña —dijo Luke, pero Kalisha y George asentían con la cabeza.

—Puedes ponerte un poco a tono, pero no pillar una borrachera de muerte —aclaró Nicky—. Nadie tiene tantas fichas como para eso.

—Eso es verdad —convino Kalisha—, pero hay niños que se pasan entonados todo el tiempo posible.

—¿Bebedores habituales, quieres decir? ¿Bebedores habituales de diez y once años? —Luke seguía sin dar crédito a lo que oía—. Es broma, ¿no?

—Para nada —contestó Kalisha—. Hay niños que hacen todo lo que se les ordena solo para poder consumir el alcohol de las expendedoras a diario. Yo no he pasado en el Instituto tanto tiempo como para, o sea, hacer un estudio del tema, pero oyes hablar de otros niños que han estado aquí antes que tú.

—Además —añadió Iris—, muchos están desarrollando una considerable adicción al tabaco.

Era absurdo, pero Luke supuso que, desde un punto de vista demencial, tenía su lógica. Se acordó de Juvenal, el escritor satírico romano que dijo que

si uno da pan y circo al pueblo, es feliz y no causa problemas. Dedujo que lo mismo podía afirmarse de la bebida y el tabaco, sobre todo si se ofrecían a niños asustados e inconsolables a quienes se había privado de libertad.

—¿Esas cosas no interfieren en las pruebas?

—Como desconocemos en qué consisten las pruebas, cuesta saberlo —dijo George—. La impresión que da es que solo quieren que veamos los puntos y oigamos el zumbido.

—¿Qué puntos? ¿Qué zumbido?

—Ya te enterarás —respondió George—. Esa parte no está tan mal. La putada es llegar hasta allí. Yo odio las inyecciones.

—Tres semanas, más o menos —anunció Nicky—. Eso es lo que pasan la mayoría de los niños en la Mitad Delantera. O eso calcula Sha, y es la que más tiempo lleva aquí. Luego vamos a la Mitad Trasera. Después de eso, o eso cuentan, comprueban qué información tenemos y de alguna manera nos borran todo recuerdo de este sitio. —Descruzó los brazos y alzó las manos al cielo, con los dedos extendidos—. ¡Y después de *eso*, niños, vamos al cielo! ¡Limpísimos, salvo quizá por el hábito de un paquete al día! ¡Aleluya!

—De vuelta a casa con nuestros padres, a eso se refiere —añadió Iris en voz baja.

—Donde nos recibirán con los brazos abiertos —dijo Nicky—. No nos preguntarán nada; simplemente nos darán la bienvenida e iremos todos al Chuck E. Cheese a celebrarlo. ¿Te parece realista, Ellis?

No se lo parecía.

—Pero nuestros padres *están* vivos, ¿no? —Luke no supo cómo sonó su voz a los demás, pero a él se le antojó muy floja.

Los otros se limitaron a mirarlo, sin contestar. Y en realidad fue respuesta suficiente.

Llamaron a la puerta del despacho de la señora Sigsby. Invitó a pasar al visitante sin apartar la vista de la pantalla del ordenador. Entró un hombre casi tan alto como el doctor Hendricks, pero diez años más joven y en mejor forma física: musculoso y ancho de hombros. Tenía el cuero cabelludo afeitado, terso y reluciente. Vestía vaqueros y camisa de faena azul, remangada para exhibir sus admirables bíceps. Sujeta al cinto, junto a la cadera, llevaba una pistolera de la que asomaba una varilla metálica corta.

—Ha llegado el grupo Rubí, por si quieres hablar con ellos sobre la operación Ellis.

—¿Hay alguna urgencia o algo fuera de lo común a ese respecto, Trevor?

—No, en realidad no y, si molesto, puedo volver más tarde.

—Nada de eso, pero dame un minuto. Nuestros residentes están poniendo al corriente al niño nuevo. Ven a verlo. La mezcla de leyenda y observación tiene su gracia. Parece algo salido de *El señor de las moscas*.

Trevor Stackhouse se acercó al escritorio. Vio a Wilholm —un mierdecilla conflictivo donde los hubiera— sentado a un lado de un tablero de ajedrez listo para la partida. El recién ingresado se hallaba en el lado opuesto. Las niñas permanecían de pie junto a ellos, su atención puesta básicamente, como de costumbre, en Wilholm: un James Dean moderno, apuesto, hosco, rebelde. Pronto saldría de allí; Stackhouse estaba impaciente por que Hendricks autorizara el traslado.

«¿Cuántas personas creéis que trabajan aquí en total?», preguntaba el niño nuevo.

Iris y Kalisha (también conocida como la Niña de la Varicela) intercambiaron una mirada. Fue Iris quien contestó.

«¿Unas cincuenta? Eso como mínimo. Están los médicos, los técnicos y los cuidadores, el personal del comedor... hummm...»

«Dos o tres bedeles —añadió Wilholm—, y las mujeres de la limpieza. Ahora mismo solo Maureen, porque no quedamos más que nosotros cinco, pero cuando hay más niños añaden a otras dos. Quizá las traen de la Mitad Trasera, de eso no estoy seguro.»

«Con tanta gente, ¿cómo pueden mantener esto en secreto? —preguntó Ellis—. Para empezar, ¿dónde aparcan los *coches*?»

—Interesante —comentó Stackhouse—. Diría que no lo había preguntado nadie hasta ahora.

La señora Sigsby asintió.

—Este es muy listo, y no solo un estudiante aplicado, parece. Ahora calla. Quiero oírlo.

«... deben de quedarse aquí —decía Luke—. ¿Veis la lógica? Algo así como un período de servicio. Lo cual significa que en realidad esto es una instalación estatal. Como esos centros clandestinos, adonde llevan a los terroristas para interrogarlos.»

«Además de aplicarles el submarino seco, eso de la bolsa en la cabeza —dijo Wilholm—. Yo no he oído nunca que aquí se lo hayan hecho a ningún niño, pero los creo muy capaces.»

«Tienen la cisterna —recordó Iris—. Ese es su submarino. Te ponen un gorro, te sumergen y toman notas. En realidad es mejor que las inyecciones. —Hizo una pausa—. O al menos lo fue para mí.»

«Deben de cambiar a los empleados por grupos —observó Ellis. Sigsby pensó que hablaba más para sí que para los otros. Seguro que lo hace mucho, se dijo—. *Solo* podría funcionar así.»

Stackhouse asentía.

—Buenas deducciones. Buenísimas. ¿Qué edad tiene? ¿Doce años?

—Y medio. —Pulsó una tecla del ordenador y apareció el salvapantallas: una foto de sus gemelas en la sillita doble, tomada muchos años antes de que tuvieran pechos, se volvieran deslenguadas y salieran con chicos malos. Y se engancharan a las drogas, en el caso de Judy—. ¿Rubí ha pasado el parte?

—A mí personalmente. Y cuando la poli examine el ordenador del chico, descubrirá que había estado consultando artículos sobre niños que mataban a sus padres. No muchos, solo dos o tres.

—En otras palabras, el procedimiento de rutina.

—Exacto. Si funciona, no lo cambies. —Stackhouse le dirigió una sonrisa casi tan cautivadora, pensó ella, como la de Wilholm cuando la activaba a pleno voltaje. Pero no tanto. Su Nicky era un auténtico imán para las chicas. Al menos de momento—. ¿Quieres ver al equipo o te basta con el informe de la operación? Lo está redactando Denny Williams, así que será bastante legible.

—Si no ha habido percances, me basta con el informe. Le pediré a Rosalind que me lo traiga.

—Bien. ¿Y Alvorson? ¿Ha pasado información últimamente?

—¿Te refieres a si Wilholm y Kalisha ya se han dado el lote? —Sigsby enarcó una ceja—. ¿Atañe eso a tus responsabilidades en el área de seguridad, Trevor?

—Si ese par se da el lote o no, me la trae floja. De hecho, vería bien que perdieran la virginidad, en el supuesto de que aún la conserven, ahora que todavía pueden. Pero de vez en cuando Alvorson se entera de cosas que sí atañen a mis responsabilidades. Como su conversación con aquel chico, Washington.

Maureen Alvorson, la mujer de la limpieza que parecía sentir afecto y compasión por los jóvenes sujetos del Instituto, era en realidad un topo. (Teniendo en cuenta los escasos retazos de cotilleo que Maureen aportaba, la

señora Sigsby consideraba que llamarla «espía» habría sido desproporcionado.) Ni Kalisha ni ningún otro TP la había calado, porque Maureen era muy hábil a la hora de mantener bajo la superficie su medio de ganarse un dinerillo extra.

Lo que la convertía en un elemento de especial valor era la idea difundida meticulosamente de que algunas zonas concretas del Instituto escapaban a los micrófonos de vigilancia: la esquina sur del comedor o un espacio reducido cerca de las máquinas expendedoras, por nombrar solo dos. Eran los lugares donde Alvorson sonsacaba a los niños. La mayor parte de aquellos secretos eran nimiedades, pero a veces aparecía una pepita de oro entre la porquería. Washington, por ejemplo, había confiado a Maureen que estaba pensando en suicidarse.

—Últimamente nada —contestó Sigsby—. Si informa de algo que considere de tu interés, Trevor, te lo haré saber.

—De acuerdo. Solo preguntaba.

—Entendido, ahora, si eres tan amable, vete. Tengo trabajo que hacer.

4

—Vaya puta mierda —protestó Nicky, al tiempo que se sentaba de nuevo en el banco. Por fin se apartó el flequillo de los ojos—. El ding dong va a sonar pronto, y después de comer tengo que hacerme una prueba de visión y mirar a la pared blanca. A ver qué sabes hacer, Ellis. Mueve.

A Luke nunca le había apetecido menos jugar al ajedrez. Tenía otras mil preguntas —la mayoría sobre los pinchazos por puntos—, pero quizá no fuera el momento. Al fin y al cabo, existía el concepto de sobrecarga de información. Avanzó el peón del rey dos casillas. Nicky contraatacó. Luke

respondió con su alfil del rey, amenazando el peón del rey de Nicky. Tras una breve vacilación, Nicky desplazó la reina en diagonal cuatro casillas, y con eso prácticamente estuvo sentenciado. Luke sacó su propia reina, aguardó a que Nicky hiciera algún movimiento intrascendente y a continuación deslizó la reina hasta la casilla contigua a la del rey de Nicky, así de fácil.

Nicky contempló el tablero con expresión ceñuda.

—¿Jaque mate? ¿En cuatro jugadas? ¿En serio?

Luke se encogió de hombros.

—Se llama jaque mate pastor, y solo puede hacerlo el que lleva las blancas. La próxima vez lo verás venir y lo contrarrestarás. La mejor manera es avanzar dos casillas el peón de la reina o una sola el peón del rey.

—Si hago eso, ¿puedes ganarme igual?

—Es posible. —La respuesta diplomática. La auténtica era «por supuesto».

—La hostia. —Nicky seguía observando el tablero—. Qué pasada. ¿Quién te ha enseñado?

—He leído algunos libros.

Nicky alzó la vista, como si en realidad viera a Luke por primera vez, y repitió la pregunta de Kalisha.

—¿Cómo de listo eres, chaval?

—Lo bastante para ganarte —intervino Iris, con lo que ahorró a Luke tener que contestar.

En ese momento sonó un leve campanilleo en dos notas: el ding dong.

—Vamos a comer —dijo Kalisha—. Me muero de hambre. Venga, Luke. El que pierde guarda el tablero.

Nicky formó una pistola con los dedos, apuntó a Kalisha y esbozó un *pam*, *pam* con los labios, pero sin perder la sonrisa. Luke se levantó y siguió a las chicas. En la puerta del salón de recreo, George lo alcanzó y lo agarró del brazo. Luke sabía por sus lecturas de sociología (así como por su experiencia

personal) que en grupo los niños tendían a encasillarse de manera fácilmente reconocible. Si Nicky Wilholm era el rebelde de ese grupo, George Iles era el payaso de la clase. Solo que en ese momento estaba más serio que un juez. Habló deprisa y en voz baja.

—Nicky es guay, me cae bien y las niñas están locas por él; probablemente a ti también te cae bien, y eso no tiene nada de malo, pero no lo conviertas en modelo de comportamiento. Él no acepta que estamos aquí atrapados, pero lo estamos, así que elige tus batallas. Los puntos, por ejemplo. Cuando los veas, dilo. Cuando no los veas, sé sincero. No mientas. *Ellos se dan cuenta.*

Nicky los alcanzó.

—¿De qué hablas, Georgie?

—Quería saber de dónde vienen los bebés —dijo Luke—. Le he dicho que te pregunte a ti.

—Vaya por Dios, otro puto humorista. Justo lo que necesitábamos. —Nicky cogió a Luke por el cuello y simuló estrangularlo. Luke esperó que fuese una señal de simpatía, quizá incluso de respeto—. Venga, vamos a comer.

5

Lo que sus nuevos amigos llamaban la cantina formaba parte del salón y se hallaba enfrente de la enorme pantalla de televisión. Luke quería ver detenidamente las máquinas expendedoras, pero los demás avanzaban con paso enérgico y todavía no tuvo ocasión. Sí advirtió, no obstante, el cartel que Iris había mencionado: POR FAVOR, BEBE DE MANERA RESPONSABLE. Así que quizá no hubieran estado tomándole el pelo en cuanto al alcohol.

Ni Kansas ni la Isla del Placer, pensó. Esto es el País de las Maravillas. Alguien entró en mi habitación en plena noche y me metió a empujones en la

madriguera del conejo.

El comedor no era tan amplio como el del colegio Broderick, pero casi. El hecho de que ellos cinco fueran los únicos comensales todavía daba la sensación de mayor espacio. Casi todas las mesas eran para cuatro, aunque había un par más grandes situadas en el centro. Una de esas dos estaba puesta para cinco. Una mujer con blusón y pantalón rosa a juego se acercó y les llenó los vasos de agua. Al igual que Maureen, llevaba una placa de identificación. En la suya se leía NORMA.

—¿Cómo estáis, polluelos míos? —preguntó.

—Aquí, cacareando y sin plumas —respondió George alegremente—. ¿Y usted?

—Bien —dijo Norma.

—¿No llevará encima por casualidad esa tarjeta del Monopoly, la que dice «Sal gratis de la cárcel»?

Norma le dirigió una sonrisa maquinal y volvió a cruzar la puerta de doble batiente que, cabía suponer, comunicaba con la cocina.

—No sé ni por qué me molesto —dijo George—. Aquí mis mejores chistes son un verdadero desperdicio. Un desperdicio, os lo digo yo.

Cogió la pila de cartas colocadas en el centro de la mesa y las repartió. En el encabezamiento constaba la fecha. Debajo estaban los PRIMEROS (alitas búfalo o crema de tomate), los SEGUNDOS (hamburguesa de bisonte o chop suey americano) y los POSTRES (tarta de manzana à la mode o algo denominado natillas mágicas). La lista incluía cinco o seis refrescos.

—Puedes tomar leche, pero no se molestan en añadirla al menú —explicó Kalisha—. Casi ningún niño la quiere, salvo en el desayuno y con cereales.

—¿De verdad es buena la comida? —preguntó Luke. El carácter prosaico de la pregunta (como si sea alojaran en un Sandals Resort a pensión completa) reavivó su sensación de irrealidad y desubicación.

—Sí —respondió Iris—. A veces nos pesan. Yo he engordado dos kilos.

—Nos preparan para la matanza —apostilló Nicky—. Como a Hansel y Gretel.

—El viernes por la noche y el domingo al mediodía hay bufet libre —dijo Kalisha—. Todo lo que puedas comer.

—Como a Hansel y la puta Gretel —repitió Nicky. Se volvió hacia la cámara del rincón—. Vuelve, Norma. Creo que ya hemos decidido.

Ella regresó al instante, lo que no hizo más que aumentar la sensación de irrealidad de Luke. Pero cuando llegaron las alitas y el chop suey, comió con apetito. Se hallaba en un lugar extraño, temía por sí mismo y le aterrorizaba lo que pudiera haber ocurrido a sus padres, pero también tenía doce años.

Era un niño en edad de crecimiento.

6

Ellos, quienesquiera que fuesen, debían de haber estado observando, porque tan pronto como Luke terminó la última cucharada de natillas, apareció a su lado otra mujer vestida con aquella especie de uniforme rosa. GLADYS, rezaba su placa.

—¿Luke? Acompáñame, por favor.

Él se volvió hacia los otros cuatro. Kalisha e Iris eludieron su mirada. Nicky permanecía atento a Gladys, con los brazos cruzados a la altura del pecho una vez más y un asomo de sonrisa en los labios.

—¿Por qué no vuelves más tarde, encanto? Más o menos por Navidad. Te daré una patada debajo del muérdago.

Ella hizo oídos sordos.

—¿Luke? ¿Por favor?

George era el único que lo miraba a la cara, y lo que Luke vio en su expresión le recordó lo que le había dicho antes de que entraran del patio: «Elige tus batallas». Se levantó.

—Hasta luego, chicos. Supongo.

Kalisha formó con los labios las palabras: «pinchazos por puntos».

Gladys era menuda y bonita, pero, que Luke supiera, bien podía ser cinturón negro y echárselo al hombro si le causaba el menor problema. Aunque no lo fuera, *ellos* los observaban, y a Luke no le cabía duda de que aparecerían refuerzos de inmediato. Había además otra cuestión, y tenía su peso. Le habían enseñado a ser respetuoso y obedecer a sus mayores. Incluso en una situación así, era difícil sustraerse a esos hábitos.

Gladys lo guio por delante de la hilera de ventanas que había mencionado Nicky. Luke miró al exterior y en efecto: había otro edificio. Apenas se veía a través de la cortina de árboles, pero allí estaba, sin duda. La Mitad Trasera.

Lanzó un vistazo por encima del hombro antes de salir del comedor con la esperanza de recibir alguna señal tranquilizadora: habría bastado un gesto con la mano o incluso una sonrisa de Kalisha. No hubo además ninguno, y nadie sonreía. Lo miraban igual que antes en el patio al preguntar si sus padres vivían. Tal vez eso no lo sabían, o al menos no con certeza, pero sí sabían adónde se encaminaba él en ese momento. Fuera lo que fuese, ya habían pasado por eso.

—Madre mía, hace un día fantástico, ¿no? —comentó Gladys mientras llevaba a Luke de la mano por el pasillo de hormigón, dejando atrás el cuarto de él.

El pasillo seguía a lo largo de otro pabellón —más puertas, más habitaciones—, pero doblaron a la izquierda para entrar en un anexo que semejaba un vestíbulo de ascensor normal y corriente.

Luke, por lo general muy apto para la charla amable, guardó silencio. Estaba casi seguro de que así actuaría Nicky en esa situación.

—Aunque los mosquitos... ¡uf! —Espantó insectos invisibles y se echó a reír—. Te conviene ponerte un montón de repelente, al menos hasta julio.

—Cuando nacen las libélulas.

—¡Sí! Exacto. —Gladys dejó escapar un gorjeo a modo de risa.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás. —Enarcó las cejas como diciendo: «No estropees la sorpresa».

Se abrieron las puertas del ascensor. Salieron dos hombres con camisa y pantalón azules. Uno era JOE, el otro HADAD. Los dos llevaban iPads.

—Hola, muchachos —saludó Gladys, radiante.

—¿Qué tal, chica? —contestó Hadad—. ¿Cómo va?

—Bien —respondió Gladys, muy alegre.

—¿Y tú, Luke? —preguntó Joe—. ¿Te vas adaptando?

Luke calló.

—La ley del hielo, ¿eh? —Hadad sonreía de oreja a oreja—. De momento no pasa nada. Más adelante quizá sí. He aquí nuestro acuerdo, Luke: trátanos bien y nosotros te trataremos bien a ti.

—Ir contra corriente no es de hombre prudente —añadió Joe—. Sabias palabras. ¿Nos vemos luego, Gladys?

—Cuenta con ello. Me debes una copa.

—Si tú lo dices.

Los dos hombres siguieron su camino. Gladys hizo entrar a Luke en el ascensor. No había números ni botones. Ella dijo «B», se sacó una tarjeta del

bolsillo del pantalón y la acercó a un sensor. Se cerraron las puertas. Descendieron, aunque no mucho.

«B —arrulló una dulce voz femenina—. Estamos en B.»

Gladys volvió a pasar la tarjeta. Las puertas se abrieron ante un ancho pasillo cuya iluminación procedía de unos paneles translúcidos del techo. Sonaba una música suave, lo que Luke consideraba música de supermercado. Unas cuantas personas iban de acá para allá, unas empujaban carritos con aparatos encima, otra acarreaba una cesta de alambre que era posible que contuviera muestras de sangre. Las puertas se diferenciaban mediante números, todos precedidos por la letra B.

«Una operación a lo grande —había dicho Nicky—. Un complejo.» Debía de ser cierto, porque si había una planta B subterránea, era lógico pensar que hubiese una planta C. Quizá incluso una D y una E. Casi por fuerza tenía que ser una instalación estatal, pensó Luke, pero ¿cómo podían mantener en secreto una operación de esa envergadura? No solo es ilegal y anticonstitucional, sino que implica el secuestro de niños.

Pasaron por delante de una puerta abierta y, dentro, Luke vio lo que parecía una sala de descanso. Contenía mesas y máquinas expendedoras (aunque ningún cartel que rezara POR FAVOR, BEBE DE MANERA RESPONSABLE). Había tres personas sentadas a una de las mesas, un hombre y dos mujeres. Llevaban ropa corriente, vaqueros y camisa, y tomaban café. Una de las mujeres, rubia, le sonaba de algo. Al principio no supo de qué, pero de pronto sonó en su cabeza una voz que dijo: «Claro. Lo que tú quieras». Aquellas palabras eran su último recuerdo antes de despertar allí.

—Usted —dijo Luke, y la señaló—. Fue usted.

La mujer guardó silencio, y su rostro no expresaba nada. Pero lo miró. Seguía mirándolo cuando Gladys cerró la puerta.

—Fue ella —dijo Luke—. Sé que fue ella.

—Ya casi hemos llegado —anunció Gladys—. No se alargará mucho; luego puedes volver a tu habitación. Seguramente querrás descansar. Los primeros días pueden ser agotadores.

—¿Me ha oído? Fue ella quien entró en mi habitación. Ella me roció la cara con algo.

No hubo respuesta, solo otra sonrisa. Cada vez que Gladys desplegab esa sonrisa, Luke la encontraba un poco más repulsiva.

Llegaron a una puerta identificada como B-31.

—Compórtate y recibirás cinco fichas —explicó ella. Se metió la mano en el otro bolsillo y sacó un puñado de discos metálicos semejantes a monedas de veinticinco centavos, solo que con un triángulo en relieve a cada lado—. ¿Ves? Aquí las tengo.

Llamó a la puerta con un nudillo. El hombre vestido de azul que abrió se llamaba TONY. Era alto y rubio, atractivo salvo por un leve estrabismo en un ojo. Luke pensó que parecía el villano de una película de James Bond, tal vez el refinado instructor de esquí que acababa siendo un asesino.

—Hola, guapa. —Dio un beso a Gladys en la mejilla—. Y traes a Luke. Hola, Luke. —Le tendió la mano. Luke, tomando como modelo a Nicky Wilholm, no se la estrechó. Tony se rio como si acabara de contarle un chiste especialmente bueno—. Pasa, pasa.

Al parecer, la invitación era solo para él. Gladys le dio un ligero empujón en el hombro y cerró la puerta. Lo que Luke vio en el centro de la habitación era alarmante. Parecía un sillón de dentista. Solo que nunca había visto uno con correas en los reposabrazos.

—Siéntate, campeón —indicó Tony.

No «compi», pensó Luke, pero se le acercaba.

Tony se dirigió a un aparador, abrió un cajón y revolvió dentro. Silbaba. Cuando se dio la vuelta, tenía un objeto similar a un pequeño soldador en la

mano. Pareció sorprenderse al ver a Luke todavía de pie junto a la puerta. Sonrió.

—Te he dicho que te sientes.

—¿Qué piensa hacerme con eso? ¿Un tatuaje? —Pensó en los judíos, a quienes tatuaban un número en el brazo cuando entraban en los campos de concentración de Auschwitz y Bergen-Belsen. La idea debería haber sido totalmente absurda, pero...

Tony pareció sorprendido, entonces se echó a reír.

—Madre mía, no. Solo voy a ponerte un chip en el lóbulo de la oreja. Es como hacerse un agujero para un pendiente. Nada del otro mundo, y se lo ponemos a todos nuestros invitados.

—Yo no soy un invitado —repuso Luke al tiempo que retrocedía—. Soy un prisionero. Y usted no va a ponerme nada en la oreja.

—Pues me temo que sí —aseguró Tony, todavía sonriente. Todavía con el mismo aspecto que el individuo que ayudaba a los niños pequeños en las pistas de principiantes antes de intentar matar a James Bond con un dardo venenoso—. Oye, es solo un pellizquito. Así que no me lo pongas difícil, por ti y por mí. Siéntate en la silla y en siete segundos habremos terminado. Gladys te dará un puñado de fichas cuando salgas. Complícalo y acabarás con el chip pero sin fichas. ¿Qué dices?

—No pienso sentarme en esa silla. —Luke notó que le temblaba todo el cuerpo, pero su voz sonó sobradamente firme.

Tony suspiró. Dejó el artilugio de inserción de chips encima del aparador, se acercó a Luke y se puso en jarras. En ese momento tenía una expresión solemne, casi afligida.

—¿Seguro?

—Sí.

A Luke le zumbaron los oídos por efecto del bofetón casi antes de darse

cuenta de que Tony había retirado de la cadera la mano derecha. Retrocedió un paso, tambaleante, y miró con los ojos muy abiertos y cara de estupefacción a aquel hombre corpulento. Su padre le había dado una zorra en el trasero (no muy fuerte) por jugar con cerillas cuando tenía cuatro o cinco años, pero nunca lo habían abofeteado. Le ardía la mejilla y aún no daba crédito a lo que había ocurrido.

—Eso ha dolido mucho más que un pellizco en el lóbulo de la oreja — afirmó Tony. Su sonrisa había desaparecido—. ¿Quieres otra? Por mí encantado. Algunos niños os creéis dueños del mundo. Hay que ver.

Por primera vez Luke se fijó en que Tony tenía un discreto morado en el mentón y un pequeño corte en el lado izquierdo de la mandíbula. Se acordó de las magulladuras recientes en la cara de Nicky Wilholm. Deseó tener las agallas necesarias para hacer eso mismo, pero no las tenía. La verdad era que no sabía pelear. Si lo intentaba, Tony seguramente lo vapulearía de una punta a otra de la habitación.

—¿Ya estás listo para sentarte en la silla?

Luke se sentó.

—¿Vas a comportarte o tengo que ponerte las correas?

—Me comportaré.

Eso hizo, y Tony no había mentido. El pellizco en el lóbulo de la oreja era más llevadero que la bofetada, posiblemente porque se lo esperaba, posiblemente porque lo percibía como una intervención médica más que como una agresión. A continuación, Tony se acercó a un esterilizador y sacó una aguja hipodérmica.

—Segundo asalto, campeón.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Luke.

—No es cosa tuya.

—Si va a entrar en mi cuerpo, es cosa mía.

Tony suspiró.

—¿Con correas o sin correas? Tú decides.

Recordó las palabras de George: «Elige tus batallas».

—Sin correas.

—Buen chico. Solo te escocerá un poco, y listo.

Le escoció algo más que un poco. Sin ser un martirio, sí fue un escozor considerable. Una sensación de calor le recorrió el brazo hasta la muñeca, como si tuviese fiebre solo en esa parte del cuerpo, después volvió a la normalidad.

Tony le puso una tirita transparente y luego hizo girar la silla para orientarla hacia una pared blanca.

—Ahora cierra los ojos.

Luke los cerró.

—¿Oyes algo?

—¿Como qué?

—Deja de hacer preguntas y contesta la mía. ¿Oyes algo?

—Cállese y déjeme escuchar.

Tony calló. Luke escuchó.

—Ha pasado alguien por el pasillo. Y alguien se ha reído. Creo que era Gladys.

—¿Nada más?

—No.

—De acuerdo, lo estás haciendo bien. Ahora quiero que cuentes hasta veinte y después abras los ojos.

Luke contó y los abrió.

—¿Qué ves?

—La pared.

—¿Nada más?

Luke pensó que Tony debía de referirse a los puntos. «Cuando los veas, dílo —había dicho George—. Cuando no los veas, sé sincero. No mientas. *Ellos se dan cuenta.*»

—Nada más.

—¿Seguro?

—Sí.

Tony le dio una palmada en la espalda, y Luke se sobresaltó.

—Muy bien, campeón, hemos terminado. Te daré un poco de hielo para esa oreja. Que pases un buen día.

8

Gladys lo esperaba cuando Tony lo acompañó a la puerta de la habitación B-31. Lucía su jovial sonrisa de azafata profesional.

—¿Cómo ha ido, Luke?

Tony contestó por él.

—Lo ha hecho bien. Es buen chico.

—Esa es nuestra especialidad —casi entonó Gladys—. Que vaya bien el día, Tony.

—Lo mismo digo, Glad.

Ella acompañó a Luke de vuelta al ascensor charlando animadamente. Él no sabía de qué le hablaba. El brazo le dolía solo un poco, pero se sostenía la compresa fría contra la oreja, que le palpitaba. La bofetada había sido peor que cualquiera de esas dos cosas. Por muy diversas razones.

Gladys lo acompañó a su cuarto por el pasillo de color verde industrial. Dejaron atrás el póster bajo el que Kalisha estaba antes sentada, también el que rezaba UN DÍA COMO OTRO EN EL PARAÍSO, y por fin llegaron a la

habitación que parecía la suya pero no lo era.

—¡Tiempo libre! —exclamó ella, como si entregara un premio de gran valor. Y en ese momento la perspectiva de quedarse solo sí se le antojó una especie de premio—. Te ha puesto una inyección, ¿verdad?

—Sí.

—Si empieza a dolerte el brazo o tienes mareos, dímelo a mí o a algún otro cuidador, ¿vale?

—Vale.

Abrió la puerta, pero cuando se disponía a entrar, Gladys lo agarró por el hombro y lo obligó a volverse. Pese a que aún lucía aquella sonrisa de azafata, hincaba los dedos con fuerza en la carne de Luke. No tanto como para hacerle daño como para darle a entender que *podía* hacérselo.

—Pero, sintiéndolo mucho, nada de fichas —dijo—. No hace falta que hable de ello con Tony. Esa marca en la mejilla me dice todo lo que necesito saber.

Luke deseó decir «No quiero ninguna de sus fichas de mierda», pero guardó silencio. No era una bofetada lo que temía; temía desmoronarse al oír su propia voz: débil, vacilante, turbada, la voz de un niño de seis años.

—Te daré un consejo. —Gladys ya no sonreía—. Debes entender que estás aquí para prestar un servicio, Luke. Eso quiere decir que tienes madurar deprisa. Quiere decir que tienes que ser realista. Aquí te pasarán cosas. Algunas no serán agradables. Puedes ser un buen compi y recibir fichas, o puedes ser un mal compi y no recibir ninguna. Esas cosas te pasarán en cualquier caso. ¿Qué debes elegir, pues? Yo creo que está muy claro.

Luke no contestó. No obstante, la sonrisa de ella reapareció, la sonrisa de azafata que decía: «Sí, señor, ahora mismo lo acompaño a su mesa».

—Volverás a casa antes de que acabe el verano, y será como si nada de esto hubiera ocurrido. Si recuerdas algo, será como un sueño. Pero, aunque esto *no*

sea un sueño, ¿por qué no procuras que tu estancia aquí sea agradable? — Redujo un poco la fuerza de sus dedos y le dio un ligero empujón—. Creo que deberías descansar un rato. Acuéstate. ¿Has visto los puntos?

—No.

—Ya los verás.

Ella cerró la puerta, con suma delicadeza. Luke cruzó como un sonámbulo la habitación hasta la cama que no era su cama. Se tendió, apoyó la cabeza en la almohada que no era su almohada y fijó la mirada en la pared vacía donde no había ventana. Tampoco puntos, fueran lo que fuesen. Pensó: Quiero estar con mi madre. Dios, cuánto deseo estar con mi madre.

Con eso se vino abajo. Dejó caer la compresa fría, ahuecó las manos en torno a los ojos y se echó a llorar. ¿Estaban observándolo? ¿O escuchando sus sollozos? Daba igual. A esas alturas ya no le importaba. Seguía llorando cuando se quedó dormido.

9

Se sentía mejor cuando despertó; limpio por dentro, en cierto modo. Vio que habían añadido dos cosas a su habitación mientras comía y conocía a sus dos maravillosos nuevos amigos, Gladys y Tony. En el escritorio había un ordenador portátil. Era un Mac, como el suyo, aunque un modelo más antiguo. La otra incorporación era un pequeño televisor, colocado en una consola en el rincón.

Se acercó primero al ordenador y lo encendió, experimentando otra profunda punzada de añoranza al oír el familiar sonido de arranque de Macintosh. En lugar de pedirle una contraseña, apareció una pantalla azul con el siguiente mensaje: MUESTRA UNA FICHA A LA CÁMARA PARA

INICIAR. Luke pulsó la tecla intro un par de veces, a sabiendas de que no serviría de nada.

—Puto trasto.

A continuación, a pesar de lo horrible y surrealista que era todo aquello, no pudo evitar reírse. Fue una risa áspera y breve, pero sincera. ¿Había sentido cierta superioridad —quizá desprecio incluso— ante la idea de que los niños fueran mendigando fichas para comprar tabaco o combinados? Sin duda. ¿Había pensado: *Yo nunca lo haría*? Sin duda. Cuando Luke pensaba en niños que bebían y fumaban (cosa que ocurría muy rara vez, porque tenía asuntos más importantes en los que pensar), lo que acudía a su mente eran fracasados góticos que escuchaban a Pantera y se pintaban cuernos de diablo en cazadoras vaqueras, fracasados que, en su estupidez, cometían el error de creer que encadenarse a una adicción era un acto de rebeldía. Él no se veía a sí mismo haciendo ni lo uno ni lo otro, pero allí estaba, con la mirada fija en la pantalla azul de un portátil, pulsando la tecla intro como una rata en una caja de Skinner que accionara la palanca para obtener algo de pienso o un poco de cocaína.

Cerró el portátil y cogió el mando a distancia de encima del televisor. Tenía la certeza de que se encontraría con otra pantalla azul y otro mensaje indicándole que necesitaba una ficha o varias para ponerlo en funcionamiento; sin embargo apareció una entrevista de Steve Harvey a David Hasselhoff sobre su lista de deseos que cumplir antes de morir. El público se reía de las graciosas respuestas de Hoff.

Apretó el botón correspondiente a la guía, salió un menú de DirecTV parecido al de su casa, aunque, al igual que con la habitación y el portátil, no era exactamente el mismo. Si bien incluía una amplia selección de películas y programas deportivos, no había ni cadenas ni canales informativos. Luke apagó el aparato, volvió a dejar el mando encima y echó una ojeada alrededor.

Aparte de la puerta que daba al pasillo, vio otras dos. Una era la del armario. Contenía vaqueros, camisetas (no se habían esforzado en copiar exactamente las que tenía en casa, lo cual en cierto modo supuso un alivio), dos camisas y tres pares de zapatillas, dos de deporte y el tercero de estar por casa. Ningún zapato.

La otra puerta conducía a un cuarto de baño pequeño e impoluto. Encima del lavabo, junto a un tubo nuevo de pasta de dientes de Crest, había dos cepillos de dientes, aún en sus envoltorios. En el botiquín bien provisionado, encontró colutorio, un frasco de paracetamol infantil con apenas cuatro pastillas dentro, desodorante, repelente Deet en roll-on, tiritas y artículos varios, unos más útiles que otros. Lo único que podía considerarse remotamente peligroso era un cortaúñas.

Cerró la puerta del botiquín y se miró en el espejo. Tenía el pelo revuelto y ojeras (ojeras de cascársela, habría dicho Rolf). Aparentaba más edad y a un tiempo menos, lo cual era raro. Se observó el lóbulo de la oreja dolorido y vio uno de aquellos diminutos discos metálicos implantado en la piel ligeramente enrojecida. No le cabía duda de que en algún lugar de la planta B —o C o D— trabajaba un técnico informático que ya podía seguir el rastro de todos sus movimientos. Que tal vez en ese preciso momento le seguía el rastro. Lucas David Ellis, que tenía planeado matricularse en el MIT y en Emerson, había quedado reducido a un punto intermitente en una pantalla de ordenador.

Luke volvió a su habitación (*la* habitación, se dijo, es *la* habitación, no *mi* habitación), miró alrededor y, con consternación, advirtió un detalle. No había libros. Ni uno. Eso era tan malo como no tener ordenador. Quizá peor. Se acercó a la cómoda y abrió los cajones uno por uno, pensando que tal vez encontrara al menos la Biblia o el Libro de Mormón, como ocurría a veces en los hoteles. Descubrió solo ordenadas pilas de calzoncillos y calcetines.

¿Qué le quedaba, pues? ¿La entrevista de Steve Harvey a David Hasselhoff?

¿Reposiciones de los *Videos domésticos más divertidos de Estados Unidos*?

No. Ni hablar.

Salió de la habitación con la idea de que a lo mejor Kalisha o algún otro niño rondaba por allí. Pero halló solo a Maureen Alvorson, que empujaba lentamente su cesta de la lavandería Dandux por el pasillo. En ella llevaba una pila de sábanas y toallas plegadas. Se la veía más cansada que nunca y resollaba.

—Hola, señora Alvorson. ¿Me deja empujar a mí?

—Sería muy amable por tu parte —respondió ella con una sonrisa—. Van a llegar cinco nuevos, dos esta noche y tres mañana, y tengo que preparar las habitaciones. Es por ahí. —Señaló en dirección contraria al salón y al patio.

Luke empujó la cesta poco a poco, porque ella caminaba despacio.

—Imagino que no sabrá usted cómo puedo ganarme una ficha, ¿verdad, señora Alvorson? Necesito una para desbloquear el ordenador de mi habitación.

—¿Sabrás hacer una cama si yo estoy delante y te doy instrucciones?

—Por supuesto. En casa me la hago yo.

—¿Con las esquinas estilo hospital?

—Bueno... eso no.

—No te preocupes, yo te enseño. Haz las cinco camas por mí y te daré tres fichas. Son las únicas que llevo en el bolsillo. Me las dan con cuentagotas.

—Tres estaría genial.

—De acuerdo, pero déjate ya de «señora Alvorson». Llámame Maureen, o Mo a secas. Como los demás niños.

—Eso sí sabré hacerlo —respondió Luke.

Dejaron atrás el anexo del ascensor y accedieron al pasillo siguiente. Se sucedían también los pósteres edificantes. Había además una máquina de hielo, como en el pasillo de un motel, y aparentemente no funcionaba con

fichas. Poco más allá, Maureen apoyó la mano en el brazo de Luke. Él dejó de empujar la cesta y la miró con expresión interrogativa.

Cuando Maureen habló, su voz fue poco más que un susurro.

—Te han puesto el chip, veo, pero no te han dado ninguna ficha.

—Bueno...

—Puedes hablar, siempre y cuando no levantes la voz. En la Mitad Delantera hay cinco o seis sitios adonde no llegan los malditos micrófonos de esa gente, zonas muertas, y yo me los conozco todos. Este es uno, justo al lado de esa máquina de hielo.

—Vale...

—¿Quién te ha puesto el chip y te ha dejado esa marca en la cara? ¿Ha sido Tony?

A Luke empezaron a escocerle los ojos, y no se atrevió a hablar, fuera seguro o no. Se limitó a asentir con la cabeza.

—Ese es de los malos —dijo Maureen—. Zeke también. Lo mismo que Gladys, por mucho que sonría. Aquí trabaja mucha gente a la que le gusta avasallar a los niños, pero esos tres son los peores.

—Tony me ha dado un bofetón —susurró Luke—. Muy fuerte.

Ella le alborotó el pelo. Era el tipo de gesto que las mujeres hacían a los bebés y los niños pequeños, pero a Luke no le importó. Era un contacto surgido de la amabilidad y, en ese momento, significó mucho para él. En ese momento lo representó todo.

—Haz lo que él te diga —instó Maureen—. Te aconsejo que no discutas con él. Aquí hay personas con las que se puede discutir, se puede discutir incluso con la señora Sigsby, aunque de poco va a servirte; pero Tony y Zeke son dos malos bichos. Gladys, también. *Pican*.

Reanudó la marcha por el pasillo, pero Luke la agarró por la manga del uniforme marrón y tiró de ella para que volviera a la zona segura.

—Me parece que Nicky le pegó a Tony —susurró—. Tenía un corte y un ojo a la funerala.

Maureen sonrió, enseñando unos dientes que hacía tiempo que necesitaban una visita al dentista.

—Bien por Nick —dijo—. Seguramente Tony se lo devolvió por partida doble, aun así... bien hecho. Ahora vamos. Con tu ayuda, tendremos esas habitaciones listas en un pispás.

En el primer cuarto había pósteres de Tommy Pickles y Zuko —personajes de Nickelodeon— en las paredes, y figuras de acción, todo un pelotón de soldados, en el escritorio. Luke reconoció varios en el acto, ya que no hacía mucho él mismo había pasado por la fase de los soldados. El papel pintado presentaba un dibujo de payasos felices con globos.

—Mierda —dijo Luke—. Esto es la habitación de un niño pequeño.

Maureen miró a Luke con una sonrisa, como diciendo: *Tú no eres precisamente Matusalén.*

—Así es. Se llama Avery Dixon y, según mi hoja, tiene solo diez años. Pongámonos manos a la obra. Me juego algo a que solo tengo que enseñarte una vez a hacer una esquina estilo hospital. Me da la sensación de que las cazas al vuelo.

De vuelta en su habitación, Luke acercó una ficha a la cámara del portátil. Se sintió como un tonto al hacerlo, pero el ordenador se encendió al instante. Primero mostró una pantalla azul con el mensaje **¡BIENVENIDA, DONNA!** Luke frunció el ceño, luego esbozó una sonrisa. En algún momento antes de su llegada, ese ordenador había pertenecido a una tal Donna (bueno, o lo había

tenido en préstamo). La pantalla de bienvenida seguía siendo la misma. Alguien había tenido un descuido. Un descuido insignificante, pero donde había uno, podía haber más.

El mensaje de bienvenida desapareció y dio paso al típico fondo de escritorio: una playa desierta al amanecer. La barra de información al pie de la pantalla era como la de su ordenador, con una diferencia notable (aunque a esas alturas previsible): faltaba el símbolo del pequeño sello de correos que daba acceso al e-mail. Sin embargo, había iconos de dos proveedores de internet. Eso le sorprendió, aunque fue una sorpresa grata. Abrió Firefox y escribió «AOL inicio de sesión». Reapareció la pantalla azul, esta vez con un círculo rojo pulsátil en el centro. Una suave voz electrónica dijo: «Lo siento, Dave, eso no me es posible».

Por un momento Luke pensó que se trataba de otro descuido —primero Donna, después Dave—, hasta caer en la cuenta de que era la voz de HAL 9000, de *2001: Una odisea del espacio*. No era una metedura de pata, pues, sino simple humor de informático y, dadas las circunstancias, tenía menos gracia que una partida de ajedrez por radio.

A continuación introdujo en Google «Herbert Ellis» y HAL habló de nuevo. Luke se paró a pensar y finalmente escribió en el buscador «Orpheum Theater de Hennepin Avenue», no porque tuviera previsto ir a ver un espectáculo allí (ni en ningún otro sitio en el futuro inmediato, al parecer), sino porque quería saber a qué información *sí* tenía acceso. Algo tenía que haber, si no, ¿por qué iban a proporcionarle la conexión?

La página del Orf, como lo llamaban sus padres, era por lo visto uno de los sitios web aprobados para los «huéspedes» del Instituto. Se le informó de que volvía a representarse el musical *Hamilton* («¡A petición popular!»), y de que al mes siguiente los visitaría Patton Oswalt («¡Te desternillarás de risa!»). Probó a buscar en Google el colegio Broderick y entró en la web sin ningún

problema. Lo intentó con el señor Greer, su asesor académico, y habló HAL. Empezaba a entender la frustración del doctor Dave Bowman en la película.

Se dispuso a apagar, pero cambió de idea y escribió «Policía del Estado de Maine» en la casilla de búsqueda. Mantuvo el dedo suspendido por encima de la tecla intro, estuvo a punto de pulsarla y al final lo retiró. Obtendría la vacía disculpa de HAL, pero Luke dudaba que quedara solo en eso. Era más que probable que activase una alarma en alguna de las plantas inferiores. Probable no, seguro. Podían olvidarse de cambiar el nombre de un niño en la pantalla de bienvenida del ordenador, pero no se les pasaría por alto instalar un programa de alerta por si un niño del Instituto trataba de ponerse en contacto con las autoridades. Recibiría un castigo. Posiblemente peor que una bofetada. El ordenador que antes pertenecía a una niña llamada Donna no le servía de nada.

Luke se recostó en la silla y cruzó los brazos a la altura del estrecho pecho. Se acordó de Maureen y de su cordial ademán al alborotarle el pelo. Un gesto nimio y despreocupado de amabilidad, pero eso (junto con las fichas) había conjurado en cierta medida el maleficio del bofetón de Tony. ¿Había dicho Kalisha que esa mujer debía cuarenta mil dólares? No, más bien el doble.

En parte por la forma en que Maureen lo había tocado y en parte por pasar el rato, Luke buscó en Google: «Estoy abrumado por las deudas ayuda por favor». El ordenador le dio acceso inmediatamente a toda clase de información sobre el tema, incluidas varias empresas según las cuales deshacerse de esas latosas facturas sería pan comido; lo único que tenía que hacer el deudor entre la espada y la pared era una llamada telefónica. Luke lo dudó, pero supuso que habría quien no reaccionase igual; de ahí que se metiesen en semejantes líos para empezar.

Maureen Alvorson, sin embargo, no era de esas personas, al menos según Kalisha. Le había dicho que el marido de Maureen había acumulado grandes

deudas antes de marcharse. Eso tal vez fuera verdad o tal vez no, en cualquier caso, debía de haber soluciones al problema. Siempre las había; para eso precisamente servían los conocimientos, para encontrarlas. Después de todo, tal vez sí pudiera sacar algún provecho al ordenador.

Luke accedió a las fuentes que le parecieron más fiables, y en breve estaba absorto en el tema de las deudas y las devoluciones. Lo invadió su arraigado afán de *saber*. Aprender algo nuevo. Aislar y comprender los elementos centrales. Como siempre, cada dato llevaba a otros tres (o seis o doce) y, al final, empezó a cobrar forma una imagen coherente. Una especie de mapa topográfico. El concepto más interesante —el eje en el que se engranaban todos los demás— era sencillo pero asombroso (al menos para Luke). La deuda era una *mercancía*. Se compraba y vendía, y en algún punto se había convertido en el centro no solo de la economía estadounidense, sino de la de todo el mundo. Sin embargo, en realidad no existía. No era un objeto concreto, como el gas, el oro o los diamantes; era solo una idea. Una promesa de pago.

Cuando en su ordenador sonó una notificación de mensaje, sacudió la cabeza como un niño que sale de un sueño vívido. Según el reloj de la pantalla, eran casi las cinco de la tarde. Hizo clic en el icono del globo al pie de la pantalla y leyó lo siguiente:

Señora Sigsby: Hola, Luke, soy la persona que dirige este sitio y me gustaría verte.

Se detuvo a pensar y escribió.

Luke: ¿Tengo elección?

La respuesta apareció en el acto:

Señora Sigsby: No. 😊

—Coge esa carita sonriente y métetela por el...

Llamaron a la puerta. Fue a abrir, esperando ver a Gladys, pero esta vez era Hadad, uno de los tipos del ascensor.

—¿Quieres dar un paseo, grandullón?

Luke dejó escapar un suspiro.

—Un segundo. Tengo que ponerme las zapatillas.

—Ningún problema.

Hadad lo llevó hasta una puerta situada más allá del ascensor y la abrió con una tarjeta. Recorrieron juntos la corta distancia hasta el edificio de administración, espantando los mosquitos.

11

La señora Sigsby le recordó a la hermana mayor de su padre. Al igual que la tía Rhoda, era una mujer flaca, sin apenas caderas ni pecho. Solo que la tía Rhoda siempre tenía una expresión cálida en los ojos y arrugas en las comisuras de los labios por efecto de la sonrisa. Era muy dada a abrazar. Luke pensó que no recibiría ningún abrazo de la mujer que se hallaba de pie junto a su mesa, vestida con un traje de color ciruela y zapatos de tacón a juego. Tal vez hubiera sonrisas, pero serían el equivalente facial de un billete falso. En los ojos de la señora Sigsby vio una evaluación atenta, nada más. Nada en absoluto.

—Gracias, Hadad, ya me ocupo yo.

El celador —Luke supuso que eso era Hadad— asintió en ademán respetuoso y salió del despacho.

—Empecemos por algo evidente —dijo la mujer—. Estamos solos. Paso unos diez minutos a solas con cada residente nuevo poco después de su llegada. Algunos, desorientados y enfadados, han intentado agredirme. No les guardo rencor. Por Dios, ¿qué razón podría haber para eso? Los mayores tienen dieciséis años, y el promedio de edad es de once años y seis meses. En

otras palabras, son niños, y los niños poseen un control de los impulsos en el mejor de los casos deficiente. Yo considero esos comportamientos agresivos un momento pedagógicamente útil... y lo aprovecho para enseñarles. ¿Tendré que enseñarte, Luke?

—No a ese respecto —respondió Luke.

Se preguntó si Nicky era uno de los que habían intentado poner la mano encima a esa mujer menuda y en buena forma. Tal vez lo preguntara más tarde.

—Bien. Toma asiento, por favor.

Luke ocupó la silla frente al escritorio y se inclinó hacia delante con las manos firmemente entrelazadas entre las rodillas. La señora Sigsby se sentó en el lado opuesto; su mirada era la de una directora de colegio que no admitiría chiquilladas, que atajaría toda chiquillada sin contemplaciones. Luke nunca había conocido a ningún adulto sin compasión, pero pensó que tal vez tenía a uno delante en ese momento. La idea resultaba aterradora y su primer impulso fue rechazarla de puro absurda. Lo contuvo. Era mejor creer que simplemente él había vivido en un entorno muy protegido. Era mejor —y más seguro— creer que ella era lo que él pensaba que era, al menos hasta que se demostrara lo contrario. La situación era mala, de eso no cabía duda. Engañarse podía ser su peor error.

—Has hecho amigos, Luke. Eso está bien, es un buen comienzo. Conocerás a otros durante tu estancia en la Mitad Delantera. Dos de ellos, un niño que se llama Avery Dixon y una niña que se llama Helen Simms, acaban de llegar. Ahora están durmiendo, pero pronto los conocerás, a Helen a lo mejor antes de que se apaguen las luces a las diez. Puede que Avery duerma hasta mañana. Es muy pequeño, y seguro que está muy sensible cuando despierte. Espero que lo acojas bien, como sin duda harán Kalisha, Iris y George. Puede que incluso Nick, aunque nunca se sabe cómo reaccionará Nick. Ni el propio Nick lo sabe, diría yo. Si ayudas a Avery a aclimatarse a su nueva situación, ganarás fichas,

lo que, como ya sabes, es el medio básico de intercambio aquí en el Instituto. La decisión queda totalmente en tus manos, pero estaremos observando.

Eso ya lo sé, pensó Luke. Y escuchando. Excepto en los escasos sitios donde no podéis. En el supuesto de que Maureen esté en lo cierto a ese respecto.

—Tus amigos te han facilitado cierta información, parte de ella exacta, parte de ella en extremo inexacta. Lo que voy a decirte yo ahora es *totalmente* exacto, así que atiéndeme bien. —Se inclinó hacia delante con las manos extendidas sobre el escritorio y la mirada fija en la de él—. ¿Eres todo oídos, Luke? Porque, como suele decirse, yo no digo las cosas dos veces.

—Sí.

—Sí, ¿qué? —Con brusquedad, aunque su rostro permaneció igual de imperturbable que antes.

—Soy todo oídos. Tengo puestos los cinco sentidos.

—Excelente. Pasarás un tiempo en la Mitad Delantera. Puede que sean diez días; puede que sean dos semanas; puede que sea incluso un mes, aunque muy pocos de nuestros reclutas se quedan aquí tanto tiempo.

—¿Reclutas? ¿Quiere decir que me han alistado?

Ella movió la cabeza en un vigoroso gesto de asentimiento.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Hay una guerra, y tú has sido llamado al servicio de tu país.

—¿Por qué? ¿Porque de vez en cuando puedo mover un vaso o un libro sin tocarlo? Eso es una estu...

—¡Cierra la boca!

Casi tan conmocionado por eso como antes por la bofetada de Tony, Luke calló.

—Cuando yo hablo, tú escuchas. No me interrumpes. ¿Queda claro?

Temiendo que le fallara la voz, Luke se limitó a asentir.

—Esto no es una carrera armamentista, sino una carrera *mental*, y si perdiéramos, las consecuencias serían más que funestas; serían inimaginables. Puede que tengas solo doce años, pero eres un soldado en una guerra no declarada. Lo mismo es válido para Kalisha y los demás. ¿Te gusta? Claro que no. A los reclutas nunca les gusta y, a veces, a los reclutas hay que enseñarles que la desobediencia tiene repercusiones. Creo que ya has recibido una lección a ese respecto. Si eres tan inteligente como dice tu historial, quizá no necesites ninguna más. Pero si la necesitas, la recibirás. Esto no es tu casa. Esto no es tu colegio. Aquí no nos limitaremos a ponerte más *deberes* o mandarte al *despacho del director* o *hacer que te quedes después de clase*; aquí serás *castigado*. ¿Entendido?

—Sí. —Fichas para los niños buenos, bofetones para los malos. O algo peor. El concepto era escalofriante pero sencillo.

—Te administrarán unas cuantas inyecciones. Te someterán a una serie de pruebas. Se controlará tu estado físico y mental. Al cabo de un tiempo pasarás a lo que se conoce como Mitad Trasera y allí se te asignarán unas tareas determinadas. Tu estancia en la Mitad Trasera puede alargarse hasta seis meses, aunque la duración media del servicio activo es de solo seis semanas. Después te borrarán la memoria y te enviarán a casa con tus padres.

—¿Están vivos? ¿Mis padres están vivos?

Ella se rio, y el sonido resultó sorprendentemente alegre.

—Claro que están vivos. No somos asesinos, Luke.

—Entonces quiero hablar con ellos. Déjeme hablar con ellos y haré lo que ustedes quieran. —Las palabras se le escaparon sin darse cuenta de hasta qué punto se había precipitado en su promesa.

—No, Luke. Todavía no lo has entendido del todo. —Se recostó en la silla. Extendió una vez más las manos sobre el escritorio—. Esto no es una negociación. Harás lo que queramos en cualquier caso. Créeme, y te ahorrarás

mucho dolor. No tendrás contacto con el mundo exterior durante tu estancia en el Instituto, y eso incluye a tus padres. Obedecerás órdenes. Cumplirás todos los protocolos. No obstante, salvo por alguna que otra excepción, las órdenes no te resultarán rigurosas ni los protocolos se te harán pesados. El tiempo pasará deprisa y, cuando nos dejes, cuando una buena mañana despiertes en tu propia habitación, nada de esto habrá ocurrido. Lo triste, o al menos eso pienso yo, es que ni siquiera sabrás que has tenido el gran privilegio de servir a tu país.

—Me cuesta creer que una cosa así sea posible —dijo Luke hablando más para sí mismo que para ella, como solía hacer cuando algo (un problema de física, un cuadro de Manet, las consecuencias a corto y largo plazo de la deuda) captaba plenamente su atención—. Nos conoce mucha gente. El colegio, los compañeros de trabajo de mis padres, mis amigos... ustedes no pueden borrarles la memoria a *todos*.

La mujer no se rio, pero esbozó una sonrisa.

—Te sorprendería lo que somos capaces de hacer. Ya hemos terminado. — Se puso en pie, rodeó el escritorio y le tendió la mano—. Encantada de conocerte.

Luke también se levantó, pero no le estrechó la mano.

—Dame la mano, Luke.

Una parte de él deseaba hacerlo, costaba librarse de los hábitos arraigados, pero mantuvo el brazo inmóvil al costado.

—Dámela o te arrepentirás. No pienso repetírtelo.

Luke vio que hablaba muy en serio. Le estrechó la mano. Ella se la retuvo. Aunque no apretó, Luke notó que tenía una mano muy fuerte. Clavó sus ojos en los de él.

—Puede que nuestros caminos vuelvan a cruzarse, como también suele decirse, pero esperemos que esta sea tu única visita a mi despacho. Si vuelves

a ser emplazado aquí, nuestra conversación será mucho menos agradable.
¿Entendido?

—Sí.

—Bien. Sé que estos son momentos oscuros para ti, pero si haces lo que se te dice, volverás a ver la luz del sol. Créeme. Ahora vete.

Luke se marchó, sintiéndose una vez más como en un sueño, o como Alicia al caer en la madriguera del conejo. Hadad lo esperaba, charlando con la secretaria o ayudante o lo que fuera de la señora Sigsby.

—Te llevaré a tu habitación. No te alejes de mí, ¿de acuerdo? Nada de correr hacia los árboles.

Salieron, empezaron a cruzar el espacio que los separaba de la residencia y, de pronto, Luke se detuvo con una sensación de mareo.

—Espere —dijo—. Un momento.

Se agachó y se rodeó las rodillas con los brazos. Por unos segundos flotaron ante sus ojos luces de colores.

—¿Vas a desmayarte? —preguntó Hadad—. ¿Tú crees?

—No —contestó Luke—, pero deme unos segundos más.

—Claro. Te han puesto una inyección, ¿verdad?

—Sí.

Hadad asintió.

—A algunos chicos les afecta así. Efecto retardado.

Luke pensó que Hadad le preguntaría si veía puntos o manchas, pero se limitó a esperar, silbando entre dientes y lanzando manotazos al enjambre de insectos.

Luke pensó en la mirada fría de la señora Sigsby y su rotunda negativa a explicarle cómo podía existir un lugar como ese sin alguna forma de... ¿cuál sería el termino correcto? Rendición extrema, quizá. Era como si estuviera retándolo a extraer sus propias conclusiones.

Si haces lo que se te dice, verás la luz del sol. Créeme.

Tenía solo doce años y comprendía que su experiencia en el mundo era limitada, pero de una cosa estaba muy seguro: cuando alguien decía «créeme», lo normal era que mintiese descaradamente.

—¿Te encuentras mejor? ¿Estás en condiciones de seguir, hijo?

—Sí. —Luke se irguió—. Pero no soy hijo suyo.

Hadad sonrió; el diente de oro emitió un destello.

—Ahora mismo sí lo eres. Eres hijo del Instituto, Luke. Más vale que te relajes y te acostumbres.

12

En cuanto entraron en la residencia, Hadad llamó el ascensor, dijo «Hasta luego, cocodrilo», y entró. Luke se encaminó hacia su habitación y vio a Nicky Wilhelm sentado en el suelo frente a la máquina de hielo, comiéndose una tartaleta de mantequilla de cacahuete. Por encima de él colgaba un póster con una caricatura de dos ardillas listadas; de sus bocas sonrientes salían globos de tira cómica. La de la izquierda decía: «¡Vive la vida que adoras!». La otra decía: «¡Adora la vida que vives!». Luke lo contempló con perplejidad.

—A ver, niño listo, ¿cómo describirías un póster como ese en un sitio como este? —preguntó Nicky—. ¿Es ironía, sarcasmo o una chorrada?

—Las tres cosas —contestó Luke, y se sentó a su lado.

Nicky le tendió el paquete de Reese's.

—¿Quieres la otra?

Sí la quería. Le dio las gracias, retiró el papel crujiente en la base de la tartaleta de mantequilla de cacahuete y se la comió de tres rápidos bocados.

Nicky lo observó con expresión divertida.

—Te han puesto la primera inyección, ¿verdad? Te entran ganas de tomar azúcar. Puede que en la cena no tengas mucha hambre, pero te comerás el postre. Te lo garantizo. ¿Has visto ya algún punto?

—No. —Recordó entonces haberse agachado y haberse rodeado las rodillas en espera de que se le pasara el mareo—. O puede que sí. ¿Cómo son?

—Los técnicos los llaman luces de Stasi. Forman parte de los preparativos. A mí solo me han pinchado unas cuantas veces y apenas me han hecho pruebas raras, porque soy TQ posi. Lo mismo que George y Sha es TP posi. Si eres corriente, te hacen más. —Reflexionó—. Bueno, ninguno de nosotros es corriente, no estaríamos aquí, pero tú ya me entiendes.

—¿Pretenden potenciar nuestras aptitudes?

Nicky se encogió de hombros.

—Preparativos ¿para qué?

—Para lo que sea que nos espera en la Mitad Trasera. ¿Cómo te ha ido con la gran cabrona? ¿Te ha soltado el discurso ese sobre el servicio al país?

—Me ha dicho que me han reclutado. A mí esto me parece más bien una leva. Como en los siglos XVII y XVIII, cuando los capitanes necesitaban más tripulación para sus barcos...

—Ya sé lo que era la leva, Lukey, he ido al colegio, ¿sabes? Y no vas desencaminado. —Se puso en pie—. Ven, salgamos al patio. Puedes darme otra lección de ajedrez.

—Creo que solo me apetece acostarme —dijo Luke.

—La verdad es que se te ve pálido. Pero la tartaleta ha ayudado, ¿no? Reconócelo.

—Sí —admitió Luke—. ¿Qué has hecho para conseguir una ficha?

—Nada. Maureen me ha pasado una antes de acabar su turno. Kalisha tiene razón sobre ella. —Nicky lo dijo casi a regañadientes—. Si hay una buena

persona en este pozo de mierda, es ella.

Habían llegado a la puerta de Luke. Nicky alzó un puño, y Luke se lo chocó.

—Nos vemos cuando suene el ding dong, niño listo. Entretanto, arriba esos ánimos.

MAUREEN Y AVERY

Luke se sumió en un sopor plagado de sueños fragmentarios y desapacibles, y no despertó hasta que sonó el ding dong que anunciaba la cena. Se alegró de oírlo. Nicky se había equivocado; sí tenía apetito y deseaba compañía tanto como comida. Aun así, se detuvo en la cantina para confirmar que los demás no le habían tomado el pelo. No se lo habían tomado. Junto a la máquina de los tentempiés había una de tabaco antigua totalmente abastecida, y el recuadro iluminado de la parte superior mostraba a un hombre y una mujer elegantes fumando y riendo en un balcón. Al lado vio un dispensador de bebidas para adultos en botellas pequeñas, lo que algunos chicos aficionados al alcohol del Brod llamaban «chupitos de aerolínea». Podía comprarse un paquete de tabaco por ocho fichas; una botella pequeña de licor de mora Leroux por cinco. En el extremo opuesto había una nevera de Coca-Cola de color rojo vivo.

Unas manos lo agarraron por detrás y lo levantaron en volandas. Luke lanzó un grito de sorpresa y Nicky soltó una risotada junto a su oído.

—¡Si te meas encima, aunque te dé grima, tendrás que ir de aquí a Lima!

—¡Bájame!

Nicky, en cambio, lo balanceó adelante y atrás.

—¡Lukey-didi-cuqui-del-Lukey! ¡Lukey patizambo, patituerto, patiabierto!

Dejó a Luke, le dio media vuelta, alzó las manos y se puso a bailar al ritmo del hilo musical que sonaba por megafonía. A su espalda, Kalisha e Iris los contemplaban con idéntica expresión, como diciendo: los chicos chicos son.

—¿Quieres pelea, Lukey? ¡Lukey patizambo, patituerto, patiabierto!

—Méteme la nariz en el culo y a ver si respiras —contestó Luke, y se echó a reír. La palabra que mejor describía a Nicky, pensó, estuviera de buen o mal humor, era *vivo*.

—Esa sí que es buena —comentó George al tiempo que se abría paso entre las dos niñas—. Me la guardo para uso futuro.

—Pero no te olvides de reconocer que es obra mía —advirtió Luke.

Nicky interrumpió su bailoteo.

—Tengo un hambre que da calambre. Venga, a comer.

Luke levantó la tapa de la nevera de Coca-Cola.

—Los refrescos son gratis, deduzco. Solo hay que pagar por el alcohol, el tabaco y los tentempiés.

—Deduces bien —confirmó Kalisha.

—Y... mmm... —Señaló la máquina de tentempiés. Casi todas las golosinas costaban solo una ficha, pero la que él indicaba tenía un precio de seis—. ¿Eso...?

—¿Estás preguntando si los brownies Hi Boy llevan lo que tú crees que llevan? —preguntó Iris—. Yo nunca los he probado, pero estoy casi seguro de que sí.

—Sí, señor —dijo George—. Yo me pillé un buen globo, aunque me salió un sarpullido. Soy alérgico. Venga, vamos a comer.

Se sentaron en la misma mesa. SHERRY sustituía a NORMA. Luke pidió champiñones rebozados, filete ruso con ensalada y algo que presentaban bajo el alias de *crème brûlée* de vainilla. Era posible que hubiese personas inteligentes en ese siniestro País de las Maravillas —desde luego la señora

Sigsby no parecía tonta—, pero quien elaboraba los menús quizá no fuera una de ellas. ¿O era eso esnobismo intelectual por su parte?

Luke decidió que le traía sin cuidado.

Hablaron un poco de sus colegios antes de que los arrancaran de sus vidas normales —colegios corrientes, por lo que Luke vio, no especiales para niños superdotados— y de sus programas de televisión y películas preferidos. Todo bien hasta que Iris, llevándose una mano a la cara, se rozó una mejilla pecosa, y Luke advirtió que lloraba. No mucho, solo un poco, pero sí, aquello eran lágrimas.

—Hoy no tengo inyecciones, pero me toca el maldito termo-culo —dijo. Cuando vio la expresión de perplejidad de Luke, sonrió, con lo que le resbaló otra lágrima por la mejilla—. Nos toman la temperatura por vía rectal.

Los otros asentían.

—No tengo ni idea de por qué —dijo George—, pero resulta humillante.

—Además, parece cosa del siglo XIX —añadió Kalisha—. Alguna razón tendrán, pero... —Se encogió de hombros.

—¿Quién quiere café? —preguntó Nick—. Iré a buscarlo si alguno...

—Eh. —La voz llegó desde la puerta.

Al volverse, vieron a una chica en vaqueros y camiseta sin mangas. Su cabello, corto y erizado, era verde a un lado y púrpura azulado al otro. A pesar del look punk, parecía una niña de un cuento de hadas extraviada en el bosque. Luke calculó que era más o menos de su edad.

—¿Dónde estoy? ¿Alguno de vosotros sabe qué es esto?

—Acércate, guapa —dijo Nicky, y desplegó su deslumbrante sonrisa—. Tráete una silla. Prueba la cocina local.

—No tengo hambre —respondió la recién llegada—. Solo quiero saber una cosa. ¿A quién tengo que chupársela para salir de aquí?

Así fue como conocieron a Helen Simms.

Después de comer, salieron al patio (Luke no se olvidó de untarse de repelente) y pusieron al corriente a Helen. Resultó que era una TQ y, al igual que George y Nicky, posi. Lo demostró derribando varias piezas del tablero de ajedrez cuando Nicky las colocó.

—No solo posi, sino posi *a tope* —observó George—. Lo intentaré yo. —Logró volcar un peón e hizo tambalearse un poco el rey negro, pero solo eso. Se recostó en su asiento e hinchó las mejillas—. Vale, tú ganas, Helen.

—Creo que aquí perdemos todos —afirmó ella—. Eso es lo que creo.

Luke le preguntó si estaba preocupada por sus padres.

—No especialmente. Mi padre es un alcohólico. Mi madre se divorció de él cuando yo tenía seis años y se casó, ¡sorpresa!, con otro alcohólico. Debió de llegar a la conclusión de que si no puedes con ellos, únete a ellos, porque ahora también es alcohólica. Aunque sí echo de menos a mi hermano. ¿Creéis que estará bien?

—Claro —contestó Iris sin mucha convicción y, acto seguido, fue hasta la cama elástica y se puso a saltar.

Si Luke hubiese hecho eso tan pronto después de una comida, se habría mareado, pero Iris apenas había probado bocado.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Helen—. No sabéis por qué estamos aquí, salvo que a lo mejor tiene algo que ver con unos poderes psíquicos que ni siquiera pasarían una audición en *Got Talent*.

—No nos querrían ni en *Little Big Shots* —añadió George.

—Nos hacen pruebas hasta que vemos puntos, pero no sabéis por qué.

—Exacto —respondió Kalisha.

—Luego nos mandan a otro sitio, la Mitad Trasera, pero no sabéis qué pasa allí.

—Eso mismo —contestó Nicky—. ¿Sabes jugar al ajedrez o solo tumbar las piezas?

Ella no le hizo ni caso.

—Y cuando acaban con nosotros, nos hacen un borrado de memoria de ciencia ficción y después vivimos felices para siempre.

—Tal cual —confirmó Luke.

Ella se quedó en actitud pensativa y finalmente dijo:

—Esto es el mismísimo infierno.

—Bueno —intervino Kalisha—, supongo que por eso Dios nos dio los combinados y los brownies Hi Boy.

Luke ya había oído suficiente. No tardaría en echarse a llorar otra vez; percibía la inminencia del llanto como si de una tormenta se tratase. Hacer eso en presencia de los demás tal vez estuviera bien para Iris, que era una niña, pero él tenía muy arraigada cierta idea (seguramente anticuada pero poderosa de todos modos) de cuál debía ser el comportamiento de un chico. En pocas palabras, como el de Nicky.

Regresó a su habitación, cerró la puerta y se tendió en la cama con un brazo sobre los ojos. De pronto, sin razón alguna, pensó en Richie Rocket con su traje espacial plateado, bailando con el mismo entusiasmo que Nicky Wilholm antes de la cena, y en cómo bailaban con él los niños pequeños, desternillándose de risa y cantando juntos «Mambo Number 5». Como si nada pudiera torcerse, como si en sus vidas fuera a haber siempre inocente diversión.

Se le saltaron las lágrimas, porque sentía miedo y rabia, pero sobre todo añoranza. Hasta entonces no había entendido el significado de la palabra. No estaba en un campamento de verano ni de excursión con el colegio. Vivía una

pesadilla y su único deseo era que terminara. Quería despertar. Y como no podía, se durmió, con el pequeño pecho agitándosele todavía con los últimos sollozos.

3

Más pesadillas.

Despertó sobresaltado en medio de una en la que un perro negro sin cabeza lo perseguía por Wildersmoot Drive. Por un momento extraordinario pensó que todo había sido un sueño y volvía a estar en su verdadera habitación. Luego miró el pijama que no era su pijama y la pared donde debería haber habido una ventana. Fue al baño, y después, desvelado, encendió el ordenador. Pensó que tal vez necesitara otra ficha para arrancarlo, pero no le hizo falta. Quizá la primera cubría un ciclo de veinticuatro horas o —con un poco de suerte— cuarenta y ocho. Según la barra superior, eran las tres y cuarto de la madrugada. Faltaba mucho para el amanecer, pues, y eso era lo que le pasaba primero por echarse la siesta y después por acostarse demasiado temprano.

Se planteó entrar en YouTube y ver dibujos animados antiguos, cosas como Popeye, con las que Rolf y él siempre se revolcaban de risa por el suelo gritando «¿Dónde están mis espinacas?» y «¡Uck-uck-uck!», pero sospechó que no harían más que avivar la añoranza y los desvaríos. ¿Qué le quedaba entonces? ¿Volver a la cama, donde permanecería despierto hasta que se hiciera de día? ¿Deambular por los pasillos vacíos? ¿Salir al patio? Era una posibilidad. Recordó que Kalisha le había dicho que el patio nunca se cerraba. Pero le pondría los pelos de punta.

—Entonces ¿por qué no piensas, gilipollas?

Aunque habló en voz baja, el sonido lo sobresaltó de todos modos; incluso

hizo ademán de taparse la boca con la mano. Se levantó y se paseó por la habitación, con lo que resonaron las pisadas de sus pies descalzos y el aleteo del pantalón del pijama. Era una buena pregunta. ¿Por qué *no* pensaba? ¿No era eso lo que en teoría se le daba tan bien? Lucas Ellis, el niño listo. El prodigio. Le gusta Popeye el Marino, le gusta *Call of Duty*, le gusta jugar a la canasta en el jardín trasero; pero también posee un relativo dominio del francés escrito, aunque todavía necesita subtítulos cuando ve una película francesa en Netflix, porque todos hablan muy deprisa y los modismos son una locura. *Boire comme un trou*, por ejemplo. ¿Por qué beber como un agujero cuando beber como una esponja tiene mucho más sentido? Es capaz de llenar una pizarra de ecuaciones, de recitar todos los elementos de la tabla periódica, de enumerar la lista entera de vicepresidentes hasta el de George Washington, de ofrecer una explicación razonable de por qué fuera de las películas nunca será posible alcanzar la velocidad de la luz.

¿Por qué, pues, se queda ahí sentado compadeciéndose?

¿Qué otra cosa *puede* hacer?

Luke decidió plantearse eso como una verdadera pregunta, y no como una expresión de desesperación. Huir probablemente era imposible, pero ¿y aprender?

Intentó acceder a *The New York Times* desde Google, y no le sorprendió oír a HAL 9000; nada de noticias para los niños del Instituto. La cuestión era: ¿podía encontrar la manera de soslayar esa prohibición? ¿Una puerta trasera? Quizá sí.

Veamos, pensó. Veamos. Abrió Firefox y tecleó `#!capadeGriffin!#`.

Griffin era el hombre invisible de H. G. Wells, y ese sitio web, que Luke había descubierto hacía un año, era una manera de eludir los controles parentales; no la web exactamente oscura, sino la puerta de al lado. Luke lo había probado, no porque quisiera visitar páginas porno desde los

ordenadores del Brod (aunque Rolf y él habían hecho eso precisamente en un par de ocasiones) o ver decapitaciones del Estado Islámico, sino sencillamente porque la idea era interesante y simple y quería averiguar si funcionaba. En su casa y en el colegio funcionaba, pero ¿y ahí? Solo había una manera de comprobarlo, así que pulsó la tecla intro.

La red wifi del Instituto se quedó rumiando —era lenta— y al final, cuando Luke empezaba a darse por vencido, lo llevó a Griffin. En lo alto de la pantalla aparecía el hombre invisible de Wells, con la cabeza vendada y los ojos ocultos tras unas gafas molonas. Debajo aparecía una pregunta que era también una invitación: ¿A QUÉ IDIOMA QUIERES TRADUCIR? La lista era larga, desde asirio hasta zulú. La gracia de la web estaba en que daba igual qué idioma eligieses; lo importante era lo que quedaba registrado en el historial de búsqueda. En otro tiempo existía un pasaje secreto bajo los controles parentales de Google, pero los sabios de Mountain View lo habían cerrado. De ahí la Capa de Griffin.

Luke eligió alemán al azar y apareció el mensaje: INTRODUCIR CONTRASEÑA. Recurriendo a lo que su padre llamaba a veces su extraña memoria, Luke tecleó: #x49ger194GbL4. El ordenador se quedó rumiando un poco más y finalmente anunció: CONTRASEÑA ACEPTADA.

Escribió *The New York Times* y pulsó intro. En esta ocasión el ordenador se lo pensó aún más, pero al final apareció el *Times*. El número de ese día, y en inglés, pero desde ese punto en adelante el historial de búsqueda del ordenador recogería solo una serie de palabras en alemán y traducciones al inglés. Quizá una pequeña victoria, quizá grande. Por el momento Luke ni siquiera le concedía mayor importancia. Era un triunfo, y con eso le bastaba.

¿Cuánto tardarían en descubrir sus captores lo que hacía? Camuflar el historial de búsqueda no serviría de nada si podían acceder directamente a la pantalla. Verían el periódico y le cortarían la conexión. El *Times*, con su titular

sobre Trump y Corea del Norte, le traía sin cuidado; debía consultar el *Star Trib* antes de que lo descubrieran, ver si contenía algo acerca de sus padres. Pero aún no había tenido tiempo de hacerlo cuando empezaron a oírse gritos en el pasillo.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! ¡QUE ALGUIEN ME AYUDE, ME HE PERDIDO!

4

El de los gritos era un niño con un pijama de *Star Wars*. Aporreaba las puertas con sus pequeños puños como si fuesen pistones. ¿Diez años? Avery Dixon aparentaba seis, siete como mucho. La entrepierna y una pernera del pijama, visiblemente húmedas, se le adherían al cuerpo.

—¡Ayuda, *QUIERO IRME A CASA!*

Luke miró alrededor, esperando ver a alguien —tal vez a varios *alguienes*— acercarse a todo correr, pero no había nadie en el pasillo. Más tarde comprendería que en el Instituto los gritos de un niño que quería ir a casa eran el pan de cada día. De momento el único deseo de Luke era que el niño se callara. Estaba asustado y estaba asustando a Luke.

Se aproximó a él, se arrodilló y lo sujetó por los hombros.

—Eh. Eh. Cálmate, chaval.

El chaval en cuestión miró a Luke con los ojos muy abiertos, pero Luke no estaba seguro de que el niño lo viera. Tenía el cabello sudoroso y de punta, la cara bañada en lágrimas y el labio superior le relucía a causa de los mocos.

—¿Dónde está mamá? ¿Dónde está papá?

Solo que no decía *Papá* sino *Paaaaapá*, como el ululato de una sirena antiaérea. El niño empezó a patlear. Golpeó los hombros de Luke con los

puños. Luke lo soltó, se irguió y retrocedió, observando con asombro al niño cuando se desplomó en el suelo y empezó a sacudirse.

Frente al póster que anunciaba UN DÍA COMO OTRO EN EL PARAÍSO, se abrió una puerta y salió Kalisha con una camiseta teñida de forma irregular y un pantalón de baloncesto gigantesco. Se acercó a Luke y, con las manos apoyadas en aquellas caderas casi inexistentes, se quedó mirando al recién llegado. Luego miró a Luke.

—He visto rabietas antes, pero esta se lleva la palma.

Se abrió otra puerta y apareció Helen Simms, vestida —más o menos— con lo que, según creía Luke, se conocía como «negligé». *Ella* sí tenía caderas, además de otro equipamiento interesante.

—Vuelve a meterte los ojos en las cuencas, Lukey —dijo Kalisha—, y ayúdame un poco. Este niño me está taladrando la cabeza, voy a acabar con migraña. —Se arrodilló, tendió la mano hacia el derviche, cuyas palabras habían degenerado en aullidos inarticulados, y la retiró cuando uno de sus puños la alcanzó en el antebrazo—. Por Dios, colabora. Sujétale las manos.

Luke se arrodilló, hizo un vacilante intento de agarrarle las manos al niño nuevo, se retrajo y finalmente decidió que no quería quedar como una nenaza delante de la visión en rosa recién aparecida. Sujetó al niño por los codos y le inmovilizó firmemente los brazos a los lados del pecho. Incluso sintió el corazón del niño, acelerado al triple de su ritmo normal.

Kalisha se inclinó, le rodeó la cara con las manos y lo miró a los ojos. El niño dejó de gritar. Ahora se oía solo su rápida respiración. Miró a Kalisha, fascinado, y Luke entendió de pronto a qué se refería ella al decir que el niño estaba taladrándole la cabeza.

—Es TP, ¿no? Como tú.

Kalisha asintió.

—Solo que él es mucho más fuerte que yo o que cualquiera de los otros TP

que han pasado por aquí desde que llegué. Venga, lo llevaremos a mi habitación.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó Helen.

—Tú misma, cariño —respondió Kalisha—. Estoy segura de que Lukey aquí presente agradece el espectáculo.

Helen se sonrojó.

—Puede que sea mejor que me cambie primero.

—Tú misma —dijo Kalisha. Dirigiéndose al niño, preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Avery. —Tenía la voz ronca de llorar y berrear—. Avery Dixon.

—Yo soy Kalisha. Puedes llamarme Sha, si quieres.

—Pero no la llames «compi» —informó Luke.

5

La habitación de Kalisha era más femenina de lo que Luke habría imaginado, teniendo en cuenta la dureza con la que hablaba. Una colcha rosa cubría la cama y adornaban las almohadas unos recargados volantes. Desde el escritorio los observaba una fotografía enmarcada de Martin Luther King.

Kalisha vio que él se fijaba en el retrato y se rio.

—Intentan reproducir las cosas tal como están en casa, pero alguien debió de pensar, supongo, que la foto que tenía allí era pasarse de la raya y la cambió.

—¿De quién era?

—Eldridge Cleaver. ¿Has oído hablar de él?

—Claro. *Alma encadenada*. No lo he leído, pero hace tiempo que busco el momento.

Ella enarcó las cejas.

—Tío, es un desperdicio tenerte aquí.

Todavía entre sollozos, Avery hizo ademán de subirse a la cama, aunque ella lo sujetó y lo obligó a retroceder, con delicadeza pero firmemente.

—No, no, con ese pantalón mojado no. —Ella se dispuso a quitárselo, y Avery, dando un paso atrás, cruzó las manos ante las ingles en actitud protectora.

Kalisha miró a Luke y se encogió de hombros. Él le devolvió el gesto y a continuación se agachó ante Avery.

—¿En qué habitación estás?

Avery se limitó a negar con la cabeza.

—¿Has dejado la puerta abierta?

Esta vez el niño asintió.

—Voy a buscarte ropa seca —anunció Luke—. Tú quédate aquí con Kalisha, ¿vale?

En esta ocasión ni negó ni asintió. Agotado y confuso, se quedó mirándolo, pero al menos no inició nuevamente su imitación de ataque aéreo.

—Ve —dijo Kalisha—. Creo que puedo tranquilizarlo.

Helen volvía por el pasillo, vestida con vaqueros y abrochándose un jersey.

—¿Está mejor?

—Un poco —contestó Luke. Vio un reguero de gotas en la dirección en que Maureen y él habían ido para cambiar las sábanas.

—Ni rastro de los otros dos chicos —comentó Helen—. Deben de estar como troncos.

—Así es —dijo Kalisha—. Nueva, vete con Luke. Avery y yo estamos manteniendo una reunión de mentes.

—El niño se llama Avery Dixon —dijo Luke. Helen Simms y él se habían detenido en el umbral de una puerta abierta poco más allá de la máquina de hielo, que emitía un triquitraque continuo—. Tiene diez años. No los aparenta, ¿verdad?

Ella fijó la mirada en él con los ojos muy abiertos.

—¿Es que eres TP?

—No. —Observaba el póster de Tommy Pickles y las figuras de acción dispuestas en el escritorio—. He estado aquí con Maureen. Es una de las encargadas de la limpieza. La he ayudado a hacer la cama. Aparte de eso, la habitación ya estaba preparada para él.

Helen hizo una mueca.

—*Eso* eres, pues: el pelota de la clase.

Luke recordó la bofetada de Tony y se preguntó si pronto Helen recibiría el mismo tratamiento.

—No, pero Maureen no es como algunos de los otros. Trátala bien y ella te tratará bien a ti.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Luke?

—Llegué poco antes que tú.

—¿Y cómo es que sabes ya quiénes son buenos y quiénes malos?

—Maureen está bien, solo te digo eso. Ayúdame a elegir algo de ropa para el niño.

Helen sacó un pantalón y un calzoncillo de la cómoda (sin olvidarse de curiosear en el resto de los cajones), y volvieron a la habitación de Kalisha. Por el camino, Helen le preguntó si había pasado por algunas de las pruebas de las que le había hablado George. Contestó que no, aunque le enseñó el chip de la oreja.

—No te resistas. Yo lo he hecho y me han pegado.

Ella paró en seco.

—¡Calla!

Luke volvió la cabeza para enseñarle la mejilla, donde dos dedos de Tony le habían dejado tenues moraduras.

—A *mí* no va a pegarme nadie —aseguró Helen.

—Esa es una teoría que no te conviene poner a prueba.

Se echó atrás el cabello bicolor.

—Yo ya tengo agujeros en las orejas, así que no me impresiona.

Kalisha y Avery estaban sentados en la cama uno al lado del otro, él encima de una toalla plegada. Ella le acariciaba el pelo sudoroso. El pequeño la miraba con expresión ensoñadora, como si se hallara ante la princesa Tiana. Helen lanzó la ropa a Luke. Lo cogió de improviso y se le cayó el calzoncillo, que tenía estampado a Spiderman en diversas posturas dinámicas.

—No tengo ningún interés en verle la pilila a ese niño. Me voy a la cama. Quizá cuando despierte, esté en mi habitación, la *de verdad*, y todo esto haya sido solo un sueño.

—Que tengas suerte —dijo Kalisha.

Helen se alejó a zancadas. Luke recogió el calzoncillo de Avery justo a tiempo de ver el contoneo de su cadera enfundada en los vaqueros descoloridos.

—Está buena, ¿eh? —comentó Kalisha con voz monocorde.

Luke, notando el calor en las mejillas, le acercó la ropa.

—Supongo que sí, pero también en el apartado de la personalidad tiene su lado admirable.

Pensó que la haría reír —le gustaba su risa—, pero ella pareció entristecerse.

—Este sitio le bajará los humos. Pronto estará escabulléndose y

encogiéndose cada vez que vea a alguien vestido de azul. Igual que todos nosotros. Avery, tienes que ponerte esto. Lukey y yo nos daremos la vuelta.

Eso hicieron. Por la puerta abierta de la habitación de Kalisha veían el póster según el cual aquello era el paraíso. A sus espaldas oyeron sorbetones y el frufú de la ropa.

—Ya estoy vestido —dijo Avery al cabo de un momento—. Podéis daros la vuelta.

Se volvieron.

—Avery —dijo Kalisha—, lleva ese pantalón de pijama mojado al cuarto de baño y cuélgalo de un lado de la bañera.

El pequeño se fue sin rechistar y regresó enseguida arrastrando los pies.

—Ya está, Sha. —La ira había desaparecido de su voz. Ahora su tono traslucía inseguridad y cansancio.

—Bien hecho. Ahora vuelve a la cama. Túmbate, no hay problema.

Kalisha se sentó, se llevó los pies de Avery al regazo y dio unas palmadas en la cama junto a ella. Luke tomó asiento y preguntó a Avery si se encontraba mejor.

—Sí, supongo.

—*Sabes* que sí —corrigió Kalisha, y de nuevo empezó a acariciarle el cabello al niño. Luke tuvo la sensación (quizá absurda, quizá no) de que en ese momento ocurrían muchas cosas entre ella y Avery: tráfico interno.

—Adelante, entonces —dijo Kalisha—. Cuéntale tu chiste si no hay más remedio, luego duérmete, joder.

—Has dicho una palabrota.

—Supongo. Cuéntale el chiste.

Avery miró a Luke.

—Vale. ¿Sabes por qué los mongolos preparan muchas bolsitas de té?

Luke se planteó decir a Avery que las personas educadas no hablaban ya de

«mongolos», pero, ante la evidencia de que la buena educación allí reinaba por su ausencia, se limitó a responder:

—Me rindo.

—Porque leyeron un letrero que decía: «Cristo viene, preparaTé». ¿Lo pillas?

—Claro. ¿Por qué cruzó la calle la gallina?

—¿Para llegar al otro lado?

—No, por sus huevos. Ahora duérmete.

Avery pareció a punto de decir algo más —quizá le había acudido a la cabeza otro chiste—, pero Kalisha lo obligó a callar. Siguió acariciándole el cabello. Movía los labios. A Avery empezaron a pesarle los párpados. Los bajó, los levantó lentamente, los volvió a bajar y los levantó aún más despacio. Después de eso quedaron cerrados.

—¿Estabas haciendo algo? —preguntó Luke.

—Le cantaba una nana que mi madre me cantaba a mí. —Su voz era poco más que un susurro, pero el asombro y el placer que se percibían en ella eran inconfundibles—. Yo entono fatal, pero por lo que se ve, en la comunicación de mente a mente, la melodía no importa.

—Me da que este niño no es lo que se dice muy inteligente —comentó Luke.

Ella le dirigió una larga mirada, y Luke volvió a sentir calor en la cara, como cuando lo había sorprendido mirándole las piernas a Helen y se había burlado de él.

—Para ti, el mundo entero no debe ser lo que se dice muy inteligente.

—No, yo no soy así —protestó Luke—. Solo quería decir...

—Tranqui. Ya sé lo que querías decir, pero no es cerebro lo que le falta. No exactamente. Una TP tan fuerte como la suya puede traer problemas. Cuando no sabes lo que la gente está pensando, tienes que darte prisa en lo que se refiere a...

—¿Buscar pistas?

—Sí, eso. La gente corriente tiene que sobrevivir mirando a la cara y juzgando el tono de voz que oye además de las palabras. Es como si te salieran los dientes, para poder masticar algo duro. Este pobrecillo es como Tambor en la película de dibujos animados de Disney. Los dientes que tiene sirven masticar hierba o poco más. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Luke asintió.

Kalisha suspiró.

—El Instituto es mal sitio para un Tambor, pero quizá dé igual, puesto que al final todos vamos a la Mitad Trasera.

—¿Cuánta TP tiene... en comparación, pongamos, contigo?

—Una tonelada más. Ellos tienen una cosa para medir el FNDC. Lo vi una vez en el portátil del doctor Hendricks, y me parece que es importante, quizá lo más importante. Tú eres el cerebritito, ¿sabes qué es?

Luke no lo sabía, pero se proponía averiguarlo. Si no le quitaban antes el ordenador.

—Sea lo que sea, este niño debe de tener eso por las nubes. ¡He hablado con él! ¡Era telepatía auténtica!

—Pero debes de haber estado con otros TP, aunque sean menos comunes que los TQ. Quizá no en el mundo exterior, pero desde luego aquí sí.

—Tú no lo entiendes. Quizá no puedas. Es como escuchar un estéreo con el sonido muy bajo o escuchar a la gente hablar en el jardín mientras tú estás en la cocina con el lavavajillas en marcha. A veces ni siquiera está ahí, simplemente sale de la nada. Lo de este niño era el no va más, como en una película de ciencia ficción. Tienes que ocuparte de él cuando yo me vaya. Es un Tambor, maldita sea, y no es raro que no actúe como corresponde a su edad. Hasta ahora lo ha tenido fácil.

Lo que resonó en la cabeza de Luke fue *cuando yo me vaya*.

—¿Te...? ¿Alguien te ha hablado del traslado a la Mitad Trasera? ¿Maureen, tal vez?

—No hace falta. Ayer no tuve que pasar por ninguna de esas pruebas de mierda. Ni me pusieron inyecciones. Es una señal inconfundible. Nick también se va. A lo mejor George e Iris se quedan un poco más.

Posó la mano con delicadeza a la nuca de Luke, lo que a él le produjo otro de aquellos cosquilleos.

—Luke, voy a ser tu hermana por un momento, tu amiga del alma, así que escúchame. Si lo único que te gusta de la Chica Punk es cómo se menea cuando camina, no pases de ahí. Aquí es mala cosa sentirse muy unido a los demás. Te deja hecho polvo cuando se van, y todos se van. Pero tienes que cuidar de este mientras puedas. Cuando pienso en Tony o en Zeke o en esa cabrona de Winona pegando a Avery, me entran ganas de llorar.

—Haré lo que pueda —aseguró Luke—, pero espero que sigas aquí mucho más. Te echaría de menos.

—Gracias, pero precisamente de eso te estoy hablando.

Guardaron silencio durante un rato. Luke supuso que no tardaría en tener que irse, aunque todavía no quería. No estaba preparado para quedarse solo.

—Me parece que puedo ayudar a Maureen. —Habló en voz baja, sin apenas mover los labios—. Con esas deudas de las tarjetas de crédito. Pero tendría que hablar con ella.

Kalisha abrió mucho los ojos al oírlo y sonrió.

—¿De verdad? Sería genial. —Acercó los labios al oído de Luke, lo que le provocó un nuevo estremecimiento. Temía mirarse los brazos, por si se le había puesto la carne de gallina—. No tardes. Tiene la semana libre dentro de uno o dos días. —En ese momento apoyó la mano, Dios, en la pierna de Luke, muy arriba, territorio que ni siquiera su madre visitaba desde hacía tiempo—. Cuando vuelva, la asignarán a otro sitio durante tres semanas. Puede que la

veas por los pasillos o en la sala de descanso, pero nada más. No hablará del tema ni siquiera donde se puede hablar sin peligro, así que casi seguro que estará en la Mitad Trasera.

Apartó los labios de su oído y la mano de su muslo, y Luke deseó ardientemente que tuviera otros secretos que contarle.

—Vuelve a tu habitación —dijo ella, y un leve brillo en sus ojos lo llevó a pensar que no desconocía el efecto que había causado en él—. Intenta cerrar los ojos un poco.

7

Durmió profundamente y sin soñar hasta que lo despertaron unos sonoros golpes en la puerta. Se incorporó y, alterado, miró alrededor, preguntándose si se le habían pegado las sábanas en un día de colegio.

Se abrió la puerta y lo miró un rostro sonriente. Era Gladys, la mujer que lo había acompañado a implantarle el chip. La que le había dicho que estaba allí para prestar un servicio.

—¡Cucú-tras! —exclamó con un gorjeo—. ¡Arriba con alegría! Te has perdido el desayuno, pero te traigo zumo de naranja. Puedes tomártelo de camino. ¡Está recién exprimido!

Luke vio encendido el piloto verde de su nuevo ordenador. Había entrado en suspensión, pero si Gladys se acercaba y pulsaba una tecla para comprobar dónde había estado navegando (la creía muy capaz) vería al hombre invisible de H. G. Wells con la cabeza vendada y las gafas de sol. No sabría qué era, quizá pensara que solo se trataba de una web de ciencia ficción o misterio, pero probablemente pasaba informes. En tal caso, estos acabarían en manos de alguien por encima del rango salarial de Gladys, alguien que cobraba por

sentir curiosidad.

—¿Me da un minuto para ponerme un pantalón?

—Treinta segundos. No dejes que este zumo de naranja se caliente, ¿eh? —
Le dirigió un guiño pícaro y cerró la puerta.

Luke saltó de la cama, se puso el vaquero, agarró una camiseta y despertó el ordenador para mirar la hora. Le sorprendió ver que eran las nueve. *Nunca* dormía hasta tan tarde. Por un momento se preguntó si le habrían echado algo en la comida, pero en ese caso no se hubiera despertado en plena noche.

Es por el shock, pensó. Aún no he conseguido procesar todo esto, asimilarlo.

Apagó el ordenador, consciente de que cualquier esfuerzo por ocultar a Mr. Griffin sería en vano si estaban controlando sus búsquedas. Y si estaban reproduciendo en otra parte la pantalla de su ordenador, ya sabrían que había encontrado una forma de acceder a *The New York Times*. Por supuesto, si uno empezaba a pensar así, nada servía de nada. Que era probablemente lo que querían inducirlo a pensar los esbirros de Sigsby, a él y a todos los niños a los que tenían prisioneros allí.

Si lo supieran, ya se habrían llevado el ordenador, se dijo. Y si estuvieran reproduciendo su pantalla, ¿acaso no sabrían que en la pantalla de bienvenida aparecía un nombre erróneo?

Cuando Gladys volvió a abrir la puerta, estaba sentado en la cama poniéndose las zapatillas.

—¡Buen trabajo! —exclamó la mujer, como si Luke fuera un niño de tres años que acabara de vestirse solo por primera vez. Luke empezaba a sentir una creciente aversión hacia ella, pero cuando le entregó el zumo, lo apuró de un trago.

En esta ocasión, cuando Gladys enseñó la tarjeta, indicó al ascensor que los llevara a la planta C.

—Caray, hace un día precioso, ¿no? —comentó cuando empezaron a descender. Por lo visto, esa era la frase inicial con que acostumbraba entablar conversación.

Luke echó una ojeada a sus manos.

—Veo que lleva alianza. ¿Tiene hijos, Gladys?

Una expresión de cautela asomó a su sonrisa.

—Eso es asunto mío y de nadie más.

—Lo decía solo porque, si los tiene, me pregunto qué le parecería verlos encerrados en un sitio como este.

—C —anunció la dulce voz femenina—. Estamos en C.

La sonrisa se había borrado del rostro de Gladys cuando lo hizo salir, agarrándolo un poco más fuerte de lo necesario.

—También me preguntaba si no le remuerde la conciencia. Supongo que es un poco personal, ¿no?

—Ya basta, Luke. Te he llevado el zumo. No tenía por qué.

—¿Y qué les contaría a sus hijos si alguien se enterara de lo que pasa aquí? Si saliera, ya me entiende, en las noticias. ¿Cómo se lo explicaría a ellos?

Gladys apretó el paso, casi arrastrándolo, pero no se advertía ira en su semblante; de haber sido así, cuando menos Luke habría tenido el dudoso consuelo de saber que había hecho mella en ella. Pero no. Permaneció totalmente inexpresiva. La suya era una cara de muñeca.

Se detuvieron ante C-17. Equipo médico e informático llenaba los estantes. Había una silla acolchada que parecía una butaca de cine y detrás, acoplado a un poste de acero, algo similar a un proyector. Al menos la silla no tenía

correas en los brazos.

Los esperaba un técnico, ZEKE, según la placa de identificación que llevaba prendida en el uniforme azul. Luke conocía ese nombre. Maureen lo había prevenido de que era de los malos.

—¿Qué hay, Luke? —saludó Zeke—. ¿Estás sereno?

Sin saber qué contestar, Luke se encogió de hombros.

—¿No vas a causar problemas? A eso voy, compi.

—No. Ninguno.

—Me alegra saberlo.

Zeke abrió un frasco que contenía un líquido azul. Despidió una intensa vaharada alcohólica, y Zeke sacó un termómetro que parecía medir más de un palmo. Era una exageración, pero...

—Bájate el pantalón e inclínate sobre esa silla, Luke. Los antebrazos en el asiento.

—No con...

«No con Gladys aquí», quería decir, pero la puerta de C-17 estaba cerrada. Gladys se había marchado. Quizá en consideración a mi pudor, pensó Luke, aunque lo más probable es que se haya hartado de mis pullas. Cosa que lo habría alegrado, de no ser por la vara de cristal que pronto, no le cabía duda, estaría explorando profundidades de su anatomía nunca sondadas. Parecía la clase de termómetro que podría utilizar un veterinario para tomar la temperatura a un caballo.

—¿No con qué? —Blandió el termómetro de un lado a otro como el bastón de una majorette—. ¿No con esto? Lo siento, compi, es lo que hay. Órdenes del cuartel general, ya me entiendes.

—¿No sería más fácil con una tira térmica? —preguntó Luke—. Seguro que en la farmacia conseguiría una por un pavo y medio. Incluso menos con la tarjeta de descu...

—Ahórrate la labia para tus amigos. Bájate el pantalón e inclínate sobre la silla o lo hago yo. Y no te gustará.

Luke se acercó lentamente a la silla, se desabrochó el pantalón, se lo bajó y se inclinó.

—¡Muy bien, *ahí* tenemos esa luna llena! —Zeke se situó ante él. Tenía el termómetro en una mano y un tarro de vaselina en la otra. Hundió el termómetro en el tarro y lo sacó. Un goterón de aquel pringue quedó suspendido del extremo. A Luke le pareció el desenlace de un chiste obscuro —. ¿Lo ves? Bien lubricado. No te hará daño. Solo tienes que relajar las nalgas y recordar que, siempre y cuando no notes mis *dos* manos encima de ti, tu virginidad trasera permanecerá intacta.

Rodeó a Luke, que mantenía los antebrazos en el asiento de la silla y el trasero en alto. Luke percibió el olor de su sudor, intenso y fétido. Intentó recordarse que no era el primer niño que recibía ese trato en el Instituto. Eso le proporcionó cierto consuelo; aunque tampoco mucho, en realidad. La habitación estaba repleta de equipo de alta tecnología, y ese individuo se disponía a tomarle la temperatura con la tecnología más pobre imaginable. ¿Por qué?

Para que me venga abajo, pensó Luke. Para asegurarse de que entiendo que soy un conejillo de Indias, y que cuando uno trata con conejillos de Indias, recoge los datos que le viene en gana y como le viene en gana. Y tal vez ni siquiera necesiten este dato en particular. Tal vez sea solo una manera de decir: «si podemos meterte esto por el culo, ¿qué más podemos meterte?» Respuesta: «lo que queramos».

—El suspense te está matando, ¿eh? —dijo Zeke a sus espaldas, y el hijo de puta casi se reía.

Después de la humillación del termómetro, que pareció prolongarse largo rato, Zeke le tomó la tensión, le colocó un monitor de O^2 en el dedo, y lo midió y pesó. Le examinó la garganta y las fosas nasales. Tarareando, anotó los resultados. Para entonces Gladys estaba de vuelta en la sala, bebiendo café de una taza con mariposas y desplegando su sonrisa falsa.

—Ahora toca una inyección, Lukey —anunció Zeke—. No vas a causarme ningún problema, ¿verdad?

Luke negó con la cabeza. Lo único que quería en ese preciso momento era regresar a su habitación y limpiarse la vaselina del trasero. No tenía nada de qué avergonzarse, pero sentía vergüenza igualmente. Se sentía rebajado.

Zeke le puso una inyección. Esta vez no notó calor. Percibió solo un ligero dolor, que desapareció enseguida.

Zeke miró su reloj y movió los labios mientras contaba los segundos. Luke hizo lo mismo, pero sin mover los labios. Llegó a treinta cuando Zeke bajó el brazo.

—¿Alguna sensación de náusea?

Luke negó con la cabeza.

—¿Sabor a metal?

Lo único que Luke notaba era el resto del zumo de naranja.

—No.

—Muy bien, Luke, ahora mira a la pared. ¿Ves algún punto? O puede que parezca algo más grande, como círculos.

Luke negó con la cabeza.

—Estás diciendo la verdad, ¿eh, compi?

—Sí. Ningún punto. Ningún círculo.

Zeke lo miró a los ojos unos segundos (Luke pensó en preguntarle si veía

ahí algún punto, pero se contuvo). Luego se irguió, se frotó ostensiblemente las palmas de las manos como si se las limpiara y se volvió hacia Gladys.

—Venga, llévatelo de aquí. Esta tarde el doctor Evans querrá verlo para lo de los ojos. —Señaló el aparato similar a un proyector—. A las cuatro.

Luke se planteó preguntar qué era «lo de los ojos», pero en realidad le daba igual. Tenía hambre, eso al parecer no cambiaba le hicieran lo que le hicieran (al menos de momento), pero si algo deseaba más aún que la comida era limpiarse. Se sentía —solo una palabra podía describirlo— sodomizado.

—¿Qué? No ha estado tan mal, ¿verdad? —preguntó Gladys mientras subían en el ascensor—. Tanto lío por nada.

Luke se planteó preguntarle si habría considerado que era mucho lío por nada de haberse tratado de *su* culo. Tal vez Nicky lo habría dicho, pero él no era Nicky.

Le dedicó la falsa sonrisa que a él se le antojaba cada vez más abominable.

—Estás aprendiendo a comportarte, y es *maravilloso*. Aquí tienes una ficha. Mejor dicho, dos. Hoy me siento generosa.

Luke las aceptó.

Más tarde, de pie bajo la ducha con la cabeza gacha y el agua corriéndole por el pelo, lloró un poco más. Era como Helen al menos en un sentido; deseaba que todo aquello fuera un sueño. Habría dado cualquier cosa, quizá habría llegado a vender su alma, por poder despertar al sol, tendido en su cama como una segunda colcha, y percibir el olor a beicon frito procedente de la planta de abajo. Finalmente se le agotaron las lágrimas, y empezó a sentir algo aparte de dolor y pérdida, algo más duro. Una especie de lecho de roca por debajo de todo lo demás, antes desconocido para él. Era un alivio saber que estaba ahí.

Aquello no era un sueño, ocurría de verdad, y salir de allí ya no le parecía suficiente. Esa base dura reclamaba más. Reclamaba desenmascarar a aquel

hatajo de secuestradores y torturadores de niños, desde la señora Sigsby hasta Gladys, con sus sonrisas de plástico, y Zeke, con su untuoso termómetro rectal. Derribar el Instituto sobre sus cabezas, como Sansón había derribado el templo de Dagón sobre los filisteos. Sabía que no era más que la fantasía rencorosa e impotente de un crío de doce años, pero lo deseaba igualmente y, si existía alguna manera de hacerlo, lo haría.

Como su padre se complacía en decir, era bueno imponerse metas. Ayudaban a sobrellevar los tiempos difíciles.

10

Cuando llegó al comedor, estaba vacío salvo por un bedel (FRED, según su placa), que fregaba el suelo. Aún era pronto para el almuerzo, pero en una mesa de la parte delantera había un frutero con naranjas, manzanas, uvas y un par de plátanos. Luke cogió una manzana, se acercó a las máquinas expendedoras y, con una de las fichas, sacó una bolsa de palomitas de maíz. El desayuno de los campeones, pensó. A su madre le daría algo.

Se llevó la comida al salón y contempló el patio. George e Iris, sentados en una de las mesas de picnic, jugaban a las damas. Avery saltaba con relativa precaución en la cama elástica. No vio ni rastro de Nicky y Helen.

—Diría que esa es la peor combinación de comida que he visto en la vida —comentó Kalisha.

Luke se sobresaltó y se le cayó al suelo parte de las palomitas.

—¡Jope, vaya manera de asustar a la gente!

—Perdona. —Ella se agachó, recogió algunas de las palomitas derramadas y se las echó a la boca.

—¿Del suelo? —preguntó Luke—. No me lo puedo creer.

—La regla de los cinco segundos.

—Según el Servicio Nacional de Salud británico, la regla de los cinco segundos es un cuento. Una chorrada absoluta.

—¿Consideras que por ser un genio tu misión es echar por tierra las ilusiones de todo el mundo?

—No, yo solo...

Ella sonrió y se puso en pie.

—Te estaba tomando el pelo, Luke. La Niña de la Varicela solo te estaba tomando el pelo. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Te han aplicado el rectal?

—Sí. No hablemos de eso.

—Vale. ¿Quieres jugar al *cribbage* hasta la hora de comer? Si no sabes, yo te enseño.

—Sí sé, pero no me apetece. Creo que voy a volver a mi habitación un rato.

—¿A reflexionar sobre tu situación?

—Algo así. Nos vemos en la comida.

—Cuando suene el ding dong —dijo ella—. Es una cita. Alegra esa cara, pequeño héroe, y choca esos cinco.

Ella levantó la mano, y Luke vio que sujetaba algo entre los dedos pulgar e índice. Apretó la palma de su mano blanca contra la morena de ella, y el trozo de papel plegado pasó a la de él.

—Nos vemos, chico. —Kalisha se encaminó hacia el patio.

Ya en su habitación, Luke se tumbó en la cama, se volvió de cara a la pared y desplegó el recuadro de papel. Kalisha tenía una letra pequeña y muy cuidada.

Ve a reunirte con Maureen junto a la máquina de hielo, cerca de la habitación de Avery, lo antes posible. Tira esto al váter.

Arrugó el papel, fue al cuarto de baño y echó la nota al inodoro al tiempo que se bajaba el pantalón. Se sintió ridículo al hacerlo, como un niño que jugase a los espías; y a la vez no se sintió ridículo en absoluto. Le habría gustado pensar que al menos en *la maison du chier* prescindían de la vigilancia, pero lo dudaba mucho.

La máquina de hielo. Donde Maureen había hablado con él el día anterior. Eso tenía su lado interesante. Según Kalisha, en la Mitad Delantera había varios sitios donde la audiovigilancia funcionaba mal o no funcionaba en absoluto, pero al parecer Maureen prefería ese rincón. Tal vez porque allí tampoco había videovigilancia. Tal vez porque era donde se sentía más segura, posiblemente por lo ruidosa que era la máquina de hielo. Y tal vez él estuviera juzgando con muy pocas pruebas.

Se planteó acceder al *Star Tribune* antes de reunirse con Maureen y se sentó ante el ordenador. Incluso llegó a Mr. Griffin, pero ahí se interrumpió. ¿Quería él saber? ¿Para averiguar quizá que esos cabrones, esos *monstruos*, mentían y sus padres estaban muertos? Entrar en el *Trib* para comprobarlo sería un poco como cuando un hombre apostaba los ahorros de toda la vida a una tirada de ruleta.

Ahora no, decidió. Podía ser que después de la humillación del termómetro anduviera un poco alicaído, pero el caso era que prefería dejarlo para otro momento. Si eso lo convertía en un gallina, que así fuera. Apagó el ordenador y se dio un paseo hasta la otra ala. No vio a Maureen cerca de la máquina de hielo, pero sí su carrito de la lavandería, aparcado a medio camino de lo que para Luke había pasado a ser el pasillo de Avery, y la oyó cantar algo sobre unas gotas de lluvia, muchas gotas de lluvia. Se dirigió hacia el sonido de su voz y la vio poner sábanas limpias en una habitación con las paredes decoradas con pósteres de musculosos luchadores de la WWF con calzones de spandex. Todos ofrecían un aspecto tan malévolo que parecían capaces, habría

cabido pensar, de morderse las uñas y escupir grapas.

—Eh, Maureen, ¿cómo estás?

—Bien —respondió ella—. Me duele un poco la espalda, pero me he traído el ibuprofeno.

—¿Necesitas ayuda?

—Gracias, pero esta es la última habitación, y ya casi he terminado. Dos niñas, un niño. No tardarán en llegar, según se prevé. Esta es la habitación del niño. —Señaló los pósteres y se rio—. Como si no te hubieras dado cuenta ya.

—Bueno, pensaba ir a por un poco de hielo, pero en mi habitación no hay cubo.

—Están apilados en un hueco al lado de la papelera. —Se irguió, se llevó las manos a los riñones e hizo una mueca. Luke oyó crujir su columna vertebral—. Mucho mejor. Te acompañaré.

—Solo si no es un inconveniente.

—Ni mucho menos. Vamos. Puedes empujar el carrito, si quieres.

Mientras recorrían el pasillo, Luke pensó en sus pesquisas acerca del problema de Maureen. Un dato estadístico aterrador en particular destacaba por encima de los demás: los estadounidenses debían más de doce billones de dólares. Dinero gastado pero no ganado, solo prometido. Paradoja que únicamente podía gustarle a un contable. Si bien gran parte de esa deuda correspondía a las hipotecas de viviendas y locales comerciales, una cantidad considerable surgía de esos pequeños rectángulos de plástico que todo el mundo llevaba en bolsos y billeteros: la oxycodona de los consumidores estadounidenses.

Maureen abrió un pequeño armario situado a la derecha de la máquina de hielo.

—¿Puedes sacar uno y así me ahorras tener que agacharme? Algún desconsiderado ha empujado los cubos hasta el fondo.

Luke alargó el brazo. Mientras lo hacía, habló en voz baja.

—Kalisha me contó lo de tu problema con las tarjetas de crédito. Creo que sé cómo resolverlo, pero depende en gran medida de dónde estés empadronada.

—De dónde...

—¿En qué estado vives?

—Yo... —Lanzó una mirada furtiva alrededor—. En principio, no debemos dar ningún dato personal a los residentes. Me costaría el puesto si alguien se enterara. No *solo* el puesto. ¿Puedo confiar en ti, Luke?

—Mantendré la boca cerrada.

—Vivo en Vermont. En Burlington. Ahí es a donde voy en mi semana libre. —En cuanto le dijo eso, pareció desbordarse algo dentro de ella, y las palabras le salieron a borbotones—. Lo primero que debo hacer cuando salgo del trabajo es borrar un montón de llamadas de acreedores del móvil. Y cuando llego a casa, lo mismo con el contestador automático de allí. Ya sabes, el del fijo. Cuando el contestador está lleno, dejan cartas: advertencias, amenazas, en el buzón o por debajo de la puerta. El coche, da igual, que se lo queden, es una tartana, ¡pero ahora hablan de la *casa*! Ya está pagada, y no gracias a él. Liquidé la hipoteca con la bonificación que me dieron aquí al firmar el contrato, por eso vine a trabajar, pero se la quedarán, y se esfumará el... como se llame...

—Patrimonio neto —apuntó Luke en un susurro.

—Exacto, eso. —El color había asomado a sus mejillas cetrinas, Luke no supo si de vergüenza o ira—. Y en cuanto tengan la casa, querrán los ahorros, ¡y ese dinero no es para mí! No es para mí, pero se lo apropiarán igualmente. Eso dicen.

—¿Tantas deudas acumuló ese hombre? —Luke no salía de su asombro. El exmarido debía de ser una máquina de gastar.

—¡Sí!

—Más bajo. —Sostuvo el cubo de plástico con una mano y abrió la máquina de hielo con la otra—. Vermont es un buen sitio. Allí el régimen económico que rige en el matrimonio no es la sociedad de gananciales.

—¿Qué quiere decir eso?

Algo que no quieren que sepas, pensó Luke. Son muchas las cosas que no quieren que sepas. Una vez que te has pegado al papel matamoscas, quieren que sigas ahí. Cogió el cucharón de plástico del interior de la puerta de la máquina de hielo y simuló disgregar trozos de hielo.

—¿A nombre de quién estaban las tarjetas que utilizó, al suyo o al tuyo?

—Al suyo, claro, pero los acreedores siguen reclamándome a mí la deuda, porque todavía estamos legalmente casados, y los números de las cuentas son los mismos.

Luke empezó a llenar el cubo de hielo. Muy despacio.

—Los acreedores sostienen que pueden hacerlo, y suena verosímil, pero no pueden. No legalmente, no en Vermont. No en la mayoría de los estados. Si él utilizaba *sus* tarjetas y su firma aparece en los comprobantes de pago, la deuda es *suya*.

—¡Dicen que es nuestra! ¡De los dos!

—Mienten —afirmó Luke taxativamente—. En cuanto a esas llamadas, ¿las hacen después de las ocho de la tarde?

Bajó la voz y susurró con vehemencia.

—¿Cómo que si después? ¡A veces llaman a las doce de la noche! «¡Pague o el banco le quitará la casa la semana que viene! ¡Un día, cuando vuelva, se encontrará las cerraduras cambiadas y los muebles en el jardín!»

Luke había leído acerca de esas prácticas, y cosas peores. Cobradores de deudas que amenazaban con sacar a padres ancianos de las residencias de la tercera edad. Amenazaban con reclamárselas a hijos adultos jóvenes que

todavía intentaban abrirse paso en la vida. Cualquier cosa con tal de embolsarse su comisión.

—Tienes suerte de estar fuera la mayor parte del tiempo y de que esas llamadas vayan al buzón de voz. ¿Aquí no te dejan llevar encima el móvil?

—¡No, por Dios! ¡No! Lo dejo en el coche, en... Bueno, no aquí. Una vez cambié el número, y consiguieron el nuevo. ¿Cómo se las arreglaron?

Muy fácilmente, pensó Luke.

—No borres esas llamadas. Guárdalas. Tienen la hora grabada. Es ilegal que las agencias de cobro de morosos telefoneen a los clientes (así es como llaman a las personas como tú, clientes) pasadas las ocho de la tarde.

Vació el cubo y empezó a llenarlo otra vez, aún más despacio. Maureen lo miraba con estupefacción y un principio de esperanza, pero Luke apenas se dio cuenta. Estaba absorto en el problema, siguiendo las distintas líneas hasta el punto central, donde esas líneas podían cortarse.

—Necesitas un abogado. Ni se te ocurra ir a uno de esos bufetes oportunistas que se anuncian en la televisión por cable, te sacarán todo lo que puedan y luego te declararán insolvente. No recuperarás nunca tu valoración crediticia. Necesitas un abogado decente de Vermont especializado en condonación, que lo sepa todo sobre la Ley de Prácticas Justas de Cobro de Deudas y odie a esas sanguijuelas. Investigaré un poco y te daré un nombre.

—¿Puedes hacerlo?

—Casi seguro que sí. —Si antes no le quitaban el ordenador, claro—. El abogado tiene que averiguar qué agencias de cobro se ocupan de intentar el recobro. Las que están asustándote y llamándote en plena noche. Los bancos y las compañías emisoras de las tarjetas de crédito no quieren dar los nombres de los esbirros a los que contratan, pero a menos que se revoque la Ley de Deudas Justas (y en Washington hay gente poderosa que lo está intentando), un abogado puede obligarlos a dar esos nombres. La gente que te llama se pasa

de la raya continuamente. Son un puñado de mangantes que trabajan en salas de calderas.

No muy distintos de los que trabajan aquí, pensó Luke.

—¿Qué son salas...?

—Da igual. —Aquello estaba alargándose demasiado—. Un buen abogado experto en condonación irá a los bancos con las cintas de tu contestador automático y les dirá que tienen dos opciones: perdonar las deudas o ir a juicio, acusados de prácticas comerciales ilícitas. A los bancos no les gusta ir a juicio, ni que la gente se entere de que contratan a individuos que están a un paso de los rompepiernas de una película de Scorsese.

—¿Crees que no tengo que pagar? —Maureen parecía aturdida.

Él la miró a la cara, muy pálida, con señales de agotamiento.

—¿Has hecho algo malo?

Ella negó con la cabeza.

—Pero es *tanto* dinero. Él estaba amueblando su propia casa en Albany, comprando estéreos y ordenadores y televisores de pantalla plana. Tiene una querida y le regala cosas. Le gustan los casinos, y eso se ha prolongado durante *años*. Yo, tonta y confiada de mí, no me enteré hasta que ya era demasiado tarde.

—No es demasiado tarde, eso es lo que...

—Hola, Luke.

Luke, sobresaltado, se dio media vuelta y vio a Avery Dixon.

—Hola. ¿Qué tal la cama elástica?

—Bien. Al final aburre. ¿Sabes qué? Me han puesto una inyección y ni siquiera he llorado.

—Bravo por ti.

—¿Quieres ver la tele en el salón hasta la hora de la comida? Tienen Nickelodeon, o eso dice Iris. *Bob Esponja*, *Rusty Rivets* y *Una casa de locos*.

—Ahora no —contestó Luke—, pero ve tú.

Avery los observó aún un momento y después siguió por el pasillo.

Cuando se marchó, Luke se volvió otra vez hacia Maureen.

—No es demasiado tarde, eso es lo que estoy diciendo. Pero tienes que actuar deprisa. Quedemos aquí mañana. Te traeré un nombre. De un buen abogado. Con un buen historial. Te lo prometo.

—Esto... Hijo, esto es demasiado bueno para ser verdad.

A Luke le gustó que le llamara «hijo». Le produjo una sensación de calidez. Absurda, quizá, pero auténtica.

—Pero lo es. Lo que están intentando hacer contigo sí es demasiado *malo* para ser verdad. Ahora tengo que irme. Es casi la hora de comer.

—Esto no lo olvidaré —dijo ella, y le dio un apretón en la mano—. Si puedes...

Se oyó un portazo al fondo del pasillo. De pronto Luke tuvo la certeza de que iba a ver a un par de cuidadores, dos de los malos —Tony y Zeke, quizá—, ir a por él. Lo llevarían a algún sitio y lo interrogarían para descubrir de qué habían hablado Maureen y él, y si no se lo contaba de inmediato, recurrirían a «técnicas de interrogatorio mejoradas» hasta que lo soltara todo. Estaría en apuros, pero los apuros de Maureen tal vez fuesen aún peores.

—Tranquilo, Luke —dijo ella—. Son solo los residentes nuevos.

Cruzaron la puerta tres cuidadores vestidos de rosa. Tiraban de un convoy de camillas. En las dos primeras yacían dos niñas dormidas, las dos rubias. En la tercera iba un chico pelirrojo, una mole. Cabía suponer que era el seguidor de la WWF. Todos dormían.

—¡Ostras, me parece que esas niñas son gemelas! —dijo Luke cuando se acercaron—. ¡Idénticas!

—Tienes razón. Se llaman Gerda y Greta. Ahora ve a comer algo. Tengo que ayudar a esos a acomodar a los nuevos.

Avery, sentado en una de las butacas del salón, balanceaba los pies y comía una barrita de cecina mientras veía las peripecias de Fondo de Bikini.

—Me he ganado dos fichas por no llorar cuando me han pinchado.

—Bien.

—Te doy la otra, si la quieres.

—No, gracias. Guárdatela para más tarde.

—Vale. *Bob Esponja* está bien, pero me gustaría volver a casa. —Aunque Avery no sollozó ni berreó ni nada, las lágrimas empezaron a escapar de las comisuras de sus ojos.

—Sí, a mí también. Córrete un poco.

Avery se desplazó y Luke se sentó a su lado. Estaban muy apretados, pero no importaba. Luke rodeó los hombros de Avery con un brazo y lo estrechó. Avery, en respuesta, apoyó la cabeza en el hombro de Luke, gesto que conmovió a este de un modo que era incapaz de describir y le despertó ganas de llorar también a él.

—¿Sabes qué? Maureen tiene un hijo —informó Avery.

—Ah, ¿sí? ¿Tú crees?

—Seguro. Antes era pequeño, pero ahora es grande. Mayor aún que Nicky.

—Ajá, vale.

—Es un secreto. —Avery no apartó los ojos de la pantalla, donde Patrick discutía con el Señor Cangrejo—. Está ahorrando dinero para él.

—¿En serio? ¿Y eso cómo lo sabes?

Avery lo miró.

—Lo sé, y punto. De la misma manera que sé que tu mejor amigo es Rolf y

que vivías en Wildersmuuuua Drive.

Luke lo miró boquiabierto.

—Dios mío, Avery.

—Soy bueno, ¿eh?

Y Avery, pese a las lágrimas que aún tenía en las mejillas, dejó escapar una risita.

12

Después de comer, George propuso un partido de bádminton tres contra tres: Nicky, Helen y él contra Luke, Kalisha e Iris. George dijo que el equipo de Nicky podía quedarse incluso con Avery de regalo.

—No es un regalo; es un lastre —precisó Helen, y espantó con la mano una nube de mosquitos que la rodeaban.

—¿Qué quiere decir «lastre»? —preguntó Avery.

—Si quieres saberlo, léeme el pensamiento —contestó Helen—. Además, el bádminton es para blandengues que no saben jugar al tenis.

—No eres lo que se dice la alegría de la huerta —comentó Kalisha.

Helen, camino de las mesas de picnic y el armario de juegos, levantó el dedo índice por encima del hombro sin volverse. Y lo movió arriba y abajo. Iris dijo que podían jugar Nicky y George contra Luke y Kalisha; ella haría de árbitro en las bandas. Avery se ofreció a ayudar. Conformes todos con esta solución, comenzó el partido. Cuando iban empatados a diez, la puerta del salón se abrió de golpe y salió el chico nuevo, que casi consiguió andar en línea recta. Se lo notaba aturdido por la droga que fuese que corría por su organismo. También se lo notaba furioso. Luke le calculó un metro ochenta y quizá unos dieciséis años. Tenía una barriga considerable —lo que más

adelante acaso fuese una barriga de bebedor de cerveza—, pero poseía unos trapecios impresionantes, quizá de levantar pesas, y en sus brazos bronceados se dibujaban recios músculos. Pecas y acné le salpicaban las mejillas. Se le veían los ojos enrojecidos e irritados. Era pelirrojo, y el cabello se le erizaba en algunas partes por efecto de la almohada. Todos interrumpieron lo que estaban haciendo para observarlo.

Susurrando sin mover los labios, como un presidiario en el patio de la cárcel, Kalisha dijo:

—Es el Increíble Hulk.

El chico nuevo se detuvo junto a la cama elástica y examinó a los demás. Habló despacio, en ráfagas espaciadas, como si sospechara que aquellos a quienes se dirigía eran seres primitivos con escaso dominio del idioma. Tenía acento sureño.

—¿Qué... coño... es *esto*?

Avery se acercó a él al trote.

—Es el Instituto. Hola, yo soy Avery. ¿Tú cómo te lla...?

El nuevo plantó la base de la mano en la barbilla de Avery y lo empujó. Lo hizo casi distraídamente, no muy fuerte, pero Avery cayó despatarrado en una de las colchonetas que rodeaban la cama elástica y miró al nuevo con expresión de sorpresa y consternación. El nuevo ni se fijó en él, ni en los jugadores de bádminton, ni en Iris, ni en Helen, que se había interrumpido cuando extendía la mano de un solitario. Parecía hablar solo.

—¿Qué... coño... es *esto*?

Lanzó un manotazo a los mosquitos. Al igual que Luke en su primera visita al patio, el nuevo no se había embadurnado de repelente. Los mosquitos no solo volaban en un enjambre; se posaban en él y probaban su sudor.

—Eh, tío —dijo Nicky—. No deberías haber tumbado al Avester de esa manera. Solo pretendía ser amable.

El nuevo prestó por fin atención. Se volvió hacia Nick.

—¿Quién... coño... eres *tú*?

—Nick Wilholm. Ayuda a Avery a levantarse.

—¿Cómo?

Nick adoptó una actitud paciente.

—Tú lo has tumbado, tú lo ayudas a levantarse.

—Ya voy yo —se ofreció Kalisha, y corrió hacia la cama elástica. Se inclinó para coger a Avery por el brazo, y el nuevo la empujó. Ella fue a caer más allá del material esponjoso, en la grava, y se raspó una rodilla.

Nick soltó la raqueta de bádminton, se aproximó al nuevo y se puso en jarras.

—Venga, ayúdalos. Seguro que estás muy desorientado, pero eso no es excusa.

—¿Y si me niego?

Nicky sonrió.

—Entonces te daré de hostias, gordo.

Helen Simms miraba con interés desde la mesa de picnic. George, aparentemente, decidió alejarse a un territorio más seguro, en dirección a la puerta del salón, trazando un amplio círculo en torno al nuevo.

—Si quiere comportarse como un gilipollas, pasa de él —dijo Kalisha a Nicky—. Estamos bien, ¿verdad, Avery? —Lo ayudó a levantarse y empezó a retroceder.

—Claro que sí —contestó Avery, aunque las lágrimas rodaban una vez más por sus carnosos mofletes.

—¿A quién estás llamando gilipollas, zorra?

—Yo diría que a ti —terció Nicky—, porque aquí no hay más gilipollas que tú. —Dio otro paso hacia el nuevo. Luke observaba fascinado el contraste entre ambos. El nuevo era un mazo; Nicky era el filo de una navaja—. Debes

disculpate.

—A la mierda tú y tus disculpas —repuso el nuevo—. No sé qué es este sitio, pero sí sé que no pienso quedarme. Ahora piérdete.

—No vas a ir a ninguna parte. Estás aquí para rato, igual que todos nosotros. —Nicky sonrió sin enseñar los dientes.

—Ya vale, los dos —instó Kalisha.

Tenía el brazo alrededor de los hombros de Avery, y Luke no necesitó telepatía para saber lo que ella pensaba, porque él pensaba lo mismo; el nuevo pesaba al menos veinticinco kilos más que Nicky, o tal vez treinta y cinco, y aunque acarreaba un barrigón considerable, aquellos brazos eran macizos.

—Última advertencia —dijo el nuevo—. Apártate o te dejaré hecho mierda.

George pareció cambiar de idea y, en lugar de marcharse adentro, se encaminó hacia el nuevo, no por detrás sino desde un lado. Era Helen quien se acercaba por detrás, no de prisa, sino con aquel sugerente contoneo que Luke tanto admiraba. Y una sonrisita muy suya.

George apretó los labios y arrugó la frente en un ceño de concentración. Los mosquitos que pululaban alrededor de ambos chicos de pronto se agruparon y se echaron sobre la cara del nuevo como movidos por una ráfaga de viento imperceptible. Se llevó una mano a los ojos para ahuyentarlos. Helen se colocó de rodillas detrás del pelirrojo y Nicky lo empujó. El nuevo cayó de espaldas, parte en la grava, parte en el asfalto.

Helen se puso en pie rápidamente y, riendo y señalando, se alejó dando brincos.

—¡Ajo y agua, grandullón, ajo y agua, ajo y agua!

Con un rugido de rabia, el nuevo empezó a levantarse. Antes de que lo consiguiera, Nicky dio un paso al frente y le asestó un puntapié en el muslo. Fuerte. El nuevo lanzó un grito, se agarró la pierna y encogió las rodillas contra el pecho.

—¡Basta, por Dios! —exclamó Iris—. ¿No tenemos ya suficientes problemas sin necesidad de esto?

El antiguo Luke tal vez habría estado de acuerdo; el nuevo Luke —el Luke del Instituto— no coincidía.

—Ha empezado él. Y a lo mejor se lo merecía.

—¡Os vais a enterar! —El nuevo sollozó—. ¡Os vais a enterar todos, cabrones, eso es juego sucio!

Su cara había adquirido un alarmante color morado rojizo. Luke no pudo por menos de preguntarse si un chico de dieciséis años con exceso de peso podía sufrir un ictus y descubrió —horroroso pero cierto— que le traía sin cuidado.

Nicky apoyó una rodilla en el suelo.

—No nos vamos a enterar de una mierda —dijo—. Y ahora más te vale que me escuches, gordo. Tu problema no somos nosotros. Tu problema son *ellos*.

Luke miró alrededor y vio a tres cuidadores, hombro con hombro, ante la puerta del salón: Joe, Hadad y Gladys. Hadad no mantenía ya una actitud cordial y la sonrisa de plástico de Gladys había desaparecido. Los tres empuñaban unos artefactos negros con cables. Aún no intervenían, pero estaban preparados. Porque uno no permitía que los animales de ensayo se hicieran daño entre sí, pensó Luke. Eso no se acepta. Los animales de ensayo son valiosos.

—Ayúdame con este capullo, Luke —dijo Nicky.

Luke se echó al hombro uno de los brazos del nuevo. Nick hizo lo mismo con el otro. El chico tenía la piel caliente y untuosa a causa del sudor. Jadeaba entre los dientes apretados. Juntos, Luke y Nicky lo pusieron en pie.

—¿Nicky? —preguntó Joe—. ¿Todo en orden? ¿Ha pasado ya la pelotera?

—Ha pasado —respondió Nicky.

—Más vale —dijo Hadad.

Gladys y él volvieron a entrar. Joe permaneció donde estaba, con el artefacto negro todavía en la mano.

—No hay ningún problema —aseguró Kalisha—. En realidad, no era una pelotera, solo una pequeña...

—Desavenencia —completó Helen.

—Ese chico no tenía mala intención —añadió Iris—; solo estaba alterado. —Su voz destilaba bondad sincera y Luke se avergonzó un poco de su propia satisfacción cuando Nicky asestó un puntapié al nuevo en la pierna.

—Voy a vomitar —anunció el nuevo.

—En la cama elástica, no —advirtió Nicky—. La utilizamos. Venga, Luke. Ayúdame a llevarlo hasta la valla.

El nuevo empezó a tener arcadas; el voluminoso vientre se le sacudía. Luke y Nicky lo condujeron hacia la valla que separaba el patio del bosque. Llegaron justo a tiempo. El nuevo apoyó la cabeza en la alambrada y vomitó a través de la malla, devolviendo los últimos restos de lo que fuese que había comido en el exterior, cuando era un chico libre en lugar del chico nuevo.

—Uf —dijo Helen—. Alguien ha comido crema de maíz, qué asquerosidad.

—¿Estás mejor? —preguntó Nicky.

El nuevo asintió.

—¿Has terminado?

El nuevo negó con la cabeza y volvió a vomitar, esta vez con menor violencia.

—Creo... —Se aclaró la garganta, y salpicó de pringue.

—¡Dios! —exclamó Nicky, y se enjugó la mejilla—. Vaya, vaya, si me mojas, me das una toalla.

—Creo que voy a desmayarme.

—Qué va —dijo Luke. En realidad no estaba muy seguro de eso, pero pensó que era mejor mantener una actitud positiva—. Ven a la sombra.

Lo llevaron hasta una mesa de picnic. Kalisha se sentó a su lado y le dijo que bajara la cabeza. Él obedeció sin rechistar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Nicky.

—Harry Cross. —Se le habían pasado las ganas de pelea. Se le notaba exhausto y humillado—. Soy de Selma. Está en Alabama. No sé cómo he llegado aquí ni qué está pasando ni *nada*.

—Podemos contarte alguna que otra cosa —anunció Luke—, pero tienes que dejarte de chorradas. Tienes que comportarte. Este sitio ya es bastante malo sin que nos peleemos entre nosotros.

—Y tienes que pedirle perdón a Avery —añadió George. En ese momento no parecía en absoluto el payaso de la clase—. Por ahí empieza lo de comportarse.

—Da igual —dijo Avery—. No me ha hecho daño.

Kalisha no le prestó atención.

—Pídele perdón.

Harry Cross alzó la vista. Se pasó la mano por la cara enrojecida y poco agraciada.

—Perdóname por tirarte al suelo, niño. —Miró alrededor a los demás—. ¿Vale?

—Medio vale. —Luke señaló a Kalisha—. A ella también.

Harry dejó escapar un suspiro.

—Perdona, como te llames.

—Me llamo Kalisha. Si entablamos una relación más cordial, cosa que por el momento no parece muy probable, puedes llamarme Sha.

—Pero no la llames nunca «compi» —dijo Luke.

George se rio y le dio una palmada en la espalda.

—Como tú digas —masculló Harry. Se limpió algo del mentón.

—Ahora que se han acabado las emociones —dijo Nicky—, ¿por qué no

terminamos el maldito partido de bád...?

—Hola, niñas —saludó Iris—. ¿Queréis venir aquí?

Luke se volvió. Joe había desaparecido. Donde antes estaba él, vio a dos niñas rubias. Iban cogidas de la mano y tenían idénticas expresiones de terror y aturdimiento. En ellas todo era idéntico, excepto las camisetas, una verde y la otra roja.

—Vamos —dijo Kalisha—. No pasa nada. Se acabó el problema.

Ojalá fuera verdad, pensó Luke.

13

A las cuatro menos cuarto de esa tarde, Luke seguía leyendo en su habitación sobre abogados de Vermont especializados en la Ley de Prácticas Justas de Cobro de Deudas. Hasta el momento nadie le había preguntado por qué le interesaba tanto ese tema en particular. Tampoco le habían preguntado por el Hombre Invisible de H. G. Wells. Supuso que podía idear algún tipo de prueba para averiguar si lo tenían controlado —buscar en Google formas de suicidio probablemente serviría—, pero al final decidió que sería un disparate. ¿Para qué despertar a la fiera? Y como en esencia su vida actual poco cambiaría, probablemente fuera mejor no saberlo.

Llamaron enérgicamente a la puerta. Esta se abrió antes de que él pudiera dar permiso para entrar. Era una cuidadora, alta y morena, y, según la placa de identificación que llevaba prendida en la casaca rosa, se llamaba PRISCILLA.

—Lo de los ojos, ¿no? —preguntó Luke a la vez que apagaba el portátil.

—Sí. Vamos. —Ni sonrisa ni humor alegre. Después de Gladys, Luke lo consideró un alivio.

Regresaron al ascensor y bajaron a la planta C.

—¿Hay muchos pisos hacia abajo? —preguntó Luke.

Priscilla lo miró de soslayo.

—No es cosa tuya.

—Era solo por...

—Pues déjalo. Cállate.

Luke se calló.

De nuevo en su ya conocida habitación C-17, sustituía a Zeke un técnico en cuya placa se leía BRANDON. También se hallaban presentes dos hombres trajeados, uno con un iPad y el otro con una tablilla sujetapapeles. No llevaban placas de identificación, así que Luke dedujo que eran médicos. Uno era altísimo y su barriga no tenía nada que envidiar a la de Harry Cross. Dio un paso al frente y le tendió la mano.

—Hola, Luke. Soy el doctor Hendricks, jefe de Operaciones Médicas.

Luke se limitó a observar la mano ofrecida, sin el menor deseo de estrechársela. Estaba aprendiendo todo tipo de conductas nuevas. A su manera horrenda, resultaba interesante.

El doctor Hendricks soltó una risa extraña, semejante a un rebuzno, mitad espiración, mitad inhalación.

—No hay problema, ningún problema. Este es el doctor Evans, a cargo de Operaciones Oftalmológicas. —Dejó escapar nuevamente su rebuzno espirado-inhalado, así que Luke concluyó que «Operaciones Oftalmológicas» era humor médico de algún tipo.

El doctor Evans, un hombre de baja estatura e historiado bigote, no rio el chiste ni sonrió siquiera. Tampoco tendió la mano a Luke para que se la estrechara.

—Así que eres uno de nuestros nuevos reclutas. Bienvenido. Toma asiento, por favor.

Luke obedeció. Sentarse en la silla era sin duda mejor que estar inclinado

sobre ella con el trasero al descubierto y en alto. Además, estaba casi seguro de en qué consistía aquello. Le habían examinado la vista antes. En las películas, el niño prodigio raro siempre llevaba gafas de lentes gruesas, pero Luke conservaba una visión perfecta, al menos de momento. Se sintió relativamente tranquilo hasta que Hendricks se acercó a él con otra aguja hipodérmica. Al verla, se le cayó el alma a los pies.

—No te preocupes, es solo otro pinchazo rápido. —Hendricks rebuznó de nuevo, enseñando sus dientes de conejo—. Inyecciones a montones, como en el ejército.

—Claro, porque soy un recluta —dijo Luke.

—Correcto, totalmente correcto. No te muevas.

Luke aceptó la inyección sin rechistar. No notó la repentina sensación de calor de la vez anterior, pero enseguida empezó a ocurrir otra cosa. Algo grave. Cuando Priscilla se inclinó para aplicarle una de aquellas tiritas transparentes, comenzó a ahogarse.

—No puedo... —«Tragar», era lo que quería decir, pero fue incapaz. Se le había cerrado la garganta.

—Estás bien —aseguró Hendricks—. Se te pasará. —Eso resultó alentador, pero el otro médico se acercaba con un tubo, que, por lo visto, pretendía introducir en la garganta de Luke si era necesario. Hendricks le apoyó una mano en el hombro—. Dale unos segundos.

Luke los miró con cara de desesperación, la saliva le resbalaba por la barbilla, convencido de que esos serían los últimos rostros que vería... y de pronto se le abrió la garganta. Tomó una gran bocanada de aire.

—¿Lo ves? —dijo Hendricks—. Todo en orden. Jim, no hace falta intubar.

—¿Qué...? ¿Qué me han hecho?

—Nada. Estás bien.

El doctor Evans entregó a Brandon el tubo de plástico y ocupó el lugar de

Hendricks. Enfocó los ojos de Luke con una luz y luego midió la distancia entre ellos con una regla pequeña.

—¿No llevas lentes correctoras?

—¡Quiero saber qué era eso! ¡No podía *respirar*! ¡No podía *tragar*!

—Estás bien —repitió Evans—. Tragando como el que más. Recuperando el color. Ahora dime: ¿llevas lentes correctoras o no?

—No —contestó Luke.

—Bien. Estupendo. Mira al frente, por favor.

Luke miró la pared. La sensación de haber olvidado cómo respirar desapareció. Brandon bajó una pequeña pantalla blanca y después atenuó las luces.

—Mantén la vista al frente —indicó el doctor Evans—. Si desvías la mirada una sola vez, Brandon te dará un bofetón. Si desvías la mirada una segunda vez, te dará una descarga eléctrica, de bajo voltaje pero muy dolorosa. ¿Entendido?

—Sí —respondió Luke. Tragó saliva. Sin problema. Se notaba la garganta normal, pero el corazón le latía muy deprisa aún—. ¿Está enterado de esto el colegio de médicos?

—Tienes que estar callado —instó Brandon.

Allí «callado» parecía la posición por defecto, pensó Luke. Se dijo que lo peor había pasado, que aquello ya era solo una prueba de visión, que otros chicos la habían superado y estaban bien, pero siguió tragando saliva, comprobando que sí, que en efecto podía. Proyectarían la tabla optométrica, él la leería, y aquello habría terminado.

—Al frente —casi arrulló Evans—. Los ojos en la pantalla y en ningún otro sitio.

Empezó a sonar música clásica, de violines. Pretendía resultar tranquilizadora, supuso Luke.

—Priss, enciende el proyector —ordenó Evans.

En lugar de la tabla optométrica, vio un punto azul en medio de la pantalla. Palpitaba ligeramente, como un corazón. Debajo apareció un punto rojo, que lo llevó a acordarse de HAL: «Lo siento, Dave». Siguió uno verde. Los puntos rojo y verde palpitaron en sincronía con el azul y, de repente, los tres comenzaron a apagarse y encenderse. Aparecieron más, primero uno a uno, después de dos en dos, por último a docenas. Pronto atestaban la pantalla centenares de puntos intermitentes de colores.

—Mira la pantalla —dijo Evans—. La *pantaaalla*. A ningún otro sitio.

—O sea, si no los veo por mi cuenta, ¿los proyectan ustedes? ¿Como quien enciende una mecha? Eso no...

—Cállate. —Esta vez era Priscilla.

Los puntos empezaron a arremolinarse. Se perseguían desenfrenadamente por la pantalla unos a otros, algunos trazando en apariencia una espiral, otros agrupados, otros formando círculos que se elevaban y descendían y se entrecruzaban. El sonido de los violines se aceleró y la suave melodía clásica se convirtió en una especie de contradanza. Los puntos ya no solo se movían; se habían convertido en una valla publicitaria electrónica de Times Square con los circuitos quemados y el consiguiente colapso nervioso. Luke comenzó a sentirse como si él mismo estuviera al borde de un colapso nervioso. Se acordó de Harry Cross vomitando a través de la alambrada y supo que eso mismo iba a pasarle a él si seguía mirando esos puntos de colores con sus delirantes vaivenes, y no quería vomitar, el vómito acabaría en su regazo, acabaría...

Brandon lo abofeteó, de pleno y con fuerza. Sonó como si un petardo pequeño hubiera estallado cerca y lejos al mismo tiempo.

—Mira la pantalla, compi.

Algo caliente le corría por el labio superior. El hijo de puta no solo me ha

pegado en la mejilla sino también en la nariz, pensó Luke, pero no parecía tener gran importancia. Esos puntos rotatorios se le metían en la cabeza, le invadían el cerebro como una encefalitis o una meningitis. *Alguna* itis, en todo caso.

—Vale, Priss, apaga —indicó Evans, pero ella no debía de haberlo oído, porque los puntos no desaparecieron.

Se expandían y contraían, cada expansión mayor que la anterior: se dilataban y se encogían, se dilataban y encogían. Se volvían tridimensionales, salían de la pantalla, avanzaban rápidamente hacia él, retrocedían, avanzaban, retrocedían...

Pensó que Brandon hacía un comentario sobre Priscilla, pero debió de ser dentro su cabeza, ¿o no? ¿Y gritaba alguien? En tal caso, ¿era él?

—Buen chico, Luke, muy bien, lo estás haciendo bien. —La voz de Evans, un zumbido lejano. Procedente de un dron situado a gran altura en la estratosfera. Quizá del otro lado de la luna.

Más puntos de colores. Ya no se restringían a la pantalla, estaban en las paredes, se arremolinaban en el techo, a su alrededor, dentro de él. Se le ocurrió, en los últimos segundos antes de desvanecerse, que estaban *sustituyendo* a su cerebro. Vio que sus propias manos se alzaban entre los puntos de luz, vio que los puntos corrían y saltaban por su piel, cobró consciencia de que estaba zarandeándose en la silla.

Intentó decir me está dando un ataque, me están matando, pero de su boca no salió más que un patético gorgoteo. De pronto los puntos desaparecieron y Luke estaba cayéndose de la silla, precipitándose en la oscuridad, y era un alivio. Dios, qué alivio.

Recobró el conocimiento a bofetadas. No fuertes, no como la que había hecho que le sangrase la nariz (si es que eso había ocurrido), pero tampoco caricias precisamente. Abrió los ojos y descubrió que se hallaba tendido en el suelo. Era otra sala. Priscilla estaba arrodillada junto a él. Era ella quien le propinaba las bofetadas. Brandon y los dos médicos, de pie a un lado, observaban. Hendricks aún sujetaba el iPad y Evans, la tablilla sujetapapeles.

—Está despierto —informó Priscilla—. ¿Puedes levantarte, Luke?

Luke no sabía si podía o no. Hacía cuatro o cinco años había contraído unas anginas y le había subido mucho la fiebre. En ese momento se sentía como entonces, igual que si la mitad de él hubiese abandonado el cuerpo y ascendido a la atmósfera. Tenía mal sabor de boca, y el sitio donde le habían administrado la última inyección le escocía de mala manera. Conservaba aún muy viva la sensación que había experimentado al hinchársele y cerrársele la garganta, lo horrible que había sido.

Brandon no dio a Luke ocasión de probar la estabilidad de sus piernas; se limitó a agarrarlo del brazo y ponerlo en pie de un tirón. Luke se quedó allí inmóvil, tambaleante.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Hendricks.

—Luke... Lucas... Ellis. —Daba la impresión de que las palabras no salían de su boca, sino de la mitad escindida de él que flotaba por encima de su cabeza. Estaba cansado. Le palpitaba la cara a causa de los repetidos bofetones y le dolía la nariz. Alzó una mano (se elevó lentamente, como a través del agua), se frotó la piel sobre el labio y, sin sorprenderse, se miró las escamas de sangre seca adheridas al dedo—. ¿Cuánto tiempo he pasado inconsciente?

—Sentadlo —ordenó Hendricks.

Brandon lo sujetó de un brazo y Priscilla, del otro. Lo llevaron a una silla

(una silla de cocina normal y corriente, sin correas, gracias a Dios), situada ante una mesa. Evans ocupaba otra silla de cocina en el lado opuesto. Tenía ante sí un mazo de cartas. Eran del tamaño de libros de bolsillo, con el dorso de color azul, sin adornos.

—Quiero volver a mi habitación —dijo Luke. Aún le parecía que la voz no le salía de la boca, pero sonaba un poco más cerca. Quizá—. Quiero acostarme. Me encuentro mal, tengo náuseas.

—La desorientación se te pasará —aseguró Hendricks—, aunque puede que lo más sensato sea que te saltes la cena. Ahora quiero que prestes atención al doctor Evans. Tenemos que hacerte una pequeña prueba. En cuanto acabemos, puedes volver a tu habitación y, esto, iniciar la... descompresión.

Evans cogió la primera carta y la miró.

—¿Qué es?

—Una carta —dijo Luke.

—Ahórrate los chistes para tu canal de YouTube —terció Priscilla, y lo abofeteó. Aplicó mucha más fuerza que cuando pretendía despertarlo.

A Luke empezó a zumbarle el oído, pero al menos se le despejó un poco la cabeza. Miró a Priscilla y no vio la menor vacilación. Ni pesar. Cero empatía. Nada. Luke se dio cuenta de que no lo consideraba un niño en absoluto. En su mente había establecido una distinción drástica. Él era un sujeto de estudio. Uno lo obligaba a hacer lo que quería y, si no obedecía, le administraba lo que los psicólogos llamaban «refuerzo negativo». ¿Y cuando terminaban las pruebas? Uno se iba a la sala de descanso a tomar un café y un brioche con pasas y hablaba de sus hijos (que eran niños de verdad) o se despachaba a gusto sobre política, deportes o lo que fuera.

Pero ¿acaso él no lo sabía ya? Suponía que sí, solo que saber una cosa y sentir en la piel el enrojecimiento provocado por esa realidad eran dos cosas distintas. Luke preveía que llegaría el día —y no faltaba mucho— en que se

encogería cada vez que alguien levantara una mano abierta ante él, aunque fuera solo para estrechársela o chocar los cinco.

Evans dejó la carta cuidadosamente a un lado y cogió otra del mazo.

—¿Y esta, Luke?

—¡Ya se lo he dicho, no lo sé! ¿Cómo voy a saber qué...?

Priscilla lo abofeteó de nuevo. Esta vez el zumbido fue más intenso, y Luke se echó a llorar. No pudo evitarlo. Había pensado que el Instituto era una pesadilla, pero esa situación era la verdadera pesadilla, estar medio fuera de su cuerpo, tener que contestar a preguntas sobre el contenido de unas cartas y recibir bofetadas cuando decía que no lo sabía.

—Inténtalo, Luke —le dijo Hendricks al oído que no le zumbaba.

—Quiero volver a mi habitación. Estoy *cansado*. Y tengo náuseas.

Evans dejó la segunda carta a un lado y cogió una tercera.

—¿Qué es?

—Se equivocan —dijo Luke—. Yo soy TQ, no TP, a lo mejor Kalisha podría decirle qué aparece en esas cartas, y Avery seguro que puede, ¡pero yo no soy TP!

Evans cogió una cuarta carta.

—¿Qué es? No más bofetadas. Dímelo o esta vez Brandon te dará una descarga con su bastón eléctrico, y te dolerá. Probablemente no tendrás otro ataque, aunque no lo descarto, así que dime, Luke, ¿qué es?

—¡El puente de Brooklyn! —gritó—. ¡La Torre Eiffel! ¡Brad Pitt en esmoquin, un perro cagando, las Quinientas Millas de Indianápolis, *no lo sé!*

Esperó la descarga del bastón eléctrico, una especie de taser, supuso. Quizá crepitara o quizá produjera un zumbido. Quizá no emitiera sonido alguno, y se limitase a sacudirse y caer al suelo, entre convulsiones y babeando. Pero Evans dejó la carta a un lado e indicó a Brandon que retrocediera. Luke no sintió alivio.

Pensó: Ojalá estuviera muerto. Muerto y fuera de aquí.

—Priscilla —dijo Hendricks—, acompaña a Luke a su habitación.

—Sí, doctor. Bran, ayúdame a llevarlo hasta el ascensor.

Para cuando llegaron allí, Luke se sentía recuperado, su mente otra vez en marcha. ¿De verdad habían apagado el proyector? ¿Y él *seguía* viendo los puntos?

—Se han equivocado. —Luke tenía la boca y la garganta muy secas—. No soy lo que llaman ustedes TP. Lo saben, ¿no?

—Lo que tú digas —respondió Priscilla con indiferencia—. Ya nos veremos, Bran, ¿de acuerdo?

Brandon sonrió.

—Cuenta con ello.

De pronto se volvió hacia Luke, cerró el puño y lo lanzó contra su rostro. Lo detuvo a un par de centímetros de su nariz, pero Luke se encogió y chilló. Brandon se rio con ganas y Priscilla le dirigió una sonrisa indulgente, como diciendo: «los chicos chicos son».

—Trátala bien, Luke —dijo Brandon, y se alejó por el pasillo de la planta C con cierto pavoneo, golpeteando el bastón eléctrico enfundado contra su cadera.

De regreso en el pasillo principal —lo que Luke había pasado a identificar el ala de los residentes—, encontraron a las niñas pequeñas, Gerda y Greta, de pie, con los ojos muy abiertos y expresión de miedo. Estaban cogidas de la mano y se aferraban a muñecas tan idénticas como lo eran ellas. Recordaron a Luke a las gemelas de una antigua película de terror.

Priscilla lo acompañó hasta su puerta y se alejó sin decir nada. Luke entró, vio que no se habían llevado el portátil y se desplomó en la cama sin descalzarse siquiera. Durmió durante las cinco horas siguientes.

La señora Sigsby esperaba cuando el doctor Hendricks, alias Donkey Kong, entró en la pequeña suite privada contigua a su despacho. Estaba sentada en el exiguo sofá. Él le entregó una carpeta.

—Sé que es usted devota de las copias en papel, así que aquí tiene. Le será de gran utilidad.

Ella no la abrió.

—No me será de utilidad ni grande ni pequeña, Dan. Estas son sus pruebas, sus experimentos secundarios, y por lo que se ve, no están dando resultado.

Él apretó la mandíbula en un gesto de obstinación.

—Agnes Jordan. William Gortsen. Veena Patel. Otros dos o tres cuyos nombres ahora no recuerdo. Donna no sé qué más. Tuvimos resultados positivos con todos ellos.

La señora Sigsby suspiró y se atusó el cabello ralo. Hendricks pensó que la Siggers tenía cara de pájaro: nariz afilada en lugar de pico, pero los mismos ojillos de mirada ávida. Cara de pájaro y cerebro de burócrata. Recalcitrante, de hecho.

—Y otros muchos rosa, a docenas, con los que no ha obtenido el menor resultado.

—Quizá sea verdad, pero piénselo —dijo él, porque lo que en realidad deseaba decir (¿Cómo puedes ser tan tonta?) le acarrearía innumerables problemas—. Si la telepatía y la telequinesia guardan relación, como parecen indicar mis experimentos, puede haber otras aptitudes psíquicas latentes esperando a aflorar. Lo que estos niños pueden hacer, incluso los de más talento, tal vez sea solo la punta del iceberg. ¿Y si la sanación psíquica es una posibilidad real? ¿Y si el glioblastoma, el tumor que costó la vida a John

McCain, pudiera curarse mediante el poder de la mente sin más? ¿Y si esas aptitudes pudieran canalizarse con el objetivo de alargar la vida, quizá hasta los ciento cincuenta años o incluso más? ¡El uso que les estamos dando no tiene por qué ser el final; podría ser solo el principio!

—Ya he oído todo eso antes —repuso la señora Sigsby—. Y lo he leído en lo que usted se complace en llamar su «declaración de intenciones».

Pero tú no lo entiendes, pensó él. Tampoco Stackhouse. Evans sí, más o menos, pero ni siquiera él ve el enorme potencial.

—No es que ese Ellis o Iris Stanhope sean especialmente valiosos —continuó él—. No los llamamos rosa porque sí. —Emitió un *pse-pse* e inclinó la mano a uno y otro lado.

—Eso era más cierto hace veinte años que hoy día —contestó la señora Sigsby—. Incluso hace diez.

—Pero...

—Ya basta, Dan. ¿Ha dado señales Ellis de TP o no?

—No, pero ha seguido viendo las luces después de que se apagara el proyector, lo que, según creo, es un indicador. Un indicador *firme*. Después, por desgracia, ha sufrido un ataque. Lo cual no es nada fuera de lo común, como ya sabe.

Ella suspiró.

—No me opongo a que continúe ensayando con las luces de Stasi, Dan, pero tiene que mantener las cosas en perspectiva. Nuestra misión prioritaria es preparar a los residentes para la Mitad Trasera. Eso es lo importante, el objetivo principal. Los efectos secundarios no nos preocupan demasiado. La dirección no está interesada en el equivalente psíquico del Regaine.

Hendricks dio un respingo, como si lo hubiera golpeado.

—No puede decirse que un fármaco para la hipertensión que, como se vio, servía también para hacer crecer el pelo en el cráneo de urbanitas calvos de

zonas residenciales esté a la misma altura que un procedimiento que podría cambiar el curso de la existencia humana.

—Quizá no —dijo ella—, y quizá si sus ensayos hubieran producido resultados más frecuentes, las personas que pagan nuestros salarios y yo mostraríamos más entusiasmo. Pero ahora lo único que tiene es unos cuantos casos positivos al azar.

Él abrió la boca para protestar, pero la cerró de nuevo al ver que ella le dirigía su mirada más amenazadora.

—De momento puede usted seguir con sus pruebas, pero confórmese con eso. Más le vale, teniendo en cuenta que hemos perdido a varios niños como consecuencia de ellas.

—Rosa —precisó él, y repitió su despectivo sonido: *pse-pse*.

—Actúa como si abundaran, Dan —dijo ella—. Quizá en otro tiempo era así, pero ya no. Ya no. Entretanto, aquí tiene una carpeta para usted.

Era una carpeta roja. Llevaba un sello en el que se leía TRASLADO.

16

Cuando Luke entró en el salón aquella noche, encontró a Kalisha sentada en el suelo con la espalda apoyada contra uno de los grandes ventanales que daban al patio. Bebía a sorbos de una de las pequeñas botellas de alcohol que podían adquirirse en la máquina de los tentempiés.

—¿Tú tomas eso? —preguntó al tiempo que se sentaba junto a ella.

En el patio, Avery y Helen jugaban en la cama elástica. Al parecer, ella le enseñaba a hacer la voltereta hacia delante. Pronto anochecería y tendrían que entrar. El patio nunca se cerraba, pero no había luces, lo que en general los disuadía de las visitas nocturnas.

—Es la primera vez. Me he gastado todas las fichas. Sabe fatal. ¿Quieres?
—Le tendió la botella de algo llamado Twisted Tea.

—Paso. Sha, ¿por qué no me habías dicho que la prueba de las luces era tan horrible?

—Llámame Kalisha. Solo tú me llamas así, y me gusta. —Arrastraba mínimamente las palabras. No podía haber bebido más que unos tragos del té alcohólico, pero Luke supuso que no estaba acostumbrada.

—De acuerdo. Kalisha. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Ella se encogió de hombros.

—Te obligan a mirar esas luces de colores en movimiento hasta que te mareas un poco. ¿Por qué te parece tan horrible eso? —Lo pronunció como *ezo*.

—¿De verdad? ¿Eso lo es único que te pasó?

—Sí. ¿Por qué? ¿A *ti* qué te ha pasado?

—Primero me han puesto una inyección y he tenido una reacción. Se me ha cerrado la garganta. Por un momento he pensado que me moría.

—Ah. A mí me pusieron la inyección antes de la prueba, pero no me pasó nada. Lo siento, Lukey.

—Eso ha sido solo la primera parte horrible. Cuando miraba las luces me he desmayado. He tenido un ataque, creo. —También había mojado los pantalones un poquito, pero se guardó esa información para él—. Y al despertar... —Se interrumpió para recobrar el control. No estaba dispuesto a llorar delante de esa chica guapa de preciosos ojos castaños y lustroso cabello negro—. Al despertar, me han dado de bofetadas.

Ella irguió la espalda.

—¿*Cómo* dices?

Él asintió con la cabeza.

—Luego uno de los médicos... Evans, ¿lo conoces?

—El del bigotito. —Kalisha arrugó la nariz y tomó otro sorbo.

—Sí, ese. Tenía unas cartas, y me ha pedido que le dijera qué aparecía en ellas. No he parado de pensar en eso desde que me he despertado, y creo que eran cartas para experimentos de percepción extrasensorial. Tenían que serlo. Tú me hablaste de ellas, ¿recuerdas?

—Claro. Me han hecho esa prueba una decena de veces. *Dos* decenas. Pero no después de las luces. A mí solo me llevaron a mi habitación. —Tomó otro sorbo—. Se les habrán traspapelado los expedientes. Habrán pensado que eres TP en lugar de TQ.

—Eso he pensado yo al principio y se lo he dicho, pero han seguido abofeteándome. Como si pensarán que fingía.

—Eso es la mayor chifladura que he oído —dijo ella. *Oíó* en lugar de «oído».

—Creo que es porque yo no soy lo que llamáis posi. Soy corriente. Nos llaman «niños rosa corrientes».

—Sí. Rosa. Eso es.

—¿Y los otros niños? ¿Les ha pasado algo parecido?

—No se lo he preguntado nunca. ¿Seguro que no quieres un poco de esto?

Luke cogió la botella y dio un trago, más que nada para que ella no se lo bebiera todo. A su juicio, ya había tomado más que suficiente. Sabía tan mal como preveía. Se la devolvió.

—¿Quieres saber qué estoy celebrando?

—¿Qué?

—Iris. En recuerdo de ella. Es como tú, nada especial, solo un poco TQ. Han venido a llevársela hace una hora. Y como diría George, no la veremos nunca más.

Se echó a llorar. Luke la rodeó con los brazos. No se le ocurrió qué otra cosa hacer. Ella se lo permitió y apoyó la cabeza en su hombro.

Aquella noche volvió a acceder a la web de Mr. Griffin, introdujo la dirección del *Star Trib* y se quedó mirándola fijamente durante casi tres minutos antes de volver atrás sin pulsar intro. Cobarde, pensó. Soy un cobarde. Si están muertos, debería averiguarlo. Solo que no sabía cómo afrontar esa noticia sin desmoronarse por completo. Además, ¿de qué le serviría?

Optó por teclear «abogados deuda Vermont». Eso ya lo había investigado, pero se dijo que verificar la información era siempre una buena idea. Y así mataría el tiempo.

Al cabo de veinte minutos cerró el ordenador, y se planteaba dar un paseo y ver quién rondaba por allí (Kalisha sería su primera elección, si no estaba durmiendo la mona) cuando reaparecieron los puntos de colores. Se arremolinaron ante sus ojos y el mundo empezó a alejarse. A apartarse poco a poco, como un tren al salir de la estación mientras él observaba desde el andén.

Apoyó la cabeza en el portátil cerrado y respiró hondo muy despacio repetidas veces, diciéndose que aguantara, que aguantara, que aguantara sin más. Diciéndose que se le pasaría, sin permitirse preguntarse qué ocurriría de no ser así. Al menos podía tragar. Tragaba con normalidad y, al final, esa sensación de que se escindía de sí mismo e iba a la deriva —a la deriva hacia un universo de luces arremolinadas— acabó por remitir. No supo cuánto tiempo había durado, quizá solo un minuto o dos, pero se le antojó mucho más.

Entró en el cuarto de baño y se cepilló los dientes, mirándose en el espejo mientras lo hacía. Podían saber lo de los puntos, probablemente sabían lo de los puntos, pero no lo otro. Desconocía cuál era la ilustración de la primera

tarjeta, también la de la tercera, pero en la segunda salía un niño en bicicleta, y en la cuarta, un perro pequeño con una pelota en la boca. Un perro negro, una pelota roja. Por lo visto, finalmente sí era TP.

O lo era entonces.

Se enjuagó la boca, apagó la luz, se desnudó en la oscuridad y se tendió en la cama. Esas luces lo habían cambiado. Ellos sabían que podía ocurrir, pero no estaban seguros. Y Luke ignoraba cómo podía llegar a tener la certeza de que así era, pero...

Él era un sujeto de ensayo, quizá lo eran todos, pero a los TP y a los TQ de bajo nivel —los rosa— los sometían a más pruebas. ¿Por qué? ¿Porque eran menos valiosos? ¿Más prescindibles si las cosas se torcían? Luke no estaba seguro, pero lo consideraba probable. Los médicos pensaban que el experimento con las cartas había fracasado. Mejor así. Esa gente era mala, y ocultar secretos a la gente mala tenía que ser bueno, ¿no? Sin embargo, sospechaba que las luces tal vez tuvieran alguna finalidad aparte de desarrollar las aptitudes de los rosa, porque los TP y los TQ más fuertes, como Kalisha y George, también se veían sometidos a esa prueba. ¿Cuál podía ser esa otra finalidad?

No lo sabía. Solo sabía que los puntos habían desaparecido, y Iris había desaparecido y los puntos quizá volvieran, pero Iris nunca volvería. Iris había pasado a la Mitad Trasera y no la verían nunca más.

A la mañana siguiente, en el desayuno, había nueve niños, pero, con la ausencia de Iris, la conversación fue escasa y no hubo risas. George Iles no contó ningún chiste. Helen Simms se limitó a desayunar cigarrillos de

chocolate. Harry Cross se sirvió una montaña de huevos revueltos del bufet libre y los engulló (junto con beicon y patatas fritas) sin apartar la vista del plato, como un hombre entregado a su trabajo. Las niñas pequeñas, Greta y Gerda Wilcox, no comieron nada hasta que apareció Gladys, con su radiante sonrisa, y las convenció de que comieran unos bocados. Las gemelas parecieron animarse con sus atenciones e incluso rieron un poco. Luke pensó en llevárselas aparte más tarde y decirles que no se fiaran de esa sonrisa, pero las asustaría, ¿y de que serviría?

«De qué serviría» se había convertido en otro mantra y reconoció que era una mala forma de pensar, un paso más en el camino hacia la aceptación de ese lugar. No quería llegar a eso, no quería llegar a eso de ninguna manera, pero la lógica era la lógica. Si las G pequeñas hallaban consuelo en las atenciones de la G grande, quizá fuese lo mejor, aunque cuando pensaba en esas niñas sometidas al termómetro rectal... y a las luces...

—¿A ti qué te pasa? —preguntó Nicky—. Cualquiera diría que has mordido un limón.

—Nada. Estaba pensando en Iris.

—Es agua pasada, tío.

Luke lo miró.

—Eso es frialdad.

Nicky se encogió de hombros.

—La verdad suele ser fría. ¿Te apetece salir a jugar al burro?

—No.

—Vamos. Te doy una letra de ventaja e incluso te llevo yo a caballo al final.

—Paso.

—¿Te rajas? —preguntó Nicky sin rencor.

Luke negó con la cabeza.

—Es solo que me sentiría mal. Jugaba a eso con mi padre. —Se oyó hablar

en pasado y lo aborreció.

—Vale, lo entiendo. —Miró a Luke con una expresión que este apenas pudo soportar, en especial por venir de Nicky Wilholm—. Escucha, tío...

—¿Qué?

Nicky suspiró.

—Si cambias de idea, estoy ahí fuera.

Luke salió del comedor, recorrió su pasillo —el pasillo del póster UN DÍA COMO OTRO EN EL PARAÍSO— y después el otro, en el que ya pensaba como el pasillo de la máquina de hielo. No vio ni rastro de Maureen, así que siguió caminando. Pasó por delante de más pósteres motivacionales y más habitaciones, nueve a cada lado. Todas las puertas estaban abiertas, mostrando camas sin hacer y paredes despojadas de pósteres. Así los cuartos parecían lo que realmente eran: celdas para niños. Dejó atrás el anexo del ascensor y continuó andando entre más habitaciones. Ciertas conclusiones resultaban ineludibles. Una era que en otro tiempo el Instituto contaba con más «residentes». A menos que los responsables de aquello fuesen extremadamente optimistas.

Al final Luke llegó a otro salón, donde el bedel llamado Fred deslizaba por el suelo una pulidora en pasadas amplias y lánguidas. Allí las máquinas de tentempiés y refrescos estaban vacías y desenchufadas. Fuera no había patio de recreo, solo una superficie de grava, más alambradas y, al otro lado, bancos (cabía suponer que para miembros del personal que deseaban tomarse un respiro fuera). A unos setenta metros, se veía el edificio de administración, bajo y verde. La guarida de la señora Sigsby, quien le había dicho que él estaba allí para prestar un servicio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Fred.

—Solo estoy dando una vuelta —contestó Luke—. Viendo los lugares de interés.

—Aquí no hay ningún lugar de interés. Vuelve por donde has venido. Juega con los otros niños.

—¿Y si no quiero? —Sonó más patético que desafiante, y Luke lamentó haber despegado los labios.

Fred llevaba un walkie-talkie en una cadera y un bastón eléctrico en la otra. Tocó este último.

—Vete. No te lo diré dos veces.

—Vale. Buenos días, Fred.

—A la mierda con tus «Buenos días». —La pulidora se puso de nuevo en marcha.

Luke retrocedió, maravillado por la rapidez con que se habían venido abajo todos sus supuestos tácticos sobre los adultos: para empezar, que eran amables contigo si tú lo eras con ellos. Procuró no mirar hacia el interior de todas aquellas habitaciones vacías al pasar por delante. Eran horripilantes. ¿Cuántos niños habrían vivido allí? ¿Qué les habría ocurrido al pasar a la Mitad Trasera? ¿Y dónde estaban en ese momento? ¿En sus casas?

—Y una mierda —murmuró, y deseó que su madre estuviese allí para regañarle por utilizar esa palabra. No tener a su padre cerca era malo. No tener a su madre era como si le arrancasen una muela.

Cuando llegó al pasillo de la máquina de hielo, vio la cesta Dandux de Maureen aparcada delante de la habitación de Avery. Asomó la cabeza, y ella le dirigió una sonrisa mientras alisaba la colcha de la cama del Avester.

—¿Todo bien, Luke?

Una pregunta estúpida, aunque Luke sabía que lo decía con buena intención; el hecho de que lo supiera podía tener algo que ver o no con el espectáculo lumínico del día anterior. En ese momento Maureen tenía peor color y se le marcaban más las arrugas en torno a la boca. Luke pensó: Esta mujer no está bien.

—Claro. ¿Y tú?

—Muy bien. —Mentía. Aquello no le pareció una corazonada ni una impresión; le pareció un hecho inequívoco—. Salvo por este, Avery, que anoche mojó la cama. —Suspiró—. No ha sido el primero ni será el último. Afortunadamente no ha calado hasta el colchón. En fin, Luke, cuídate. Que tengas un buen día.

Lo miraba a los ojos con expresión esperanzada. Solo que Luke no veía esa esperanza en sus ojos, sino detrás de ellos. Volvió a pensar: Me han cambiado. No sé cómo ni cuánto, pero sí, me han cambiado. Se ha añadido algo nuevo. Se alegraba mucho de haber mentido en la prueba de las cartas. Y se alegraba mucho de que se hubieran tragado la mentira. Al menos de momento.

Hizo ademán de ir a cruzar la puerta, pero de pronto se volvió.

—Creo que voy a coger un poco más de hielo. Ayer me llevé unas cuantas bofetadas y me duele la cara.

—Cógelo, hijo. Cógelo.

Ese «hijo» volvió a reconfortarlo. Hizo que quisiera sonreír.

Fue a por el cubo, que seguía en su habitación, vació el agua en el lavabo del cuarto de baño y se lo llevó a la máquina de hielo. Allí estaba Maureen, con el trasero apoyado en la pared de hormigón, las manos en las espinillas, casi a la altura de los tobillos. Luke corrió hacia ella, pero Maureen lo tranquilizó con un gesto.

—Solo estoy estirando la espalda. Descontracturo.

Luke abrió la puerta de la máquina de hielo y cogió la pala. No podía entregarle una nota, como había hecho Kalisha con él, porque, pese a que tenía un portátil, no tenía ni papel ni boli. Ni siquiera un trozo de lápiz. Quizá fuera algo bueno. Allí las notas eran peligrosas.

—Leah Fink, en Burlington —musitó mientras recogía hielo con la pala—. Rudolf Davis, en Montpelier. Los dos tienen cinco estrellas en Legal Eagle. Es

una web jurídica dirigida a los consumidores. ¿Recordarás los nombres?

—Leah Fink, Rudolf Davis. Dios te bendiga, Luke.

Luke sabía que debía dejarlo ya, pero sentía curiosidad. Siempre había sido curioso. Así que, en lugar de marcharse, golpeó el hielo, como para disgregarlo. No era en absoluto necesario, pero producía un ruido gratificante.

—Dijo Avery que el dinero que estás ahorrando es para un niño. Ya sé que no es asunto mío...

—El pequeño Dixon es de los que lee el pensamiento, ¿no? Y debe ser de los poderosos, moje la cama o no. En su hoja de ingreso no hay punto rosa.

—Sí, lo es. —Luke siguió removiendo el hielo con la pala.

—Pues ha acertado. Lo di en adopción a la parroquia, a mi hijo, justo después de que naciera. Yo quería quedármelo, pero el pastor y mi madre me lo quitaron de la cabeza. El perro con el que me casé no quería niños, así que es el único que tuve. ¿De verdad te interesa esto, Luke?

—Sí. —Le interesaba, pero hablar demasiado tal vez fuera mala idea. Quizá no pudieran oír, pero podían ver.

—Cuando empecé a tener dolores de espalda, se me ocurrió que debía saber qué había sido de él, y lo averigüé. En principio, las autoridades del Estado no deben decir dónde acaban los bebés, pero la parroquia mantiene el registro de adopciones desde 1950, y conseguí la contraseña del ordenador. El pastor la tiene justo debajo del teclado en la casa parroquial. Mi niño está a solo dos pueblos del sitio donde vivo, en Vermont. Este año acaba el instituto. Quiere ir a la universidad. También me enteré de eso. Mi hijo quiere ir a la universidad. Para eso es el dinero, no para pagar las facturas de ese sucio perro.

Se enjugó los ojos con la manga en un gesto rápido y casi furtivo.

Luke cerró el compartimento del hielo y se irguió.

—Cuídate la espalda, Maureen.

—Lo haré.

Pero ¿y si era cáncer? Eso era lo que pensaba ella, Luke lo sabía.

Maureen le tocó el hombro cuando ya se daba la vuelta y se inclinó hacia él. Tenía mal aliento. El aliento propio de una persona enferma.

—Ni siquiera tiene que saber de dónde ha salido el dinero, mi hijo. Pero lo necesita. Y una cosa, Luke. En adelante haz lo que te digan. *Todo* lo que te digan. —Vaciló—. Y si quieres hablar con alguien de algo, hazlo aquí.

—Pensaba que había otros sitios donde...

—Hazlo aquí —repitió ella, y se marchó por donde había venido empujando su cesta.

19

Cuando Luke regresó al patio, vio, para su sorpresa, que Nicky jugaba al burro con Harry Cross. Se reían, embestían e increpaban como si fueran amigos desde el parvulario. Helen y Avery, sentados a una mesa de picnic, jugaban a guerra con dos barajas. Luke se sentó a su lado y preguntó quién ganaba.

—Cuesta decirlo —contestó Helen—. Avery me ha ganado la partida anterior, pero esta está muy muy emocionante.

—Ella piensa que esto es un tostón, pero dice eso por amabilidad —aclaró Avery—. ¿No, Helen?

—Pues sí, pequeño mentalista, así es. Y después pasaremos al Slap Jack. No te gustará porque pego *fuerte*.

Luke miró alrededor y sintió una repentina punzada de preocupación. Provocó la aparición de un escuadrón de puntos espectrales delante de sus ojos, visto y no visto.

—¿Dónde está Kalisha? ¿No se la habrán...?

—No, no, no se la han llevado a ningún sitio. Está duchándose.

—A Luke le gusta —anunció Avery—. Le gusta *mucho*.

—¿Avery?

—¿Qué, Helen?

—De algunas cosas es mejor no hablar.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo, y sanseacabó. —De pronto desvió la mirada. Se deslizó una mano por el cabello bicolor, tal vez para disimular un temblor en la boca. Si fue así, no lo consiguió.

—¿Qué pasa? —preguntó Luke.

—¿Por qué no se lo preguntas al pequeño mentalista? Él lo ve todo, lo sabe todo.

—Le han metido un termómetro por el trasero —explicó Avery.

—Uf —dijo Luke.

—Exacto —convino Helen—. Joder, qué degradante.

—Denigrante —añadió Luke.

—Pero también deleitable y delicioso —dijo Helen, y de pronto los dos se echaron a reír. Helen tenía lágrimas en los ojos, pero la risa risa era, y poder reírse allí era un tesoro.

—No lo pillo —dijo Avery—. ¿Cómo puede ser deleitable y delicioso que te metan un termómetro por el trasero?

—Es delicioso si lo lames cuando sale —contestó Luke, y los tres se desternillaron.

Helen dio una palmada en la mesa y las cartas salieron volando.

—Ay, Dios, que me meo. ¡Horror, no miréis! —exclamó, y apretó a correr. Estuvo a punto de arrollar a George cuando salía zampándose una tartaleta de mantequilla de cacahuete.

—¿De qué va? —preguntó George.

—Se ha meado —contestó Avery con toda naturalidad—. Yo me meé en la cama anoche, así que la comprendo.

—Gracias por la información —dijo Luke con una sonrisa—. Ve a jugar al burro con Nicky y con el nuevo.

—¿Estás loco? Son muy grandes, y Harry me empujó una vez.

—Entonces vete a saltar a la cama elástica.

—Eso ya me aburre.

—Ve a saltar de todas formas. Quiero hablar con George.

—¿Sobre las luces? ¿Qué luces?

Este niño pone los pelos de punta, joder, pensó Luke.

—Ve a saltar, Avester. Haz un par de volteretas hacia delante para que te vea.

—Y procura no romperte el cuello —añadió George—. Pero si te lo rompes, cantaré «You Are So Beautiful» en tu funeral.

Avery fijó la mirada en George un momento y a continuación dijo:

—Pero odias esa canción.

—Sí —confirmó George—. Así es. A lo que acabo de decir se lo conoce como sátira. O quizá ironía. Siempre las confundo. Ahora vete. Pinta un bosque y piérdete.

Lo observaron alejarse penosamente hacia la cama elástica.

—Ese niño tiene diez años y, excepto por el rollo de la percepción extrasensorial, actúa como si tuviera seis —dijo George—. ¿Hay que estar muy jodido para eso?

—Bastante jodido. ¿Tú cuantos tienes?

—Trece —respondió George, taciturno—. Pero últimamente me siento como si tuviera cien. Oye, Luke, dicen que nuestros padres están bien. ¿Tú te lo crees?

Era una pregunta delicada. Al final Luke dijo:

—No... exactamente.

—Si pudieras comprobarlo, ¿lo harías?

—No lo sé —contestó Luke con sinceridad.

—Yo no —declaró George—. Bastantes cosas tengo ya en la cabeza. Si me enterara de que están, ya me entiendes, me vendría abajo. Pero no puedo dejar de preguntármelo. Ni un momento.

Yo podría averiguarlo por ti, pensó Luke. Podría averiguarlo por los dos. Estuvo a punto de inclinarse y susurrárselo al oído. Luego pensó que George, como él mismo había dicho, ya tenía bastantes cosas en la cabeza.

—Oye, esa prueba de los ojos, ¿te la han hecho?

—Claro. A todo el mundo. De la misma manera que a todos nos meten el termómetro por el culo o pasamos por los electroencefalogramas y electrocardiogramas y resonancias y pollas en vinagre, además de los análisis de sangre y las pruebas de reflejos y todas las demás cosas maravillosas que te esperan, Lukey.

Luke se planteó preguntar a George si había seguido viendo los puntos después de que apagaran el proyector y lo descartó.

—¿Tuviste un ataque? Porque yo sí.

—Qué va. Me sentaron a una mesa y el médico del bigote, el muy gilipollas, hizo unos trucos de cartas.

—Te preguntó qué aparecía en ellas, ¿a eso te refieres?

—Sí, a eso. Pensé que eran cartas de Zener, y tenían que serlo. Un par de años antes de venir a parar a este encantador agujero del infierno, me hicieron pruebas con una de esas barajas. Fue cuando mis padres llegaron a la conclusión de que realmente podía mover cosas de un lado a otro si las miraba. En cuanto vieron que no estaba fingiendo solo para asustarlos, que no se trataba de una de mis bromitas, quisieron averiguar que más me pasaba, así que me llevaron a Princeton, donde tienen algo que llaman Investigación de

Anomalías. O llamaban. Me parece que lo cerraron.

—¿Anomalías? ¿En serio?

—Sí. Queda más científico que Investigación de Fenómenos Paranormales, supongo. En realidad forma parte de la facultad de Ingeniería de Princeton, aunque cueste creerlo. Un par de estudiantes de posgrado me hicieron la prueba de las cartas de Zener, pero prácticamente no acerté ni una. Ese día ni siquiera fui capaz de mover gran cosa. A veces pasa. —Se encogió de hombros—. Probablemente pensaron que era un farsante, y a mí, plin. O sea, un buen día soy capaz de tumbar una columna de cubos solo con pensar en ellos, pero eso no me convierte en Superman ni me servirá nunca para conseguir tías. ¿Estás de acuerdo?

Como alguien cuyo gran truco consistía en tirar una bandeja de pizza de la mesa en un restaurante sin tocarla, Luke estaba de acuerdo.

—¿Y te abofetearon?

—Me llevé una, un buen tortazo —respondió George—. Por intentar hacer un chiste. Me lo soltó esa bruja, la tal Priscilla.

—Ya la he conocido. Desde luego, es una bruja.

Esa era una palabra que su madre detestaba más que «joder» y, al decirla, Luke volvió a echarla de menos.

—Y no supiste qué aparecía en las cartas.

George lo miró con extrañeza.

—Soy TQ, no TP. Como tú. ¿Cómo iba a saberlo?

—No, ya me imagino.

—Como ya me habían hecho la prueba con las cartas de Zener en Princeton, me arriesgué a decir cruz, luego estrella y luego líneas onduladas. Priscilla me dijo que dejara de mentir y, cuando Evans miró la siguiente, le dije que era una foto de las tetas de Priscilla. Fue *entonces* cuando ella me dio el bofetón. Después me dejaron volver a mi habitación. Para ser te sincero, no los vi muy

interesados. Era más bien como si comprobaran detalles para cubrir el expediente.

—Puede que en realidad no esperasen nada —aventuró Luke—. A lo mejor eras solo un sujeto de control.

George se echó a reír.

—Tío, yo aquí no controlo una mierda. ¿De qué estás hablando?

—De nada. Déjalo. ¿Volvieron a aparecer? ¿Las luces, quiero decir? ¿Esos puntos de colores?

—No. —Eso picó la curiosidad a George—. ¿En tu caso sí?

—No. —De pronto Luke se alegró de que Avery no estuviera allí, confiando en que la radio cerebral del niño fuese de onda corta—. Solo... *tuve* un ataque, o eso me pareció, y temí que *podieran* volver.

—No le veo sentido a este sitio —comentó George, aún más taciturno—. Por fuerza tiene que ser una instalación gubernamental, pero... mi madre compró un libro, ¿vale? No mucho antes de llevarme a Princeton. *Historias y camelos paranormales*, se titulaba. Yo también lo leí. Había un capítulo sobre experimentos del Estado acerca de las cosas que podemos hacer nosotros. La CIA llevó a cabo algunos en los años cincuenta. Relacionados con la telepatía, la telequinesia, la precognición, e incluso la levitación y el teletransporte. Utilizaron LSD. Y obtuvieron ciertos resultados, pero nada extraordinario. — Se inclinó hacia delante, sus ojos azules fijos en los verdes de Luke—. Y eso somos nosotros, tío: nada extraordinario. ¿Se supone que vamos a dominar el mundo al servicio de Estados Unidos moviendo paquetes de galletas saladas, y solo si están vacías, o pasando las hojas de un libro?

—Podrían enviar a Avery a Rusia —dijo Luke—. Él podría decirles qué ha desayunado Putin, y si lleva boxers o slips.

Eso arrancó una sonrisa a George.

—En cuanto a nuestros padres... —empezó a decir Luke, pero en ese

momento Kalisha se acercó corriendo y preguntó quién quería jugar al balón prisionero.

Resultó que todos querían.

20

Aquel día Luke no tenía ninguna prueba, excepto la de su propia fortaleza interior, y en esa falló de nuevo. Accedió otras dos veces al *Star Tribune*, y las dos se echó atrás, aunque la segunda lanzó una ojeada al titular, relacionado con un individuo que había atropellado a un grupo de personas con una furgoneta para demostrar la convicción de sus creencias religiosas. Era espantoso, pero al menos ocurría fuera del recinto del Instituto. El mundo exterior seguía ahí y, dentro del Instituto como mínimo, algo había cambiado: en la pantalla de bienvenida del ordenador ahora salía su nombre en lugar del de la desaparecida Donna.

Tarde o temprano tendría que buscar noticias sobre sus padres. Eso lo sabía y ya entendía a la perfección el viejo dicho de que la mejor noticia es que no haya noticias.

Al día siguiente lo llevaron de nuevo a la planta C, donde un técnico llamado Carlos le extrajo tres ampollas de sangre, le puso una inyección (sin reacción) y después lo hizo entrar en un retrete y orinar en un vaso. Luego Carlos y una celadora ceñuda, una tal Winona, lo acompañaron a la planta D. Winona tenía fama de ser de las malas, y Luke no trató siquiera de entablar conversación con ella. Lo llevaron a una sala amplia donde había un tubo de resonancia magnética que debía de costar un dineral.

«Por fuerza tiene que ser una instalación gubernamental», había dicho George. De ser así, ¿qué pensarían los contribuyentes acerca de cómo se

gastaban los dólares de sus impuestos? Luke supuso que, en un país donde la gente se quejaba del Gran Hermano incluso cuando se le imponían obligaciones insignificantes como tener que llevar casco en moto o solicitar un permiso para portar un arma oculta, la respuesta era que no lo verían con muy buenos ojos.

Los esperaba otro técnico, pero antes de que Carlos y él pudieran introducir a Luke en el tubo, entró como una flecha el doctor Evans, le examinó el brazo en la zona del último pinchazo y dictaminó: «de chipén». A saber qué quería decir eso. Preguntó a Luke si había sufrido algún otro ataque o desmayo.

—No.

—¿Y las luces de colores? ¿Se han repetido? ¿Quizá mientras hacías ejercicio, quizá mientras mirabas la pantalla del ordenador, quizá mientras apretabas en el váter? Eso significa...

—Sé lo que significa. No.

—No me mientas, Luke.

—No miento. —Se preguntó si la resonancia magnética revelaría que era un embustero.

—Vale, bien.

De bien nada, pensó Luke. Está usted decepcionado. Cosa que me alegra.

Evans anotó algo en su tablilla.

—Adelante, señora y señores, adelante —Y volvió a salir como una flecha, como un conejo blanco que llegase tarde a una cita muy importante.

El técnico de resonancia —DAVE, según la placa— preguntó a Luke si era claustrofóbico.

—Probablemente también sabes qué significa eso.

—No lo soy —dijo Luke—. Estar encerrado es lo único que me produce fobia.

Dave era un hombre de mediana edad, prácticamente calvo, con gafas y

aspecto serio. Parecía un contable. Aunque, claro, Adolf Eichmann también lo parecía.

—Es solo porque si tienes... claustrofobia, o sea, puedo darte un Valium. Está autorizado.

—No hace falta.

—Deberías tomarlo igualmente —sugirió Carlos—. Vas a pasar ahí mucho rato, intermitentemente, y así la experiencia te resultará más agradable. Incluso puede que te duermas, aunque hace mucho ruido. Golpetazos y triquitraque, ya sabes.

Luke ya lo sabía. En realidad nunca había estado dentro de un tubo de resonancia magnética, pero había visto muchas series de médicos.

—Paso.

Después del almuerzo (servido por Gladys), sin embargo, se tomó el Valium, en parte por curiosidad, en parte por aburrimiento. Ya lo habían sometido a tres tandas en el tubo de resonancia y, según Dave, quedaban otras tres. Luke no se molestó en preguntar en qué consistía la prueba, qué buscaban o qué esperaban encontrar. La respuesta habría sido algo así como «no es asunto tuyo». Dudaba que ellos mismo lo supieran.

Con el Valium se sintió como si flotara, como en un sueño, y durante la última tanda en el tubo se adormeció pese al sonoro golpeteo que producía la máquina al registrar las imágenes. Cuando apareció Winona para llevarlo de regreso a la planta de la residencia, el efecto del Valium se le había pasado y solo se sentía atontado.

Ella se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de fichas. Cuando se las entregó, una cayó al suelo y rodó.

—Recoge esa, manazas.

Luke la recogió.

—Has tenido un día agotador —dijo ella, y de hecho sonrió—. ¿Por qué no

te compras algo de beber? Ponte cómodo. Relájate. Yo recomiendo vino, un Harveys Bristol Cream.

Era una mujer de mediana edad, suficiente para tener un hijo de la edad de Luke. Quizá dos. ¿Les habría hecho a ellos una recomendación parecida? Eh, has tenido un día complicado en el colegio, ¿por qué no te pones cómodo y tomas un combinado antes de ponerte con los deberes? Pensó en decírselo, seguramente lo peor que podía hacerle era darle una bofetada, pero...

—¿De qué serviría?

—¿Eh? —Lo miraba con expresión ceñuda—. De qué serviría ¿qué?

—Todo —dijo él—. Todo, Winnie.

No le apetecía tomar nada con alcohol; ni Harveys Bristol Cream, ni Twisted Tea, ni siquiera Stump Jump Grenache, nombre en el que quizá estuviera pensando John Keats cuando dijo que tal o cual cosa «se considera tan romántica como esa luna de poniente en tu menguante cinta de la noche».

—Te conviene vigilar esa lengua, Luke.

—Haré lo posible.

Se guardó las fichas en el bolsillo. Le pareció que eran nueve en total. Daría tres a Avery y tres a cada una de las gemelas Wilcox. Suficientes para tentempiés, insuficientes para nada de lo otro. Para sí, en ese momento solo deseaba un gran cargamento de proteínas y carbohidratos. Le traía sin cuidado qué hubiera esa noche en el menú, siempre y cuando fuera abundante.

A la mañana siguiente Joe y Hadad lo llevaron de nuevo a la planta C, donde lo obligaron a tomar una solución de bario. Tony se quedó al lado con el bastón eléctrico, dispuesto a administrar una descarga si Luke expresaba la

menor disconformidad. En cuanto apuró hasta la última gota, lo condujeron a un cubículo del tamaño del retrete de un área de descanso de autopista y le hicieron una radiografía. Hasta ahí todo fue bien, pero cuando salió del cubículo, le dio un retortijón y se dobló por la cintura.

—No vomites en el suelo —advirtió Tony—. Si vas a hacerlo, utiliza el lavabo del rincón.

Demasiado tarde. El desayuno a medio digerir salió de Luke en forma de puré de barío.

—Mierda. Ahora vas a fregarlo y, cuando acabes, quiero que el suelo esté tan limpio que se pueda comer en él.

—Ya me encargo yo —se ofreció Hadad.

—Y una mierda. —Tony no lo miró ni levantó la voz, pero Hadad dio un respingo de todos modos—. Tú puedes traer el cubo y la fregona. El resto es trabajo de Luke.

Hadad fue en busca de los utensilios de limpieza. Luke consiguió llenar el cubo en el lavabo del rincón, aunque todavía tenía ¡retortijones, y los brazos le temblaban de tal modo que habría sido incapaz de bajar el cubo otra vez sin derramar el agua jabonosa por todas partes. Joe lo hizo por él y le susurró al oído:

—Aguanta, chaval.

—Tú dale la fregona —instó Tony, y Luke entendió, conforme a su nueva manera de entender las cosas, que el bueno de Tones estaba disfrutando.

Luke limpió y escurrió. Tony examinó su trabajo, lo declaró inaceptable y le ordenó que lo repitiera. Los retortijones habían remitido, y esa vez pudo levantar y bajar el cubo él solo. Hadad y Joe, sentados, hablaban del posible resultado del encuentro entre los Yankees y los San Diego Padres, por lo visto sus equipos preferidos. De camino al ascensor, Hadad le dio una palmada en la espalda y le dijo:

—Lo has hecho bien, Luke. ¿Tienes unas cuantas fichas para él, Joey? A mí se me han acabado.

Joe le entregó cuatro.

—¿Para qué son esas pruebas? —preguntó Luke.

—Para muchas cosas —contestó Hadad—. No te preocupes por eso.

Lo que quizá fue, pensó Luke, el consejo más estúpido que le habían dado en la vida.

—¿Saldré de aquí algún día?

—Por supuesto —respondió Joe—. Aunque no recordarás nada.

Mentía. Tampoco esa vez estaba leyéndole el pensamiento, al menos no tal como Luke había imaginado siempre esa facultad: oír palabras en la mente (o verlas, como en la cinta al pie de la pantalla en un noticiario de la televisión por cable); sencillamente lo *sabía*, de manera tan innegable como la gravedad o la irracionalidad de la raíz cuadrada de dos.

—¿Cuántas pruebas más me harán?

—Ah, te tendremos ocupado —respondió Joe.

—Pero tú no vomites en el suelo que tiene que pisar Tony Fizzale —advirtió Hadad, y se rio con ganas.

Cuando Luke llegó a su habitación, una nueva mujer de la limpieza pasaba la aspiradora por el suelo. JOLENE, según su placa, rondaba los veinte años y era regordeta.

—¿Dónde está Maureen? —preguntó Luke, aunque lo sabía de sobra.

Era la semana libre de Maureen, y a su regreso tal vez no trabajara en esa parte del Instituto, al menos durante un tiempo. Confiaba en que estuviera en

Vermont resolviendo el lío en que la había metido su marido fugado, pero la echaría de menos; aunque supuso que tal vez la viera en la Mitad Trasera cuando le llegara el turno de pasar allí.

—Mo-Mo se ha ido a hacer una película con Johnny Depp —contestó Jolene—. Una de esas de piratas que les gustan a todos los niños. Hace el papel de la calavera de la bandera. —Se rio y añadió—: ¿Por qué no sales de aquí hasta que acabe?

—Porque quiero acostarme. No me encuentro bien.

—Ah, búa, búa, búa —dijo Jolene—. Estáis todos de lo más mimados. Tenéis quien os limpie la habitación, quien os prepare la comida, tenéis vuestra propia tele... ¿Te crees que yo tenía tele en la habitación cuando era pequeña? ¿O un baño para mí sola? Tenía tres hermanas y dos hermanos, y todos nos peleábamos por entrar.

—Pero nosotros tenemos que tomar bario y después vomitarlo. ¿Le gustaría probarlo?

Cada vez hablo más como Nicky, pensó Luke, y bueno, ¿qué hay de malo en eso? Está bien tener modelos positivos que imitar.

Jolene se volvió hacia él y blandió el brazo de la aspiradora.

—¿Quieres ver qué se siente si te doy en la cabeza con esto?

Luke se marchó. Recorrió lentamente los pasillos que comunicaban las distintas zonas de la residencia, deteniéndose en dos ocasiones para apoyarse en la pared, asaltado de nuevo por los retortijones. Al menos la frecuencia e intensidad disminuían. Poco antes de llegar al salón vacío, con su vista del edificio de administración, entró en una de las habitaciones desocupadas, se tendió en el colchón y se durmió. Por primera vez despertó sin esperar ver la casa de Rolf Destin por la ventana de su cuarto.

En su opinión, era un paso en la dirección correcta.

A la mañana siguiente le administraron una inyección, luego lo conectaron a unos monitores para el control del ritmo cardíaco y la presión arterial y, bajo la supervisión de Carlos y Dave, lo hicieron correr en una cinta. La aceleraron hasta que, ya jadeante, corrió peligro de caerse por el extremo. Las lecturas se reproducían en el pequeño panel del aparato y, poco antes de que Carlos redujera la velocidad, Luke vio que el indicador de la presión arterial marcaba 170.

Mientras tomaba un vaso de zumo de naranja y recobraba el aliento, entró un calvo corpulento que se quedó apoyado en la pared, de brazos cruzados. Vestía un traje marrón, de aspecto caro, y una camisa blanca sin corbata. Examinó a Luke con sus ojos oscuros, de arriba abajo, desde la cara enrojecida y sudorosa hasta las zapatillas nuevas.

—Según me han contado, das muestras de una adaptación lenta, jovencito —dijo—. Quizá Nick Wilholm tenga algo que ver con eso. No es alguien a quien debas emular. Conoces el significado de esa palabra ¿no? ¿Emular?

—Sí.

—Ese chico es insolente y grosero con hombres y mujeres que solo pretenden hacer su trabajo.

Luke calló. Era siempre lo más seguro.

—No te dejes influir por su actitud, ese es mi consejo. Mi *firme* consejo. Y reduce al mínimo tus interacciones con el personal de servicio.

Al oír eso, Luke sintió una punzada de alarma, pero enseguida cayó en la cuenta de que el calvo no hablaba de Maureen. Se refería a Fred, el bedel. Luke lo supo perfectamente, pese a que solo se había dirigido a Fred una vez y, en cambio, había hablado en varias ocasiones con Maureen.

—Una cosa más: no te acerques ni al Salón Oeste ni a las habitaciones vacías. Si quieres dormir, lo haces en tu propia habitación. Procura que tu estancia aquí sea lo más agradable posible.

—En este sitio no hay nada agradable —repuso Luke.

—Opina lo que quieras —dijo el calvo—. Como sin duda ya habrás oído decir, las opiniones son como los culos: cada cual tiene la suya. Pero creo que eres lo bastante inteligente para saber que existe una gran diferencia entre que no haya nada agradable y que haya algo *desagradable*. Tenlo presente.

Se marchó.

—¿Quién era ese? —preguntó Luke.

—Stackhouse —contestó Carlos—. El responsable de seguridad del Instituto. No quieres tenerlo a malas.

Dave se acercó a Luke con una aguja hipodérmica.

—Tengo que sacarte un poco más de sangre, compi. Será solo un momento. Pórtate bien, ¿eh?

24

Después de la cinta de andar y de la última extracción de sangre, pasaron un par de días sin pruebas, al menos para Luke. Le administraron dos inyecciones —una de las cuales le provocó un intenso escozor por todo el brazo durante una hora—, pero nada más. Las gemelas Wilcox empezaron a adaptarse, sobre todo a partir del momento en que se hicieron amigas de Harry Cross. Él era TQ y se jactaba de su capacidad para mover muchas cosas, pero, según Avery, eran cuentos chinos.

—Tiene incluso menos poder que tú, Luke.

Luke alzó la vista al techo.

—No seas *tan* diplomático, Avery, no vayas a hacerte daño.

—¿Qué quiere decir «diplomático»?

—Gástate una ficha y búscalo en tu ordenador.

—Lo siento, Dave, eso no me es posible —dijo Avery en una sorprendente imitación de la voz deferentemente siniestra de HAL 9000 y se rio.

Harry trataba bien a Greta y a Gerda, eso era innegable. Cada vez que las veía, asomaba a su rostro una amplia sonrisa de bobalicón. Se ponía en cuclillas, abría mucho los brazos, y ellas corrían hacia él.

—No estará intentando camelárselas con malas intenciones, ¿verdad? —preguntó Nicky una mañana en el patio mientras observaba a Harry vigilar a las G en la cama elástica.

—Uj, qué asco —dijo Helen—. Tú has visto muchas películas en Lifetime, el canal de televisión por cable.

—No —intervino Avery. Estaba comiéndose un Choco Pop y tenía el bigote teñido de marrón—. No quiere... —Se llevó las manos diminutas al trasero y meneó la cadera.

Al verlo, Luke pensó que ese era un buen ejemplo de lo que tenía de malo la telepatía. Uno sabía demasiado, y demasiado pronto.

—Uj —repitió Helen, y se tapó los ojos—. No me obligues a desear ser ciega, Avester.

—Él tenía cocker spaniels —dijo Avery—. En su casa. Ahora esas niñas son como sus... ya me entendéis... hay una palabra.

—Sustitutas —apuntó Luke.

—Sí, eso.

—No sé cómo trataba Harry a sus perros —dijo Nicky a Luke más tarde ese día durante el almuerzo—, pero esas niñas lo manejan a él como quieren. Es como si alguien les hubiera regalado una muñeca nueva, una pelirroja y barriguda. Fíjate.

Las gemelas, sentadas a los lados de Harry, le daban trozos de pastel de carne de sus platos.

—A mí me parece bastante mono —comentó Kalisha.

Nicky le sonrió, con una de esas sonrisas que le iluminaban toda la cara (y que ese día incluía un ojo a la virulé, cortesía de algún miembro del personal).

—Cómo no, Sha.

Ella le devolvió la sonrisa y Luke sintió un amago de celos. Una estupidez, dadas las circunstancias... y sin embargo lo sintió.

25

Al día siguiente Priscilla y Hadad acompañaron a Luke en su primera visita a la planta E. Allí le pusieron una vía de algo que, según Priscilla, lo relajaría un poco. Lo que hizo fue dejarlo como un tronco. Cuando despertó, temblando y desnudo, tenía vendados el abdomen y la pierna y el costado derechos. Otra médica —RICHARDSON, según la placa de la bata blanca— se hallaba inclinada sobre él.

—¿Cómo te encuentras, Luke?

—¿Qué me han hecho? —Intentó gritar, pero solo logró emitir un gruñido ahogado. Además, le habían introducido algo por la garganta. Probablemente un tubo respiratorio. Ya demasiado tarde, se cubrió la entrepierna con las manos ahuecadas.

—Solo te hemos tomado unas muestras. —La doctora Richardson se quitó el gorro quirúrgico con dibujo de turquesas y liberó una cascada de cabello oscuro—. No te hemos sacado un riñón para venderlo en el mercado negro, si es lo que te preocupa. Notarás un dolor leve, sobre todo entre las costillas, pero se te pasará. Entretanto, tómate esto. —Le entregó un frasco marrón sin

etiqueta que contenía algunos comprimidos.

Se marchó. Entró Zeke con su ropa.

—Vístete cuando creas que puedes hacerlo sin caerte. —Había una silla, pero Zeke, siempre tan considerado, tiró la ropa al suelo.

Al cabo de un rato, Luke fue capaz de recogerla y vestirse. Priscilla —en esta ocasión con Gladys— lo acompañó de regreso a la planta de la residencia. Era de día cuando lo llevaron abajo, pero en ese momento ya había oscurecido. Quizá fuera tarde, pero no lo sabía, porque tenía totalmente jodida la noción del tiempo.

—¿Puedes llegar solo hasta tu habitación? —preguntó Gladys. Sin la amplia sonrisa de costumbre: quizá no era aplicable en el turno de noche.

—Sí.

—Pues adelante. Tómame un par de pastillas. Es Oxycontin. Calma el dolor y, además, te hará sentir bien. Un extra. Por la mañana estarás perfectamente.

Recorrió el pasillo, tendió la mano hacia el pomo de la puerta de su habitación y de pronto se detuvo. Había alguien llorando. Se oía en las inmediaciones de aquel absurdo póster, el de la leyenda UN DÍA COMO OTRO EN EL PARAÍSO, lo que significaba que probablemente procedía de la habitación de Kalisha. Vaciló un momento: prefería no saber por qué lloraba y, desde luego, no se sentía capaz de consolar a nadie. Así y todo era ella y, por tanto, se acercó a la puerta y llamó con delicadeza. Como no obtuvo respuesta, hizo girar el pomo y asomó la cabeza.

—¿Kalisha?

Estaba tendida boca arriba y se tapaba los ojos con las manos.

—Vete, Luke. No quiero que me veas así.

Estuvo a punto de hacer lo que le pedía, pero no era eso lo que ella quería. En lugar de irse, entró y se sentó a su lado.

—¿Qué pasa?

Pero eso también lo sabía. Solo que desconocía los detalles.

26

Los niños estaban en el patio —todos menos Luke, quien yacía inconsciente en la planta E, mientras la doctora Richardson le extraía muestras— cuando salieron dos hombres del salón. Vestían uniforme rojo en lugar del rosa o el azul de los cuidadores y técnicos de la Mitad Delantera, y no llevaban placas de identificación en las casacas. Los tres chicos más antiguos —Kalisha, Nicky y George— sabían qué significaba eso.

—Estaba convencida de que venían a por mí —explicó Kalisha a Luke—. Soy la que lleva más tiempo aquí, y no me han hecho ninguna prueba desde hace al menos diez días, a pesar de que ya se me ha pasado la varicela. Ni siquiera me han tomado muestras de sangre, y ya sabes lo mucho que les gusta sacar sangre a esos putos vampiros. ¡Pero venían a por Nicky! ¡Nicky!

La forma en que se le quebró la voz al decirlo entristeció a Luke, porque estaba colado por Kalisha, pero no le sorprendió. Nicky Wilholm podría haber sido el intérprete masculino guapo y rebelde de una de esas películas distópicas para adolescentes. Cada vez que aparecía, Helen se volvía hacia él como la aguja de una brújula hacia el norte magnético; a Iris le pasaba lo mismo; incluso las pequeñas G lo miraban con la boca abierta y los ojos brillantes cuando pasaba. Pero Kalisha era quien más tiempo había compartido con él; eran los dos veteranos del Instituto, y poco más o menos de la misma edad. En tanto pareja, eran como mínimo una posibilidad.

—Se ha resistido —dijo Kalisha—. Se ha resistido *con toda su alma*. —Se incorporó tan repentinamente que casi tiró a Luke de la cama. Tenía los labios contraídos, enseñando los dientes, y los puños apretados por encima de sus

minúsculos pechos.

—¡Debería haberme enfrentado a ellos! ¡Deberíamos haberlo hecho todos!

—Pero ha ocurrido muy deprisa, ¿no?

—Le ha dado un puñetazo a uno muy arriba, en el cuello, y el otro le ha soltado una descarga en la cadera. Debe de habersele dormido la pierna, pero se ha agarrado a una de las cuerdas del trepador para no caerse, y le ha dado una patada con la pierna buena a ese cabrón antes de que lo alcanzara otra vez con el bastón eléctrico.

—Al recibir el golpe, se le ha caído el arma de la mano —dijo Luke.

Lo veía, pero decirlo fue un error: revelaba algo que no quería que ella supiera. En todo caso, Kalisha no pareció darse cuenta.

—Exacto. Pero entonces el otro, el que se había llevado el puñetazo en el cuello, ha dado una descarga a Nicky en el costado, y el maldito bastón debía de estar al máximo, porque he oído el chisporroteo a pesar de que estaba muy lejos, al lado de la pista de tejo. Nicky se ha caído, y los dos se han inclinado sobre él y han seguido soltándole descargas, y él *saltaba*, incluso allí tendido, inconsciente, *saltaba*, y Helen se ha echado a correr hacia ellos gritando, «Vais a matarlo, vais a matarlo», y uno de los dos hombres le ha dado una patada en el muslo, y ha dicho *hai*, como un karateca de mierda, y se ha reído, y ella se ha ido al suelo, llorando, y esos tíos han cogido a Nicky y se lo han llevado. Pero cuando iban a cruzar las puertas del salón...

Se interrumpió. Luke esperó. Sabía lo que venía a continuación —fue una de esas nuevas corazonadas que eran mucho más que corazonadas—, pero tenía que dejar que Kalisha lo contara. Porque ella no debía saber en qué se había convertido él, nadie debía saberlo.

—Nicky ha recuperado el conocimiento un poco —continuó Kalisha. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Lo justo para vernos. Ha sonreído y se ha despedido con la mano. Se ha *despedido*. Así de valiente era.

—Sí —convino Luke, consciente de que ella había dicho «era», no «es». Y pensó: Y no lo veremos más.

Kalisha lo agarró del cuello y tiró de él, acercando su cara a la de ella tan inesperadamente y con tal fuerza que sus frentes chocaron.

—¡No lo digas!

—Lo siento —se disculpó Luke, preguntándose qué más habría visto ella en su pensamiento. Confiaba en que no fuera mucho. Confiaba en que estuviera demasiado alterada por el hecho de que los individuos de las casacas rojas se hubiesen llevado a Nicky a la Mitad Trasera. Lo que dijo acto seguido lo tranquilizó considerablemente.

—¿Te han tomado muestras? Sí, ¿verdad? Llevas vendas.

—Sí.

—Esa cabrona del pelo negro, ¿no? Richardson. ¿Cuántas?

—Tres. Una del brazo, otra del estómago y otra entre las costillas. Esa es la que más me duele.

Ella asintió.

—A mí me tomaron una de una teta, como una biopsia. Me dolió mucho. Pero ¿y si no sacan nada? ¿Y si en realidad lo ponen? ¡Dicen que toman muestras, pero mienten en todo!

—¿Más localizadores, quieres decir? ¿Para qué, si ya llevamos estos? —Se tocó con el dedo el chip del lóbulo de la oreja. Ya no le dolía; había pasado a formar parte de él.

—No lo sé —dijo Kalisha, abatida.

Luke se metió la mano en el bolsillo y sacó el frasco de pastillas.

—Me han dado esto. A lo mejor deberías tomarte una. Me parece que te relajaría. Te ayudaría a dormir.

—¿Oxis?

Él asintió.

Kalisha tendió la mano hacia el frasco, pero la retiró.

—El problema es que no quiero una, no quiero siquiera dos. Las quiero todas. Pero creo que debería sentir lo que siento. Creo que eso es lo correcto, ¿no?

—No lo sé —contestó Luke, y era verdad. Eso era meterse en honduras y, por inteligente que fuese, tenía solo doce años.

—Vete, Luke. Esta noche necesito estar triste y sola.

—De acuerdo.

—Mañana estaré mejor. Y si se me llevan a mí...

—Eso no pasará.

Consciente de que era una estupidez decirlo, cretinismo máximo. Por fuerza ocurriría. Ya debería haber ocurrido, en realidad.

—*Si se me llevan, hazte amigo de Avery. Necesita un amigo.* —Fijó la mirada en él—. Y tú también.

—De acuerdo.

Ella intentó sonreír.

—Eres un encanto. Ven aquí.

Luke se inclinó y ella lo besó, primero en la mejilla y después en la comisura de la boca. Kalisha tenía los labios salados, a él no le importó.

Cuando Luke abría la puerta, ella dijo:

—Tendrían que haberseme llevado a mí. O a George. No a Nicky. Él era el único que nunca aceptó sus mentiras. El que nunca se rindió. —Levantó la voz—. ¿Estáis ahí? ¿Me oís? Espero que sí, ¡porque os odio y quiero que lo sepáis! *¡Os odio!*

Se tendió de nuevo en la cama y empezó a sollozar. Luke pensó en volver junto a ella, pero se abstuvo. Ya le había ofrecido todo el consuelo posible, y él estaba sufriendo su propio dolor, no solo por Nicky, sino también en las partes del cuerpo en que había hurgado la doctora Richardson. Daba igual si la

mujer del cabello oscuro había tomado muestras de tejidos o le había introducido algo en el cuerpo (no tenía sentido pensar que eran localizadores, pero supuso que cabía que se tratase de alguna enzima o vacuna experimental), porque ninguna de sus pruebas e inyecciones parecía tener sentido. Volvió a pensar en los campos de concentración, y en los experimentos horribles y absurdos que se habían llevado a cabo allí. Congelar a la gente, quemarla, provocarle enfermedades.

Regresó a su habitación y se planteó tomar una o incluso dos oxis, pero no lo hizo.

Pensó en utilizar Mr. Griffin para acceder al *Star Tribune* y tampoco lo hizo.

Pensó en Nicky, el rompecorazones. Nicky, quien primero había puesto a Harry Cross en su sitio y luego se había hecho su amigo, lo cual era mucho más audaz que darle una paliza. Nicky, el que se había resistido a las pruebas, y se había resistido a los hombres de la Mitad Trasera cuando fueron a buscarlo, el que nunca se rindió.

Al día siguiente Joe y Hadad llevaron a Luke y a George Iles a la C-11, donde los dejaron solos un rato. Cuando los dos cuidadores regresaron, provistos de tazas de café, los acompañaba Zeke. Tenía los ojos enrojecidos y se lo veía resacoso. Les colocó sendos gorros de goma con electrodos y les ajustó firmemente las correas bajo la barbilla. Después que Zeke anotara las lecturas, los dos niños utilizaron por turno un simulador de conducción. El doctor Evans entró y se quedó a un lado con su fiel tablilla sujetapapeles, tomando notas mientras Zeke recitaba diversas cifras que tal vez tuvieran algo que ver

(o tal vez no) con el tiempo de reacción. Luke se saltó varias señales de tráfico y provocó una carnicería considerable antes de cogerle el tranquilo, pero después de eso la prueba fue en realidad más bien divertida... la primera del Instituto de la que podía decirse eso.

Cuando terminó, la doctora Richardson se acercó al doctor Evans. Ese día vestía un traje de tres piezas, con falda y zapatos de tacón. Parecía preparada para una reunión de negocios de altos vuelos.

—En una escala del uno al diez, ¿dónde situarías tu dolor esta mañana, Luke?

—En el dos —respondió él—. En una escala del uno al diez, mi deseo de largarme de aquí está en once.

Ella rio como si él hablara en broma, se despidió del doctor Evans (llamándolo Jim) y se fue.

—¿Y quién ha ganado? —preguntó George al doctor Evans.

Él esbozó una sonrisa indulgente.

—No se trata de esa clase de prueba, George.

—Ya, pero ¿quién ha ganado?

—Los dos habéis sido bastante rápidos, en cuanto os habéis acostumbrado al simulador, que es lo que prevemos con los TQ. No más pruebas por hoy, chicos. Qué bien, ¿no? Hadad, Joe, por favor, llevad a estos jóvenes arriba.

—Antes de cogerle el truco, he atropellado al menos a seis peatones —dijo George de camino al ascensor—. ¿A cuántos has atropellado tú?

—Solo a tres, pero he chocado con un autobús escolar. Puede que haya habido víctimas.

—Vaya inútil. Yo he esquivado totalmente al autobús. —Llegó el ascensor, y los cuatro subieron—. En realidad me he llevado a siete peatones. El último adrede. Me he dicho que era Zeke.

Joe y Hadad intercambiaron una mirada y se rieron. A Luke le despertaron

cierta simpatía por eso. No quería, pero así fue.

Cuando los dos cuidadores volvieron a entrar en el ascensor, cabía suponer que para bajar a la sala de descanso, Luke dijo:

—Después de la prueba de los puntos, te hicieron la de las cartas, que es de telepatía.

—Eso es, ya te lo conté.

—¿Te han hecho *alguna* prueba relacionada con TQ? ¿Te han pedido que enciendas una lámpara o tumbes una fila de piezas de dominó?

George se rascó la cabeza.

—Ahora que lo dices, no. Pero ¿para qué iban a hacérmela si ya saben que soy capaz de esas cosas? Al menos cuando tengo un día bueno. ¿Y a ti?

—No. Y entiendo lo que dices, pero me sigue pareciendo raro que no les interese poner a prueba los límites de nuestras facultades.

—Nada de esto tiene sentido, Lukey-Lu. Empezando por el hecho de estar aquí. Vamos a jalar.

La mayoría de los niños estaban almorzando en el comedor, pero Kalisha y Avery seguían en el patio. Sentados en la grava con la espalda contra la alambrada, se miraban. Luke dijo a George que se fuera a comer y salió. La guapa chica negra y el niño pequeño blanco no estaban hablando... y, sin embargo, sí lo hacían. Luke lo sabía, aunque desconocía de qué trataba la conversación.

Acudió de pronto a su memoria el examen selectivo, y la chica que le había preguntado por la ecuación de matemáticas relacionada con un tal Aaron y cuánto tendría que pagar por una habitación de hotel. Parecía haber ocurrido en otra vida, pero Luke recordaba claramente que no había sido capaz de entender que un problema tan sencillo para él pudiera resultarle tan difícil a ella. En ese momento lo entendió. Lo que fuera que sucedía entre Kalisha y Avery junto a la alambrada no estaba ni remotamente al alcance de Luke.

Kalisha miró alrededor y, con un gesto, le indicó que se fuera.

—Ya hablaremos luego, Luke. Vete a comer.

—De acuerdo —respondió él.

Sin embargo, no habló con Kalisha durante la comida, porque ella se la saltó. Más tarde, después de una profunda siesta (finalmente sucumbió y se tomó un analgésico), recorrió el pasillo hacia el salón y el patio y se detuvo ante la puerta de la habitación de Kalisha, que estaba abierta. La colcha rosa y las almohadas con recargados volantes habían desaparecido. Igual que el marco con la foto de Martin Luther King. Luke se quedó allí inmóvil, con una mano en la boca, los ojos muy abiertos, asimilándolo.

Si se hubiera resistido, como había hecho Nicky, el ruido lo habría despertado a pesar de la pastilla, pensó. La otra opción, que los hubiera acompañado voluntariamente, era más difícil de aceptar pero —tuvo que admitirlo— más probable. En cualquier caso, la chica que lo había besado dos veces ya no estaba, y no la vería nunca más.

Regresó a su habitación y hundió la cara en la almohada.

Esa noche Luke acercó una de sus fichas a la cámara del portátil para activarlo y accedió a Mr. Griffin. El hecho de que aún *podiera* entrar era esperanzador. No podía descartarse, por supuesto, que los tarados que controlaban aquello lo supieran ya todo sobre su puerta trasera —tal vez estuvieran dejándole cuerda suficiente para que se ahorcara solo, como solía decirse—, pero ¿qué sentido tendría eso? Ese razonamiento lo llevaba a una conclusión bastante sólida, o al menos a él se lo parecía: los esbirros de Sigsby podían sorprenderlo tarde o temprano asomándose al mundo exterior, de hecho era lo

más probable, pero por el momento aún no había ocurrido. No estaban reproduciendo en otra parte la pantalla de su ordenador. Son descuidados con algunas cosas, pensó. Quizá con muchas, ¿y por qué no? No tratan con prisioneros militares, sino solo con un puñado de niños temerosos y desorientados.

Desde la web de Mr. Griffin accedió al *Star Tribune*. El titular del día tenía que ver con la disputa ininterrumpida en torno a la atención sanitaria, que se prolongaba ya desde hacía años. Lo invadió el terror habitual a lo que podía averiguar más allá de la primera plana, y estuvo a punto de volver al escritorio. Luego podía borrar el historial reciente, apagar el aparato, acostarse. Tal vez tomarse otra pastilla. «Ojos que no ven, corazón que no siente», era otro dicho, ¿y no había sentido ya su corazón más que suficiente por un día?

Entonces pensó en Nick. ¿Habría salido Nicky Wilholm de la web sin informarse? Probablemente no, casi con toda seguridad no, solo que él no era tan valiente como Nicky.

Se acordó de que Winona le había entregado un puñado de fichas y de que, cuando a él se le cayó una, lo llamó manazas y le pidió que la recogiera. Él obedeció, sin un amago de protesta siquiera. Nicky tampoco habría hecho eso. Luke casi lo veía contestando *Recógelo tú misma, Winnie*, y aceptando el golpe subsiguiente. Quizá incluso devolviéndolo.

Pero Luke Ellis no era así. Luke Ellis era en esencia un buen chico, obediente, tanto si se trataba de las tareas domésticas como de apuntarse a la banda de música del colegio. Aborrecía la maldita trompeta, una de cada tres notas era un bocinazo, pero continuó porque, según el señor Greer, necesitaba al menos una actividad extraescolar aparte de las competiciones deportivas internas. Luke Ellis era el chico que se desvivía por mostrarse sociable para que la gente no pensara que era un bicho raro, además de un cerebritito. Cubría

el expediente en lo que se refería a interacción y luego volvía a sumergirse en sus libros. Porque había un abismo, y los libros contenían conjuros mágicos para extraer lo que ocultaba ese abismo: todos los grandes misterios. Para Luke, esos misterios eran importantes. Algún día, en el futuro, quizá él mismo escribiera libros.

Pero allí dentro el único futuro era la Mitad Trasera. Allí dentro la verdad de la existencia era: «¿De qué serviría?».

—A la mierda —susurró, y entró en la sección de información local del *Star Trib*, oyendo los latidos de su corazón en los oídos y sintiéndolos en las pequeñas heridas, ya medio cerradas, bajo las vendas.

No tuvo que buscar mucho; en cuanto vio su propia fotografía del colegio del curso anterior supo todo lo que había que saber. El titular era innecesario, pero lo leyó de todos modos:

**CONTINÚA LA BÚSQUEDA DEL HIJO
DESAPARECIDO
DE LA PAREJA ASESINADA EN FALCON HEIGHTS**

Volvieron las luces de colores, arremolinadas y pulsátiles. Luke miró a través de ellas con los ojos entornados, apagó el portátil, se levantó sobre unas piernas que no parecían las suyas y llegó a la cama de dos temblorosas zancadas. Allí se quedó tumbado, en el tenue resplandor de la lámpara de la mesilla, con la mirada fija en el techo. Al final, aquellos molestos puntos de pop art empezaron a desvanecerse.

«Pareja asesinada en Falcon Heights.»

Se sintió como si en medio de su mente se hubiese abierto una trampilla hasta entonces insospechada, y solo un pensamiento —nítido, duro y fuerte— le impidiese caer por ella: era posible que estuvieran vigilándolo. No creía

que supieran de la web de Mr. Griffin, ni que era capaz de utilizarla para acceder al mundo exterior. Tampoco creía que supieran que las luces habían ocasionado un cambio radical en su cerebro; ellos pensaban que el experimento había fracasado. Al menos por el momento. Esas eran las armas de las que disponía y podían resultar valiosas.

Los esbirros de Sigsby no eran omnipotentes. Prueba de ello era el hecho de que hubiese podido seguir accediendo a Mr. Griffin. La única clase de rebeldía que esperaban de los residentes era la que estos exhibían a las claras. En cuanto sometían esa rebeldía a base de miedo, golpes o descargas eléctricas, incluso los dejaban solos durante breves períodos, tal como Joe y Hadad los habían dejado a George y a él en la C-11 mientras iban a por su café.

«Asesinados.»

Esa palabra era la trampa, y sería muy fácil caer por ella. Desde el principio Luke había estado casi seguro de que mentían, pero ese «casi» mantenía la trampa cerrada. Permitía albergar cierta esperanza. Ese escueto titular ponía fin a toda esperanza. Y dado que estaban muertos —«asesinados»—, ¿quién era el sospechoso más probable? El **HIJO DESAPARECIDO**, cómo no. A esas alturas, los policías que investigaran el delito ya sabrían que Luke era un niño especial, un genio, ¿y no se suponía que los genios eran frágiles? ¿Propensos a descarriarse?

Kalisha había lanzado su grito de desafío, pero Luke no lo haría, por mucho que lo deseara. En su alma podía gritar tanto como quisiera, pero no de viva voz. No sabía si sus secretos le servirían de algo, pero sí sabía que había grietas en los muros de lo que George Iles había llamado muy acertadamente «agujero del infierno». Si podía utilizar sus secretos —y su inteligencia presuntamente superior— a modo de palanca, tal vez lograra ensanchar una de esas grietas. Ignoraba si era posible escapar, pero si encontraba una forma de

hacerlo, la huida sería solo el primer paso hacia una meta mayor.

Lo derrumbaría todo sobre ellos, pensó. Como Sansón derrumbó el templo de Dagón después de que Dalila, con argucias, lo indujera a cortarse el cabello. Lo derrumbaría y los aplastaría. Los aplastaría a todos.

En algún momento se sumió en un duermevela. Soñó que estaba en su casa y sus padres vivían. Fue un buen sueño. Su padre le decía que no se olvidara de sacar la basura. Su madre preparaba tortitas, y Luke inundaba las suyas de sirope de mora. Su padre se comía una con mantequilla de cacahuete mientras veía las noticias de la mañana en la CBS —Gayle King y Norah O’Donnell, una mujer muy sexy— y luego se marchaba a trabajar, después de dar un beso a Luke en la mejilla y a Eileen en los labios. Un buen sueño. La madre de Rolf llevaba a los chicos al colegio y, cuando tocaba la bocina delante de la casa, Luke cogía su mochila y corría hacia la puerta. «¡Eh! ¡No te olvides del dinero de la comida!», recordó su madre, y se lo entregó, solo que no era dinero, eran fichas, y fue entonces cuando despertó y cayó en la cuenta de que había alguien en la habitación.

Luke no vio quién era, porque en algún momento debía de haber apagado la lámpara, aunque no recordaba haberlo hecho. Oyó que arrastraban los pies cerca de su escritorio y lo primero que pensó fue que había ido uno de los cuidadores en busca del portátil porque lo tenían vigilado desde el principio y él, como un tonto, había creído que no. Cretinismo máximo.

La rabia lo invadió como veneno. Más que levantarse de la cama, saltó de ella, dispuesto a enfrentarse a quienquiera que hubiese entrado en su habitación. Le daba igual que el intruso lo abofetease, le asestase puñetazos o

utilizase el maldito bastón eléctrico. Luke devolvería al menos algún que otro buen golpe. Quizá no entendiesen la verdadera razón por la que les pegaba, pero eso le traía sin cuidado; él sí lo sabía.

Solo que no era un adulto. Chocó contra un cuerpo pequeño y lo derribó.

—¡Ay, Lukey, no! ¡No me hagas daño!

Avery Dixon. El Avester.

Luke, a tientas, lo levantó y lo llevó a la cama, donde encendió la lámpara. Avery parecía aterrorizado.

—Por Dios, ¿qué haces aquí?

—Me he despertado y tenía miedo. No he podido ir con Sha, porque se la han llevado. Así que he venido aquí. ¿Puedo quedarme? ¿Por favor?

Todo eso era verdad, pero no era toda la verdad. Luke lo entendió con una claridad ante la que todas las demás «certezas» que había tenido parecían desdibujadas y vacilantes. Porque Avery era un TP fuerte, mucho más fuerte que Kalisha, y en ese preciso momento Avery estaba... bueno... *transmitiendo*.

—Puedes quedarte. —Pero cuando Avery se disponía a meterse en la cama, Luke añadió—: No, no, primero tienes que ir al baño. No vas a mearte en mi cama.

Avery no rechistó y Luke no tardó en oír el chorro de orina en la taza del váter. Un largo chorro. Cuando Avery regresó, Luke apagó la luz. Avery se acurrucó. Resultaba agradable no estar solo. Extraordinario, de hecho.

Avery le susurró al oído:

—Siento lo de tu mamá y tu papá, Luke.

Luke fue incapaz de hablar durante unos instantes. Cuando por fin pudo responder, susurró también.

—¿Estabais tú y Kalisha hablando de mí ayer en el patio?

—Sí. Me dijo que viniera. Me dijo que te enviaría cartas y que yo sería el

cartero. Puedes contárselo a George y a Helen, si te parece que no hay peligro.

Pero no se lo contaría, porque había peligro en todas partes. Incluso pensar era peligroso. Reprodujo lo que él había dicho cuando Kalisha le habló de la pelea de Nicky con los cuidadores vestidos de rojo de la Mitad Trasera: «Al recibir el golpe, se le ha caído el arma de la mano». Refiriéndose al bastón eléctrico. Ella no había preguntado a Luke cómo lo sabía, porque casi con toda seguridad ya estaba enterada. ¿Había pensado que podría ocultar a Kalisha su nueva aptitud TP? A otros quizá sí, pero no a ella. Ni a Avery.

—¡Mira! —susurró Avery.

Luke no veía nada. Con la lámpara apagada y sin una ventana que permitiese entrar a la habitación la luz ambiental del exterior, la oscuridad era absoluta. Pero miró de todos modos y le pareció ver a Kalisha.

—¿Está bien? —susurró Luke.

—Sí. De momento.

—¿Está allí Nicky? ¿Está bien?

—Sí —susurró Avery—. Iris también. Solo que tiene dolores de cabeza. Otros niños también los tienen. Ella cree que es por las películas. Y los puntos.

—¿Qué películas?

—No lo sé. Sha todavía no ha visto ninguna, pero Nicky sí. Iris también. Dice Kalisha que le parece que hay más niños, quizá en la mitad trasera de la Mitad Trasera, pero solo unos cuantos donde ellos están ahora. Jimmy y Len. También Donna.

Me dieron el ordenador de Donna, pensó Luke. Lo heredé.

—Bobby Washington estaba allí al principio, pero ahora ya no. Iris le ha dicho a Kalisha que lo vio.

—Yo no conozco a esos niños.

—Dice Kalisha que Donna fue a la Mitad Trasera solo un par de días antes

de que vinieras tú. Por eso te dieron su ordenador.

—Das yuyu —dijo Luke.

Avery, quien posiblemente ya sabía que daba yuyu, pasó por alto el comentario.

—Les ponen inyecciones que duelen. Pinchazos y puntos, puntos y pinchazos. Dice que le parece que en la Mitad Trasera pasan cosas malas. Dice que quizá tú puedas hacer algo. Dice...

No terminó y tampoco hizo falta. Luke percibió una imagen breve pero de una nitidez cegadora, enviada seguramente por Kalisha Benson a través de Avery Dixon: un canario en una jaula. La puerta se abría y el canario se echaba a volar.

—Dice que eres el único lo bastante listo.

—Lo haré si puedo —contestó Luke—. ¿Qué más te ha dicho?

A esto no hubo respuesta. Avery se había dormido.

LA FUGA

Pasaron tres semanas.

Luke comía. Dormía, despertaba, volvía a comer. No tardó en memorizar el menú, y se sumaba a los demás niños en una salva de cáusticos aplausos cuando advertían algún cambio. Algunos días tenía pruebas. Algunos días tenía inyecciones. Algunos días, lo uno y lo otro. Algunos días, nada. Con varias inyecciones, vomitó. Con la mayoría no. No volvió a cerrársele la garganta, cosa que agradeció. Rondó por el patio. Vio la tele, se hizo amigo de Oprah, Ellen, el doctor Phil, la jueza Judy. Vio en YouTube vídeos de gatos que se miraban en espejos y de perros que atrapaban frisbees. A veces los veía solo, a veces con algún otro niño. Cuando Harry entraba en su habitación, siempre llegaba acompañado de las gemelas, que pedían dibujos animados. Cuando Luke iba a la habitación de Harry, las gemelas casi siempre estaban allí. A Harry no le gustaban los dibujos animados. Harry era aficionado a los vídeos de lucha libre y en jaula y a los choques en cadena de las carreras de NASCAR. El saludo con el que solía recibir a Luke era: «Mira este». Las gemelas no paraban de colorear el sinfín de cuentos que les suministraban los cuidadores. Por lo general, lograban mantenerse dentro de los contornos de los dibujos, pero un día se salieron y se rieron mucho; Luke dedujo que estaban borrachas o colocadas. Cuando preguntó a Harry al respecto, este le dijo que

habían querido probarlo. Tuvo la delicadeza de mostrarse avergonzado y, cuando vomitaron (a la par, como lo hacían todo), tuvo la delicadeza de mostrarse aún más avergonzado. Y limpió el estropicio. Un día Helen hizo una voltereta triple en la cama elástica, se rio, saludó con una reverencia y luego rompió a llorar; no hubo forma de consolarla. Cuando Luke lo intentó, ella lo golpeó con sus pequeños puños, una vez, otra, otra y otra más. Durante un tiempo Luke derrotó al ajedrez a todos los nuevos y, cuando eso empezó a aburrirlo, buscó maneras de perder, lo cual le resultó sorprendentemente difícil.

Tenía la sensación de estar dormido incluso cuando estaba despierto. Sintió el declive de su coeficiente de inteligencia, lo sintió con toda claridad, como agua que se escapara de un dispensador porque alguien hubiera dejado el grifo abierto. Registró el paso del tiempo de ese extraño verano con el planificador del ordenador. Salvo para ver vídeos en YouTube, solo utilizaba el portátil — con una excepción significativa— para intercambiar mensajes con George o Helen cuando estaban en sus habitaciones. Nunca era él quien iniciaba esas conversaciones, y procuraba abreviarlas lo máximo posible.

¿Qué mierda te pasa?, preguntó Helen una vez en un mensaje.

Nada, contestó él.

¿Por qué estamos todavía en la Mitad Delantera? ¿Tú qué crees?, preguntó George. **No es que me queje.**

No lo sé, respondió Luke, y cerró la sesión.

Descubrió que no le costaba ocultar su aflicción a los cuidadores, técnicos y médicos; estaban acostumbrados a tratar con niños deprimidos. Aun así, incluso en su profunda desdicha, a veces recordaba la intensa imagen que había proyectado Avery: un canario que echaba a volar y abandonaba su jaula.

En ese duermevela generado por la pena, a veces irrumpían de improviso resplandecientes fragmentos de recuerdos: su padre lo rociaba con la

manguera del jardín; su padre lanzaba un tiro libre de espaldas a la canasta, y Luke, tras colar la pelota en el aro, lo placaba, y caían los dos riendo a la hierba; su madre le llevaba a la mesa una magdalena gigantesca cubierta de velas encendidas para celebrar su duodécimo cumpleaños; su madre lo abrazaba y decía: «¡Qué grande te estás haciendo!»; su madre y su padre bailaban como posesos en la cocina mientras Rihanna cantaba «Pon de Replay». Esas evocaciones eran hermosas y le escocían como el roce de una ortiga.

Cuando no estaba pensando en la «pareja asesinada en Falcon Heights» —soñando con ellos—, Luke pensaba en la jaula en la que se encontraba y en el pájaro libre que anhelaba ser. Eran los únicos momentos en que su mente parecía capaz de recuperar su antigua agudeza y concentrarse. Se fijaba en detalles que en apariencia confirmaban su convicción de que el Instituto funcionaba por inercia, como un cohete al apagar los motores una vez alcanzada la velocidad de escape. Por ejemplo, las carcassas esféricas de cristal negro de vigilancia instaladas en el techo de los pasillos. La mayoría estaban sucias, como si hiciera mucho tiempo que no las limpiaban. Se advertía sobre todo en el Ala Oeste vacía de la planta de la residencia. Probablemente las cámaras que contenían las carcassas aún estaban operativas, pero debían de ofrecer una imagen borrosa en el mejor de los casos. Aun así, Fred y los otros bedeles —Mort, Connie o Jawed— no parecían haber recibido orden de limpiarlas, lo que significaba que al responsable de la vigilancia de los pasillos, quienquiera que fuese, le importaba una mierda si las imágenes eran cada vez más turbias.

Durante el día Luke iba de acá para allá con la cabeza gacha, obedeciendo sin rechistar, pero cuando no estaba ensimismado en su habitación, se había convertido en un pequeño receptor con grandes antenas. Lo que captaba era en su mayor parte inservible, pero lo registraba igualmente. Lo registraba y

almacenaba. El chismorreo, por ejemplo. Como el hecho de que el doctor Evans siempre andaba detrás de la doctora Richardson, intentando entablar conversación, tan «encoñado» (esta expresión procedía de una cuidadora, Norma) que no se daba cuenta de que Felicia Richardson no lo tocaría ni con una vara de tres metros. O el hecho de que Joe y otros dos cuidadores, Chad y Gary, a veces utilizaban las fichas que no repartían para adquirir chupitos de vino y botellines de limonada con alcohol en la máquina expendedora del bar del Salón Este. A veces hablaban de sus familias, o de sus visitas a un bar llamado Outlaw Country, donde tocaban bandas. «Si a eso lo llamas música», oyó decir una vez a una cuidadora llamada Sherry dirigiéndose a Gladys la de la Falsa Sonrisa. Ese bar, conocido entre los técnicos y cuidadores varones como «El Coño», se encontraba en la localidad cercana de Dennison River Bend. Luke no pudo formarse una idea clara de a qué distancia estaba, pero pensó que debía de hallarse en un radio de cuarenta kilómetros, cincuenta a lo sumo, porque al parecer iban todos en su tiempo libre.

Luke se grababa los nombres completos cuando los oía. El doctor Evans era James; el doctor Hendricks era Dan; Tony era Fizzale; Gladys era Hickson; Zeke era Ionidis. Si alguna vez salía de allí, si ese canario llegaba a escapar de su jaula, esperaba tener toda una lista cuando testificara contra esos gilipollas en un juzgado. Comprendía que tal vez fuera solo una fantasía, pero lo ayudaba a seguir adelante.

Ahora que se portaba bien, a veces lo dejaban solo en la planta C durante breves períodos de tiempo, siempre con la advertencia de que no se moviera. Él asentía, dejaba al técnico tiempo para marcharse a hacer su recado y luego salía. En las plantas inferiores había muchas cámaras, y esas sí las mantenían todas bien limpias, pero no se activó ninguna alarma ni se abalanzaron sobre él en el pasillo cuidadores blandiendo sus bastones eléctricos. En dos ocasiones lo descubrieron paseándose por allí y lo llevaron de vuelta a donde

debía estar, una vez con una reprimenda y otra con un maquinal pescozón.

En una de esas expediciones (siempre procuraba aparentar aburrimiento y falta de rumbo, como si fuera un niño que mataba el rato antes de la siguiente prueba o a quien se permitía regresar a su habitación), Luke encontró un tesoro. En la sala de resonancia magnética, donde ese día no había nadie, alcanzó a ver, medio oculta bajo un monitor, una de las tarjetas que utilizaban para hacer funcionar el ascensor. Pasó junto a la mesa, la cogió y se la metió en el bolsillo al tiempo que echaba una ojeada al tubo de resonancia vacío. Cuando abandonó la sala, casi esperaba que la tarjeta empezara a gritar «ladrón, ladrón» (como el arpa mágica que Jack, el de las habichuelas, robaba al gigante), pero no ocurrió nada, ni en ese momento ni más tarde. ¿No tenían controladas esas tarjetas? Por lo visto, no. O quizá estaba caducada y era igual de inútil que una tarjeta llave de hotel cuando el huésped para el que había sido codificada dejaba la habitación.

Sin embargo, cuando Luke probó la tarjeta en el ascensor al día siguiente, le complació descubrir que sí funcionaba. Cuando, un día más tarde, la doctora Richardson lo sorprendió curioseando en la sala de la planta D donde tenían la cisterna de inmersión, esperó un castigo, quizá una descarga del bastón eléctrico que llevaba enfundado bajo la bata blanca que solía vestir o quizá una paliza de Tony o Zeke. En cambio, ella le entregó una ficha, por la que Luke le dio las gracias.

—Esa aún no me la han hecho. —Señaló la cisterna—. ¿Es horrible?

—No, es divertida —contestó ella, y Luke desplegó una amplia sonrisa, como si de verdad se creyese sus chorradas—. Y ahora dime, ¿qué haces aquí abajo?

—He venido con un cuidador. No sé cuál. Me he olvidado del nombre de su placa, me temo.

—Mejor así —dijo ella—. Si supieras su nombre, tendría que denunciarlo,

y se metería en un aprieto. ¿Y después? Papeleo, papeleo, papeleo.

Alzó la vista al techo, y Luke la miró con una expresión que venía a decir: «Me hago cargo». Lo acompañó de vuelta al ascensor, le preguntó dónde se suponía que debía estar, y él le contestó que en la planta B. Subió con él, quiso saber cómo llevaba el dolor y él le dijo que bien, que ya se le había pasado.

La tarjeta lo condujo también a la planta E, donde tenían muchos artefactos mecánicos, pero cuando intentó ir más abajo —*existía* un más abajo, había oído conversaciones sobre las plantas F y G—, la voz femenina del ascensor lo informó amablemente de que se le denegaba el acceso. Lo cual no le importó. Uno aprendía probando.

En la Mitad Delantera no había pruebas en papel, pero sí muchos electroencefalogramas. A veces el doctor Evans se los hacía a varios niños al mismo tiempo, aunque no siempre. En una ocasión, mientras Luke se sometía a esa prueba, el doctor Evans hizo una mueca repentina, se llevó la mano al vientre y dijo que enseguida volvía. Pidió a Luke que no tocara nada y salió apresuradamente. A plantar un pino, supuso Luke.

Examinó las pantallas de los ordenadores, deslizó los dedos por un par de teclados, consideró jugar con ellos un poco, decidió que sería mala idea y optó por acercarse a la puerta. Se asomó justo cuando se abría el ascensor y salía el calvo corpulento, con el mismo traje marrón caro. O tal vez fuera otro. Que Luke supiera, Stackhouse bien podía tener un armario entero lleno de trajes marrones caros. Sostenía un fajo de papeles en la mano. Hojeándolos, empezó a recorrer el pasillo y Luke se retiró rápidamente. La C-4, la sala con los aparatos para los electroencefalogramas y los electrocardiogramas, tenía un pequeño hueco revestido de estantes con material diverso. Luke se metió allí sin saber si el impulso de esconderse obedecía a una vulgar corazonada, si era fruto de sus nuevas ondas cerebrales TP o si se trataba de pura y simple paranoia. Fuera como fuese, lo hizo justo a tiempo. Stackhouse asomó la

cabeza, echó un vistazo y se fue. Luke esperó para asegurarse de que no volvía y entonces se sentó de nuevo al lado de la máquina de encefalograma.

Al cabo de dos o tres minutos, Evans entró a toda prisa con la bata blanca de laboratorio ondeando a su espalda. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos muy abiertos. Agarró a Luke por la camiseta.

—¿Qué ha dicho Stackhouse al verte aquí solo? ¡Dímelo!

—No ha dicho nada porque no me ha visto. Yo estaba mirando por la puerta a ver si usted volvía y, cuando el señor Stackhouse ha salido del ascensor, me he metido ahí dentro. —Señaló el hueco del material y después miró a Evans con expresión de inocencia—. No quería meterlo a usted en problemas.

—Buen chico —dijo Evans, y le propinó una palmada en la espalda—. Ha sido una llamada de la naturaleza, y estaba seguro de que podía fiarme de ti. Ahora hagamos esta prueba si no te importa. Luego puedes subir e ir a jugar con tus amigos.

Antes de llamar a Yolanda, otra cuidadora (apellido: Freeman), para que lo acompañara a la planta A, Evans dio a Luke una docena de fichas y otra cordial palmada en la espalda.

—Nuestro pequeño secreto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Luke.

De verdad cree que me cae bien, pensó Luke, maravillado. Eso ya es el colmo. Espera a que se lo cuente a George.

Solo que no llegó a contárselo. Esa noche se sumaron a la cena dos niños nuevos y faltó uno veterano. Al parecer se habían llevado a George mientras él se escondía de Stackhouse en el hueco del material.

—Ha ido con los otros —susurró Avery a Luke esa noche en la cama—. Sha dice que está llorando porque tiene miedo. Ella le ha dicho que era lo normal. Le ha dicho que todos tienen miedo.

3

En sus expediciones, Luke se detuvo dos o tres veces delante del salón de la planta B, donde las conversaciones eran interesantes y esclarecedoras. Utilizaba la sala el personal, pero también grupos del exterior que a veces llegaban cargados todavía con bolsas de viaje sin identificadores de compañía aérea en las asas. Cuando veían a Luke —tal vez sirviéndose un vaso del surtidor de agua cercano, tal vez fingiendo leer un póster sobre higiene—, la mayoría ni se fijaba en él, como si fuera solo parte del mobiliario. Los integrantes de esos grupos tenían aspecto severo y Luke estaba cada vez más seguro de que eran los cazadores-recolectores del Instituto. Tenía su lógica, porque había más niños en el Ala Oeste. En una ocasión Luke oyó que Joe decía a Hadad —los dos eran colegas— que el Instituto era como el pueblo costero de Long Island donde él se había criado.

—A veces la marea está alta —dijo—, a veces baja.

—De un tiempo a esta parte casi siempre baja —contestó Hadad, y quizá fuese verdad, pero, a medida que avanzó julio, la marea subió claramente.

Algunos de los grupos exteriores eran tríos; algunos eran cuartetos. Luke les veía cierto aire militar, tal vez porque los hombres tenían el pelo corto y las mujeres lo llevaban recogido en un moño sobre la nuca, muy tirante contra el cráneo. Oyó a un celador referirse a uno de esos grupos como Esmeralda. Un técnico llamó a otro Rubí. Este último era un trío, dos mujeres y un hombre. Sabía que Rubí era el grupo que había ido a Minneapolis a matar a sus padres

y secuestrarlo a él. Trató de averiguar sus nombres, escuchando con la mente además de con los oídos, y consiguió solo uno: la mujer que le había rociado la cara con un espray su última noche en Falcon Heights era Michelle. Cuando esta vio a Luke en el pasillo, inclinado ante el surtidor, dio la impresión de que ni se detenía a mirarlo... pero de pronto posó la vista en él unos segundos. Michelle.

Otro nombre que recordar.

Luke no tardó en confirmar su teoría de que esos individuos eran quienes tenían la misión de proporcionar nuevos TP y TQ. El grupo Esmeralda estaba en la sala de descanso y, mientras Luke, fuera, leía el póster sobre higiene por enésima vez, oyó decir a uno de los hombres de Esmeralda que tenían que volver a salir para realizar una captura rápida en Michigan. Al día siguiente se sumó al grupo cada vez más numeroso del Ala Oeste una desconcertada chica de catorce años que se llamaba Frieda Brown.

—Yo no tendría que estar aquí —dijo a Luke—. Es un error.

—No estaría mal —contestó Luke, y a continuación le explicó cómo conseguir fichas. No sabía hasta qué punto asimilaba la información, pero acabaría por entenderlo. Como todos.

A nadie parecía importarle que Avery durmiera con Luke casi todas las noches. Él era el cartero y llevaba a Luke la correspondencia que Kalisha enviaba desde la Mitad Trasera, misivas que no llegaban por correo, sino de forma telepática. El asesinato de sus padres era aún demasiado reciente y doloroso para que esas cartas arrancaran a Luke de su estado semionírico, pero las noticias que contenían eran igualmente perturbadoras. También

resultaban esclarecedoras, aunque Luke podría haber prescindido de ese esclarecimiento. En la Mitad Delantera sometían a los niños a pruebas y los castigaban si se portaban mal; en la Trasera los ponían a trabajar. Los utilizaban. Y, al parecer, los destruían poco a poco.

Las películas provocaban los dolores de cabeza, y los dolores de cabeza duraban cada vez más y se agravaban. George estaba bien cuando llegó, solo asustado, según Kalisha, pero después de cuatro o cinco días de exposición a los puntos, y las películas, y las inyecciones dolorosas, también empezó a tener dolores de cabeza.

Veían las películas en una pequeña sala de proyección con butacas mullidas y cómodas. Empezaban con dibujos animados antiguos: a veces el Correcaminos, a veces Bugs Bunny, a veces Goofy y Mickey. Luego, tras esos cortos preliminares, comenzaba la verdadera sesión. Kalisha creía que las películas eran breves, de media hora como mucho, pero costaba decirlo porque durante el pase estaba atontada y después le dolía la cabeza. Les pasaba a todos.

En sus primeras dos visitas a la sala de proyección pusieron un programa doble. El protagonista de la primera película era un hombre de cabello rojo y ralo. Vestía un traje negro y conducía un coche negro reluciente. Avery intentó mostrar ese coche a Luke, pero este no captó más que una imagen vaga, tal vez porque era lo único que Kalisha podía enviar. Así y todo, pensó que debía de tratarse de una limusina, porque Avery dijo que los pasajeros del pelirrojo viajaban siempre en el asiento trasero. Además, el hombre les abría las puertas cuando entraban y salían. La mayoría de los días se trataba de los mismos pasajeros, casi todos blancos y viejos, pero había uno más joven, con una cicatriz en la mejilla.

—Sha dice que tiene clientes habituales —susurró Avery mientras Luke y él yacían juntos en la cama—. Dice que ocurre en Washington, porque el hombre

pasa en el coche por delante del Capitolio y la Casa Blanca, y a veces Kalisha ve esa aguja grande de piedra.

—El monumento a Washington.

—Sí, eso.

Hacia el final de esa película, el pelirrojo se cambiaba el traje negro por ropa corriente. Lo veían montar a caballo, empujar a una niña en un columpio, comerse un helado con la niña en un banco del parque. Después aparecía en la pantalla el doctor Hendricks, que sostenía en alto una bengala del Cuatro de Julio apagada.

La segunda película era de un hombre que llevaba en la cabeza un «pañuelo árabe», como lo llamaba Kalisha, refiriéndose probablemente a una *kufiya*. Estaba en una calle, luego en la terraza de una cafetería tomando té o café en un vaso, luego pronunciaba un discurso, luego balanceaba a un niño pequeño cogido de las manos. En cierto momento se lo veía en televisión. Al final de la película aparecía el doctor Hendricks con la bengala apagada.

A la mañana siguiente Sha y los demás vieron un episodio de dibujos animados de Silvestre y Piolín, seguido de quince o veinte minutos de película del chófer pelirrojo. Luego almorzaron en el comedor de la Mitad Trasera, donde regalaban cigarrillos. Esa tarde tocó Porky, seguido del árabe. Al final de cada película aparecía el doctor Hendricks con la bengala apagada. Y esa noche les administraron inyecciones dolorosas y una nueva dosis de luces intermitentes. Luego los llevaron a los tres a la sala de proyección, donde vieron durante veinte minutos películas de accidentes de tráfico. Después de cada accidente aparecía en la pantalla el doctor Hendricks sosteniendo la bengala apagada.

Luke, afligido pero no tonto, empezó a entender. Era absurdo, pero no más absurdo que el hecho de poder saber de vez en cuando qué pasaba por la cabeza de otras personas. Además, explicaba muchas cosas.

—Dice Kalisha que cree que perdió el conocimiento y tuvo un sueño durante las escenas de accidentes —susurró Avery al oído de Luke—. Solo que no está segura de que fuera un sueño. Dice que los niños (ella, Nicky, Iris, Donna, Len y otros) se encontraban en medio de esos puntos abrazados en círculo y con las cabezas juntas. Dice que estaba allí el doctor Hendricks, y esta vez encendió la bengala, y eso le dio miedo. Pero, siempre y cuando se quedaran juntos, abrazados, ya no les dolía la cabeza. Aunque dice que a lo mejor *era* un sueño, porque despertó en su habitación. Las habitaciones de la Mitad Trasera no son como las nuestras. Por las noches las cierran con llave. —Avery se interrumpió—. Esta noche no quiero hablar más de esto, Lukey.

—Vale. Duérmete.

Avery lo hizo, pero Luke permaneció en vela durante largo rato.

Al día siguiente, por fin utilizó el portátil para algo más que consultar la fecha, cruzar mensajes con Helen o ver *BoJack Horseman*. Entró en Mr. Griffin y, desde Mr. Griffin, en *The New York Times*, que lo informó de que podía leer diez artículos gratis antes de suscribirse. Luke no sabía qué buscaba exactamente, pero tenía la certeza de que lo sabría cuando lo viera. Y así fue. Un titular de la primera plana del número del 15 de julio rezaba: **EL CONGRESISTA BERKOWITZ SUCUMBE A LAS HERIDAS.**

En lugar de leer el artículo, Luke pasó al día anterior. El titular informaba: **EL CANDIDATO A LA PRESIDENCIA MARK BERKOWITZ, GRAVEMENTE HERIDO EN UN ACCIDENTE DE TRÁFICO.** Incluía una imagen. Berkowitz, congresista por Ohio, tenía el cabello negro y una cicatriz en la mejilla resultante de una herida que había sufrido en Afganistán. Luke leyó rápidamente el texto. Contaba que la limusina Lincoln en la que viajaba Berkowitz de camino a una reunión con dignatarios extranjeros de Polonia y Yugoslavia había perdido el control y había chocado contra el soporte de hormigón de un puente. El chófer había muerto en el acto; fuentes

anónimas del hospital MedStar describieron las heridas de Berkowitz como «de extrema gravedad». El artículo no decía si el chófer era pelirrojo, pero Luke lo sabía, y estaba casi seguro de que pronto moriría un individuo de algún país árabe, si no había muerto ya. O tal vez fuera a asesinar a alguien importante.

La creciente certidumbre de que él y los demás niños estaban siendo preparados para utilizarlos como drones psíquicos —sí, incluso el inofensivo Avery Dixon, incapaz de matar una mosca— empezó a despertarlo, pero necesitó la escena de terror protagonizada por Harry Cross para arrancarlo totalmente de su afligido sueño.

5

La noche siguiente, en la cena, había catorce o quince niños en el comedor. Algunos charlaban, algunos reían, algunos de los nuevos lloraban o gritaban. En cierto modo, pensó Luke, estar en el Instituto era como estar en uno de esos antiguos manicomios donde simplemente se retenía a los locos sin curarlos jamás.

Al principio, Harry no estaba allí, y tampoco había aparecido a la hora del almuerzo. Luke no prestaba mucha atención a aquel pedazo de alcorcho, pero durante las comidas era difícil pasarlo por alto, porque Gerda y Greta siempre se sentaban con él, una a cada lado, vestidas igual, y lo miraban con brillo en los ojos mientras él hablaba sin parar sobre NASCAR, lucha libre, sus series preferidas y la vida «allá en Selma». Si alguien le pedía que bajara la voz, las pequeñas G fulminaban con la mirada a quienquiera que lo hubiese interrumpido.

Esa noche las G estaban cenando solas, y se las notaba disgustadas por eso.

Pero habían reservado a Harry un asiento entre ellas y, cuando el grandullón entró despacio, con la barriga bamboleante y la piel lustrosa por las quemaduras de sol, corrieron a saludarlo gritando. Por una vez Harry apenas percibió su presencia. Tenía la mirada extraviada y sus ojos parecían enfocar en distintas direcciones. El mentón le relucía a causa de la baba y tenía una mancha de humedad en la entrepierna. Las conversaciones se apagaron. Los recién llegados lo contemplaron atónitos y horrorizados; aquellos que llevaban allí ya tiempo suficiente para haber pasado por cierto número de pruebas intercambiaron gestos de preocupación.

Luke y Helen se miraron.

—Se pondrá bien —dijo ella—. Es solo que a unos chicos les sienta peor que a...

Avery estaba sentado junto a ella. De pronto le sujetó una mano entre las suyas. Habló con escalofriante serenidad.

—No está bien. Nunca se pondrá bien.

Harry profirió un grito, cayó de rodillas y se desplomó de bruces en el suelo. La sangre manó de su nariz y sus labios, y salpicó el linóleo. Lo recorrió primero un temblor, seguido de espasmos, y las piernas se le separaron y tensaron hacia arriba hasta formar una Y a la vez que se le sacudían los brazos. Empezó a emitir una especie de gruñido, no como un animal, sino como un motor atascado en una marcha baja y muy revolucionado. Se volvió cara arriba, balbuceante, todavía gruñendo y echando espumarajos sanguinolentos por la boca. Entrechocaba los dientes.

Las pequeñas G chillaron. Cuando Gladys entró corriendo desde el pasillo y Norma rodeó la mesa de vapor, una de las gemelas se arrodilló y trató de abrazar a Harry. Él levantó la enorme mano derecha, la echó a un lado y luego la movió al frente con gran rapidez. Golpeó a la niña en un lado de la cara con una fuerza brutal, y ella salió despedida. Fue a dar de cabeza contra la pared

con un ruido sordo. La otra gemela, gritando, corrió hacia su hermana.

En el comedor reinaba el alboroto. Luke y Helen permanecieron sentados, ella rodeando los hombros de Avery con el brazo (más para reconfortarse a sí misma que al pequeño, al parecer; daba la impresión de que Avery no se inmutaba), pero muchos de los otros niños se apelotonaban en torno al muchacho víctima del ataque. Gladys apartó a un par y rugió:

—¡Atrás, idiotas!

Esa noche la G grande no exhibía su falsa sonrisa.

Fueron llegando más miembros del personal del Instituto: Joe y Hadad, Chad, Carlos, un par a los que Luke no conocía, incluido uno de paisano que debía de estar empezando su turno. El cuerpo de Harry se elevaba y caía en saltos galvánicos, como si el suelo estuviese electrificado. Chad y Carlos le inmovilizaron los brazos. Hadad le soltó una descarga en el plexo solar y, como eso no puso fin a las convulsiones, Joe apuntó al cuello, y la crepitación del bastón eléctrico a la máxima potencia se oyó incluso en medio del barullo de voces confusas. Harry quedó inerte. Tenía los ojos hinchados bajo los párpados entornados. Le resbalaba espuma desde las comisuras de los labios. Le asomaba la punta de la lengua.

—¡El chico está bien, situación bajo control! —bramó Hadad—. ¡Volved a vuestras mesas! ¡No le pasa nada!

Los niños se alejaron, callados, alertas. Luke se inclinó hacia Helen y habló en voz baja.

—Creo que no respira.

—Puede que sí, puede que no —dijo Helen—, pero mira a esa.

Señaló hacia la gemela lanzada contra la pared. Luke vio que la pequeña tenía los ojos vidriosos y el cuello totalmente torcido. Un hilo de sangre le corría por una mejilla y goteaba en el hombro del vestido.

—¡Despierta! —vociferaba la otra gemela, y empezó a sacudirla. Los

cubiertos volaron desde las mesas en un vendaval; los niños y los cuidadores se agacharon—. *¡Despierta! ¡Harry no quería hacerte daño! ¡Despierta! ¡DESPIERTA!*

—¿Cuál es cuál? —preguntó Luke a Helen, pero fue Avery quien contestó, y con la misma voz escalofriantemente serena.

—La que grita y lanza los cubiertos es Gerda. La muerta es Greta.

—No está muerta —dijo Helen con consternación—. *No puede ser.*

Los cuchillos, los tenedores y las cucharas se elevaron hasta el techo (yo no podría hacer eso, pensó Luke) y cayeron con estrépito.

—Pero lo está —confirmó Avery con toda naturalidad—. Y Harry también. —Se puso en pie y cogió una mano a Helen y otra a Luke—. Harry me caía bien, a pesar de que me empujó. Se me han quitado las ganas de comer. —Los miró alternativamente—. Y a vosotros también.

Se marcharon los tres sin que nadie se diera cuenta, trazando un amplio círculo en torno a la gemela que gritaba y su hermana muerta. El doctor Evans se acercó a zancadas desde el ascensor, con gesto agobiado y molesto. Seguramente estaba cenando, pensó Luke.

Detrás de ellos, Carlos decía en voz alta:

—¡Todo el mundo está bien, chicos! ¡Tranquilizaos y acabad de cenar, todo el mundo está bien!

—Lo han matado los puntos —dijo Avery—. El doctor Hendricks y el doctor Evans no deberían haberle enseñado los puntos aunque fuera rosa. Puede que tuviera aún demasiado alto el FNDC. O puede que haya sido por otra cosa, como una alergia.

—¿Qué es el FNDC? —preguntó Helen.

—No lo sé. Solo sé que si los niños lo tienen muy alto, no deben ser expuestos a las inyecciones grandes hasta la Mitad Trasera.

—¿Y tú lo sabes? —preguntó Helen, volviéndose hacia Luke.

Luke negó con la cabeza. Kalisha lo había mencionado en una ocasión y había oído las siglas un par de veces en sus andanzas por el Instituto. Habría considerado consultar FNDC en Google, pero temía que pudiera activar alguna alarma.

—A ti no te las han puesto nunca, ¿verdad? —preguntó Luke a Avery—. ¿Las inyecciones grandes? ¿Ni te han hecho las pruebas especiales?

—No. Pero ya llegará. En la Mitad Trasera. —Miró a Luke con expresión solemne—. El doctor Evans llama a los puntos «luces de Stasi». Puede que tenga problemas por lo que ha hecho a Harry. Espero que así sea. Las luces me dan mucho miedo. Y las inyecciones grandes, también. Las inyecciones *potentes*.

—A mí también —dijo Helen—. Bastante malas eran ya las que me han puesto.

Luke se planteó hablar a Helen y Avery de la inyección con la que se le había cerrado la garganta, o de las dos con las que había vomitado (viendo esos malditos puntos con cada arcada), pero no parecía nada del otro mundo en comparación con lo que acababa de ocurrirle a Harry.

—Abrid paso —ordenó Joe.

Se hallaban contra la pared cercana al póster donde se leía ELIJO SER FELIZ. Joe y Hadad pasaron con el cuerpo de Harry Cross. Carlos cargaba con la niña del cuello roto. La cabeza se le balanceaba por encima del brazo y su pelo colgaba hacia abajo. Luke, Helen y Avery los observaron hasta que entraron en el ascensor, y Luke no pudo evitar preguntarse si el depósito de cadáveres estaba en la planta E o en la F.

—Parecía una muñeca —se oyó decir Luke—. Parecía su propia muñeca.

Avery, cuya serenidad escalofriante, como la de una sibila, era en realidad un estado de shock, se echó a llorar.

—Me voy a mi habitación —anunció Helen. Dio una palmada a Luke en el

hombro y un beso a Avery en la mejilla—. Mañana nos vemos, chicos.

Solo que no fue así. Los cuidadores de azul fueron a por ella esa noche y no la vieron más.

6

Avery orinó, se lavó los dientes, se puso el pijama, que para entonces dejaba en la habitación de Luke, y se metió en la cama de este. Luke fue al baño también, se acostó con el Avester y apagó la luz. Apoyó la frente en la de Avery y susurró:

—Tengo que salir de aquí.

¿Cómo?

La palabra no salió de su boca, sino que se iluminó brevemente en su cerebro y luego se desvaneció. Luke empezaba a desarrollar la capacidad para percibir esos pensamientos, pero solo lo conseguía cuando Avery estaba cerca y, a veces, aun así le resultaba imposible. Los puntos —lo que, según Avery, eran luces de Stasi— lo habían dotado de cierto grado de TP, aunque no mucho. Del mismo modo que su TQ nunca había sido gran cosa. Puede que tuviera un coeficiente de inteligencia por las nubes, pero, desde el punto de vista de las aptitudes psíquicas, era un zopenco. No me vendría mal un poco más, pensó, y recordó uno de los viejos dichos de su abuelo: desea en una mano, caga en la otra y mira cuál se llena primero.

—No lo sé —dijo Luke. Lo que sí sabía era que llevaba mucho tiempo allí, más que Helen, y ella ya no estaba. Pronto irían a por él.

7

En plena noche Avery sacudió a Luke, arrancándolo de un sueño en que aparecía Greta Wilcox: Greta recostada contra la pared con el cuello torcido. No era un sueño del que lamentara salir. El Avester, acurrucado contra él, todo rodillas y afilados codos, temblaba como un perro en medio de una tormenta. Luke encendió la lámpara. Avery tenía los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó Luke—. ¿Una pesadilla?

—No. Me han despertado *ellas*.

—¿Quiénes? —Luke miró alrededor, pero la habitación estaba vacía y la puerta, cerrada.

—Sha. E Iris.

—¿Oyes a Iris además de a Kalisha? —Eso era nuevo.

—Antes no, pero... han visto las películas, luego los puntos, luego la bengala, y luego el grupo se ha abrazado y ha juntado las cabezas, de eso ya te había hablado...

—Sí.

—Normalmente después están mejor, se les pasa un rato el dolor de cabeza, pero a Iris le ha vuelto en cuanto han dejado de abrazarse, y tan fuerte que se ha echado a llorar y no paraba. —Avery levantó la voz por encima de su habitual susurro y le vibró de tal manera que provocó en Luke una sensación de frío en todo el cuerpo—. «La cabeza, la cabeza, se me está partiendo, ay, mi pobre cabeza, que esto se acabe, que alguien me quite este...»

Luke dio a Avery una brusca sacudida.

—Baja la voz. Puede que estén escuchando.

Avery respiró hondo varias veces.

—Ojalá pudieras oírme dentro de la cabeza, como Sha. Así podría contártelo todo. Contártelo con la voz me cuesta.

—Inténtalo.

—Sha y Nicky han intentado consolarla, pero no han podido. Ha arañado a Sha y ha intentado darle un puñetazo a Nicky. Entonces ha llegado el doctor Hendricks... aún iba en pijama... y ha llamado a los hombres de rojo. Iban a llevarse a Iris.

—¿A la mitad trasera de la Mitad Trasera?

—Eso creo. Pero de pronto ha empezado a encontrarse mejor.

—Quizá le han dado un calmante. O un sedante.

—No creo. Me parece que se le ha pasado sin nada. ¿Podría ser que Kalisha la hubiera ayudado?

—A mí no me preguntes —dijo Luke—. ¿Cómo voy a saberlo yo?

Pero Avery no lo escuchaba.

—A lo mejor sí que hay una manera de ayudar. Para que puedan... —Se le apagó la voz. Luke pensó que iba a vencerlo el sueño. De repente Avery se revolvió y dijo—: Allí hay algo muy malo.

—Allí todo es malo —aseguró Luke—. Las películas, las inyecciones, los puntos... todo es malo.

—Sí, pero hay otra cosa. Algo peor. Como... no sé...

Luke apoyó la frente en la de Avery y escuchó con todas sus fuerzas. Lo que captó fue el sonido de un avión que los sobrevolaba a gran altura.

—¿Un sonido? ¿Como un zumbido?

—¡Sí! Pero no como el de un avión. Más bien como el de un enjambre de abejas. Creo que viene de la mitad trasera de la Mitad Trasera.

Avery cambió de posición en la cama. A la luz de la lámpara, ya no parecía un niño; parecía un anciano preocupado.

—Los dolores de cabeza empeoran y duran cada vez más, porque los obligan a mirar los puntos todo el tiempo (ya sabes, esas luces) y no paran de recibir inyecciones y ver películas.

—Y la bengala —añadió Luke—. Tienen que mirarla, porque es el

desencadenante.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Duérmete.

—No creo que pueda.

—Inténtalo.

Luke rodeó a Avery con el brazo y miró al techo. Acudió a su memoria un viejo blues que solía cantar su madre: «Fui tuya desde el principio, me robaste el corazón. Te llevaste la mejor parte, así que, qué demonios, ven a por el resto».

Luke estaba cada vez más convencido de que esa era justo la razón por la que se encontraban allí: para que se llevaran la mejor parte de ellos. En la Mitad Delantera los convertían en armas y, en la otra, los utilizaban hasta acabar con ellos. Luego pasaban a la mitad trasera de la Mitad Trasera, donde se sumaban al zumbido... fuera *lo* que fuese.

Esas cosas no pasan, se dijo. Solo que la gente también decía que no pasaban cosas como el Instituto, y menos en Estados Unidos, y si llegaran a pasar, saldrían a la luz, porque en estos tiempos era imposible guardar un secreto; todo el mundo se iba de la lengua. Sin embargo allí estaba él. Allí estaban *ellos*. La imagen de Harry Cross convulsionándose y soltando espumarajos por la boca en el suelo del comedor era horrenda; la visión de aquella niña inofensiva con el cuello torcido y los ojos vidriosos mirando a la nada era peor; pero no se le ocurría nada más espantoso que someter unas mentes a agresiones continuas hasta que por fin pasaban a formar parte del zumbido de un enjambre. Según el Avester, había estado a punto de sucederle a Iris esa misma noche y pronto le sucedería a Nicky, el ídolo de todas las chicas, y a George, el chistoso.

Y a Kalisha.

«Así que, qué demonios, ven a por el resto.»

Luke por fin se durmió. Cuando despertó, el desayuno había terminado hacía rato y estaba solo en la cama. Corrió por el pasillo e irrumpió en la habitación de Avery, convencido de lo que encontraría, pero los pósteres del Avester seguían en las paredes y las figuras de acción continuaban en el escritorio, dispuestas esa mañana en formación de escaramuza.

Luke dejó escapar un suspiro de alivio y, en el acto, se encogió al recibir un pescozón. Al volverse, vio a Winona (apellido: Briggs).

—Vístete, jovencito. No me interesa ver a ningún varón en calzoncillos hasta que tenga al menos veintidós años y esté cachas. Y tú no entras en ninguna de las dos categorías.

Esperó a que Luke se pusiera en marcha. Él le hizo un corte de mangas (cierto, mantuvo el gesto oculto contra el pecho en lugar de exhibirlo, pero le supo bien de todos modos) y regresó a su habitación para vestirse. Más adelante, donde el pasillo confluía con el siguiente, vio una cesta de lavandería Dandux. Podía ser de Jolene o de alguna de las otras dos limpiadoras que se habían incorporado para ayudar ante la mayor afluencia de «residentes», pero sabía que era el de Maureen. Lo intuyó. Había vuelto.

8

Cuando Luke la vio al cabo de un cuarto de hora, pensó: Esta mujer está más enferma que nunca.

Estaba limpiando la habitación de las gemelas. En ese momento retiraba los pósteres de príncipes y princesas de Disney y los guardaba con cuidado en una caja de cartón. Las camas de las pequeñas G ya estaban deshechas; las sábanas, en la cesta de Maureen, junto con el resto de la ropa sucia que había recogido.

—¿Dónde está Gerda? —preguntó Luke.

También le habría gustado saber dónde estaban Greta y Harry, y cualquier otro que hubiese muerto como consecuencia de aquellos experimentos de mierda. ¿Había acaso un crematorio en algún lugar de ese agujero del infierno? ¿Tal vez muy abajo, en la planta F? En ese caso debía de disponer de los mejores filtros o habría olido el humo de los niños incinerados.

—No me preguntes nada y así no tendré que contarte mentiras. Sal de aquí, chico, y ocúpate de tus cosas. —Hablaban con tono seco y cortante, desdeñoso, pero era mera fachada. Incluso la telepatía de baja intensidad tenía sus utilidades.

Luke cogió una manzana del frutero del comedor y sacó un paquete de Round-Up (¡fuma como papá!) de una de las expendedoras. Los cigarrillos de chocolate hicieron que echara de menos a Kalisha, pero también le permitieron sentirse más cerca de ella. Observó el patio, donde jugaba ocho o diez niños, pleno aforo en comparación con lo que Luke se había encontrado al llegar. Avery estaba sentado en una de las colchonetas que rodeaban la cama elástica con la cabeza gacha contra el pecho y los ojos cerrados, profundamente dormido. A Luke no le extrañó. El pobre había pasado mala noche.

Alguien le tocó el hombro, con fuerza pero sin hostilidad. Luke se volvió y vio a Stevie Whipple, uno de los nuevos.

—Tío, lo de anoche fue grave —comentó Stevie—. O sea, lo de ese pelirrojo grandote y la niña pequeña.

—Qué me vas a contar.

—Y esta mañana han venido esos tíos vestidos de rojo y se han llevado a la punki a la Mitad Trasera.

Luke miró a Stevie con muda consternación.

—¿A Helen?

—Sí, esa. Esto es una mierda —dijo Stevie, contemplando el patio—. Ojalá tuviese, no sé, unas botas propulsoras. Iría a tal velocidad que te daría vueltas la cabeza.

—Botas propulsoras y una bomba —añadió Luke.

—¿Eh?

—Haríamos saltar a estos cabrones por los aires y *luego* nos iríamos volando.

Stevie se detuvo a planteárselo, con lo que se le distendió aquella cara redonda, y de pronto se echó a reír.

—Esa sí que es buena. Sí, arrasariamos esto con una bomba y saldríamos de aquí a toda pastilla con las botas propulsoras. Oye, no te sobrará una ficha, ¿verdad? A esta hora del día siempre me entra hambre, y las manzanas no me apasionan. Soy más de Twix. O de aros de cebolla. Los aros de cebolla están bien.

Luke, que había recibido muchas fichas a fuerza de lustrar su imagen de chico bueno, entregó tres a Stevie Whipple y le dijo que se sirviese.

9

Acordándose de la primera vez que posó la mirada en Kalisha, y tal vez para conmemorar la ocasión, Luke entró en el salón, fue a sentarse junto a la máquina de hielo y se llevó a la boca uno de los cigarrillos de chocolate. Iba por su segundo Round-Up cuando Maureen se acercó tirando de su cesta, en ese momento llena de sábanas y fundas de almohada limpias.

—¿Qué tal la espalda? —le preguntó Luke.

—Peor que nunca.

—Lo siento. Vaya mierda.

—Tengo mis pastillas. De algo me sirven. —Se inclinó y se agarró las espinillas, con lo que su cara quedó cerca de la de Luke.

—Se han llevado a mi amiga Kalisha —susurró él—. A Nicky y a George. A Helen hoy mismo. —La mayoría de sus amigos ya no estaban. ¿Y quién se había convertido en el veterano del Instituto? Pues nada menos que Luke Ellis.

—Ya lo sé. —También ella hablaba en susurros—. He estado en la Mitad Trasera. No podemos seguir encontrándonos aquí para hablar. Sospecharán.

Eso parecía tener su lógica; aun así resultaba un tanto raro. Al igual que Joe y Hadad, Maureen hablaba a los niños continuamente y les daba fichas cuando tenía. ¿Y no había otros sitios, zonas muertas, donde la audiovigilancia no funcionaba? Desde luego eso pensaba Kalisha.

Maureen se irguió y, apoyándose las manos en los riñones, se desperezó. A continuación habló con voz normal.

—¿Vas a quedarte ahí sentado todo el día?

Luke succionó el cigarrillo que en ese momento pendía de su labio inferior, lo masticó y se puso en pie.

—Espera, ten, una ficha. —Se la sacó del bolsillo del vestido y se la entregó—. Gástala en algo rico.

Luke regresó parsimoniosamente a su habitación y se tendió en la cama con los brazos y las piernas abiertos. Luego se hizo un ovillo y desplegó el apretado recuadro de papel que ella le había dado junto con la ficha. Maureen tenía una caligrafía vacilante y anticuada, pero esa era solo una de las razones por las que costaba leerla. La letra era *diminuta*. Había llenado todo el papel de lado a lado, de arriba abajo, toda una cara y parte de la otra. Eso lo llevó a pensar en algo que había dicho en clase su profesor de literatura, el señor Sirois, sobre los mejores cuentos de Ernest Hemingway: «Son milagros de la compresión». Lo mismo podía afirmarse de ese mensaje. ¿Cuántos borradores habría necesitado para condensar lo que tenía que decirle en los puntos

esenciales, plasmados en un papelito? Admiró su concisión pese a que empezaba a comprender qué estaba haciendo Maureen. Qué era.

Luke, tienes que deshacerte de esta Nota después de leerla. Es como si Dios te hubiese enviado a mí como Última Oportunidad para que expie algunas de las Malas Acciones que he cometido. Hablé con Leah Fink, de Burlington. Todo lo que me dijiste era Verdad y todo acabará Bien en cuanto al dinero que debo. No tan Bien en cuanto a mí, porque mi dolor de espalda es lo que yo me temía.

PERO ahora que los \$\$\$ que ahorré están a salvo, voy a «desembolsarlos». Hay una manera de hacérselos llegar a mi Hijo, para que pueda ir a la Universidad. Nunca sabrá que el dinero salió de mí, y así quiero que sea. ¡¡Tengo una gran deuda contigo!! Luke, tienes que marcharte de aquí. Pronto irás a la Mitad Trasera. Eres «rosa» y, cuando dejen de hacerte pruebas, quizá te queden solo tres días. Tengo algo que darte y Cosas Muy Importantes que contarte, pero no sé cómo; solo la Máquina de Hielo es un sitio seguro, y ya hemos estado Demasiado tiempo allí. No me preocupo por mí, pero no quiero que tú pierdas tu Única Oportunidad. Ojalá no hubiera hecho lo que he hecho o no hubiera visto este Sitio. Pensaba en el niño que entregué, pero eso no es Excusa. Ya es demasiado tarde. Ojalá nuestra Conversación no tenga que ser junto a la Máquina de Hielo, pero puede que tengamos que arriesgarnos. POR FAVOR, deshazte de esta nota, Luke, y VE CON CUIDADO, no por mí, mi vida acabará pronto, sino por ti. GRACIAS POR AYUDARME. Maureen A.

Así que Maureen era una soplona, que escuchaba a los niños en lugares supuestamente seguros y luego acudía corriendo a Sigsby (o a Stackhouse) con

los retazos de información que le habían proporcionado entre susurros. Además, tal vez no fuera la única; era posible que los dos cuidadores amistosos, Joe y Hadad, también fueran soplones. En junio, Luke la habría odiado por eso, pero ya era julio, y para entonces él se había hecho mucho mayor.

Entró en el cuarto de baño y dejó caer la nota de Maureen en el váter al tiempo que se bajaba el pantalón, tal como había hecho con la de Kalisha. Le dio la impresión de que habían pasado cien años desde entonces.

10

Esa tarde, Stevie Whipple propuso jugar al balón prisionero. La mayoría de los niños participaron, pero Luke prefirió quedarse al margen. Fue al armario de los juegos en busca del tablero de ajedrez (en recuerdo de Nicky) y reprodujo lo que muchos consideraban la mejor partida de todos los tiempos: Yakov Estrin contra Hans Berliner, Copenhague, 1965. Cuarenta y dos movimientos, un clásico. Pasaba de un lado a otro, blancas-negras, blancas-negras, blancas-negras, dejando la tarea en manos de la memoria mientras concentraba la mayor parte de su mente en la nota de Maureen.

Aborrecía la sola idea de que Maureen fuese una soplona, pero entendía sus motivaciones. Había allí otras personas con al menos una pizca de decencia, pero trabajar en un sitio así echaba a perder el criterio moral de uno. Estaban condenadas, lo supieran o no. Quizá Maureen también lo estuviera. En ese momento lo único que importaba era si de verdad sabía cómo podía salir Luke de allí. Para posibilitarlo, tenía que proporcionarle información sin despertar las sospechas de la señora Sigsby y ese otro individuo, Stackhouse (nombre de pila: Trevor). A modo de corolario, estaba también la pregunta de si Maureen

era digna de confianza o no. Luke pensaba que sí. No solo porque él la había ayudado en un momento de necesidad, sino también porque la nota traslucía cierta desesperación, la sensación de que era una mujer que había decidido apostar todas sus fichas a una sola vuelta de ruleta. Además, ¿acaso tenía Luke alternativa?

En la partida de balón prisionero, Avery era uno de los jugadores que corrían dentro del círculo y, en ese momento, alguien le dio un pelotazo en plena cara. Avery se sentó y empezó a llorar. Stevie Whipple lo ayudó a levantarse y le examinó la nariz.

—No tienes sangre, no es nada. ¿Por qué no vas allí y te sientas con Luke?

—O sea, que salga del campo, ¿eso quieres decir? —repuso Avery, sorbiéndose aún la nariz—. No pasa nada. Puedo seguir...

—¡Avery! —llamó Luke. Sostuvo en alto un par de fichas—. ¿Te apetecen unas galletitas de mantequilla de cacahuete y una Coca-Cola?

Avery se acercó al trote, olvidado ya el balonazo en la cara.

—¡Pues claro!

Entraron en la cantina. Avery metió una ficha en la ranura de la expendedora de tentempiés y, cuando se agachó a recoger el paquete de la bandeja, Luke se inclinó también y le susurró al oído:

—¿Quieres ayudarme a salir de aquí?

Avery levantó el paquete de Nabs.

—¿Quieres una?

Y en la cabeza de Luke se iluminó y apagó una palabra: ¿*Cómo?*

—Solo una, comete tú las demás —contestó Luke, y transmitió cinco palabras: *Te lo cuento esta noche.*

Dos conversaciones paralelas, una de viva voz, otra de mente a mente. Y ese sería el método que pondrían en práctica con Maureen.

O eso esperaba Luke.

Al día siguiente, después del almuerzo, Gladys y Hadad llevaron a Luke a la cisterna de inmersión. Lo dejaron en compañía de Zeke y Dave.

—Aquí hacemos pruebas —explicó Zeke Ionidis—, pero también es el sitio donde ponemos en remojo a los chicos malos que no dicen la verdad. ¿Tú dices la verdad, Luke?

—Sí —contestó Luke.

—¿Tienes telepa?

—¿Qué? —Sabía perfectamente a qué se refería el mal bicho de Zeke.

—Telepa. TP. ¿Tienes?

—No. Soy TQ, ¿recuerda? Muevo cucharas y esas cosas. —Intentó esbozar una sonrisa—. Aunque no soy capaz de doblarlas. Lo he intentado.

Zeke negó con la cabeza.

—Si eres TQ y ves los puntos, tienes telepa. Eres TP y ves los puntos, entonces mueves cucharas. Así es como va la cosa.

Qué sabrás tú de cómo va la cosa, pensó Luke. Ni tú ni ninguno de vosotros. Recordó que alguien —quizá Kalisha, quizá George— le había dicho que se darían cuenta si mentía en cuanto a lo de ver los puntos. Supuso que era cierto, tal vez lo revelara el electroencefalograma, pero ¿sabían tanto como afirmaba Zeke? No. Era un farol.

—Sí he visto los puntos un par de veces, pero no leo el pensamiento.

—Hendricks y Evans creen que sí —añadió Dave.

—De verdad que no. —Los miró con su expresión más sincera en los ojos.

—Vamos a averiguar si es verdad —anunció Dave—. Desnúdate, compi.

Como no le quedaba más remedio, Luke se quitó la ropa y entró en la

cisterna. Tenía algo más de un metro de profundidad y unos dos metros y medio de anchura. El agua estaba fresca, era agradable; de momento, todo iba bien.

—Estoy pensando en un animal —dijo Zeke—. ¿Cuál es?

Era un gato. Luke no percibió la imagen, solo la palabra, tan grande y luminosa como un letrero de Budweiser en la vidriera de un bar.

—No lo sé.

—Muy bien, compi, si eso es lo que quieres. Respira hondo, sumérgete y cuenta hasta quince. Entre número y número piensa en un hola-qué-tal. Uno hola-qué-tal, dos hola-qué-tal, tres hola-qué-tal, así.

Luke obedeció. Cuando salió a la superficie, Dave (apellido desconocido, al menos por el momento) le preguntó en qué animal estaba pensando él. La palabra que apareció en la mente de Luke fue CANGURO.

—No lo sé. Ya se lo he dicho, soy TQ, no TP. Y ni siquiera TQ posi.

—Adentro —ordenó Zeke—. Treinta segundos, con un hola-qué-tal entre número y número. Estaré cronometrando, compi.

La tercera inmersión fue de cuarenta y cinco segundos; la cuarta, de un minuto entero. Después de cada una volvían a preguntarle. Pasaron de los animales a los nombres de distintos cuidadores: Gladys, Norma, Pete, Priscilla.

—¡No puedo! —exclamó Luke al tiempo que se enjugaba el agua de los ojos—. ¿Es que no lo entienden?

—Lo que yo entiendo es que ahora vamos a probar con un minuto y cuarto —contestó Zeke—. Y mientras cuentas, plantéate cuánto tiempo quieres que esto se alargue. En tus manos está, compi.

Luke intentó salir a la superficie después de contar hasta 67. Zeke lo agarró por la cabeza y lo hundió. Al cabo de un minuto y quince segundos asomó, sin aire y con el corazón acelerado.

—¿En qué equipo deportivo estoy pensando? —preguntó Dave, y en su mente Luke vio un luminoso letrero de bar donde se leía VIKINGS.

—*¡No lo sé!*

—Mentira —afirmó Zeke—. Pasemos al minuto y medio.

—No —dijo Luke, y retrocedió chapoteando hacia el centro de la cisterna. Procuraba no sucumbir al pánico—. No puedo.

Zeke alzó la vista al techo.

—No seas nenaza. Los pescadores de abulones se sumergen hasta nueve minutos. No te pido más que noventa *segundos*. A no ser que le digas a tu tío Dave aquí presente cuál es su equipo deportivo preferido.

—No es mi tío, y no soy capaz de hacerlo. Déjenme salir ya. —No pudo evitar añadir—: Por favor.

Zeke desenfundó su bastón eléctrico y, con mucho alarde, giró el mando del regulador de intensidad para ponerlo al máximo.

—¿Quieres que toque el agua con esto? Si lo hago, bailarás como Michael Jackson. Ahora ven aquí.

Como no le quedaba más remedio, Luke avanzó hacia el borde de la cisterna de inmersión. «Es divertida», había dicho Richardson.

—Una oportunidad más: ¿en que está pensando Dave? —preguntó Zeke.

Los Vikings, los Vikings de Minnesota, el equipo de mi ciudad.

—*No lo sé.*

—De acuerdo —dijo Zeke con tono pesaroso—. Luke, el submarino de la Armada estadounidense, se sumerge.

—Espera, dale unos segundos para prepararse —instó Dave. Se lo veía preocupado, lo cual preocupó a Luke—. Llénate los pulmones de aire, Luke, y procura estar tranquilo. Cuando el cuerpo está en alerta roja, consume más oxígeno.

Luke tomó aire cinco o seis veces y se sumergió. Zeke hundió la mano y lo

agarró por el pelo. Tranquilo, tranquilo, tranquilo, pensó Luke. También: Cabrón, Zeke, cabrón, te odio, pedazo de sádico.

Llegó a noventa segundos y asomó con la respiración entrecortada. Dave le secó la cara con una toalla.

—Acaba con esto —susurró al oído de Luke—. Dime qué estoy pensando, y ya está. Esta vez es un actor de cine.

MATT DAMON, decía ahora el letrero de bar en la cabeza de Dave.

—No lo sé. —Luke se echó a llorar, y las lágrimas le resbalaron por el rostro húmedo.

—Bien —dijo Zeke—. Pasemos al minuto cuarenta y cinco. Ciento cinco largos segundos, y no te olvides de poner un hola-qué-tal entre número y número. Aún te convertiremos en pescador de abulones.

Luke volvió a hiperventilar, pero para cuando llegó a cien, contando mentalmente, estaba convencido de que abriría la boca y tragaría agua. Lo sacarían, lo reanimarían y volverían a empezar. Seguirían así hasta que les dijera lo que querían oír o se ahogara.

Por fin desapareció la mano de su cabeza. Asomó a la superficie, tomó aire y tosió. Le dieron tiempo para recuperarse y después Zeke dijo:

—Dejémonos de animales, equipos y demás. Basta con que lo digas. Di «Soy telepa, soy TP», y esto terminará.

—¡Vale! ¡Vale, soy telepa!

—¡Estupendo! —exclamó Zeke—. ¡Ya hemos avanzado! ¿En qué número estoy pensando?

El letrero luminoso indicaba 17.

—Seis —dijo Luke.

Zeke imitó el timbre de un concurso.

—Lo siento, era el 17. Esta vez serán dos minutos.

—¡No! ¡No puedo! ¡Por favor!

—La última, Luke —dijo Dave en voz baja.

Zeke apartó a su colega con el hombro, tan violentamente que habría podido derribarlo.

—No le digas cosas que a lo mejor no son verdad. —Volvió a centrar la atención en Luke—. Te dejo treinta segundos para que ventiles totalmente y luego abajo. Equipo de submarinismo olímpico, muchacho.

Como no le quedaba más remedio, Luke inhaló y espiró rápidamente, pero mucho antes de que pudiera contar hasta treinta en su cabeza, la mano de Zeke se cerró en torno a su cabello y lo hundió.

Luke abrió los ojos y observó el revestimiento blanco del interior de la cisterna. La pintura estaba arañada en un par de sitios, quizá por las uñas de otros niños sometidos a esa tortura, que se reservaba estrictamente a los rosa. ¿Y por qué? Era bastante evidente. Porque Hendricks y Evans pensaban que el alcance de las aptitudes psíquicas podía expandirse y los rosa eran prescindibles.

Expandir, prescindir, pensó. Expandir, prescindir. Tranquilo, tranquilo, tranquilo.

Y por más que se esforzó en entrar en un estado zen, al final sus pulmones reclamaron más aire. Su estado zen, que ya de buen comienzo no era muy zen, se vino abajo cuando pensó que si sobrevivía a eso, se vería obligado a soportar dos minutos quince, luego dos minutos treinta, luego...

Comenzó a agitarse. Zeke lo mantuvo hundido. Luke apuntaló los pies y empujó, casi llegó a la superficie, pero Zeke añadió la otra mano y volvió a hundirlo. Los puntos reaparecieron, destellando ante sus ojos, avanzando rápidamente hacia él, retrocediendo y avanzando de nuevo. Empezaron a arremolinarse alrededor como un tiovivo enloquecido. Luke pensó: Las luces de Stasi. Voy a ahogarme viendo las...

Zeke le tiró del pelo para sacarlo. Tenía la casaca blanca empapada. Fijó la

mirada en Luke.

—Voy a hundirte otra vez, Luke. Y otra y otra y otra. Te hundiré hasta que te ahogues y luego te reanimaremos y volveremos a ahogarte y te reanimaremos otra vez. Última oportunidad: ¿en qué número estoy pensando?

—¡No... —Luke vomitó agua— lo sé!

Zeke mantuvo la mirada fija en él quizá durante cinco segundos. Luke se la sostuvo, pese a las lágrimas que manaban de sus ojos.

—A la mierda con esto y contigo, compi —dijo Zeke—. Dave, sécalo y mándalo de vuelta. No quiero ver más esa cara de capullo.

Salió con un portazo.

Luke abandonó como pudo la cisterna, se tambaleó y estuvo a punto de caer. Dave lo sujetó y le tendió una toalla. Luke se secó y volvió a vestirse lo más deprisa posible. No quería estar cerca de ese hombre ni de ese sitio, pero, pese a que se sentía medio muerto, no había perdido la curiosidad.

—¿Por qué es esto tan importante? ¿Por qué es tan importante cuando ni siquiera es la razón por la que estamos aquí?

—¿Cómo sabes tú cuál es la razón por la que estáis aquí? —preguntó Dave.

—Porque no soy tonto, por eso.

—Te conviene tener la boca cerrada —advirtió Dave—. Me caes bien, pero eso no quiere decir que me apetezca oír tu parloteo.

—Esos puntos, sirvan para lo que sirvan, no tienen nada que ver con averiguar si puedo desarrollar las dos habilidades, tanto TP como TQ. ¿Qué están ustedes *haciendo*? ¿Saben siqui...?

Dave lo derribó de un fuerte bofetón. Se le empaparon los fondillos del vaquero a causa del agua encharcada en el suelo de baldosas.

—Yo no estoy aquí para contestar a tus preguntas. —Se inclinó hacia Luke—. ¡Sabemos lo que hacemos, listillo! ¡Sabemos exactamente lo que hacemos! —Y mientras levantaba a Luke de un tirón, añadió—: El año pasado tuvimos

aquí a un niño que aguantó tres minutos y medio. Era un grano en el culo, ¡pero al menos tenía huevos!

12

Avery, preocupado, fue a la habitación de Luke, que le dijo que se marchara, necesitaba estar un rato a solas.

—Lo has pasado mal, ¿no? —preguntó Avery—. En la cisterna. Lo siento, Luke.

—Gracias. Ahora vete. Hablamos más tarde.

—Vale.

Avery se marchó y cerró la puerta a su espalda con delicadeza. Luke, tumbado boca arriba, procuró no revivir esos interminables minutos sumergido en la cisterna, pero el esfuerzo fue en vano. Seguía esperando que de un momento a otro reaparecieran las luces, oscilantes, como exhalaciones a través de su campo visual, trazando círculos y vertiginosas espirales. No ocurrió, y empezó a serenarse. Un pensamiento se impuso a todos los demás, incluso al miedo de que los puntos reaparecieran... y esta vez se quedarán.

Salir. Tengo que salir. Y si no puedo, tengo que morir antes de que me lleven a la Mitad Trasera y me utilicen hasta gastarme.

13

La mayoría de los mosquitos desaparecieron junto con el mes de junio, así que el doctor Hendricks se reunió con Zeke Ionidis delante del edificio de administración, donde había un banco a la sombra de un roble. Cerca se alzaba

un asta, y las barras y estrellas de la bandera ondeaban lánguidamente en la suave brisa veraniega. El doctor Hendricks tenía la carpeta de Luke en el regazo.

—Estás seguro —dijo a Zeke.

—Totalmente. He hundido a ese cabronzuelo cinco o seis veces, diría, cada vez quince segundos más, como usted me indicó. Si pudiera leer el pensamiento, lo habría hecho, como tres y dos son cinco. Un hombre de una unidad de élite del ejército no soportaría esa mierda, mucho menos un crío de esa edad, que no debe de tener más de seis pelos en los huevos.

Hendricks parecía dispuesto a seguir insistiendo, pero finalmente dejó escapar un suspiro y meneó la cabeza.

—De acuerdo. Puedo aceptarlo. Ahora mismo tenemos muchos rosa, y está previsto que lleguen más. Hay donde elegir. Aun así, es una decepción. Me había hecho ilusiones con ese chico.

Abrió la carpeta, con su pequeño punto rosa en el ángulo superior derecho. Se sacó un bolígrafo del bolsillo y trazó una diagonal en la primera página.

—Al menos está sano. Evans lo ha certificado. Esa idiota, Benson, no le contagió la varicela.

—¿No estaba vacunado contra eso? —preguntó Zeke.

—Lo estaba, pero esa niña puso especial empeño en intercambiar saliva con él, y era un caso grave. No podíamos correr riesgos. Eso no. Más vale prevenir que curar.

—¿Y cuándo pasará a la Mitad Trasera?

Hendricks esbozó una sonrisa.

—Estás impaciente por librarte de él, ¿eh?

—La verdad es que sí —respondió Zeke—. Puede que esa Benson no le pegara la varicela, pero Wilholm le contagió las ganas de joder a la gente.

—Pasará en cuanto las Urracas Parlanchinas, Heckle y Jeckle, me den luz

verde.

Zeke simuló un escalofrío.

—Vaya par. *Brrrr*. Me ponen los pelos de punta.

Hendricks no aportó opinión alguna sobre los médicos de la Mitad Trasera.

—¿Estás seguro de que debe descartarse en lo que se refiere a telepatía?

Zeke le dio una palmada en el hombro.

—Totalmente, doctor. Pondría la mano en el fuego.

14

Mientras Hendricks y Zeke hablaban del futuro de Luke, este iba camino del comedor para almorzar. La cisterna de inmersión, además de aterrorizarlo, le había despertado un apetito voraz. Cuando Stevie Whipple le preguntó dónde había estado y qué le pasaba, Luke se limitó a mover la cabeza en un gesto de negación. No quería hablar de la cisterna. Ni en ese momento ni nunca. Supuso que era como combatir en una guerra. Te reclutaban, ibas, pero no querías hablar de lo que habías visto ni de lo que te había ocurrido allí.

Saciado de fettuccini Alfredo, o de la versión que preparaban allí, se echó la siesta y, al despertar, se sentía relativamente mejor. Fue en busca de Maureen y la encontró en el Ala Este, antes vacía. Al parecer, era posible que el Instituto no tardara en acoger a más huéspedes. Se acercó a ella y le preguntó si necesitaba ayuda.

—Porque no me importaría ganarme unas cuantas fichas —añadió.

—No, me las arreglo.

Luke tuvo la impresión de que la mujer envejecía casi por horas. Presentaba una palidez cadavérica. Se preguntó cuánto tardarían en darse cuenta de su estado y obligarla a dejar el trabajo. Luke prefería no pensar qué sería de ella

si eso sucedía. ¿Existiría un plan de jubilación para las mujeres de la limpieza que además eran soplonas del Instituto? Lo dudaba.

La cesta estaba medio llena de ropa de cama limpia, y Luke echó en ella su propia nota. La había escrito en un papel que había robado en el hueco del material de la C-4, junto con un bolígrafo barato que había escondido debajo del colchón. El bolígrafo llevaba inscrito AGENCIA INMOBILIARIA DENNISON RIVER BEND. Maureen vio la nota plegada, la tapó con una funda de almohada y le dirigió un parco gesto de asentimiento. Luke siguió su camino.

Esa noche, en la cama, susurró a Avery durante largo rato antes de dejar que se durmiera. Había dos guiones, explicó a Avery, tenía que haberlos. Pensó que el Avester lo entendía. O quizá sería más exacto decir que *lo esperaba*.

Luke siguió despierto largo rato, escuchando los tenues ronquidos de Avery y meditando sobre la huida. La idea se le antojaba absurda y del todo factible a un tiempo. Estaban las carcassas esféricas polvorientas de las cámaras de vigilancia, y las numerosas veces que lo habían dejado vagar solo y reunir pequeños retazos de información. Estaban las falsas zonas muertas de vigilancia que Sigsby y sus esbirros conocían, y la zona auténtica, que no conocían (o eso esperaba). En suma, era una ecuación bastante sencilla. Debía intentarlo. La alternativa eran las luces de Stasi, las películas, los dolores de cabeza, la bengala que desencadenaba lo que fuera que desencadenase. Y al final de todo el zumbido.

Cuando dejen de hacerte pruebas, quizá te queden solo tres días.

Al día siguiente, por la tarde, Trevor Stackhouse se reunió con la señora

Sigsby en su despacho. Ella, inclinada sobre una carpeta abierta, leía y tomaba notas. Levantó un solo dedo sin alzar la vista. Stackhouse se acercó a la ventana, que daba al Ala Este del edificio que llamaban «residencia», como si el Instituto fuera en efecto un campus universitario, uno que casualmente se hallaba situado en lo más recóndito de los bosques del norte de Maine. Vio a dos o tres niños que rondaban cerca de las máquinas de tentempiés y refrescos, recién reabastecidas. En ese salón no había tabaco ni alcohol, no desde 2005. Por lo general, el Ala Este tenía una población escasa o nula, y cuando había residentes alojados, podían conseguir tabaco y chupitos en las del otro extremo del edificio. Algunos solo los probaban, pero había un número sorprendente —en general, los más deprimidos y aterrorizados por el cambio súbito y catastrófico en sus vidas— que desarrollaban una rápida adicción. Esos eran los que creaban menos problemas, porque no solo querían fichas, las necesitaban. Karl Marx había dicho que la religión era el opio del pueblo, pero Stackhouse se permitía discrepar. Consideraba que los Lucky Strike y el Boone's Farm (la bebida preferida por la mayoría de sus huéspedes femeninos) cumplían esa función perfectamente.

—Listo —dijo la señora Sigsby cerrando la carpeta—. A tu disposición, Trevor.

—Mañana entran cuatro más, del equipo Ópalo —anunció Stackhouse. Tenía las manos entrelazadas a la espalda y los pies separados. Como un capitán en la cubierta de proa de su barco, pensó la señora Sigsby. Vestía uno de sus característicos trajes marrones; ella lo habría considerado una pésima elección para mediados del verano, pero él sin duda lo veía como parte de su *imagen*—. No hemos tenido tantos desde 2008.

Dio la espalda a la ventana, cuya vista tampoco resultaba demasiado interesante. A veces —a menudo, incluso— los niños lo cansaban. No se explicaba cómo soportaban su presencia los profesores, sobre todo privados

de la libertad de soltar un sopapo a los insolentes o administrar una descarga eléctrica a los rebeldes, como el ya ausente Nicholas Wilholm.

—Hubo una época —dijo la señora Sigsby—, mucho antes de la tuya y la mía, en que había más de cien niños aquí. Tenían *lista de espera*.

—Estupendo, había lista de espera. Me alegra saberlo. Y ahora dime, ¿para qué me has llamado? El equipo Ópalo está apostado y, al menos una de esas capturas va a ser delicada. Yo cojo un avión esta noche. La chica se encuentra en un entorno estrechamente vigilado.

—Un centro de rehabilitación, quieres decir.

—Correcto. —Los TQ de alta funcionalidad parecían relativamente a gusto en sociedad; en cambio, los TP de funcionalidad análoga tenían problemas y, a menudo, se daban al alcohol o la droga. Ahogaban la avalancha de información, supuso Stackhouse—. Pero vale la pena. No está a la altura de ese Dixon (él es una fuerza de la naturaleza), pero se le acerca. Así que dime qué te preocupa y déjame atender mis asuntos.

—No es una preocupación, solo un aviso, y no te quedes detrás de mí, me da escalofríos. Acerca una silla.

Mientras él desplazaba la silla para las visitas desde el otro lado del escritorio, la señora Sigsby abrió un archivo de vídeo en su ordenador y empezó a reproducirlo. Mostraba las máquinas de tentempiés situadas delante del comedor. Las imágenes eran borrosas, temblaban cada diez segundos poco más o menos, y de vez en cuando se interrumpían a causa de una ráfaga de estática. La señora Sigsby detuvo el vídeo durante una de estas.

—Lo primero que quiero que observes —comentó ella, utilizando el tonillo severo y magistral que él tanto había llegado a detestar— es la calidad del vídeo. Resulta absolutamente inaceptable. Pasa esto mismo con al menos la mitad de las cámaras de vigilancia. La que hay en esa tienducha de Bend es mejor que la mayoría de las nuestras. —Se refería a Dennison River Bend,

como Stackhouse sabía, y era verdad.

—Trasladaré la queja, pero los dos sabemos que la infraestructura básica de estas instalaciones es una mierda. La última reforma integral se hizo hace cuarenta años, cuando las cosas en este país eran distintas. Mucho más laxas. En la actualidad tenemos solo dos informáticos, y ahora uno está de permiso. El equipo informático se ha quedado obsoleto, igual que los generadores. Todo eso ya lo *sabes*.

La señora Sigsby lo sabía perfectamente. El problema no era la financiación, sino la imposibilidad de obtener mano de obra del exterior. En otras palabras, el clásico callejón sin salida. El Instituto debía permanecer en el más absoluto secreto, lo que, en la era de las redes sociales y los hackers, resultaba cada vez más difícil. A la que corriera el menor rumor acerca de las actividades que llevaban a cabo, sería el fin. De la labor de vital importancia que realizaban, sí, pero también del personal. En consecuencia, la contratación era difícil, el reabastecimiento era difícil y las reparaciones eran una pesadilla.

—Esos cortes se deben a los aparatos de cocina —dijo él—. Las batidoras, los trituradores de basura, los microondas. Quizá pueda hacer algo al respecto.

—A lo mejor puedes hacer algo incluso con las carcassas de las cámaras. No se requiere una tecnología muy avanzada. «Limpiar el polvo», creo que lo llaman. Tenemos bedeles.

Stackhouse consultó su reloj.

—De acuerdo, Trevor. Capto las indirectas.

Volvió a poner en marcha el vídeo. Apareció Maureen Alvorson con su cesta. La acompañaban dos residentes: Luke Ellis y Avery Dixon, el excepcional TP posi que ahora dormía con Ellis casi todas las noches. Pese a la ínfima calidad del vídeo, el audio era bueno.

«Podemos hablar aquí —dijo Maureen a los niños—. Hay un micro, pero hace años que no funciona. Solo tenéis que sonreír mucho, y así, si alguien mira el vídeo, pensará que estáis camelándome para que os dé fichas. A ver, ¿qué os ronda por la cabeza? Y sed breves.»

Se produjo un silencio. El niño pequeño se rascó los brazos, se pellizcó la nariz y luego miró a Luke. Así que Dixon iba solo como acompañante. Aquello era cosa de Ellis. Stackhouse no se sorprendió: Ellis era el listo. El ajedrecista.

«Bueno —dijo Luke—, es por lo que pasó la otra noche en el comedor. Con Harry y las pequeñas G. Eso es lo que nos ronda por la cabeza.»

Maureen suspiró y dejó la cesta.

«Ya me enteré. Una lástima, pero, por lo que sé, están bien.»

«¿De verdad? ¿Los tres?»

Maureen guardó silencio un momento. Avery la observaba con inquietud, rascándose los brazos, pellizcándose la nariz y, en conjunto, con aspecto de necesitar ir al baño. Por fin ella dijo: «Puede que no bien *ahora mismo*, al menos no del todo. Por lo que oí decir al doctor Evans, los llevaron a la enfermería de la Mitad Trasera. La que tienen allí es excelente.»

«¿Qué más hay allí...?»

«Calla. —Maureen levantó una mano y miró alrededor. La imagen se perdió, pero el sonido siguió llegando con nitidez—. No me preguntes por la Mitad Trasera. De eso no puedo hablar, salvo para decir que es un sitio bonito, más que la Mitad Delantera, y los niños, después de pasar un tiempo allí, vuelven a casa.»

Cuando se recuperó la imagen, los tenía a los dos rodeados con los brazos. Los acercaba.

—Fíjate en eso —indicó Stackhouse con admiración—. La Madre Coraje. Lo hace bien.

—Silencio —dijo la señora Sigsby.

Luke preguntó a Maureen si estaba totalmente *segura* de que Harry y Greta seguían vivos. «Porque parecían... bueno, muertos.»

«Sí, todos los niños lo dicen —coincidió Avery, y se tiró de la nariz con especial violencia—. Harry se sacudió y dejó de respirar. Greta tenía el cuello todo torcido y raro.»

Maureen no se precipitó; Stackhouse advirtió que elegía las palabras. Pensó que podría haber sido una agente secreta aceptable en un sitio donde los servicios de inteligencia tuviesen verdadera importancia. Entretanto los dos niños la miraban y esperaban.

Por fin dijo: «Yo no estaba, claro, y no dudo que debió de dar miedo, pero debo pensar que las cosas parecieron mucho peor de lo que eran». Volvió a interrumpirse, aunque, después de que Avery se diera otro reconfortante pellizco en la nariz, prosiguió: «Si Cross tuvo un ataque... repito *si*... le darán la medicación adecuada. En cuanto a Greta, una de las veces que pasé por delante de la sala de descanso, oí que el doctor Evans decía al doctor Hendricks que tenía un esguince en el cuello. Seguramente le han puesto un collarín. Su hermana debe de estar con ella. Para reconfortarla, ya me entendéis».

«Vale —dijo Luke, aparentemente aliviado—. Si estás segura.»

«Tan segura como puedo estarlo, solo puedo decirte eso, Luke. En este sitio corren muchas mentiras, pero a mí de pequeña me enseñaron a no mentir a la gente, en especial a los niños. Así que lo único que puedo decir es que estoy todo lo segura que puedo estar. Y dime, ¿por qué le das tanta importancia a eso? ¿Solo porque te preocupan tus amigos o hay algo más?»

Luke miró a Avery, que se dio un tremendo tirón de nariz y asintió con la cabeza.

Stackhouse alzó la vista al techo.

—Por Dios, chaval, si tienes que meterte el dedo en la nariz, métetelo de una vez. Los prolegómenos me están sacando de quicio.

La señora Sigsby detuvo el vídeo.

—Es un gesto para reconfortarse, y francamente mejor que llevarse la mano a la entrepierna. Ese otro lo he visto mucho a lo largo de mi vida, tanto en niños como en niñas. Ahora calla. Aquí viene la parte interesante.

«Si te digo una cosa, ¿me prometes que no se lo contarás a nadie», preguntó Luke.

Ella se paró a pensar mientras Avery seguía torturando su pobre nariz. Finalmente asintió.

Luke bajó la voz. La señora Sigsby subió el volumen.

«Algunos niños hablan de una posible huelga de hambre. No más comida hasta que sepamos con seguridad que las pequeñas G y Harry están bien.»

Maureen bajó también la voz. «¿Qué niños?»

«No lo sé exactamente —respondió Luke—. Algunos nuevos.»

«Diles que sería muy mala idea. Tú eres listo, muy listo, y seguro que sabes lo que significa la palabra «represalias». Luego puedes explicárselo a Avery. —Maureen miró fijamente al más pequeño, que se zafó de su brazo y se llevó una mano a la nariz en actitud protectora, como si temiera que fuera a agárrasela o quizá incluso arrancársela—. Ahora tengo que irme. No quiero que os metáis en líos, ni meterme yo. Si alguien pregunta de qué hemos hablado...»

«Queríamos que nos encargaras tareas para conseguir más fichas —dijo Avery—. Entendido.»

«Bien. —Ella miró a la cámara, se dispuso a marcharse y de pronto se dio la vuelta—. No tardaréis en salir aquí y volver a casa. Hasta entonces, sed listos. No causéis problemas.»

Maureen cogió el trapo del polvo y lo pasó rápidamente por la bandeja de

la expendedora de bebidas alcohólicas. Luego recogió la cesta y se fue. Luke y Avery se quedaron allí un momento y después siguieron también su camino. La señora Sigsby apagó el vídeo.

—Huelga de hambre —dijo Stackhouse con una sonrisa—. Esa es nueva.

—Sí —coincidió la señora Sigsby.

—Tiemblo solo de pensarlo. —Stackhouse desplegó una sonrisa aún más amplia. No pudo contenerse, por más que la Siggers quizá lo desaprobara.

Para su sorpresa, ella se rio. ¿Cuándo fue la última vez que la había oído reírse? Quizá la respuesta correcta era nunca.

—Desde luego tiene su lado gracioso. Los niños en crecimiento serían los peores huelguistas de hambre del mundo. Son máquinas de comer. Pero tienes razón, es toda una novedad. ¿Qué nuevos residentes crees que lo han propuesto?

—Bah. Ninguno. Solo tenemos a un niño lo bastante listo para saber siquiera qué es una huelga de hambre y lleva casi un mes aquí.

—Sí —convino ella—. Y me alegraré cuando se marche de la Mitad Delantera. Wilholm era un incordio, pero al menos expresaba su ira a las claras. En cambio, Ellis... es *taimado*. No me gustan los niños taimados.

—¿Cuándo se marcha?

—El domingo o el lunes, si Hallas y James, en la Mitad Trasera, acceden. Y lo harán. Hendricks ya casi ha acabado con él.

—Bien. ¿Atajarás este asunto de la huelga de hambre o lo dejarás correr? Te sugiero que lo pases por alto. Se extinguirá, si es que llega a cobrar forma.

—Creo que lo atajaré. Como tú dices, ahora tenemos muchos residentes, y quizá sea oportuno hablarles al menos una vez en grupo.

—Si lo haces, probablemente Ellis llegará a la conclusión de que Alvorson es una soplona. —Teniendo en cuenta el coeficiente de inteligencia de ese niño, el «probablemente» estaba de más.

—Da igual. Se marchará en unos días y su amiguito, el de los tirones de nariz, no tardará en seguirlo. Bueno, en cuanto a esas cámaras de vigilancia...

—Escribiré un informe a Andy Fellowes antes de irme esta noche, y les daremos prioridad en cuanto regrese. —Se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas y fijó sus ojos castaños en los de ella, de un gris acerado—. Entretanto, relájate o acabarás con una úlcera. Recuerdate al menos una vez al día que tratamos con niños, no con delincuentes habituales.

La señora Sigsby no contestó, porque sabía que él tenía razón. Incluso Luke Ellis, por listo que fuese, no era más que un crío y, al cabo de un tiempo en la Mitad Trasera, seguiría siendo un niño, pero ya no tendría nada de listo.

16

Cuando la señora Sigsby entró en el comedor esa noche con un traje carmesí, una blusa gris y un collar de perlas, esbelta y erguida, no necesitó repiquetear en un vaso con una cucharilla para llamar la atención. Todas las conversaciones cesaron en el acto. Los técnicos y los cuidadores se acercaron a la puerta que daba al Salón Oeste. Salió incluso el personal de cocina, que se congregó detrás del bufet de ensaladas.

—Como casi todos sabéis —dijo la señora Sigsby con voz sonora y afable—, hace dos noches tuvo lugar aquí, en el comedor, un desafortunado incidente. Han corrido rumores y habladurías acerca de que murieron dos niños en ese incidente. Es totalmente falso. En el Instituto no matamos a los niños.

Los recorrió con la mirada. Permanecían atentos, con los ojos muy abiertos, ajenos a la comida.

—Por si alguno de vosotros estaba concentrado en su macedonia y no

prestaba atención, repetiré la última frase: «no matamos a los niños». —Se interrumpió para que pudieran asimilarlo—. Vosotros no habéis pedido que os traigan aquí. Eso todos lo entendemos, pero no nos disculpamos por ello. Estáis aquí para servir no solo a vuestro país, sino al mundo entero. Cuando vuestro servicio concluya, no recibiréis medallas. No habrá desfiles en vuestro honor. No seréis conscientes de nuestro sincero agradecimiento, porque, antes de marcharos, vuestros recuerdos del Instituto serán erradicados. Borrados, para aquellos que no conozcáis esa palabra. —Posó los ojos un momento en Luke y, con la mirada, dijo: «Pero tú por supuesto sí la conoces»—. Os ruego que comprendáis que, en todo caso, contáis con ese agradecimiento. Durante vuestra estancia aquí se os someterá a pruebas, y algunas de las pruebas pueden ser duras, pero sobreviviréis y os reuniréis con vuestras familias. Nunca hemos perdido a un niño.

Volvió a interrumpirse, esperando a que alguno respondiera o expresara alguna objeción. Tal vez Wilholm lo habría hecho, pero Wilholm ya no estaba. Ellis se abstuvo, porque la respuesta directa no era lo suyo. Como ajedrecista, prefería las maniobras solapadas a la agresión directa. Aunque de poco le serviría.

—Harold Cross tuvo un breve ataque después de la prueba de agudeza y campo visual, esa que algunos de vosotros, aquellos que la habéis pasado, llamáis «los puntos» o «las luces». Sin querer, golpeó a Greta Wilcox, que intentaba (admirablemente, como sin duda todos pensamos) reconfortarlo. Sufrió un severo esguince de cuello, pero se está recuperando. Su hermana está con ella. Las gemelas Wilcox y Harold serán enviados a sus casas la semana que viene, sin duda con nuestros mejores deseos.

Volvió a buscar con la mirada a Luke, que se encontraba sentado a una mesa adosada a la pared del fondo. Lo acompañaba su amigo, el niño pequeño. Dixon permanecía boquiabierto, pero al menos de momento se dejaba en paz

la nariz.

—Si alguien contradice lo que acabo de decir, podéis dar por hecho que esa persona miente, y debéis informar inmediatamente de dichas mentiras a uno de los cuidadores o técnicos. ¿Entendido?

Silencio, ni siquiera roto por el sonido de alguna tos nerviosa.

—Si ha quedado claro, me gustaría que dijerais: «Sí, señora Sigsby».

—Sí, señora Sigsby —respondieron los niños.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Me parece que podéis hacerlo mejor.

—*¡Sí, señora Sigsby!*

—Y ahora con verdadera convicción.

—*¡SÍ, SEÑORA SIGSBY!* —Esta vez sumaron sus voces el personal de cocina, los técnicos y los cuidadores.

—Bien. —La señora Sigsby sonrió—. No hay nada como una respuesta afirmativa en voz bien alta para despejar los pulmones y la mente, ¿verdad? Ahora seguid comiendo. —Se volvió hacia el personal de cocina, vestido de blanco—. Y postre extra antes de acostarse, en el supuesto de que pueda usted proporcionar pastel y helado, cocinero Doug.

El cocinero Doug formó un círculo con el pulgar y el índice. Alguien empezó a batir palmas. Otros se sumaron. La señora Sigsby movió la cabeza a derecha e izquierda en reconocimiento de los aplausos mientras abandonaba el comedor con la cabeza alta, balanceando las manos a los costados en arcos cortos y precisos. Una parca sonrisa, lo que Luke consideraba una sonrisa de Mona Lisa, curvó las comisuras de sus labios. El personal de blanco se separó para abrirle paso.

Sin dejar de aplaudir, Avery se inclinó hacia Luke y susurró:

—*Todo era mentira.*

Luke respondió con un gesto de asentimiento casi imperceptible.

—Esa cabrona de mierda —dijo Avery.

Luke repitió el diminuto gesto y transmitió un breve mensaje mental: *Tú sigue dando palmas.*

Y eso hizo Avery.

17

Más tarde Luke y Avery se acostaron uno al lado del otro en la cama de Luke mientras en el Instituto la actividad decaía de cara a una noche más.

Avery, en susurros, reprodujo todo lo que Maureen le había dicho cada vez que él se tocaba la nariz para indicarle que transmitiera. Luke temía que Maureen no hubiera entendido la nota que le había metido en la cesta (se debía a un pequeño prejuicio inconsciente, basado quizá en el uniforme marrón de limpiadora que llevaba; tendría que trabajar en eso), pero la había entendido a la perfección y había proporcionado a Avery una lista paso por paso. A juicio de Luke, el Avester podría haber sido un poco más sutil con las señales, pero, al parecer, todo había salido bien. Tenía que confiar en que así fuera. Partiendo de ese supuesto, la única pregunta real de Luke era si el primer paso daría o no resultado. Su sencillez rayaba en la crudeza.

Los dos niños, tendidos boca arriba, miraban la oscuridad. Luke repasaba los pasos por décima vez —o tal vez decimoquinta— cuando Avery invadió su mente con tres palabras que destellaron como un neón rojo y después se apagaron, dejando una imagen persistente.

Sí, señora Sigsby.

Luke le propinó un codazo.

Avery dejó escapar una risita.

Al cabo de unos segundos las palabras reaparecieron, esta vez con mayor

intensidad.

¡Sí, señora Sigsby!

Luke le dio otro codazo, pero sonreía, y Avery probablemente lo sabía, por oscuro que estuviera. La sonrisa se había formado tanto en su mente como en sus labios, y Luke pensó que tenía derecho a sonreír. Tal vez no lograra escapar del Instituto —debía admitir que lo tenía todo en contra—, pero había sido un buen día. Esperanza era una palabra magnífica, una sensación magnífica.

¡SÍ, SEÑORA SIGSBY, CABRONA DE MIERDA!

—Para o te hago cosquillas —musitó Luke.

—Ha salido bien, ¿no? —susurró Avery—. Ha salido muy bien. ¿Crees que de verdad puedes...?

—No lo sé, solo sé que voy a intentarlo. Ahora calla y duérmete.

—Ojalá pudieras llevarme contigo. No sabes cuánto me gustaría.

—A mí también —respondió Luke, y lo decía en serio.

Para Avery sería duro quedarse allí solo. Su adaptación social era mejor que la de las pequeñas G o Stevie Whipple, pero nadie lo coronaría jamás como Mister Personalidad.

—Cuando vuelvas, tráete a mil policías —susurró Avery—. Y hazlo deprisa, antes de que me lleven a la Mitad Trasera. Hazlo mientras podamos salvar a Sha.

—Haré lo que pueda —prometió Luke—. Y no me grites más dentro de la cabeza. Esa broma pierde la gracia enseguida.

—Ojalá tuvieras más TP. Y no lo pasaras tan mal al transmitir. Podríamos hablar mejor.

—Si los deseos fueran caballos, los mendigos serían jinetes. Por última vez, duérmete.

Avery obedeció y Luke empezó a sucumbir también al sueño. El primer paso

de Maureen era tan rudimentario como la máquina de hielo junto a la que a veces hablaban, pero debía reconocer que cuadraba con todo lo que él ya había observado: las carcasas polvorientas de las cámaras, los zócalos donde la pintura se había desconchado hacía años y nunca se había retocado, una tarjeta para el ascensor abandonada sin la menor cautela. Volvió a pensar que aquel lugar era como un cohete con los motores apagados, todavía en movimiento pero por inercia.

18

Al día siguiente Winona lo acompañó a la planta C, donde le hicieron un chequeo rápido: tensión arterial, ritmo cardíaco, temperatura, nivel de oxígeno. Cuando Luke preguntó qué prueba le tocaba a continuación, Dave consultó su tablilla, le dirigió una sonrisa radiante —como si nunca lo hubiese tumbado de un golpe— y anunció que no tenía nada programado.

—Tienes el día libre, Luke. Pásalo bien. —Alzó la mano, con la palma abierta.

Luke le devolvió la sonrisa y le chocó los cinco, pero en lo que estaba pensando era en la nota de Maureen: «cuando dejen de hacerte pruebas, quizá te queden solo tres días».

—¿Y mañana? —preguntó cuando regresaban al ascensor.

—Mañana ya se verá —respondió Dave—. Así van aquí las cosas.

Tal vez eso se aplicara a quienes no tenían opciones, pero a él ya no le servía. Él necesitaba más tiempo para repasar el plan de Maureen —o para postergarlo, más bien—, pero temía que apenas le quedaba tiempo.

En el patio del Instituto habían pasado a jugar al balón prisionero a diario, casi como un ritual, y prácticamente todos participaban al menos durante un

rato. Luke entró en el círculo y pugnó entre los otros jugadores durante diez minutos más o menos antes de dejarse matar. En lugar de unirse a los que lanzaban, cruzó la mitad del patio asfaltada, pasando por delante de Frieda Brown, quien, sola allí de pie, lanzaba tiros libres. Luke pensó que en realidad la niña no era aún muy consciente de dónde estaba. Se sentó en la grava y apoyó la espalda en la alambrada. Al menos se había atenuado un poco el problema de los mosquitos. Bajó las manos a los costados y las deslizó ociosamente hacia detrás y hacia delante, sin apartar la mirada de los niños que jugaban al balón prisionero.

—¿Quieres tirar a la canasta un rato? —preguntó Frieda.

—Puede que luego —respondió Luke.

Con toda naturalidad se llevó una mano a la espalda, palpó la base de la valla y descubrió que en efecto Maureen tenía razón: el suelo se hundía un poco y quedaba cierta separación. Ese hoyo podría haberse formado a causa del deshielo a principios de la primavera. No tenía más de tres o cuatro centímetros de anchura, pero allí estaba. Nadie se había molestado en rellenarlo. Luke, con la mano vuelta hacia arriba, tocó la base expuesta de la valla, notando en la palma la presión de las púas de alambre. Moviéndola un momento las yemas de los dedos en el aire libre al otro lado, fuera del Instituto, después se puso en pie, se sacudió el polvo de los fondillos del pantalón y preguntó a Frieda si quería jugar al burro. Ella le dirigió una sonrisa anhelante con la que decía: «¡Sí! ¡Por supuesto! ¡Seamos amigos!».

En cierto modo aquello le partió el corazón.

Luke tampoco tuvo pruebas al día siguiente y nadie se molestó siquiera en

tomarle las constantes vitales. Ayudó a Connie, uno de los bedeles, a llevar dos colchones desde el ascensor hasta un par de habitaciones del Ala Este, recibió una triste ficha por sus esfuerzos (todos los bedeles eran tacaños en el reparto de fichas) y, de regreso en su habitación, encontró a Maureen de pie junto a la máquina de hielo bebiendo de la botella de agua que siempre dejaba allí a refrescar. Le preguntó si necesitaba ayuda.

—No, me las arreglo. —Bajando la voz, añadió—: Hendricks y Zeke estuvieron hablando fuera, al lado del asta de la bandera. Los vi. ¿Te han estado haciendo pruebas?

—No. No desde hace dos días.

—Eso pensaba. Hoy es viernes. Puede que tengas hasta el sábado o el domingo, pero yo no me arriesgaría. —La mezcla de preocupación y compasión que Luke percibió en su rostro demacrado lo aterrorizó.

Esta noche.

No pronunció las dos palabras en voz alta; solo las formó con los labios, manteniendo la mano a un lado de la cara como si se rascara debajo del ojo. Ella asintió.

—Maureen... ¿saben ellos que tienes...? —No pudo acabar la frase, y tampoco fue necesario.

—Creen que es ciática. —Habló en susurros—. Puede que Hendricks sospeche algo, pero le da igual. Como a los demás, siempre y cuando pueda seguir trabajando. Ahora vete, Luke. Arreglaré tu habitación mientras comes. Mira debajo del colchón cuando te acuestes. Suerte. —Maureen titubeó—. Ojalá pudiera abrazarte, hijo.

Luke notó que se le empañaban los ojos y se alejó a toda prisa para que ella no lo viera.

Comió en abundancia, pese a que no tenía mucho apetito. En la cena haría lo mismo. Presentía que, si aquello salía bien, iba a necesitar todo el combustible

que pudiera cargar.

Esa noche, en la cena, Frieda, que parecía marcada por la impronta de Luke, se unió a Avery y a él. Después salieron al patio. Con el pretexto de que iba a vigilar a Avery un rato en la cama elástica, Luke rehusó seguir jugando a la canasta con la niña.

Dos de aquellas palabras en neón rojo cobraron forma en la mente de Luke mientras veía saltar al Avester, que caía lánguidamente sentado o de bruces.

¿Esta noche?

Luke negó con la cabeza.

—Pero necesito que te quedes en tu habitación. Por una vez me gustaría dormir ocho horas enteras.

Avery se descolgó de la cama elástica y miró a Luke con expresión solemne.

—No me digas cosas que no son verdad porque crees que alguien me verá triste y se preguntará por qué. No deben verme triste. —Tensó los labios en una sonrisa absolutamente postiza.

Vale. Pero no me jodas esta oportunidad, Avester.

Vuelve a por mí si puedes. Por favor.

Volveré.

Los puntos aparecieron de nuevo, acompañados del vívido recuerdo de la cisterna de inmersión. Luke pensó que se debía al esfuerzo que le exigía transmitir conscientemente sus pensamientos.

Avery lo miró aún por un momento y después corrió hacia la canasta de baloncesto.

—¿Quieres jugar al burro, Frieda?

Ella lo miró y le sonrió.

—Niño, te ganaré como si nada.

—Dame las dos primeras letras de ventaja, y ya veremos.

Jugaron mientras la claridad del día empezaba a desvanecerse. Luke cruzó

el patio y volvió la vista atrás una vez en el momento en que Avery —a quien en una ocasión Harry Cross había llamado «amiguito» de Luke— intentaba lanzar un gancho que falló estrepitosamente. Pensó que Avery iría a su habitación esa noche al menos el tiempo justo para recuperar su cepillo de dientes, pero no fue.

20

Luke jugó unas cuantas partidas de Slap Dash y 100 Balls en el ordenador; luego se lavó los dientes, se quedó en calzoncillos y se metió en la cama. Apagó la lámpara y buscó a tientas bajo el colchón. Podría haberse cortado los dedos con el cuchillo que le había dejado Maureen (a diferencia de los de plástico que les daban en el comedor, ese parecía un cuchillo de cocina con una hoja auténtica) si no lo hubiera envuelto en un paño. Encontró otra cosa, que identificó al tacto. Sin duda había utilizado muchos de esos antes de ir allí: un lápiz USB. Se ladeó en la oscuridad y, alargando el brazo, guardó los dos objetos en el bolsillo del pantalón.

Entonces empezó la espera. Durante un rato los niños corrieron pasillo arriba, pasillo abajo, quizá jugando a tocar y parar, quizá solo tonteando. Ocurría todas las noches desde que había más niños. Se oían gritos y risas, seguidos de exageradas peticiones de silencio, seguidas de más risas. Estaban quemando energía. Quemando el *miedo*. Esa noche uno de los gritones más estridentes era Stevie Whipple, y Luke dedujo que había estado tomando vino o limonada cargada. No había ningún adulto severo que exigiera silencio; los responsables de la residencia no tenían el menor interés en hacer cumplir las normas sobre moderación del ruido ni imponer toques de queda.

Finalmente se impuso la calma en la zona de la planta de la residencia

donde estaba Luke. Ya no oía más que los latidos uniformes de su propio corazón y los engranajes de su pensamiento mientras repasaba por última vez la lista de Maureen.

Ve hacia la cama elástica al salir, se recordó. Utiliza el cuchillo si hace falta. Luego un leve giro a la derecha.

Si salía.

Para su alivio, descubrió que sentía un ochenta por ciento de determinación y solo un veinte por ciento de miedo. Incluso esa proporción de miedo carecía de sentido, pero Luke imaginó que era natural. Lo que impulsaba su determinación —lo que *sabía* con toda certeza— era simple y claro: era su oportunidad, la única de que dispondría, y se proponía aprovecharla.

Cuando en el pasillo reinaba el silencio desde hacía, según sus cálculos, una media hora, se levantó y cogió el cubo para el hielo de encima del televisor. Tenía una excusa preparada para los vigilantes, si es que de verdad había alguien atento a los monitores a esa hora y no sentado en la sala de control de alguna planta inferior jugando al solitario sin más.

Esa excusa era la siguiente: un niño se acuesta temprano y se despierta por alguna razón, quizá para ir al baño, quizá por una pesadilla. Sea como sea, el niño, aún más dormido que despierto, recorre el pasillo en ropa interior. Las cámaras, en sus carcacas polvorientas, lo observan mientras va a la máquina de hielo para rellenar el cubo. Y cuando regresa, no solo con el cubo sino también con la pala, suponen que el niño, adormilado como está, se la ha llevado sin darse cuenta. Por la mañana, la verá en el escritorio o en el lavabo y se preguntará cómo ha llegado hasta allí.

De vuelta en su habitación, Luke echó un poco de hielo en un vaso, lo llenó de agua del grifo en el cuarto de baño y se bebió la mitad. Le supo bien. Tenía la boca y la garganta muy secas. Dejó la pala encima de la cisterna del inodoro y volvió a la cama. Se agitó y revolvió. Masculló para sí. Quizá el

niño de la excusa que estaba urdiendo ahora a su amiguito. Quizá por eso no puede conciliar el sueño. Y quizá nadie observa ni escucha, pero quizá sí hay alguien, y por si acaso ese es el papel que debe representar.

Finalmente volvió a encender la lámpara y se vistió. Entró en el baño, donde no había vigilancia (*probablemente* no había vigilancia), se acomodó la pala bajo la cinturilla del pantalón, por delante, y se la cubrió con la camiseta de los Twins. Si allí había videovigilancia y alguien permanecía atento a las imágenes, seguramente ya estaba perdido. No podía hacer nada más que pasar a la siguiente parte de la excusa.

Salió de la habitación y recorrió el pasillo hasta el salón. Allí encontró a Stevie Whipple y a otro niño, uno nuevo, tendidos en el suelo y profundamente dormidos. Esparcidos alrededor, vio cinco o seis botellines de Fireball, todos vacíos. Eso equivalía a muchas fichas. Stevie y su nuevo amigo despertarían con resaca y los bolsillos vacíos.

Luke pasó por encima de Stevie y entró en el comedor. Sin más iluminación que los fluorescentes del bufet de ensaladas, aquel lugar resultaba lúgubre y daba un poco de miedo. Cogió una manzana del frutero, nunca vacío, y la mordió al tiempo que volvía al salón, con la esperanza de que no hubiera nadie mirando, con la esperanza de que si alguien miraba, entendiera la pantomima que estaba interpretando y se la tragara. El niño se ha despertado. El niño ha ido a buscar hielo a la máquina y ha bebido un refrescante vaso de agua bien fría, pero después está aún más desvelado, así que va al comedor a por algo de comer. Entonces el niño piensa: *Eh, ¿y si salgo al patio un rato y tomo un poco el aire?* No sería el primero en hacerlo; Kalisha le contó que Iris y ella habían salido varias veces a contemplar las estrellas: allí, sin contaminación lumínica que las enturbiara, resplandecían de una manera increíble. O a veces, le contó ella, algunos utilizaban el patio por la noche para darse el lote. Luke confiaba en que esa noche no hubiese nadie mirando

las estrellas ni besuqueándose.

No había nadie, y sin luna el patio se hallaba prácticamente a oscuras; los distintos elementos del equipamiento se veían reducidos a sombras angulosas. Si no iban acompañados de uno o dos amigos, los niños pequeños solían tener miedo a la oscuridad. Los chicos mayores también, aunque pocos lo reconocían.

Luke atravesó el patio, esperando que apareciese uno de los cuidadores nocturnos menos conocidos y le preguntase qué hacía allí fuera con esa pala escondida debajo de la camiseta. No estaría pensando en fugarse, ¿verdad? ¡Porque había que estar loco para intentarlo!

—Loco —musitó Luke, y se sentó de espaldas a la alambrada—. Ese soy yo, un loco de atar.

Esperó por si aparecía alguien. No salió nadie. Solo se oían el ruido de los grillos y los ululatos de una lechuza. Había una cámara, pero ¿de verdad la controlaban? Disponían de servicio de seguridad, eso lo sabía, aunque era un servicio de seguridad *negligente*. Eso también lo sabía. Se disponía a averiguar hasta dónde llegaba esa negligencia.

Se levantó la camiseta y sacó la pala. En su cabeza, al imaginar esa parte de la fuga, excavaba a su espalda con la mano derecha y tal vez cambiaba a la izquierda cuando se le cansaba el brazo. En la realidad, ese método no dio muy buen resultado. Rozaba la base de la alambrada con la pala una y otra vez, lo cual producía un sonido estridente en medio de aquella quietud, y no veía si avanzaba.

Es absurdo, pensó.

Dejando de lado su preocupación por la cámara, Luke se puso de rodillas y empezó a cavar bajo la valla, echando la grava a derecha e izquierda. El tiempo pareció dilatarse. Tuvo la sensación de que transcurrían horas. ¿Acaso en esa sala de vigilancia alguien a quien nunca había visto (pero imaginaba

con toda claridad) empezaba a preguntarse por qué el crío insomne no había vuelto del patio? ¿Enviaría a alguien a comprobarlo? ¿Y si esa cámara, supongamos, tiene visión nocturna, Lukey? Entonces ¿qué?

Cavó. Sentía que el sudor comenzaba a bañarle la cara, y los mosquitos del turno de noche se cebaban en él. Cavó. Le olían las axilas. Se le había acelerado el corazón. Le dio la sensación de que había alguien a sus espaldas, pero cuando miró por encima del hombro, no vio más que los soportes del tablero de baloncesto recortados contra las estrellas.

Disponía ya de una zanja bajo la valla. Poco profunda, pero había llegado al Instituto delgado y desde entonces había perdido aún más peso. A lo mejor...

Cuando se tendió y trató de deslizarse por debajo, sin embargo, la valla se lo impidió. Aún le faltaba mucho.

Vuelve a entrar. Vuelve a entrar y métete en la cama antes de que te encuentren y hagan contigo alguna atrocidad por intentar salir de aquí.

Pero aquello no era una opción, sino mera cobardía. Le *harían* alguna atrocidad en cualquier caso: las películas, los dolores de cabeza, las luces de Stasi... y al final el zumbido.

Cavó, con la respiración agitada, atrás y adelante, a izquierda y derecha. La brecha entre la base de la valla y el suelo ganaba profundidad poco a poco. Había sido una estupidez por parte de esa gente no pavimentar la superficie a ambos lados de la valla. Una estupidez no electrificar la alambrada, aunque fuese mínimamente. Pero no lo habían hecho, y allí estaba él.

Volvió a tenderse, volvió a intentar pasar por debajo, y nuevamente se lo impidió la base. Aunque ya faltaba menos. Luke se puso otra vez de rodillas y cavó más, cavó con mayor rapidez, a izquierda y derecha, atrás y adelante. Al final el mango de la pala cedió con un chasquido. Luke lo tiró y continuó cavando, notando que el borde de la pala se le hincaba en las palmas de las

manos. Cuando se paró a examinárselas vio que le sangraban.

Esa vez tenía que pasar. Tenía que pasar.

Pero por poco... no cupo.

Así pues, siguió paleando. A izquierda y a derecha, a estribor y a babor. La sangre le resbalaba por los dedos; el cabello se le adhería a la frente, húmeda de sudor; los mosquitos le zumbaban en los oídos. Dejó la pala, se tendió y, una vez más, trató de deslizarse por debajo de la valla. Las púas que sobresalían se le engancharon en la camiseta y se le clavaron en la piel; le sangraron también las paletillas. Siguió adelante.

A medio camino se atascó. Fijó la mirada en la grava y vio los pequeños remolinos de polvo que se formaban bajo su nariz a causa del jadeo. Tenía que volver atrás, tenía que cavar más hondo... quizá solo un poco. Pero cuando intentó retroceder de costado hacia el patio, descubrió que no podía moverse ni en un sentido ni en otro. No solo estaba atascado, estaba inmovilizado. Allí continuaría, atrapado bajo esa puta valla como un conejo en una trampa, cuando el sol saliera a la mañana siguiente.

Los puntos reaparecieron, rojos y verdes y morados, brotando del suelo excavado que tenía a apenas cuatro o cinco centímetros de los ojos. Se precipitaban hacia él, se disgregaban, se reagrupaban, giraban y palpitaban. La claustrofobia le oprimía el corazón, le oprimía la cabeza. Le palpitaban y ardían las manos.

Luke alargó el brazo, clavó los dedos en la tierra y tiró con todas sus fuerzas. Por un momento los puntos no solo llenaron su campo visual, sino todo su cerebro; se perdió en su luz. Entonces la base de la valla pareció levantarse un poco. Tal vez fueran imaginaciones suyas, aunque no lo creía. Oyó el chirrido.

Quizá gracias a los puntos y a la cisterna, ahora soy TQ posi, pensó. Como George.

Decidió que daba igual. Lo único que importaba era que había empezado a moverse otra vez.

Los puntos remitieron. Si la base de la valla se había levantado de verdad, ya había bajado de nuevo. Las púas metálicas no solo le arañaban las paletillas, sino también las nalgas y los muslos. Durante un angustioso momento, volvió a quedar inmovilizado; la valla se aferraba a él con avidez, se resistía a soltarlo. No obstante, cuando volvió la cabeza y apoyó la mejilla en el suelo pedregoso, vio un arbusto. Tal vez estuviera a su alcance. Se estiró, estuvo a punto de llegar, se estiró un poco más y lo agarró. Tiró de él. El arbusto comenzó a desprenderse, pero, antes de que llegara a desarraigarse del todo, Luke volvía a avanzar, embistiendo con la cadera y empujándose con los pies. Una púa de la valla le dio un beso de despedida, trazando una línea caliente en su pantorrilla, y acto seguido, cimbreado, se vio al otro lado de la valla.

Había salido.

Tambaleante, se puso de rodillas y lanzó una mirada de desesperación atrás, convencido de que vería como se encendían todas las luces, no solo las del salón, sino también las de los pasillos y el comedor, y en medio del resplandor advertiría siluetas a la carrera: cuidadores con sus bastones eléctricos desenfundados y activados a la máxima potencia.

No había nadie.

Se puso en pie y echó a correr a ciegas, olvidando en medio del pánico el siguiente paso esencial: la orientación. Podría haberse adentrado en el bosque y haberse extraviado antes de que la razón volviera a imponerse de no ser por un dolor repentino y agudo que sintió en el talón izquierdo al pisar una piedra afilada y cobrar consciencia de que, en su desesperada embestida final, había perdido una zapatilla.

Luke regresó a la valla, se agachó, recuperó la zapatilla y se la puso. La

espalda y las nalgas solo le escocían, pero el último corte en la pantorrilla era más profundo, y le ardía como si le hubieran aplicado un hierro candente. El corazón empezó a latirle más despacio y se le aclaró la mente. *En cuanto estés fuera, ponte a la altura de la cama elástica, había dicho Avery, transmitiendo el segundo paso de Maureen. Vuélvete de espaldas a ella y después gira un paso normal a la derecha. Esa es la dirección. Solo tienes que recorrer algo menos de dos kilómetros, y no es necesario que sea una línea perfectamente recta, aquello hacia lo que te diriges es bastante grande, pero haz lo posible.* Después, esa noche en la cama, Avery le había dicho que quizá podía orientarse por las estrellas. Luke, sin embargo, tenía sus dudas.

Muy bien, pues. Hora de irse. Pero antes tenía que hacer otra cosa.

Se llevó la mano a la oreja derecha y se palpó el pequeño disco incrustado en el lóbulo. Recordó que alguien —tal vez Iris, tal vez Helen— le había dicho que el implante no le había dolido, porque ya tenía agujeros en las orejas. Solo que los pendientes se desenroscaban, Luke había visto a su madre hacerlo. Este estaba fijo en el sitio.

Por favor, Dios mío, que no tenga que utilizar el cuchillo.

Luke se armó de valor, introdujo las uñas por debajo del borde curvo superior del localizador y tiró. El lóbulo se le dilató y le dolió, le dolió mucho, pero el localizador permaneció anclado. Lo soltó, respiró hondo dos veces (al hacerlo lo asaltó el recuerdo de la cisterna de inmersión) y volvió a tirar. Más fuerte. Esta vez el dolor fue mayor, pero el localizador siguió en su sitio. El Ala Oeste de la residencia, extraña desde ese ángulo desconocido, continuaba a oscuras y en silencio, pero ¿por cuánto tiempo?

Pensó en tirar otra vez, pero eso solo serviría para aplazar lo inevitable. Maureen lo sabía; por eso le había dejado el cuchillo de cocina. Se lo sacó del bolsillo (con cuidado de no extraer también el lápiz USB) y lo sostuvo

ante sus ojos a la exigua luz de las estrellas. Palpó el filo con la yema del pulgar; a continuación se llevó la mano izquierda al lóbulo de la oreja y se lo estiró todo lo posible, lo cual no era mucho.

Vacilante, aguardó un momento para tomar verdadera conciencia de que se hallaba en el lado libre de la valla. La lechuza ululó de nuevo, fue un sonido soñoliento. Veía luciérnagas en la oscuridad, e incluso en esa situación extrema tuvo la clara percepción de que eran hermosas.

Hazlo rápido, se dijo. Como si cortaras un trozo de filete. Y no grites por mucho que te duela. No puedes gritar.

Luke apoyó lo alto de la hoja en lo alto del lóbulo por la parte exterior y permaneció en esa posición durante unos segundos que se le antojaron una eternidad. Finalmente apartó el cuchillo.

No puedo.

Debes.

No puedo.

Dios mío, tengo que hacerlo.

Colocó el filo del cuchillo nuevamente contra la carne tierna y desprotegida, y hendió hacia abajo de golpe, sin darse tiempo a hacer otra cosa que rezar por que la hoja estuviera bastante afilada para cumplir su cometido de un solo tajo.

La hoja *estaba* afilada, pero le fallaron un poco las fuerzas en el último instante, y el lóbulo, en lugar de desprenderse, quedó colgando de un jirón de cartílago. Al principio no sintió dolor, solo el calor de la sangre que le resbalaba por un lado del cuello. Luego llegó el dolor. Fue como si una avispa, una tan grande como una botella de medio litro, le hubiese picado e inyectado su veneno. Luke tomó aire en una inhalación larga y sibilante, se agarró el colgajo del lóbulo y se lo arrancó como la piel de un muslo de pollo. Se inclinó sobre el maldito artefacto, pues sabía que se había lo quitado pero

necesitaba verlo de todos modos. Necesitaba asegurarse. Allí estaba.

Comprobó que se hallaba a la altura de la cama elástica. Se volvió de espaldas a ella y después giró un paso normal —eso esperaba— a la derecha. Tenía ante sí la masa oscura de aquel bosque del norte de Maine, que se extendía Dios sabía cuántos kilómetros. Alzó la vista, localizó la Osa Mayor y comprobó que la estrella situada en uno de sus ángulos se encontraba justo enfrente. Sigue en esa dirección, se dijo. Basta con eso. Además, esto no se alargará hasta el amanecer; Maureen le dijo a Avery que la distancia es de menos de dos kilómetros, luego vendrá el siguiente paso. Olvídate del dolor en la espalda, del dolor aún peor de la pantorrilla, y del peor de todos, el de tu oreja de Van Gogh. Olvídate del temblor de brazos y piernas. Ponte en marcha. Pero antes...

Se llevó al hombro el puño derecho y lanzó por encima de la valla el colgajo de carne en el que estaba incrustado el localizador. Oyó (o imaginó oír) el leve ruido que producía al caer en el asfalto de la mísera cancha de baloncesto que había en el patio. Que lo encuentren ahí.

Echó a andar, con los ojos en alto, fijos en aquella única estrella.

Luke contó con la orientación de esa estrella menos de treinta segundos. En cuanto se adentró entre los árboles, dejó de verla. Se detuvo, y el Instituto aún resultaba parcialmente visible a su espalda a través de las primeras ramas entrelazadas del bosque.

Menos de dos kilómetros, se dijo, y deberías encontrarlo incluso si te desvías un poco del rumbo, porque, según explicó Maureen a Avery, es grande. Bastante grande, al menos. Así que camina despacio. Eres diestro, lo

que significa que tu lado derecho es dominante, así que procura compensar ese rasgo, pero no demasiado o te desviarás a la izquierda. Y lleva la cuenta. Algo menos de dos kilómetros deberían ser entre dos mil y dos mil quinientos pasos. A ojo de buen cubero, claro, en función del terreno. Y cuidado, no vayas a sacarte un ojo con una rama. Ya tienes bastantes heridas en el cuerpo.

Luke empezó a caminar. Al menos no había matorrales que atravesar; aquellos eran árboles antiguos, que habían creado mucha sombra y una gruesa capa de pinocha en el suelo que disuadía a la maleza. Cada vez que tenía que circundar uno de esos viejos árboles (probablemente eran pinos, pero en medio de la oscuridad resultaba imposible saberlo), intentaba reorientarse y seguir en línea recta, lo cual era ya —debía reconocerlo— en gran medida hipotético. Era como tratar de abrirse paso a través de una habitación enorme repleta de objetos casi invisibles.

De pronto algo a su izquierda emitió un gruñido y echó a correr, partiendo una rama y agitando otras. Luke, el niño de ciudad, paró en seco. ¿Era un ciervo? Por Dios, ¿y si se trataba de un oso? Un ciervo huiría, pero a un oso podía apetecerle un bocado nocturno. Tal vez estuviera acercándose a él en ese momento, atraído por el olor de la sangre. Luke tenía empapados el cuello y el hombro derecho de la camiseta.

El sonido cesó, y Luke solo oyó los grillos y algún que otro ululato de la lechuza. Al oír lo que fuera que hubiese sido aquello, llevaba recorridos ochocientos pasos. Reanudó la marcha y, con las manos al frente como un ciego, contó los pasos mentalmente. Mil, mil doscientos, aquí hay un árbol, un verdadero monstruo, las primeras ramas muy por encima de mi cabeza, tan altas que no las veo, rodéalo, mil cuatrocientos, mil qui...

Tropezó con un tronco caído y cayó de bruces. Algo, el extremo de una rama, se le clavó en la pierna izquierda, muy arriba, y gruñó de dolor. Se quedó tendido en la pinocha un momento, recobrando el aliento, y añoró —en

el más absoluto absurdo— su habitación en el Instituto. Una habitación donde había un sitio para todo y todo estaba en su sitio, y ningún animal de tamaño indeterminado avanzaba impetuosamente entre los árboles. Un lugar seguro.

—Sí, hasta que deje de serlo —susurró, y se puso en pie, frotándose el nuevo desgarrón en los vaqueros y el nuevo desgarrón en la piel debajo de la tela.

Al menos no tienen perros, pensó, recordando una vieja película carcelaria en blanco y negro en la que un par de reclusos encadenados corrían hacia la libertad perseguidos por una jauría de sabuesos que aullaban a sus espaldas. Además, aquellos tipos estaban en un pantano. Donde había caimanes.

¿Lo ves, Lukey?, oyó decir a Kalisha. Todo va bien. Tú sigue adelante. En línea recta. O tan recta como te sea posible.

A los dos mil pasos, Luke empezó a buscar luces al frente, entre los árboles. «Siempre hay varias —había dicho Maureen a Avery—, pero la amarilla es la más intensa.» A los dos mil quinientos, comenzó a inquietarse. A los tres mil quinientos, empezó a tener la certeza de que se había desviado del rumbo, y no poco.

Ha sido ese árbol con el que he tropezado, pensó. Ese maldito árbol. Al levantarme, debo de haber seguido en la dirección equivocada. Por lo que sé, bien podría estar camino de Canadá. Si la gente del Instituto no me encuentra antes, moriré en este bosque.

Pero, como volver atrás no era una opción (no habría podido desandar el camino ni queriendo), Luke siguió adelante, moviendo las manos al frente para evitar nuevas heridas causadas por las ramas. Le palpitaba la oreja.

Dejó de contar los pasos, pero debía de rondar los cinco mil —mucho más de dos kilómetros— cuando vio un tenue resplandor naranja amarillento entre los árboles. Luke lo confundió con una alucinación o uno de los puntos, al que pronto se uniría todo un enjambre. Una docena de pasos más puso fin a esa

zozobra. La luz naranja amarillenta resultaba más nítida, y habían aparecido otras dos, mucho más débiles. Tenían que ser eléctricas. Pensó que la más intensa debía de proceder de una lámpara de vapor de sodio, de las que había en los aparcamientos grandes. El padre de Rolf, los llevó una noche a él y a su amigo a ver una película al AMC de Southdale y les contó que esa clase de iluminación en principio estaba pensada para impedir los robos en coches y los atracos.

Luke sintió el impulso de echar a correr hacia delante, pero se contuvo. Nada deseaba menos que tropezar con otro árbol caído o meter el pie en un agujero y romperse la pierna. Aunque ya se veían más luces, no apartó la vista de la primera. La Osa Mayor no le había durado mucho, pero ahí tenía una nueva estrella guía, una mejor. Diez minutos después de avistarla, Luke llegó al linde del bosque. Aproximadamente a unos cincuenta metros a través de campo abierto, se alzaba otra valla, esta coronada de alambre de espino. A lo largo se sucedían farolas a intervalos de unos diez metros. Activadas por el movimiento, había advertido Maureen a Avery. «Dile a Luke que no se acerque.» Era un consejo que de hecho no necesitaba.

Al otro lado de la alambrada había casas pequeñas. *Muy* pequeñas. Dentro no podrían ni darse media vuelta, habría dicho el padre de Luke. Contenían tres habitaciones a lo sumo, probablemente solo dos. Eran todas iguales. Avery dijo que Maureen llamaba a eso «la colonia», pero a Luke le parecieron barracones militares. Estaban dispuestos en grupos de cuatro, con un poco de hierba en el centro de cada manzana. En algunas se veían luces, tal vez de esas que la gente dejaba encendidas en el cuarto de baño para no tropezar si se levantaba por la noche para ir al váter.

Tenía una sola calle, que terminaba en un edificio de mayor tamaño. A ambos lados de ese edificio había dos pequeños aparcamientos llenos de coches y camionetas. Treinta o cuarenta en total, calculó Luke. Recordó

haberse preguntado dónde dejaban sus vehículos los empleados del Instituto. Ya lo sabía, aunque el suministro de comida seguía siendo un misterio. La lámpara de gas de sodio era una farola situada delante de ese edificio más grande e iluminaba dos surtidores de gasolina. Luke pensó que debía de haber alguna tienda, la versión de un economato del ejército en el Instituto.

Entendió un poco más la situación. Los empleados tenían tiempo libre — Maureen había dispuesto de una semana para regresar a Vermont—, pero tendían a quedarse allí y, cuando no trabajaban, vivían en esas casuchas. Los horarios de trabajo debían de escalonarse a fin de que pudieran compartir alojamiento. Cuando necesitaban diversión, se montaban en sus vehículos particulares e iban al pueblo más cercano, que era Dennison River Bend.

Por fuerza los lugareños debían sentir curiosidad por las actividades de esos hombres y mujeres allí en el bosque, harían preguntas, y debía de haber alguna tapadera que esgrimir para contentarlos. Luke no imaginaba cuál podía ser (y en ese momento le traía sin cuidado), pero sin duda resultaría bastante convincente si se había sostenido durante tantos años.

Dobla a la derecha delante de la valla. Busca un pañuelo.

Luke reanudó la marcha, con la valla y el pueblo a la izquierda, y el linde del bosque a la derecha. Una vez más tuvo que contener el impulso de acelerar, sobre todo entonces, cuando veía algo mejor. Su encuentro con Maureen había sido forzosamente breve, en parte porque si la conversación se prolongaba demasiado podía despertar sospechas y en parte porque Luke temía que los ostensibles gestos de Avery, con aquellos tirones de nariz, los delataran. Como consecuencia, no tenía la menor idea de dónde estaría ese pañuelo, y le preocupaba no verlo.

Finalmente no representó el menor problema. Maureen lo había atado a una rama baja de un pino alto justo antes del punto donde la valla de seguridad torcía a la izquierda y se apartaba del bosque. Luke lo cogió y se lo ató a la

cintura, para no dejar una indicación tan evidente a aquellos que pronto saldrían en su busca. Eso lo llevó a preguntarse cuánto tardarían la señora Sigsby y Stackhouse en averiguar quién lo había ayudado a escapar. No mucho, seguramente.

Cuéntaselo todo, Maureen, pensó. No les des pie a torturarte. Porque si intentas callarte, lo harán, y tú eres demasiado mayor y estás demasiado enferma para la cisterna.

La intensa luz del edificio que tal vez fuera un economato quedaba ya muy atrás y Luke tuvo que buscar con cuidado hasta dar con la vieja pista que llevaba de nuevo al bosque, una que es posible que utilizaran los leñadores para la extracción de madera destinada a pasta de papel hacía una generación. Ocultaba el arranque del camino una espesa mata de arándanos y Luke, pese a sentir la necesidad de apresurarse, se detuvo el tiempo suficiente para coger dos puñados de bayas y echárselos a la boca. Estaban dulces y deliciosas. Sabían a *exterior*.

En cuanto encontró la vieja pista, le fue fácil seguirla, incluso en medio de la oscuridad. En el erosionado caballón central crecía mucha maleza, y una doble hilera de hierbajos acolchaba lo que en otro tiempo fueran roderas. Había ramas caídas sobre las que pasar (o con las que tropezar), pero era imposible volver por error al bosque.

De nuevo intentó contar los pasos y consiguió llevar la cuenta con bastante precisión hasta los cuatro mil, luego desistió. En ocasiones la pista subía, pero la mayor parte del camino era descendente. Llegó un par de veces a acumulaciones de ramas y troncos caídos y, en un punto, la maraña de arbustos era tan espesa que temió que la vieja pista terminase allí, pero cuando logró abrirse paso, la encontró de nuevo al otro lado y prosiguió. No tenía noción del tiempo transcurrido. Podía ser una hora, o más bien dos, probablemente. Lo único que sabía con total seguridad era que seguía siendo de noche y,

aunque estar allí a oscuras resultaba escalofriante, sobre todo para un niño de ciudad, esperaba que la oscuridad continuase durante mucho mucho tiempo. Pero eso no ocurriría. En esa época del año, el cielo empezaría a clarear a eso de las cuatro de la madrugada.

Llegó a lo alto de otra elevación y se detuvo un momento a descansar. Pero decidió quedarse de pie. En realidad no creía que fuera a dormirse si se sentaba, pero la sola idea lo horrorizaba. La adrenalina que lo había empujado a hurgar y escarbar bajo la valla y luego a cruzar el bosque hasta la colonia había desaparecido por completo. Las heridas de la espalda, la pierna y el lóbulo de la oreja ya no le sangraban, pero le palpitaban y escocían. Lo peor con diferencia era la oreja. Probó a tocársela, y apartó los dedos con un silbido de dolor entre los dientes apretados. Aunque no antes de notarse un bulto irregular de sangre y costra.

Me he mutilado, pensó. Ese lóbulo no volverá a salirme.

—Esos cabrones me han obligado a hacerlo —susurró—. Me han *obligado*.

Como no se atrevía a sentarse, se agachó y se abrazó las rodillas, postura en la que había visto a Maureen en muchas ocasiones. Aunque le sirvió de nada para los arañazos de la espalda, el escozor del trasero o el lóbulo mutilado, le permitió distender un poco los músculos cansados. Se irguió, dispuesto a reanudar la marcha, pero de pronto se quedó inmóvil. Oía un leve sonido más adelante. Una especie de murmullo, como el del viento entre los pinos, pero donde él se hallaba, en lo alto de esa pequeña elevación, no se percibía ni un soplo de brisa.

Que no sea una alucinación, pensó. Que sea real.

Después de otros quinientos pasos —estos sí los contó—, Luke supo que el sonido lo producía en efecto una corriente de agua. La pista se ensanchó y se acentuó la pendiente, tanto que al final tuvo que caminar de costado y sujetarse a las ramas de los árboles para no caer. Se detuvo cuando desaparecieron los

árboles a ambos lados. Allí no solo habían talado el bosque, sino que además habían retirado los tocones, creando un claro que se había cubierto de maleza. Más abajo, vio una ancha cinta de seda negra, tan tersa que reflejaba la luz ondulada de las estrellas. Se imaginó a los madereros del pasado —hombres que tal vez habían trabajado en esos bosques septentrionales antes de la Segunda Guerra Mundial— utilizando viejos camiones Ford o International Harvester, o quizá incluso yuntas de caballos, para transportar los troncos hasta allí. El claro había sido en su día el lugar de giro. Allí habían descargado la madera para pasta de papel y la habían deslizado hasta el río Dennison, donde iniciaría su viaje hacia los diversos aserraderos situados al sur del estado.

Luke bajó por esa última pendiente con las piernas doloridas. Los últimos cincuenta metros eran los más escarpados, y la pista, a causa del desgaste ocasionado hacía mucho tiempo por el paso de los troncos, quedaba reducida a un lecho de roca. Se sentó y se deslizó por ella, agarrándose a los arbustos para ralentizar el avance, hasta que la orilla rocosa, a poco más de un metro del agua, frenó bruscamente su descenso. Y allí, tal como Maureen había prometido, de debajo de una lona verde cubierta de pinocha asomaba la proa de un bote de remos viejo y astillado. Estaba amarrado a un tocón irregular.

¿Cómo había descubierto Maureen ese lugar? ¿Se lo había dado alguien a conocer? No parecía lo bastante seguro, no cuando la vida de un niño tal vez dependiera de ese destartado bote. Tal vez lo hubiera encontrado durante un paseo antes de enfermar. O ella y alguna otra persona —quizá un par de mujeres del comedor con las que parecía mantener cierta amistad— habían bajado desde su colonia semimilitar para hacer un picnic: bocadillos y Coca-Colas o una botella de vino. Tanto daba. El bote estaba allí.

Luke se adentró en el agua, que le llegaba por debajo de las rodillas. Se agachó y, ahuecando ambas manos, se la llevó a la boca repetidas veces.

Estaba fría y le supo aún más dulce que los arándanos. Tras aplacar la sed, trató de desatar la cuerda que sujetaba el bote al tocón, pero los nudos eran complejos y el tiempo pasaba. Al final, se valió del cuchillo para cortar el cabo, y empezó a sangrarle la palma de la mano derecha de nuevo. Peor aún, el bote, arrastrado por la corriente, comenzó a alejarse de inmediato.

Se abalanzó hacia él, agarró la proa y tiró para acercarlo. Ya le sangraban las palmas de las dos manos. Se dispuso a retirar la lona, pero en cuanto soltó la proa del bote, la corriente volvió a arrastrarlo. Se maldijo por no haber quitado antes la lona. En la orilla no había tierra suficiente para varar el bote, y finalmente hizo lo único que podía hacer: levantando la lona, que olía un poco a pescado, se metió debajo y dobló la mitad superior del cuerpo por encima de la borda, se aferró al banco astillado en el centro del bote y acabó de subir. Fue a parar a un charco de agua y topó con algo largo y anguloso. Para entonces la suave corriente arrastraba el bote río abajo, con la popa por delante.

Esto sí que es toda una aventura, pensó Luke. Desde luego toda una aventura para mí.

Se sentó bajo la lona. Esta ondeó en torno a él, despidiendo un hedor aún más intenso. La empujó y palmeó con las manos ensangrentadas hasta que cayó por el costado. Al principio flotó junto al bote; luego empezó a hundirse. El objeto anguloso sobre el que había caído resultó ser un remo. A diferencia del bote, parecía relativamente nuevo. Maureen había colocado el pañuelo; ¿habría dejado también el remo para él? No estaba muy seguro de que fuera capaz de bajar por la antigua pista maderera en su estado actual, y menos aún por la escarpada pendiente final. Si lo *había* hecho, merecía un poema épico en su honor, como mínimo. ¿Y todo porque él había consultado unos cuantos datos en internet, datos que seguramente podría haber encontrado sola de no haber estado tan enferma? No sabía qué pensar al respecto, ni lo entendía.

Solo sabía que el remo estaba allí, y que, cansado o no, con las manos ensangrentadas o no, tenía que utilizarlo.

Al menos sabía hacerlo. Era un niño de ciudad, pero Minnesota era la tierra de los diez mil lagos, y Luke había ido a pescar muchas veces con su abuelo paterno (quien se complacía en definirse como «un viejo truchero más de Mankato»). Se situó en el centro del banco y primero utilizó el remo para orientar la proa del bote corriente abajo. Logrado esto, se impulsó con el remo hacia el centro del río, que en ese punto tenía unos ochenta metros de anchura y, una vez allí, lo guardó dentro del bote. Se descalzó y dejó las zapatillas a secar en el ancho banco de popa. Había algo escrito con pintura negra descolorida en el asiento y, cuando se inclinó para acercarse, pudo leerlo: *Buque Pokey*. Le arrancó una sonrisa. Luke se apoyó en los codos y contempló el delirante despliegue de estrellas, intentando convencerse de que aquello no era un sueño, de que realmente había salido de allí.

De algún lugar a su espalda, en la orilla izquierda, llegó el potente doble pitido de un silbato eléctrico. Al volverse, vio parpadear entre los árboles un único foco muy intenso, primero a la par del bote, luego por detrás. No avistaba la locomotora ni el tren que arrastraba —se lo impedían los numerosos árboles—, pero sí oía el retumbo de los vagones y el desapacible chirrido de las ruedas de acero sobre los raíles de acero. Eso fue lo que acabó de convencerlo. Aquello no era una fantasía con un increíble nivel de detalle que se desarrollaba en su cerebro mientras dormía en su cama del Ala Oeste. Aquello era un tren de verdad, probablemente con rumbo a Dennison River Bend. Ese era un bote de verdad, deslizándose hacia el sur por esas aguas lentas y hermosas. Las estrellas que brillaban en el cielo eran de verdad. Los esbirros de Sigsby irían a por él, sin duda, pero...

—Nunca iré a la Mitad Trasera. *Nunca*.

Sacó la mano por encima de la borda del *Buque Pokey*, separó los dedos y

observó las cuatro diminutas estelas que se formaban a su paso en la oscuridad. Era algo que había hecho muchas veces, en el pequeño esquiñe de aluminio de su abuelo con su ruidoso motor de dos tiempos, pero nunca —ni siquiera cuando era un crío de cuatro años a quien todo le resultaba nuevo y asombroso— lo había emocionado tanto ver esos efímeros surcos. Con la fuerza de una revelación, lo asaltó la idea de que uno tenía que haber estado encarcelado para comprender plenamente qué era la libertad.

—Antes muero que dejar que vuelvan a llevarme allí.

Cobró consciencia de que era cierto, y de que dicho desenlace era posible, pero también comprendió que ese momento aún no había llegado. Luke Ellis levantó las manos heridas y mojadas hacia el cielo nocturno, sintió en ellas el ímpetu del aire libre y se echó a llorar.

Sentado en el banco del bote, con la barbilla contra el pecho, las manos colgando entre las piernas y los pies descalzos en el pequeño charco del fondo, se adormiló y, traspuesto como estaba a bordo del *Buque Pokey*, podría haber pasado de largo la escala siguiente de su inverosímil peregrinación de no ser por el silbato de otro tren, procedente no de la orilla, sino de enfrente y por encima de él. También era mucho más estridente: no un solitario pitido, sino un imperioso bocinazo que devolvió a Luke a la realidad con tal sacudida que estuvo a punto de caer de espaldas en la popa. Alzó las manos en un gesto instintivo de protección, consciente de que era patético incluso cuando lo hacía. El bocinazo cesó y se vio sustituido por el chirrido metálico y el descomunal retumbo hueco. Luke se agarró a los costados del bote donde este se estrechaba hacia la proa y, con los ojos desorbitados, miró al frente

convencido de que estaba a punto de ser arrollado.

Aún no había amanecido, pero empezaba a clarear, lo que confería lustre al río, que allí era mucho más ancho. Medio kilómetro aguas abajo, un tren de mercancías cruzaba un puente de caballetes y reducía la velocidad. Luke vio furgones con el rótulo NEW ENGLAND LAND EXPRESS, MASSACHUSETTS RED, un par de portautomóviles, varios vagones cisterna, uno en el que se leía CANADIAN CLEANGAS y otro con el letrero VIRGINIA UTIL-X. Pasó por debajo del puente y levantó una mano para protegerse de la lluvia de hollín. Dos fragmentos de escoria cayeron al agua a ambos lados de la barca.

Luke empuñó el remo y enfiló el bote hacia la orilla derecha, donde veía ya unos cuantos edificios de aspecto lóbrego con las ventanas tapiadas y una grúa que parecía oxidada y en desuso desde hacía tiempo. Salpicaban la orilla desechos de papel, neumáticos viejos y latas tiradas. El tren por debajo del cual había pasado se hallaba ya a ese lado y reducía aún la velocidad entre chirridos y traqueteos. Vic Destin, el padre de su amigo Rolf, sostenía que nunca había existido una forma de transporte más sucia y ruidosa que el ferrocarril. Lo decía con satisfacción más que con rechazo, lo cual no sorprendía a ninguno de los niños. El señor Destin era un gran entusiasta de los trenes.

Luke casi había llegado al último de los pasos de Maureen y su objetivo siguiente eran unos peldaños. Rojos. «Aunque no del todo rojos —le había explicado Avery—. Ya no. Dice que hoy día son más bien de color rosa.» Y cuando Luke los localizó, solo cinco minutos después de pasar por debajo del puente, comprobó que a duras penas podían describirse así. Aunque quedaba un poco de color rojo rosado en las contrahuellas, los peldaños eran básicamente grises. Ascendían desde el borde del agua hasta lo alto del terraplén, quizá unos cincuenta metros. Remó en esa dirección y la quilla de la

pequeña embarcación topó con uno justo por debajo de la superficie.

Luke, tan entumecido como un viejo, desembarcó lentamente. Se planteó amarrar el *Buque Pokey* —de los postes situados a ambos lados de la escalera se había desprendido herrumbre suficiente para indicar que lo habían hecho antes, probablemente pescadores—, pero el resto de cuerda atado a la proa parecía demasiado corto.

Dejó ir el bote, lo observó mientras empezaba a alejarse atrapado por la suave corriente y de pronto vio sus zapatillas, con los calcetines dentro, todavía en el banco de popa. Se arrodilló en el peldaño sumergido y logró agarrar el bote justo a tiempo. Tiró de él deslizando una mano tras otra hasta que consiguió recuperar su calzado. Después susurró «Gracias, *Buque Pokey*» y lo soltó.

Subió un par de escalones y se sentó para calzarse. Las zapatillas se habían secado bastante, pero se había empapado todo lo demás. Le dolió la espalda herida al reírse, pero se rio de todos modos. Trepó por la escalera que antes era roja, deteniéndose de vez en cuando para descansar las piernas. El pañuelo de Maureen —a la luz de la mañana vio que era morado— se le desprendió de la cintura. Pensó en dejarlo, pero al final volvió a ceñírselo. No imaginaba cómo podían seguirlo hasta tan lejos, pero el pueblo era un destino lógico, y no quería dejar ninguna pista que pudieran encontrar, aunque fuera por casualidad. Además, el pañuelo había pasado a antojársele importante. A antojársele... buscó una manera de expresarlo que al menos se acercara. No un pañuelo de la suerte; un talismán. Porque era de ella, y ella era su salvadora.

Para cuando llegó a lo alto de la escalera, el sol asomaba por el horizonte, grande y rojo, proyectando un vivo resplandor sobre una red de vías de ferrocarril. El tren de mercancías bajo el que había pasado se hallaba detenido en la playa de maniobras de Dennison River Bend. Mientras la locomotora que

antes tiraba de él se alejaba lentamente, un tractor de maniobras de color amarillo intenso se acercaba a la parte de atrás del tren y pronto empezaría a desplazarlo otra vez, empujándolo hacia el lomo de asno, donde se descomponían y volvían a componer los trenes.

Los entresijos del transporte de mercancías no se enseñaban en el colegio Broderick, donde el profesorado centraba la atención en materias más esotéricas, como las matemáticas superiores, la climatología y los poetas ingleses modernos; las lecciones ferroviarias se las había impartido Vic Destin, aficionado a los trenes y orgulloso propietario de una enorme maqueta Lionel, que tenía en la leonera de su sótano. Luke y Rolf habían pasado allí muchas horas como voluntariosos acólitos. A Rolf le gustaba hacer circular los trenes de juguete; en cuanto a la información sobre trenes reales, podía asimilarla o prescindir de ella. A Luke le gustaba tanto lo uno como lo otro. Si Vic Destin hubiese sido coleccionista de sellos, Luke habría examinado sus incursiones en la filatelia con el mismo interés. Era simplemente su manera de ser. Imaginaba que eso lo convertía un poco en un bicho raro (el hecho era que alguna que otra vez había sorprendido a Alicia Destin mirándolo de un modo que parecía indicarlo), pero en ese preciso momento daba gracias al señor Destin por sus entusiastas charlas.

Maureen, en cambio, no sabía casi nada de trenes, más allá del hecho de que en Dennison River Bend había una estación, y creía que los trenes que pasaban por allí iban a los lugares más diversos. Qué lugares podían ser, lo ignoraba.

«Cree que si llegas hasta allí, quizá puedas colarte en un tren de mercancías», había dicho Avery.

En fin, había llegado hasta allí. Si podía o no colarse en un tren de mercancías era ya otra cuestión. Lo había visto hacer en las películas, y con facilidad, pero la mayoría de las películas eran engañosas. Tal vez fuera mejor

ir a lo que se considerara el núcleo urbano de esa aldea norteña y buscar la comisaría, si es que había, o llamar a la Policía del Estado, si es que no. Pero ¿llamar con qué? No tenía móvil, y las cabinas eran una especie en peligro de extinción. Si encontraba una, ¿qué iba a echar en la ranura de las monedas? ¿Una ficha del Instituto? Imaginó que podría llamar al 911 gratis, pero ¿era lo que debía hacer? Algo le decía que no.

Se quedó inmóvil donde estaba, viendo amanecer demasiado rápido para su gusto, tironeando con nerviosismo del pañuelo que llevaba ceñido a la cintura. Llamar o acudir a la policía en un lugar tan cercano al Instituto tenía sus inconvenientes; era capaz de verlo incluso en aquel estado de miedo y agotamiento. La policía enseguida averiguaría que sus padres habían muerto, asesinados, y él era el principal sospechoso. Ese era el primer inconveniente. Otro inconveniente era el propio Dennison River Bend. Los pueblos solo existían si entraba dinero, el dinero era su savia, ¿y de dónde obtenía Dennison River Bend el dinero? No de su estación, que debía de estar automatizada en gran medida. Ni de aquellos edificios de aspecto lóbrego que había visto. Tal vez en otro tiempo fueran fábricas, pero ya no. Ahora bien, existía cierto complejo en una de las pedanías próximas («algo del gobierno», dirían los lugareños en la barbería o en la plaza, cruzando gestos de asentimiento, como quien sabe de lo que habla) y la gente que trabajaba allí tenía dinero. Hombres y mujeres que visitaban el pueblo, y no solo para frecuentar el Outlaw Country las noches en que tocaba tal o cual banda de poca monta. Se dejaban allí sus dólares. Y quizá el Instituto contribuyera a los servicios sociales del pueblo. Acaso financiara un centro comunitario o un pabellón deportivo, o costeara el mantenimiento de la carretera. Cualquier cosa que pusiera en peligro esos dólares se vería con escepticismo y desaprobación. Y bien podía ser, pensó Luke, que los funcionarios municipales recibieran pagos periódicos para asegurarse de que el Instituto no

atraía la atención de quien no convenía. ¿Era un planteamiento paranoico? Tal vez sí. O tal vez no.

Luke se moría por denunciar a la señora Sigsby y a sus esbirros, pero se dijo que lo mejor, y más seguro, que podía hacer en esos momentos era alejarse todo lo posible del Instituto.

El tractor de maniobras empujaba el grupo de vagones de mercancías cuesta arriba en la colina artificial de clasificación conocida como «lomo de asno». En el porche de las oficinas de la estación, un edificio pequeño y bien cuidado, había dos mecedoras. Ocupaba una de ellas un hombre con vaqueros y botas de goma de color rojo vivo, que leía un periódico y tomaba café. Cuando el maquinista tocó el silbato, el hombre dejó el diario a un lado y bajó al trote por la escalera; allí se detuvo e hizo una seña en dirección a una cabina acristalada que se alzaba sobre postes de acero. Dentro de esta otro hombre le devolvió el gesto. Debía de ser el operario de la torre de control del lomo de asno, y el hombre de las botas rojas debía de ser el enganchador.

El padre de Rolf se lamentaba del moribundo estado del transporte ferroviario en Estados Unidos y, en ese momento, Luke lo comprendió. Salían vías en todas las direcciones, pero daba la impresión de que solo cuatro o cinco haces seguían en funcionamiento. Las otras presentaban escamas de óxido y crecían hierbajos entre las traviesas. En algunas de esas había furgones y vagones plataforma, y Luke los usó para ocultarse a medida que avanzaba hacia la oficina. Veía una tablilla sujetapapeles colgada de un clavo en uno de los postes del porche. Si era el horario de transporte del día, quería leerlo.

Se acuclilló detrás de un furgón abandonado próximo a la parte posterior de la torre de control y, por debajo, observó al enganchador dirigirse hacia el lomo de asno. En lo alto de este se hallaba en ese momento el convoy recién llegado y el operario tendría toda la atención puesta en eso. Si advertían la

presencia de Luke, probablemente no le darían mayor importancia, pensando que era solo un niño que, como el señor Destin, sentía pasión por los trenes. Ciertamente era que, en general, los niños no se acercaban por allí a las cinco y media de la madrugada para mirar los trenes por mucho que fuese su interés. Y menos aún empapados de agua del río y con una oreja seriamente mutilada.

No tenía elección. Debía ver lo que había en esa tablilla.

El de las botas rojas dio un paso al frente cuando el primer vagón rodó lentamente ante él y retiró la espiga del enganche que lo acoplaba al siguiente. El vagón —con el rótulo PRODUCTOS DEL ESTADO DE MAINE estampado en rojo, blanco y azul en el costado— rodó cuesta abajo, por efecto de la gravedad; la velocidad se hallaba controlada por frenos retardadores accionados mediante radar. El operario de la torre de control del lomo de asno tiró de una palanca y PRODUCTOS DEL ESTADO DE MAINE se desvió por la vía cuatro.

Luke rodeó el vagón y, con las manos en los bolsillos, se dirigió parsimoniosamente hacia las oficinas de la estación. No respiró tranquilo hasta hallarse debajo de la torre y fuera del campo visual del operario. Además, pensó Luke, si está haciendo bien su trabajo, tiene la vista puesta en su tarea y en nada más.

El siguiente vagón, un cisterna, fue enviado a la vía tres. Dos portautomóviles fueron también a la vía tres. Toparon y rodaron. Los trenes Lionel de Vic Destin eran muy silenciosos, pero en aquel sitio el ruido era tal que parecía un manicomio. Luke imaginó que el estruendo llegaría tres o cuatro veces al día a las casas situadas a menos de un par de kilómetros. Quizá se acostumbraban, pensó. Le costó creerlo hasta que se acordó de los niños que a diario seguían adelante con sus vidas en el Instituto: se daban atracones, bebían chupitos, fumaban algún que otro cigarrillo, hacían el tonto en el patio e iban de acá para allá por la noche a todo correr, desgañitándose. Luke

supuso que uno podía acostumbrarse a cualquier cosa. Era una idea espantosa.

Llegó al porche de las oficinas, todavía fuera del campo visual del operario de la torre, y el enganchador estaba de espaldas a él. Luke no creía que fuese a volverse. «En un trabajo como ese, si no te centras, lo mismo pierdes una mano», había dicho una vez el señor Destin a los niños.

El listado de ordenador prendido del sujetapapeles no contenía gran cosa; las columnas correspondientes a las vías 2 y 5 incluían solo dos palabras: NADA PROGRAMADO. La vía 1 tenía un tren de mercancías con destino a New Brunswick, Canadá, programado para las 17.00; ese no le servía. El tren de la vía 4 debía salir en dirección a Burlington y Montreal, Canadá, a las 14.30. Mejor, pero no del todo útil todavía; si a las 14.30 aún no se había marchado, tenía muchos números de encontrarse en un grave aprieto. La vía 3, adonde el enganchador enviaba en ese momento el vagón de New England Land Express que Luke había observado al cruzar por debajo del puente de caballetes, pintaba mejor. El cierre de admisión para el tren 4297 —la hora límite a la que el jefe de estación ya no aceptaba más carga (al menos en teoría)— era a las nueve de la mañana, y estaba previsto que el 4297 partiera a las diez de Dennison River Bend con rumbo a Portland (Maine), Portsmouth (New Hampshire) y Sturbridge (Massachusetts). Esa última localidad tenía que hallarse como mínimo a quinientos kilómetros, quizá mucho más.

Luke retrocedió hacia el furgón abandonado y observó mientras los vagones seguían distribuyéndose desde el lomo de asno por las distintas vías, algunos para incorporarse a trenes que saldrían ese mismo día, otros sencillamente permanecerían en diversos apartaderos hasta que los necesitasen.

El enganchador terminó su trabajo y subió al pescante del tractor de maniobras para hablar con el maquinista. El otro operario salió y se reunió con ellos. Se rieron. La risa llegó claramente a Luke en el aire quieto de la mañana, y le gustó cómo sonaba. En la sala de descanso de la planta C había

oído muchas risas adultas, pero siempre le habían parecido siniestras, como las risas de los orcos en una narración de Tolkien. Estas provenían de hombres que nunca habían encerrado a un grupo de niños, ni los habían sumergido en una cisterna. Eran risas de hombres que no portaban tasers especiales conocidas como «bastones eléctricos».

El maquinista entregó una bolsa. El enganchador la cogió y bajó del pescante. Cuando la locomotora empezó a descender lentamente del lomo de asno, el enganchador y el operario de clasificación sacaron sendos donuts de la bolsa. Grandes, espolvoreados con azúcar y posiblemente rellenos de mermelada. A Luke le rugió el estómago.

Los dos hombres se sentaron en las mecedoras del porche y devoraron sus donuts. Luke, entretanto, dirigió la atención hacia los vagones que esperaban en la vía 3. Había doce en total, la mitad furgones. Probablemente no bastaban para componer un tren con destino a Massachusetts, pero podían enviar otros del patio de clasificación, donde aguardaban cincuenta o más.

Entretanto, un tráiler de ocho ejes entró en la playa de maniobras y, traqueteante, rebasó varias vías hasta el vagón con el rótulo PRODUCTOS DEL ESTADO DE MAINE. Lo seguía una furgoneta. Varios hombres salieron de la misma y empezaron a descargar toneles del vagón para cargarlos en el tráiler. Luke los oyó hablar en español y distinguió algunas palabras. Uno de los toneles se volcó y se desparramaron las patatas que contenía. A eso siguieron unas carcajadas amistosas y una breve guerra de patatas. Luke los observó con anhelo.

El operario de clasificación y el enganchador contemplaron la guerra de patatas desde las mecedoras del porche y después entraron. El tráiler se marchó, cargado de patatas nuevas con destino a McDonalds o Burger King. La furgoneta lo siguió. La estación quedó vacía momentáneamente, pero no permanecería así mucho tiempo; habría otras operaciones de carga y descarga,

y el maquinista del tractor tal vez tuviera que añadir vagones al tren de mercancías cuya salida estaba prevista para las diez de la mañana.

Luke decidió arriesgarse. Salió de detrás del vagón abandonado y volvió atrás a toda prisa al ver que el maquinista subía por la pendiente del lomo de asno con un teléfono al oído. Se detuvo un momento, y Luke temió que lo hubiera visto, pero, al parecer, el hombre solo estaba poniendo fin a la llamada. Se guardó el móvil en el bolsillo delantero del peto y pasó junto al vagón detrás del cual Luke se hallaba escondido sin desviar siquiera la mirada. Subió por los peldaños del porche y entró en las oficinas.

Luke no esperó, y esta vez prescindió de la parsimonia. Corrió lomo abajo, indiferente al dolor en la espalda y el cansancio en las piernas, saltando por encima de los raíles y las zapatas de los frenos retardadores, esquivando indicadores de velocidad. Los vagones que aguardaban la salida con destino a Portland-Portsmouth-Sturbridge incluían un furgón rojo que llevaba escrito en el costado las palabras SOUTHWAY EXPRESS, las cuales resultaban casi ilegibles bajo las innumerables pintadas que se habían añadido a lo largo de los años de servicio. Pese a hallarse sucio y ser anodino y estrictamente funcional, poseía un atractivo innegable: la puerta corredera lateral no estaba del todo cerrada. El hueco quizá permitiera colarse a un niño flaco y desesperado.

Luke se agarró a un asidero herrumbroso y se encaramó. En efecto la anchura de la brecha era suficiente. En realidad era mayor que la que había excavado bajo la alambrada del Instituto. Parecía que hubiera pasado mucho tiempo desde entonces, casi como si hubiera ocurrido en otra vida. El borde la puerta le rozó la espalda y las nalgas doloridas, con lo que le corrieron nuevos hilos de sangre, pero enseguida estuvo dentro. El vagón iba a unas tres cuartas partes de su capacidad y, aunque por fuera pareciese una carraca, dentro olía bastante bien: madera, pintura, muebles y aceite de motor.

El contenido era un batiburrillo que le recordó el desván de su tía Lacey, aunque los objetos que ella guardaba eran viejos, y ahí todo era nuevo. A la izquierda había cortacéspedes, desbrozadoras, sopladores de hojas, sierras de cadena y cajas de cartón con piezas de automóvil y motores fueraborda; a la derecha, muebles, algunos en cajas, pero la mayor parte momificados en metros de plástico protector. Se alzaba una pirámide de lámparas de pie, apiladas de costado, envueltas en plástico de burbujas y sujetas de tres en tres con cinta adhesiva. Transportaba asimismo sillas, mesas, divanes e incluso sofás grandes. Luke se acercó a uno de estos, próximo a la puerta parcialmente abierta, y leyó la factura pegada al envoltorio de burbujas. Debía entregarse (supuestamente con el resto de los muebles) a Bender and Bowen Fine Furniture, en Sturbridge, Massachusetts.

Luke sonrió. Tal vez el tren 97 perdiera algunos vagones en las estaciones de Portland y Portsmouth, pero ese iba hasta el final del trayecto. Aún no se le había acabado la suerte.

—Hay alguien ahí arriba a quien le caigo bien —susurró. Recordó entonces que sus padres estaban muertos y pensó: Aunque tampoco demasiado bien.

Apartó ligeramente unas cajas de Bender and Bowen del lateral, empujándolas hacia el fondo del vagón y, complacido, vio detrás una pila de mantas para el transporte de muebles. Olían a humedad pero no a moho. Se metió a gatas en el hueco y acercó las cajas tanto como pudo.

Por fin se hallaba en un lugar relativamente seguro, disponía de una pila de mullidas mantas sobre las que tumbarse, y estaba agotado, no solo por la huida nocturna, sino también por los días de descanso discontinuo y creciente miedo que habían precedido a la fuga. Sin embargo, no se atrevió a dormirse todavía. En un momento llegó de hecho a dar una cabezada, pero oyó que se acercaba el tractor de maniobras, y el vagón de Southway Express se puso en movimiento con una sacudida. Luke se levantó y miró por la rendija de la

puerta. Vio que la estación se deslizaba. De pronto el vagón se detuvo con brusquedad y Luke estuvo a punto de caerse. Oyó un chirrido metálico que, supuso, producía el enganche de su vagón a otro.

Durante aproximadamente la siguiente hora hubo más embestidas y sacudidas a medida que añadían nuevos vagones a lo que pronto sería el convoy número 4297, con destino al sur de Nueva Inglaterra y lejos del Instituto.

Lejos, pensó Luke. Lejos, lejos, lejos.

En un par de ocasiones oyó que hablaban hombres, una vez muy cerca, pero no logró distinguir qué decían a causa del ruido. Aguzó el oído y se mordió las uñas, que ya tenía en carne viva. ¿Y si hablaban de él? Recordó que había visto al maquinista hablando por teléfono. ¿Y si Maureen había cantado? ¿Y si habían advertido su ausencia? ¿Y si uno de los esbirros de la señora Sigsby — Stackhouse parecía el más probable— había llamado a la estación y había pedido al operario que registrara todos los vagones salientes? Si eso ocurría, ¿empezaría el hombre por los que tenían las puertas laterales ligeramente abiertas? Caía por su propio peso.

Después las voces se apagaron y se perdieron. Los topetazos y acometidas prosiguieron a medida que el 4297 aumentaba de peso y carga. Los vehículos iban y venían. A veces se oían bocinazos. Luke se sobresaltaba una y otra vez. Deseó con toda su alma saber qué hora era, pero no tenía la menor idea. Solo podía esperar.

Después de lo que se le antojó una eternidad, los topetazos y embestidas cesaron. No ocurrió nada. Luke empezó a amodorrarse de nuevo y casi se había dormido cuando se produjo la mayor embestida de todas, que lo arrojó de costado. Siguió una pausa y luego el tren empezó a moverse de nuevo.

Luke, revolviéndose, abandonó su escondrijo y se acercó a la puerta parcialmente abierta. Se asomó justo a tiempo de ver como el edificio de

oficinas pintado de verde quedaba atrás. El operario de clasificación y el enganchador ocupaban de nuevo las mecedoras, cada uno con una parte del periódico. El 4297 pasó ruidosamente por un último cambio de agujas y después dejó atrás otro grupo de edificios abandonados. A eso siguieron un campo de béisbol invadido por la hierba, un vertedero, un par de solares vacíos. El tren pasó junto a un camping de caravanas donde jugaban unos niños.

Al cabo de unos minutos Luke tuvo ante sus ojos el centro de Dennison River Bend. Vio tiendas, farolas, plazas de aparcamiento en batería, aceras, una gasolinera de Shell. Vio una camioneta blanca y sucia que esperaba a que pasara el tren. Todo era para él tan asombroso como lo había sido ver las estrellas por encima del río. Estaba fuera. No había técnicos ni cuidadores ni máquinas expendedoras en las que los niños podían adquirir alcohol y tabaco con fichas. Cuando el vagón se meció en una curva suave, Luke se apuntaló con las manos en la pared del vagón y, arrastrando los pies, dio unos pasos de baile. Estaba tan cansado que no podía separarlos del suelo, y por tanto aquello fue la mínima expresión de una danza de la victoria, pero eso fue en cualquier caso.

Cuando el pueblo dio paso al denso bosque, Luke sucumbió al agotamiento. Fue como quedar enterrado bajo un alud. Se metió otra vez detrás de las cajas y se tendió, primero boca arriba, su posición preferida para dormir, y luego cara abajo, al comprobar que las laceraciones de las paletillas y las nalgas se resentían. Se durmió en el acto. Siguió dormido en las paradas de Portland y Portsmouth, pese a las sacudidas del tren cada vez que retiraban vagones de la

carga de arrastre del 4297 y añadían otros. Aún dormía cuando el tren se detuvo en Sturbridge, y a duras penas volvió en sí cuando la puerta se abrió ruidosamente y una intensa luz vespertina de julio inundó el furgón.

Entraron dos hombres y empezaron a cargar muebles en un camión con la caja orientada hacia la puerta abierta del vagón: primero los sofás, luego los tríos de lámparas, luego las sillas. Pronto comenzarían con las cajas, y Luke sería descubierto. Estaban todos aquellos motores y cortacéspedes, y había mucho espacio para esconderse detrás de ellos en el rincón opuesto, pero si se movía también lo descubrirían.

Uno de los cargadores se aproximó. Cuando se encontraba tan cerca que Luke le olía el *aftershave*, alguien llamó desde fuera.

—Eh, tíos, hay una demora en el cambio de locomotora. No tardará, pero tenéis tiempo para un café.

—¿Y para una cerveza? —preguntó el hombre que tres segundos más tarde habría visto a Luke en su lecho de mantas.

Sus palabras fueron acogidas con risas y los hombres se marcharon. Luke salió de espaldas de aquel hueco y, con las piernas rígidas y doloridas, renqueó hacia la puerta. Se asomó por detrás del camión y vio a tres hombres que se dirigían sin prisa a la estación. Esta era roja en lugar de verde y cuatro veces mayor que la de Dennison River Bend. En la fachada del edificio se leía el letrero STURBRIDGE, MASSACHUSETTS.

Luke pensó en deslizarse por el resquicio entre el vagón y el camión, pero en esa playa de maniobras reinaba un gran ajetreo, y muchos trabajadores (y algunas trabajadoras) iban de acá para allá a pie o en diversos vehículos. Lo verían, lo interrogarían, y sabía que en su estado actual sería incapaz de contar su historia con coherencia. Era más o menos consciente de que tenía hambre, y un poco más consciente de que le palpitaba la oreja, pero tanto lo uno como lo otro carecían de la menor trascendencia en comparación con su necesidad de

seguir durmiendo. Tal vez dejaran ese vagón en un apartadero una vez descargados los muebles y, cuando anocheciera, podría buscar la comisaría más cercana. A lo mejor para entonces ya podía hablar sin dar la impresión de que estaba enajenado. O al menos no *del todo*. Quizá no lo creyeran, pero sin duda le darían de comer, y tal vez un paracetamol para la oreja palpitante. Hablarles de sus padres era su as en la manga. Ese dato podían verificarlo. Lo devolverían a Minneapolis. Eso estaría bien, aunque implicara acabar en alguna institución infantil. Habría cerraduras en las puertas, pero no cisterna de inmersión.

Massachusetts era un punto de partida excelente, había sido una suerte poder llegar tan lejos, pero aún se hallaba demasiado cerca del Instituto. Minneapolis, por otro lado, era su lugar de procedencia. Conocía a gente allí. Tal vez el señor Destin lo creyera. O el señor Greer, en el colegio Broderick. O...

Pero no se le ocurrió nadie más. Lo vencía el cansancio. Tratar de pensar era como intentar ver a través de una ventana manchada de grasa. Se arrodilló y, a gatas, fue hasta el rincón derecho del vagón de Southway Express. Allí se quedó mirando entre dos motocultores, a la espera de que los hombres del camión regresaran y terminaran de cargar los muebles destinados a Bender and Bowen, Fine Furniture. Aún podían descubrir su presencia, lo sabía. Eran hombres, y a los hombres les gustaba inspeccionar todo aquello que tuviera motor. Tal vez quisieran echar un vistazo a los cortacéspedes con asiento o a las desbrozadoras. Tal vez quisieran comprobar la potencia de los nuevos Evinrude; estaban en cajas, pero toda la información constaba en las facturas. Esperaría, se encogería, confiaría en que su suerte —ya muy apurada— aún pudiera apurarse un poco más. Y si no lo descubrían, volvería a dormirse profundamente.

Solo que Luke no pudo esperar ni observar. Se apoyó en un brazo y

sucumbió al sueño en cuestión de minutos. Dormía cuando los hombres regresaron y terminaron la descarga. Dormía cuando uno de ellos se agachó a echar una ojeada a un tractor de jardín John Deere a poco más de un metro de donde Luke yacía hecho un ovillo y ajeno al mundo. Dormía cuando se marcharon y uno de los trabajadores de la estación cerró la puerta del vagón de Southway, esta vez del todo. Dormía cuando, entre golpes y topetazos, añadieron nuevos vagones, y se removió solo un poco cuando una nueva locomotora sustituyó la del 4297. Luego volvió a dormirse, un fugitivo de doce años al que habían hostigado y herido y aterrorizado.

El tren 4297 tenía un límite de arrastre de cuarenta vagones. Vic Destin habría identificado la nueva locomotora como una GE AC6000CW; el 6000 hacía referencia a los caballos de potencia que era capaz de generar. Se trataba de una de las locomotoras diésel en activo más potentes de Estados Unidos, capaz de arrastrar un convoy de casi dos kilómetros de largo. Al salir de Sturbridge, primero en dirección sureste y después derecho al sur, el expreso de FreightCorp 9956 arrastraba setenta vagones.

El vagón de Luke iba ya casi vacío, y así seguiría hasta que el 9956 parara en Richmond, Virginia, donde se sumarían a la carga dos docenas de generadores domésticos Kohler. La mayoría iban con destino a Wilmington, pero dos —y todo el surtido de aparatos y artefactos de motores pequeños detrás de los cuales dormía Luke— se dirigían a Fromie, la tienda de ventas y mantenimiento de motores pequeños situada en el pequeño pueblo de DuPray, Carolina de Sur. El 9956 paraba allí tres veces por semana.

Los grandes acontecimientos basculan sobre bisagras pequeñas.

EL INFIERNO ESPERA

En el momento en que el tren 4297 partía de la estación de Portsmouth, New Hampshire, con rumbo a Sturbridge, la señora Sigsby estaba estudiando los expedientes y los niveles de FNDC de dos niños que en breve residirían en el Instituto, un chico y una chica. El equipo Rubí los entregaría más tarde esa misma noche. El niño, de diez años, natural de Sault Ste. Marie, no pasaba de 80 en la escala del FNDC. La niña, de catorce, natural de Chicago, se situaba en 86. Según el expediente, ella era autista. Eso complicaría las cosas, tanto para el personal como para los otros residentes. Si hubiese estado por debajo de 80, posiblemente habrían prescindido de ella. Pero 86 era un nivel destacado.

FNDC era la sigla de «factor neurotrófico derivado del cerebro». La señora Sigsby entendía muy poco de los fundamentos químicos, eso era competencia del doctor Hendricks, pero sí comprendía lo esencial. Al igual que la TMB, la tasa metabólica basal, el FNDC era una escala. Lo que medía era el índice de crecimiento y supervivencia de las neuronas en el organismo, especialmente en el cerebro.

Los contados casos que presentaban niveles de FNDC altos, ni el 0,5 por ciento de la población, eran las personas más afortunadas del mundo; según Hendricks, eran lo que Dios tenía pensado cuando había creado a los seres

humanos. Rara vez padecían pérdida de memoria, depresión o dolores neuropáticos. Rara vez sufrían de obesidad o de la desnutrición extrema que aquejaba a anoréxicos y bulímicos. Entablaban buenas relaciones sociales (la niña a punto de ingresar era una rara excepción); tendían a atajar los problemas más que a provocarlos (Nick Wilholm era, en ese sentido, otra rara excepción); presentaban escasa propensión a neurosis como el trastorno obsesivo-compulsivo y poseían excelentes aptitudes verbales. Tenían pocos dolores de cabeza y casi nunca padecían migrañas. Su colesterol permanecía en niveles bajos comieran lo que comieran. Solían tener ciclos de sueño deficientes o por debajo de la media, pero lo compensaban con siestas en lugar de con somníferos.

El FNDC, aunque no era frágil, podía dañarse, a veces con efectos funestos. La causa más común era lo que Hendricks denominaba «encefalopatía traumática crónica», término abreviado en ETC. Por lo que la señora Sigsby sabía, se reducía a una simple conmoción resultante de un golpe en la cabeza. El FNDC medio era de 60 unidades por milímetro; los jugadores de fútbol americano que llevaban al menos diez años practicando el deporte normalmente daban unos niveles de alrededor de 35, a veces incluso inferiores a treinta. El FNDC disminuía lentamente como consecuencia del envejecimiento natural, y mucho más deprisa en los enfermos de alzhéimer. Nada de eso interesaba a la señora Sigsby, cuyo cometido se reducía a obtener resultados, y, a lo largo de sus años en el Instituto, los resultados habían sido buenos.

Lo que les interesaba a ella, al Instituto y a quienes financiaban el Instituto y lo habían mantenido en el máximo secreto desde 1955 era el hecho de que entre las cualidades de los niños con niveles de FNDC altos se incluían determinadas aptitudes psíquicas: TQ, TP o (en casos excepcionales) una combinación de ambas. Los propios niños desconocían esas aptitudes, porque

a menudo permanecían latentes. Aquellos que las conocían —normalmente TP de alta funcionalidad como Avery Dixon— a veces eran capaces de usar sus facultades cuando les parecía útil hacerlo, pero prescindían de ellas el resto del tiempo.

El FNDC se medía en casi todos los recién nacidos. A los niños como los dos cuyos expedientes leía en ese momento la señora Sigsby se los señalaba, se les hacía un seguimiento y finalmente se los capturaba. Su bajo nivel de aptitudes psíquicas se refinaba y potenciaba. Según el doctor Hendricks, esas facultades también podían ampliarse, añadiéndose la TQ a la TP y viceversa, aunque esa contingencia no atañía a la misión del Instituto —a su *raison d'être*— en lo más mínimo. Nunca quedaría constancia de los éxitos esporádicos que había obtenido con los rosa que se le cedían como conejillos de Indias. Estaba segura de que Donkey Kong lo lamentaba, por más que fuera consciente de que la publicación en cualquier revista médica lo llevaría a una cárcel de máxima seguridad, no a ganar el premio Nobel.

Se oyó un golpeteo maquinal en la puerta y, acto seguido, Rosalind asomó la cabeza con expresión de disculpa.

—Perdone que la moleste, señora, pero es Fred Clark, que quiere verla. Parece que...

—Refrésqueme la memoria. ¿Quién es ese Fred Clark? —La señora Sigsby se quitó las gafas de lectura y se frotó el caballete de la nariz.

—Un bedel.

—Averigüe qué quiere e infórmeme más tarde. Si vuelve a haber cables mordisqueados por los ratones, puede esperar. Estoy ocupada.

—Dice que es importante, y se lo ve muy alterado.

La señora Sigsby dejó escapar un suspiro, cerró la carpeta y la guardó en un cajón.

—De acuerdo, hágalo pasar. Pero más vale que sea bueno.

No lo era. Era algo grave. Muy grave.

2

La señora Sigsby reconoció a Clark, lo había visto muchas veces en los pasillos, pasando la escoba o una fregona, pero nunca lo había visto en ese estado: blanco como el papel, con el cabello cano revuelto, como si se lo hubiese estado frotando o mesando, y un temblor enfermizo en los labios.

—¿Qué pasa, Clark? Se diría que ha visto usted un fantasma.

—Tiene que venir, señora Sigsby. Tiene que verlo.

—¿Ver qué?

El meneó la cabeza y repitió:

—Tiene que venir.

La señora Sigsby lo siguió por la vereda que comunicaba el edificio de administración con el Ala Oeste de la residencia. Preguntó a Clark dos veces más cuál era exactamente el problema, pero él se limitó a menear la cabeza y repetir que debía verlo con sus propios ojos. El enfado de la señora Sigsby por la interrupción empezó a dar paso a un sentimiento de inquietud. ¿Tenía que ver con algún niño? ¿Había salido mal una prueba, como en el caso de Cross? Seguramente no. Si se tratara de eso, lo habría descubierto un cuidador, un técnico o alguno de los médicos, no un bedel.

Hacia la mitad del pasillo prácticamente vacío del Ala Oeste, un niño cuya enorme barriga sobresalía bajo una camiseta remetida con descuido mantenía la vista fija en un papel colgado del pomo de una puerta cerrada. Vio acercarse a la señora Sigsby y de inmediato se alarmó. Como debía ser, en opinión de la señora Sigsby.

—Whipple, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo dices?

Stevie, mordiéndose el labio inferior, se detuvo a pensar.

—Sí, señora Sigsby.

—Eso ya está mejor. Ahora largo de aquí. Si no tienes ninguna prueba pendiente, búscate algo que hacer.

—Vale. O sea, sí, señora Sigsby.

Stevie se marchó, no sin antes lanzar una ojeada por encima del hombro. La señora Sigsby no lo vio. Observaba la hoja de papel suspendida del pomo. En ella se leía NO ENTRAR, escrito probablemente con el bolígrafo que Clark llevaba prendido de uno de los bolsillos de la camisa.

—Habría cerrado si tuviese llave —explicó Fred.

Los bedeles tenían llaves de los distintos cuartos de material de la planta A, y también de las expendedoras, para reabastecerlas, pero no de las salas de reconocimiento ni de las habitaciones de la residencia. De todos modos, estas últimas rara vez se cerraban con llave, excepto cuando algún alborotador se pasaba de la raya y había que confinarlo un día a modo de castigo. Los bedeles tampoco tenían tarjetas del ascensor. Si necesitaban bajar a una de las plantas inferiores, debían acudir a un cuidador o a un técnico para que los acompañara.

—Si ese crío gordo hubiera entrado —comentó Clark—, se habría llevado el susto más grande de su corta vida.

La señora Sigsby abrió la puerta sin responder y observó una habitación vacía: sin fotos ni pósteres en la pared, nada en la cama más que el colchón desnudo. No se diferenciaba en absoluto de otras muchas habitaciones de la residencia durante esos últimos diez o doce años, período en que la antes considerable afluencia de niños con alto nivel de FNDC se había reducido a un goteo. El doctor Hendricks tenía la teoría de que el alto nivel de FNDC

estaba desapareciendo del genoma humano, al igual que otras características, como la agudeza visual y auditiva. O, según él, la capacidad de mover las orejas, cosa que tal vez fuera un chiste o tal vez no. Con Donkey Kong nunca se sabía.

Se volvió hacia Fred.

—En el cuarto de baño. He cerrado la puerta, por si acaso.

La señora Sigsby la abrió y se quedó paralizada durante unos segundos. A lo largo de su etapa en el Instituto había visto muchas cosas, incluido el suicidio de un residente y los intentos de suicidio de otros dos, pero nunca el de un empleado.

La mujer de la limpieza (el uniforme marrón era inconfundible) se había colgado de la alcachofa de la ducha, que habría cedido bajo el peso de alguien más corpulento, por ejemplo, Whipple, el chico al que acababa de ahuyentar. El rostro inerte, negro e hinchado, miraba fijamente a la señora Sigsby. La lengua le asomaba entre los labios, casi como si les dedicara una última pederreta. En los azulejos de la pared, en letras dispersas y desiguales, se leía un último mensaje.

—Es Maureen —dijo Fred en voz baja. Se sacó un pañuelo arrugado del bolsillo de atrás del pantalón de faena y se enjugó los labios—. Maureen Alvorson. Ella...

La señora Sigsby se sobrepuso a la conmoción y miró por encima del hombro. La puerta de la habitación estaba abierta.

—Cierre.

—Ella...

—*¡Cierre esa puerta!*

El bedel obedeció. La señora Sigsby se palpó el bolsillo derecho de la chaqueta del traje, pero lo tenía vacío. Mierda, pensó. Mierda, mierda, mierda. Era una negligencia por su parte haberse olvidado de coger el walkie-

talkie, pero ¿quién iba a saber que le esperaba una cosa así?

—Vuelva a mi despacho. Dígale a Rosalind que le dé mi walkie-talkie. Tráigamelo.

—Usted...

—Cállese. —Se volvió hacia él con los labios apretados, la boca reducida a una rendija, y Fred, al ver cómo le sobresalían los ojos en el rostro estrecho, dio un paso atrás. Parecía desquiciada—. Obedezca, de prisa, y no diga una palabra de esto a nadie.

—Desde luego que no.

El bedel salió y cerró la puerta. La señora Sigsby se sentó en el colchón desnudo y miró a la mujer colgada de la alcachofa de la ducha. Y el mensaje escrito con la barra de labios, que la señora Sigsby vio en ese momento tirada delante del inodoro.

EL INFIERNO ESPERA. ALLÍ ESTARÉ PARA RECIBIROS.

Stackhouse estaba en la colonia del Instituto y parecía aturdido al atender la llamada. La señora Sigsby supuso que se había ido de juerga la noche anterior en el Outlaw Country, posiblemente ataviado con su traje marrón, pero no se molestó en preguntar, se limitó a decirle que se presentara de inmediato en el Ala Oeste. Ya encontraría la habitación: había un bedel en la puerta.

Hendricks y Evans estaban realizando pruebas en la planta C. La señora Sigsby les ordenó que dejaran lo que estuvieran haciendo y enviaran a sus sujetos de regreso a la residencia. Se requería la presencia de los dos médicos en el Ala Oeste. Hendricks, que podía llegar a ser muy irritante incluso en el mejor de los casos, quiso saber por qué. La señora Sigsby le dijo que callara y

subiera.

Stackhouse fue el primero en llegar. Los médicos aparecieron justo después.

—Jim —dijo Stackhouse a Evans tras asimilar la situación—, levántela. Necesito cierta holgura en esa cuerda.

Evans rodeó la cintura de la muerta con los brazos —por un momento casi pareció que bailaban— y la levantó. Stackhouse empezó a deshacer el nudo, debajo de la mandíbula.

—Deprisa —instó Evans—. Se lo ha hecho encima.

—Seguro que ha olido cosas peores —respondió Stackhouse—. Ya casi está... Un momento... Vale, allá va.

Retiró el lazo de la cabeza de la muerta (maldiciendo para sus adentros cuando uno de los brazos de esta fue a posársele amistosamente en la nuca) y la acarreó hasta el colchón. La cuerda le había dejado un cardenal negruzco en el cuello. Los cuatro la contemplaron sin hablar. Con su uno noventa, Trevor Stackhouse era alto, pero el doctor Hendricks le sacaba al menos diez centímetros. Situada entre ambos, la señora Sigsby se veía minúscula.

Stackhouse miró a la señora Sigsby con las cejas enarcadas. Ella le devolvió la mirada sin hablar.

En la mesilla de noche había un frasco marrón. El doctor Hendricks lo cogió y lo sacudió.

—Oxi. Cuarenta miligramos. No la dosis máxima, pero muy alta en cualquier caso. La receta es para noventa comprimidos y solo quedan tres. Doy por supuesto que no practicaremos la autopsia...

En eso ha acertado, pensó Stackhouse.

—... pero si se le practicara, creo que descubriríamos que se ha tomado la mayor parte antes de echarse la soga al cuello.

—Que habría bastado para matarla —añadió Evans—. Esta mujer no puede pesar más de cuarenta y cinco kilos. Está claro que la ciática no era su

problema principal, al margen de lo que dijera. No habría podido seguir cumpliendo sus obligaciones durante mucho tiempo en ningún caso, así que...

—Decidió ponerle fin sin más —concluyó Hendricks.

Stackhouse observaba el mensaje de la pared.

—«El infierno espera» —musitó—. Teniendo en cuenta lo que hacemos aquí, algunos podrían considerarlo una conjetura razonable.

—Chorradas —dijo la señora Sigsby, poco propensa a la vulgaridad por norma general.

Stackhouse se encogió de hombros. La calva le relucía bajo la luz del aplique como si la llevase encerada.

—Me refiero a la gente de fuera, los que no saben de qué va. En fin, da igual. Lo que estamos viendo aquí es muy sencillo. Una mujer con una enfermedad terminal ha decidido tirar la toalla. —Señaló la pared—. Después de declarar su culpa. Y la nuestra.

Tenía lógica, pero a la señora Sigsby no le gustó. La última comunicación de Alvorson con el mundo tal vez expresara culpa, pero también denotaba cierto tono triunfal.

—Tuvo una semana libre hace no mucho —informó Fred, el bedel. La señora Sigsby no se había dado cuenta de que seguía en la habitación. Alguien debería haberlo despachado. *Ella* debería haberlo despachado—. Regresó a Vermont, a su casa. Probablemente es allí donde consiguió las pastillas.

—Gracias —dijo Stackhouse—. Una deducción digna de Sherlock. Y ahora, ¿no tiene algún suelo que brillantar?

—Y limpie las carcassas de las cámaras —ordenó con aspereza la señora Sigsby—. Lo pedí la semana pasada. No pienso repetirlo.

—Sí, señora.

—Ni una palabra de esto, señor Clark.

—No, señora. Claro que no.

—¿Incineración? —preguntó Stackhouse cuando se marchó el bedel.

—Sí. Pediremos a un par de cuidadores que la lleven al ascensor mientras los residentes comen. Lo que será... —la señora Sigsby consultó su reloj— en menos de una hora.

—¿Hay algún problema? —preguntó Stackhouse—. Aparte de la conveniencia de ocultar esto a los residentes, quiero decir. Lo pregunto porque tienes cara de que hay algún problema.

La señora Sigsby apartó la vista de las palabras escritas en los azulejos del baño y la posó en el rostro negro de la muerta, con la lengua fuera. Tras contemplar esa última pedorreta, se volvió hacia los dos médicos.

—Querría que salieran los dos de la habitación. Necesito hablar con el señor Stackhouse en privado.

Hendricks y Evans cruzaron una mirada y se fueron.

4

—Era tu soplona. ¿Es ese tu problema?

—*Nuestra* soplona, Trevor, pero sí, ese es el problema. O podría serlo.

Hacía un año —no, más bien dieciséis meses, porque aún quedaba nieve en el suelo— Maureen Alvorson había solicitado una entrevista con la señora Sigsby y se había ofrecido a realizar cualquier tarea que pudiera proporcionarle un ingreso extra. La señora Sigsby, que tenía en mente un proyecto personal desde hacía casi un año pero no una idea clara de cómo llevarlo a cabo, preguntó a Alvorson si tendría algún inconveniente en transmitirle toda la información que pudiera sonsacar a los niños. Alvorson accedió, e incluso había demostrado cierto nivel de astucia rastrera al proponer la estratagema de las supuestas zonas muertas, donde los micrófonos

funcionaban mal o directamente no funcionaban.

Stackhouse se encogió de hombros.

—El material que nos suministraba rara vez era mucho más que chismorreos. Qué chico pasaba la noche con qué chica, quién había escrito TONY ES UN MIERDA en una mesa del comedor, esas cosas. —Se interrumpió—. Aunque quizá su papel como soplona aumentó su sentimiento de culpabilidad, supongo.

—Estaba casada —observó la señora Sigsby—, pero, como observarás, ya no lleva alianza. ¿Qué sabemos de su vida en Vermont?

—Así de pronto no lo recuerdo, aunque constará en su expediente, y con mucho gusto lo consultaré.

La señora Sigsby se paró a pensar y cayó en la cuenta de que ella misma disponía de muy poca información sobre Maureen Alvorson. Sí, sabía que estaba casada, porque había visto el anillo. Sí, era una militar retirada, como muchos de los empleados del Instituto. Sí, sabía que Alvorson era de Vermont. Pero no sabía mucho más, ¿y cómo era posible si la había contratado para espiar a los residentes? Tal vez ya no importase, no una vez muerta, pero le recordó que acababa de olvidarse el walkie-talkie al dar por sentado que el bedel hacía una montaña de un grano de arena. Le recordó asimismo las carcacas polvorientas de las cámaras, los ordenadores lentos y el reducido e ineficiente personal que se ocupaba de su mantenimiento, los frecuentes desperdicios de comida en la cafetería, los cables mordisqueados por los ratones y los descuidados informes de vigilancia, en especial los del turno de noche, el que iba de las once a las siete de la mañana, cuando los residentes dormían.

Al hilo de todo eso, pensó en dejadez.

—¿Julia? He dicho que ya...

—Te he oído. No estoy sorda. ¿Quién está de vigilancia ahora mismo?

Stackhouse consultó su reloj.

—Probablemente nadie. Es mediodía. Los críos estarán en sus habitaciones o haciendo cosas de críos.

Eso presupones tú, pensó, *¿y acaso la presuposición no es la madre de la dejadez?* El Instituto llevaba en activo más de sesenta años, bastantes más, y nunca se había producido una filtración. Nunca había habido motivos (al menos durante su etapa) para utilizar el teléfono especial, el que llamaban Teléfono Cero, salvo para presentar informes rutinarios. En resumidas cuentas, nunca había ocurrido nada que no hubiesen podido resolver de forma interna.

En Bend corrían rumores, naturalmente. El más habitual entre los vecinos era que el complejo del bosque albergaba una base de misiles atómicos o algo así. O que tenía que ver con la guerra biológica o química. Otro, y este se acercaba más a la verdad, era que se trataba de un centro experimental del Estado. Ya estaba bien que circularan rumores. Los rumores eran desinformación autogenerada.

Todo está en orden, se dijo. Todo es tal como debe ser. El suicidio de una mujer de la limpieza devorada por la enfermedad no es más que un bache en el camino, e insignificante, a decir verdad. Aun así, inducía a pensar que había... bueno, no *problemas* mayores, sería alarmista llamarlos así, pero sí sin duda motivos de preocupación. Y algunos eran culpa suya. Durante sus primeros tiempos en el cargo, las carcacas de las cámaras nunca habrían estado cubiertas de polvo, y ella nunca habría salido de su despacho sin el walkie-talkie. Por aquel entonces habría recabado mucha más información sobre la mujer a quien pagaba por espiar a los residentes.

Pensó en la entropía. La tendencia a relajarse cuando las cosas iban bien.

A caer en presuposiciones.

—¿Señora Sigsby? ¿Julia? ¿Tienes alguna orden que darme?

Ella volvió al presente.

—Sí. Quiero saberlo todo sobre ella y, si no hay nadie en la sala de

vigilancia, quiero a alguien allí lo antes posible. A Jerry, creo. —Jerry Symonds era uno de los dos técnicos informáticos, y el mejor alargando la vida útil del viejo equipo.

—Jerry está de permiso —respondió Stackhouse—. De pesca en Nassau.

—A Andy, entonces.

Stackhouse negó con la cabeza.

—Fellowes está en la colonia. Lo he visto salir del economato.

—Maldita sea, tendría que estar aquí. Zeke, pues. Zeke el griego. Ha trabajado antes en vigilancia, ¿no?

—Me parece que sí —dijo Stackhouse, y ahí estaba una vez más. Vaguedad. Conjeturas. *Presuposiciones*.

Las carcacas de las cámaras polvorientas. Los zócalos sucios. Las conversaciones despreocupadas en la planta B. La sala de vigilancia vacía.

La señora Sigsby decidió de pronto que iban a introducirse grandes cambios, y antes de que las hojas empezaran a cambiar de color y caerse de los árboles. Acaso el suicidio de esa Alvorson no tuviera mayor trascendencia, pero era una llamada de atención. No le gustaba hablar con el hombre que atendía las llamadas realizadas desde el Teléfono Cero, siempre le producía escalofríos oír el ligero ceceo en sus saludos (nunca *Sigsby*, siempre *Cigby*), pero tenía que hacerlo. Un informe por escrito no valdría. Tenían colaboradores por todo el país. Tenían un avión privado con solo pedirlo. El personal estaba bien pagado y sus diversos empleos contaban con todas las ventajas. Sin embargo, ese complejo cada día se parecía más a un todo a un dólar de unas galerías comerciales al borde del abandono. Era demencial. Las cosas tenían que cambiar. Las cosas *cambiarían*.

—Dile a Zeke que compruebe el paradero de todos los botones localizadores —ordenó—. Asegurémonos de que todos los niños a nuestro cargo están presentes y ubicados. Me interesan especialmente Luke Ellis y

Avery Dixon. Alvorson hablaba mucho con ellos.

—Ya sabemos de qué han estado hablando, no era gran cosa.

—Hazlo.

—Con mucho gusto. Entretanto, conviene que te relajes. —Señaló el cadáver, con el rostro ennegrecido y la lengua asomando de forma impúdica —. Y toma un poco de perspectiva. Era una mujer muy enferma, que, al ver acercarse el final, decidió retirarse antes de que el cáncer le hincara el diente de verdad.

—Comprueba el paradero de los residentes, Trevor. Si están todos en sus sitios (contentos y sonrientes es opcional) *entonces* me relajaré.

Solo que no se relajaría. Ya habían tenido más que suficiente relajación.

5

De regreso en su despacho, indicó a Rosalind que no quería que la molestaran, a menos que se tratase de Stackhouse o Zeke Ionidis, que en ese momento llevaba a cabo un control de vigilancia en la planta D. Se sentó a su escritorio y se quedó mirando el salvapantallas de su ordenador. Mostraba una playa de arena blanca en el cayo Siesta, donde decía a la gente que tenía pensado jubilarse. Había dejado de decírselo a sí misma. La señora Sigsby esperaba morir allí en el bosque, tal vez en su casita de la colonia, más probablemente detrás de ese mismo escritorio. Dos de sus escritores preferidos, Thomas Hardy y Rudyard Kipling, habían muerto ante sus escritorios; ¿por qué no ella? El Instituto se había convertido en su vida, y a ella le parecía bien.

Lo mismo ocurría a la mayor parte de los empleados. Tiempo atrás habían sido soldados o personal de seguridad en empresas muy duras, como Blackwater y Tomahawk Global, o habían trabajado en las fuerzas del orden.

Denny Williams y Michelle Robertson, del equipo Rubí, habían sido agentes del FBI. Si el Instituto no era su vida cuando los reclutaron y se incorporaron a sus puestos, acabó *convirtiéndose* en su vida. No era por el sueldo. No era por los extras o las opciones de jubilación. Tenía que ver en parte con una forma de vida que les resultaba tan familiar como respirar. El Instituto venía a ser una pequeña base militar; la colonia contigua incluso disponía de un economato donde podían comprar una amplia gama de productos baratos y llenar los depósitos de sus coches y camionetas a 20 centavos el litro gasolina normal y 23 la de alto octanaje. La señora Sigsby había servido en la base aérea de Ramstein, en Alemania, y el pueblo de Dennison River Bend le recordaba —a una escala mucho menor, desde luego— a Kaiserslautern, adonde a veces iba a desfogarse con sus amigos. En Ramstein había de todo, incluso un cine con dos salas y un restaurante de la cadena Johnny Rockets, pero a veces uno necesitaba alejarse. Aquí pasaba lo mismo.

Pero siempre regresan, pensó, contemplando la playa de arena que a veces visitaba pero donde nunca viviría. Siempre regresan y, pese al nivel de abandono que se ha adueñado de esto, no se van de la lengua. A ese respecto nunca incurren en el menor descuido. Porque si la gente llegase a enterarse de lo que hacemos aquí, de los centenares de niños a los que hemos destruido, nos procesarían y ejecutarían a docenas. Nos aplicarían la aguja como a Timothy McVeigh.

Esa era la cara fea de la moneda. La cara bonita era sencilla: todo el personal, desde el a menudo insoportable pero sin duda competente doctor Dan Hendricks, alias Donkey Kong, y los doctores Heckle y Jeckle de la Mitad Trasera, hasta el más modesto bedel, entendía que en sus manos estaba nada menos que el destino del mundo, como lo había estado antes en las manos de sus predecesores. No solo la supervivencia de la especie humana, sino la supervivencia del planeta. Entendían que ese fin lo justificaba todo, sin límite

alguno a lo que podían hacer y harían. Nadie que comprendiese plenamente la labor del Instituto lo consideraría una monstruosidad.

Allí se vivía bien, o al menos bastante bien, sobre todo desde el punto de vista de hombres y mujeres que habían comido arena en Oriente Próximo y habían visto a compañeros en aldeas de mala muerte con las tripas colgando o las piernas mutiladas por una explosión. Disfrutaban de algún que otro permiso; podían marcharse a casa y pasar un tiempo con la familia, en el supuesto de que la tuvieran (muchos empleados del Instituto no la tenían). Por supuesto, no podían hablar a sus familiares sobre lo que hacían y, al cabo de un tiempo, estos —las esposas, los maridos, los hijos— se daban cuenta de que ocupaban un lugar secundario y a ellos solo les importaba su trabajo. Porque se apoderaba de ellos. Las prioridades de la vida pasaban a ser, en orden descendente, el Instituto, la colonia y Dennison River Bend, con sus tres bares, uno de ellos con música country en vivo. Y en el momento en que cobraban consciencia de eso, las más de las veces prescindían de la alianza nupcial, como había hecho Alvorson.

La señora Sigsby abrió el cajón inferior del escritorio, que permanecía cerrado con llave, y sacó un teléfono similar a los que llevaban los equipos de extracción del Instituto: grande y macizo, como un refugiado de los tiempos en que las cintas de casete daban paso a los CD, y los teléfonos móviles justo empezaban a aparecer en las tiendas de electrónica. A veces lo llamaban Teléfono Verde, por su color, y más a menudo Teléfono Cero, porque no tenía pantalla ni números, solo tres pequeños círculos blancos.

Llamaré, pensó. Quizá aplaudan mi capacidad de anticipación y me feliciten por mi iniciativa. O quizá consideren que me asusto por cualquier cosa y que es hora de buscarme un sustituto. En todo caso, ha de hacerse. El deber llama, y tendría que haber llamado antes.

—Pero no hoy —musitó.

No, ese día no, no cuando era necesario ocuparse (y deshacerse) de Alvorson. Quizá tampoco al siguiente, ni siquiera esa misma semana. Lo que se proponía hacer no era baladí. Necesitaría tomar notas, a fin de poder exponerlo todo a la perfección cuando *llamara*. Si de verdad tenía intención de utilizar el Cero, era esencial que antes se preparase para responder con concisión cuando oyese decir al hombre al otro lado de la línea: «Hola, *ceñora* Cigby, ¿en qué puedo ayudarla?».

No es postergar, se dijo. Nada más lejos. Y no quiero meter a nadie en problemas de forma innecesaria, pero...

Sonó el suave tono del intercomunicador.

—Tengo a Zeke, señora Sigsby. Línea 3.

La señora Sigsby descolgó.

—¿Qué información tiene para mí, Ionidis?

—Recuento perfecto —contestó él—. Veintiocho señales de localizador en la Mitad Trasera. En la Mitad Delantera hay dos niños en el salón, seis en el patio y cinco en sus habitaciones.

—¿Dónde están Dixon y Ellis?

—Esto... un segundo... —Siguió una pausa y, al cabo de un momento, Ionidis volvió a hablar—. Dixon está en su habitación; Ellis, en el patio.

—Muy bien. Gracias.

—De nada, señora.

La señora Sigsby se levantó. Se sentía un poco mejor, aunque no habría sabido decir por qué exactamente. *Claro* que todos los residentes estaban localizados. ¿Qué pensaba, que algunos se habían ido a Disneylandia?

Entretanto, a por la siguiente tarea.

En cuanto todos los residentes estuvieron comiendo, Fred, el bedel, llevó un carrito de la cocina hasta la puerta de la habitación donde Maureen Alvorson se había quitado la vida. Fred y Stackhouse envolvieron el cuerpo en una lona verde y, tras cargarla en el carrito, la transportaron a toda prisa por el pasillo. A lo lejos se oía barullo de los animales mientras los alimentaban, pero allí estaba todo vacío, aunque alguien había dejado un osito de peluche en el suelo frente al anexo del ascensor. Miraba hacia el techo con los botones que tenía por ojos. Fred, irritado, lo apartó de un puntapié.

Stackhouse lo miró con expresión de reproche.

—Mal hecho, amigo. Ese muñeco reconforta a algún niño.

—Me da igual —respondió Fred—. Siempre andan dejando sus mierdas por todas partes para que las recojamos nosotros.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Fred empezó a tirar del carrito hacia dentro. Stackhouse lo obligó a salir, y no con delicadeza.

—A partir de este punto ya no se requieren sus servicios. Coja ese peluche y déjelo en el salón o en el bar, donde el dueño pueda verlo cuando salga. Después empiece a quitar el polvo a esas putas carcassas. —Señaló una de las cámaras del techo, entró el carrito y acercó su tarjeta al lector.

Fred Clark esperó a que las puertas se cerraran antes de enseñarle el dedo corazón. Pero las órdenes eran órdenes, y limpiaría las carcassas. Tarde o temprano.

La señora Sigsby esperaba a Stackhouse en la planta F. Allí abajo hacía frío, y se había puesto un jersey sobre la chaqueta del traje. Lo saludó con la cabeza.

Stackhouse le devolvió el saludo e introdujo el carrito en el túnel que comunicaba la Mitad Delantera con la Mitad Trasera. Con su suelo de cemento, sus paredes curvas alicatadas y los fluorescentes del techo, era la expresión misma de la funcionalidad. Algunos fluorescentes parpadeaban, confiriendo al túnel cierto aire de película de terror, y otros estaban apagados. En una pared habían pegado un adhesivo de los New England Patriots.

Más dejadez, pensó ella. Más desidia.

En la puerta de la Mitad Trasera, al final del pasillo, un cartel advertía SOLO PERSONAL AUTORIZADO. La señora Sigsby acercó su tarjeta y empujó. Más allá había otro vestíbulo con ascensor. Un corto tramo ascendente los llevó a un salón apenas algo menos funcional que el túnel de acceso que habían recorrido para llegar a la Mitad Trasera. Heckle —cuyo verdadero nombre era doctor Everett Hallas— los esperaba. Exhibía una amplia sonrisa y se tocaba una y otra vez la comisura de los labios. El gesto recordó a la señora Sigsby los obsesivos tirones de nariz de Dixon. Salvo por el hecho de que Dixon no era más que un niño, y Hallas superaba los cincuenta. Trabajar en la Mitad Trasera pasaba factura, en igual medida que trabajar en un entorno contaminado con radiación de bajo nivel.

—¡Hola, señora Sigsby! ¡Hola, director de seguridad Stackhouse! ¡Encantado de verlos! ¡Deberíamos reunirnos más a menudo! ¡No obstante, lamento las circunstancias que los traen hoy aquí! —Se inclinó y dio unas palmadas a la lona que contenía a Maureen Alvorson. Luego se tocó la comisura de los labios, como si se acariciase una pupa que solo él veía o sentía—. En la flor de la vida, etcétera, etcétera.

—Tenemos que aligerar —instó Stackhouse.

Con lo cual quería decir, supuso la señora Sigsby, tenemos que salir de aquí. Y coincidía plenamente. Allí se desarrollaba el verdadero trabajo, y los doctores Heckle y Jeckle —cuyo verdadero nombre era Joanne James— eran

unos héroes por llevarlo a cabo, pero no por eso resultaba más fácil permanecer en ese entorno. Percibía ya la atmósfera de aquel lugar. Era como estar en un campo eléctrico de bajo nivel.

—Sí, por supuesto. El trabajo nunca termina, engranajes dentro de engranajes, pulgas grandes a las que pican pulgas pequeñas... Bien que lo sé, por aquí.

Desde el salón, con sus sillas feas, un sofá igual de feo y un televisor de pantalla plana antiguo, accedieron a un pasillo con una tupida moqueta azul: en la Mitad Trasera, los niños a veces se caían y se golpeaban las valiosas cabecitas. Las ruedas del carrito dejaron marcas en el pelo. Se parecía mucho a los pasillos de la planta destinada a residencia en la Mitad Delantera, salvo porque las puertas, todas cerradas, tenían cerraduras. Detrás de una, la señora Sigsby oyó un aporreo y gritos ahogados: «¡Déjenme salir!» y «¡Al menos denme una puta aspirina!».

—Iris Stanhope —dijo Heckle—. Hoy no se encuentra bien, me temo. En cambio, varias de nuestras incorporaciones recientes lo llevan considerablemente bien. Esta noche tenemos película, por cierto. Y mañana fuegos artificiales. —Dejó escapar una risita y se tocó la comisura de los labios, con lo que a la señora Sigsby le recordó, grotescamente, a Shirley Temple.

La señora Sigsby se atusó el cabello para asegurarse de que aún lo tenía en su sitio. Lo tenía, por supuesto. Lo que percibía —un leve zumbido que se extendía por toda la piel expuesta, la sensación de que los globos oculares le vibraban en las cuencas— no era electricidad.

Dejaron atrás la sala de proyección con sus diez o doce mullidas butacas. Sentados en la primera fila estaban Kalisha Benson, Nick Wilholm y George Iles. Llevaban camisetas rojas y azules. Benson chupeteaba un cigarrillo de chocolate; Wilholm fumaba uno de verdad, creando una corona de humo gris

en torno a su cabeza. Iles se frotaba las sienes con suavidad. Benson Iles se volvieron hacia ellos cuando pasaron con su carga envuelta en lona en el carrito; Wilhelm mantuvo la mirada fija en la pantalla en blanco. «Ese ha agachado las orejas», pensó la señora Sigsby con satisfacción.

El comedor se encontraba más allá de la sala de proyección, al otro lado del pasillo. Era mucho más pequeño que el de la Mitad Delantera. En la Mitad Trasera siempre había más niños, pero cuanto más tiempo pasaban allí, menos comían. La señora Sigsby supuso que un estudiante de literatura lo llamaría «ironía». En ese momento había tres niños allí; dos tomaban a sorbetes algo que parecían copos de avena, la otra —de unos doce años— permanecía inmóvil sin más ante un tazón lleno. Pero se animó al verlos pasar con el carrito.

—¡Hola! ¿Qué llevan ahí? ¿Es un muerto? Lo es, ¿verdad? ¿Se llama Morris? Es un nombre raro para una chica. Quizá sea Morin. ¿Puedo verla? ¿Tiene los ojos abiertos?

—Esa es Donna —informó Heckle—. No le hagan caso. Esta noche verá la película, pero espero que pronto pase a la siguiente fase. Puede que esta misma semana. Un cambio de aires, etcétera, etcétera. Ya saben.

La señora Sigsby lo sabía. Estaba la Mitad Delantera, estaba la Mitad Trasera... y estaba la mitad trasera de la Mitad Trasera. El final del trayecto. Se llevó la mano al cabello otra vez. Todavía en su sitio. Naturalmente. Se acordó de un triciclo que había tenido cuando era muy pequeña, el chorro caliente de orina en sus bragas mientras rodaba arriba y abajo por el camino de acceso. Se acordó de unos cordones de zapato rotos. Se acordó de su primer coche, un...

—¡Era un Valium! —exclamó aquella niña, la tal Donna. Se levantó de un salto derribando la silla. Los otros dos niños la miraron con apatía; uno tenía copos de avena resbalándole por la barbilla—. ¡Un Plymouth Valium, eso lo

sé! ¡Ay, Dios, quiero irme a *casa*! ¡Ay, Dios, párame la *cabeza*!

Dos cuidadores de uniforme rojo aparecieron de... la señora Sigsby no supo de dónde. Ni le importó. Agarraron a la niña por los brazos.

—Eso es, llevadla a su habitación —dijo Heckle—. Pero nada de pastillas. La necesitamos esta noche.

Donna Gibson, que en otro tiempo había compartido secretos de chicas con Kalisha cuando aún estaban las dos en la Mitad Delantera, empezó a gritar y a forcejear. Llevada en volandas por los cuidadores, solo las punteras de sus zapatillas rozaban la moqueta. En la mente de la señora Sigsby, los pensamientos inconexos primero se atenuaron, luego se desvanecieron. Sin embargo, el zumbido en la piel, incluso en los empastes de los dientes, permaneció. Allí era constante, como el de los fluorescentes del pasillo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Stackhouse a la señora Sigsby.

—Sí. —Pero sácame de aquí.

—Yo también lo noto. Por si te sirve de consuelo.

No le servía.

—Trevor, ¿puedes explicarme por qué los cadáveres con destino al crematorio tienen que pasar por las habitaciones de estos niños?

—En Boston, la ciudad de las alubias, hay toneladas de alubias —contestó Stackhouse.

—¿Cómo? —preguntó la señora Sigsby—. ¿Qué dices?

Stackhouse sacudió la cabeza como para despejársela.

—Lo siento. Me ha venido a la cabeza...

—Sí, sí —dijo Hallas—. Hoy hay muchas... esto, digamos, *transmisiones sueltas* en el aire.

—Ya sé lo que era —repuso Stackhouse—. Necesitaba sacarlo, sencillamente. Tenía la sensación...

—De estar atragantándose con un trozo de comida —apuntó Hallas con toda

naturalidad—. La respuesta a su pregunta, señora Sigsby, es... *nadie lo sabe*.

—Dejó escapar una risita nerviosa y se tocó la comisura de los labios.

Sácame de aquí, volvió a pensar ella.

—¿Dónde está la doctora James, doctor Hallas?

—En su casa. Hoy no se encontraba bien, me temo. Pero le manda saludos. Espera que esté usted bien, como las propias rosas, de perlas, etcétera, etcétera. —Sonrió y repitió su gesto a lo Shirley Temple: «¿No soy una monada?».».

8

En la sala de proyección, Kalisha arrancó el cigarrillo de los dedos a Nicky, dio una última calada a la colilla sin filtro, la tiró al suelo y la pisó. Luego le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Mal?

—Los he tenido peores.

—Con la película mejorará.

—Sí. Pero siempre hay un mañana. Ahora sé por qué mi padre ponía cara de culo cuando tenía resaca. ¿Y tú qué tal, Sha?

—Voy tirando.

Y así era. Solo una leve palpitación por encima del ojo izquierdo. Esa noche se le pasaría. Al día siguiente la sentiría de nuevo, y no leve. El segundo día sería un dolor atroz, en comparación con el cual las resacas del padre de Nicky (y, de vez en cuando, las de sus propios padres) parecerían jauja: un martilleo continuo, como si un duende demoníaco, apresado dentro de su cabeza, diera mazazos contra el cráneo en un esfuerzo por salir. Ni siquiera eso, como bien sabía, era tan grave como podía llegar a ser. Los

dolores de cabeza de Nicky eran peores, los de Iris aún peores, y cada vez tardaban más en irse.

George era el afortunado; pese a su potente TQ, hasta el momento apenas había experimentado dolores. Una molestia en las sienes, decía, y en el fondo del cráneo. Pero empeoraría. Siempre empeoraba, al menos hasta que por fin terminaba. ¿Y entonces? El pabellón A. El zumbido. El abejorreo. La mitad trasera de la Mitad Trasera. Kalisha aún no lo deseaba, la idea de verse anulada como persona todavía la horrorizaba, pero eso cambiaría. Para Iris, ya había cambiado; la mayor parte del tiempo parecía una zombi de *The Walking Dead*. Helen Simms había expresado claramente los sentimientos de Kalisha con respecto al pabellón A al decir que cualquier cosa era mejor que las luces de Stasi y un taladrante dolor de cabeza que nunca cesaba.

George se inclinó hacia delante y la miró por encima de Nick con unos ojos brillantes en los que apenas se percibía dolor aún.

—Ha salido —susurró—. Concentraos en eso. Y aguantad.

—Aguantaremos —respondió Kalisha—. ¿A que sí, Nick?

—Lo intentaremos —respondió Nick, y consiguió esbozar una sonrisa—. Aunque me cuesta creer que un tío que juega tan mal al burro como Luke Ellis consiga traer a la caballería.

—Puede que se le dé mal el burro, pero juega bien al ajedrez —recordó George—. No infravalores sus opciones.

Uno de los cuidadores de azul apareció en las puertas abiertas de la sala de proyección. Los cuidadores de la Mitad Delantera llevaban placas con sus nombres; en ese lado no. En ese lado los cuidadores eran intercambiables. Tampoco había técnicos; solo estaban los médicos de la Mitad Trasera y a veces el doctor Hendricks: Heckle, Jeckle y Donkey Kong. El Trío Terrible.

—Se acabó el tiempo libre. Si no vais a comer, volved a vuestras habitaciones.

El antiguo Nicky tal vez habría mandado a la mierda a ese cretino hipermusculado. La nueva versión se limitó a ponerse en pie, tambaleante, y agarrarse al respaldo del asiento para no caerse. A Kalisha se le partía el corazón de verlo así. Lo que le habían arrebatado a Nicky era en cierto sentido peor que un asesinato. En *muchos* sentidos.

—Vamos —dijo ella—. Iremos juntos. ¿Vale, George?

—Bueno —respondió George—, yo tenía previsto ir a una primera sesión de *Jersey Boys* esta tarde, pero ya que insistes.

Aquí estamos, los tres mosqueteros hechos mierda, pensó Kalisha.

En el pasillo, el zumbido era mucho más intenso. Sí, sabía que Luke había salido, se lo había dicho Avery, y eso era bueno. Además, esos gilipollas tan pagados de sí mismos ni siquiera se habían enterado todavía de que se había ido, lo cual era aún mejor. Pero con aquellos dolores de cabeza la esperanza resultaba menos esperanzadora. Incluso cuando se les pasaban, vivían esperando a que volvieran, y eso era en sí mismo una forma especial de infierno. Y al percibir el zumbido procedente del pabellón A, toda esperanza carecía de valor, lo cual era horrible. Nunca se había sentido tan sola, tan arrinconada.

Pero tengo que aguantar mientras pueda, pensó. Al margen de lo que nos hagan con esas luces y esas malditas películas, tengo que aguantar. Tengo que aferrarme a mi mente.

Recorrieron el pasillo despacio bajo la mirada del cuidador, no como niños, sino como inválidos. O como ancianos, matando el tiempo durante sus últimas semanas en un lastimoso centro de cuidados paliativos.

Guiados por el doctor Everett Hallas, la señora Sigsby y Stackhouse, quien empujaba el carrito, pasaron por delante de las puertas cerradas en que se leía PABELLÓN A. Detrás de esas puertas cerradas no se oían voces ni chillidos, pero la sensación de hallarse en un campo eléctrico era aún mayor; recorría la piel de la señora Sigsby como patas de ratones invisibles. Stackhouse también lo sentía. Se frotaba la tersa calva con la mano libre, la que no dedicaba a empujar el féretro improvisado de Maureen Alvorson.

—A mí siempre me parece como un roce de telarañas —comentó. Volviéndose hacia Heckle, añadió—: ¿Usted no lo nota?

—Estoy acostumbrado —contestó el médico, y se tocó la comisura de los labios—. Es un proceso de asimilación. —Se detuvo—. No, esa no es la palabra correcta. «Aclimatación», creo. ¿O se dice «aclimatamiento»? Podrían ser las dos.

Asaltó a la señora Sigsby una curiosidad casi caprichosa.

—Doctor Hallas, ¿cuándo es su cumpleaños? ¿Lo recuerda?

—El nueve de septiembre. Y ya sé lo que está pensando. —Echó un vistazo por encima del hombro en dirección a las puertas con el rótulo PABELLÓN A en rojo y luego otra vez a la señora Sigsby—. Estoy bien, sea como fuere.

—El nueve de septiembre —repitió ella—. O sea, es usted... ¿qué? ¿Libra?

—Acuario —corrigió Heckle, y le dirigió una mirada pícaro, como diciendo: «Señora mía, a mí no me engaña tan fácilmente»—. Cuando la luna está en la séptima casa y Mercurio se alinea con Marte. Etcétera, etcétera. Agache la cabeza, señor Stackhouse. Aquí el techo es más bajo.

Cruzaron un pasillo corto en penumbra, descendieron por una escalera, donde Stackhouse tuvo que frenar el carrito desde delante y la señora Sigsby controlarlo desde atrás, y llegaron a otra puerta cerrada. Heckle utilizó su tarjeta, y entraron en una sala circular donde el calor resultaba incómodo. No había muebles, pero en una pared colgaba un letrero enmarcado:

RECORDEMOS QUE FUERON HÉROES. Lo cubría un cristal mugriento que pedía a gritos una dosis de Glassex. En el lado opuesto de la sala, a media altura en la tosca pared de cemento, había una trampilla de acero, como la de una cámara de carne industrial. A la izquierda tenía un pequeño indicador, en ese momento apagado, y a la derecha dos botones, uno rojo y uno verde.

Allí, los pensamientos inconexos y los fragmentos de recuerdos que habían causado desazón a la señora Sigsby cesaron, y el vago dolor de cabeza que le rondaba las sienes se atenuó un poco. Lo agradeció, pero seguía impaciente por salir de allí. Casi nunca visitaba la Mitad Trasera, porque su presencia no era necesaria; el comandante de un ejército, siempre y cuando la guerra marchase bien, rara vez tenía que visitar la primera línea. Y, pese a sentirse mejor, estar en aquella sala circular y desangelada resultaba absolutamente espantoso.

A Hallas también se lo veía mejor; ya no parecía Heckle, sino el hombre que había ejercido la medicina en el ejército durante veinticinco años y ganado una Estrella de Bronce. Se había erguido y ya no se tocaba la comisura de los labios con el dedo. Tenía la mirada despejada y sus preguntas pasaron a ser concisas.

—¿Lleva joyas?

—No —respondió la señora Sigsby, pensando en la alianza que Alvorson ya no llevaba.

—¿He de suponer que está vestida?

—Por supuesto. —La señora Sigsby se sintió extrañamente ofendida por la pregunta.

—¿Le han examinado los bolsillos?

Ella se volvió hacia Stackhouse, que negó con la cabeza.

—¿Quieren hacerlo? Si es así, esta es su única oportunidad.

La señora Sigsby se lo planteó y lo descartó. La mujer había dejado su nota

de suicidio en la pared del baño, y su bolso estaría en la taquilla correspondiente. Tendrían que registrarlo, por pura rutina, pero no estaba dispuesta desenvolver el cuerpo de la mujer de la limpieza y dejar otra vez a la vista aquella impúdica lengua protuberante solo para encontrar una barra de bálsamo labial, un rollo de caramelos Tums y unos cuantos pañuelos arrugados.

—Yo no. ¿Y tú, Trevor?

Stackhouse volvió a negar con la cabeza. Estaba bronceado todo el año, pero en ese momento se lo veía pálido. También a él lo había afectado atravesar la Mitad Trasera. Tal vez deberíamos venir más a menudo, pensó ella. Permanecer en contacto con el proceso. Recordó entonces que el doctor Hallas se había declarado acuario y que Stackhouse había dicho que en Boston, la ciudad de las alubias, había toneladas de alubias. Decidió que permanecer en contacto con el proceso era en realidad una pésima idea. Y, por cierto, ¿de verdad era Hallas libra habiendo nacido el 9 de septiembre? Ahí fallaba algo. ¿No era virgo?

—Acabemos con esto —instó.

—Muy *bien*, pues —dijo el doctor Hallas, y desplegó una sonrisa de oreja a oreja que era puro Heckle.

Tiró de la manija de la trampa de acero inoxidable. Al otro lado había negrura, un olor a carne guisada y una cinta transportadora manchada de hollín que descendía hacia la oscuridad.

Hay que limpiar ese letrero, pensó la señora Sigsby. Y esa cinta necesita un buen baldeo antes de que se atasque y se averíe. Más dejadez.

—Espero que no necesiten ayuda para levantarla —dijo Heckle, todavía con su sonrisa de presentador de concurso—. Lamentablemente hoy me siento un tanto débil. Esta mañana no me he tomado mis cereales.

Stackhouse levantó el cadáver envuelto y lo colocó en la cinta. El pliegue

inferior de la lona se abrió y dejó a la vista un zapato. La señora Sigsby sintió el impulso de apartar la mirada de esa suela gastada, pero se contuvo.

—¿Unas últimas palabras? —preguntó Hallas—. ¿Un hola y adiós?

—No diga idioteces —repuso la señora Sigsby.

El doctor Hallas cerró la trampilla y pulsó el botón verde. La señora Sigsby oyó un movimiento de engranajes y un chirrido cuando la sucia cinta transportadora empezó a desplazarse. Cuando ese sonido se interrumpió, Hallas apretó el botón rojo. El indicador cobró vida, y rápidamente pasó de 100 a 200 a 400 a 800 a 1600 y finalmente a 3200.

—La temperatura es mucho mayor que la de un horno crematorio medio —informó Hallas—. El proceso es también mucho más rápido; aun así, lleva su tiempo. No hay inconveniente en que se queden por aquí; puedo enseñarles las instalaciones. —Todavía con su amplia sonrisa.

—Hoy no —contestó la señora Sigsby—. Estamos demasiado ocupados.

—Me lo imaginaba. En otra ocasión, tal vez. La vemos muy poco y siempre estamos de servicio.

10

Cuando Maureen Alvorson iniciaba su descenso final, Stevie Whipple devoraba unos macarrones con queso en el comedor de la Mitad Delantera. Avery Dixon lo agarró por uno de aquellos brazos rollizos y pecosos.

—Ven al patio conmigo.

—No he acabado de comer, Avery.

—Me da igual. —Bajó la voz—. Es importante.

Stevie dio un último bocado enorme, se limpió la boca con el dorso de la mano y siguió a Avery. En el patio no había nadie excepto Frieda Brown,

quien, sentada en el asfalto que rodeaba la canasta, dibujaba con tiza personajes de dibujos animados. Bastante bien. Todos sonrientes. No levantó la vista cuando pasaron los niños.

Al llegar a la alambrada, Avery señaló un hoyo en la tierra y la grava. Stevie lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Quién ha hecho eso? ¿Una marmota o algo así?

Miró alrededor como si esperase ver una marmota —posiblemente rabiosa— escondida debajo de la cama elástica o agazapada bajo la mesa de picnic.

—No ha sido una marmota, no —dijo Avery.

—Seguro que tú podrías colarte por ahí, Aves. *Excaparte*.

No creas que no se me ha pasado por la cabeza, pensó Avery, pero me perdería en el bosque. Aunque no fuera así, el bote ya no está.

—Dejémoslo. Tienes que ayudarme a rellenarlo.

—¿Por qué?

—Porque sí. Y no digas «excavar», es de ignorantes. *Es*, Stevie. *Escapar*. —Que era precisamente lo que había hecho su amigo, que Dios lo bendijera. ¿Dónde estaría en ese momento? Avery no tenía la menor idea. Había perdido el contacto.

—*Escapar* —repitió Stevie—. Lo pillo.

—Genial. Ahora ayúdame.

Los niños se arrodillaron y empezaron a llenar el hueco bajo la valla, cogiendo la tierra con las manos ahuecadas y levantando una nube de polvo. Era un trabajo intenso, y pronto los dos comenzaron a sudar. Stevie tenía la cara de un rojo encendido.

—¿Qué estáis haciendo, niños?

Se volvieron. Era Gladys, sin el menor asomo de su amplia sonrisa habitual.

—Nada —contestó Avery.

—Nada —confirmó Stevie—. Solo jugamos con la tierra. O sea, la tierra

polvorienta de toda la vida.

—A ver. Apartaos. —Y como ninguno de los dos obedeció asestó un puntapié a Avery en el costado.

—*¡Ay!* —exclamó el pequeño, y se hizo un ovillo—. *¡Ay, eso duele!*

—¿A usted qué le pasa? —intervino Stevie—. ¿Es que tiene la regla o qué...? —En ese punto recibió un puntapié propio, a la altura del hombro.

Gladys miró el hoyo, solo parcialmente relleno, y después a Frieda, todavía absorta en sus empeños artísticos.

—¿Esto lo has hecho tú?

Frieda movió la cabeza en un gesto de negación sin levantar la vista.

Gladys se sacó el walkie-talkie del bolsillo del pantalón blanco y lo activó.

—¿Señor Stackhouse? Aquí Gladys, llamando al señor Stackhouse.

—Aquí Stackhouse —se oyó tras un silencio.

—Conviene que venga al patio cuanto antes. Tiene que ver una cosa. Puede que no sea nada, pero me da mala espina.

11

Después de avisar al jefe de seguridad, Gladys llamó a Winona para que llevara a los dos niños a sus habitaciones. Debían quedarse allí hasta nuevo aviso.

—Yo no sé nada de ese hoyo —protestó Stevie con un mohín—. Pensé que lo había hecho alguna marmota.

Winona lo obligó a callar y los condujo de vuelta al interior.

Stackhouse llegó con la señora Sigsby. Ella se inclinó y él se acuclilló, para examinar la concavidad bajo la alambrada y después la propia valla.

—Por ahí debajo no cabría nadie —observó la señora Sigsby—. Bueno, tal

vez Dixon, que no es mucho más grande que las gemelas Wilcox, pero nadie más.

Stackhouse apartó la mezcla suelta de piedras y tierra que los dos niños habían vuelto a colocar, y lo que parecía un hueco se convirtió en una zanja.

—¿Estás segura?

La señora Sigsby cayó en la cuenta de que estaba mordiéndose el labio y se obligó a contenerse. La idea es absurda, pensó. Tenemos cámaras, tenemos micrófonos, tenemos cuidadores y bedeles y servicio de limpieza, tenemos seguridad. Todos a cargo de un puñado de críos tan aterrorizados que no harían daño a una mosca.

También estaba Wilholm, claro, quien sin lugar a dudas sí haría daño a una mosca, y había habido otros como él a lo largo de los años. Aun así...

—Julia. —En voz muy baja.

—¿Qué?

—Agáchate a mi lado.

Cuando se disponía a hacerlo, vio que la niña, Brown, los observaba.

—Ve adentro —ordenó—. Ahora mismo.

Frieda se marchó a toda prisa, sacudiéndose el polvo de tiza de las manos y abandonando allí a sus risueños personajes de dibujos animados. Cuando la niña entraba en el salón, la señora Sigsby vio a un corrillo de chicos que miraban hacia el patio. ¿Dónde estaban los cuidadores cuando se los necesitaba? ¿En la sala de descanso, intercambiando anécdotas con alguno de los equipos de extracción? ¿Contando chistes ver...?

—¡Julia!

Ella apoyó una rodilla en el suelo e hizo una mueca al notar que se le hincaba un trozo afilado de grava.

—En esta valla hay sangre. ¿La ves?

Ella no quería verla, pero la vio. Sí, era sangre. Seca y de color granate,

pero sangre sin duda.

—Y mira allí.

Sacó un dedo por uno de los rombos de la alambrada para señalar un arbusto parcialmente arrancado. También allí había sangre. Cuando la señora Sigsby observó esas manchas, manchas situadas *fuera*, se le revolvió el estómago y por un alarmante momento pensó que iba a mojarse las bragas, como le había ocurrido hacía mucho tiempo en aquel triciclo. Pensó en el Teléfono Cero y vio su vida como máxima responsable del Instituto —porque eso era aquello, no su empleo, sino su vida— desaparecer en él. ¿Qué diría el hombre ceceante al otro lado de la línea si tenía que llamarlo y contarle que, en el centro supuestamente más secreto y seguro del país —y el centro más *vital* del país— un niño había escapado *por debajo de una valla*?

Dirían que estaba acabada, desde luego. Acabada para siempre.

—Todos los residentes están aquí —afirmó con un susurro ronco. Agarró a Stackhouse de la muñeca, clavándole las uñas en la piel. Él no pareció darse cuenta. Como hipnotizado, mantenía la mirada fija en el arbusto a medio arrancar. Para él, ese hecho podía tener consecuencias tan graves como para ella. No peores, porque peores era *imposible*, pero sí igual de graves—. Trevor, *están todos aquí*. Lo he comprobado.

—Mejor será que vuelvas a comprobarlo. ¿No te parece?

Esta vez sí llevaba el walkie-talkie (se le pasó por la cabeza que aquello era como cerrar el establo una vez robado el ganado) y lo encendió.

—Zeke. Aquí la señora Sigsby, llamando a Zeke. —Más te vale que estés ahí, Ionidis. Más te vale.

Y estaba.

—Aquí Zeke, señora Sigsby. He estado investigando a Alvorson como me ha pedido el señor Stackhouse porque Jerry está de permiso y Andy no ha aparecido, y me he puesto en contacto con su vecina de al lado...

—Deje eso ahora. Vuelva a comprobar las señales de los localizadores por mí.

—De acuerdo. —De pronto adoptó un tono de cautela. Debe de haber percibido la tensión en mi voz, pensó ella—. Un momento, esta mañana todo funciona despacio... Un par de segundos más...

A la señora Sigsby le dieron ganas de gritar. Stackhouse seguía escrutando a través de la valla, como si esperara que un puto hobbit mágico se materializase y lo explicase todo.

—Bien —dijo Zeke—. Cuarenta y un residentes, recuento otra vez perfecto. El alivio refrescó la cara a la señora Sigsby como una brisa.

—De acuerdo, eso está bien. Eso está muy...

Stackhouse le quitó el walkie-talkie de la mano.

—¿Dónde están en este momento?

—Hummm... todavía veintiocho en la Mitad Trasera, ahora cuatro en el salón del Ala Este, tres en el comedor, dos en sus habitaciones, tres en el pasillo...

Esos tres serán Dixon, Whipple y la niña artista, pensó la señora Sigsby.

—Más uno en el patio —concluyó Zeke—. Cuarenta y uno. Como he dicho.

—Un momento, Zeke. —Stackhouse miró a la señora Sigsby—. ¿Ves a algún niño en el patio?

Ella no contestó. No hacía falta.

Stackhouse volvió a levantar el walkie-talkie.

—¿Zeke?

—Adelante, señor Stackhouse. Aquí sigo.

—¿Puede indicarnos en qué lugar del patio está exactamente ese niño?

—Esto... déjeme ampliar, hay un botón para eso...

—No se moleste —lo interrumpió la señora Sigsby.

Había detectado el brillo de un objeto a la luz de primera hora de la tarde.

Fue hasta la pista de baloncesto, se agachó en la línea de tiros libres y lo recogió. Regresó junto a su jefe de seguridad y tendió la mano. En la palma tenía la mayor parte del lóbulo de una oreja con el localizador todavía implantado.

12

Se ordenó a los residentes de la Mitad Delantera que volvieran a sus habitaciones y se quedaran allí. Si se sorprendía a alguien en el pasillo sería castigado severamente. El Instituto tenía cuatro efectivos de seguridad en total, contando al propio Stackhouse. Dos de esos hombres se hallaban en la colonia del Instituto y regresaron sin pérdida de tiempo, utilizando el camino para carritos de golf que Maureen esperaba que encontrase Luke y que él no había localizado por menos de treinta metros. El tercer miembro del equipo de Stackhouse, una mujer, se encontraba en Dennison River Bend. Stackhouse no tenía intención de esperar a que se incorporase. No obstante, Denny Williams y Robin Lecks, del equipo Rubí, estaban en el complejo, a la espera de su siguiente misión y más que dispuestos a dejarse reclutar. Se sumaron a ellos otros dos empleados, dos moles: Joe Brinks y Chad Greenlee.

—El niño de Minnesota —dijo Denny en cuanto la partida de búsqueda improvisada se reunió y fue informada—. El que trajimos el mes pasado.

—Exacto —confirmó Stackhouse—, el niño de Minnesota.

—¿Y dice que se arrancó el localizador de la oreja? —preguntó Robin.

—El corte es un poco más limpio que eso. Utilizó un cuchillo, me parece.

—Aun así, hacen falta huevos —comentó Denny.

—Con sus huevos voy a quedarme yo cuando lo pillemos —intervino Joe

—. Ese no pelea como Wilholm, pero tiene en los ojos una mirada de mala leche.

—Andará vagando por el bosque, tan perdido que nos abrazará cuando la encontremos —dijo Chad. Guardó silencio por un momento—. *Si* lo encontramos. Ahí fuera hay muchos árboles.

—Le sangraba la oreja y posiblemente, después de pasar por debajo de la valla, toda la espalda —explicó Stackhouse—. También debían de sangrarle las manos. Seguiremos el rastro de sangre mientras podamos.

—No estaría mal contar con un perro —comentó Denny Williams—. Un sabueso o un buen bluetick de toda la vida.

—Lo que no estaría mal es que, para empezar, no hubiera salido de aquí —dijo Robin—. Por debajo de la valla, ¿eh? —Estuvo a punto de reírse, pero, al ver el rostro ojeroso y la mirada colérica de Stackhouse, se lo pensó mejor.

Rafe Pullman y John Walsh, los dos guardias de seguridad que estaban en la colonia, llegaron en ese preciso momento.

—No vamos a matarlo, que quede claro —dijo Stackhouse—, pero cuando encontremos a ese pequeño hijo de puta, vamos a freírlo a descargas eléctricas.

—*Si* lo encontramos —repitió Chad, el cuidador.

—Lo encontraremos —aseguró Stackhouse. Porque si no, pensó, lo tengo crudo. Podría ser desastroso para la propia institución.

—Vuelvo a mi despacho —anunció la señora Sigsby.

Stackhouse la sujetó por el codo.

—¿Para hacer qué?

—Pensar.

—Me parece bien. Piensa todo lo que quieras, pero no hagas ninguna llamada. ¿Estamos de acuerdo en eso?

La señora Sigsby lo miró con desdén, pero la forma en que se mordía los

labios indicaba que tal vez tuviera miedo también. En ese caso, ya eran dos.

—Por supuesto.

No obstante, cuando llegó a su despacho —al bendito silencio climatizado de su despacho— descubrió que le costaba pensar. La vista se le iba una y otra vez al cajón cerrado con llave de su escritorio. Como si no contuviera un teléfono, sino una granada de mano.

13

Tres de la tarde.

No había noticias de los hombres que buscaban a Luke Ellis en el bosque. Muchas comunicaciones, sí, pero noticias, ninguna. Se había informado de la fuga a todos los miembros del personal del Instituto; aquello era un verdadero zafarrancho. Algunos se habían unido a las partidas de búsqueda. Otros peinaban la colonia del Instituto, registraban todas las viviendas vacías, buscaban al niño o al menos algún rastro suyo. Todos los vehículos particulares habían sido localizados. Los carritos de golf que a veces utilizaban los empleados para desplazarse por el recinto estaban en su sitio. Habían alertado y facilitado la descripción de Ellis a sus colaboradores en Dennison River Bend —incluidos dos miembros del pequeño cuerpo de policía del pueblo—, pero nadie lo había visto.

Con respecto a Alvorson *sí* tenían noticias.

Ionidis había demostrado una iniciativa y una astucia de las que Jerry Symonds y Andy Fellowes, sus técnicos informáticos, habrían sido incapaces. Valiéndose primero de Google Earth y después de una aplicación de localización telefónica, Zeke se había puesto en contacto con la vecina de Alvorson, la de la casa contigua, en el pequeño pueblo de Vermont donde

Alvorson conservaba una residencia. Se presentó a la vecina como inspector de Hacienda y ella se lo tragó sin hacer una sola pregunta. Sin el menor asomo de la renuencia que supuestamente caracterizaba a los nortños, le contó que Mo, en su última visita, le había pedido que firmara varios documentos en calidad de testigo. Estaba presente una abogada. Los documentos iban dirigidos a varias agencias de cobro de morosos. La abogada describió los documentos como órdenes C y D, que la vecina interpretó acertadamente como «cesar» y «desistir».

«Esas cartas tenían que ver con las tarjetas de crédito de su marido —le había contado la vecina a Zeke—. Mo no me lo explicó, pero no hizo falta. No nació ayer. Lo que estaba haciendo era saldar las cuentas de ese muerto de hambre. Si Hacienda puede demandarla por eso, más vale que ustedes actúen deprisa. Se la veía muy enferma, en las últimas.»

La señora Sigsby pensó que la vecina de Vermont iba bien encaminada. La duda era por qué había elegido Alvorson ese camino; era como llevar leña al monte. Todos los empleados del Instituto sabían que si se metían en cualquier apuro económico (el juego era la causa más común), podían contar con préstamos prácticamente sin intereses. Esa parte del conjunto de prestaciones laborales se explicaba en el momento en que ofrecían orientación a todo empleado nuevo. En realidad, no era una prestación en absoluto, sino una forma de proteger el Instituto. La gente que contraía deudas podía estar tentada de vender secretos.

La explicación más sencilla de ese comportamiento por parte de Alvorson era el orgullo, combinado tal vez con la vergüenza de haber permitido que su marido fugado se aprovechara de ella, pero a la señora Sigsby no le gustó. Esa mujer se acercaba al final de su vida y debía de saberlo. Había decidido limpiarse las manos, y aceptar dinero de la organización que se las había ensuciado no era el mejor comienzo. Eso parecía encajar... o casi, al menos.

Cuadraba con la alusión de Alvorson al infierno.

Esa zorra lo ayudó a escapar, pensó la señora Sigsby. Claro que sí, fue su idea de expiación. Pero no puedo interrogarla al respecto, se ha asegurado de eso. Sin duda fue ella: conocía nuestros métodos. ¿Y qué hago ahora? ¿Qué haré si ese chico demasiado listo para su propio bien no está aquí de vuelta antes de que anochezca?

Conocía la respuesta, y estaba segura de que Trevor también. Tendría que sacar el Teléfono Cero del cajón cerrado con llave y pulsar los tres botones blancos. El hombre ceceante contestaría. Cuando lo informase de que, por primera vez en la historia del Instituto, un residente había huido —había cavado un hoyo en plena noche bajo la valla—, ¿qué diría ese individuo? «¿Vaya, cuanto lo *ciento*? ¿Qué *láztima*? ¿No *ce* preocupe?»

Nada más lejos.

Piensa, se dijo. Piensa, piensa, piensa. ¿A quién podría habérselo contado esa problemática mujer de la limpieza? Más aún, ¿a quién podría habérselo contado Ellis...?

—Joder. ¡*Joder!*

Lo tenía justo delante, y lo había tenido en todo momento desde que se descubrió el hoyo debajo de la valla. Se irguió en su silla, con los ojos muy abiertos, sin el Teléfono Cero en mente por primera vez desde que Stackhouse había llamado para informar de que el rastro de sangre se perdía en el bosque al cabo de cincuenta metros.

Encendió el ordenador y encontró el archivo que buscaba. Lo abrió y empezó a reproducirse un vídeo. Alvorson, Ellis y Dixon, de pie junto a las máquinas de tentempiés.

«Podemos hablar aquí. Hay un micro, pero hace años que no funciona.»

Quien más hablaba era Luke Ellis. Expresaba preocupación por aquellas gemelas y Cross. Alvorson lo tranquilizaba. Dixon, a un lado, apenas decía

nada, solo se rascaba los brazos y se tiraba de la nariz.

«Por Dios, chaval —había dicho Stackhouse—, si tienes que meterte el dedo en la nariz, métetelo de una vez.» Solo que en ese momento, viendo el vídeo con ojos nuevos, la señora Sigsby comprendió qué estaba ocurriendo realmente.

Cerró el portátil y pulsó el intercomunicador.

—Rosalind, quiero ver a Dixon. Pida a Tony y a Winona que lo traigan. Ahora mismo.

14

Avery Dixon, vestido con una camiseta de Batman y un pantalón corto sucio que dejaba a la vista sus rodillas cubiertas de costras, se hallaba de pie ante el escritorio de la señora Sigsby, mirándola con expresión de miedo en los ojos. Ya de por sí pequeño, en ese momento, entre Winona y Tony, no aparentaba diez años; a duras penas parecía de primero de primaria.

La señora Sigsby le dirigió una parca sonrisa.

—Debería haber ido a por usted mucho antes, señor Dixon. Tengo deslices.

—Sí, señora —susurró Avery.

—¿Está de acuerdo, entonces? ¿Piensa que tengo deslices?

—¡No, señora! —Avery se humedeció los labios con la punta de la lengua.

Sin embargo, no se tiró de la nariz, ese día no.

La señora Sigsby se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas.

—Si es así, se acabaron los deslices. Las cosas van a cambiar. Pero primero es importante... *imprescindible*... que traigamos a Luke de vuelta.

—Sí, señora.

Ella asintió.

—Estamos de acuerdo, y eso está bien. Un buen comienzo. Entonces ¿adónde ha ido?

—No lo sé, señora.

—Yo creo que sí. Usted y Steven Whipple estaban rellenando el hoyo por donde escapó. Lo cual ha sido una estupidez. Deberían haberlo dejado tal como estaba.

—Hemos pensado que lo había hecho una marmota, señora.

—Tonterías. Sabe exactamente quién lo hizo. Su amigo Luke. Veamos. — Apoyó las palmas de las manos en el escritorio y le sonrió—. Luke es un chico listo, y los chicos listos no se adentran en el bosque sin más. Pasar por debajo de la valla tal vez fuera idea suya, pero necesitaba que Alvorson le proporcionara orientación al otro lado. Ella le dio a usted indicaciones punto por punto, cada vez que se tiraba de la nariz. Lo proyectó directamente en esa prodigiosa cabecita suya, ¿no es así? Después, usted se lo transmitió a Ellis. Es inútil que lo niegue, señor Dixon; he visto el vídeo de su conversación. Está clarísimo. Solo una persona que no viera más allá de sus *narices* (y permita que una vieja tonta haga un chiste al respecto) pasaría por alto una cosa así. Debería haberme dado cuenta antes.

Y Trevor, pensó. También él lo vio, e igualmente debería haber visto lo que ocurría. Si hay que presentar un informe exhaustivo cuando esto termine, hasta qué punto se evidenciará nuestra ceguera.

—Ahora dígame adónde ha ido.

—De verdad que no lo sé.

—Está usted desviando la mirada, señor Dixon. Es lo que hacen los mentirosos. Míreme a la cara. O si no, Tony le retorcerá el brazo detrás de la espalda, y le dolerá.

Dirigió un gesto con la cabeza a Tony. Este agarró a Avery por una de sus delgadas muñecas.

Avery la miró a la cara. Le costó, porque ella tenía un rostro enjuto y daba miedo, un rostro de maestra malvada que decía «cuéntamelo todo», pero la miró igualmente. Las lágrimas empezaron a anegar sus ojos y resbalar por sus mejillas. Siempre había sido un llorón; sus dos hermanas mayores lo llamaban «llorica», y en el patio del colegio había sido el saco de los golpes de todo el mundo. El patio ahí era mejor. Aunque echaba de menos a sus padres, los echaba *mucho* de menos, como mínimo tenía amigos. Harry lo había tumbado de un empujón, pero luego se habían hecho amigos. Al menos hasta que él murió. Hasta que lo mataron con una de sus estúpidas pruebas. Aunque Sha y Helen ya no estaban, la niña nueva, Frieda, lo trataba bien y lo había dejado ganar al burro. Solo una vez, pero algo era algo. Y Luke. Él era el mejor. El mejor amigo que Avery había tenido nunca.

—¿Adónde le dijo Alvorson que fuera, señor Dixon? ¿Cuál era el plan?

—No lo sé.

La señora Sigsby hizo un gesto a Tony, que le retorció el brazo a la espalda y le levantó la muñeca casi hasta el omóplato. El dolor era insoportable. Avery gritó.

—¿Adónde fue? ¿Cuál era el plan?

—¡No lo sé!

—Suéltelo, Tony.

Tony obedeció y Avery, sollozando, cayó de rodillas.

—Me ha dolido mucho, no me haga más daño, por favor. —Pensó en añadir «no es justo», pero ¿qué sabía esa gente de justicia? Nada, eso sabían.

—No quiero hacértelo —dijo la señora Sigsby.

Eso era, a lo sumo, una verdad a medias. Lo cierto es que, después de años en ese despacho, se había acostumbrado al dolor de los niños. Y si bien el letrero del horno crematorio expresaba un hecho (eran héroes, por reticente que fuese su heroísmo), algunos ponían a prueba la paciencia de uno. Y a

veces la paciencia se agotaba.

—No sé adónde fue, de verdad.

—Cuando la gente tiene que decir que es verdad, significa que miente. He vivido mucho y sé que es así. Dígamelo, pues: ¿adónde fue y cuál era el plan?

—¡No lo sé!

—Tony, levántele la camiseta. Winona, la taser. Potencia media.

—¡No! —gritó Avery, e intentó zafarse—. ¡El bastón eléctrico no! ¡Por favor, el bastón no!

Tony lo atrapó por la cintura y le levantó la camiseta. Winona colocó el bastón justo por encima del ombligo de Avery y apretó el gatillo. Avery gritó. Tuvo convulsiones en las piernas y se orinó en la moqueta.

—¿Adónde fue, señor Dixon?

El enano tenía la cara manchada y mocosa, estaba ojeroso y se había mojado los pantalones y, aun así, se resistía. La señora Sigsby no podía dar crédito.

—¿Adónde fue y cuál era el plan?

—¡No lo sé!

—¿Winona? Otra vez. Potencia media.

—Señora, ¿está segu...?

—Esta vez un poco más arriba, si no le importa. Justo por debajo del plexo solar.

Avery, con los brazos bañados en sudor, se desprendió de las manos de Tony, con lo que la situación, ya lamentable, empeoró aún más —habría revoloteado por el despacho como un pájaro atrapado en un garaje, derribando objetos y chocando con las paredes—, pero Winona lo zancadilleó y lo obligó a levantarse de un tirón de brazos. Fue Tony, pues, quien utilizó la taser. Avery gritó y su cuerpo quedó flácido.

—¿Ha perdido el conocimiento? —preguntó la señora Sigsby—. Si es así,

hagan venir al doctor Evans para que le inyecte algo. Necesitamos respuestas enseguida.

Tony pellizcó una mejilla a Avery (carnosa cuando llegó allí; mucho más delgada para entonces) y se la retorció. Avery abrió los ojos de par en par.

—Está consciente.

—Señor Dixon, este dolor es innecesario —dijo la señora Sigsby—. Dígame lo que quiero saber, y terminará. ¿Adónde fue? ¿Cuál era el plan?

—No lo sé —susurró Avery—. De verdad de verdad de verdad que no lo sé...

—¿Winona? Por favor, quítele el pantalón al señor Avery y aplíquele la taser en los testículos. A plena potencia.

Aunque Winona era proclive a abofetear a los residentes descarados a la primera de cambio, fue evidente que esa orden no le gustó. Aun así, tendió las manos hacia la cinturilla del pantalón del niño. Fue entonces cuando Avery se vino abajo.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Se lo diré! ¡Pero no me haga más daño!

—Eso es un alivio para los dos.

—Maureen le dijo que cruzara el bosque. Le dijo que encontraría un camino para los carritos de golf, pero que siguiera recto aunque no lo encontrara. Le dijo que vería luces, en especial una amarilla intensa. Dijo que cuando llegara a las casas, debía seguir la valla hasta ver un pañuelo atado a un arbusto o un árbol, no recuerdo qué. Dijo que detrás había un camino... o una carretera... de eso tampoco me acuerdo. Pero dijo que lo llevaría hasta el río. Dijo que allí había un bote.

Se interrumpió. La señora Sigsby le dirigió un gesto de asentimiento y una sonrisa benévola, pero por dentro el corazón le latía al triple de su ritmo habitual. Eso era una buena y una mala noticia a la vez. La partida de búsqueda de Stackhouse podía dejar de dar tumbos por el bosque, pero ¿un

bote? ¿Ellis había llegado al *río*? Y les llevaba horas de ventaja.

—Y luego ¿qué, señor Dixon? ¿Dónde le dijo que saliera del río? En Bend, ¿no es así? ¿En Dennison River Bend?

Avery negó con la cabeza y luego se obligó a mirarla a la cara con los ojos muy abiertos y una expresión de sinceridad aterrorizada.

—No, dijo que eso era demasiado cerca, dijo que siguiera en el río hasta Presque Isle.

—Muy bien, señor Dixon, puede volver a su habitación. Pero si descubro que me ha mentado...

—Tendré problemas —la interrumpió Avery, enjugándose las lágrimas de las mejillas con manos trémulas.

Ante esto, la señora Sigsby incluso rio.

—Me lee el pensamiento —dijo.

Cinco de la tarde.

Ellis llevaba desaparecido al menos dieciocho horas, quizá más. Las cámaras del patio no grababan, de modo que era imposible saberlo con seguridad. Stackhouse y la señora Sigsby, en el despacho de esta, supervisaban la evolución de los acontecimientos y escuchaban los informes de sus colaboradores. Los tenían por todo el país. En general, los colaboradores del Instituto solo llevaban a cabo trabajos preliminares: mantenían bajo vigilancia a los niños con altos niveles de FNDC y recopilaban información sobre sus amigos, familiares, vecinos, circunstancias académicas. Y sobre sus casas, por supuesto. Todo sobre sus casas, en particular acerca de los sistemas de alarma. Todos esos datos de fondo eran

útiles para los equipos de extracción cuando llegaba el momento. También estaban atentos por si aparecían niños especiales en los que el Instituto no tuviera puesta la mira. Eso ocurría de vez en cuando. La prueba del FNDC, junto con la punción en el talón para la detección de PKU y el test de Agpar, se realizaba rutinariamente a los niños nacidos en los hospitales estadounidenses, pero no todos los niños nacían en hospitales, y muchos padres, como los activistas del movimiento antivacunación, cada vez más ruidosos, prescindían de las pruebas.

Esos colaboradores no sabían a quién transmitían su información ni con qué fin; muchos suponían (erróneamente) que se trataba de una especie de Gran Hermano gubernamental. La mayoría se limitaba a ingresar en su cuenta el extra de quinientos dólares mensuales y presentar sus informes cuando tocaba, y se abstendían de hacer preguntas. Como es lógico, de vez en cuando alguno hacía preguntas, y ese descubría que la curiosidad no solo mataba al gato, sino que, además, ponía fin a las retribuciones mensuales.

La mayor concentración de colaboradores, casi cincuenta, se daba en los alrededores del Instituto, y seguir el rastro a niños excepcionales no era su mayor preocupación. Su cometido principal era aguzar el oído por si se hacían preguntas indebidas. Eran resortes de activación, un sistema de alarma precoz.

Stackhouse tuvo la precaución de poner sobre aviso a cinco o seis en Dennison River Bend, por si Dixon se había equivocado o mentía («No mentía, me habría dado cuenta», insistió la señora Sigsby), pero a la mayor parte los envió a la zona de Presque Isle. A uno le encomendó ponerse en contacto con la policía local para comunicar que casi con toda seguridad había visto a un niño que había salido en las noticias de la CNN. Según la cadena, buscaban a ese niño para interrogarlo en relación con el asesinato de sus padres. Se llamaba Luke Ellis. El colaborador dijo a la policía de Presque Isle que no tenía la total certeza de que fuera el niño, pero sin duda se le

parecía, y que le había pedido dinero de una manera amenazadora e incoherente. Tanto la señora Sigsby como Stackhouse sabían que involucrar a la policía en la búsqueda del su niño fugado no era la solución ideal a sus problemas, pero la policía era manejable. Además, todo lo que Ellis contara se desearía como los delirios de un niño desequilibrado.

Los teléfonos móviles no funcionaban ni en el Instituto ni en la colonia —de hecho, en tres kilómetros a la redonda—, así que los rastreadores utilizaban walkie-talkies. Y había teléfonos fijos. En ese momento sonó el del escritorio de la señora Sigsby. Stackhouse descolgó.

—¿Qué? ¿Con quién hablo?

Era la doctora Felicia Richardson, que había sustituido a Zeke en la sala de comunicaciones. Se había prestado de buena gana. También a ella le iba el pellejo en aquello, circunstancia que entendía perfectamente.

—Tengo a un colaborador en espera, un tal Jean Levesque. Dice que ha encontrado el bote de Ellis. ¿Quiere que se lo pase?

—¡Inmediatamente!

La señora Sigsby, de pie ante Stackhouse, levantó las manos y formó la palabra «¿qué?» con los labios.

Stackhouse hizo caso omiso. Se oyó un chasquido, y la voz de Levesque en la línea. Tenía un marcado acento de la región de St. John Valley. Stackhouse nunca lo había visto, pero se imaginó a un individuo de cierta edad y piel curtida bajo un sombrero con unos cuantos anzuelos de pesca prendidos del ala.

—He encontrado ese bote, yo.

—Eso me han dicho. ¿Dónde?

—Embarrancado en la orilla a unos ocho kilómetros de Presque Isle río arriba. Ha entrado mucha agua, pero la empuñadura del remo, un único remo, estaba apoyada en el asiento. La he dejado donde estaba. No he llamado a

nadie. Hay sangre en el remo. ¿Sabe qué? Un poco más arriba hay unos rápidos. Si ese niño al que buscan no estaba acostumbrado a los botes, tratándose en particular de uno tan pequeño...

—Podría haber volcado —concluyó Stackhouse—. Quédese donde está, voy a enviar a un par de hombres. Y gracias.

—Para eso me pagan —contestó Levesque—. ¿No cree que podría decirme qué ha hecho ese niño?

Stackhouse cortó la comunicación, con lo que respondía a *esa* pregunta estúpida, y puso al corriente a la señora Sigsby.

—Con un poco de suerte, ese cabroncete se habrá ahogado y encontrarán el cuerpo esta noche o mañana, pero no podemos confiar en la suerte. Quiero mandar a Rafe y a John (son los dos únicos hombres de seguridad de que dispongo, *lo cual* va a cambiar cuando esto termine) al centro de Presque Isle lo antes posible. Si Ellis va a pie, es allí a donde irá primero. Si hace autostop, la Policía del Estado o algún poli municipal le dará el alto y lo retendrá. Al fin y al cabo, es el crío loco que mató a sus padres y luego huyó hasta el mismísimo Maine.

—¿Tienes tantas esperanzas como parece? —Sigsby sentía sincera curiosidad.

—No.

A la hora de la cena permitieron a los residentes salir de sus habitaciones. En general, durante la comida pareció reinar el silencio. Había presentes varios cuidadores y técnicos, moviéndose en círculos, como tiburones. Saltaba a la vista que tenían los nervios a flor de piel y estaban más que prestos a golpear

o aplicar el bastón a cualquiera que les faltara el respeto. Sin embargo, bajo esa quietud fluía en secreto una excitación tan intensa que Frieda Brown sintió cierta ebriedad. Se había producido una fuga. Todos los niños se alegraban y ninguno quería exteriorizarlo. ¿Se alegraba *ella*? Frieda no estaba muy segura. En parte sí, pero...

Avery, sentado a su lado, enterraba sus dos perritos calientes en alubias con tomate y después los extraía. Los inhumaba y los exhumaba. Frieda no era tan inteligente como Luke Ellis, pero era muy lista, y sabía qué significaba *inhumar* y *exhumar*. Lo que no sabía era qué pasaría si Luke denunciaba lo que sucedía allí dentro a alguien dispuesto a creerlo. Concretamente, qué les ocurriría a *ellos*. ¿Los dejarían en libertad? ¿Los mandarían con sus padres? Estaba segura de que era eso lo que los otros niños deseaban creer —de ahí esa corriente secreta—, pero Frieda tenía sus dudas. Pese a que no tenía más que catorce años, ya era una cínica empedernida. Sus personajes de dibujos animados sonreían; ella casi nunca lo hacía. Además, sabía algo que los demás ignoraban. Avery había sido emplazado en el despacho de la señora Sigsby, donde sin duda había descubierto el pastel.

Lo que significaba que Luke no lograría huir.

—¿Vas a comerte esa guarrada o solo piensas jugar con ella?

Avery apartó el plato y se puso en pie. Desde su visita al despacho de la señora Sigsby, parecía que hubiese visto un fantasma.

—Según el menú, de postre hay tarta de manzana *à la mode* y pudín de chocolate —dijo Frieda—. Y aquí no es como en casa, al menos como en la mía, donde tienes que acabarte el plato para que te lo den.

—No tengo hambre —contestó Avery, y salió del comedor.

No obstante, al cabo de dos horas, cuando llevaron a los niños de vuelta a sus habitaciones (esa noche se había prohibido el acceso al salón y el bar, y la puerta del patio estaba cerrada con llave), fue descalzo y en pijama a la

habitación de Frieda, dijo que tenía hambre y le preguntó si podía darle alguna ficha.

—Pero ¿qué dices? —respondió Frieda—. Acabo de llegar. —En realidad tenía tres, pero no estaba dispuesta a cedérselas a Avery. Le caía bien, pero no *tanto*.

—Ah. Vale.

—Vete a la cama. Cuando te duermas, se te pasará el hambre, y cuando despiertes, será la hora del desayuno.

—¿Puedo dormir contigo, Frieda? Como Luke se ha ido...

—Deberías estar en tu habitación. Podrías meternos a los dos en un lío.

—No quiero dormir solo. Me han hecho daño. Me han dado descargas eléctricas ¿Y si vuelven y me hacen más daño? Podría pasar si se enteran...

—¿De qué?

—De nada.

Ella se detuvo a pensar. Se detuvo a pensar en muchas cosas. Frieda Brown —natural de Springfield, Missouri— era una fiera cuando se ponía a pensar.

—Bueno... Vale. Acuéstate. Yo voy a seguir despierta un rato más. En la tele dan un documental sobre animales salvajes que quiero ver. ¿Sabías que algunos animales salvajes se comen a sus crías?

—¿Ah, sí? —Avery pareció apenado—. Qué triste.

Ella le dio una palmadita en el hombro.

—La mayoría no lo hacen.

—Ah. Ah, menos mal.

—Sí. Ahora acuéstate, y no hables. Me fastidia la gente que habla cuando quiero ver la tele.

Avery se metió en la cama. Frieda vio el documental sobre fauna. Un caimán luchaba contra un león. O quizá fuera un cocodrilo. En cualquier caso era interesante. Y Avery era interesante. Porque Avery tenía un secreto. Si ella

hubiese sido una TP tan potente como él, para entonces ya lo sabría. Pero, dadas las circunstancias, solo sabía que ese secreto existía.

Cuando tuvo la certeza de que él dormía (roncaba, discretos ronquidos de niño pequeño), encendió la luz, se acostó a su lado y lo sacudió.

—Avery.

Él gruñó e intentó volverse. Ella se lo impidió.

—Avery, ¿adónde fue Luke?

—Precail —masculló él.

Frieda no tenía la menor idea de lo que era *Precail*, ni le importaba, porque no era la verdad.

—Vamos, ¿adónde ha ido? No se lo contaré a nadie.

—Ha subido por la escalera roja —respondió Avery.

En esencia seguía dormido. Posiblemente pensaba que se trataba de un sueño.

—¿Qué escalera roja? —le susurró al oído.

Él no contestó y esta vez, cuando intentó apartarse de Frieda, ella lo dejó. Porque ya tenía lo que necesitaba. A diferencia de Avery (y de Kalisha, al menos en sus días buenos), ella no podía leer el pensamiento exactamente. Más bien tenía intuiciones, *basadas* probablemente en pensamientos, y a veces si una persona se mostraba muy abierta (como un niño pequeño más dormido que despierto), percibía imágenes breves e intensas.

Se tendió boca arriba y, con la mirada en el techo de la habitación, pensó.

Las diez. El Instituto estaba en silencio.

Sophie Turner, una de las cuidadoras nocturnas, fumaba un cigarrillo ilícito

sentada a la mesa de picnic del patio y echaba la ceniza en el tapón de una botella de agua vitaminada. El doctor Evans estaba a su lado y tenía una mano apoyada en su muslo. Se inclinó hacia ella y la besó en el cuello.

—No hagas eso, Jimmy —dijo Sophie—. Esta noche no, no con todo el complejo en alerta roja. No sabemos quién puede estar observando.

—Eres una empleada del Instituto fumando un cigarrillo mientras todo el complejo está en alerta roja —recordó él—. Si vas de chica mala, ¿por qué no eres una chica *mala*?

Le deslizó la mano más arriba, y ella se planteaba si dejársela ahí o no cuando miró alrededor y vio a una niña —una de las nuevas— de pie tras la puerta del salón. Tenía las palmas de las manos en el cristal y los miraba.

—¡Maldita sea! —exclamó Sophie. Apartó la mano de Evans y aplastó el cigarrillo. Se acercó a zancadas a la puerta, descorrió el pasador, abrió de un tirón y agarró a la mirona por el cuello—. ¿Qué haces levantada? Esta noche nada de paseos, ¿es que no has entendido el mensaje? ¡El salón y la cantina están prohibidos! Así que, si no quieres llevarte una buena zurra en el culo, vuelve a tu...

—Quiero hablar con la señora Sigsby —la interrumpió Frieda—. Ahora mismo.

—¿Estás mal de la cabeza? Por última vez, vuelve...

El doctor Evans apartó a Sophie de un empujón, y sin disculparse. Por esa noche se habían acabado para él los toqueteos, decidió Sophie.

—¿Frieda? Tú eres Frieda, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué no me cuentas qué te ronda por la cabeza?

—Solo puedo hablar con ella. Porque es la jefa.

—Exacto, y la jefa ha tenido un día muy ajetreado. ¿Por qué no me lo cuentas a mí, y yo decido si es tan importante como para decírselo a ella?

—Vamos, por favor —intervino Sophie—. ¿Es que no te das cuenta de cuándo te toma el pelo uno de estos mocosos?

—Sé adónde fue Luke —anunció Frieda—. A usted no se lo diré, pero a ella sí.

—Miente —afirmó Sophie.

Frieda no la miró en ningún momento. No apartó la vista del doctor Evans.

—No.

Las deliberaciones internas de Evans fueron breves. Pronto habrían transcurrido veinticuatro horas desde la marcha de Luke Ellis. Podía estar en cualquier sitio, contando cualquier cosa a cualquiera: un poli o, Dios no lo quisiera, un periodista. No correspondía a Evans juzgar la afirmación de esa niña, por disparatada que fuese. Eso correspondía a la señora Sigsby. La misión de Evans consistía en no cometer un error por el que podía acabar con la mierda hasta el cuello.

—Más te vale que sea verdad, Frieda, o vas a pasarlo muy mal. Lo sabes, ¿no?

Ella se quedó mirándolo sin más.

Diez y veinte.

El vagón de Southway Express, en el que Luke dormía detrás de los motocultores, tractores de jardín y cajas con motores fueraborda, salía en ese momento del estado de Nueva York con rumbo a Pennsylvania y accedía a un tramo de alta velocidad por el cual circularía durante las tres horas siguientes. Aceleró hasta los 127 kilómetros por hora, y allá aquel al que se le hubiese calado el coche en un paso a nivel o estuviese dormido encima de la vía.

En el despacho de la señora Sigsby, Frieda Brown se hallaba de pie ante el escritorio. Vestía un pijama rosa con pies más bonito que cualquiera de los que tenía en casa. Llevaba el cabello como durante el día, con coletas, y mantenía las manos entrelazadas a la espalda.

Stackhouse daba una cabezada en el sofá de la pequeña habitación privada contigua al despacho. La señora Sigsby no vio ninguna razón para despertarlo. Al menos de momento. Examinó a la niña y no advirtió nada extraordinario. Todo en ella era tan castaño como su apellido indicaba: ojos castaños, cabello castaño de color ratón, piel bronceada de una veraniega tonalidad *café au lait*. Según su expediente, su FNDC era igual de anodino, al menos para los parámetros del Instituto; útil pero no asombroso. Sin embargo se intuía algo en aquellos ojos castaños, *algo*. Podría haber sido la expresión de un jugador de bridge o de whist con una mano cargada de triunfos.

—Dice el doctor Evans que cree usted saber dónde está nuestro niño desaparecido —dijo la señora Sigsby—. Quizá podría decirme de dónde ha salido esa iluminación.

—De Avery —respondió Frieda—. Ha venido a mi habitación. Está durmiendo allí.

La señora Sigsby sonrió.

—Me temo que llega un poco tarde, querida. El señor Dixon ya nos ha contado todo lo que sabe.

—Le ha mentado. —Mantén las manos entrelazadas a la espalda con aparente calma, pero la señora Sigsby había tratado con muchos, muchos niños, y sabía que esa cría tenía miedo de estar allí. Entendía el riesgo. Aun así, la certidumbre permaneció inalterable en aquellos ojos castaños. Era fascinante.

Stackhouse entró en el despacho remetiéndose la camisa.

—¿Quién es esta?

—Una niña que está fabulando —contestó la señora Sigsby—. Seguro que no sabe lo que eso significa, querida.

—Sí que lo sé —dijo Frieda—. Significa mentir, y no estoy mintiendo.

—Tampoco estaba mintiendo Avery Dixon. Se lo he dicho al señor Stackhouse y ahora se lo digo a usted: cuando un niño miente, lo sé.

—Ah, puede que haya dicho la verdad sobre la mayor parte. Por eso lo ha creído. Pero no ha dicho la verdad sobre Precail.

Una expresión ceñuda asomó al rostro de la señora Sigsby.

—¿Qué es...?

—¿Presque Isle? —Stackhouse se acercó a ella y la sujetó por el brazo—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Es lo que ha dicho Avery. Pero era mentira.

—¿Cómo lo...? —empezó la señora Sigsby, pero Stackhouse alzó una mano para interrumpirla.

—Si ha mentido sobre Presque Isle, ¿cuál es la verdad?

Ella le dirigió una sonrisa artera.

—¿Qué gano yo si lo digo?

—Lo que ganará será *librarse* de la electricidad —contestó la señora Sigsby—. Hasta el borde de la muerte.

—Si me aplican el bastón, diré algo, pero quizá no sea la verdad. Como no la ha dicho Avery al aplicárselo a él.

La señora Sigsby dio una palmada en el escritorio.

—¡No pruebe esas tácticas conmigo, señorita! Si tiene algo que decir...

Stackhouse levantó la mano otra vez. Se arrodilló delante de Frieda. Pese a lo alto que era, sus miradas no quedaron a la par, pero casi.

—¿Qué quieres, Frieda? ¿Volver a casa? Te lo diré claramente: eso es imposible.

Frieda casi se echó a reír. ¿Volver a casa? ¿Junto a su madre yonqui, con su

sucesión de novios yonquis? El último le había pedido que le enseñara los pechos, para ver «lo deprisa que se desarrollaba».

—No quiero eso.

—Entonces ¿qué?

—Quiero quedarme aquí.

—Esa es una petición poco común.

—Pero no quiero los pinchazos ni quiero más pruebas ni quiero ir a la Mitad Trasera. Nunca. Quiero quedarme aquí y, cuando sea mayor, ser cuidadora, como Gladys o Winona. O técnica, como Tony y Evan. O incluso podría aprender a cocinar y ser cocinera como Doug.

Stackhouse echó un vistazo por encima del hombro de la niña para ver si la señora Sigsby estaba tan asombrada como él. Eso parecía.

—Digamos que, hummm, podría arreglarse para que estuvieras en una situación de residencia permanente —dijo él—. *Digamos* que lo arreglaremos, si la información que nos das es buena y capturamos a ese niño.

—Capturarlo no puede formar parte del trato, porque no es justo. Capturarlo les toca a *ustedes*. La única condición ha de ser que mi información sea buena. Y lo es.

Él volvió a mirar a la señora Sigsby por encima del hombro de Frieda. Ella movió la cabeza en un leve gesto de asentimiento.

—Bien —contestó él—. Trato hecho. Ahora suéltalo.

Ella le dirigió una sonrisa taimada y Stackhouse se planteó borrarla de la cara de un bofetón. Fue solo por un momento, pero se lo planteó seriamente.

—Y quiero cincuenta fichas.

—No.

—Cuarenta, pues.

—Veinte —intervino la señora Sigsby a su espalda—. Y solo si la información es buena.

Frieda se paró a pensar.

—De acuerdo. Pero ¿cómo sé que cumplirán sus promesas?

—Tendrás que confiar en nosotros —dijo la señora Sigsby.

Frieda suspiró.

—Supongo.

—Basta de regateos —espetó Stackhouse—. Si tienes algo que decir, dilo.

—Salió del río antes de Precail. Salió por una escalera roja. —Vaciló y luego informó del resto. La parte importante—. En lo alto de la escalera había una estación de tren. Allí fue. A la estación de tren.

19

Cuando enviaron a Frieda de regreso a su habitación con sus fichas (y con la amenaza de que todas sus promesas quedarían anuladas si decía una sola palabra a alguien acerca de lo ocurrido en el despacho de Sigsby), Stackhouse llamó a la sala de ordenadores. Andy Fellowes había llegado de la colonia y había sustituido a Felicia Richardson. Stackhouse informó a Fellowes de lo que quería y le preguntó si podía conseguirlo sin alertar a nadie. Fellowes dijo que sí, pero que necesitaría unos minutos.

—Que sean pocos —respondió Stackhouse. Colgó y utilizó su teléfono para ponerse en contacto con Rafe Pullman y John Walsh, sus dos hombres de seguridad, que esperaban órdenes.

—¿No sería mejor que mandarás a la estación a uno de nuestros polis de confianza? —preguntó la señora Sigsby cuando concluyó la llamada. En la Policía de Dennison River Bend contaban con dos colaboradores, lo que equivalía al veinte por ciento de los efectivos del pueblo—. ¿No sería más rápido?

—Más rápido sí, pero quizá no más seguro. No quiero que se entere nadie más de esta cagada a menos que sea absolutamente necesario.

—¡Pero si se ha subido a un tren, podría estar en *cualquier parte*!

—Ni siquiera sabemos si ha estado allí. La niña podría haber intentado colárnosla.

—No lo creo.

—Tampoco lo creías con *Dixon*.

Era cierto —y bochornoso—, pero se mantuvo en sus trece. La situación era demasiado grave para cualquier otra cosa.

—Me doy por aludida, Trevor. Pero si se hubiese quedado en un pueblo tan pequeño, ¿lo habrían visto hace horas!

—O no. Es listo. Podría haberse escondido en algún sitio.

—Pero un tren es lo más probable, y lo sabes.

Volvió a sonar el teléfono. Los dos fueron a por él. Ganó Stackhouse.

—Sí, Andy. ¿Ya está? Bien, adelante. —Cogió un bloc y anotó algo en él rápidamente.

La señora Sigsby se inclinó sobre su hombro para leerlo.

«4297 a las 10 h.»

«16 a las 14.30 h.»

«77 a las 17.00 h.»

Stackhouse rodeó con un círculo «4297 a las 10 h.», preguntó por el destino y apuntó «Port, Ports, Stur».

—¿A qué hora está previsto que llegue ese tren a Sturbridge?

Anotó «16-17 h» en el bloc. La señora Sigsby miró el papel con consternación. Sabía qué estaba pensando Trevor: el niño habría procurado alejarse todo lo posible antes de abandonar el tren, en el supuesto de que viajara en él. Eso significaba Sturbridge, e incluso si el tren hubiese llegado con retraso, estaría ya allí desde hacía al menos cinco horas.

—Gracias, Andy —dijo Stackhouse—. Sturbridge está en la zona oeste de Massachusetts, ¿no?

Escuchó y asintió.

—Vale, entonces la autopista pasa cerca del pueblo. Aun así, tiene que ser una estación pequeña. Quizá haya un cambio de vías. ¿Puede averiguar si ese tren, o alguna parte de él, ha seguido adelante desde ahí? ¿Quizá con una locomotora distinta o algo así?

Escuchó.

—No, solo es una corazonada. Si el niño se escondió en ese tren, quizá Sturbridge no era lo bastante lejos para que se sintiera cómodo. Quizá quiso continuar huyendo. Eso haría yo en su lugar. Compruébelo y vuelva a llamarme lo antes posible.

Colgó.

—Andy ha conseguido la información en la web de la estación —explicó—. Sin ningún problema. ¿No es asombroso? Hoy día sale todo en internet.

—Nosotros no —precisó ella.

—Todavía —replicó él.

—¿Y ahora qué?

—Esperaremos noticias de Rafe y John.

Y lo hicieron. La hora de las brujas llegó y pasó. Poco después de las doce y media sonó el teléfono en el escritorio de la señora Sigsby. Esta vez fue ella quien ganó, dio su nombre con sequedad y se quedó escuchando al tiempo que asentía.

—Bien. Entendido. Ahora vayan a la estación del tren... la terminal... el apeadero, como se llame, y comprueben si todavía hay alguien. Ah. Bien. Gracias.

Colgó y se volvió hacia Stackhouse.

—Eran tus fuerzas de seguridad. —Ofreció ese dato con cierto sarcasmo, ya

que esa noche la dotación de seguridad de Stackhouse se reducía a dos cincuentones, ninguno de ellos en una gran forma física—. Brown ha dicho la verdad. Han encontrado la escalera, han encontrado marcas de pisadas, incluso han encontrado un par de huellas dactilares ensangrentadas, más o menos hacia la mitad de la escalera. La teoría de Rafe es que Ellis paró a descansar o quizá a atarse los zapatos. Ahora están alumbrándose con linternas, pero, según John, es probable que a la luz del día encuentren más señales. —Guardó un momento de silencio—. Y han mirado en la estación. No hay nadie, ni siquiera un vigilante nocturno.

A pesar de que en el despacho la temperatura era agradable, unos veintidós grados gracias al aire acondicionado, Stackhouse se limpió el sudor de la frente con el brazo.

—La cosa pinta mal, Julia, pero quizá aún podamos atajar el problema sin utilizar eso. —Señaló el cajón inferior del escritorio, donde aguardaba el Teléfono Cero—. Si ha acudido a la policía de Sturbridge, nuestra situación se complica un poco, desde luego. Y ya ha tenido cinco horas para hacerlo.

—Aunque se hubiera apeado allí, es posible que no haya ido a la comisaría —comentó ella.

—¿Por qué? No sabe que es el principal sospechoso del asesinato de sus padres. ¿Cómo iba a saberlo? Si ni siquiera se ha enterado de que murieron.

—Aunque no lo sepa, lo sospecha. Es muy inteligente, Trevor, no te conviene olvidarlo. Si yo estuviera en la piel de ese crío, ¿sabes qué haría nada más bajarme del tren en Sturbridge, Massachusetts... —consultó el bloc — a las cuatro de la tarde? Iría a toda prisa a la biblioteca y entraría en internet. Me pondría al día sobre las noticias de mi ciudad.

Esta vez los dos miraron el cajón cerrado.

—Bien, será necesario difundir el asunto —dijo Stackhouse—. No me gusta la idea, pero la verdad es que no nos queda elección. Averigüemos a quién

tenemos en las inmediaciones de Sturbridge. Veamos si ha aparecido por allí.

La señora Sigsby se sentó tras su escritorio para poner el asunto en marcha, pero el teléfono sonó justo cuando se disponía a coger el auricular. Escuchó por un momento y se lo entregó a Stackhouse.

Era Andy Fellowes. Había estado muy atareado. En Sturbridge sí había personal nocturno, al parecer, y cuando Fellowes se presentó como encargado de inventario de la compañía de transporte Downeast Freight, interesado en verificar la situación de un cargamento de langostas vivas que podría haberse extraviado, el jefe de estación del turno de noche colaboró gustosamente. No, en Sturbridge no se habían descargado langostas vivas. Y sí, la mayor parte del convoy 4297 había seguido adelante desde allí, solo que arrastrado por una locomotora mucho más potente. Se había convertido en el tren 9956, que viajaba en dirección sur hacia Richmond, Wilmington, DuPray, Brunswick, Tampa y, por último, Miami.

Stackhouse lo anotó todo y después preguntó por las dos localidades que no conocía.

—DuPray está en Carolina del Sur —explicó Fellowes—. Un simple apeadero; ya sabe, cuatro casas, pero es un punto de conexión para trenes procedentes del oeste. Hay allí unos cuantos almacenes. Probablemente son la razón por la que existe el pueblo. Brunswick está en Georgia. Es bastante más grande. Imagino que allí cargan una cantidad considerable de productos agrícolas y pescado.

Stackhouse colgó y miró a la señora Sigsby.

—Supongamos...

—Supongamos —dijo la señora Sigsby—. Una palabra con la que quedas como un imbécil y...

—Basta.

Nadie más podría haber hablado a la señora Sigsby con tal brusquedad (por

no decir grosería), pero tampoco nadie estaba autorizado a tutearla. Stackhouse empezó a pasearse por el despacho; le relucía la calva bajo las luces. A veces ella se preguntaba si se la enceraba de verdad.

—¿Qué tenemos aquí en el complejo? —preguntó él—. Te lo diré. Unos cuarenta empleados en la Mitad Delantera y otras dos docenas en la Mitad Trasera, sin contar a Heckle y a Jeckle. Porque preferimos estrechar las filas. No nos queda más remedio, pero esta noche no nos es útil. En ese cajón hay un teléfono que nos proporcionaría toda clase de ayuda muy eficaz, pero si recurrimos a eso, nuestras vidas cambiarán, y no para bien.

—Si recurrimos a ese teléfono, puede que ya ni siquiera *tengamos* vida —matizó la señora Sigsby.

Él lo pasó por alto.

—Disponemos de colaboradores por todo el país, una buena red de información que incluye a policías de bajo rango y personal médico, empleados de hotel, periodistas de pequeños semanarios de provincias y jubilados que disponen de mucho tiempo que dedicar a rastrear en internet. También tenemos dos equipos de extracción y un avión Challenger que puede llevarlos prácticamente a cualquier sitio muy deprisa. Y tenemos nuestros cerebros, Julia, nuestros cerebros. Él es un ajedrecista, los cuidadores lo veían jugar con Wilholm a todas horas, pero esto es un ajedrez en el mundo real, y a eso no ha jugado nunca. Así que supongamos.

—De acuerdo.

—Enviaremos a un colaborador a hacer comprobaciones con la policía de Sturbridge. La misma versión que dimos en Presque Isle: nuestro hombre dice que cree haber visto un niño que podría ser Ellis. Nos conviene verificarlo también en Portland y Portsmouth, aunque dudo mucho que se haya bajado del tren tan pronto. Sturbridge es mucho más probable, pero creo que nuestro hombre tampoco encontrará nada allí.

—¿Seguro que eso no es simplemente lo que querrías que pasara?

—Ah, lo que yo quiero es salvar el culo, eso desde luego. Pero si, mientras huye, Ellis usa la cabeza, esa teoría tiene su lógica.

—Cuando el tren 4297 ha pasado a ser el tren 9956, se ha quedado a bordo. Esa es tu suposición.

—Sí. El 9956 para en Richmond a eso de las dos de la madrugada. Necesitamos a alguien que vigile ese tren, preferiblemente varias personas. Lo mismo en Wilmington, donde para entre las cinco y las seis. Pero ¿sabes qué? También dudo que haya bajado en esas estaciones.

—Crees que va a viajar hasta el final de la línea —dijo la señora Sigsby, y pensó: Trevor, trepas más y más alto en el árbol de las suposiciones, y cada rama es más delgada que la anterior.

Pero ¿qué opción les quedaba con el niño ya desaparecido? Si tenía que utilizar el Teléfono Cero, le reprocharían que debería haber estado preparada para una contingencia así. Era fácil decirlo, pero ¿cómo podía *alguien* prever que un crío de doce años, en su desesperación, sería capaz de cortarse el lóbulo de la oreja para librarse del localizador? ¿O que una mujer de la limpieza estaría dispuesta a ayudarlo y actuar en complicidad con él? Luego le dirían que el personal del Instituto se había vuelto perezoso y autocomplaciente... ¿y qué respondería ella a eso?

—... la línea.

La señora Sigsby volvió a la realidad y pidió a Stackhouse que repitiese las últimas palabras.

—Decía que no tiene por qué viajar necesariamente hasta el final de la línea. Un niño tan listo como ese sabrá que enviaremos gente allí, si hemos acertado con respecto al tren. Tampoco creo que quiera apearse en una zona metropolitana. En particular en Richmond, una ciudad que no conoce, y en plena noche. Wilmington sí podría ser, es más pequeño y, cuando llegue el

9956, será de día... Pero me inclino a pensar que bajará en uno de los apeaderos. Diría que será DuPray, en Carolina del Sur, o Brunswick, en Georgia. En el supuesto de que realmente viaje en ese tren.

—Puede que ni siquiera sepa adónde va después de Sturbridge. En ese caso tal vez viaje hasta el final.

—Si está en medio de un montón de carga etiquetada, lo sabe.

La señora Sigsby tomó conciencia de que hacía años que no tenía tanto miedo. Quizá nunca hubiera tenido tanto miedo. ¿Estaban haciendo suposiciones o eran meras conjeturas? Y si se trataba de esto último, ¿existía alguna posibilidad de hilvanar tantas consecutivas con acierto? No obstante, era lo único que tenían, así que asintió con la cabeza.

—Si se apea en una de las estaciones más pequeñas, podríamos enviar a un equipo de extracción a buscarlo. Dios, Trevor, eso sería lo ideal.

—*Dos* equipos. Ópalo y Rubí. Rubí es el equipo que lo trajo. Así cuadraría todo, ¿no te parece?

La señora Sigsby suspiró.

—Ojalá tuviéramos la certeza de que subió a ese tren.

—No tengo la certeza, pero estoy casi seguro, y habrá que conformarse con eso. —Stackhouse le sonrió—. Ponte al teléfono. Despierta a unas cuantas personas. Empieza por Richmond. A nivel nacional debemos pagar a toda esa gente... ¿cuánto? ¿Un millón al año? Obliguemos a algunos a ganarse el sueldo.

Al cabo de treinta minutos, la señora Sigsby volvió a dejar el auricular en la horquilla.

—Si está en Sturbridge, debe de haberse escondido en una alcantarilla o en una casa abandonada o algo así... La policía no lo tiene; si lo tuviera, habrían dicho algo por radio. Tanto en Richmond como en Wilmington habrá gente atenta a ese tren cuando llegue allí, y cuentan con una buena tapadera.

—Lo he oído. Bien hecho, Julia.

Ella alzó una mano cansada en señal de agradecimiento por el elogio.

—Quien lo vea se embolsará una bonificación sustanciosa, y será más sustanciosa aún, un verdadero regalo caído del cielo, para quien atrape al niño y lo lleve a un piso franco donde podamos recogerlo. En Richmond es poco probable, nuestros dos contactos allí no son más que civiles normales y corrientes, pero uno de los tipos de Wilmington es policía. Recemos para que el chico acabe allí.

—¿Y qué pasa con DuPray y Brunswick?

—En Brunswick habrá dos personas vigilando, el pastor de una iglesia metodista cercana y su mujer. En DuPray solo un tipo, pero de hecho vive allí. Es el dueño del único motel del pueblo.

20

Luke volvía a estar en la cisterna de inmersión. Zeke lo mantenía sumergido y las luces de Stasi se arremolinaban ante él. Flotaban también dentro de su cabeza, lo cual era diez veces peor. Iba a ahogarse viendo esas luces.

Al principio pensó que los gritos que oía cuando, agitándose, volvió en sí procedían de él, y se preguntó cómo era posible que armara semejante alboroto sumergido en el agua. Recordó entonces que se hallaba en un vagón y que el vagón formaba parte de un tren en movimiento, e iba perdiendo velocidad por momentos. Los chirridos eran los de unas ruedas de acero contra unos raíles de acero.

Los puntos de colores persistieron unos instantes, luego se desvanecieron. En el vagón reinaba una oscuridad absoluta. Trató de estirar los músculos agarrotados y descubrió que estaba inmovilizado. Se habían caído tres o

cuatro cajas con motores fueraborda. Quiso creer que había causado ese estropicio durante su pesadilla, pero pensó que tal vez lo había provocado con la mente, mientras lo acometían las condenadas luces. En otro tiempo sus facultades mentales no iban más allá de empujar bandejas de pizza en la mesa de un restaurante o pasar las hojas de un libro, pero las cosas habían cambiado. Él había cambiado. Cuánto, no lo sabía, ni quería saberlo.

El tren aminoró aún más y empezó a traquetear en sucesivos cambios de agujas. Luke cobró consciencia de que se hallaba muy alterado. Su cuerpo no estaba en alerta roja, todavía no, pero sin duda había llegado al código amarillo. Tenía hambre, y eso era malo, pero, en comparación con la sed, el estómago vacío se le antojaba una nimiedad. Recordó el descenso por la orilla del río hasta donde se hallaba amarrado el *Buque Pokey*, y que se había remojado la cara con el agua fría y se la había llevado a la boca con las manos ahuecadas. En ese momento daría cualquier cosa por un trago de agua de ese río. Se pasó la lengua por los labios, pero no sirvió de gran cosa; también tenía la lengua muy seca.

El tren se detuvo y Luke volvió a apilar las cajas a tuestas. Pesaban mucho, pero se las arregló. No tenía la menor idea de dónde se hallaba, porque en Sturbridge la puerta del vagón de Southway Express había permanecido cerrada todo el tiempo. Regresó a su escondrijo detrás de las cajas y de las herramientas con pequeños motores y esperó, abatido.

A pesar del hambre, la sed, la vejiga llena y la oreja palpitante, volvía a adormecerse cuando la puerta del vagón se abrió de forma ruidosa y dejó entrar la luz de la luna a raudales. O esa sensación tuvo Luke después de la oscuridad absoluta en que se había encontrado al despertar. Un camión retrocedía hacia la puerta, y un hombre vociferaba.

—¡Vamos, un poco más... despacio, un poco más... *eh!*

El motor del camión se apagó. Se oyó el ruido del portón trasero al

levantarse y, a continuación, un hombre saltó al vagón. A Luke le llegó un olor a café y le rugió el estómago a tal volumen que temió que el hombre lo oyera. Pero no, cuando se asomó entre un tractor de jardín y un cortacésped con asiento, vio que el hombre, vestido con ropa de faena, llevaba puestos unos auriculares.

Apareció otro hombre, que dejó en el suelo una lámpara cuadrada a pilas, enfocada por suerte hacia la puerta y no en dirección a Luke. Tendieron una rampa de acero y empezaron a trasladar cajas del camión al vagón con carretilla. Todas llevaban los sellos KOHLER, ESTE LADO HACIA ARRIBA y MANIPULAR CON CUIDADO. Por tanto, dondequiera que se hallase en ese momento, no era el final del trayecto.

Después de cargar diez o doce cajas, los hombres hicieron una pausa y se comieron unos donuts que sacaron de una bolsa de papel. Luke necesitó un esfuerzo colosal —el recuerdo de Zeke reteniéndolo en la cisterna, el recuerdo de las gemelas Wilcox, el recuerdo de Kalisha y Nicky y Dios sabía cuántos más que dependían de él— para no abandonar su escondite y suplicar a esos hombres un bocado, solo uno. Podría haberlo hecho de todos modos, de no ser porque uno dijo algo que lo dejó paralizado.

—Oye, no habrás visto a un niño corriendo por ahí, ¿verdad?

—¿Cómo? —Con la boca llena de donut.

—Un niño, un niño. Cuando le has llevado el termo al maquinista.

—¿Qué iba a hacer aquí un niño? Son las dos y media de la madrugada.

—Ah, me lo ha preguntado un tipo cuando he ido a por los donuts. Me ha dicho que su cuñado lo había llamado desde Massachusetts, despertándolo en pleno sueño, y le había pedido que fuera a la estación a echar un vistazo. El hijo de ese hombre de Massachusetts se ha fugado y siempre andaba diciendo que un día se subiría a un tren de mercancías para ir a California.

—Eso está en la otra punta del país.

—Yo lo sé. Tú lo sabes. ¿Lo sabrá un crío?

—Por poco buen estudiante que sea, sabrá que Richmond está a un huevo de Los Ángeles.

—Sí, pero también es un empalme de líneas. Decía el tipo que podría estar en este tren, con la idea de bajarse para subir a otro en dirección oeste.

—Pues yo no he visto a ningún niño.

—El hombre dice que su cuñado pagaría una recompensa.

—Aunque fuera un millón de dólares, Billy, me sería imposible ver a un niño a menos que hubiera un niño que ver.

Si vuelve a hacerme ruido el estómago, estoy acabado, pensó Luke. Pringaré. Palmaré.

—¡Billy! ¡Duane! —exclamó alguien desde fuera—. ¡Veinte minutos, chicos, terminad!

Billy y Duane cargaron unas cuantas cajas más de Kohler en el vagón, luego retiraron la rampa y se marcharon en el camión. Luke alcanzó a ver un contorno urbano —no supo de qué ciudad—, y después un hombre con mono y gorra de ferroviario se acercó y cerró la puerta del Southway... aunque esta vez no del todo. Luke dedujo que se atascaba en algún punto de la corredera. Pasaron otros cinco minutos hasta que el tren volvió a ponerse en marcha con una sacudida, primero despacio, con ruido cada vez que pasaba por un cambio de agujas o un cruce, y luego cada vez más rápido.

Un individuo haciéndose pasar por el cuñado de otro.

«Siempre andaba diciendo que un día se subiría a un tren de mercancías.»

Sabían que se había fugado y, aunque hubiesen encontrado el *Buque Pokey* río abajo más allá de Dennison River Bend, no se habían dejado engañar. Debían de haber obligado a hablar a Maureen. O a Avery. La posibilidad de que hubiesen sonsacado la información al Avester mediante tortura era demasiado horrenda para contemplarla, y Luke la apartó de su mente. Si tenían

gente vigilando allí por si se apeaba, tendrían más gente esperando en la siguiente parada, y entonces tal vez ya fuese de día. Quizá no querían causar problemas, quizá solo pretendían observar e informar, pero cabía la posibilidad de que intentaran tomarlo prisionero. En función del número de testigos, claro. Y de lo desesperados que estuviesen. Eso también.

Quizá me ha salido el tiro por la culata con lo del tren, pensó Luke, pero ¿qué otra cosa podía hacer? En principio no debían enterarse tan *pronto*.

Entretanto, había una fuente de malestar de la que podía librarse. Agarrándose al asiento de un cortacésped para mantener el equilibrio, desenroscó el tapón del combustible de un motocultor John Deere, se bajó la bragueta y meó lo que se le antojaron varios litros en el depósito vacío. No estaba bien hacer una cosa así, y era una mala jugada para el futuro dueño del motocultor, pero las circunstancias eran extraordinarias. Volvió a colocar el tapón y lo enroscó bien. A continuación se sentó en el asiento del cortacésped, se llevó las manos al estómago vacío y cerró los ojos.

Piensa en la oreja, se dijo. Piensa también en los arañazos de la espalda. Piensa en lo mucho que duelen esas cosas y te olvidarás del hambre y la sed.

Le dio resultado hasta que dejó de dárselo. Lo que se filtró en su cabeza fueron imágenes de los niños de la planta A al salir de sus habitaciones e ir al comedor a desayunar unas horas más tarde. Fue incapaz de alejar de su pensamiento las jarras llenas de zumo de naranja y el surtidor lleno de Hawaiian Punch, una especie de zumo de frutas. Deseó estar allí en ese momento. Se bebería un vaso de cada y luego se serviría un buen plato de huevos revueltos y beicon de la mesa de vapor.

No desees estar allí. Desear eso sería una locura.

Aun así, una parte de él lo deseaba.

Abrió los ojos para sacudirse esas imágenes. La de las jarras de zumo de naranja se resistía a desaparecer y entonces vio algo en el hueco entre las

cajas nuevas y los cachivaches con motores pequeños. En un primer momento pensó que lo engañaba la vista por efecto de la luz de luna que se proyectaba por la puerta parcialmente abierta del vagón o que era una alucinación, pero cuando parpadeó dos veces y vio que seguía allí, se levantó del asiento del cortacésped y avanzó a gatas. A su derecha, quedaban atrás campos bañados por el claro de luna. Al marcharse de Dennison River Bend, Luke había absorbido todo lo que veía con asombro y fascinación, pero ya no tenía ojos para el mundo exterior. Solo veía lo que había en el suelo del vagón: migas de donut.

Y un trozo mayor que una miga.

Cogió ese en primer lugar. Para atrapar los pequeños, se humedeció el pulgar. Por temor a perder los más pequeños aún entre las rendijas del suelo del vagón, se inclinó, sacó la lengua y los lamió.

21

Le tocaba a la señora Sigsby dormir un rato en el sofá de la habitación interior, y Stackhouse había cerrado la puerta para que ninguno de los dos teléfonos —el fijo o el móvil— la molestara. Fellowes llamó desde la sala de ordenadores a las tres menos diez.

—El 9956 ha salido de Richmond —informó—. Ni rastro del chico.

Stackhouse suspiró y se frotó el mentón, notando la aspereza de un asomo de barba.

—Bien.

—Es una lástima que no podamos desviar ese tren hasta un apartadero y registrarlo. Así se zanjaría de una vez por todas la cuestión de si viaja ahí o no.

—Es una lástima que toda la población mundial no forme un enorme círculo y cante *Give Peace a Chance*. ¿A qué hora llega a Wilmington?

—Debería estar allí a las seis. Antes, si recuperan un poco de tiempo.

—¿A cuántos hombres tenemos allí?

—Ahora dos, otro va de camino desde Goldsboro.

—Saben que deben ser discretos, ¿verdad? La gente indiscreta despierta sospechas.

—Creo que lo harán bien. La tapadera es buena. Un chico fugado, padres preocupados.

—Más vale que lo hagan bien. Tenme informado de cómo van las cosas.

El doctor Hendricks entró en el despacho sin molestarse en llamar. Tenía ojeras, el pelo de punta en una corona de color gris acero y la ropa arrugada.

—¿Se sabe algo?

—Todavía no.

—¿Dónde está la señora Sigsby?

—Tomándose un descanso que necesitaba a toda costa. —Stackhouse se reclinó en el sillón de la directora y se desperezó—. Ese Dixon no ha pasado por la cisterna, ¿verdad?

—Claro que no. —Donkey Kong pareció vagamente ofendido ante la sola idea—. No es rosa. Nada más lejos. Arriesgarse a dañar un FNDC tan alto como el suyo sería una locura. O arriesgarse a expandir sus capacidades. Lo cual sería poco probable, pero no imposible. Sigsby haría rodar mi cabeza.

—No lo hará, y el niño va a la cisterna hoy —ordenó Stackhouse—. Sumerge a ese cabroncete hasta que crea que está muerto, y luego un poco más.

—¿Lo dice en serio? ¡Es una propiedad valiosa! ¡Uno de los TP positivos más altos que hemos tenido en años!

—Por mí como si camina por encima del agua y genera electricidad por el culo cada vez que se tira un pedo. Ayudó a Ellis a escapar. Encárgueselo al

griego en cuanto vuelva a su puesto. Le encanta meterlos en la cisterna. Dígale a Zeke que no lo mate, entiendo su valor, pero quiero que tenga una experiencia que recuerde mientras sea capaz de recordar. Luego llévelo a la Mitad Trasera.

—Pero la señora Sigsby...

—La señora Sigsby está totalmente de acuerdo.

Los dos se giraron. Acababa de aparecer en la puerta que comunicaba el despacho con su zona privada. En un primer momento Stackhouse habría dicho que tenía el mismo aspecto que si hubiera visto un fantasma, pero no habría sido del todo exacto. En realidad, ella misma parecía un fantasma.

—Hágalo tal como le ha dicho, Dan. Si daña su FNDC, que así sea. Tiene que pagar.

22

El tren se puso de nuevo en movimiento, y Luke se acordó de otra canción que le cantaba su abuela. ¿Era *The Midnight Special*? No lo recordaba. Las migas de donut no le habían servido más que para avivar el hambre y aumentar la sed. Su boca era un desierto; su lengua, una duna de arena dentro de ella. Dormitó, pero no llegó a dormirse. Pasó el tiempo, no supo cuánto, pero al final la claridad crepuscular empezó a entrar en el vagón.

Se acercó a gatas por el suelo bamboleante hasta la puerta del vagón y miró. Vio árboles, la mayor parte dispersos, pinos replantados, pueblos pequeños, campos, luego más árboles. El tren cruzó un puente de caballetes, y Luke contempló el río con expresión anhelante. Esta vez no fue una canción lo que acudió a su memoria sino unos versos de Coleridge: Agua, por todas partes agua, pensó Luke, y un rechinar de tablas del vagón; agua, por todas partes

agua, y ni una gota que beber.

Probablemente contaminada en todo caso, se dijo, y supo que bebería de ella aunque así fuera. Hasta que se le hinchara el vientre. Vomitarla sería un placer, porque después podría beber más.

Poco antes de que saliera el sol, rojo y caliente, percibió el olor a sal en el aire. En lugar de casas de labranza, los edificios que veía pasar entonces eran en su mayoría almacenes y viejas fábricas de ladrillo con las ventanas tapiadas. Altas grúas se recortaban contra el cielo, cada vez más claro. No muy lejos de allí despegaban aviones. Durante un rato el tren discurrió paralelo a una carretera de cuatro carriles. Luke vio en los coches a gente sin más preocupaciones que un día de trabajo por delante. Olía a bajíos, peces muertos o las dos cosas.

Comería peces muertos mientras no estuvieran llenos de gusanos, pensó. Quizá incluso si lo estuvieran. Según *National Geographic*, los gusanos son una buena fuente de proteínas orgánicas.

El tren empezó a aminorar, y Luke se retiró a su escondrijo. Notó de nuevo el traqueteo del tren al rebasar cambios de agujas y cruces de vías. Al fin se detuvo.

Pese a que era muy temprano, había mucho ajeteo en aquel lugar. Luke oyó camiones. Oyó a hombres que se reían y hablaban. En un aparato de música o la radio de algún camión sonaba Kanye, los graves como un latido que primero creciera y luego se apagara. Pasó una locomotora por alguna otra vía, dejando a su paso un hedor a gasoil. Percibió varias sacudidas bruscas cuando se acoplaron o desacoplaron vagones en su tren. Unos hombres vociferaban en español y Luke captó algunas de sus palabras soeces: *puta mierda, hijo de puta, chupapollas*.

Siguió transcurriendo el tiempo. Se le hizo como una hora, pero quizá no fueran más que quince minutos. Por fin otro camión retrocedió hasta el vagón

de Southway Express. Un hombre ataviado con un mono abrió del todo la puerta. Luke observó por entre un motocultor y un tractor de jardín. El hombre saltó al vagón, y otra rampa de acero se tendió entre el camión y el vagón. Esta vez componían la cuadrilla cuatro hombres, dos negros y dos blancos, todos corpulentos y tatuados. Se reían y hablaban con marcado acento sureño, que a Luke le recordó el de los cantantes de country que ponían en la emisora BUZ'N 102 allá en Minneapolis.

Uno de los blancos dijo que la noche anterior había ido a bailar con la mujer de uno de los negros. El negro hizo como si le pegara y el blanco hizo como si se tambaleara, hasta sentarse en la pila de cajas de motores fueraborda que Luke había vuelto a amontonar hacía poco.

—Vamos, vamos —dijo el otro blanco—. Quiero mi desayuno.

Y yo, pensó Luke. Vaya que si lo quiero.

Cuando empezaron a cargar en el camión las cajas de Kohler, Luke pensó que era como una película de la parada anterior, solo que a la inversa. Recordó entonces las películas que, según le había contado Avery, veían los niños en la Mitad Trasera, y con ello reaparecieron los puntos, grandes y vistosos. La puerta del vagón se sacudió en la corredera, como si pretendiera cerrarse sola.

—¡Eh! —exclamó el segundo negro—. ¿Quién anda ahí? —Echó un vistazo—. Bah. Nadie.

—El hombre del saco —dijo el negro que había hecho como si abofeteara al blanco—. Venga, venga, acabemos con esto. Dice el jefe de estación que este trasto va con retraso.

Aún no es el final del trayecto, pensó Luke. No seguiré aquí hasta que me muera de hambre, eso desde luego, pero solo porque antes moriré de sed. Por lo que había leído, sabía que una persona podía aguantar al menos tres días sin agua antes de sumirse en el estado de inconsciencia previo a la muerte, pero

en ese momento no lo veía así.

La cuadrilla cargó en el camión todas las cajas grandes menos dos. Luke esperaba que empezaran con las herramientas de motores pequeños, que sería cuando lo descubrieran, pero, en lugar de eso, recogieron la rampa en el interior del camión y bajaron el portón.

—Vosotros id yendo —indicó uno de los blancos. Era el que, en broma, había dicho que había salido bailar con la mujer del negro—. Tengo que visitar el cagadero del furgón de cola. Plantar un pino.

—Venga, Mattie, aguántate un poco.

—No puedo —respondió el blanco—. Este pino es tan grande que tengo que librarme de él.

El camión se puso en marcha y se alejó. Siguieron unos minutos de silencio, y después el blanco, Mattie, volvió a encaramarse al vagón, tensando los bíceps bajo la camiseta sin mangas. El tiempo atrás mejor amigo de Luke, Rolf Destin, habría dicho que tenía «las armas totalmente cargadas».

—Vale, fugitivo. Te he visto al sentarme en esas cajas. Ya puedes salir.

23

Por un momento Luke permaneció donde estaba, pensando que si se quedaba totalmente quieto y totalmente callado, tal vez el hombre decidiría que se había equivocado y se marcharía. Pero se trataba de una idea pueril y ya no era un niño pequeño. Ni remotamente. Así que salió a gatas e intentó levantarse, pero tenía las piernas entumecidas y se le iba la cabeza. Se habría caído si el hombre blanco no lo hubiese sujetado.

—Joder, chaval, ¿quién te ha arrancado la oreja?

Luke trató de hablar. Al principio, no salió de él más que un graznido. Se

aclaró la garganta y volvió a intentarlo.

—Me he metido en algún que otro problema. Oiga, ¿tiene algo de comer? ¿O de beber? Estoy muerto de hambre y de sed.

Sin apartar la mirada de la oreja mutilada de Luke, el hombre —Mattie— se llevó la mano al bolsillo y sacó medio rollo de caramelos. Luke lo agarró, arrancó el papel y se metió cuatro en la boca. Habría pensado que no le quedaba saliva, que su cuerpo sediento la había reabsorbido, pero brotó más, como procedente de unos inyectores invisibles, y el azúcar le subió a la cabeza como una bomba. Los puntos destellaron brevemente, desplazándose a toda prisa por el rostro de aquel hombre. Mattie se volvió, como si hubiese percibido que se le acercaban por detrás, y luego centró de nuevo la atención en Luke.

—¿Cuándo comiste por última vez?

—No lo sé —respondió Luke—. No lo recuerdo exactamente.

—¿Cuánto hace que estás en el tren?

—Más o menos un día. —Eso debía de ser correcto, pero se le antojaba mucho más tiempo.

—¿Has hecho todo el camino desde el norte, entonces?

—Sí. —Maine era tan al norte como uno podía llegar, pensó Luke.

Mattie le señaló la oreja.

—¿Quién te ha hecho eso? ¿Tu padre? ¿Tu padrastro?

Luke, alarmado, fijó la mirada en él.

—¿Quién...? ¿De dónde ha sacado esa idea? —Pero, aun en su estado, la respuesta le pareció evidente—. Andan buscándome. Ha pasado los mismo en la última parada del tren. ¿Cuántos son? ¿Qué han dicho? ¿Que me he fugado de casa?

—Exacto. Tu tío. Ha venido con un par de amigos y uno es un poli de Writghtsville Beach. No han explicado por qué, pero sí, han dicho que te

fugaste de tu casa en Massachusetts. Y si alguien te hizo eso, te entiendo.

El hecho de que uno de los hombres que lo esperaban fuera policía asustó mucho a Luke.

—Subí al tren en Maine, no en Massachusetts, y mi padre está muerto. Mi madre también. Todo lo que dicen es mentira.

El blanco se detuvo a pensar.

—Entonces ¿quién te hizo eso en la oreja, fugitivo? ¿Algún gilipollas de un hogar de acogida?

En eso no iba muy desencaminado, pensó Luke. Sí, había estado en una especie de hogar de acogida, y sí, lo supervisaban unos gilipollas.

—Es complicado. El caso es que, oiga, si esos hombres me ven, se me llevarán. Quizá no podrían hacerlo si no los acompañara un policía, pero con él lo harán. Me llevarán de vuelta al sitio donde me pasó esto. —Se señaló la oreja—. No los avise, por favor. Déjeme quedarme en el tren, por favor.

Mattie se rascó la cabeza.

—No sé qué decirte. Eres un crío y estás hecho una calamidad.

—Acabaré mucho peor si esos hombres se me llevan.

Créalo, pensó con todas sus fuerzas. Créalo, créalo.

—Bueno, no sé —repitió Mattie—. Aunque, para serte sincero, la pinta de esos tres no me ha gustado mucho. Se los veía un tanto nerviosos, incluso al policía. Por otra parte, tienes delante a un hombre que se escapó de casa tres veces antes de conseguirlo. La primera tenía más o menos tu edad.

Luke calló. Mattie iba al menos en la dirección correcta.

—¿Adónde vas? ¿Ni siquiera lo sabes?

—A algún sitio donde pueda conseguir un poco de comida y un poco de agua y *pensar* —respondió Luke—. Necesito pensar, porque nadie va a querer creerse la historia que tengo que contar. Y menos viniendo de un niño.

—¡Mattie! —llamó alguien—. ¡Vamos, tío! ¡A menos que quieras un viaje

gratis a Carolina del Sur!

—Dime, chico, ¿te secuestraron?

—*Sí* —dijo Luke, y se echó a llorar—. Y esos hombres: el que dice que es mi tío, y el policía...

—*¡MATTIE! ¡Límpiate el culo y vámonos!*

—Le digo la verdad —se limitó a decir Luke—. Si quiere ayudarme, déjeme marchar.

—En fin, joder. —Mattie escupió por la puerta del vagón—. Parecería que hacerlo no está bien, pero esa oreja tuya indica que quizá sí lo esté. Esos hombres... ¿seguro que son mala gente?

—La peor —aseguró Luke. En realidad a los peores les llevaba delantera, pero si era o no capaz de conservar la ventaja dependía de la decisión que tomara ese hombre.

—¿Sabes siquiera dónde estás ahora?

Luke negó con la cabeza.

—Esto es Wilmington. El tren parará en Georgia, luego en Tampa, y acabará el trayecto en Miami. Si te están buscando, con una orden de búsqueda o una alerta de menor desaparecido o como quiera que lo llamen, estarán atentos en todos esos sitios. Pero la *próxima* parada es solo un escupitajo en el mapa. Podrías...

—Mattie, ¿dónde coño te has metido? —Ahora mucho más cerca—. Deja de joder. Tenemos que firmar el registro de salida.

Mattie dirigió a Luke otra mirada de incertidumbre.

—Por favor —insistió Luke—. Me metieron en una cisterna. Casi me ahogan. Sé que cuesta creerlo, pero es la verdad.

Se oyeron en la grava los crujidos de unas pisadas que se aproximaban. Mattie saltó y cerró la puerta del vagón en sus tres cuartas partes. Luke retrocedió a gatas hasta su nido detrás de las herramientas de motores

pequeños.

—¿No habías dicho que ibas a cagar? ¿Qué hacías ahí dentro?

Luke esperó a que Mattie dijera: «Hay un niño escondido en ese vagón; para no tener que volver con su tío, me ha salido con la historia delirante de que lo secuestraron en Maine y lo hundieron en una cisterna».

—He resuelto mi problema y luego he ido a echar un vistazo a esos cortacéspedes Kubota —respondió Mattie—. El Lawnboy que tengo está a punto de palmar.

—Bueno, vamos, el tren no puede esperar. Eh, no habrás visto por ahí a un niño, ¿verdad? ¿Uno que podría haber subido a bordo en el norte y ahora ha decidido que Wilmington podría merecer una visita?

Se produjo un silencio.

—No —respondió Mattie finalmente.

Al oír esa única palabra, Luke, que estaba inclinado hacia delante, volvió a apoyar la cabeza en la pared del vagón y cerró los ojos.

Al cabo de unos diez minutos, el tren 9956 dio una brusca sacudida, que se transmitió de vagón a vagón —en ese momento había un centenar— en forma de temblor. La playa de maniobras empezó a quedar atrás, al principio lentamente, luego cada vez más deprisa. La sombra de una torre de señales se deslizó por el suelo del vagón y después apareció otra sombra. La sombra de un hombre. Una bolsa de papel manchada de grasa penetró en el vagón y cayó al suelo.

No vio a Mattie, solo lo oyó:

—Suerte, fugitivo.

La sombra desapareció al instante.

Luke abandonó a gatas su escondrijo tan deprisa que se golpeó la cabeza en el lado de la oreja ilesa contra la carcasa de un cortacésped con asiento. Ni siquiera lo notó. Esa bolsa contenía la gloria. La olía.

La gloria resultó ser un bollo de queso y salchicha, tarta de fruta y una botella de agua mineral. Luke necesitó toda su fuerza de voluntad para no apurar de un trago la botella de medio litro. Dejó una cuarta parte, se acomodó, volvió a cogerla y enroscó el tapón. Pensó que si el tren daba un viraje brusco y el agua se derramaba, se volvería loco. Engulló el bollo con salchicha de cinco bocados y a continuación echó otro gran trago de agua. Se lamió la grasa de la palma de la mano y luego se llevó el agua y la tarta a su nido. Por primera vez desde que había contemplado las estrellas al bajar por el río en el *Buque Pokey* sintió que tal vez valiera la pena vivir. Y aunque no creía exactamente en Dios, tras llegar a la conclusión de que las pruebas contra su existencia eran algo más convincentes que las pruebas a favor, rezó de todos modos, pero no para rogar por sí mismo. Rezó para que esa divinidad hipotéticamente superior bendijera al hombre que lo había llamado «fugitivo» y había lanzado la bolsa al interior del vagón.

Con el estómago lleno, volvió a entrarle la modorra, pero se obligó a permanecer despierto.

«El tren parará en Georgia, luego en Tampa, y acabará el trayecto en Miami —había dicho Mattie—. Si te están buscando, con una orden de búsqueda o una alerta de menor desaparecido o como quiera que lo llamen, estarán atentos en todos esos sitios. Pero la *próxima* parada es solo un escupitajo en el mapa.»

Tal vez hubiese gente vigilando incluso en un pueblo pequeño, pero Luke no tenía intención de ir hasta Tampa y Miami. Perderse en una población grande tenía sus atractivos, pero en las ciudades había demasiados policías y, a esas

alturas, era probable que todos tuvieran la foto del niño sospechoso del asesinato de sus padres. Además, la lógica le decía que solo podía huir un tiempo. El hecho de que Mattie no lo hubiese entregado había sido un golpe de suerte extraordinario; sería una idiotez contar con que se repitiera.

Luke pensó que era posible que tuviera un as en la manga. El cuchillo de cocina que Maureen le había dejado debajo del colchón había desaparecido en algún lugar a lo largo del camino, pero conservaba el lápiz USB. Ignoraba qué contenía; bien podía ser una confesión inconexa, rebotante de culpabilidad, que se interpretaría como una sarta de estupideces incomprensibles, tal vez algo sobre el bebé del que se había desprendido. Sin embargo, también podía ser una prueba. Documentos.

Por fin el tren empezó a aminorar otra vez. Luke se acercó a la puerta, se agarró a ella para mantener el equilibrio y se asomó. Vio muchos árboles, una carretera de dos carriles y, más adelante, las fachadas posteriores de casas y edificios. El tren dejó atrás una señal: amarilla. Quizá indicaba que ya estaban cerca del «escupitajo» del que le había hablado Mattie; aunque podía ser solo un tramo de circulación lenta en espera de que más adelante otro tren despejara la vía. En realidad tal vez fuera lo que más le convenía, porque si en la siguiente parada lo esperaba también un tío preocupado, estaría en la estación. Al frente vio almacenes con relucientes tejados metálicos. Más allá de los almacenes se hallaba la carretera de dos carriles y, más allá de la carretera, crecían más árboles.

Tu misión, se dijo, es apearte de este tren y llegar hasta esos árboles lo más rápido que puedas. Y acuérdate de echar a correr nada más tocar el suelo, no vayas a caerte de bruces en el balastro.

Empezó a balancearse atrás y adelante, sin soltar la puerta, con los labios apretados en una tensa línea de concentración. Sí era la parada de la que le había hablado Mattie, porque ya veía una estación. En las desvaídas tejas

verdes se leía DUPRAY SUR Y OESTE.

Tienes que saltar ya, pensó Luke. Nada te conviene menos que encontrarte con algún tío.

—A la de una...

Se balanceó hacia delante.

—A la de dos...

Se balanceó hacia atrás.

—¡Y a la de tres!

Saltó. Echó a correr todavía en el aire, pero aterrizó en el balastro junto a la vía cuando su cuerpo iba a la velocidad del tren, que era aún un poco mayor que la que podían alcanzar sus piernas. Con el torso inclinado hacia delante y los brazos hacia atrás en un esfuerzo para mantener el equilibrio, parecía un patinador velocista acercándose a la línea de meta.

Justo cuando empezaba a pensar que lograría recuperar la verticalidad antes de irse al suelo, alguien exclamó:

—¡Eh, cuidado!

Alzó la cabeza y vio a un hombre montado en una carretilla elevadora entre los almacenes y la estación. Otro hombre se levantaba de una mecedora a la sombra del tejado de la estación, con la revista que estaba leyendo todavía en la mano.

—¡Vigila ese poste! —gritó este.

Luke vio la segunda señal, en rojo intermitente, demasiado tarde para aflojar el paso. Instintivamente, volvió la cabeza e intentó levantar el brazo, pero se estrelló contra el poste de acero a toda velocidad antes de poder enderezarse del todo. Chocó con el lado derecho de la cara, de modo que la oreja herida se llevó lo peor del golpe. Rebotó, fue a parar al balastro y rodó apartándose de la vía. No perdió el conocimiento, pero sí perdió la *inmediatez* del conocimiento, y vio que el cielo se alejaba, se acercaba de

nuevo y volvía a alejarse. Notó un calor que le descendía a raudales por la mejilla y supo que se le había abierto otra vez la herida de la oreja: su pobre oreja maltratada. Una voz interior lo instó a gritos a ponerse en pie, a adentrarse a toda prisa en el bosque, pero oír y atender eran dos cosas distintas. Cuando intentó levantarse, no lo consiguió.

Se me han averiado los engranajes, pensó. Mierda. Qué putada.

Al cabo de un momento el hombre de la carretilla elevadora se hallaba de pie junto a él. Desde donde Luke yacía, parecía medir cinco metros. Los cristales de sus gafas reflejaban el sol, con lo que resultaba imposible verle los ojos.

—Por Dios, chaval, ¿qué demonios pensabas que estabas haciendo?

—Intentaba escapar. —Luke no sabía si de verdad estaba hablando, pero pensó que era probable—. No puedo dejar que me pillen; por favor, no deje que me pillen.

El hombre se agachó.

—No te esfuerces en hablar, de todos modos no te entiendo. Te has dado un buen batacazo contra ese poste y estás sangrando como un cerdo degollado. Mueve las piernas.

Luke obedeció.

—Ahora mueve los brazos.

Luke los levantó.

El hombre de la mecedora se reunió con el de la carretilla elevadora. Luke trató de utilizar su TP recién adquirida para leerle el pensamiento a uno o a los dos y averiguar qué sabían. No percibió nada; en lo que se refería a leer el pensamiento, en ese momento la marea estaba baja. Por lo que veía, el batacazo en la cabeza bien podía haberle arrancado la TP de raíz.

—¿Está bien, Tim?

—Creo que sí. Eso espero. Según el protocolo de primeros auxilios, no

debe moverse a alguien con una herida en la cabeza, pero voy a arriesgarme.

—¿Quién de ustedes se supone que es mi tío? —preguntó Luke—. ¿O lo son los dos?

El de la mecedora frunció el ceño.

—¿Tú entiendes lo que dice?

—No. Voy a dejarlo en el cuarto de atrás del despacho del señor Jackson.

—Yo lo sujeto por las piernas.

Luke volvía en sí. En realidad a ese respecto la oreja ayudaba. Daba la impresión de que quisiera taladrarle la cabeza. Y quizá esconderse dentro.

—No, ya lo llevo yo —dijo el hombre de la carretilla—. No pesa nada. Tú avisa al doctor Roper y pídele que haga una visita a domicilio.

—Una visita a almacén, más que a domicilio —apuntó el hombre de la mecedora, y se rio dejando a la vista unos dientes rotos y amarillentos.

—Lo que sea. Ve a llamarlo. Usa el teléfono de la estación.

—Sí, señor. —El de la mecedora dirigió un torpe saludo militar al de la carretilla y se marchó.

El de la carretilla levantó a Luke en brazos.

—Déjeme en el suelo —dijo Luke—. Puedo andar.

—¿Tú crees? A ver si es verdad.

Luke se tambaleó un momento pero al final logró mantenerse erguido.

—¿Cómo te llamas, hijo?

Luke se quedó pensativo, no muy seguro de que le conviniera identificarse sin saber antes si ese hombre era un tío suyo. Parecía buena persona... pero, claro, también lo parecía Zeke, en el Instituto, en las contadas ocasiones en que estaba de buen humor.

—¿Y usted? —contraatacó.

—Tim Jamieson. Ven, al menos ponte a la sombra.

Norbert Hollister, propietario de un destartado motel que se mantenía en activo solo gracias a su retribución mensual como colaborador del Instituto, utilizó el teléfono de la estación para llamar al doctor Roper, pero antes llamó con su móvil a un número que le habían facilitado esa mañana temprano. En su momento le había molestado que lo despertaran. Entonces, en cambio, estaba encantado.

—Ese chaval —informó—. Está aquí.

—Un segundo —contestó Andy Fellowes—. Paso su llamada.

—¿Es usted Hollister? —preguntó otra voz tras un breve silencio—. ¿En DuPray, Carolina del Sur?

—Sí. Ese niño al que buscan acaba de saltar de un tren de mercancías. Tiene la oreja destrozada. ¿Todavía hay recompensa por él?

—Sí. Y será mayor si se asegura de que el niño no salga del pueblo.

Norbert se echó a reír.

—Ah, dudo mucho que se marche. Se ha estampado contra un poste de señales y está atontado.

—No le pierda la pista —dijo Stackhouse—. Quiero que me llame cada hora. ¿Entendido?

—Para darle el parte.

—Sí, eso. Nosotros nos ocupamos del resto.

EL INFIERNO ES ESTO

Tim cruzó el despacho de Craig Jackson seguido por el niño ensangrentado, que a todas luces continuaba aturdido pero caminaba por su propio pie. El dueño del Storage & Warehousing de DuPray vivía en la localidad cercana de Dunning, pero llevaba cinco años divorciado, y la amplia habitación con aire acondicionado situada al fondo de la oficina le servía de vivienda auxiliar. Jackson no estaba en ese momento, cosa que tampoco sorprendió a Tim; los días que el 9956 paraba en lugar de pasar de largo a toda velocidad, Craig tendía a escaquearse. Se complacía en decir que lo suyo era pensar, no trabajar.

Más allá de la pequeña cocina, con su microondas, su calentaplatos y un minúsculo fregadero, se hallaba la zona habitable, compuesta por un sillón plantado ante un televisor HD. Detrás, viejos pósteres de *Playboy* y *Penthouse* miraban hacia un camastro hecho con esmero. Tim pretendía que el niño se acostase allí hasta que llegara el doctor Roper, pero él negó con la cabeza.

—En el sillón.

—¿Seguro?

—Sí.

El chico se sentó. El cojín emitió un cansado gemido. Tim apoyó una rodilla

en el suelo delante de él.

—Y ahora ¿qué tal si me dices cómo te llamas?

El niño lo miró con recelo. Había dejado de sangrar, pero tenía la mejilla cubierta de cuajarones, y su oreja derecha era una monstruosidad hecha trizas.

—¿Estaban esperándome?

—A ti no, al tren. Yo trabajo aquí por las mañanas. Más tiempo cuando está previsto que pare el 9956. Ahora dime cómo te llamas.

—¿Quién era ese otro hombre?

—No más preguntas hasta que sepa tu nombre.

El niño se detuvo a pensar; finalmente se lamió los labios y dijo:

—Soy Nick. Nick Wilholm.

—Vale, Nick. —Tim hizo el signo de la paz—. ¿Cuántos dedos ves?

—Dos.

—¿Y ahora?

—Tres. Ese otro hombre... ¿ha dicho que era mi tío?

Tim frunció el entrecejo.

—Ese era Norbert Hollister, el dueño del motel del pueblo. Si es tío de alguien, yo no sé nada. —Tim alzó un solo dedo—. Síguelo. A ver cómo mueves los ojos.

Los ojos de Nicky siguieron el dedo de izquierda a derecha y de arriba abajo.

—Me da la impresión de que la avería no es grave. Bueno, esperemos —comentó Tim—. ¿De quién huyes, Nick?

El niño pareció alarmarse e intentó levantarse del sillón.

—¿Quién le ha dicho eso?

Tim lo empujó hacia atrás con delicadeza.

—Nadie. Es solo que cuando veo a un niño saltar de un tren vestido con ropa sucia y rasgada y con la oreja destrozada, hago la disparatada suposición

de que se ha fugado. Ahora dime de quién...

—¿A qué viene tanto grito? He oído... Dios bendito, ¿qué le ha pasado a ese niño?

Tim se volvió y vio a Annie Ledoux la Huérfana. Debía de estar en su tienda, detrás de la estación. A menudo iba allí a dar una cabezada durante el día. Aunque esa mañana a las diez el termómetro de fuera de la estación marcaba treinta grados, Annie vestía lo que Tim consideraba su traje completo de mexicana: sarape, sombrero, pulseras baratas y unas botas camperas con las costuras sueltas, rescatadas de la basura.

—Este es Nick Wilholm —dijo Tim—. Ha venido de visita a nuestro bonito pueblo desde Dios sabe dónde. Ha saltado del 9956 y ha ido a chocar de pleno contra un poste de señales. Nick, te presento a Annie Ledoux.

—Encantado de conocerla —saludó Luke.

—Gracias, hijo, lo mismo digo. ¿Y se ha arrancado media oreja contra el poste de señales, Tim?

—Lo dudo —respondió Tim—. Tenía la esperanza de escuchar esa historia.

—¿Estaba *usted* esperando a que llegara el tren? —preguntó el niño. Parecía obsesionado con eso. Quizá por el fuerte trompazo en la mollera, quizá por alguna otra razón.

—Yo lo único que espero es el regreso de nuestro Señor Jesucristo. —Annie echó una ojeada alrededor—. El señor Jackson tiene fotos guarras en la pared. No es que me sorprenda. —Pronunció «es que» como *e'que*.

En ese preciso instante entró en la habitación un hombre de piel aceitunada que vestía un peto sobre una camisa blanca y una corbata oscura. Llevaba calada en la cabeza una gorra listada de ferroviario.

—Hola, Hector —saludó Tim.

—Hola —contestó Hector. Sin mostrar mucho interés, echó un vistazo al niño ensangrentado que ocupaba el sillón de Craig Jackson y luego centró la

atención en Tim—. Dice mi ayudante que tengo un par de generadores para ti, unos cuantos tractores de jardín y demás, aproximadamente una tonelada de género enlatado y otra tonelada de frutas y verduras frescas. Voy con retraso, Timmy, muchacho, y si no me descargas, ya puedes mandar la flota de camiones que este pueblo no tiene para recoger tu mercancía en Brunswick.

Tim se puso en pie.

—Annie, ¿puedes hacer compañía a este joven hasta que llegue el médico? Tengo que manejar una carretilla elevadora durante un rato.

—Puedo ocuparme de eso. Si tiene convulsiones, le meteré algo en la boca.

—No voy a tener convulsiones —aseguró el niño.

—Eso dicen todos —repuso Annie, con aire enigmático.

—Hijo —intervino Hector—, ¿ibas de polizón en el tren?

—Sí, señor. Lo siento.

—Bueno, como ya te has bajado, me da lo mismo. Ya se encargará de ti la poli, supongo. Tim, ya veo que tienes aquí una situación complicada, pero la mercancía no espera, así que ayuda a este hombre a ponerse en marcha. ¿Dónde está tu cuadrilla, maldita sea? Solo he visto a un tipo, y está hablando por teléfono en la oficina de la estación.

—Ese es Hollister, del motel del pueblo, y no me lo veo descargando nada, como no sea el intestino a primera hora de la mañana.

—Qué guarrada —comentó Annie la Huérfana, aunque tal vez se refiriese a los despleables, que seguía examinando.

—Los Beeman deberían estar aquí, pero llegan tarde, los muy inútiles. Como tú.

—Ay, Dios. —Hector se quitó la gorra y se deslizó la mano por el espeso cabello negro—. Detesto estos viajes de reparto. La descarga en Wilmington también ha sido lenta. Un puñetero Lexus se ha quedado atascado en el vagón. En fin, a ver qué podemos hacer.

Tim siguió a Hector hacia la puerta y de pronto se volvió.

—No te llamas Nick, ¿verdad?

El niño reflexionó.

—De momento tendrá que servir —dijo finalmente.

—No dejes que se mueva —ordenó Tim a Annie—. Si lo intenta, pégame un grito. —Y dirigiéndome al niño ensangrentado, a quien se veía muy pequeño y maltratado, añadió—: Ya hablaremos de eso cuando vuelva. ¿Te parece bien?

El niño se quedó pensativo y por fin movió la cabeza en un cansado gesto de asentimiento.

—Supongo que no me queda otra.

2

Cuando los hombres se fueron, Annie la Huérfana encontró un par de paños limpios en una cesta debajo del fregadero. Después de humedecerlos con agua fría, escurrió uno mucho y el otro poco. Entregó a Luke el más escurrido.

—Ponte esto en la oreja.

Luke obedeció. Le escoció. Con el otro, Annie le lavó la sangre de la cara con tal delicadeza que le recordó a su madre. Annie se interrumpió y le preguntó —con igual delicadeza— por qué lloraba.

—Echo de menos a mi madre.

—Vaya, seguro que ella también te echa de menos a ti.

—No, a no ser que de algún modo la conciencia perdure después de la muerte. Me gustaría creerlo, pero las pruebas empíricas indican que no es ese el caso.

—¿Que perdure? Claro que *perdura*. —Annie se acercó al fregadero y empezó a enjuagar la sangre del paño que había usado—. Hay quien dice que las almas que se han ido no tienen interés en la esfera terrenal, no más que el

que tenemos nosotros en el trajín de las hormigas en los hormigueros, pero yo no estoy de acuerdo. Yo creo que sí prestan atención. Siento mucho que tu madre haya fallecido, hijo.

—¿Cree que el amor de esas almas perdura? —La idea era absurda, Luke lo sabía, pero absurda en el *buen* sentido.

—Claro. El amor no muere junto con el cuerpo terrenal, hijo. Esa idea es ridícula. ¿Cuánto hace que se fue tu madre?

—Puede que un mes, puede que seis semanas. He perdido la noción del tiempo. Los asesinaron y a mí me secuestraron. Sé que cuesta creerlo...

Annie se dispuso a limpiar el resto de la sangre.

—No cuesta si una está en el ajo. —Se tocó la sien por debajo del ala del sombrero mexicano—. ¿Llegaron en coches negros?

—No lo sé —respondió Luke—, pero no me sorprendería.

—¿E hicieron experimentos contigo?

Luke se quedó boquiabierto.

—¿Cómo lo sabe?

—George Allman —dijo ella—. Habla por la radio, en la WMDK, desde las doce de la noche hasta las cuatro de la mañana. El programa trata de la transmigración de las almas, los ovnis y los poderes psíquicos.

—¿De los poderes psíquicos? ¿En serio?

—Sí, y de la conspiración. ¿Tú sabes qué es la conspiración, hijo?

—Más o menos —contestó Luke.

—El programa de George Allman se titula *Los visitantes*. Llaman oyentes, pero sobre todo habla él. No dice que sean alienígenas, o el gobierno, o que el gobierno *trabaje* con alienígenas; va con cuidado, porque no quiere desaparecer o que le peguen un tiro como a Jack y a Bobby, pero no para de hablar de los coches negros y de los experimentos. Se te quedaría el pelo blanco con las cosas que cuenta. ¿Sabías que el Hijo de Sam era un alma

transmigrada? ¿No? Pues lo era. Luego el diablo que llevaba dentro volvió a salir, dejando solo un caparazón vacío. Levanta la cabeza, hijo, esa sangre te ha bajado por todo el cuello, y como se seque antes de que te la quite, tendré que frotar.

3

Los hermanos Beeman, un par de adolescentes descomunales que vivían en el camping de caravanas situado al sur del pueblo, se presentaron a las doce y cuarto, ya entrada lo que normalmente era la hora del almuerzo de Tim. Para entonces casi todo el género destinado a Fromie estaba en el asfalto agrietado de la estación. Si de Tim hubiera dependido, los habría puesto en la calle al instante, pero, de algún enrevesado modo sureño, estaban emparentados con el señor Jackson, así que esa posibilidad quedaba descartada. Además, los necesitaba.

Eran alrededor de las doce y media cuando Del Beeman arrimó la trasera de la enorme camioneta de plataforma, delimitada por tablas, a la puerta del vagón de frutas y verduras de Carolina y empezaron a cargar las cajas de lechugas, tomates, pepinos y calabazas de verano. Hector y su ayudante, no por interés en las verduras frescas sino para salir cuanto antes de Carolina del Sur, también arrimaron el hombro. Norb Hollister permanecía a la sombra del saledizo de la estación, muy ocupado como espectador pero nada más. A Tim le extrañó un poco que el hombre siguiera allí —nunca se había interesado por las llegadas y salidas de los trenes—, pero, con tanto ajetreo, no se paró a pensar en ello.

A la una y diez entró en el pequeño aparcamiento de la estación una vieja ranchera Ford, justo cuando Tim colocaba las últimas cajas de verdura con la

carretilla elevadora en la parte de atrás de la camioneta, que las trasladaría a la tienda de alimentación de DuPray... en el supuesto de que Phil Beeman no tuviera algún percance por el camino. La distancia era de poco más de un kilómetro, pero esa mañana Phil hablaba despacio y tenía los ojos tan enrojecidos como un animal pequeño que intentara alejarse de un incendio forestal. No hacía falta ser Sherlock Holmes para deducir que había estado pegándole a la hierba. Él y su hermano.

El doctor Roper salió de su ranchera. Tim lo saludó con la mano y señaló en dirección al almacén donde el señor Jackson tenía su despacho-apartamento. Roper le devolvió el saludo y se encaminó hacia allí. Era de la vieja escuela, casi una caricatura, la clase de médico que todavía perdura en un millar de zonas rurales pobres donde el hospital más cercano se encuentra a setenta u ochenta kilómetros, el Obamacare se considera un sacrilegio de progres y un viaje al Walmart pasa por una gran ocasión. Era obeso y sesentón, un baptista recalcitrante que en el maletín negro, transmitido de padres a hijos a lo largo de tres generaciones, llevaba una Biblia además del estetoscopio.

—¿Qué le pasa a ese niño? —preguntó el ayudante del maquinista mientras se enjugaba la frente con un pañuelo.

—No lo sé —contestó Tim—, pero tengo intención de averiguarlo. Adelante, chicos, en marcha y dadle caña. A menos que quieras dejarme aquí uno de esos Lexus, Hector. Si me lo dejas, por mí encantado.

—*Chúpame la polla* —respondió Hector en español. Luego estrechó la mano a Tim y regresó a su locomotora con la esperanza de recuperar el tiempo perdido entre DuPray y Brunswick.

Stackhouse se proponía volar a bordo del Challenger acompañado de dos equipos de extracción, pero la señora Sigsby lo desautorizó. Estaba en su derecho, porque era la jefa. No obstante, la expresión de consternación de Stackhouse ante esa idea rayaba en lo insultante.

—Bórrate esa expresión de la cara —dijo ella—. ¿Qué cabeza crees tú que rodará si esto acaba mal?

—La tuya y la mía, y no quedará ahí la cosa.

—Sí, pero ¿cuál rodará primero y más lejos?

—Julia, esto es una operación sobre el terreno, y tú nunca has trabajado sobre el terreno.

—Vendrán conmigo los equipos Rubí y Ópalo, cuatro hombres aptos y tres mujeres duras. También contaremos con Tony Fizzale, un exmarine, el doctor Evans y Winona Briggs. Ella estuvo en el Ejército de Tierra y tiene nociones de triaje. Denny Williams asumirá el mando en cuanto empiece la operación, pero me propongo estar presente y me propongo escribir mi informe desde una perspectiva sobre el terreno —Se interrumpió—. Si es necesario redactar un informe, claro está, y empiezo a pensar que será inevitable. —Consultó su reloj. Las doce y media—. Se acabó la discusión. Tenemos que ponernos en marcha. Tú quédate al frente de esto y, si todo va bien, estaré aquí de vuelta a las dos de la mañana.

La acompañó hasta la puerta y luego hasta la verja de una pista de tierra que iba a dar a una carretera de dos carriles a cinco kilómetros al este. Hacía calor. Los grillos cantaban en el espeso bosque a través del cual el puto crío había conseguido orientarse de algún modo. Delante de la verja aguardaba un discreto Ford Windstar con el motor al ralentí. Robin Lecks iba al volante y Michelle Robertson ocupaba el asiento contiguo. Las dos vestían vaqueros y camisetas negras.

—De aquí a Presque Isle —dijo la señora Sigsby—. Noventa minutos. De

Presque Isle a Erie, Pennsylvania, otros setenta minutos. Allí recogeremos al equipo Ópalo. De Erie a Alcolu, Carolina del Sur, dos horas, más o menos. Si todo va bien, estaremos en DuPray a las siete de la tarde.

—Tenme informado y recuerda que Williams asumirá el mando en cuanto las cosas se calienten. No tú.

—Lo recordaré.

—Julia, creo sinceramente que esto es un error. Debería ir yo.

La señora Sigsby lo encaró.

—Repítelo, y la emprenderé contigo. —Se dirigió hacia el monovolumen. Denny Williams corrió la puerta lateral para ella. La señora Sigsby hizo ademán de subir, pero de pronto se volvió hacia Stackhouse—. Y asegúrate de que Avery Dixon esté un buen rato en remojo y pase a la Mitad Trasera antes de que vuelva.

—A Donkey Kong no le gusta la idea.

Ella le dedicó una sonrisa aterradora.

—¿Da la impresión de que me importe?

5

Tim vio como arrancaba el tren y regresó a la sombra del saledizo de la estación. Tenía la camisa empapada de sudor. Le sorprendió encontrar a Norbert Hollister todavía allí de pie. Como de costumbre, llevaba su chaleco estampado de turquesas y un pantalón caqui sucio, ese día ceñido con un cinturón trenzado justo por debajo del esternón. Tim se preguntó (y no por primera vez) cómo podía llevar el pantalón tan alto sin aplastarse los huevos.

—¿Qué haces aún aquí, Norbert?

Hollister se encogió de hombros y sonrió, enseñando unos dientes que Tim

preferiría no haber visto antes del almuerzo.

—Pasar el rato. No puede decirse que por las tardes haya mucha actividad allí en el viejo rancho.

Como si por las mañanas o las noches la hubiera, pensó Tim.

—Bueno, ¿y por qué no te compras un bosque y te pierdes?

Norbert se sacó una bolsa de tabaco de mascar Red Man del bolsillo de atrás y se llevó un poco a la boca. Eso explicaba en gran medida el color de sus dientes, pensó Tim.

—¿Desde cuándo mandas tú aquí?

—Supongo que eso te ha sonado a petición —contestó Tim—. No lo era. Vete.

—Vale, vale, capto la indirecta. Tenga usted buenos días, señor sereno.

Norbert se alejó parsimoniosamente. Tim lo observó con expresión ceñuda. A veces veía a Hollister en el Bev's, o en Zoney's, comprando cacahuets cocidos o un huevo duro del tarro del mostrador, pero por lo demás rara vez salía del despacho de su motel, donde veía programas deportivos y películas porno en su televisión vía satélite. La cual, a diferencia de las de las habitaciones, funcionaba.

Annie la Huérfana esperaba a Tim en el despacho del señor Jackson. Sentada tras el escritorio, hojeaba los papeles de la bandeja de entradas y salidas de Jackson.

—Eso no es asunto tuyo, Annie —dijo Tim sin alterarse—. Y si lo desordenas, el problema lo tendré yo.

—De todos modos no hay nada interesante —respondió ella—. Solo facturas, horarios y demás. Aunque sí tiene un bono marcado del restaurante ese de topless que hay en Hardeeville. Dos marcas más y se ganará una comida gratis en el bufet libre. Aunque eso de comer mirándole la raja a una mujer... *brrr*.

Tim nunca se lo había planteado desde ese punto de vista y deseó no haberlo hecho.

—¿El médico está dentro con el niño?

—Sí. Le he cortado la hemorragia, pero de ahora en adelante tendrá que llevar el pelo largo, porque esa oreja nunca parecerá la misma. Ahora escúcheme. A los padres de ese niño los asesinaron y a él lo secuestraron.

—¿Parte de la conspiración? —En sus rondas de sereno, Annie y él habían mantenido muchas conversaciones sobre la conspiración.

—Exacto. Fueron a buscarlo en los coches negros, dalo por hecho, y si le siguen el rastro hasta aquí, *vendrán* a por él aquí.

—Tomo nota —dijo Tim—, y ten por seguro que hablaré del tema con el sheriff John. Gracias por limpiarlo y vigilarlo, pero ahora creo que será mejor que te marches.

Ella se levantó y se sacudió el sarape.

—Eso mismo, cuénteselo al sheriff John. Tienen que estar todos en guardia. Suelen presentarse armados hasta los dientes. Hay un pueblo en Maine, Jerusalem's Lot; podría preguntar a la gente que vivía allí por los hombres de los coches negros. Si encontrara a alguien, claro. Desaparecieron todos hace cuarenta años o más. George Allman no para de hablar de ese pueblo.

—Entendido.

Se encaminó hacia la puerta, acompañada del susurro del sarape; antes de salir se volvió.

—No me cree y no me sorprende nada. ¿Por qué iba a sorprenderme? Antes de que usted llegara yo era ya el bicho raro del pueblo desde hacía años y, si Dios no se me lleva, seguiré siendo el bicho raro del pueblo años después de que se haya ido.

—Annie, yo nunca...

—Calle. —Le lanzó una mirada intensa desde debajo del sombrero—. No

pasa nada. Pero esté atento. Yo se lo digo a usted... pero a *mí* me lo ha dicho él. Ese niño. Así que ya somos dos, ¿vale? Y recuérdelo: *vienen en coches negros*.

Se marchó.

6

El doctor Roper estaba guardando en su maletín varios instrumentos de reconocimiento que había utilizado. El niño seguía sentado en el sillón del señor Jackson. Tenía la oreja vendada y la cara limpia de sangre. Empezaba a formársele un buen cardenal en el lado derecho a raíz de su encontronazo con el poste de señales, pero la expresión de sus ojos era despejada y alerta. El médico había encontrado una botella de ginger ale en la pequeña nevera y el niño daba buena cuenta de ella.

—Quédate ahí sentado tranquilamente, jovencito —dijo Roper. Cerró el maletín con un chasquido y se acercó a Tim, que se había quedado junto a la puerta del despacho.

—¿Está bien? —preguntó Tim en voz baja.

—Está deshidratado y hambriento; apenas ha comido en bastante tiempo, pero por lo demás lo veo bien. Los niños de su edad se recuperan rápido de cosas peores. Dice que tiene doce años, dice que se llama Nick Wilholm y dice que subió a ese tren al principio del trayecto en Maine, muy al norte. Cuando le he preguntado qué hacía allí, me ha contestado que no puede contármelo. Le he pedido la dirección y me ha dicho que no se acuerda. Es posible: un golpe fuerte en la cabeza puede causar desorientación pasajera y alterar la memoria, pero no me he caído de un guindo, y distingo entre amnesia y reticencia, sobre todo en un niño. Esconde algo. Quizá mucho.

—De acuerdo.

—¿Quieres un consejo? Prométele una buena comilona en la cafetería y te contará toda la historia.

—Gracias, doctor. Envíeme la factura.

Roper lo descartó con un gesto.

—Invítame tú a mí a una buena comilona en un sitio con más clase que Bev's y estamos en paz. —Con el marcado acento sureño del médico, «paz» sonó *pas*—. Y cuando te enteres de su historia, quiero oírla.

Cuando el médico se fue, Tim cerró la puerta para quedarse a solas con el niño y se sacó el móvil de bolsillo. Llamó a Bill Wicklow, el ayudante del sheriff que debía asumir las funciones de sereno después de Navidad. El niño lo observó atentamente mientras apuraba su refresco.

—¿Bill? Soy Tim. Sí, bien. Solo quería saber si te apetecería ejercitarte un poco en el puesto de sereno esta noche. Normalmente a estas horas duermo, pero ha surgido algo en la estación. —Escuchó—. Estupendo. Te debo una. Dejaré el temporizador en la comisaría. No te olvides de darle cuerda. Y gracias.

Colgó y examinó al niño. Los moretones de la cara florecerían y luego se atenuarían en una o dos semanas. La expresión de sus ojos posiblemente duraría más tiempo.

—¿Te encuentras mejor? ¿Se te está pasando el dolor de cabeza?

—Sí, señor.

—El «señor» no hace falta; puedes llamarme Tim. ¿Y cómo te llamo yo a ti? ¿Cuál es tu nombre verdadero?

Tras un breve titubeo, Luke se lo dijo.

En el túnel mal iluminado entre la Mitad Delantera y la Mitad Trasera hacía frío, y Avery se puso a temblar de inmediato. Aún llevaba la misma ropa que cuando Zeke y Carlos habían sacado su pequeño cuerpo inconsciente de la cisterna de inmersión, y estaba empapado. Comenzaron a castañetearle los dientes. Así y todo, se aferró a lo que había averiguado. Era importante. Para entonces todo era importante.

—Para ya de hacer ruido con los dientes —dijo Gladys—. Da grima. —Empujaba la silla de ruedas en que iba Avery, y su habitual sonrisa brillaba por su ausencia. Ya había corrido la voz de lo que había hecho ese mierdecilla, y Gladys, al igual que todos los demás empleados del Instituto, estaba aterrorizada, y así seguiría hasta que arrastrasen a Luke Ellis de vuelta hasta allí y pudieran respirar tranquilos.

—N-n-n-no p-p-puedo e-e-evitarlo —dijo Avery—. Tengo mucho f-f-frío.

—¿Crees que me importa una mierda? —Gladys levantó la voz y el eco resonó en las paredes alicatadas—. ¿Te haces una idea de la que has montado? ¿Una mínima *idea*?

Avery tenía una idea. De hecho, tenía muchas ideas: algunas eran de Gladys (su miedo parecía una rata que corriera en una rueda en medio de su cabeza), algunas totalmente suyas.

En cuanto cruzaron la puerta con el cartel SOLO PERSONAL AUTORIZADO, la temperatura subió un poco, y en el deslucido salón donde los esperaba la doctora James (con la bata blanca de laboratorio mal abotonada, el cabello revuelto, una amplia sonrisa de boba en el rostro) hacía aún más calor.

Los temblores de Avery cesaron, pero las luces de colores de Stasi volvieron. No le preocupaba, porque podía hacerlas desaparecer cuando quisiera. Zeke había estado a punto de matarlo en esa cisterna; de hecho, antes

de desmayarse, Avery creía que *estaba* muerto. Pero además la cisterna había cambiado algo en él. Comprendió que había tenido sus efectos también en otros niños, pero le daba la impresión de que lo suyo era distinto. El hecho de que la TQ se hubiera sumado a la TP era lo de menos. Gladys estaba aterrorizada por lo que podía suceder por culpa de Luke, pero Avery sospechaba que él, el propio Avery, podía aterrorizarla si quería.

Aunque no era el momento.

—¡Hola, jovencito! —exclamó la doctora James. Hablaba como un político en un anuncio de televisión, y sus pensamientos volaban de acá para allá como papeles arrastrados por un fuerte viento.

A esta le pasa algo muy muy grave, pensó Avery. Viene a ser como un envenenamiento por radiación, solo que en el cerebro en lugar de los huesos.

—Hola —dijo Avery.

La doctora Jeckle echó atrás la cabeza y se rio como si «hola» fuese el desenlace del chiste más gracioso que había oído en la vida.

—No te esperábamos tan pronto, pero bienvenido, bienvenido. ¡Tenemos aquí a algunos de tus amigos!

Ya lo sé, pensó Avery, y estoy impaciente por verlos. Y creo que ellos se alegrarán de verme.

—Pero primero hay que cambiarte esa ropa mojada. —Dirigió una mirada de reproche a Gladys, aunque esta estaba muy ocupada rascándose los brazos en un esfuerzo por librarse del zumbido que le corría por la piel (o justo por debajo). Suerte con eso, pensó Avery—. Le pediré a Henry que te lleve a tu habitación. Aquí tenemos amables cuidadores vestidos de azul. ¿Puedes andar por tu propio pie?

—Sí.

La doctora Jeckle volvió a reírse un poco más, con la cabeza atrás y un temblor en la garganta. Avery se levantó de la silla de ruedas y lanzó a Gladys

una larga mirada de evaluación. Dejó de rascarse y entonces fue *ella* quien se estremeció. No porque estuviera mojada ni porque tuviera frío. Era por él. Lo percibía a él y aquello no le gustaba.

Pero a Avery sí. Tenía algo de hermoso.

8

Como en el salón del señor Jackson no había ningún sitio más donde sentarse, Tim acercó una silla del despacho. Se planteó colocarla delante del niño, pero decidió que eso se asemejaría demasiado a la disposición de la sala de interrogatorios de una comisaría. Optó por ponerla a un lado del sillón reclinable, cerca del niño, como uno se sentaría con un amigo, quizá para ver uno de sus programas de televisión preferidos. Solo que la pantalla plana del televisor no emitía nada.

—Veamos, Luke —dijo—. Según Annie, te secuestraron, pero Annie a veces... no va muy bien encaminada, digamos.

—Sobre eso sí va bien encaminada —aseguró Luke.

—Bien, pues. Secuestrado ¿dónde?

—En Minneapolis. Me dejaron sin conocimiento y mataron a mis padres. — Se pasó la mano por los ojos.

—Esos secuestradores te llevaron de Minneapolis a Maine. ¿Cómo?

—No lo sé. Estaba inconsciente. Supongo que en avión. Soy de Minneapolis, de verdad. Puede comprobarlo, solo tiene que llamar a mi colegio. Se llama Colegio Broderick para Niños Excepcionales.

—Eres, pues, un niño muy inteligente, deduzco.

—Sí, claro —respondió Luke, sin el menor asomo de orgullo en la voz—. Soy un niño inteligente. Y ahora mismo soy un niño famélico. En los últimos

dos días no he comido más que un bollo con salchicha y tarta de fruta. Creo que han sido dos días. He perdido la noción del tiempo. Eso me lo dio un hombre que se llamaba Mattie.

—¿Nada más?

—Un trozo de donut —respondió Luke—. No muy grande.

—Dios mío, consigamos algo de comer.

—Sí —dijo Luke, y añadió—: Por favor.

Tim sacó el móvil del bolsillo.

—¿Wendy? Aquí Tim. Me pregunto si podrías hacerme un favor.

9

La habitación de Avery en la Mitad Trasera era austera. La cama era un sencillo catre. No había pósteres de Nickelodeon en las paredes, ni figuras de acción con las que jugar en el escritorio. A Avery no le importó. Tenía solo diez años, pero debía comportarse como un adulto, y los adultos no jugaban con soldaditos.

Aunque no puedo hacerlo solo, pensó.

Se acordó de la Navidad del año anterior. Le dolió pensar en eso, pero lo pensó de todos modos. Le habían regalado un castillo de Lego que había pedido, pero cuando tuvo las piezas desparramadas ante sí, no supo cómo pasar de ese desorden al hermoso castillo de la caja, con sus torreones y sus puertas y el puente levadizo que subía y bajaba. Se echó a llorar. Entonces su padre (que había muerto, de eso ya estaba seguro) se arrodilló a su lado y dijo: «Seguiremos las instrucciones y lo haremos juntos. Paso a paso». Y eso hicieron. El castillo había permanecido en el escritorio de su cuarto, custodiado por sus figuras de acción, y ese castillo era una de las cosas que no

habían sido capaces de reproducir cuando se despertó en la Mitad Delantera.

En el camastro de esa desangelada habitación, vestido con ropa seca, pensó en lo magnífico que había quedado el castillo al terminarlo. Y sintió el zumbido. En la Mitad Trasera era constante. Sonoro en las habitaciones, más sonoro en los pasillos, y especialmente sonoro una vez rebasado el comedor, donde una puerta con doble cerradura, más allá de la sala de descanso de los cuidadores, llevaba a la mitad trasera de la Mitad Trasera. Los cuidadores a menudo llamaban a esa zona Vege Park, porque los niños que vivían allí (si podía llamarse vivir a eso) eran vegetales. Zumbadores. Pero tenían una utilidad, supuso Avery. Como la tenía el envoltorio de una chocolatina hasta que lo limpiabas a lengüetazos. Después podías tirarlo.

En la Mitad Trasera había cerraduras en las puertas. Avery se concentró en hacer girar la suya. Tampoco era que hubiese ningún sitio adonde ir, excepto el pasillo enmoquetado de azul, pero era un experimento interesante. Aunque percibió que la cerradura *intentaba* girar, no acabó de conseguirlo. Se preguntó si George Iles sería capaz, porque George había sido un TQ posi potente desde el principio. Avery supuso que sí, con un poco de ayuda. Volvió a acordarse de lo que había dicho su padre: «Lo haremos juntos. Paso a paso».

A las cinco, la puerta se abrió y asomó el rostro adusto de un cuidador vestido de rojo. Allí no llevaban placas de identificación, pero Avery tampoco las necesitaba. Era Jacob, conocido entre sus colegas como Jake el Serpiente. Exmilitar. Estuviste en la Marina e intentaste entrar en Operaciones Especiales, pensó Avery, pero no lo conseguiste. Te dieron la patada. Quizá te gustaba demasiado hacer daño a la gente.

—La cena —anunció Jake el Serpiente—. Si quieres, ven. Si no, te dejaré encerrado hasta la hora de la película.

—La quiero.

—De acuerdo. ¿Te gustan las películas?

—Sí —respondió Avery, y pensó: Pero estas no me gustarán. Estas películas matan a gente.

—Estas te gustarán —aseguró Jake—. Siempre empiezan con dibujos animados. El comedor está ahí mismo, a la izquierda. Y vale ya de holgazanear.

Jake le dio un fuerte manotazo en el trasero para obligarlo a moverse.

En el comedor —un deprimente salón pintado del mismo verde oscuro que el pasillo de la residencia de la Mitad Delantera— había diez o doce niños sentados, y comían algo que, por el olor, Avery pensó que sería estofado Dinty Moore. En casa, su madre servía aquella carne enlatada al menos dos veces por semana, porque a su hermana pequeña le gustaba. Probablemente también ella estuviera muerta. Casi todos los niños parecían zombis y muchos babeaban. Vio a una que fumaba un cigarrillo al tiempo que comía. Mientras Avery la observaba, echó la ceniza en el cuenco, miró alrededor con expresión ausente y siguió comiendo.

Ya en el túnel había percibido la presencia de Kalisha y entonces la vio a una mesa casi al fondo. Contuvo el impulso de correr hacia ella y echarle los brazos al cuello. Llamaría la atención, y Avery prefería no hacerlo. Mejor pasar desapercibido. Ellen Simms, sentada al lado de Sha, mantenía las manos flácidas apoyadas a ambos lados del cuenco. Miraba al techo. El cabello, de colores chillones a su llegada a la Mitad Delantera, le caía en torno a la cara —una cara *mucho más delgada*— en mechones apelmazados, mustios y desvaídos. Kalisha le daba de comer, o lo intentaba.

—Venga, Hel, venga, Eléctrica Hel, vamos allá. —Le metió una cucharada de estofado en la boca. Cuando un trozo marrón de la carne misteriosa intentó escapar por encima del labio, Sha lo empujó hacia dentro con la cuchara. Esta vez Helen tragó, y Sha sonrió—. *Así*, muy bien.

Sha, pensó Avery. *Eh, Kalisha*.

Ella miró alrededor, sobresaltada, lo vio y desplegó una amplia sonrisa.

¡Avester!

Un hilo de salsa marrón resbaló por la barbilla de Helen. Nicky, al que tenía sentado al otro lado, se lo limpió con una servilleta de papel. Entonces también él vio a Avery, sonrió y levantó los pulgares. George, enfrente de Nicky, se volvió.

—Eh, mira por dónde, el Avester —dijo George—. Sha ya pensaba que vendrías. Bienvenido a nuestro feliz hogar, pequeño héroe.

—Si vas a comer, coge un cuenco —dijo una mujer mayor de rostro severo vestida de azul. Se llamaba Corinne, como Avery sabía, y era aficionada a pegar. Pegar le producía satisfacción—. Hoy tengo que cerrar pronto, porque es noche de película.

Avery cogió un cuenco y se sirvió un par de cucharones de estofado. Sí, era Dinty Moore. Puso encima una tierna rebanada de pan blanco y se lo llevó a la mesa de sus amigos. Sha le sonrió. Ese día le dolía mucho la cabeza, pero sonrió igualmente, lo que hizo que a Avery le entraran ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

—Come, colega —lo animó Nicky, aunque él no seguía su propio consejo; tenía el cuenco prácticamente lleno. Se le veían los ojos inyectados en sangre y se frotaba la sien izquierda—. Ya sé que parece diarrea, pero no te conviene ir al cine con el estómago vacío.

¿Han cogido a Luke?, transmitió Sha.

No. Están todos cagados de miedo.

Bien. ¡Bien!

¿Nos pondrán inyecciones dolorosas antes de la película?

Esta noche no creo, todavía es nueva, solo la hemos visto una vez.

George los miraba con complicidad. Los había oído. Durante su etapa en la Mitad Delantera George Iles solo era TQ, pero ya había pasado a ser algo

más. Todos lo eran. La Mitad Trasera potenciaba las facultades que uno tenía, pero ninguno de ellos era como Avery, por los efectos de la cisterna de inmersión. Él sabía cosas. Las pruebas de la Mitad Delantera, por ejemplo. Muchas eran proyectos paralelos del doctor Hendricks, pero las inyecciones tenían razones prácticas. Algunas eran limitadores, y Avery no había recibido ninguna de esas. Había ido derecho a la cisterna de inmersión, donde lo habían empujado a las puertas de la muerte o tal vez un poco más allá, y como consecuencia podía generar las luces de Stasi casi a voluntad. No necesitaba las películas, ni necesitaba formar parte del pensamiento grupal. Crear ese pensamiento grupal era la función primordial de la Mitad Trasera.

Sin embargo, no dejaba de tener apenas diez años. Lo cual era un problema.

Cuando empezó a comer, sondeó a Helen y le complació descubrir que seguía ahí. Helen le caía bien. No era como la cabrona de Frieda. No necesitaba leer el pensamiento a Frieda para saber que lo había inducido a hablar mediante engaños y luego lo había delatado; ¿quién *podía* haber sido, si no?

¿Helen?

No. No me hables, Avery. Tengo que...

El resto se desvaneció, pero Avery creyó entenderlo. Helen tenía que esconderse. Dentro de su cabeza había una esponja llena de dolor, y Helen se escondía de ella lo mejor que podía. Esconderse del dolor era una reacción sensata, aunque de utilidad relativa. El problema era que la esponja seguía hinchándose. Eso continuaría hasta que no quedara sitio donde esconderse, y entonces la aplastaría contra el fondo del cráneo, como a una mosca en la pared. Llegado ese punto, Helen estaría acabada. En tanto que Helen, al menos.

Avery penetró en su mente. Fue más fácil que intentar hacer girar la cerradura de la puerta de su habitación, porque era un TP potente ya de buen

comienzo, y la TQ era una facultad nueva. Era torpe y tenía que ir con cuidado. No podía recomponer a Helen, pero pensó que sí podía proporcionarle *alivio*. Protegerla un poco. Sería bueno para ella, y bueno para los demás... porque iban a necesitar toda la ayuda posible.

Encontró la esponja del dolor en lo más profundo de la cabeza de Helen. Le ordenó que dejara de propagarse. Le ordenó que se fuera. La esponja se negó. Avery la empujó. Las luces de colores empezaron a aparecer ante él, arremolinándose lentamente, como la leche en el café. Empujó con más fuerza. La esponja era dúctil pero firme.

Kalisha. Ayúdame.

¿A qué? ¿Qué estás haciendo?

Se lo explicó. Ella entró, al principio con actitud vacilante. Empujaron juntos. La esponja del dolor de cabeza cedió un poco.

George, transmitió Avery. Nicky. Ayudadnos.

Nicky también pudo, un poco. George al principio pareció desconcertado, luego se sumó, pero al cabo de un momento retrocedió.

—No puedo —susurró—. Está oscuro.

¡Da igual que esté oscuro! Esa era Sha. ¡Creo que podemos ayudar!

George regresó. Era reacio, y no ayudó mucho, pero al menos estaba con ellos.

Es solo una esponja, les dijo Avery. Ya no veía su cuenco de estofado. Lo había sustituido el remolino palpitante de luces de Stasi. ¡No puede haceros daños! ¡Empujad! ¡Todos juntos!

Lo intentaron y algo ocurrió. Helen apartó la vista del techo. Y miró a Avery.

—Mira quién está aquí —dijo con voz ronca—. Ya no me duele tanto la cabeza. Gracias a Dios. —Empezó a comer sola.

—Joder —exclamó George—. Eso lo hemos hecho nosotros.

Nick, sonriente, alzó una mano.

—Choca esos cinco, Avery.

Avery le dio una palmada, pero toda buena sensación desapareció junto con los puntos. El dolor de cabeza de Helen volvería y se agravaría cada vez que viera una película. Eso le pasaría a Helen, le pasaría a Sha, le pasaría a Nicky. Le pasaría también a él. Al final todos se sumarían al zumbido procedente del Vege Park.

Pero quizá, si se mantenían unidos, en su propio pensamiento en grupo, y si existía una manera de formar un escudo...

Sha.

Ella lo miró. Lo escuchó. Nicky y George también lo escucharon, al menos en la medida de sus capacidades. Era como si fuesen duros de oído. Pero Sha sí oía. Ella tomó una cucharada de estofado, luego dejó la cuchara y negó con la cabeza.

No podemos escapar, Avery. Si es lo que estás pensando, olvídate.

Ya sé que no podemos. Pero tenemos que hacer algo. Tenemos que ayudar a Luke, y tenemos que ayudarnos a nosotros mismos. Veo las piezas, pero no sé cómo juntarlas. No...

—No sabes cómo construir el castillo —musitó Nicky con actitud pensativa.

Helen había dejado de comer y había reanudado su inspección del techo. La esponja del dolor de cabeza volvía a crecer, cebándose en su mente e hinchándose. Nicky la ayudó a tomar otro bocado.

—¡Tabaco! —gritaba uno de los cuidadores uniformados de azul. Sostenía en alto un paquete. Al parecer, allí atrás los pitillos eran gratis. Incluso incentivaban su consumo—. ¿Quién quiere un cigarrillo antes del cine?

No podemos escapar, transmitió Avery, así que ayudadme a construir un castillo. Un muro. Un escudo. Nuestro castillo. Nuestro muro. Nuestro

escudo.

Miró alternativamente a Sha y a Nicky y a George y de nuevo a Sha, rogándole comprensión. A ella se le iluminó la mirada.

Lo entiende, pensó Avery. Gracias a Dios, lo entiende.

Sha empezó a hablar, pero cerró los labios cuando el cuidador —se llamaba Clint— pasó junto a ellos.

—¡Tabaco! —vociferó—. ¿Quién quiere uno antes del cine?

Cuando se fue, Sha dijo:

—Si no podemos escapar, tenemos que tomar este lugar.

10

La fría actitud inicial de la ayudante Wendy Gullickson hacia Tim se había templado de manera considerable desde su primera cita en el restaurante mexicano de Hardeeville. Para entonces ya los reconocían como pareja y, cuando Wendy entró en el apartamento situado al fondo del despacho del señor Jackson con una bolsa grande de papel, lo besó primero en la mejilla y luego fugazmente en los labios.

—Te presento a la ayudante Gullickson —dijo Tim—, pero puedes llamarla Wendy, si ella no tiene inconveniente.

—Ninguno —aseguró Wendy—. ¿Cómo te llamas?

Luke miró a Tim y este le respondió con un ligero gesto de asentimiento.

—Luke Ellis.

—Encantada de conocerte, Luke. Vaya morado tienes ahí.

—Sí, señora. He chocado con algo.

—Sí, *Wendy*. ¿Y ese vendaje de la oreja? ¿También te has cortado?

Eso arrancó una leve sonrisa a Luke, porque era la pura verdad.

—Algo así.

—Ha dicho Tim que a lo mejor tenías hambre, así que te he traído algo de comida del restaurante de Main Street. Hay Coca-Cola, pollo, hamburguesas y patatas fritas. ¿Qué quieres?

—Todo —respondió Luke, ante lo que Wendy y Tim se rieron.

Lo observaron comerse dos muslos, después una hamburguesa y casi todas las patatas, y por último un vaso de arroz con leche de buen tamaño. Tim, que se había saltado el almuerzo, dio cuenta del resto del pollo y se bebió una Coca-Cola.

—¿Ya estás bien? —preguntó Tim cuando se acabó la comida.

Luke, en lugar de hablar, rompió a llorar.

Wendy lo abrazó y le acarició el pelo desenredándole algún que otro nudo con los dedos. Cuando los sollozos de Luke por fin remitieron, Tim se sentó en cuclillas junto a él.

—Lo siento —dijo el niño—. Lo siento, lo siento, lo siento.

—No pasa nada. Puedes llorar.

—Es porque me siento vivo otra vez. No sé por qué eso tiene que hacerme llorar, pero así es.

—Me parece que se llama «alivio» —apuntó Wendy.

—Luke sostiene que sus padres fueron asesinados y él, secuestrado —aclaró Tim.

Wendy abrió mucho los ojos.

—¡No es que lo sostenga! —protestó Luke, y se incorporó en el sillón del señor Jackson—. ¡Es la verdad!

—Puede que haya elegido mal la palabra. Cuéntanoslo todo, Luke.

Luke se quedó pensativo.

—Antes —dijo al final—, ¿puedes antes hacer una cosa por mí?

—Si está en mis manos —respondió Tim.

—Mira fuera. A ver si ese otro hombre sigue ahí.

—¿Norbert Hollister? —Tim sonrió—. Le he dicho que se largue. Seguramente ya estará en el Go-Mart comprando billetes de lotería. Está convencido de que va a ser el próximo millonario de Carolina del Sur.

—Tú compruébalo.

Tim miró a Wendy, que se encogió de hombros.

—Ya voy yo.

Regresó al cabo de un momento con expresión ceñuda.

—Resulta que sí que está, sentado en una mecedora en la estación. Leyendo una revista.

—Me parece que es uno de mis tíos —explicó Luke en voz baja—. Tenía tíos en Richmond y Wilmington. Quizá también en Sturbridge. No sabía que tuviera tantos tíos. —Se echó a reír. Fue un sonido metálico.

Tim se irguió y llegó a la puerta justo a tiempo de ver a Norbert Hollister levantarse y alejarse parsimoniosamente en dirección a su desastrado motel. No volvió la vista atrás. Tim regresó con Luke y Wendy.

—Ya se ha ido, hijo.

—Quizá para llamarlos —dijo Luke. Abolló la lata de Coca-Cola vacía hincando el dedo—. No pienso dejar que se me lleven otra vez. Creía que iba a morir allí.

—¿Dónde? —preguntó Tim.

—En el Instituto.

—Empieza por el principio y cuéntanoslo todo —pidió Wendy.

Luke lo hizo.

Cuando terminó —tardó casi media hora y consumió una segunda Coca-Cola durante la narración—, se produjo un momento de silencio. Luego Tim, en voz muy baja, dijo:

—No es posible. Para empezar, esa cantidad de secuestros activaría todas las alarmas.

Wendy contestó con un gesto de negación.

—Fuiste policía. Deberías saber que no es así. Hace unos años se publicó un estudio que decía que en Estados Unidos desaparece medio millón de niños al año. Una cifra pasmosa, ¿no crees?

—Sé que las cifras son altas. Durante mi último año en la policía, denunciaron la desaparición de casi quinientos niños en el condado de Sarasota. Pero la mayoría, la *gran* mayoría, son niños que vuelven por propia iniciativa. —Tim estaba pensando en Robert y Roland Bilson, los gemelos a los que había descubierto camino de la feria agrícola de Dunning de madrugada.

—Aun descontando a esos, quedan miles —precisó ella—. *Decenas* de miles.

—De acuerdo, pero ¿cuántos desaparecen dejando atrás a unos padres asesinados?

—Ni idea. Dudo que se haya hecho algún estudio.

Wendy volvió a centrar la atención en Luke, que había seguido la conversación con la mirada, como si presenciara un partido de tenis. Con la mano en el bolsillo, tocaba el lápiz USB como si fuera una pata de conejo.

—A veces —dijo— es probable que los hagan pasar por accidentes.

Tim se imaginó de pronto a ese niño viviendo con Annie la Huérfana en su tienda, escuchando los dos por la radio ese programa nocturno que a ella tanto le gustaba. Hablando de la conspiración. Hablando de *ellos*.

—Dices que te cortaste el lóbulo porque llevabas implantado un dispositivo

localizador —observó Wendy—. ¿Eso es verdad, Luke?

—Sí.

A partir de ahí Wendy, al parecer, no supo por dónde seguir. Miró a Tim con una expresión que venía a decir «Te lo cedo».

Tim cogió la Coca-Cola vacía de Luke y la echó a la bolsa de comida para llevar, que ya no contenía más que envoltorios y huesos de pollo.

—Estás hablando de un centro secreto que lleva a cabo un proyecto secreto en territorio nacional, desde hace sabe Dios cuántos años. En otro tiempo tal vez fuera posible, supongo, en teoría, pero no en la era de la informática. Los mayores secretos del gobierno los ha desvelado por internet una organización que va por libre, se llama...

—Wikileaks, sé lo que es Wikileaks. —El tono de Luke era de impaciencia—. Sé lo difícil que es mantener secretos y sé que esto parece un disparate. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial, los alemanes tuvieron campos de concentración donde consiguieron matar a siete millones de judíos. También a gitanos y homosexuales.

—Pero la gente que vivía cerca de esos campos sabía lo que ocurría —matizó Wendy. Intentó cogerle la mano.

Luke la retiró.

—Y me apostaría un millón de pavos a que los vecinos de Dennison River Bend, el pueblo más cercano, saben que allí pasa *algo*. Algo malo. No qué, porque no *quieren* saberlo. ¿Por qué iban querer? Les permite ir tirando y, además, ¿quién los creería? Hoy día aún hay gente que no cree que los alemanes mataran a todos esos judíos, pese a la magnitud de lo ocurrido. Se llama negación.

Sí, pensó Tim, el niño es inteligente. La tapadera que se ha buscado para ocultar lo que de verdad ocurrió es un delirio, pero tiene muy buena cabeza.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Wendy. Hablaba con delicadeza.

Tanto como él. Luke lo percibió. No hacía falta ser un puto niño prodigio para darse cuenta de que era así como hablaban a los desequilibrados mentales. Lo decepcionó, pero no le sorprendió. ¿Qué otra cosa cabía esperar?—. De alguna manera encuentran a niños con facultades telepáticas o lo que tú llamas telequi... como se diga...

—Telequinesia. TQ. Normalmente las aptitudes son mínimas, ni siquiera los niños TQ posi tienen grandes poderes. Pero los médicos del Instituto los potencian. «Pinchazos por puntos», eso dicen, eso decimos todos, solo que los puntos son en realidad las luces de Stasi de las que les he hablado. Las inyecciones que producen esas luces son supuestamente para aumentar las facultades que tenemos. Algunas de las otras son, creo, para que duremos más. O... —Acababa de ocurrírsele la posibilidad—. O para impedirnos que las desarrollemos demasiado. Porque entonces podríamos ser peligrosos para ellos.

—¿Como vacunas? —preguntó Tim.

—Supongo que podría decirse así, sí.

—Antes de que se te llevaran, podías mover objetos con la mente —dijo Tim con la misma delicadeza, el tono que adoptaría para hablar con un demente.

—Objetos *pequeños*.

—Y desde esa experiencia próxima a la muerte en la cisterna de inmersión también puedes leer el pensamiento.

—Antes incluso. La cisterna... lo potenció. Pero aún no soy... —Se masajeó la nuca. Eso costaba explicarlo, y sus voces, tan bajas y tan serenas, empezaban a crisparle los nervios, que ya tenía a flor de piel. Pronto estaría tan chiflado como ellos creían que estaba. Aun así, debía intentarlo—. Pero aún no soy... Ninguno de nosotros lo es, excepto quizá Avery. Él es increíble.

—A ver si lo entiendo —dijo Tim—. Secuestran a niños con poderes

psíquicos débiles, los alimentan a base de esteroides mentales y luego los inducen a matar gente. Como a ese político que iba a presentarse a la presidencia. Mark Berkowitz.

—Sí.

—¿Por qué no a Bin Laden? —preguntó Wendy—. Cabría pensar que habría sido un objetivo natural para ese... ese asesinato mental.

—No lo sé —contestó Luke. Parecía agotado. El moretón de la mejilla ganaba color por momentos—. No tengo la menor idea de cómo eligen a sus objetivos. Hablé de eso una vez con mi amiga Kalisha. Ella tampoco lo sabe.

—¿Por qué esa misteriosa organización no utiliza asesinos a sueldo sin más? ¿No sería más sencillo?

—Parece sencillo en las películas —dijo Luke—. En la vida real, creo que fallan la mayoría de las veces o los atrapan. Como estuvieron a punto de ser atrapados los hombres que mataron a Bin Laden.

—Háznos una demostración —propuso Tim—. Estoy pensando en un número. Dime cuál es.

Luke lo intentó. Se concentró y esperó a que apareciesen los puntos de colores, pero no ocurrió.

—No puedo.

—Mueve algo, pues. ¿No es esa tu aptitud básica, la razón por la que te secuestraron?

Wendy negó con la cabeza. Aunque Tim no tenía telepatía, supo qué pensaba ella: *Deja de fastidiarlo; está alterado y desorientado, y se ha fugado*. Pero Tim pensaba que si lograba echar por tierra la descabellada historia del niño, tal vez pudieran sonsacarle algo real y averiguar su procedencia.

—¿Qué tal la bolsa de comida para llevar? Ya no contiene comida, pesa poco; tendrías que poder moverla.

Luke la miró, arrugando aún más la frente. Por un momento Tim creyó sentir

algo —un susurro en la piel, como una leve corriente de aire—, pero enseguida desapareció, y la bolsa no se movió. Claro que no.

—Vale —terció Wendy—, me parece que con eso basta por a...

—Sé que vosotros dos sois novios —dijo Luke—. Eso lo sé.

Tim sonrió.

—Tampoco impresiona mucho, chaval. La has visto besarme cuando ha entrado.

Luke posó la atención en Wendy.

—Tú te vas de viaje. A ver a tu hermana, ¿no?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo...?

—No caigas en la trampa —advirtió Tim, aunque con delicadeza—. Es un viejo truco de los médiums... simples conjeturas. Aunque admito que el niño lo hace bien.

—¿Cómo voy a conjeturar que Wendy tiene una hermana? —preguntó Luke, aunque sin grandes esperanzas.

Había puesto sobre la mesa sus cartas una a una y ya solo le quedaba la última. Además, estaba muy cansado. Durante el tiempo que había dormido en el tren su sueño había sido ligero y perturbado por las pesadillas. En su mayor parte relacionadas con la cisterna de inmersión.

—¿Nos disculpas un momento? —preguntó Tim.

Sin aguardar la respuesta, llevó a Wendy hacia la puerta del despacho. Habló brevemente con ella. Ella asintió y salió a la vez que se sacaba el teléfono del bolsillo. Tim regresó.

—Creo que será mejor que te llevemos a la oficina.

Al principio Luke pensó que hablaba de la oficina de la estación. Para meterlo en otro tren de carga, así su novia y él no tendrían que vérselas con ese niño fugado y su delirante historia. De pronto cayó en la cuenta de que Tim

no se refería a esa oficina sino a la del sheriff.

Bah, ¿y qué?, pensó Luke. Siempre he sabido que acabaría en una comisaría aquí o allá. Y tal vez sea mejor una pequeña que una grande, donde habría un centenar de personas distintas —delincuentes— con quienes tratar.

Solo que pensaban que sus preocupaciones por aquel tipo, Hollister, eran pura paranoia, y eso no convenía. De momento no le quedaba más remedio que confiar en que tuvieran razón y Hollister no fuese nadie especial. Probablemente *tenían* razón. Al fin y al cabo, el Instituto no podía contar con gente en todas partes, ¿o sí?

—Vale, pero primero necesito decirte una cosa y enseñarte una cosa.

—Adelante —respondió Tim. Se inclinó hacia Luke y lo miró a la cara fijamente. Quizá solo seguía la corriente a un crío loco, pero al menos le escuchaba, y Luke supuso que eso era lo máximo que podía esperar por el momento.

—Si saben que estoy aquí, vendrán a por mí. Probablemente armados. Porque les da pánico que alguien pueda creerme.

—Tomo debida nota —dijo Tim—, pero aquí disponemos de una pequeña oficina del sheriff bastante aceptable, Luke. Creo que estarás a salvo.

No tienes ni idea de a qué es posible que te enfrentes, pensó Luke, pero de momento no podía seguir tratando de convencer a ese hombre. Sencillamente estaba extenuado. Wendy regresó y dirigió un gesto a Tim. Luke estaba demasiado agotado para preocuparse por eso.

—La mujer que me ayudó a escapar del Instituto me dio dos cosas. Una era el cuchillo que utilicé para cortarme el trozo de oreja donde tenía el localizador. La otra fue esto. —Sacó el lápiz USB del bolsillo—. No sé qué contiene, pero creo que deberíais comprobarlo antes que nada.

Se lo entregó a Tim.

Los residentes de la Mitad Trasera, es decir, los de la mitad delantera de la Mitad Trasera —los dieciocho que había en aquel momento en Vege Park permanecían encerrados bajo llave, emitiendo su zumbido—, disponían de veinte minutos de tiempo libre antes de la película. Jimmy Cullum, caminando como un zombi, se marchó a su cuarto con su dolor de cabeza; Hal, Donna y Len se quedaron sentados en el comedor, los dos primeros con la mirada fija en sus postres a medio comer (esa noche pudin de chocolate), Donna contemplando un cigarrillo humeante igual que si hubiera olvidado cómo fumarlo.

Kalisha, Nick, George, Avery y Helen fueron al salón, con sus feos muebles de mercadillo de segunda mano y su viejo televisor de pantalla plana, en el que solo se veían telecomedias prehistóricas como *Embrujada* y *Días felices*. Katie Givens estaba allí. No se volvió para mirarlos, sino que mantuvo la vista clavada en el televisor, en ese momento apagado. Para sorpresa de Kalisha, se reunió con ellos Iris, que presentaba mejor aspecto que en los últimos días. Se la notaba más animada.

Kalisha pensaba intensamente, y podía pensar, porque también se *sentía* mejor que en los últimos días. Lo que habían logrado contra el dolor de cabeza de Helen —sobre todo Avery, aunque todos habían colaborado— la había ayudado también a ella con el suyo. Lo mismo podía decirse de Nicky y de George. Lo percibía.

Tomar este lugar.

Una idea audaz y satisfactoria, pero de inmediato surgieron las dudas. La primera y más evidente era cómo, habida cuenta de que había de servicio al menos doce cuidadores uniformados de azul; los días de las películas siempre

había más. La segunda era por qué no se les había ocurrido antes.

Yo sí lo pensé, le dijo Nicky... ¿y no era más fuerte su voz mental? Esa impresión le dio a Sha, y se dijo que tal vez Avery hubiera influido también en eso. Porque *él* se había hecho más fuerte. *Lo pensé cuando me trajeron*.

Eso era prácticamente lo máximo que Nicky lograba transmitir de mente a mente, así que acercó la boca al oído de ella y susurró el resto:

—Yo era quien siempre se resistía, ¿recuerdas?

Era verdad. Nicky con sus ojos morados. Nicky con sus labios magullados.

—No tenemos fuerza suficiente —musitó—. Incluso aquí, incluso después de las luces, solo tenemos poderes pequeños.

Avery, entretanto, miraba a Kalisha con una expresión de esperanza apremiante. Estaba pensando dentro de la cabeza de ella, pero apenas lo necesitaba. Sus ojos lo decían todo. *Estas son las piezas, Sha. Estoy casi seguro de que están todas. Ayúdame a juntarlas. Ayúdame a construir un castillo donde podamos estar a salvo, al menos por un tiempo*.

Sha se acordó del viejo adhesivo descolorido de Hillary Clinton que llevaba el Subaru de su madre en el parachoques trasero. Rezaba JUNTOS SEREMOS MÁS FUERTES y, desde luego, era aplicable a la Mitad Trasera. Por eso veían las películas juntos. Por eso su radio de acción era de miles de kilómetros, por eso a veces su alcance llegaba a medio mundo de allí, hasta las personas que salían *en* las películas. Si ellos cinco (seis, si conseguían mitigar el dolor de cabeza de Iris como habían hecho con el de Helen) eran capaces de crear esa fuerza mental unida, una especie de fusión mental vulcana, ¿no les bastaría para sublevarse y adueñarse de la Mitad Trasera?

—Es una gran idea, pero no lo creo —dijo George. Le cogió la mano y le dio un apretón—. A lo mejor podríamos trastocarles un poco la cabeza, quizá meterles el miedo en el cuerpo, pero tienen esos bastones eléctricos y, en cuanto soltaran descargas a uno o dos de nosotros, se acabaría el juego.

Kalisha no quería a reconocerlo, pero le dijo que probablemente tenía razón.

Avery: Paso a paso.

—Oigo lo que estáis pensando —dijo Iris—. Sé que estáis pensando algo, pero todavía me duele la cabeza.

Avery: Veamos qué podemos hacer por ella. Todos juntos.

Kalisha miró a Nick, que asintió. Y a George, que se encogió de hombros y asintió también.

Avery los guio al interior de la cabeza de Iris Stanhope como un explorador guía a su grupo al interior de una cueva. La esponja alojada en su mente era muy grande. Avery la veía de color sangre y, por tanto, todos la vieron así. Se dispusieron alrededor y empezaron a empujar. Cedió un poco... y un poco más... pero después quedó inmóvil, resistiéndose a sus esfuerzos. George fue el primero en retroceder, le siguió Helen (que en todo caso no tenía mucho que aportar), luego Nick y Kalisha. Avery fue el último, no sin antes asestar un malhumorado puntapié mental a la esponja-dolor de cabeza antes de retirarse.

—¿Un poco mejor, Iris? —preguntó Kalisha sin grandes esperanzas.

—¿Qué es lo que está mejor? —La pregunta procedía de Katie Givens. Se había acercado a ellos.

—Mi dolor de cabeza —contestó Iris—. Y la respuesta es sí. Al menos un poco. —Sonrió a Katie y, por un momento, la niña que en su día ganara el concurso de deletreo de Abilene volvió a estar presente en el salón.

Katie centró de nuevo la atención en el televisor.

—¿Dónde están Richie Cunningham y el Fonz? —preguntó, y empezó a frotarse las sienes—. Ojalá también mejorara el mío, la cabeza me duele un horror.

¿Veis el problema?, preguntó George a los otros con el pensamiento.

Kalisha lo veía. Juntos eran más fuertes, sí, pero todavía no lo suficiente.

No más de lo que lo había sido Hillary Clinton al presentarse a la carrera presidencial unos años atrás. Porque el otro candidato y sus partidarios disponían del equivalente político de los bastones eléctricos de los cuidadores.

—Pero a mí sí me ha ayudado —dijo Helen—. Casi se me ha pasado el dolor de cabeza. Es como un milagro.

—No te preocupes —contestó Nicky. Oírlo tan derrotado asustó a Kalisha—. Volverá.

Corinne, la cuidadora aficionada a pegar, entró en el salón. Tenía una mano en el bastón enfundado, como si hubiera presentido algo. Posiblemente así ha sido, pensó Kalisha, pero no sabe lo que es.

—La hora de la película —anunció—. Vamos, niños, moved el culo.

13

Frente a las puertas abiertas de sala de proyección se hallaban dos cuidadores uniformados de azul, Jake y Phil (conocidos como el Serpiente y el Píldora, respectivamente), con sendas cestas. A medida que los niños entraban, los que tenían tabaco y cerillas (los encendedores no estaban permitidos en la Mitad Trasera) los depositaban en las cestas. Podían recuperarlos después de la película... si se acordaban de cogerlos, claro. Hal, Donna y Len, sentados en la última fila, miraban la pantalla en blanco con expresión ausente. Katie Givens ocupaba un asiento en la fila del medio, junto a Jimmy Cullum, que se hurgaba la nariz con aire apático.

Kalisha, Nick, George, Helen, Iris y Avery se sentaron en primera fila.

—Bienvenidos a una nueva velada de diversión —dijo Nicky con sonora voz de presentador—. El film de este año, ganador de un Óscar en la categoría

de documental de mierda...

Phil el Píldora le dio un pescozón.

—Cállate, gilipollas, y disfruta de la sesión.

Retrocedió. Las luces se apagaron, y en la pantalla apareció el doctor Hendricks. A Kalisha se le secó la boca solo de ver la bengala apagada en su mano.

Había algo que se le escapaba. Una pieza esencial del castillo de Avery. Pero no se había perdido; sencillamente ella no la veía.

Juntos seremos más fuertes, pero no lo bastante fuertes. No lo seríamos aunque esos pobres semivegetales, como Jimmy, Hal y Donna, estuvieran con nosotros. Pero podríamos serlo. Las noches que la bengala está encendida, lo somos. Cuando la bengala está encendida, somos aniquiladores, entonces ¿qué se me escapa?

«¡Bienvenidos, niños y niñas —decía el doctor Hendricks—, y gracias por ayudarnos! ¿Qué os parece si empezamos con unas risas? Luego nos vemos.» Movié la bengala apagada y, para colmo, guiñó el ojo. A Kalisha le entraron ganas de vomitar al verlo.

Si alcanzamos la otra punta del mundo, ¿por qué no podemos...?

Por un momento casi dio con la respuesta, pero de pronto Katie lanzó un grito estridente, no de dolor o pena, sino de alegría.

—¡El Correcaminos! ¡Es el mejor! —Medio berreando, medio cantando, inició un falsete que taladró el cerebro a Kalisha—. ¡Correcaminos, eres más veloz que un jet! ¡Pobre coyote, ya no sabe ni qué *hacer!*

—Cállate, Kates —dijo George, sin la menor hostilidad, y mientras el Correcaminos se alejaba con su bip bip por una carretera del desierto y el Coyote lo miraba y veía una cena de Acción de Gracias, Kalisha sintió que lo que fuese que estaba a punto de cobrar forma en su mente se esfumaba.

Cuando terminaron los dibujos, después de que Wile E. Coyote sufriera su

enésima derrota, apareció un hombre trajeado en la pantalla. Llevaba un micrófono en la mano. Kalisha pensó que era un hombre de negocios, y quizá lo fuese, más o menos, pero su celebridad no se debía a eso. En realidad era predicador, porque, cuando la cámara se alejó, mostró un crucifijo enorme ribeteado de neón rojo a su espalda y, cuando ofreció una panorámica, se vio un estadio con miles de personas. Los espectadores se pusieron en pie; unos movían las manos de atrás hacia delante en el aire, otros agitaban Biblias.

Al principio aquel hombre pronunció un sermón normal, en el que hacía referencia a capítulos y versículos de la Biblia, pero luego pasó a hablar de la degradación del país a causa de los opioides y la fornicación. A continuación pasó a la política, y a los jueces, y a que Estados Unidos era una ciudad resplandeciente en lo alto de una colina que los ateos querían enlodar. Empezaba a contar que, mediante artes de hechicería, habían embrujado a la población de Samaria (a Kalisha no le quedó claro qué relación guardaba con Estados Unidos), pero de pronto aparecieron los puntos de colores, intermitentes. El zumbido aumentó y disminuyó. Kalisha lo sentía incluso en el vello de la nariz, que le vibraba.

Cuando los puntos cesaron, vieron que el predicador subía a un avión con una mujer que probablemente era la señora del predicador. Los puntos reaparecieron. El zumbido se elevó y disminuyó. En su cabeza, Kalisha oyó a Avery, que decía algo así como: *Ellos lo ven*.

¿Quiénes lo ven?

Avery no contestó, quizá porque estaba entrando en la película. Eso era lo que provocaban las luces de Stasi; lo sumergían a uno hasta el fondo. El predicador despotricaba otra vez, despotricaba con toda su alma, en ese momento desde la plataforma de una camioneta, con ayuda de un megáfono. En las pancartas se leía HOUSTON TE QUIERE, NUESTRO SEÑOR DIO A NOÉ LA SEÑAL DEL ARCOÍRIS Y SAN JUAN 3,16. Luego los puntos. Y el

zumbido. Los asientos de varias butacas vacías empezaron a subir y bajar solos, como postigos sueltos movidos por un fuerte viento. Las puertas de la sala de proyección se abrieron de par en par. Jake el Serpiente y Phil el Píldora volvieron a cerrarlas empujando con los hombros.

El predicador había pasado a una especie de refugio de acogida. Con delantal de cocina, removía una gran olla de salsa para espaguetis. Lo acompañaba su mujer, ambos sonrientes, y esta vez fue Nick quien asomó a la cabeza de Sha: *¡Sonríe a la cámara!* Kalisha percibió vagamente que se le erizaba el cabello, como en un experimento eléctrico o algo así.

Puntos. Zumbido.

A continuación el predicador aparecía en un noticiario de televisión junto a otras personas. Una lo acusaba de ser... algo... palabras muy sonoras, palabras eruditas que, pensó Kalisha, seguramente Lukey entendería... y el predicador se reía como si se tratara del mejor chiste del mundo. Tenía una carcajada magnífica. Lo incitaba a uno a reírse también. Siempre y cuando uno no estuviera enloqueciendo, claro.

Puntos. Zumbido.

Cada vez que las luces de Stasi volvían parecían más intensas, y daba la impresión de que penetraban más en la cabeza de Kalisha. En el estado en que se hallaba en ese momento, todos los fragmentos que componían la película resultaban fascinantes. Tenían *palancas*. Llegado el momento —tal vez al día siguiente, quizá al otro—, los niños de la Mitad Trasera las accionarían.

—Odio esto —dijo Helen en voz baja, abatida—. ¿Cuándo terminará?

El predicador se encontraba frente a una elegante mansión donde aparentemente se celebraba una fiesta. El predicador se encontraba en un desfile de vehículos. El predicador se encontraba en una barbacoa al aire libre y, a su espalda, pendían de los edificios banderitas rojas, blancas y azules. El público comía perritos calientes y grandes porciones de pizza. Predicaba

sobre la alteración del orden natural de las cosas establecido por Dios, pero de pronto su voz quedaba acallada y daba paso a la del doctor Hendricks.

«Este es Paul Westin, niños. Vive en Deerfield, Indiana. Paul Westin. Deerfield, Indiana. Paul Westin, Deerfield, Indiana. Repetidlo conmigo, niños y niñas.»

En parte porque no tenían alternativa, en parte porque así, gracias a Dios, desaparecerían los puntos de colores y el zumbido ascendente y descendente, y sobre todo porque ya *estaban de verdad inmersos*, los once niños presentes en la sala de proyección empezaron a entonar esas palabras. Kalisha sumó su voz. No sabía qué pensaban los demás al respecto, pero para ella esa era, con diferencia, la peor parte de las noches de cine. Detestaba que produjera satisfacción. Detestaba esa sensación de que había unas *palancas* esperando a que tirasen de ellas. ¡Suplicándolo! Se sentía como la marioneta de un ventrílocuo en la rodilla de ese puto médico.

—¡Paul Westin, Deerfield, Indiana! ¡Paul Westin, Deerfield, Indiana! ¡PAUL WESTIN, DEERFIELD, INDIANA!

Volvió a salir en la pantalla el doctor Hendricks, sonriente, con la bengala apagada en la mano.

«Exacto. Paul Westin, Deerfield, Indiana. Gracias, niños, y buenas noches. ¡Hasta mañana!»

Las luces de Stasi reaparecieron por última vez, parpadeantes y arremolinadas. A Kalisha le rechinaron los dientes y esperó a que se desvanecieran. Se sentía como una pequeña cápsula espacial que se precipitara hacia una tormenta de asteroides gigantesca. El zumbido era más potente que nunca, pero cuando desaparecieron los puntos, se interrumpió al instante, como si hubieran desenchufado un amplificador.

Ellos lo ven, había dicho Avery. ¿Era esa la pieza que faltaba? En ese caso, ¿quiénes eran *ellos*?

Se encendieron las luces de la sala de proyección. Se abrieron las puertas, y Jake el Serpiente se quedó plantado en una hoja y Phil el Píldora en la otra. Se marcharon casi todos los niños, pero Donna, Len, Hal y Jimmy se quedaron sentados en sus sitios. Podían permanecer allí cabeceando en las cómodas butacas hasta que los cuidadores los mandaban a sus habitaciones, y tal vez uno o dos, o los cuatro, fueran trasladados a Vege Park después de la sesión del día siguiente. La gran sesión. Donde harían al predicador lo que fuera que debían hacer.

Les dejaban quedarse media hora más en el salón antes de encerrarlos en sus habitaciones hasta el día siguiente. Kalisha fue hacia allí. George, Nicky y Avery la siguieron. Al cabo de unos minutos, Helen entró arrastrando los pies y se sentó en el suelo con un cigarrillo apagado en la mano y el cabello, en otro tiempo reluciente, caído ante la cara. Iris y Katie fueron las últimas.

—Estoy mejor del dolor de cabeza —anunció Katie.

Sí, pensó Kalisha, los dolores de cabeza se suavizan después de las películas, pero solo durante un rato. Un rato cada vez más corto.

—Otra noche de diversión en el cine —masculló George.

—Muy bien, niños, ¿qué hemos averiguado? —preguntó Nicky—. Que por ahí hay alguien que no tiene mucha simpatía al reverendo Paul Westin, de Deerfield, Indiana.

Kalisha se deslizó el pulgar por los labios y miró al techo. *Micros*, dijo a Nicky con el pensamiento. *Cuidado*.

Nick se llevó la mano en forma de arma a la cabeza y simuló pegarse un tiro. Los otros sonrieron. Al día siguiente sería distinto, Kalisha lo sabía. Entonces nadie sonreiría. Después de la película aparecería el doctor Hendricks con la bengala encendida y el zumbido se elevaría hasta convertirse en un fragor de ruido blanco. Se accionarían las palancas. Seguiría un período de duración indeterminada, sublime y horrendo a un tiempo, en que sus dolores

de cabeza remitirían por completo. En lugar de quedarse despejados quince o veinte minutos, disfrutarían de seis u ocho horas de bendito alivio. Y en algún lugar Paul Westin, de Deerfield, Indiana, haría algo que cambiaría su vida o le pondría fin. Para los niños de la Mitad Trasera, la vida continuaría... si podía llamarse vida a eso. Los dolores de cabeza volverían y empeorarían. Empeorarían cada vez más. Hasta que, en lugar de percibir el zumbido, pasarían a formar parte de él. A ser uno más de los...

¡Los vegetales!

Eso lo había transmitido Avery. Nadie más era capaz de proyectar con una fuerza tan nítida. Era como si viviera dentro de su cabeza. *¡Así funciona, Sha! Porque ellos...*

—Lo ven —susurró Kalisha, y allí estaba, premio, la pieza que faltaba. Se llevó el pulpejo de las manos a la frente, no porque volviera a dolerle la cabeza, sino porque era de una obviedad extraordinaria. Agarró a Avery por uno de aquellos hombros pequeños y huesudos.

Los vegetales ven lo que vemos nosotros. ¿Por qué iban a conservarlos si no?

Nicky rodeó a Kalisha con el brazo y le susurró al oído. Ella se estremeció al notar el roce de sus labios.

—¿De qué hablas? Sus mentes han desaparecido. Como desaparecerán las nuestras dentro de no mucho tiempo.

Avery: Eso es lo que los hace más fuertes. Todo lo demás ha desaparecido. Ha sido extirpado. Ellos son la batería. Nosotros solo somos...

—El interruptor —susurró Kalisha—. El interruptor de encendido.

Avery asintió.

—Tenemos que utilizarlos.

¿Cuándo? La voz mental de Helen Simms era la de una niña pequeña y asustada. *Tiene que ser pronto, porque yo no voy a soportar esto mucho más.*

—Ni tú ni ninguno de nosotros —dijo George—. Además, ahora esa cabrona...

Kalisha movió la cabeza en un gesto de advertencia y George prosiguió mentalmente. No se le daba muy bien, o al menos no todavía, pero Kalisha captó lo esencial. También los demás. Esa cabrona, la señora Sigsby, estaría concentrada en Luke. Stackhouse también. Todos en el Instituto, porque todos sabían que se había fugado. Era su oportunidad, aprovechando el miedo y la distracción de todos ellos. No dispondrían de otra mejor.

Nicky empezó a sonreír. *No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.*

—¿Cómo? —preguntó Iris—. ¿Cómo podemos hacerlo?

Avery: Creo que lo sé, pero necesitamos a Hal, a Donna y a Len.

—¿Estás seguro? —preguntó Kalisha, y añadió: *Casi han desaparecido.*

—Yo los traeré —se ofreció Nicky. Se levantó. Sonreía. *El Avester tiene razón. Toda aportación, por pequeña que sea, ayuda.*

Su voz mental era más potente, advirtió Kalisha. ¿Se debía esa mejora al extremo emisor o al receptor?

A los dos, dijo Avery. También él sonreía. Porque ahora lo estamos haciendo en nuestro propio interés.

Sí, pensó Kalisha. Porque lo hacían en su propio interés. No tenían por qué ser un puñado de marionetas aturdidas en el regazo del ventrílocuo. Era muy sencillo, pero constituía una revelación: lo que uno hacía en su propio interés era lo que le proporcionaba el poder.

Más o menos a la hora en que Avery —chorreante y tembloroso— recorría en silla de ruedas el túnel de acceso que comunicaba la Mitad Delantera con la

Trasera, el avión Challenger del Instituto (940NF en la cola y MAINE PAPER INDUSTRIES en el fuselaje) despegaba de Erie, Pennsylvania, ya con todo el equipo de asalto a bordo. Cuando el aparato alcanzó la altitud de crucero y puso rumbo a la pequeña población de Alcolu, Tim Jamieson y Wendy Gullickson acompañaban a Luke Ellis a la oficina del sheriff del condado de Fairlee.

Muchos engranajes se movían en la misma máquina.

—Este es Luke Ellis —anunció Tim—. Luke, te presento a los ayudantes Faraday y Wicklow.

—Encantado de conocerlos —saludó Luke sin mucho entusiasmo.

Bill Wicklow examinó el rostro magullado y la oreja vendada de Luke.

—¿Cómo ha quedado el otro?

—Es una larga historia —intervino Wendy sin dar tiempo a Luke a contestar—. ¿Por dónde anda el sheriff John?

—En Dunning —respondió Bill—. Su madre está en la residencia de ancianos de allí. Tiene... ya me entendéis. —Se tocó una sien—. Ha dicho que volvería a eso de las cinco, a menos que la mujer tenga un buen día. Si es así, a lo mejor se queda a cenar allí. —Miró a Luke, un muchacho maltrecho y vestido con ropa sucia que bien podría haber llevado al cuello un letrero en el que se leyera FUGADO—. ¿Se trata de una emergencia?

—Buena pregunta —dijo Tim—. Tag, ¿has conseguido esa información que te ha pedido Wendy?

—Sí —contestó el que se llamaba Faraday—. Si quieres acompañarme al despacho del sheriff John, te la puedo dar.

—No será necesario —respondió Tim—. Dudo que vayas a decirme algo que Luke no sepa ya.

—¿Estás seguro?

Tim lanzó una mirada a Wendy, que asintió, y luego a Luke, que se encogió

de hombros.

—Sí.

—Vale. Los padres de este niño, Herbert y Eileen Ellis, fueron asesinados en su casa hace siete semanas. Los mataron a tiros en su dormitorio.

Luke tuvo la sensación de estar teniendo una experiencia extracorpórea. Los puntos no aparecieron, pero era así como se sentía al verlos. Dio dos pasos hacia la silla giratoria situada ante el escritorio de la centralita y se desplomó en ella. Rodó hacia atrás y habría volcado si no hubiese chocado antes contra la pared.

—¿Estás bien, Luke? —preguntó Wendy.

—No. Sí. Todo lo bien que puedo estar. Esos gilipollas del Instituto, el doctor Hendricks, la señora Sigsby y los cuidadores, me dijeron que estaban bien, perfectamente, pero sabían que estaban muertos antes de que yo lo viera en mi ordenador. Ya lo sabía, pero es... horrible de todos modos.

—¿Allí tenías un *ordenador*? —preguntó Wendy.

—Sí. Para jugar, básicamente, o ver videoclips en YouTube. No para actividades serias como esa. En principio, las webs de noticias estaban bloqueadas, pero conocía una manera de acceder a ellas. Deberían haber estado controlando mis búsquedas y haberme descubierto, pero eran... perezosos, sin más. Se confiaban demasiado. Si no, no habría podido salir de allí.

—¿De qué demonios habla? —preguntó el ayudante Wicklow.

Tim movió la cabeza en un gesto de negación. Permanecía atento a Tag.

—Eso no lo has sacado de la policía de Minneapolis, ¿verdad?

—No, pero no porque tú me lo dijeras. Ya decidirá el sheriff John con quién ponerse en contacto y cuándo. Así se hacen aquí las cosas. Entretanto, no obstante, hay mucho material en Google. —Dirigió a Luke una mirada con la que parecía decir: podrías ser un peligro—. Consta en la base de datos del

Centro Nacional de Niños Desaparecidos y Explotados, y también abundan los artículos sobre él en el *Star Tribune* de Minneapolis y el *Pioneer Press* de Saint Paul. Según la prensa, es muy inteligente. Un niño prodigio.

—Esa impresión tengo yo —dijo Bill—. Tiene mucho vocabulario.

Estoy aquí, pensó Luke. Háblenme como si estuviera aquí.

—La policía no lo presenta como sospechoso —informó Tag—, al menos no en los artículos de los periódicos, pero desde luego quieren interrogarlo.

Luke intervino.

—Claro que quieren. Y seguramente la primera pregunta que me hagan será: «¿De dónde sacaste el arma, chaval?».

—¿Los mataste? —preguntó Bill con toda naturalidad, como por pasar el rato—. Di la verdad, hijo. Te quitarás un peso de encima.

—No. Quiero a mis padres. Los que los mataron eran ladrones, y yo era lo que iban a robar. No me querían porque sacara un 99,9 por ciento en el selectivo, ni porque pueda hacer ecuaciones complejas de cabeza, ni porque sepa que Hart Crane se suicidó saltando de un barco en el golfo de México. Mataron a mis padres y me secuestraron a mí porque a veces era capaz de apagar una vela con solo mirarla o tirar una bandeja de pizza de una mesa en el Rocket Pizza. Una bandeja *vacía*. Una llena se habría quedado donde estaba. —Lanzó una mirada a Tim y a Wendy y se rio—. Ni siquiera conseguiría trabajo en una feria ambulante.

—No veo ninguna gracia a todo esto —dijo Tag con expresión ceñuda.

—Yo tampoco —contestó Luke—, pero a veces me río de todos modos. Me reía mucho con mis amigos Kalisha y Nick pese a todo lo que estábamos pasando. Además, ha sido un largo verano. —Esta vez no se rio, aunque sonrió—. No se lo imaginan.

—Me parece que te vendría bien descansar un poco —sugirió Tim—. Tag, ¿hay alguien en los calabozos?

—No.

—Vale, ¿por qué no...?

Luke, visiblemente alarmado, dio un paso atrás.

—Ni hablar. *Ni hablar.*

Tim levantó las manos.

—Nadie va a encerrarte. Dejaríamos la puerta abierta.

—No. Eso no, por favor. No me obliguen a entrar en una celda, por favor.

La alarma se había convertido en terror y, por primera vez, Tim empezó a creer al menos parte de la historia del niño. Todo lo relacionado con los poderes psíquicos era absurdo, pero él ya había visto, durante su etapa en la policía, lo que estaba viendo en ese momento: la expresión y el comportamiento de un niño que había sufrido malos tratos.

—De acuerdo, ¿y qué te parece en el sofá de la sala de espera? —Wendy lo señaló—. Está un poco hundido, pero es pasable. Yo me he tumbado allí unas cuantas veces.

Si era así, Tim nunca se lo había visto hacer, pero obviamente el niño sintió alivio.

—Vale, eso sí. Señor Jamieson... Tim, todavía tienes el lápiz USB, ¿no?

Tim se lo sacó del bolsillo de la camisa y lo sostuvo en alto.

—Aquí.

—Bien. —Luke se dirigió con paso cansino al sofá—. Me gustaría que tuvieras controlado a ese señor Hollister. De verdad creo que podría ser uno de mis tíos.

Tag y Bill miraron a Tim con idénticas expresiones de perplejidad. Tim negó con la cabeza.

—Hay gente alerta por si aparezco —explicó Luke—. Se hacen pasar por tíos míos. O quizá un primo o solo un amigo de la familia. —Captó la mirada que cruzaron Tag y Bill, y volvió a sonreír. Su sonrisa reflejaba cansancio y

cordialidad—. Sí, ya sé cómo suena eso.

—Wendy, ¿por qué no acompañas a estos agentes al despacho del sheriff John y los pones al corriente de lo que nos ha contado Luke? Yo me quedo aquí.

—Exacto, te quedas —dijo Tag—. Porque hasta que el sheriff John te ponga una placa, no eres más que el sereno del pueblo.

—Tomo nota —respondió Tim.

—¿Qué contiene el lápiz USB? —preguntó Bill.

—No lo sé. Cuando el sheriff llegue, le echaremos un vistazo todos juntos.

Wendy acompañó a los dos ayudantes al despacho del sheriff Ashworth y cerró la puerta. Tim oyó el murmullo de voces. Normalmente dormía a esas horas, pero hacía tiempo que no se sentía tan despierto. Desde que había dejado el Departamento de Policía de Sarasota, quizá. Quería saber quién era realmente el niño que se escondía detrás de esa historia demencial, dónde había estado y qué le había ocurrido.

Cogió una taza de café de la máquina Bunn del rincón. Estaba fuerte, pero no era imbebible, como lo sería a las diez, hora a la que normalmente hacía un alto en sus rondas de sereno. Se lo llevó a la silla del escritorio de la centralita. El niño se había dormido o fingía muy bien. Dejándose llevar por un impulso, abrió la carpeta que enumeraba los establecimientos de DuPray y telefoneó al motel. Nadie atendió la llamada. Finalmente, por lo visto, Hollister no había vuelto a aquella ratonera que tenía por motel. Lo cual no quería decir nada, por supuesto.

Tim colgó y sacó el lápiz USB del bolsillo. Tampoco quería decir nada, muy probablemente, pero, como Tag Faraday se había tomado la molestia de señalar, eso era asunto del sheriff Ashworth. Podían esperar.

Entretanto, mejor dejar dormir al chico. Si de verdad había viajado desde Maine en un vagón de tren, no le iría mal.

El Challenger, con sus once pasajeros a bordo —la señora Sigsby, Tony Fizzale, Winona Briggs, el doctor Evans y los equipos combinados Rubí y Ópalo—, tomó tierra en Alcolu a las cinco y cuarto. A efectos informativos, en sus comunicaciones con Stackhouse, en el Instituto, ese grupo se denominaría en adelante equipo Oro. La señora Sigsby fue la primera en desembarcar. Denny Williams, de Rubí, y Louis Grant, de Ópalo, se quedaron a bordo, para encargarse del equipaje sumamente especializado del equipo Oro. La señora Sigsby permaneció en la pista a pesar del calor sofocante y utilizó su móvil para llamar al fijo de su despacho. Contestó Rosalind, quien pasó la llamada a Stackhouse.

—¿Has...? —empezó a decir la señora Sigsby, pero se interrumpió para dejar pasar al piloto y el copiloto, cosa que hicieron sin hablar.

Uno era exmiembro de las Fuerzas Aéreas, el otro exmiembro de la Guardia Nacional Aérea, y los dos actuaban como los centinelas nazis de aquella vieja telecomedia, *Los héroes de Hogan*: no veían nada, no oían nada. Su trabajo se limitaba rigurosamente a la recogida y la entrega.

En cuanto se fueron, preguntó a Stackhouse si había tenido noticias de su hombre en DuPray.

—Pues sí. Ellis se ha hecho un chichón al saltar del tren. Se ha dado de cabeza con un poste de señales. La muerte en el acto a causa de un hematoma subdural habría resuelto casi todos nuestros problemas, pero dice ese Hollister que ni siquiera ha perdido el conocimiento. El operario de una carretilla elevadora ha visto a Ellis, lo ha llevado a un almacén cercano a la estación y ha avisado al matasanos del pueblo. Este ha ido. Un poco más tarde

se ha presentado una ayudante del sheriff. La ayudante y el operario de la carretilla han trasladado a nuestro chico a la oficina del sheriff. Tenía vendada la oreja en la que llevaba el localizador.

Denny y Louis Grant salieron del avión, sujetando cada uno por un extremo un alargado baúl de acero. Lo bajaron a peso por la escalerilla y lo acarrearón al interior.

La señora Sigsby dejó escapar un suspiro.

—Bueno, era de esperar. De hecho, lo esperábamos. Hablamos de un pueblo pequeño, ¿no? ¿Con un cuerpo de policía pequeño?

—En mitad de la nada —confirmó Stackhouse—. Lo cual nos viene bien. Y otra buena noticia: según nuestro hombre, el sheriff tiene una camioneta Titan vieja y grande de color plateado, y no estaba delante de la comisaría ni en el aparcamiento para empleados municipales de la parte de atrás. Así que Hollister se ha dado un paseo hasta la tienda del pueblo. Según él, los moros que trabajan allí (la expresión es suya, no mía) se enteran de todo lo que pasa en el pueblo. El que atendía en ese momento le ha dicho que el sheriff ha entrado a comprar unos puros y ha comentado que iba a visitar a su madre, que está en una residencia de ancianos o un centro de cuidados paliativos o algo así en el pueblo de al lado. Pero resulta que el pueblo de al lado está a unos cincuenta kilómetros.

—¿Y eso por qué es una buena noticia para nosotros? —La señora Sigsby se abanicó el cuello con la pechera de la blusa.

—No podemos estar totalmente seguros de que la policía de un pueblucho como DuPray se atenga al protocolo, pero si lo hacen, retendrán al niño hasta que vuelva el jefe y decida qué hacer. ¿Cuánto tardaréis en llegar?

—Dos horas. Podría ser menos, pero llevamos muchos adminículos, y no sería prudente rebasar el límite de velocidad.

—Sin duda —convino Stackhouse—. Atiende, Julia. Esos paletos de

DuPray podrían ponerse en contacto con la policía de Minneapolis en cualquier momento. Quizá ya se hayan puesto en contacto con ellos. Tanto si lo han hecho como si no, para nosotros es intrascendente. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Si hay algo que limpiar, ya nos preocuparemos más adelante. De momento, encárgate de nuestro muchacho errante.

Matar, a eso se refería Stackhouse, y probablemente sería necesario matar. A Ellis, y a cualquiera que pretendiera interponerse en su camino. Esa clase de complicación conllevaría una llamada con el Teléfono Cero, pero si podía asegurar a la voz suave y ceceante del otro lado de la línea que habían resuelto el problema crucial, tal vez pudiera salir de aquello con vida. Incluso era posible que conservara el puesto, pero, llegado el caso, se conformaría con la vida.

—Sé lo que hay que hacer, Trevor. Déjame encargarme del asunto.

Cortó la comunicación y entró. El aire acondicionado de la pequeña sala de espera azotó su piel sudorosa como un bofetón. Denny Williams la aguardaba.

—¿Estamos listos? —preguntó.

—Sí, señora. Listos para el rock and roll. Tomaré las riendas en cuanto usted dé la orden.

La señora Sigsby había permanecido absorta en su iPad durante el vuelo desde Erie.

—Haremos una breve parada en la salida 181, donde dejaré en sus manos el mando de la operación. ¿Le parece bien?

—Me parece excelente.

Encontraron a los demás fuera. No había ningún todoterreno negro con lunas tintadas, solo otros tres monovolúmenes discretos, de colores poco llamativos: azul, verde y gris. Habrían decepcionado a Annie la Huérfana.

La salida 181 llevó a la caravana de vehículos del equipo Oro desde la autopista hasta el típico pueblo perdido. Había una gasolinera y una Waffle House, nada más. La localidad más cercana, Latta, se hallaba a dieciocho kilómetros. Cinco minutos después de dejar atrás la Waffle House, la señora Sigsby, sentada en el asiento del acompañante del primer monovolumen, indicó a Denny que se detuviera detrás de un restaurante que parecía haber cerrado sus puertas más o menos en los tiempos en que Obama llegó a la presidencia. Incluso el letrero de REFORMAS A CARGO DEL PROPIETARIO parecía desolado.

La caja de acero que Denny y Louis habían sacado del Challenger estaba abierta, y el equipo Oro se pertrechó. Los siete miembros de Rubí y Ópalo se cogieron Glocks 42, las armas que portaban en las misiones de extracción. Tony Fizzale recibió otra, y Denny se alegró de ver que de inmediato deslizaba la corredera y se aseguraba de que la recámara estaba vacía.

—Estaría bien llevar pistolera —comentó Tony—. La verdad es que no me gusta metérmela a la espalda bajo la cintura del pantalón, como un miembro de las maras.

—Por ahora, guárdala debajo del asiento —indicó Denny.

A la señora Sigsby y a Winona Bricks les entregaron sendas Sig Sauer P238, lo bastante pequeñas para llevarlas en el bolso. Cuando Denny ofreció una a Evans, el médico alzó las manos y dio un paso atrás. Tom Jones, de Ópalo, se inclinó hacia el armero portátil y sacó uno de los dos fusiles de asalto HK37.

—¿Y qué le parece esto, doctor? Cargador de treinta balas, puede volar a

una vaca a través de la pared de un establo. Tenemos también unas cuantas granadas aturdidoras.

Evans negó con la cabeza.

—Yo estoy aquí contra mi voluntad. Si su intención es matar al niño, no sé muy bien qué hago aquí.

—A la mierda su voluntad —dijo Alice Green, también de Ópalo.

El comentario arrancó la clase de risas —quebradizas, impacientes, un poco desquiciadas— que solo se producían antes de una operación en la que podía haber un tiroteo.

—Ya basta —intervino la señora Sigsby—. Doctor Evans, es posible que consigamos llevarnos al niño vivo. Denny, ¿tiene usted un plano de DuPray en su tableta?

—Sí, señora.

—Entonces la operación queda ahora en sus manos.

—Muy bien. Reuníos en círculo. Usted también, doctor, no sea tímido.

Formaron un corrillo en torno a Denny Williams bajo el asfijante calor del final del día. La señora Sigsby consultó su reloj. Las seis y cuarto. Se hallaban a una hora de su destino, quizá un poco más. Iban con un ligero retraso, pero era aceptable, teniendo en cuenta la velocidad a la que se había organizado aquello.

—Esto es el centro de DuPray, poca cosa —informó Denny Williams—. Solo hay una vía principal. Hacia la mitad está la oficina del sheriff del condado, entre el ayuntamiento y La Mercantil de DuPray.

—¿La Mercantil? ¿Qué es eso? —preguntó Josh Gottfried, de Ópalo.

—Una especie de grandes almacenes —dijo Robin Lecks.

—Más bien como una tienda de oportunidades de otra época. —Ese era Tony Fizzale—. Pasé en Alabama unos diez años, la mayor parte en la Policía Militar, y te aseguro que en estos pueblos pequeños del sur tienes la sensación

de retroceder cincuenta años en una máquina del tiempo. Excepto por el Walmart. En casi todos hay uno.

—Ya está bien de cháchara —los interrumpió la señora Sigsby, y con un gesto indicó a Denny que siguiera.

—No hay mucho que decir —continuó Denny—. Aparcaremos aquí, detrás del cine del pueblo, que está cerrado. La fuente de la señora Sigsby nos ha confirmado que el objetivo sigue en la comisaría. Michelle y yo nos haremos pasar por un matrimonio de vacaciones, nuestro recorrido nos lleva a pueblos poco visitados del sur de Estados Unidos...

—O sea, un par de tarados —comentó Tony, lo que también provocó algunas de aquellas risas quebradizas.

—Nos pasaremos tranquilamente por la calle, echando un vistazo...

—Cogidos de la mano como los tortolitos que somos —añadió Michelle Robertson, que estrechó la de Denny y le dirigió una sonrisa coqueta pero respetuosa.

—¿Y si le pedís a vuestro hombre en el pueblo que lo verifique todo? —preguntó Louis Grant—. ¿No sería más seguro?

—No lo conozco y, por tanto, no me fío de su información —dijo Denny—. Además, es un civil.

Miró a la señora Sigsby, que le indicó que prosiguiera.

—Quizá entremos en la comisaría a pedir indicaciones. Quizá no. Esa parte la dejamos a la improvisación. Lo que queremos es hacernos una idea de cuántos agentes hay y dónde están. Luego... —Se encogió de hombros—. Nos echaremos sobre ellos. Si hay un tiroteo, cosa que no preveo, acabamos con el chico allí mismo. Si no, lo extraemos. Si parece un secuestro, luego será más fácil limpiar el rastro.

Mientras Denny los informaba sobre el lugar donde esperaría el Challenger, la señora Sigsby llamó a Stackhouse para ponerlo al corriente.

—Acabo de hablar con nuestro amigo Hollister —dijo él—. El sheriff ha parado delante de la comisaría hace cinco o seis minutos. En estos momentos estarán presentándole a nuestro niño descarriado. Hora de actuar.

—Sí. —La señora Sigsby experimentó una tensión en el estómago y las ingles no del todo desagradable—. Te llamo cuando esto acabe.

—Haz lo que debas, Julia. Sácanos de este puto lío.

Ella cortó la comunicación.

17

El sheriff John Ashworth regresó a DuPray a eso de las seis y media. Unos dos mil doscientos kilómetros al norte, unos niños aturdidos echaban cigarrillos y cerillas en cestas y entraban en fila a una sala de proyección donde el protagonista de la película de esa tarde sería el pastor de una megaiglesia de Indiana con muchos amigos poderosos en el mundo de la política.

El sheriff se detuvo nada más cruzar la puerta y, con las manos apoyadas en la carnosa cadera, observó la amplia sala principal de la comisaría y advirtió que se encontraba allí todo su personal a excepción de Ronnie Gibson, quien estaba de vacaciones en la casa que tenía su madre en multipropiedad en Saint Petersburg. Tim Jamieson también estaba presente.

—Vaya, ¿qué tal? —saludó—. Esto no puede ser una fiesta sorpresa, porque no es mi cumpleaños. ¿Y quién es ese? —Señaló al niño que yacía en el pequeño sofá de la sala de espera. Luke estaba encogido en posición fetal en la medida en que el reducido espacio se lo permitía. Ashworth se volvió hacia Tag Faraday, el ayudante al mando—. Y a propósito, ¿quién le ha pegado?

Tag, en lugar de contestar, se volvió hacia Tim y extendió una mano como diciendo «después de ti».

—Se llama Luke Ellis, y aquí no le ha pegado nadie —informó Tim—. Ha saltado de un tren de mercancías y ha chocado contra un poste de señales. A eso se deben las magulladuras. En cuanto al vendaje, dice que lo secuestraron y que los secuestradores le pusieron un dispositivo de localización en la oreja. Afirma que se cortó el lóbulo para quitárselo.

—Con un cuchillo de cocina —añadió Wendy.

—Sus padres están muertos —dijo Tag—. Asesinados. Esa parte de la historia es verdad. Lo he comprobado. Lejísimos de aquí, en Minnesota.

—Pero dice que el sitio de donde se fugó estaba en Maine —aclaró Bill Wicklow.

Ashworth, en jarras, guardó silencio un momento y miró alternativamente a sus ayudantes, al sereno y al niño que dormía en el sofá. No daba la impresión de que la conversación fuera a despertar a Luke; dormía como un tronco. Finalmente el sheriff John volvió a mirar a sus efectivos allí reunidos.

—Empiezo a arrepentirme de no haberme quedado a cenar con mi madre.

—Ah, ¿tenía mal día? —preguntó Bill.

El sheriff John pasó por alto la pregunta.

—En el supuesto de que no hayáis estado fumando hierba, ¿podríais darme una versión coherente?

—Siéntate —dijo Tim—. Te lo resumiré, y después creo que quizá nos convenga ver esto. —Dejó el lápiz USB en el escritorio de la centralita—. Luego ya pensarás qué hay que hacer.

—A lo mejor también quieres avisar a la policía de Minneapolis o al cuartel de la Policía del Estado de Charleston —intervino el ayudante Burkett—. Quizá las dos cosas. —Ladeó la cabeza hacia Luke—. Que decidan ellos qué hacer con él.

Ashworth se sentó.

—Pensándolo bien, me alegro de haber vuelto pronto. Esto tiene su interés,

¿no os parece?

—Mucho —convino Wendy.

—Bueno, eso está bien. Por norma general, aquí no ocurren muchas cosas interesantes, no nos vendrá mal un cambio. ¿Cree la policía de Minneapolis que mató a sus padres?

—Eso parece deducirse de la prensa —respondió Tag—. Aunque, como es menor, se andan con cautela.

—Es increíblemente brillante —añadió Wendy—, pero, por lo demás, parece un buen chico.

—Ajá, ajá, lo bueno o malo que sea acabará siendo de la incumbencia de otra persona, pero por ahora me pica la curiosidad. Bill, deja de jugar con ese temporizador, no vayas a romperlo, y tráeme una Coca-Cola del despacho.

18

Mientras Tim repetía ante el sheriff Ashworth la historia que Luke les había contado a él y a Wendy, y mientras el equipo Oro se acercaba a la salida de Hardeeville en la I-95, desde donde retrocederían hasta la pequeña localidad de DuPray, Nick Wilholm conducía a los críos que se habían quedado en la sala de proyección hasta el reducido salón de la Mitad Trasera.

A veces los niños duraban un tiempo asombrosamente largo; George Iles era un claro ejemplo. A veces, en cambio, parecían decaer de inmediato. Parecía el caso de Iris Stanhope. En esa ocasión Iris no había experimentado lo que los niños de la Mitad Trasera llamaban el «rebote», un breve respiro de los dolores de cabeza después de las películas. Tenía la mirada inexpresiva y la boca abierta. Se quedó contra la pared del salón con la cabeza gacha y el cabello caído ante los ojos. Helen se acercó a ella y la rodeó con el brazo,

pero Iris no pareció darse cuenta.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó Donna—. Quiero volver a mi habitación. Quiero dormir. Me *horrorizan* las noches de cine. —Su tono era quejumbroso, estaba al borde de las lágrimas, pero al menos seguía presente. Lo mismo podía decirse de Jimmy y Hal: se los notaba aturdidos, pero no del todo anulados, como estaba Iris.

No va a haber más películas, dijo Avery. Nunca más.

Su voz resonó en la cabeza de Kalisha con más potencia aún que antes, cosa que ella consideró una prueba definitiva: realmente eran más fuertes juntos.

—Una predicción audaz —dijo Nicky—. Y más viniendo de un mierdecilla como tú, Avester.

Hal y Jimmy sonrieron ante el comentario, y Katie incluso dejó escapar una risita. Solo Iris, que en ese momento se rascaba la entrepierna con total desinhibición, parecía todavía del todo perdida. Len se había distraído con la televisión, pese a que no estaba encendida. Kalisha pensó que tal vez observara su propio reflejo.

No tenemos mucho tiempo, dijo Avery. Pronto vendrá uno de ellos para llevarnos a nuestras habitaciones.

—Probablemente Corinne —aventuró Kalisha.

—Sí —contestó Helen—. La Bruja Mala del Este.

—¿Qué hacemos? —preguntó George.

Por un momento dio la impresión de que Avery no sabía qué decir, y Kalisha se asustó. Al cabo de unos instantes el niño pequeño que horas antes había pensado que su vida terminaría en la cisterna de inmersión tendió las manos.

—Cojámonos de la mano —dijo. *Formemos un círculo.*

Excepto Iris, todos avanzaron arrastrando los pies. Helen Simms sujetó a Iris por los hombros y la guio hasta el corrillo más o menos circular que

habían formado los demás. Len, con expresión anhelante, miró por encima del hombro hacia el televisor y, al final, suspiró y tendió las manos.

—A la mierda. Da igual.

—Exacto, a la mierda —dijo Kalisha—. No hay nada que perder. —Cogió la mano derecha de Len con su izquierda y la izquierda de Nicky con su derecha.

Iris fue la última en incorporarse y, en cuanto se enlazó a Jimmy Cullum por un lado y a Helen por el otro, levantó la cabeza.

—¿Dónde estoy? ¿Qué estamos haciendo? ¿Ha acabado la película?

—Calla —contestó Kalisha.

—¡Me duele menos la cabeza!

—Bien. Ahora calla.

Y los otros se sumaron: *Calla... calla... Iris, calla.*

Cada «calla» sonaba más fuerte que el anterior. Algo estaba cambiando. Algo estaba *cargándose*.

Palancas, pensó Kalisha. *Hay palancas, Avery.*

Él le dirigió un gesto de asentimiento desde el lado opuesto del círculo.

No era poder, al menos no todavía, y Kalisha supo que sería un error fatal creer que sí lo era, pero la *posibilidad* de poder estaba presente. Pensó: Esto es como respirar aire justo antes de que se desate la mayor tormenta del verano.

—¿Chicos? —dijo Len con timidez—. Se me ha despejado la cabeza. Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que la tuve tan despejada. —Miró a Kalisha con una expresión de algo semejante al pánico—. ¡No me sueltes, Sha!

Estás bien, le dijo ella con el pensamiento. *Estás a salvo.*

Pero no lo estaba. Ninguno de ellos lo estaba.

Kalisha supo lo que venía a continuación, lo que *tenía que* venir a continuación, y lo temió. Por supuesto, también lo deseó. Solo que era más que

desearlo. Era ansiarlo. Eran niños con explosivos de alta potencia, y tal vez estuviera mal, pero producía una grata sensación.

Avery habló en voz baja y clara.

—Pensad. Pensad conmigo, chicos.

Empezó: el pensamiento y la correspondiente imagen fuertes y claros. Nicky se sumó a él. Katie, George y Helen se añadieron. Lo mismo hizo Kalisha. Luego los demás. Al final de las películas siempre entonaban un cántico y lo entonaron entonces.

Pensad en la bengala. Pensad en la bengala. Pensad en la bengala.

Aparecieron los puntos, más intensos que nunca. Se percibió el zumbido, más potente que nunca. La bengala se encendió y escupió un resplandor.

Y de pronto no eran solo once. De pronto eran veintiocho.

Ignición, pensó Kalisha. Estaba aterrorizada; estaba exultante. Se sentía sagrada.

OH, DIOS MÍO.

Cuando Tim acabó de contar la historia de Luke, el sheriff Ashworth permaneció en silencio unos segundos en la silla de la centralita, con los dedos entrelazados sobre el voluminoso vientre. Luego cogió el lápiz USB, lo examinó como si nunca hubiera visto una cosa semejante y lo dejó.

—Te ha dicho que no sabe lo que contiene, ¿verdad? Se lo entregó sin más la mujer de la limpieza, junto con el cuchillo que utilizó para la cirugía de la oreja.

—Eso ha dicho —confirmó Tim.

—Pasó por debajo de una valla, cruzó el bosque, continuó en bote río abajo

como Huck y Jim, luego viajó hacia el sur en un vagón de tren y recorrió la mayor parte de la costa este.

—Según él, sí —dijo Wendy.

—Bueno, menuda historia. Me gusta sobre todo lo de la telepatía y el poder de la mente sobre la materia. Me gustan las historias que cuentan las abuelas en sus clubes de costura y sus fiestas de las conservas sobre lluvias de sangre y aguas curativas recogidas en los huecos de los árboles. Wendy, despierta al niño. Hazlo con delicadeza; al margen de su historia real, es evidente que lo ha pasado mal. En todo caso, cuando veamos esto, quiero que lo vea con nosotros.

Wendy cruzó la sala y sacudió a Luke por el hombro. Al principio con suavidad, luego de modo un poco más enérgico. Él masculló, gimió e intentó apartarse de ella. Wendy lo sujetó por el brazo.

—Vamos, Luke, ya, abre los ojos y...

Él se levantó tan repentinamente que Wendy dio un traspié. El niño tenía los ojos abiertos pero no veía, y el cabello erizado por delante y alrededor de la cabeza, como plumas.

—¡Están haciendo algo! ¡He visto la bengala!

—¿De qué habla? —preguntó George Burkett.

—¡Luke! —dijo Tim—. Estás bien, ha sido un sue...

—¡Matadlos! —vociferó Luke, y en el pequeño anexo de detención se cerraron de golpe las puertas de las cuatro celdas—. ¡Borrad del mapa a esos hijos de puta!

Los papeles de la mesa de la centralita volaron como una bandada de pájaros sobresaltados. Tim sintió una ráfaga de viento, tan real como para agitarle el cabello. Wendy dejó escapar un breve chillido, que no llegó a grito. El sheriff John estaba en pie.

Tim dio una brusca sacudida al niño.

—¡Despierta, Luke, *despierta!*

Los papeles que flotaban por la sala cayeron al suelo. Los policías reunidos, incluido el sheriff John, miraban a Luke boquiabiertos.

Luke lanzaba manotazos al aire.

—Fuera —masculló—. Fuera.

—Vale —dijo Tim, y soltó el hombro de Luke.

—No te lo digo a ti, me refiero a los puntos. Las luces de Sta... —Exhaló el aire de los pulmones y se deslizó una mano por el pelo sucio—. Vale. Ya se han ido.

—¿Eso lo has hecho tú? —preguntó Wendy. Señaló los papeles caídos—. ¿De verdad lo has hecho tú?

—*Alguna* razón ha habido, eso desde luego —observó Bill Wicklow. Miraba el temporizador del sereno—. Las manecillas de esto giraban... iban *zumbando*... pero ahora se han parado.

—Están haciendo algo —dijo Luke—. Mis amigos están haciendo algo. Lo he notado, incluso a esta distancia. ¿Cómo es posible? Dios mío, la *cabeza*.

Ashworth se acercó a Luke y tendió una mano. Tim advirtió que mantenía la otra en la culata de su arma, enfundada.

—Soy el sheriff Ashworth, hijo. ¿Quieres darme la mano?

Luke le estrechó la mano.

—Bien. Buen comienzo. Ahora quiero saber la verdad. ¿Acabas de hacer tú eso?

—No sé si he sido yo o han sido ellos —respondió Luke—. No me explico cómo han *podido* ser ellos, estando tan lejos, pero tampoco cómo he podido ser yo. Nunca había hecho nada así en la vida.

—Tu especialidad son las bandejas de pizza —dijo Wendy—. Vacías.

Luke esbozó una sonrisa.

—Sí. ¿Ustedes no han visto las luces? ¿Ninguno de ustedes? ¿Muchos

puntos de colores?

—Yo solo he visto papeles que volaban —respondió el sheriff John—. Y he oído que se cerraban las puertas de los calabozos. Frank, George, recoged todo eso, ¿queréis? Wendy, tráele una aspirina a este niño. Luego veremos qué hay en ese pequeño artilugio de ordenador.

—Esta tarde —dijo Luke— su madre solo podía hablar de sus pasadores para el pelo. Decía que alguien le había robado los pasadores.

El sheriff John se quedó boquiabierto.

—¿Cómo lo sabes?

Luke movió la cabeza en un gesto de negación.

—No lo sé. O sea, ni siquiera lo estoy intentando. Dios mío, ojalá supiera qué están haciendo ellos. Ojalá estuviera con ellos.

—Empiezo a pensar —comentó Tag— que, después de todo, podría haber algo de verdad en lo que cuenta este chico.

—Quiero ver qué hay en ese lápiz USB y quiero verlo ya —dijo el sheriff Ashworth.

20

Lo primero que vieron fue una butaca vacía, antigua, de orejas, situada ante una pared de la que colgaba un marco con un grabado de un velero de Currier & Ives. De pronto apareció en el encuadre el rostro de una mujer, que miraba a la cámara.

—Es ella —informó Luke—. Es Maureen, la mujer que me ayudó a salir.

«¿Está encendido? —dijo Maureen—. La luz está encendida, así que supongo que sí. Eso espero, porque no creo que tenga fuerzas para hacer esto dos veces.» Su cara desapareció de la pantalla del ordenador portátil del que

los policías no apartaban la vista. Tim sintió cierto alivio. El primer plano extremo era como ver a una mujer atrapada en una pecera.

La voz de Maureen se apagó un poco, pero aún resultaba audible. «Aunque si tengo que hacerlo, lo haré.» Se sentó en la butaca y se reacomodó el dobladillo de la falda de flores para cubrirse las rodillas. Encima llevaba una blusa roja. Luke, que nunca la había visto sin el uniforme, pensó que era una combinación bonita; aun así, los colores vivos no disimulaban lo enjuto, o demacrado, que tenía el rostro.

—Sube el volumen al máximo —dijo Frank Potter—. Debe de llevar un micro de solapa.

Entretanto ella hablaba. Tag rebobinó y, tras subir el volumen, volvió a ponerlo en marcha. Maureen regresó una vez más a la butaca de orejas y se reacomodó una vez más la falda. Luego miró directamente a la cámara.

«¿Luke?»

Él se sobresaltó tanto al oír su nombre de labios de Maureen que estuvo a punto de contestar, pero la mujer prosiguió, sin darle tiempo, y lo que dijo a continuación fue para Luke como una daga de hielo en el corazón. Aunque ya lo sabía, ¿o no? Del mismo modo que no había necesitado el *Star Tribune* para conocer la noticia sobre sus padres.

«Si estás viendo esto, quiere decir que tú estás fuera y yo estoy muerta.»

El ayudante llamado Potter dijo algo al que se llamaba Faraday, pero Luke no prestó atención; estaba totalmente absorto en la que había sido su única amiga adulta en el Instituto.

«No voy a contarte mi vida —dijo la mujer muerta desde la butaca de orejas—. No hay tiempo para eso, y mejor así, porque me avergüenzo de muchas cosas. Aunque no de mi hijo. Estoy orgullosa de cómo ha salido. Irá a la universidad. Nunca sabrá que fui yo quien le dio el dinero, pero no importa. Me parece bien; es como debe ser, porque yo lo entregué. Y Luke, sin tu ayuda,

quizá habría perdido ese dinero y esa oportunidad de hacer bien las cosas por él. Solo espero haber hecho bien las cosas por ti.»

Maureen se interrumpió, aparentemente para hacer acopio de valor.

«Sí contaré una parte de mi vida, porque es importante. Estuve en Irak durante la segunda guerra del Golfo, y estuve en Afganistán, y participé en lo que se dio en llamar “interrogatorios mejorados”.»

Para Luke, su serena fluidez —sin muletillas como «esto», «o sea», «digamos»— fue una revelación. Lo llevó a sentir bochorno a la vez que pena. Parecía mucho más inteligente que durante sus conversaciones en susurros junto a la máquina del hielo. ¿Acaso porque allí se hacía la tonta? Tal vez, pero también podía ser —era muy *probable*— que él, al ver a una mujer con el uniforme marrón del servicio de limpieza, hubiera dado por sentado que no tenía muchas luces.

En otras palabras, a diferencia de mí, pensó Luke, y cayó en la cuenta de que «bochorno» no describía con exactitud lo que sentía. La palabra acertada era «vergüenza».

«Vi cómo aplicaban el submarino y vi a hombres, también a mujeres, un par, en bañeras con electrodos en los dedos o en el recto. Vi uñas arrancadas con tenazas. Vi cómo disparaban a un hombre en la rótula por escupir a un interrogador a la cara. Al principio me impactaba, pero al cabo de un tiempo ya no. A veces, cuando eran hombres que habían puesto bombas improvisadas a los nuestros o enviado terroristas suicidas a mercados abarrotados, me alegraba. Básicamente me... hay una palabra...»

—Desensibilicé —apuntó Tim.

«Desensibilicé», dijo Maureen.

—Dios mío, es como si te hubiera oído —comentó el ayudante Burkett.

—Calla —dijo Wendy, y algo en esa palabra provocó un estremecimiento en Luke. Era como si otra persona la hubiera pronunciado antes que ella.

Volvió a centrar la atención en el vídeo.

«... después de los dos o tres primeros nunca participaba, porque me asignaron otra tarea. Cuando se negaban a hablar, yo era la suboficial amable que entraba y les daba de beber o algo de comer que me sacaba del bolsillo, una barrita de cereales Quest o un par de Oreos. Les decía que los interrogadores se habían ido a descansar o a comer y que los micrófonos estaban apagados. Decía que me daban pena y quería ayudarlos. Decía que si se negaban a hablar, los matarían, aunque no lo permitiera el reglamento. No decía que no lo permitía la convención de Ginebra, porque la mayoría no sabían lo que era. Les decía que si no hablaban, matarían a sus *familias*, y que yo *de verdad* no quería que pasara eso. Por lo general, no daba resultado, recelaban, pero a veces, cuando los interrogadores volvían, los presos les decían lo que querían oír, porque me creían o querían creerme. A veces me contaban cosas, porque estaban confusos, desorientados, y porque confiaban en mí. Dios santo, mi cara inspiraba confianza.»

Sé por qué está contándome esto, pensó Luke.

«En cuanto a cómo acabé en el Instituto... es una historia demasiado larga para una mujer enferma y cansada. Alguien vino a verme, dejémoslo en eso. No la señora Sigsby, Luke, ni el señor Stackhouse. Tampoco un representante del gobierno. Era viejo. Dijo que era un reclutador. Me preguntó si quería un empleo cuando acabase el servicio. Un trabajo fácil, dijo, pero solo para una persona capaz de tener la boca cerrada. Yo venía planteándome el reenganche, pero aquello pintaba mejor. Porque el hombre afirmó que ayudaría a mi país mucho más que en aquel desierto. Así que acepté el empleo y, cuando me incorporaron al servicio de limpieza, no tuve inconveniente. Yo sabía lo que hacían, pero al principio tampoco tuve inconveniente, porque sabía por qué lo hacían. Tanto mejor para mí, porque el Instituto es como la mafia, según cuentan: una vez entras ya no puedes salir. Cuando no me alcanzaba el dinero

para pagar las facturas de mi marido, y cuando empecé a temer que los buitres se apropiaran del dinero que había ahorrado para mi hijo, pedí el empleo que había estado haciendo en el ejército, y la señora Sigsby y el señor Stackhouse me dejaron probar.»

—Delatar —musitó Luke.

«Era fácil, como ponerse un par de zapatos viejos. Pasé allí doce años, pero solo fui soplona los últimos dieciséis meses o algo así, y hacia el final empezaba a sentirme mal por lo que hacía, y no me refiero solo a mi papel de soplona. Me desensibilizaron en lo que llamábamos las «casas negras», y seguí desensibilizada en el Instituto, pero al final eso empezó a desgastarse, tal como se desgasta una capa de cera en un coche si uno no aplica una capa nueva de vez en cuando. Son solo niños, como sabes, y los niños quieren confiar en un adulto amable y compasivo. Además, no es que hubiesen hecho trizas a nadie. Era a *ellos* a quienes hacían trizas, a ellos y a sus familias. Pero tal vez habría seguido adelante de todos modos. Si soy sincera, y ya es tarde para ser cualquier otra cosa, supongo que probablemente así habría sido. Pero entonces me puse enferma y te conocí a ti, Luke. Tú me ayudaste, pero no es por eso por lo que te ayudé. Bueno, no es la única razón, ni la razón principal. Vi lo listo que eras, mucho más que cualquier otro de los niños, mucho más que la gente que te secuestró. Sabía que les traía sin cuidado tu magníficamente, o tu sentido del humor, o que estuvieras dispuesto a ayudar a una vieja enferma como yo pese a saber que eso podía causarte problemas. Para ellos, no eras más que otra pieza de la maquinaria, que utilizarían hasta que te desgastaras. Al final habrías seguido el camino de todos los demás. Cientos de ellos, quizá miles, desde el principio.»

—¿Está loca? —preguntó George Burkett.

—¡Silencio! —espetó Ashworth. Inclinado sobre su barriga, mantenía la vista clavada en la pantalla.

Maureen había hecho una pausa para beber agua; luego se frotó los ojos, que tenía muy hundidos en las cuencas. Ojos de enferma. Ojos de moribunda, pensó Luke, ojos que miraban a la cara a la eternidad.

«Aun así, fue una decisión difícil, y no solo por lo que podían hacerme a mí o a ti, Luke. Fue difícil porque si escapas, si no te atrapan en el bosque o en Dennison River Bend, y si encuentras a alguien que te crea, si superas todos esos *sis*, podrías sacar a la luz lo que ha estado pasando aquí durante cincuenta o sesenta años. Podrías derrumbarlo sobre sus cabezas.»

Como Sansón en el templo, pensó Luke.

Maureen se inclinó hacia delante y miró directamente a la cámara. Directamente a Luke.

—Y eso podría implicar el fin del mundo.

21

El sol de poniente convertía los raíles del ferrocarril próximos a la Estatal 92 en líneas de fuego de color rojo rosado y parecía enfocar el cartel que tenían justo delante.

BIENVENIDOS A DUPRAY, C.S.
CAPITAL DEL CONDADO DE FAIRLEE
POBLACIÓN 1.369
***¡UN BUEN SITIO QUE VISITAR Y UN SITIO
AÚN MEJOR DONDE VIVIR!***

Denny Williams detuvo el monovolumen que iba en cabeza en el arcén de tierra. Los otros lo imitaron. Habló a quienes viajaban en su propio vehículo

—la señora Sigsby, el doctor Evans, y Michelle Robertson— y luego se acercó a los otros dos.

—Radios apagadas, auriculares fuera. No sabemos qué frecuencias puede estar escuchando la policía local o la estatal. Móviles apagados. Esto es ahora una operación hermética y así seguirá hasta que estemos de vuelta en el aeródromo.

Regresó al monovolumen que iba en cabeza, se sentó de nuevo al volante y se volvió hacia la señora Sigsby.

—¿Todo bien, señora?

—Todo bien.

—Estoy aquí contra mi voluntad —repitió el doctor Evans.

—Cállese —ordenó la señora Sigsby—. ¿Denny? Vamos allá.

Entraron en el condado de Fairlee. A un lado de la carretera había establos, campos y pinares; al otro, vías de ferrocarril y más árboles. El pueblo se hallaba ya a solo tres kilómetros.

Corinne Rawson se encontraba delante de la sala de proyección, de palique con Jake Howland el Serpiente y Phil Chaffitz el Píldora. Víctima de abusos en la infancia tanto a manos de su padre como de dos de sus cuatro hermanos mayores, Corinne nunca había sentido reparo alguno con respecto a su trabajo en la Mitad Trasera. Sabía que los chavales la apodaban Corinne la Pegona y le daba igual. Había recibido no pocos golpes en el camping de caravanas de Reno donde se había criado y, a su modo de ver, todo lo que va vuelve. Además, era por una buena causa. Lo que en esencia podía considerarse una situación en la que todos salían ganando.

Por supuesto, trabajar en la Mitad Trasera tenía sus inconvenientes. Para empezar, se le saturaba a uno la cabeza por el exceso de información. Sabía que Phil quería tirársela y Jake, no, porque a Jake solo le gustaban las mujeres con tetas de doble ancho y culos de doble ancho. Y sabía que *ellos* sabían que no quería tener nada que ver con ninguno de los dos, al menos en ese sentido; desde los diecisiete años, a ella le iba el rollo bollo.

En las novelas y las películas, la telepatía siempre parecía algo extraordinario, pero en la vida real era una verdadera jodienda. Llegaba acompañada del zumbido, lo cual era un inconveniente. Y era acumulativa, lo cual era un inconveniente aún *mayor*. Las limpiadoras y los bedeles hacían turnos tanto en la Mitad Delantera como en la Trasera, y eso les hacía las cosas más llevaderas, pero los cuidadores uniformados de rojo desarrollaban su actividad allí y solo allí. Había dos equipos, alfa y beta. Trabajaban cuatro meses consecutivos, después libraban otros cuatro meses. Corinne se encontraba casi al final de su actual período de cuatro meses. Pasaría una o dos semanas en descompresión en la cercana colonia del personal, recobrando su identidad esencial, y después se iría a su casita de New Jersey, donde vivía con Andrea, quien creía que su pareja trabajaba en un proyecto militar de alto secreto. De alto secreto era; militar, no.

La telepatía de bajo nivel se desvanecería durante ese tiempo en la colonia y, para cuando regresara junto a Andrea, habría desaparecido. Después, a los pocos días de su siguiente período de servicio, empezaría a volver. Si hubiese sido capaz de sentir compasión (cualidad que le habían arrebatado a palos casi por completo a los trece años), la habría sentido por los doctores Hallas y James. Estaban allí prácticamente todo el tiempo, lo cual significaba que se hallaban expuestos de forma casi continua al zumbido, y saltaba a la vista cuáles eran los efectos que eso tenía en ellos. Sabía que el doctor Hendricks, el jefe médico del Instituto, administraba a sus dos colegas de la Mitad

Trasera inyecciones que en teoría limitaban la erosión incesante, pero existía una gran diferencia entre limitar algo y detenerlo.

Horace Keller, un cuidador de rojo con quien mantenía una relación cordial, describía a Heckle y a Jeckle como tarados de alta funcionalidad. Sostenía que con el tiempo uno de ellos, o los dos, se desquiciaría del todo, y entonces los mandamases tendrían que buscar médicos competentes nuevos. Eso a Corinne le daba igual. Su trabajo consistía en hacer que los niños comiesen cuando tenían que comer, entrasen en sus habitaciones cuando tenían que entrar (lo que hicieran dentro tampoco era asunto suyo), asistiesen a las películas las noches de cine y se comportasen. Cuando se desmandaban, les propinaba un bofetón.

—Esta noche los vegetales están inquietos —comentó Jake el Serpiente—. Se los oye ahí dentro. Tened las tasers a punto cuando les demos de comer a las ocho, ¿de acuerdo?

—De noche siempre están peor —dijo Phil—. No... Eh, ¿qué coño *pasa*?

Corinne también lo percibió. Estaban acostumbrados al zumbido, tal como uno se acostumbraba al sonido de una nevera ruidosa o a la vibración del aire acondicionado. Pero de pronto el volumen subió al nivel que tenían que soportar durante las noches de cine en que también había bengala. Solo que en las noches de cine el zumbido procedía fundamentalmente de detrás de las puertas cerradas bajo llave del pabellón A, también conocido como Vege Park. Ella lo percibía allí en ese momento, pero también provenía de otra dirección, como la embestida de un vendaval. Del salón, donde algunos niños habían ido a pasar su tiempo libre cuando terminó la película. Primero fue allí un grupo, los que aún conservaban una funcionalidad alta, luego un par de los que Corinne consideraba prevegetales.

—¿Qué coño están haciendo? —vociferó Phil. Se llevó las manos a los lados de la cabeza.

Corinne corrió hacia el salón al tiempo que sacaba su bastón eléctrico. Jake

la siguió. Phil —quizá más sensible al zumbido, quizá solo asustado— se quedó donde estaba, con las palmas de las manos contra las sienes como para evitar que le estallara el cerebro.

Lo que Corinne vio al llegar a la puerta fue a casi una docena de niños. Estaba allí incluso Iris Stanhope, quien sin duda pasaría a Vege Park tras la película del día siguiente. Cogidos de las manos, formaban un círculo y, en ese momento, el zumbido era tan potente que a Corinne se le empañaron los ojos. Creyó que le vibraban incluso las entrañas.

Ve a por el nuevo, se dijo. El renacuajo. Me parece que es él quien está provocando esto. Suéltale una descarga y a lo mejor se corta el circuito.

Pero, en el momento en que lo pensaba, se le abrieron los dedos y se le cayó el bastón a la moqueta. Detrás de ella, casi inaudible por el zumbido, Jake exigía a gritos a los niños que dejaran de hacer lo que fuera que estaban haciendo y se marcharan a sus habitaciones. La niña negra miraba a Corinne y tenía en los labios una sonrisa insolente.

Te voy a borrar eso de la cara a bofetones, jovencita, pensó Corinne, y cuando levantó la mano, la niña negra asintió.

Buena idea, pega.

Otra voz se sumó a la de Kalisha: *¡Pega!*

Luego todas las demás: *¡Pega! ¡Pega! ¡Pega!*

Corinne Rawson empezó a abofetearse, primero con la mano derecha, después con la izquierda, a uno y otro lado, cada vez más fuerte, consciente de que las mejillas primero se le calentaban y después le ardían, pero esa conciencia era débil y lejana, porque el zumbido ya no era un zumbido en absoluto, sino un inmenso *buaaaaaa* de retroalimentación interna.

Cayó de rodillas cuando Jake pasaba por su lado a toda prisa.

—Parad lo que sea que estáis haciendo, putos...

Levantó la mano y, con una crepitación eléctrica, se aplicó una descarga

entre los ojos. Saltó hacia atrás con una sacudida; las piernas primero se le separaron y después se le juntaron en un paso de funky, con los ojos protuberantes. Abrió la boca y se metió en ella la punta del bastón eléctrico. La crepitación quedó amortiguada, pero el resultado fue visible. Se le hinchó la garganta como una cámara de aire. Por un momento salió de sus fosas nasales una luz azul. Después cayó de bruces y el bastón se le hundió hasta la empuñadura en la boca; su dedo convulso seguía en el gatillo.

Kalisha los guio hasta el pasillo de la residencia con las manos cogidas, como niños de primaria de excursión. Phil el Píldora los vio y retrocedió, sosteniendo el bastón eléctrico en una mano y agarrándose a una de las puertas de la sala de proyección con la otra. En el pasillo, entre el comedor a un lado y el pabellón A al otro, el doctor Everett Hallas observaba la escena boquiabierto.

Unos puños empezaron a aporrear las puertas cerradas de Vege Park. Phil soltó el bastón y levantó la mano con la que antes lo sujetaba, mostrando a los niños, cada vez más cerca, que no tenía nada.

—No os daré problemas —dijo—. Sea lo que sea lo que os proponéis, no os daré prob...

Las puertas de la sala de proyección se cerraron con violencia, cortándole la voz además de tres dedos.

El doctor Hallas se volvió y huyó.

Otros dos cuidadores uniformados de azul salieron de la sala del personal, más allá de la escalera que conducía al crematorio. Corrieron hacia Kalisha y su pelotón improvisado, ambos con los bastones eléctricos desenfundados. Se detuvieron frente a las puertas cerradas del pabellón A, se aplicaron descargas el uno al otro y cayeron de rodillas. Allí siguieron intercambiando calambrazos hasta que los dos se desplomaron, inconscientes. Aparecieron más cuidadores, vieron o intuyeron lo que ocurría y retrocedieron, algunos

escalera abajo, hacia el crematorio (una vía muerta en más de un sentido), otros de regreso a la sala del personal o a la de médicos, situada más atrás.

Vamos, Sha. Avery miraba hacia la otra punta del pasillo, más allá de Phil —que aullaba por encima de los muñones sangrantes de los dedos— y los dos cuidadores aturcidos.

¿No vamos a salir?

Sí. Pero antes los dejaremos salir a ellos.

La fila de niños se encaminó por el pasillo hacia el pabellón A, adentrándose en el núcleo del zumbido.

«No sé cómo eligen sus objetivos —decía Maureen—. Me lo he preguntado a menudo, pero debe darles resultado, porque nadie ha lanzado una bomba atómica ni ha iniciado una guerra mundial en más de setenta y cinco años. Piénsalo: es un logro extraordinario. Sé que algunas personas dicen que Dios vela por nosotros, y las hay que sostienen que es la diplomacia, o lo que llaman DMA, destrucción mutua asegurada, pero yo no me creo nada de eso. Es el Instituto.»

Hizo una pausa para tomar otro trago de agua y continuó:

«Saben a qué niños llevarse por una prueba que se hace a la mayoría de los bebés al nacer. En principio yo no debería saber cuál es esa prueba, no soy más que una humilde limpiadora, pero además de delatar, escucho. Y espío. Se llama FNDC, lo que significa “Factor Neurotrófico Derivado del Cerebro”. Se localiza a los niños con un FNDC alto, se les sigue el rastro y, al final, se los captura y se los trae al Instituto. A veces tienen hasta dieciséis años, pero la mayoría son más pequeños. Atrapan a los que tienen puntuaciones muy altas de FNDC lo antes posible. Hemos tenido niños hasta de ocho años.»

Eso explica la presencia de Avery, pensó Luke. Y de las gemelas Wilcox.

«Se los prepara en la Mitad Delantera. Parte de esa preparación se hace mediante inyecciones; parte mediante la exposición a algo que el doctor Hendricks llama “luces de Stasi”. Algunos de los niños que vienen aquí tienen telepatía. Leen el pensamiento. Algunos tienen poderes telequinéticos: la mente sobre la materia. Después de las inyecciones y la exposición a las luces de Stasi, algunos niños siguen igual, pero la mayoría fortalecen un poco la facultad por la que los han capturado. Y hay unos cuantos, a los que Hendricks llama «rosa», a los cuales someten a más pruebas e inyecciones, y a veces desarrollan las *dos* aptitudes. Una vez oí decir al doctor Hendricks que tal vez

incluso existieran otras facultades, y que descubrirlas podía cambiar las cosas para mejor.»

—TP además de TQ —musitó Luke—. A mí me pasó, pero lo oculté. O al menos lo intenté.

«Cuando están preparados para... para ponerlos a trabajar, se los traslada de la Mitad Delantera a la Mitad Trasera. Ven películas en las que aparece una y otra vez la misma persona. En casa, en el trabajo, en su tiempo libre, en reuniones familiares. Después se les expone a una imagen desencadenante que reactiva las luces de Stasi y además crea un vínculo entre ellos. Ya ves, así funciona; cuando están solos, sus poderes son pequeños incluso después de potenciarlos, pero cuando están juntos, su fuerza aumenta de forma... hay un término matemático para eso...»

—Exponencial —dijo Luke.

«No sé cuál es la palabra. Estoy cansada. Lo importante es que utilizan a esos niños para eliminar a determinadas personas. A veces parece un accidente. A veces parece un suicidio. A veces un asesinato. Pero son siempre los niños. ¿Aquel político, Mark Berkowitz? Fueron los niños. ¿Jangi Gafoor, aquel hombre que murió supuestamente a causa de una explosión accidental en su fábrica de explosivos de la provincia de Kunduz hace dos años? Fueron los niños. Ha habido cientos de casos, y eso solo durante mi etapa en el Instituto. Da la impresión de que actúan sin ton ni son: hace seis años la víctima fue un poeta argentino que ingirió lejía y yo desde luego no veo ninguna razón, pero debe de haberla, porque el mundo sigue ahí. Una vez oí decir a la señora Sigsby, la gran jefa, que ellos eran como personas que continuamente achican agua de un bote que de lo contrario se hundiría, y la creo.»

Maureen se frotó los ojos una vez más; luego se inclinó hacia delante y miró fijamente a la cámara.

«Necesitan un suministro constante de niños con altos niveles de FNDC,

porque la Mitad Trasera los consume. Tienen dolores de cabeza cada vez peores y, al experimentar las luces de Stasi o ver al doctor Hendricks con la bengala, pierden gradualmente su identidad esencial. Al final, cuando los envían a Vege Park (así llama el personal al pabellón A) parece que sufran demencia o alzhéimer avanzado. Ese estado se agrava más y más hasta que mueren. Suele ser de pulmonía, porque mantienen Vege Park a bajas temperaturas a propósito. A veces es como si... —Se encogió de hombros—. Dios mío, es como si se olvidaran de respirar sin más. En cuanto a la eliminación de los cadáveres, el Instituto cuenta con un horno crematorio de alta tecnología.»

—No —dijo en voz baja el sheriff Ashworth—. Oh, *no*.

«El personal de la Mitad Trasera hace lo que llaman “turnos largos”; es decir, unos cuantos meses de servicio y unos cuantos meses de descanso. Tiene que ser así, porque el ambiente es tóxico. Pero como ningún miembro del personal tiene un nivel de FNDC alto, en ellos el proceso es más lento. A algunos apenas parece afectarles.»

Hizo un alto para tomar otro sorbo de agua.

«Trabajan allí casi siempre dos médicos, y los dos se están trastornando. Lo sé porque he estado allí. Las limpiadoras y los bedeles alternan turnos más cortos entre la Mitad Delantera y la Mitad Trasera. Lo mismo pasa con el personal del comedor. Sé que es mucho que digerir, y aún hay más, pero ya no puedo seguir. Tengo que irme, pero he de enseñarte una cosa, Luke. A ti y a quienquiera que pueda estar viendo esto contigo. Cuesta mirarlo, pero espero que seas capaz, porque arriesgué la vida para conseguirlo.»

Tomó aire en una trémula inhalación y trató de sonreír. Luke se echó a llorar, al principio en silencio.

«Luke, ayudarte a huir fue la decisión más difícil de mi vida, pese a tener la muerte mirándome a la cara y el infierno esperándome, no lo dudo, al otro

lado de la muerte. Fue difícil, porque ahora el bote puede hundirse, y la culpa será mía. Tuve que elegir entre tu vida y las vidas de, quizá, miles de millones de personas de este mundo que dependen del trabajo del Instituto sin saberlo siquiera. Te elegí a ti en lugar de a ellos, y que Dios me perdone.»

La pantalla quedó en azul. Tag tendió la mano hacia el teclado del ordenador, pero Tim se la sujetó.

—Espera.

Apareció una línea de estática, acompañada de un pitido intermitente, y luego empezó un nuevo vídeo. La cámara avanzaba por un pasillo con una tupida moqueta azul. Se oía una especie de roce discontinuo y, de vez en cuando, interrumpía la imagen una oscuridad que se cerraba y abría como un obturador.

Está grabando un vídeo, pensó Luke. Grabándolo a través de un agujero o una raja que ha hecho en el bolsillo del uniforme. El roce es el contacto entre la ropa y el micrófono.

Dudaba que en los espesos bosques del norte de Maine los teléfonos móviles tuvieran cobertura, pero supuso que en el Instituto estaban absolutamente prohibidos en todo caso, porque las *cámaras* sí funcionaban. Si hubiesen descubierto a Maureen, no solo le habría costado una reducción de salario o el propio empleo. Realmente había arriesgado la vida. Las lágrimas brotaron más deprisa. Notó que la agente Gullickson —Wendy—le rodeaba los hombros con un brazo. Se apoyó agradecido contra su costado, pero no apartó la mirada de la pantalla del ordenador. Allí estaba por fin la Mitad Trasera. Allí estaba aquello de lo que había huido. Allí estaba el lugar donde sin duda Avery se encontraba en ese momento, en el supuesto de que siguiera vivo.

La cámara pasó por delante de una puerta de dos hojas abierta, a la derecha. Maureen se volvió un momento para ofrecer a los espectadores la imagen de

una sala de proyección con veintitantas butacas de felpa. Había dos niños sentados.

—¿Esa niña está *fumando*? —preguntó Wendy.

—Sí —contestó Luke—. Supongo que en la Mitad Trasera también tienen acceso a tabaco. La niña es una de mis amigas. Se llama Iris Stanhope. Se la llevaron antes de que me marchara. Me pregunto si sigue viva. Y, en ese caso, si aún puede pensar.

La cámara se orientó de nuevo hacia el pasillo. Pasaron otros dos niños, que miraron a Maureen sin interés perceptible antes de salir del encuadre. Apareció un cuidador uniformado de azul. Su voz llegó amortiguada por el bolsillo en el que Maureen llevaba oculto el teléfono, pero las palabras se entendieron: preguntó a Maureen si se alegraba de volver. Maureen le preguntó si tenía cara de estar loca, y él se rio. Comentó algo sobre un café, pero el roce de la tela del bolsillo era muy sonoro, y Luke no lo distinguió.

—¿Es una pistola eso que lleva? —preguntó el sheriff John.

—Es un bastón eléctrico —respondió Luke—. O sea, una taser. Tiene un regulador para aumentar el voltaje.

—¡No jodas! —exclamó Frank Potter.

La cámara dejó atrás otra puerta de dos hojas abierta, esta vez a la izquierda, avanzó treinta o cuarenta pasos más y de pronto se detuvo ante una puerta cerrada con un rótulo en rojo donde se leía PABELLÓN A. En voz baja, Maureen dijo: «Esto es Vege Park».

Su mano, enfundada en un guante azul de látex, entró en el encuadre. Sostenía una tarjeta llave. Excepto por el color, naranja vivo, se parecía a la que Luke había robado, pero sospechaba que quienes trabajaban en la Mitad Trasera no eran tan descuidados con las tarjetas. Maureen la apretó contra el recuadro electrónico situado sobre el picaporte, se oyó un zumbido y la puerta se abrió.

Detrás se hallaba el infierno.

24

Annie la Huérfana era muy aficionada al béisbol y a menudo pasaba las cálidas veladas de verano en su tienda de campaña, escuchando los partidos de los Fireflies, un equipo de Columbia que jugaba en las ligas menores. Se alegraba cuando alguno de sus jugadores fichaba por los Rumble Ponies, una franquicia de Binghamton, de tercera división, pero siempre lamentaba perderlos. Al final del encuentro, a veces dormía un rato, luego despertaba y sintonizaba el programa de George Allman, para ver qué ocurría en lo que George llamaba el Maravilloso Mundo de lo Raro.

Sin embargo, esa noche sentía curiosidad por el niño que había saltado del tren. Decidió acercarse a la oficina del sheriff y ver si averiguaba algo. Probablemente no la dejarían entrar, pero a veces Frankie Potter o Billy Wicklow salían a fumarse un pitillo al callejón, donde ella tenía su colchón inflable y provisiones de reserva. A lo mejor le contaban la historia del niño si se lo preguntaba amablemente. Al fin y al cabo, ella lo había limpiado y reconfortado un poco, y eso le generaba cierto interés personal.

Desde su tienda, plantada cerca de los almacenes, partía un sendero a través del bosque al oeste del pueblo. Cuando iba al callejón a pasar la noche en su colchón inflable (o dentro, si refrescaba; habían pasado a permitirselo, en agradecimiento por ayudar a Tim con la pancarta para el control de la velocidad), seguía ese sendero hasta la parte posterior del Gem, el cine del pueblo, donde tiempo atrás, cuando era más joven (y estaba un poco más cuerda), había visto muchas películas interesantes. El viejo Gemmie llevaba quince años cerrado, y el aparcamiento de detrás era una selva de malas

hierbas y palmas de oro. Normalmente atajaba por allí y, pasando junto a la ruinosa fachada lateral del cine, llegaba a la acera. La oficina del sheriff y La Mercantil de DuPray estaban en la acera opuesta de Main Street, y su callejón (así lo consideraba ella) separaba ambos edificios.

Esa noche, en el preciso momento en que se disponía a abandonar el sendero para atravesar el aparcamiento, vio un vehículo que doblaba por Pine Street. Lo seguía otro... y otro más. Tres monovolúmenes, casi pegados. Y pese a que el crepúsculo avanzaba ya, ni siquiera llevaban encendidas las luces de posición. Annie se quedó entre los árboles, observando, mientras los coches entraban en el aparcamiento que había estado a punto de cruzar. Giraron como si fueran en formación y se detuvieron en hilera, con los morros orientados hacia Pine Street. Casi como si previeran que tendrían que salir de allí rápidamente, pensó.

Las puertas se abrieron. Se apearon hombres y mujeres. Uno de los hombres vestía una americana de sport y un pantalón elegante con raya. Una de las mujeres, de mayor edad que los demás, llevaba un traje pantalón rojo oscuro. Otra lucía un vestido de flores. Esta cargaba un bolso; las otras cuatro mujeres, no. La mayoría vestían vaqueros y camisas oscuras.

Excepto el hombre de la americana de sport, que se quedó atrás y se limitó a observar, actuaron con rapidez, resueltamente, como quien cumple una misión. Annie tuvo la impresión de que eran militares o algo así, impresión que enseguida vio confirmada. Dos de los hombres y una de las mujeres de menor edad abrieron los portones de los monovolúmenes. Los hombres sacaron una caja de acero alargada de uno. De la parte de atrás de otro monovolumen salieron cintos con pistoleras, que la mujer repartió entre todos salvo el hombre de la americana de sport, otro hombre rubio de cabello corto y la mujer del vestido de flores. Abrieron la caja de acero y de esta salieron dos armas largas que no eran rifles de caza. Eran lo que Annie Ledoux

consideraba armas de tirador escolar.

La mujer del vestido de flores se guardó una pistola pequeña en el bolso. El hombre que se encontraba a su lado se colocó una más grande bajo el cinturón, a la espalda, y se la cubrió con el faldón de la camisa. Los otros se ciñeron las pistolas. Parecían un grupo de asalto. ¡Qué demonios! *Eran* un grupo de asalto. Annie no concebía que pudieran ser otra cosa.

Una persona con la cabeza bien amueblada —una que no escuchara las noticias nocturnas de George Allman, por ejemplo— tal vez se habría limitado a quedarse allí mirando, a medio camino entre la confusión y la consternación, preguntándose qué demonios hacía un grupo de hombres y mujeres armados en un pueblo aletargado de Carolina del Sur donde había un único banco, y cerraba por las noches. Una persona con la cabeza bien amueblada tal vez habría sacado el teléfono móvil y habría llamado al 911. Pero Annie no era una persona con la cabeza bien amueblada y supo qué se proponían exactamente aquellos hombres y mujeres armados, al menos diez, quizá más. No se habían presentado a bordo de todoterrenos negros como ella preveía, pero estaban allí por el niño. De eso no cabía duda.

Avisar al 911 para poner sobre alerta a la gente de la oficina del sheriff no era en todo caso una opción, porque ella no habría llevado teléfono móvil aunque hubiese podido permitírselo. Los teléfonos móviles emitían radiación que iba directa a la cabeza, como sabía cualquier necio, y además de esa manera *ellos* podían seguirte el rastro. Así que Annie continuó por el sendero, corriendo, hasta la parte de atrás de la barbería DuPray, dos edificios más allá. Una precaria escalera llevaba al apartamento del piso superior. Annie subió tan deprisa como pudo, recogiendo el sarape y la larga falda para no tropezar y caerse. En lo alto, aporreó la puerta hasta que, a través de la raída cortina, vio a Corbett Denton, que se dirigía hacia ella arrastrando los pies precedido de su enorme barriga. Cuando apartó la cortina y miró afuera, su

calva relució bajo la tulipa esférica del techo de la cocina, salpicada de cagadas de mosca.

—¿Annie? ¿Qué quieres? No voy a darte nada de comer si es eso...

—Hay unos hombres —dijo ella, jadeante. Podría haber añadido que también había mujeres, pero decir solo *hombres* creaba una imagen más temible, al menos para ella—. ¡Han aparcado detrás del Gem!

—Márchate, Annie. No tengo tiempo para tus ridículas...

—¡Hay un niño! ¡Me parece que esos hombres se proponen ir a la comisaría y llevárselo! ¡Me parece que va a haber un tiroteo!

—¿De qué demonios estás...?

—¡Por favor, Batería, *por favor!* ¡Tienen metralletas, me parece, y ese niño... es un buen niño!

Él abrió la puerta.

—Déjame olerte el aliento.

Ella lo agarró por la pechera de la camiseta de tirantes.

—¡No bebo desde hace diez años! ¡Por favor, Batería, han venido a por el niño!

Él olfateó, con expresión ceñuda.

—No hueles a alcohol. ¿Tienes alucinaciones?

—¡No!

—Has dicho «metralletas». ¿Te refieres a fusiles automáticos, como los AR-15? —Batería Denton empezaba a parecer interesado.

—¡Sí! ¡No! ¡No lo sé! ¡Pero tú tienes armas, eso sí lo sé! ¡Deberías traerlas!

—Estás mal de la cabeza —repuso él, y fue entonces cuando Annie se echó a llorar.

Batería la conocía de toda la vida, incluso había ido a bailar con ella una o dos veces cuando eran mucho más jóvenes, y nunca la había visto llorar. Ella creía realmente que ocurría algo y Batería se dijo que qué más daba. Al fin y

al cabo, solo estaba haciendo lo que hacía todas las noches: pensar que la vida era en esencia una estupidez.

—De acuerdo, vamos a echar un vistazo.

—¿Y las armas? ¿Traerás las armas?

—No, por Dios. He dicho que vamos a echar un vistazo.

—¡Batería, por favor!

—*Oye* —dijo él—. Es lo único que estoy dispuesto a hacer. Lo tomas o lo dejas.

Sin más alternativa, Annie la Huérfana lo tomó.

25

—Dios santo, ¿qué estoy viendo?

Las palabras de Wendy llegaron ahogadas, porque se había tapado la boca con una mano. Nadie contestó. Los otros miraban fijamente la pantalla, Luke tan paralizado por el asombro y el horror como los demás.

La mitad trasera de la Mitad Trasera —el pabellón A, Vege Park— era una sala alargada de techo alto que, a ojos de Luke, semejaba una de esas fábricas abandonadas donde siempre se producía un tiroteo al final de las películas de acción que a Rolf y a él les gustaba ver hacía mil años, en los tiempos en los que era un niño de verdad. La iluminación procedía de fluorescentes resguardados con malla metálica que proyectaban sombras y conferían al pabellón un misterioso aspecto subacuático. Tenía ventanas alargadas y estrechas, cubiertas de malla más tupida. No había camas, solo colchones, algunos arrastrados hasta los laterales, un par vueltos del revés y uno apoyado en precario equilibrio contra la pared desnuda de hormigón, salpicada de un pringue amarillo que podría haber sido vómito.

En una de las paredes se leía ¡SOIS SALVADORES! y, al pie, corría agua por un albañal. Una niña, desnuda salvo por un par de calcetines sucios, permanecía en cuclillas sobre ese albañal de espaldas a la pared, con las manos en las rodillas. Estaba defecando. Se oyó el roce de la tela contra el teléfono en el bolsillo de Maureen, donde quizá lo llevara fijado con cinta adhesiva, y la imagen desapareció momentáneamente al cerrarse la abertura por la que grababa la cámara. Cuando volvió a abrirse, la niña se alejaba con andar de borracho, y el agua se llevaba los excrementos albañal abajo.

Una mujer con el uniforme marrón del servicio de limpieza manejaba una vaporeta con la que retiraba algo que quizá fuera más vómito, mierda, comida derramada, o a saber. La mujer vio a Maureen, la saludó con la mano y dijo algo que ninguno de ellos alcanzó a entender, no solo por el ruido de la vaporeta, sino también porque Vege Park era un manicomio de voces y chillidos confusos. Una niña hacía volteretas laterales por uno de los irregulares pasillos. Cruzó por delante un niño con unos calzoncillos sucios, granos en la cara y unas gafas mugrientas que le resbalaban por la nariz. Vociferaba «ya-ya-ya-ya-ya-ya» y se golpeaba lo alto de la cabeza con cada sílaba pronunciada con énfasis. Luke recordó que Kalisha había mencionado a un chico con acné y gafas. Fue el primer día de Luke en el Instituto. *Da la sensación de que Petey se marchó hace una eternidad, pero fue la semana pasada*, había dicho ella, y ahí estaba ese niño. O lo que quedaba de él.

—Littlejohn —musitó Luke—. Creo que se llama así. Pete Littlejohn.

Nadie lo oyó. Permanecían atentos a la pantalla, como hipnotizados.

Frente al albañal destinado a la eliminación de aguas residuales, en la pared opuesta, se veía un comedero largo con patas de acero. Al lado había dos niñas y un niño. Las niñas se llevaban un mejunje marrón a la boca con las manos ahuecadas. Tim, mirando con incredulidad y asqueado asombro, pensó que la masa parecía Maypo, los cereales de su infancia. El niño, inclinado,

con la cara hundida en aquella sustancia, mantenía las manos a los costados y chasqueaba los dedos. Otros simplemente yacían en sus colchones con la mirada fija en el techo, con los rostros tatuados por las sombras de la malla metálica.

Cuando Maureen se dirigió hacia la mujer de la vaporeta, cabía suponer que para sustituirla en su tarea, se interrumpió la película y la pantalla volvió a quedar en azul. Esperaron por si Maureen aparecía de nuevo en la butaca, quizá para ofrecer más explicaciones, pero no había nada más.

—Dios mío, ¿qué *era* eso? —preguntó Frank Potter.

—La mitad trasera de la Mitad Trasera —respondió Luke, más pálido que nunca.

—Qué clase de personas meterían a unos *niños* en un...

—Monstruos —dijo Luke. Se puso en pie; de pronto se llevó una mano a la cabeza y se tambaleó.

Tim lo sujetó.

—¿Vas a desmayarte?

—No. No lo sé. Necesito salir. Necesito respirar un poco de aire fresco. Es como si se estrechara el espacio entre las paredes.

Tim miró al sheriff John, que asintió con la cabeza.

—Sácalo al callejón. A ver si consigues que se le pase.

—Te acompaño —dijo Wendy—. Además, me necesitarás para abrirte la puerta.

En la puerta del fondo de la zona de detención, un enorme rótulo blanco en mayúsculas advertía: SALIDA DE EMERGENCIA. SONARÁ LA ALARMA. Wendy utilizó una llave de su llavero para desconectar la alarma. Tim accionó la barra de la puerta con la base de la mano y, valiéndose de la otra, guio hacia el callejón a Luke, que ya no se tambaleaba pero seguía espantosamente pálido. Tim sabía qué era el trastorno por estrés postraumático, pero no había

visto ningún caso salvo en televisión. En ese momento estaba viéndolo, en ese niño que no tendría edad para afeitarse hasta pasados tres años.

—No pises las cosas de Annie —previno Wendy—. Y menos el colchón inflable. No le haría ninguna gracia.

Luke no preguntó qué hacían en el callejón un colchón inflable, dos mochilas, un carrito de supermercado con tres ruedas y un saco de dormir enrollado. Respirando hondo, se dirigió lentamente hacia Main Street y en el camino se detuvo una vez para agacharse y agarrarse las rodillas.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Tim.

—Mis amigos los dejarán salir —dijo Luke, todavía en cuclillas.

—¿A quiénes dejarán salir? —preguntó Wendy—. ¿A esos...? —No supo cómo acabar la frase. Daba igual, porque Luke no parecía oírlo.

—No lo veo, pero lo sé. No entiendo cómo pueden hacerlo, pero lo hacen. Creo que es el Avester. Avery, quiero decir. Kalisha está con él. Y Nicky. George. ¡Dios, qué fuertes son! ¡Qué fuertes son juntos!

Se irguió y empezó a andar otra vez. Cuando se detuvo en la entrada del callejón, se encendieron las seis farolas de Main Street. Asombrado, miró a Tim y a Wendy.

—¿Eso lo he hecho yo?

—No, cariño —respondió Wendy, y se rio un poco—. Es la hora de encendido programada. Volvamos adentro. Necesitas tomarte una de las Coca-Colas del sheriff John.

Ella le tocó el hombro. Luke se apartó.

—Espera.

Una pareja cogida de la mano cruzaba la calle desierta. El hombre, rubio, tenía el pelo corto. La mujer llevaba un vestido de flores.

El poder que los niños generaban disminuyó cuando Nicky soltó las manos de Kalisha y George, pero solo un poco. Porque los otros se habían reunido detrás de la puerta del pabellón A, y eran ellos quienes aportaban la mayor parte del poder.

Es como un balancín, pensó Nick. A medida que la capacidad para pensar baja, la TP y la TQ suben. Y a los que están detrás de esa puerta apenas les queda mente.

Exacto, dijo Avery. Así funciona. Ellos son la batería.

Nicky tenía la cabeza despejada, ni asomo de dolor. Contempló a los demás y supuso que todos sentían lo mismo. Si los dolores de cabeza volverían —o cuándo— era imposible saberlo. De momento lo agradecía sin más.

Ya no necesitaban la bengala; eso había quedado atrás. Se dejaban llevar por el zumbido.

Nicky se agachó junto a los cuidadores uniformados de azul que se habían dejado inconscientes mutuamente a golpe de descarga eléctrica y empezó a registrarles los bolsillos. Encontró lo que buscaba y se lo entregó a Kalisha, que se lo pasó a Avery.

—Hazlo tú —dijo ella.

Avery Dixon —que debería haber estado en su casa cenando con sus padres después de otro día difícil en el colegio como el alumno más pequeño de su clase de quinto— cogió la tarjeta llave de color naranja y la acercó al sensor. La cerradura emitió un chasquido y la puerta se abrió. Los residentes de Vege Park se hallaban apiñados al otro lado como ovejas bajo la tormenta. Estaban sucios, prácticamente desnudos, aturdidos. Varios de ellos babeaban. Petey Littlejohn emitía «ya-ya-ya-ya-ya» al tiempo que se golpeaba la cabeza.

Nunca volverán, pensó Avery. Tienen la maquinaria demasiado

desmantelada para recuperarse. Quizá Iris también.

George: *Pero a lo mejor los demás aún tenemos una oportunidad.*

Sí.

Kalisha, consciente de que era una actitud fría, consciente también de que era necesario: *Entretanto podemos utilizarlos.*

—¿Ahora qué? —preguntó Katie—. ¿Ahora qué *ahora* qué?

Por un momento ninguno contestó, porque ninguno lo sabía. De pronto Avery tomó la palabra.

La Mitad Delantera. Vayamos a por los demás niños y salgamos de aquí.

Helen: *¿Y adónde vamos?*

Empezó a sonar una estridente alarma en ciclos ascendentes y descendentes. Ninguno de ellos prestó atención.

—Ya nos preocuparemos más tarde de adónde vamos —dijo Nicky. Volvió a dar la mano a Kalisha y a George—. Primero desquitémonos un poco. Hagamos un poco de daño. ¿Alguien tiene algún inconveniente?

Nadie lo tenía. Con las manos enlazadas una vez más, los once que habían iniciado la revuelta se encaminaron por el pasillo hacia el salón de la Mitad Trasera y el vestíbulo del ascensor situado más allá. Los residentes del pabellón A los siguieron en una especie de desfile de zombis, atraídos quizá por el magnetismo de los niños que aún podían pensar. El zumbido se había reducido a un murmullo, pero allí seguía.

Avery Dixon intentó comunicarse con el exterior, buscando a Luke, esperando encontrarlo en un lugar demasiado lejano para poder ayudarlos. Porque eso significaría que al menos uno de los niños esclavos del Instituto estaba a salvo. Era muy probable que los demás muriesen, porque el personal de ese agujero del infierno haría cualquier cosa para impedir su huida.

Cualquier cosa.

Trevor Stackhouse iba de un lado para el otro por su despacho, situado en el mismo pasillo que el de la señora Sigsby, porque estaba demasiado tenso para sentarse, y así seguiría hasta que tuviera noticias de Julia. Las noticias podían ser buenas o malas, pero cualquier noticia sería mejor que esa espera.

Sonó un teléfono, pero no era ni el tradicional campanilleo del fijo ni el *brrrt-brrrt* de su teléfono en forma de caja; se trataba del imperioso doble bocinazo del teléfono rojo de seguridad. Había sonado por última vez la noche de la cagada de aquellas dos gemelas y el tal Cross en el comedor. Stackhouse descolgó y, antes de que pudiera pronunciar una palabra, el doctor Hallas le farfullaba al oído.

—Han salido, los que ven las películas seguro, y creo que los vegetales también, han agredido a al menos tres cuidadores, no, cuatro; dice Corinne que le parece que Phil Chaffitz está muerto, electrocu...

—¡Cállese! —vociferó Stackhouse al teléfono. A continuación, cuando tuvo la certeza (no, no la certeza, solo la esperanza) de que contaba con la atención de Heckle, añadió—: Ponga en orden sus ideas y dígame qué ha pasado.

Hallas, sobresaltado, recuperó en cierta medida su racionalidad de tiempo atrás y contó a Stackhouse lo que había visto. Cuando se acercaba al final del relato, sonó la alarma general del Instituto.

—Por Dios, ¿la ha activado usted, Everett?

—No, no, yo no; habrá sido Joanne. La doctora James. Estaba en el crematorio. Se retira allí a meditar.

Stackhouse casi perdió el hilo, desconcertado por la extraña imagen que cobró forma en su mente: la doctora Jeckle sentada ante la puerta del horno, con las piernas cruzadas, rezando tal vez para pedir serenidad. Enseguida se

obligó a centrarse de nuevo en el asunto que reclamaba su atención: los niños de la Mitad Trasera habían organizado un patético motín o algo así. ¿Cómo era posible? No había ocurrido nunca. ¿Y por qué *en ese momento*?

Heckle seguía hablando, pero Stackhouse ya había oído todo lo que necesitaba.

—Atiéndame, Everett. Reúna todas las tarjetas naranja que encuentre y quémelas, ¿entendido? *Quémelas*.

—¿Cómo... cómo se supone que...?

—¡Tiene un puñetero horno en la planta E! —bramó Stackhouse—. ¡Utilice ese puto trasto para incinerar algo más que niños!

Colgó y llamó desde el fijo a Fellowes, que se hallaba en la sala de ordenadores. Andy quería saber a qué se debía la alarma. Parecía asustado.

—Tenemos un problema en la Mitad Trasera, pero ya estoy ocupándome de eso. Envía a mi ordenador las imágenes de las cámaras de esa zona. No hagas preguntas, sencillamente obedece.

Encendió su ordenador —¿siempre había arrancado tan despacio esa antigualla?— e hizo clic en CÁMARAS DE SEGURIDAD. Vio el comedor de la Mitad Delantera, prácticamente vacío... unos cuantos niños en el patio...

—¡Andy! —gritó—. ¡La Mitad Delantera no, la Mitad Trasera! Deja de joder...

La imagen cambió y vio a Heckle a través de una película de polvo acumulada en el objetivo de la cámara: estaba en su despacho, encogido de miedo. En ese preciso instante entró Jeckle, que regresaba, cabía suponer, de su sesión de meditación interrumpida. Miraba atrás por encima del hombro.

—Vale, eso ya está mejor. Ya me encargo yo.

Cambió la imagen y la pantalla mostró el salón de los cuidadores. Unos cuantos se habían refugiado allí. Tenían la puerta del pasillo cerrada y era probable que hubieran echado el cerrojo. Ahí no encontraría ayuda.

Cambio, y ahí estaba el pasillo principal enmoquetado de azul, con al menos tres cuidadores abatidos. No, cuatro. Jake Howland, sentado en el suelo ante la sala de proyección, se sujetaba la mano contra el pecho de la casaca, empapada de sangre.

Cambio, y ahí estaba el comedor, vacío.

Cambio, y ahí estaba el salón. Corinne Rawson, arrodillada junto a Phil Chaffitz, hablaba atropelladamente con alguien por su walkie-talkie. Phil, en efecto, parecía muerto.

Cambio, y ahí estaba el vestíbulo del ascensor. La puerta de este empezaba a cerrarse. Era del tamaño de los que se utilizaban para transportar pacientes en los hospitales y estaba abarrotado de residentes. En su mayoría desnudos. Los vegetales del pabellón A, pues. Si podía detenerlos ahí... atraparlos ahí...

Cambio, y, a través de la irritante película de polvo y suciedad, Stackhouse vio a más niños en la planta E, diez o doce. Pululaban por delante de las puertas del ascensor, esperando a que estas se abrieran y arrojaran al resto de los críos amotinados. Esperando frente al túnel de acceso que llevaba a la Mitad Delantera. Mal asunto.

Stackhouse cogió el auricular del fijo y no oyó más que silencio. Fellowes había colgado en su lado de la línea. Maldiciendo por la pérdida de tiempo, Stackhouse volvió a marcar.

—¿Puedes cortar el suministro eléctrico del ascensor de la Mitad Trasera? ¿Pararlo en medio del hueco?

—No lo sé —dijo Fellowes—. Puede ser. A lo mejor sale en el manual de Procedimientos de Emergencia. Déjeme con...

Pero ya era tarde. En la planta E, las puertas del ascensor se abrieron y los niños fugados de Vege Park salieron lentamente, mirando el vestíbulo embaldosado como si hubiera algo que ver. Eso ya era malo de por sí, pero Stackhouse vio algo peor. Heckle y Jeckle podían encontrar docenas de

tarjetas llave de la Mitad Trasera y quemarlas, aunque no serviría de nada. Porque uno de los niños —era el renacuajo que había colaborado con la limpiadora para ayudar a huir a Ellis— tenía una tarjeta llave naranja en la mano. Esta abriría la puerta del túnel y abriría también la puerta que comunicaba con la planta E de la Mitad Delantera. Si llegaban a la Mitad Delantera, podía ocurrir cualquier cosa.

Por un momento, que pareció interminable, Stackhouse permaneció inmóvil. Fellowes le berreaba al oído, pero a él se le antojó un sonido lejano. Porque sí, ese mierdecilla, valiéndose de la tarjeta naranja, accedió al túnel seguido de su alegre panda. Un recorrido de doscientos metros los llevaría hasta la Mitad Delantera. La puerta se cerró detrás del último y el vestíbulo del ascensor de la planta inferior quedó vacío. Stackhouse pulsó una tecla del ordenador y obtuvo una imagen del grupo avanzando por el túnel alicatado.

El doctor Hendricks, el bueno de Donkey Kong, irrumpió en el despacho con el faldón de la camisa agitándose, la bragueta medio abierta, y los ojos ribeteados de rojo y desorbitados.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está...?

Y, para colmo, el teléfono en forma de caja inició su *brrrt-brrrt-brrrt*. Stackhouse alzó la mano para hacer callar a Hendricks. El teléfono siguió reclamando su atención.

—Andy, están en el túnel. Vienen y tienen una tarjeta llave. Tenemos que detenerlos. ¿Se te ocurre alguna idea?

No esperaba nada salvo más pánico, pero Fellowes lo sorprendió.

—Supongo que podría anular las cerraduras.

—¿Cómo?

—No puedo desactivar las tarjetas, pero puedo bloquear las cerraduras. Los códigos de acceso se generan informáticamente y por tanto...

—¿Estás diciéndome que puedes dejarlos ahí encerrados?

—Pues... sí.

—¡Hazlo! ¡Ahora mismo!

—¿Qué pasa? —preguntó Hendricks—. Dios mío, estaba a punto de marcharme cuando la alarma...

—Cállese —dijo Stackhouse—. Pero quédese aquí. Quizá lo necesite.

El teléfono en forma de caja siguió rebuznando. Todavía atento al túnel y al desfile de imbéciles, contestó. Sostenía un teléfono junto a cada oreja, como un personaje en una vieja película de humor absurdo.

—¿Qué? ¿Qué?

—Estamos aquí, y el niño está aquí —anunció la señora Sigsby. La conexión era buena; daba la impresión de que estuviese en el despacho contigo—. Confío en tenerlo otra vez bajo nuestra custodia en breve. —Hizo una pausa—. O muerto.

—Bien, Julia, pero aquí la situación se ha complicado. Ha habido un...

—Sea lo que sea, resuélvelo. Esto va a ocurrir *ya*. Te llamaré cuando estemos saliendo del pueblo.

Cortó. A Stackhouse le dio igual, porque si Fellowes no lograba obrar su magia informática, quizá Julia no tuviera nada a lo que volver.

—¡Andy! ¿Sigues ahí?

—Aquí estoy.

—¿Lo has hecho?

Stackhouse sintió la pavorosa certidumbre de que Fellowes le comunicaría que su viejo sistema informático había elegido ese momento crítico para averiarse.

—Sí. Bueno, casi seguro. Estoy viendo un mensaje en la pantalla que dice: TARJETAS LLAVE NARANJA INVALIDADAS. INTRODUCZA NUEVO CÓDIGO DE AUTORIZACIÓN.

Ese «casi seguro» de Andy Fellowes no sirvió para tranquilizar a

Stackhouse precisamente. Se inclinó hacia delante en la silla, entrelazó las manos y clavó la vista en la pantalla del ordenador. Hendricks se acercó a él y echó un vistazo por encima de su hombro.

—Dios mío, ¿qué están haciendo?

—Yo diría que vienen a por nosotros —respondió Stackhouse—. Estamos a punto de averiguar si pueden.

El desfile de fugitivos en potencia abandonó el encuadre de una cámara. Stackhouse pulsó la tecla que cambiaba la imagen. Apareció brevemente Corinne Rawson con la cabeza de Phil en el regazo y luego lo que él quería. La pantalla mostraba la puerta de acceso a la planta F de la Mitad Delantera en el extremo del túnel. Los niños llegaron.

—La hora de la verdad —anunció Stackhouse. Tenía los puños tan apretados que las uñas le dejaban marcas en las palmas de las manos.

Dixon alzó la tarjeta naranja y la colocó sobre el lector. Probó el picaporte y Trevor Stackhouse, al ver que no ocurría nada, se relajó por fin. A su lado Hendricks exhaló una vaharada que apestaba a bourbon. Beber en horas de servicio estaba tan prohibido como llevar teléfono móvil, pero Stackhouse no iba a preocuparse por algo así en ese momento.

Moscas en un tarro, pensó. Eso es lo que sois ahora, niños y niñas. En cuanto a lo que os pase a continuación...

Afortunadamente, no era problema suyo. Lo que les pasara una vez atado el cabo suelto de Carolina del Sur era asunto de la señora Sigsby.

—Para eso te pagan un pastón, Julia —dijo, y se retrepó en su sillón para contemplar al grupo de niños, que, guiados por Wilholm, regresaban a la puerta que acababan de cruzar para probar. Sin el menor resultado. Wilholm echó atrás la cabeza. Abrió la boca. Stackhouse lamentó no disponer del audio; le habría gustado oír ese grito de frustración.

—Tenemos el problema bajo control —dijo a Hendricks.

—Hummm —murmuró Hendricks.

Stackhouse se volvió hacia él.

—¿Qué significa eso?

—Quizá no del todo.

28

Tim apoyó una mano en el hombro de Luke.

—Si ya estás en condiciones, tenemos que volver a entrar y aclarar este asunto. Iremos a por esa Coca-Cola y...

—Un momento. —Luke miraba atentamente a la pareja cogida de la mano que cruzaba la calle. No se habían fijado en el trío que se hallaba en la entrada del callejón de Annie la Huérfana; tenían puesta toda su atención en la comisaría.

—Han salido de la interestatal y se han perdido —comentó Wendy—. ¿Qué te juegas? Cada mes nos llegan cinco o seis de esos. ¿Volvemos dentro ya?

Luke no le prestaba atención. Aún percibía a los demás, los niños, y en ese momento los notaba abatidos, pero estaban muy en el fondo de su mente, como voces procedentes de otra habitación a través de un extractor empotrado en la pared. Esa mujer, la del vestido de flores...

Algo se cae y me despierta. Debe de ser el trofeo de cuando ganamos el Torneo de Debate del Noroeste, porque es el más grande, y arma un gran estrépito. Alguien se inclina sobre mí. Digo «mamá» porque, aunque sé que no es ella, es una mujer y «mamá» es la primera palabra que me viene a la cabeza aún dormida. Y dice...

—«Claro —dijo Luke—. Lo que tú quieras.»

—Bien —contestó Wendy—. Entonces vamos...

—No, eso es lo que dijo *ella*. —Señaló con el dedo. La pareja había llegado a la acera, delante de la oficina del sheriff. Ya no iban de la mano. Luke se volvió hacia Tim con los ojos muy abiertos y expresión de terror—. ¡Es una de las que me secuestraron! ¡Volví a verla, en el Instituto! ¡En la sala de descanso! ¡Están aquí! ¡Ya os he dicho que vendrían, y *aquí* están!

Luke se dio media vuelta y corrió hacia la puerta, que no estaba cerrada por dentro, para que Annie pudiera entrar de noche si lo deseaba.

—¿Qué...? —empezó a decir Wendy, pero Tim no la dejó acabar. Echó a correr tras el niño del tren, y la idea que acudió a su mente fue que tal vez, después de todo, el chico tuviera razón en cuanto a Norbert Hollister.

29

—¿Y bien? —preguntó Annie la Huérfana en un susurro casi demasiado intenso para definirse como tal—. ¿Ahora me crees, señor Corbett Denton?

En un primer momento, Batería no respondió, porque intentaba procesar lo que estaba viendo: tres monovolúmenes aparcados uno al lado de otro y, más allá, un corrillo de hombres y mujeres. Contó nueve, suficientes para formar un equipo de béisbol. Y Annie estaba en lo cierto: iban armados. Empezaba a anochecer, pero a finales del verano la claridad del día se prolongaba y, además, las farolas estaban ya encendidas. Batería vio pistolas enfundadas y dos armas largas que identificó como HK. Máquinas de matar personas. El equipo de béisbol se había agrupado cerca de la fachada del viejo cine, pero se ocultaban tras la pared de ladrillo. Era evidente que esperaban algo.

—¡Otros han ido a reconocer el terreno! —exclamó Annie con voz sibilante—. ¿Los ves cruzar la calle? ¡Van a echar un vistazo a la oficina del sheriff para saber cuánta gente hay dentro! ¿Vas a traer ahora tus malditas armas o

tengo que ir a buscarlas yo misma?

Batería se volvió y, por primera vez en veinte años, quizá incluso treinta, echó a correr a toda velocidad. Trepó por los peldaños que llevaban al apartamento situado encima de la barbería y se detuvo en el rellano lo justo para tomar aire en tres o cuatro grandes bocanadas. Lo justo también para preguntarse si su corazón estaría capacitado para soportar el esfuerzo o si sencillamente estallaría.

La 30-06, con la que planeaba pegarse un tiro una de esas agradables noches de Carolina del Sur (tal vez lo habría hecho ya de no ser por alguna que otra conversación interesante con el nuevo sereno del pueblo), estaba en el armario y la tenía cargada. Igual que la automática del 45 y el revólver del 38 del estante superior.

Cogió las tres armas y volvió corriendo a la escalera. Jadeaba y sudaba, y era probable que apestara como un cerdo en una sauna, pero se sentía totalmente vivo por primera vez desde hacía años. Aguzó el oído en previsión de posibles disparos, pero de momento no se oía nada.

A lo mejor son polis, pensó, aunque parecía poco probable. Los polis habrían entrado directamente, se habrían identificado y habrían anunciado el motivo de su visita. Además, habrían llegado en todoterrenos, Suburbans o Escalades.

Al menos eso hacían en televisión.

Nick Wilholm encabezó la abigarrada tropa de niños y niñas perdidos de regreso a la puerta de acceso a la Mitad Delantera, bloqueada. Algunos de los residentes del pabellón A lo siguieron; otros se limitaron a deambular por allí.

Pete Littlejohn empezó a golpearse de nuevo lo alto de la cabeza a la vez que gritaba «Ya-ya-ya-ya-ya». En el túnel, su canto rítmico producía un eco que resultaba no solo molesto, sino enloquecedor.

—Cojámonos de las manos —dijo Nicky—. Todos. —Señaló con la barbilla a los vegetales pululantes y añadió: *Creo que así los atraeremos.*

Como mosquitos a una lámpara antimosquitos, pensó Kalisha. La imagen no era muy agradable, pero la verdad casi nunca lo era.

Se acercaron. Cuando todos se unieron al círculo, el zumbido cobró volumen. Las paredes del túnel los obligaron a alargar el círculo hasta formar algo más parecido a una cápsula, pero daba igual. El poder estaba ahí.

Kalisha entendió lo que Nicky se proponía no solo porque estuviera captándolo, sino porque era la única opción que les quedaba.

Juntos seremos más fuertes, pensó, y a continuación, alzando la voz, dijo a Avery:

—Revienta esa cerradura, Avester.

El zumbido se elevó hasta convertirse en un pitido de acople y, si alguno de ellos hubiera tenido aún dolor de cabeza, este habría huido aterrorizado. Una vez más, Kalisha experimentó esa sensación de poder sublime. Sucedió durante las noches de cine con bengala, pero entonces era algo sucio. Esto era limpio, porque era cosa de ellos. Los niños del pabellón A permanecían en silencio pero sonreían. También ellos lo sentían. Y les gustaba. Kalisha supuso que era lo más parecido a un pensamiento a lo que llegarían jamás.

La puerta crujió levemente y vieron que volvía a acomodarse en el marco, pero eso fue todo. Avery se había puesto de puntillas y había contraído el pequeño rostro en una mueca de concentración. Se distendió y dejó escapar el aire.

George: *¿No?*

Avery: *No. Si estuviese solo cerrada con llave, creo que podríamos, pero*

es como si la cerradura ni siquiera estuviese ahí.

—Muerta —dijo Iris—. Muerta, muerta, y no se despierta, una cosa es cierta, la cerradura está muerta.

—Las han bloqueado de algún modo —intervino Nicky. *Y no podemos reventar la puerta sin más, ¿no?*

Avery: *No, acero macizo.*

—¿Dónde está Superman cuando se lo necesita? —dijo George. Se levantó las mejillas con los dedos, creando una sonrisa desprovista de humor.

Helen se sentó, se llevó las manos al rostro y se echó a llorar.

—¿De qué servimos? —Lo repitió, esta vez en forma de eco mental: *¿De qué servimos?*

Nicky se volvió hacia Kalisha. *¿Alguna idea?*

No.

Se volvió hacia Avery. *¿Y tú?*

Avery negó con la cabeza.

—¿No del todo? ¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Stackhouse.

Donkey Kong, en lugar de contestar, se dirigió apresuradamente al intercomunicador de Stackhouse, en el lado del despacho. La parte superior de la carcasa presentaba una gruesa capa de polvo. Stackhouse no lo había utilizado ni una sola vez; al fin y al cabo, tampoco era que tuviese que andar anunciando inminentes bailes o noches de Trivial. El doctor Hendricks se inclinó para inspeccionar los rudimentarios controles y accionó un interruptor, que encendió un indicador verde.

—¿Qué quiere decir...?

Esta vez fue Hendricks quien lo obligó a callar y Stackhouse, en lugar de ira, sintió cierta admiración. El buen doctor consideraba de vital importancia lo que fuese que se traía entre manos.

Hendricks cogió el micrófono, pero se detuvo.

—¿Hay alguna manera de asegurarse de que esos niños fugados no oigan lo que voy a decir? No tiene sentido darles ideas.

—En el túnel de acceso no hay megafonía —informó Stackhouse, confiando en que así fuese—. En cuanto a la Mitad Trasera, creo que tienen su propio sistema de intercomunicación independiente. ¿Qué se propone?

Hendricks lo miró como si fuera idiota.

—Que sus cuerpos estén encerrados no significa que lo estén sus mentes.

Mierda, pensó Stackhouse. Me olvidaba de la razón por la que están aquí.

—A ver, ¿cómo funciona...? Da igual, ya lo veo. —Hendricks pulsó el botón que tenía el micro a un lado, se aclaró la garganta y empezó a hablar—: Atención, por favor. A todo el personal, atención. Habla el doctor Hendricks. —Se deslizó una mano por el cabello ralo, alborotándose aún más de lo que ya estaba—. Se han escapado los niños de la Mitad Trasera, pero no hay motivo de alarma. Repito, no hay motivo de alarma. Están acorralados en el túnel de acceso entre la Mitad Delantera y la Mitad Trasera. Aun así, puede que intenten influir en ustedes, tal como han... —Se interrumpió y se humedeció los labios con la lengua—. Tal como influyen en determinadas personas cuando hacen su trabajo. Puede que intenten inducirlos a autolesionarse. O, bueno, a volverse unos contra otros.

Dios santo, pensó Stackhouse, *esa* sí es una idea como para subirle los ánimos a uno.

—Escuchen atentamente —prosiguió Hendricks—. Solo son capaces de lograr cierta infiltración mental si los objetivos están desprevenidos. Si sienten ustedes algo, si perciben pensamientos que no son los propios,

conserven la calma y resístanse. Expúlsenlos. Lo conseguirán muy fácilmente. Puede ser útil hablar en voz alta. Decir: «No te escucho».

Cuando se disponía a dejar el micro, Stackhouse lo cogió.

—Aquí Stackhouse. Al personal de la Mitad Delantera: todos los niños deben volver a sus habitaciones inmediatamente. Si alguno se resiste, utilizad los bastones eléctricos.

Apagó el intercomunicador y se volvió hacia Hendricks.

—Puede que a esos pequeños capullos del túnel no se les ocurra. Al fin y al cabo, no son más que niños.

—Ah, se les ocurrirá —respondió Hendricks—. Al fin y al cabo, han practicado.

32

Tim alcanzó a Luke cuando este abría la puerta de la zona de detención.

—Quédate aquí, Luke. Wendy, ven conmigo.

—¿No pensarás realmente...?

—No sé qué pensar. No desenfundes, pero deja el cierre de la pistolera abierto.

Mientras Tim y Wendy avanzaban a toda prisa por el corto pasillo entre las cuatro celdas vacías, oyeron la voz de un hombre. A juzgar por el tono, parecía afable. Incluso de buen humor.

—A mi mujer y a mí nos dijeron que en Beaufort hay algunos edificios antiguos interesantes, y hemos pensado en tomar un atajo, pero parece que el GPS se ha hecho un lío.

—Lo he obligado a parar y pedir indicaciones —añadió la mujer, y cuando Tim entró en la oficina, vio que miraba a su marido, si ese rubio era su

marido, con jocosa exasperación—. Él no quería. Los hombres siempre creen saber adónde van, ¿no?

—Verán, ahora estamos un poco ocupados —respondió el sheriff John—, y no tengo tiempo...

—¡Es *ella!* —exclamó Luke desde detrás de Tim y Wendy, y estos se sobresaltaron. Los otros agentes se volvieron. Luke apartó de un empujón a Wendy con tal fuerza que la lanzó contra la pared—. ¡Es la que me roció la cara con espray y me dejó inconsciente! ¡Cabrona, tú mataste a mis padres!

Intentó abalanzarse sobre ella. Tim lo agarró por el cuello de la camiseta y lo obligó a retroceder de un tirón. El rubio y la mujer del vestido de flores quedaron, al parecer, sorprendidos y desconcertados. En otras palabras, lo que se consideraría una reacción normal. Solo que Tim creyó haber percibido también algo más en el rostro de la mujer, apenas un instante: una expresión de claro reconocimiento.

—Me parece que hay algún error —decía. Trató de esbozar una sonrisa de perplejidad—. ¿Quién es ese niño? ¿Está loco?

Aunque Tim era solo el sereno del pueblo y seguiría siéndolo durante los cinco meses siguientes, reasumió automáticamente la actitud de policía, igual que la noche que aquellos chicos atracaron el Zoney's y dispararon contra Absimil Dobira.

—Me gustaría ver sus documentos de identidad, amigos.

—Tampoco hace falta, ¿no? —dijo la mujer—. No sé quién se ha creído ese niño que somos, pero nos hemos perdido, y cuando yo era pequeña, mi madre me decía que si me perdía, preguntase a un policía.

El sheriff John se puso en pie.

—Ajá, ajá, puede que eso sea verdad, y si lo es, no les importará enseñarnos sus carnets de conducir, ¿verdad?

—Ni mucho menos —contestó el hombre—. Déjeme sacar la cartera.

La mujer ya estaba metiendo la mano en el bolso con cara de exasperación.

—¡Cuidado! —exclamó Luke—. ¡Van armados!

Tag Faraday y George Burkett parecían atónitos; Frank Potter y Bill Wicklow, perplejos.

—¡Un momento! —intervino el sheriff John—. ¡Las manos donde pueda verlas!

Ninguno de los dos se quedó inmóvil. Cuando Michelle Robertson sacó la mano del bolso, no sostenía su carnet de conducir, sino la Sig Sauer Nightmare Micro que le habían asignado. Denny Williams había echado la mano atrás para extraer la Glock que llevaba al cinturón, no la cartera. Tanto el sheriff como el ayudante Faraday se disponían a desenfundar sus armas reglamentarias, pero fueron lentos, muy lentos.

Tim no. Sacó el arma de Wendy de la pistolera de esta y apuntó con las dos manos.

—¡Suelten las armas, suéltelas!

No obedecieron. Robertson apuntó a Luke y Tim le disparó una sola vez. El impacto la lanzó hacia atrás contra una de las hojas de la gran puerta de la comisaría con tal violencia que agrietó el cristal esmerilado.

Williams apoyó una rodilla en el suelo y apuntó a Tim, que apenas tuvo tiempo de pensar: Este tipo es un profesional y estoy muerto. Pero el arma del hombre se desvió de golpe hacia arriba, como si tirara de ella un cordel invisible, y la bala dirigida a Tim fue a dar en el techo. El sheriff John Ashworth propinó un puntapié al rubio a un lado de la cabeza, y el hombre se desplomó. Billy Wicklow le pisó la muñeca.

—Suéltala, cabrón, suéltala...

Fue entonces cuando la señora Sigsby advirtió que la situación se había torcido y ordenó a Louis Grant y a Tom Jones que abrieran fuego con las armas grandes. Williams y Robertson no eran importantes.

El niño, sí.

El ruido atronador de los dos HK 37 llenó el crepúsculo antes apacible de DuPray. Grant y Jones barrieron a balazos la fachada de ladrillo de la oficina del sheriff, levantando pequeñas nubes de polvo rojo rosado y haciendo añicos los cristales de las ventanas y la puerta, que estallaron hacia el interior. Se hallaban en la acera; el resto del equipo Oro se había situado detrás de ellos en la calle. La única excepción era el doctor Evans, que permanecía de pie a un lado, tapándose los oídos con las manos.

—¡Sí! —exclamó Winona Briggs. Saltaba de un pie al otro, como si necesitara ir al baño—. ¡Cargáoslos!

—¡Adelante! —ordenó a voz en grito la señora Sigsby—. ¡Adelante todos ya! ¡Capturad al niño o matadlo! ¡Capturadlo o...!

En ese momento, se oyó a sus espaldas:

—Usted no va a ir a ninguna parte, señora. Juro por nuestro Salvador que van a morir unos cuantos de ustedes si lo intentan. Los dos de delante, dejen esos cacharros ahora mismo.

Louis Grant y Tom Jones se volvieron, pero en ningún momento soltaron los HK.

—Deprisa —dijo Annie— o estáis muertos. Esto no es un juego, chicos. Ahora estáis en el sur.

Cruzaron una mirada y a continuación dejaron las automáticas en el asfalto.

La señora Sigsby vio a los dos inverosímiles elementos emboscados bajo la marquesina combada del Gem: un calvo gordo con chaqueta de pijama y una mujer greñuda envuelta en lo que parecía un sarape mexicano. El hombre

empuñaba un fusil. La mujer del sarape tenía una automática en una mano y un revólver en la otra.

—Ahora que los demás hagan lo mismo —instó Batería Denton—. Estamos apuntándoles.

La señora Sigsby observó a los dos paletos plantados ante el cine abandonado y a su cabeza acudió un pensamiento elemental y a la vez rebosante de hastío: ¿Es que esto no va a acabarse nunca?

Se oyó un disparo procedente de la oficina del sheriff y, tras un breve silencio, otro. Cuando los paletos miraron en esa dirección, Grant y Jones se agacharon para recoger sus armas.

—¡Ni se os ocurra! —exclamó la mujer del sarape.

Robin Lecks, que no hacía mucho había disparado contra el padre de Luke a través de una almohada, aprovechó esa mínima oportunidad para desenfundar su Sig Micro. Los otros miembros del equipo Oro se echaron a tierra, para no interponerse en el ángulo de tiro de Grant y Jones. Así les habían enseñado a reaccionar. La señora Sigsby se quedó de pie donde estaba, como si su ira por ese problema inesperado fuese a protegerla.

Cuando se inició el enfrentamiento en Carolina del Sur, Kalisha y sus amigos se hallaban sentados cerca de la puerta de acceso a la Mitad Delantera, mustios y abatidos. La puerta no se abría porque Iris tenía razón: la cerradura estaba muerta.

Nicky: Quizá aún podamos hacer algo. Vengarnos del personal de la Mitad Delantera como hemos hecho con los cuidadores de rojo.

Avery negaba con la cabeza. Más que un niño pequeño, parecía un viejo

cansado. *Ya lo he intentado. Me he comunicado con Gladys, porque la odio. A ella y esa sonrisa falsa suya. Ha dicho que se negaba a escuchar y me ha apartado.*

Kalisha miró a los niños del pabellón A, que una vez más deambulaban por el túnel, como si hubiera algún sitio adonde ir. Una niña hacía la rueda; un niño con unas bermudas sucias y una camiseta rota daba ligeros cabezazos contra la pared; Pete Littlejohn seguía con sus ya-ya. Pero se acercarían si los llamaban, y ahí había mucho poder. Cogió a Avery de la mano.

—Todos juntos...

—No —la interrumpió Avery. *A lo mejor conseguiríamos que se sintieran raros, se marearan y se les revolviere el estómago...—*. Pero nada más.

Kalisha: *Pero ¿por qué? ¿Por qué? Si pudimos matar a aquel fabricante de bombas en Afganistán...*

Avery: *Porque el fabricante de bombas no lo sabía. El predicador, el tal Westin, no lo sabe. Cuando lo saben...*

George: *Pueden mantenernos a raya.*

Avery asintió.

—Entonces ¿qué podemos hacer? —preguntó Helen—. *¿Algo?*

Avery movió la cabeza en un gesto de negación. *No lo sé.*

—Sí hay una cosa que podemos hacer —dijo Kalisha—. Estamos aquí atrapados, pero sabemos de alguien que no lo está. Aun así, los necesitaremos a todos. —Ladeó la cabeza hacia los exiliados errantes del pabellón A—. Llamémoslos.

—No sé, Sha —contestó Avery—. Estoy muy cansado.

—Solo esto, y se acabó —insistió ella con tono persuasivo.

Avery exhaló un suspiro y tendió las manos. Kalisha, Nicky, George, Helen y Katie se enlazaron. Al cabo de un momento se unió Iris. Una vez más los otros se dejaron arrastrar hacia ellos. Volvieron a congregarse en forma de

cápsula y el zumbido se elevó. En la Mitad Delantera, los cuidadores, los técnicos y los bedeles lo sintieron y temieron, pero no iba dirigido hacia ellos. A dos mil doscientos kilómetros de allí, Tim acababa de descerrajar un tiro entre los pechos a Michelle Robertson; Grant y Jones levantaban sus fusiles automáticos para barrer a balazos la oficina del sheriff; Billy Wicklow pisaba la mano de Denny Williams, con el sheriff John a su lado.

Los niños del Instituto llamaron a Luke.

35

Luke no se planteó utilizar la mente para desviar el arma del hombre rubio; lo hizo sin más. Las luces de Stasi volvieron y lo borraron todo momentáneamente. Cuando empezaron a desvanecerse, vio a uno de los policías con el pie sobre la muñeca del rubio; pretendía obligarlo a soltar el arma. El rubio tenía los labios contraídos en una mueca de dolor y le sangraba un lado de la cabeza, pero no cejaba. El sheriff echó atrás el pie, al parecer dispuesto a asestarle otro puntapié en la cabeza.

Luke vio hasta ahí, pero entonces reaparecieron las luces de Stasi, más intensas que nunca, y las voces de sus amigos lo alcanzaron como un mazazo en plena cabeza. Tambaleante, retrocedió a través de la puerta de la zona de detención, alzando las manos como para protegerse de un puñetazo, y dio un traspié. Cayó de culo en el preciso instante en que Grant y Jones abrían fuego con los fusiles automáticos.

Vio que Tim placaba a Wendy y la derribaba, resguardando su cuerpo con el de él. Vio balas que penetraban en el sheriff y en el ayudante que aplastaba la mano del rubio. Los dos fueron abatidos. Volaron cristales. Alguien gritaba. Luke pensó que era Wendy. Fuera, Luke oyó a la mujer cuya voz se parecía

extrañamente a la de la señora Sigsby gritar algo así como «Adelante, todos».

Para Luke, aturdido a causa de una dosis doble de luces de Stasi y las voces combinadas de sus amigos, el mundo pareció ralentizarse. Vio que otro ayudante del sheriff —herido, le resbalaba sangre por el brazo— se giraba hacia la puerta principal rota, probablemente para ver quién había disparado. Parecía moverse muy despacio. El rubio se estaba poniendo de rodillas y también parecía moverse despacio. Era como ver ballet bajo el agua. Disparó al ayudante en la espalda y empezó a volverse hacia Luke. Ya más rápido: el mundo se aceleraba de nuevo. Antes de que el rubio pudiera abrir fuego, el ayudante pelirrojo se inclinó, casi como si hiciera una reverencia, y le disparó en la sien. El rubio voló de costado y fue a caer encima de la mujer que había afirmado ser su esposa.

Fuera, una mujer —no la que hablaba como la señora Sigsby, sino otra con acento sureño— exclamó: «¡Ni se os ocurra!».

Siguieron más disparos y, acto seguido, la primera mujer vociferó: «*¡El niño! ¡Tenemos que coger al niño!*».

Es ella, pensó Luke. No me explico cómo es posible, pero es ella. La de ahí fuera es la señora Sigsby.

Robin Lecks era buena tiradora, pero la luz del crepúsculo era cada vez más débil, y la distancia, excesiva para una pistola tan pequeña como la Micro. La bala no alcanzó a Batería Denton en la cabeza, sino a la altura del hombro. Lo lanzó hacia atrás, contra la taquilla tapiada, y los dos siguientes disparos de Robin fallaron. Annie la Huérfana mantuvo su posición. La había criado así en los cañaverales de Georgia su padre, que un día le dijo: «Hija, no retrocedas

por nada del mundo». Jean Ledoux había sido un tirador de primera, tanto borracho como sobrio, y la había enseñado bien. Annie abrió fuego con las dos pistolas de Batería, compensando el potente retroceso de la automática del 45 sin pensárselo siquiera. Abatió a uno de los hombres armados con fusiles automáticos (era Tony Fizzale, que nunca más blandiría un bastón eléctrico), indiferente a las tres o cuatro balas que silbaron cerca de ella, una de las cuales le dio un brusco tirón en el dobladillo del sarape.

Batería regresó y apuntó a la mujer que le había disparado. Robin, apoyada en una rodilla en medio de la calle, maldecía su Sig, que se había atascado. Batería se encajó el 30-06 en el hueco del hombro que no sangraba y la abatió.

—*¡Alto el fuego!* —gritaba la señora Sigsby—. *¡Tenemos que coger al niño! ¡Tenemos que asegurarnos! ¡Tom Jones! ¡Alice Green! ¡Louis Grant! ¡Espérenme! ¡Josh Gottfried! ¡Winona Briggs! ¡Defiendan!*

Batería y Annie intercambiaron una mirada.

—*¡Nosotros seguimos disparando o no?* —preguntó Annie.

—Y yo qué coño sé —contestó Batería.

Tom Jones y Alice Green flanqueaban las maltrechas puertas de la oficina del sheriff. Josh Gottfried y Winona Briggs retrocedieron y flanquearon de igual modo a la señora Sigsby, sin dejar de apuntar a los inesperados tiradores que los habían atacado por la espalda. El doctor James Evans, a quien no se había asignado posición alguna, decidió asignársela él mismo. Pasó por delante de la señora Sigsby y se acercó a Batería y a Annie la Huérfana con las manos en alto y una sonrisa conciliadora en el rostro.

—*¡Vuelva aquí, cretino!* —ordenó la señora Sigsby.

El médico desoyó la orden.

—Yo no formo parte de esto —declaró, dirigiéndose al hombre gordo vestido con una chaqueta de pijama, que parecía el más cuerdo de los dos emboscados—. Yo nunca he querido formar parte de esto, así que pienso que

me...

—Venga, siéntate —dijo Annie, y le disparó en el pie. Tuvo la consideración de hacerlo con el 38, que causaría menos daños. Al menos en teoría.

Con eso quedaba solo la mujer del traje pantalón rojo, la que estaba al mando. Si se reiniciaba el tiroteo, probablemente acabaría hecha trizas en medio del fuego cruzado, pero no mostraba miedo, solo cierta concentración colérica.

—Voy a entrar en la comisaría ahora —anunció a Batería y a Annie la Huérfana—. No es necesario que este disparate continúe. Quédense quietos y no les pasará nada. Empiecen a disparar, y Josh y Winona los eliminarán. ¿Entendido?

Sin aguardar la respuesta, se dio media vuelta y se encaminó hacia lo que quedaba de sus efectivos, acompañada del chacoloteo de sus zapatos de tacón bajo en el asfalto.

—¿Batería? —dijo Annie—. ¿Qué hacemos?

—Quizá no tengamos que hacer nada —respondió él—. Mira a tu izquierda. No muevas la cabeza, solo los ojos.

Annie lo hizo, y vio a uno de los hermanos Dobira acercarse apresuradamente por la acera. Llevaba una pistola. Más tarde explicaría a la Policía del Estado que su hermano y él, pese a ser hombres pacíficos, habían considerado sensato tener un arma en la tienda desde el atraco.

—Ahora a la derecha. No muevas la cabeza.

Annie orientó los ojos en esa dirección y vio a la viuda Goolsby y al señor Bilson, el padre de los gemelos Bilson. Addie Goolsby iba en bata y zapatillas de andar por casa. Richard Bilson llevaba un pantalón corto de madrás y una camiseta del equipo de la Universidad de Alabama. Los dos empuñaban rifles de caza. El grupo apostado frente a la oficina del sheriff no los vio; tenía toda

la atención puesta en el asunto que los había llevado hasta allí, fuera cual fuese.

«Ahora estáis en el sur», había dicho Annie a esos intrusos armados hasta los dientes. Sospechaba que estaban a punto de averiguar hasta qué punto era cierto.

—Tom y Alice —dijo la señora Sigsby—, entren. Asegúrense de coger al niño.

Y entraron.

37

Tim puso a Wendy en pie de un tirón. Se la veía aturdida, como si no supiera bien dónde estaba. Tenía un jirón de papel prendido en el cabello. Fuera había cesado el tiroteo, al menos de momento. Había dado paso a una conversación, pero a Tim le zumbaban los oídos y no distinguía las palabras. Y daba igual. Si ahí fuera estaban haciendo las paces, tanto mejor. No obstante, lo prudente era esperar más guerra.

—Wendy, ¿estás bien?

—Han... ¡Tim, han matado al sheriff John! ¿A cuántos más?

Él la sacudió.

—¿*Estás bien?*

Ella asintió.

—S-sí. Creo que...

—Saca a Luke por la parte de atrás.

Wendy alargó el brazo hacia Luke. Este la esquivó y corrió hacia el escritorio del sheriff. Tag Faraday intentó agarrarlo por el brazo, pero Luke se zafó también. Una bala había rozado el portátil, dejándolo ladeado, pero la

pantalla, aunque agrietada, seguía encendida, y la pequeña luz naranja del lápiz USB parpadeaba de forma constante. Aunque también a él le zumbaban los oídos, se encontraba cerca de la puerta y oyó a la señora Sigsby decir: «Asegúrense de coger al niño».

Cabrona, pensó. Cabrona implacable.

Luke se hizo con el portátil y, sujetándolo contra el pecho, se arrodilló cuando Alice Green y Tom Jones cruzaban la puerta hecha añicos. Tag levantó la pistola, pero no tuvo tiempo de disparar; una ráfaga del HK lo traspasó, haciendo jirones la espalda de la camisa de su uniforme. La Glock voló de su mano y resbaló por el suelo. El otro único ayudante que continuaba en pie, Frank Potter, ni siquiera hizo ademán de defenderse. Su rostro reflejaba estupefacción e incredulidad. Alice Green le disparó una vez a la cabeza y acto seguido, al reanudarse el tiroteo a sus espaldas, se agachó. Se oyeron alaridos y un grito de dolor.

El tiroteo y el grito distrajeron por unos instantes al hombre del HK. Jones giró en esa dirección y Tim le disparó dos veces en rápida sucesión, una en la nuca y otra en la cabeza. Alice Green se irguió y, pasando por encima de Jones, avanzó con semblante resuelto. En ese momento Tim vio a otra mujer que entraba justo detrás, una mujer de mayor edad con un traje pantalón rojo, que también empuñaba un arma. Dios santo, pensó, ¿cuántos hay? ¿Han mandado un ejército a por un niño?

—Está detrás del escritorio, Alice —dijo la mujer de mayor edad. Para hallarse en medio de semejante carnicería, hablaba con una calma escalofriante—. Veo asomar la venda de la oreja. Sácalo y pégale un tiro.

La mujer llamada Alice rodeó el escritorio. Tim, sin molestarse en ordenarle que se detuviera —esas sutilezas había quedado atrás—, se limitó a apretar el gatillo de la Glock de Wendy. El arma emitió un chasquido, pese a que debería haber quedado una bala más en el cargador, probablemente dos.

Incluso en esa situación de vida o muerte, comprendió la razón: Wendy no había recargado el arma totalmente después de su última práctica de tiro en la galería de Dunning. Esas cosas no ocupaban un lugar muy importante en su lista de prioridades. Incluso tuvo tiempo de pensar —reafirmando en la impresión que se había formado durante sus primeros días en DuPray— que Wendy no estaba hecha para el trabajo de policía.

Debería haberse quedado a cargo de la centralita, pensó, pero ya es demasiado tarde. Creo que vamos a morir todos.

Luke se levantó de detrás del escritorio de la centralita, sosteniendo el portátil con las dos manos. Lo blandió y golpeó a Alice Green de pleno en la cara. La pantalla agrietada se hizo pedazos. Green retrocedió tambaleante hasta chocar con la mujer del traje pantalón, sangrando por la nariz y la boca, y volvió a levantar el arma.

—¡Suéltela, suéltela, suéltela! —gritó Wendy.

Había rescatado la Glock de Tag Faraday. Green no se dio por aludida. Apuntaba a Luke, que, en lugar de cubrirse, extraía el lápiz USB de Maureen Alvorson del puerto del ordenador. Wendy descerrajó tres tiros con los ojos entornados, dejando escapar un penetrante chillido cada vez que apretaba el gatillo. La primera bala alcanzó a Alice Green justo por encima del caballete de la nariz. La segunda atravesó uno de los huecos de la puerta donde antes, hacía apenas ciento cincuenta segundos, había cristal esmerilado.

La tercera hirió en la pierna a Julia Sigsby, que soltó el arma y, doblándose, cayó al suelo con expresión de incredulidad.

—Me ha disparado. ¿Por qué me ha disparado?

—¿Es usted tonta? ¿Por qué va a ser? —dijo Wendy. Se acercó a la mujer, que había quedado sentada contra la pared; los cristales rotos crujían bajo sus zapatos. El aire apestaba a pólvora y en la oficina, antes ordenada y para entonces hecha un caos, flotaba un humo azul—. Les ha dado instrucciones de

disparar al niño.

La señora Sigsby le dirigió una sonrisa propia de quien ha de hacer un acopio de paciencia ante la estupidez ajena.

—No lo entiende. ¿Cómo va a entenderlo? Ese niño me pertenece. Es de mi *propiedad*.

—Ya no —dijo Tim.

Luke se arrodilló al lado de la señora Sigsby. Tenía las mejillas salpicadas de sangre y una esquirla de cristal en una ceja.

—¿A quién ha dejado al frente del Instituto? ¿A Stackhouse? ¿A él?

Ella se limitó a mirarlo.

—¿Es Stackhouse?

Nada.

Batería Denton entró y echó un vistazo alrededor. Tenía empapado de sangre un lado de la chaqueta del pijama, pero, a pesar de eso, se lo veía considerablemente alerta. Gutaale Dobira miraba por encima de su hombro con los ojos desorbitados.

—Joder —dijo Batería—. Esto es una matanza.

—He tenido que disparar a un hombre —informó Gutaale—. La señora Goolsby... estaba disparando a una mujer que pretendía disparar contra ella. Ha sido un caso claro de defensa propia.

—¿Cuántos hay fuera? —preguntó Tim—. ¿Los habéis abatido a todos o queda alguno en pie?

Annie apartó a Gutaale Dobira de un empujón y se colocó junto a Batería. Con su sarape y un arma humeante en cada mano, parecía un personaje de un *spaghetti western*. A Tim no le sorprendió. Ya nada le sorprendía.

—Creo que tenemos localizados a todos los que han bajado de esos monovolúmenes —dijo—. Un par están heridos, uno con una bala en el pie, el otro grave. A ese es al que ha disparado Dobira. Según parece, los demás

hijos de puta están muertos aquí dentro. —Examinó la sala—. Y Dios santo, ¿queda alguien del departamento del sheriff?

Wendy, pensó Tim, pero guardó silencio. Supongo que ahora es ella la sheriff en funciones. O quizá lo sea Ronnie Gibson cuando vuelva de vacaciones. Probablemente Ronnie. Wendy no querrá el puesto.

Addie Goolsby y Richard Bilson habían aparecido junto a Gutaale, detrás de Annie y Batería. Bilson observó la sala principal con consternación —paredes acribilladas, cristales rotos, charcos de sangre en el suelo, cuerpos desmadrados— y se llevó una mano a la boca.

Addie tenía más redaños.

—El médico viene de camino. Medio pueblo está ahí fuera, en la calle, casi todos van armados. La mujer a la que he pegado un tiro probablemente esté muerta, pero, como dice el señor Dobira, ha sido en defensa propia, pura y llanamente. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Y quién es ese? —Señaló al niño flaco de la oreja vendada.

Luke ni se dio cuenta. Estaba absorto en la mujer del traje pantalón.

—Stackhouse, seguro. Tiene que ser él. Debo ponerme en contacto con él. ¿Cómo lo hago?

La señora Sigsby se limitó a mirarlo fijamente. Tim se arrodilló junto a Luke. Lo que vio en los ojos de la mujer del traje pantalón era dolor, incredulidad y odio. No estaba seguro de cuál de esas emociones predominaba, pero, puestos a adivinar, habría dicho que era el odio. Era siempre el sentimiento más intenso, al menos a corto plazo.

—Luke...

Luke hizo caso omiso. Tenía toda la atención puesta en la mujer herida.

—Necesito ponerme en contacto con él, señora Sigsby. Tiene prisioneros a mis amigos.

—¡No son prisioneros, son *propiedades*!

Wendy se reunió con ellos.

—Señora, me parece que faltó usted a clase el día que enseñaron que Lincoln liberó a los esclavos.

—Mira que venir aquí y liarse a tiros en nuestro pueblo —dijo Annie—. Ahora ya se habrá enterado de lo que es esto, ¿no?

—Calla, Annie —instó Wendy.

—Necesito ponerme en contacto con él, señora Sigsby. Tengo que proponerle un trato. Dígame cómo hacerlo.

Al ver que ella no contestaba, Luke hundió el pulgar en la herida de bala a través del orificio en el pantalón rojo. La señora Sigsby chilló.

—¡No, ay, no, eso *duele!*

—¡Las descargas eléctricas de los bastones duelen! —exclamó Luke. Las esquirlas de cristal vibraron en el suelo y se desplazaron formando pequeños riachuelos. Annie lo contempló con los ojos muy abiertos y cara de fascinación—. ¡Las inyecciones duelen! ¡Que te medio ahoguen duele! ¿Y que le abran a uno la mente por la fuerza? —Volvió a hundirle el pulgar en la herida de bala. La puerta de la zona de detención se cerró con brusquedad y todos se sobresaltaron—. ¿Que le *destruyan* a uno la mente? ¡Eso es lo que más duele!

—¡Díganle que pare! —exclamó la señora Sigsby—. ¡Díganle que pare de hacerme daño!

Wendy se inclinó para apartar a Luke. Tim le dirigió un gesto de negación con la cabeza y la sujetó por el brazo.

—No.

—Es la conspiración —susurró Annie a Batería. Tenía los ojos como platos—. Esa mujer trabaja para la conspiración. ¡Todos ellos! ¡Lo sabía desde el principio, lo *dije*, y nadie me creyó!

Tim notó que el zumbido en sus oídos se atenuaba. No oyó sirenas, lo cual

tampoco le sorprendió. Supuso que la estatal ni siquiera tenía noticia de que se había producido un tiroteo en DuPray, al menos todavía. Y las llamadas al 911 no pasarían a la Policía de Carreteras de Carolina del Sur, sino a la oficina del sheriff del condado de Fairlee; en otras palabras, el ruinoso espacio donde se hallaban. Echó un vistazo al reloj y vio con incredulidad que el mundo había quedado patas arriba hacía solo cinco minutos. Seis, a lo sumo.

—La señora Sigsby, ¿no? —preguntó al tiempo que se arrodillaba junto a Luke.

Ella guardó silencio.

—Está usted metida en un grave problema, señora Sigsby. Le recomiendo que diga a Luke lo que quiere saber.

—Necesito atención médica.

Tim negó con la cabeza.

—Lo que necesita es hablar un poco. Luego nos ocuparemos de la atención médica.

—Luke decía la verdad —comentó Wendy sin dirigirse a nadie en particular—. De principio a fin.

—¿No acabo de decir yo eso mismo? —casi gruñó Annie.

El doctor Roper se abrió paso a empujones hasta el interior de la oficina.

—¡Jesús bendito en la mañana de la resurrección! —exclamó—. ¿Quién sigue vivo? ¿Está esa mujer muy malherida? ¿Ha sido un atentado terrorista o algo así?

—Me están torturando —protestó la señora Sigsby—. Si es usted médico, como induce a pensar ese maletín negro que lleva, tiene la obligación de impedirselo.

—El niño al que usted atendió —explicó Tim— huía de esta mujer y del grupo de asalto que ha traído consigo, doctor. No sé cuántos muertos hay ahí fuera, pero nosotros hemos perdido a cinco, incluido el sheriff, y ha ocurrido

por orden de esta mujer.

—Nos ocuparemos de eso más tarde —dijo Roper—. Ahora mismo tengo que atenderla. Está sangrando. Y alguien ha de pedir una ambulancia, maldita sea.

La señora Sigsby miró a Luke, sonrió enseñando los dientes en una mueca que decía «gané», y luego miró de nuevo a Roper.

—Gracias, doctor. Gracias.

—Es peleona, la mujer —comentó Annie, no sin admiración—. El tío al que le he pegado un tiro en el pie puede que no lo sea tanto. Yo que usted iría a verlo. Para mí que, por una inyección de morfina, vendería a su propia abuela a la trata de blancas.

La señora Sigsby abrió los ojos con gesto alarmado.

—Dejen a ese hombre. Les prohíbo que hablen con él.

Tim se puso en pie.

—Lo prohíbe, y un carajo. No sé para quién trabaja, señora, pero yo diría que sus días de secuestradora de niños han terminado. Luke, Wendy, venid conmigo.

Se habían encendido las luces de las casas por todo el pueblo y mucha gente deambulaba por Main Street. Cubrían los cuerpos de los muertos con lo primero que encontraban. Alguien había cogido el saco de dormir de Annie la Huérfana del callejón y había tapado con él a Robin Lecks.

Todos se habían olvidado del doctor Evans. Cabía pensar que, renqueante, habría vuelto a uno de los monovolúmenes aparcados y se habría marchado, pero no había hecho el menor esfuerzo por huir. Tim, Wendy y Luke lo

encontraron sentado en el bordillo frente al Gem. Le brillaban las mejillas a causa de las lágrimas derramadas. Había conseguido quitarse el zapato y contemplaba el calcetín ensangrentado que le cubría un pie al parecer muy deformado. Tim no sabía, ni le importaba, en qué medida se debía a daños óseos y en qué medida era una hinchazón que al final remitiría.

—¿Cómo se llama, caballero? —preguntó.

—Mi nombre no viene al caso. Quiero un abogado y quiero un médico. Una mujer me ha disparado. Quiero que la detengan.

—Se llama James Evans —informó Luke—. Y él es médico. Como lo era Josef Mengele.

Evans pareció advertir en ese momento la presencia de Luke. Señaló al niño con un dedo trémulo.

—Todo esto es culpa tuya.

Luke se abalanzó hacia Evans, pero esta vez Tim lo contuvo y lo apartó con delicadeza pero firmemente hacia Wendy, que lo sujetó por los hombros.

Tim se acuclilló para mirar a los ojos a aquel hombre pálido y asustado.

—Escúcheme, doctor Evans. Escúcheme con atención. Usted y sus amigos han entrado por las bravas en el pueblo para llevarse a este niño y han matado a cinco personas. Todos policías. Verá, a lo mejor no lo sabe, pero en Carolina del Sur existe la pena de muerte, y si cree que no la aplicarán, y a toda prisa, por matar a un sheriff de condado y a cuatro ayudantes...

—¡Yo no he tenido nada que ver con eso! —protestó Evans—. ¡He venido aquí contra mi voluntad! Yo...

—¡Cállese! —ordenó Wendy. Sostenía aún la Glock del difunto Tag Faraday y apuntó con ella al pie todavía calzado del médico—. Esos policías eran amigos míos. Si se cree que voy a leerle los derechos o algo así, no está en su sano juicio. Lo que voy a hacer, si no le dice a Luke lo que quiere saber, es meterle una bala en el otro...

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Sí! —Evans alargó los brazos y apoyó las manos en el pie ileso en un gesto protector. Tim casi sintió lástima por él. Casi —. ¿Qué? ¿Qué quieres saber?

—Necesito hablar con Stackhouse —dijo Luke—. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

—Con el teléfono de ella —contestó Evans—. Tiene un teléfono especial. Lo ha llamado antes de que intentaran, ya sabes, la extracción. La he visto guardárselo en el bolsillo de la chaqueta.

—Iré a buscarlo —se ofreció Wendy, y se volvió hacia la oficina del sheriff.

—No traigas solo el teléfono —dijo Luke—. Tráela a *ella*.

—Luke... está herida de bala.

—Podríamos necesitarla —insistió Luke con gesto imperturbable.

—¿Para qué?

Porque aquello se había convertido en una partida de ajedrez y, en el ajedrez, uno nunca vivía en el movimiento que se disponía a hacer, ni siquiera en el siguiente. Había que ir tres movimientos por delante, esa era la norma. Y prever tres alternativas para cada uno, en función de lo que hiciera el adversario.

Miró a Tim, que asintió.

—Tráela. Espósalas si es necesario. Al fin y al cabo, tú eres la autoridad.

—Por Dios, vaya manera de plantearlo —dijo ella, y se fue.

Tim oyó por fin una sirena. Quizá incluso dos. Pero todavía lejanas.

Luke lo agarró por la muñeca. Tim pensó que el niño parecía totalmente concentrado, totalmente alerta, y también muerto de cansancio.

—No puedo quedarme aquí parado por esto. Tienen a mis amigos. Están atrapados, y solo yo puedo ayudarlos.

—Atrapados en ese Instituto.

—Sí. Ahora sí me crees, ¿verdad?

—Difícil sería no creerte después de ver lo que contenía el lápiz USB y de todo esto. ¿Qué ha pasado con el lápiz? ¿Todavía lo tienes?

Luke se dio una palmada en el bolsillo.

—¿La señora Sigsby y la gente con la que trabaja se proponen hacer algo con esos amigos tuyos para que acaben como los niños de ese pabellón?

—Ya estaban haciéndolo, pero ellos se han escapado. Gracias sobre todo a Avery, y Avery estaba allí porque me ayudó a salir. Supongo que podría considerarse una ironía. Pero estoy casi seguro de que han vuelto a atraparlos. Me temo que Stackhouse los matará si no llegamos a un acuerdo.

Wendy regresaba ya. Acarreaba un dispositivo en forma de caja, que debía de ser, supuso Tim, el teléfono. Tenía tres arañazos sangrantes en el dorso de la mano con la que lo sostenía.

—No quería soltarlo. Y tiene una fuerza asombrosa, aun después de recibir un balazo. —Entregó el aparato a Tim y miró atrás.

Annie la Huérfana y Batería Denton cruzaban la calle con la señora Sigsby, a quien servían de apoyo y que, pese a estar pálida y dolorida, se resistía con toda su alma. Los seguían al menos treinta vecinos de DuPray, encabezados por el doctor Roper.

—Aquí la tienes, Timmy. —Annie la Huérfana jadeaba, y presentaba marcas rojas en la mejilla y la sien, donde la señora Sigsby la había abofeteado, pero no parecía en absoluto alterada—. ¿Qué quieres que hagamos con ella? Supongo que ahorcarla queda descartado, pero no me dirás que no es una idea tentadora.

El doctor Roper dejó el maletín negro, agarró a Annie por el sarape y tiró de ella para apartarla y situarse frente a Tim.

—Por Dios, ¿qué disparate es este? ¡No podéis transportar a esta mujer! ¡Podría costarle la vida!

—Yo no la veo a las puertas de la muerte precisamente, doctor —observó Batería—. Me ha soltado un guantazo con el que casi me rompe la nariz. —Serio.

Tim pensó que nunca lo había oído reír.

Wendy se desentendió tanto de Batería como del médico.

—Si vamos a ir a algún sitio, Tim, más vale que nos pongamos en marcha antes de que llegue la Policía del Estado.

—*Por favor.* —Luke miró primero a Tim y luego al doctor Roper—. Mis amigos morirán si no hacemos algo, lo sé. Y con ellos hay otros, los que llaman vegetales.

—Quiero ir al hospital —dijo la señora Sigsby—. He perdido mucha sangre. Y quiero ver a un abogado.

—Cierra el pico o te lo cierro yo —amenazó Annie. Miró a Tim—. No está tan malherida como pretende. Ya ha dejado de sangrar.

Tim no contestó de inmediato. Estaba pensando en el día, no muy lejano, en que paró en el centro comercial Westfield de Sarasota para comprar unos zapatos, solo eso, y una mujer corrió hacia él porque iba de uniforme. Un chico blandía un arma junto al cine, dijo ella, y Tim fue a ver y tuvo que enfrentarse a una decisión que le cambió la vida. Una decisión que, de hecho, lo había llevado hasta allí. Y en ese momento tenía otra decisión que tomar.

—Véndela, doctor. Me parece que Wendy, Luke y yo vamos a llevar a estos dos a dar un paseo y ver si podemos arreglar las cosas.

—Dele también algo para el dolor —añadió Wendy.

Tim movió la cabeza en un gesto de negación.

—Démelo a mí. Ya decidiré yo cuándo se lo toma.

El doctor Roper miraba a Tim —y a Wendy, también a ella— como si no los hubiera visto en la vida.

—Esto está *mal*.

—No, doctor. —Era Annie, y habló con sorprendente delicadeza. Cogió a Roper por el hombro y lo volvió hacia los cuerpos tapados que yacían en la calle y en la oficina del sheriff, con las ventanas y las puertas destrozadas—. *Eso está mal.*

El médico, inmóvil por un momento, contempló los cadáveres y la comisaría acribillada. Por fin tomó una decisión.

—Veamos el alcance de la lesión. Si aún sangra mucho, o si hay fractura de fémur, no os permitiré llevárosla.

Sí lo hará, pensó Tim, porque no tiene forma de impedirnoslo.

Roper se arrodilló, abrió el maletín y sacó unas tijeras quirúrgicas.

—No —dijo la señora Sigsby, apartándose de Batería. Aunque este la agarró de nuevo al instante, Tim vio con interés que, antes de que él la sujetara, ella apoyó el peso del cuerpo en la pierna herida. Roper también se fijó. Tenía ya sus años, pero no se le escapaba el menor detalle—. ¡No va a hacerme una operación improvisada en medio de la calle!

—Lo único que voy a operar es la pernera de su pantalón —informó Roper—. A menos que siga usted forcejeando. Si lo hace, no puedo garantizarle el resultado.

—¡No! ¡Le prohíbo...!

Annie la agarró por el cuello.

—Oye, no quiero oír ni una sola prohibición más. Quédate quieta o la pierna será la menor de tus preocupaciones.

—¡Quíteme las manos de encima!

—Solo si te estás quieta. Si no, soy capaz de retorcerte ese pescuezo esmirriado.

—Mejor será que obedezca —aconsejó Addie Goolsby—. Se pone como loca cuando le da uno de sus ataques.

La señora Sigsby dejó de forcejear, quizá por efecto tanto del agotamiento

como de la amenaza de estrangulación. Roper cortó limpiamente el pantalón cinco centímetros por encima de la herida. La pernera cayó en torno al tobillo, dejando a la vista piel blanca, una red de venas varicosas y algo que parecía más una herida de cuchillo que un orificio de bala.

—Bueno, encanto —dijo Roper, aparentemente aliviado—, no es grave. Algo más que un rasguño, pero no mucho. Ha tenido suerte, señora. Ya está coagulándose.

—¡Estoy *muy malherida!* —exclamó la señora Sigsby.

—Lo estará si no se calla —replicó Batería.

El médico le limpió la herida con desinfectante, se la vendó y la fijó con una grapa. Para cuando terminó, daba la impresión de que todo DuPray —al menos los que vivían en el propio pueblo— estaba mirando. Entretanto, Tim inspeccionó el teléfono de la mujer. Un botón lateral encendió la pantalla y apareció el mensaje: NIVEL DE BATERÍA 75 %.

Lo apagó y se lo entregó a Luke.

—De momento guárdalo tú.

Cuando Luke se lo metía en el mismo bolsillo que contenía el lápiz USB, alguien le tiró del pantalón. Era Evans.

—Debes andarte con cuidado, joven Luke. Si no quieres acabar siendo el responsable, claro.

—¿Responsable de qué? —preguntó Wendy.

—Del fin del mundo, señorita. Del fin del mundo.

—Cállese, cretino —ordenó la señora Sigsby.

Tim se detuvo a reflexionar un momento. Luego se volvió hacia el médico.

—No sé a qué nos enfrentamos exactamente, pero sí sé que es una situación extraordinaria. Necesitamos quedarnos un rato con estos dos. Cuando aparezcan los de la del Estado, dígales que volveremos en una hora. En dos como mucho. Entonces intentaremos seguir con esto de manera que al menos

parezca un procedimiento policial normal.

Esa era una promesa que dudaba que fuese capaz de cumplir. Pensó que su tiempo en DuPray, Carolina del Sur, casi con toda seguridad había terminado y lo lamentó.

Pensó que podría haber vivido allí. Tal vez con Wendy.

39

Gladys Hickson se hallaba ante Stackhouse en posición de descanso, con los pies separados y las manos a la espalda. La sonrisa falsa que todos los niños del Instituto acababan conociendo (y detestando) brillaba por su ausencia.

—¿Tienes una clara idea de la situación actual, Gladys?

—Sí, señor. Los residentes de la Mitad Trasera están en el túnel de acceso.

—Correcto. No pueden salir, pero por el momento no podemos entrar. Según tengo entendido, han tratado de... ¿cómo podríamos llamarlo? ¿De *juguetear* con algunos miembros del personal utilizando sus aptitudes psíquicas?

—Sí, señor. No les da resultado.

—Pero es incómodo.

—Sí, señor, un poco. Se nota una especie de... *zumbido*. Distrae. Aquí, a Administración, no ha llegado, al menos por ahora, pero en la Mitad Delantera todo el mundo lo siente.

Lo cual tenía su lógica, pensó Stackhouse. La Mitad Delantera se encontraba más cerca del túnel. Justo encima, podría decirse.

—Parece cada vez más fuerte, señor.

Quizá solo fueran imaginaciones suyas. Eso esperaba Stackhouse, y esperaba que Donkey Kong tuviera razón al afirmar que Dixon y sus amigos no

podían influir en mentes preparadas, aunque los vegetales sumaran su innegable fuerza a la ecuación, pero como su abuelo solía decir: con la esperanza no se ganan carreras de caballos.

Tal vez inquieta por su silencio, prosiguió:

—Pero sabemos qué se proponen, señor, y no es problema. Los tenemos bien pillados.

—Bien expresado, Gladys. Y ahora, en cuanto a la razón por la que te he hecho venir. Por lo que sé, de joven estudiaste en la Universidad de Massachusetts.

—Correcto, señor, pero solo tres semestres. Aquello no era para mí, así que lo dejé y me alisté en la Marina.

Stackhouse asintió. No era necesario abochornarla señalando lo que constaba en su expediente: después de un primer año con buen rendimiento, Gladys se metió en problemas serios durante el segundo curso. En un local frecuentado por estudiantes próximo al campus, golpeó con una jarra de cerveza a otra muchacha que rivalizaba con ella por los afectos de su novio y la dejó inconsciente. A raíz de ese incidente se le pidió que se marchara no solo del local, sino de la universidad. Ya antes había tenido otros estallidos de mal genio. No era raro que hubiese elegido la Marina.

—Tengo entendido que estudiabas Química.

—No, señor, no exactamente. Aún no había elegido especialidad cuando... decidí dejarlo.

—Pero era tu intención.

—Esto... sí, señor, por aquel entonces.

—Gladys, supongamos que necesitáramos, por utilizar una expresión injustamente denigrada, una solución final con respecto a esos residentes del túnel de acceso. No digo que sea lo que va a ocurrir, no lo digo en absoluto, pero supongámoslo.

—¿Está preguntándome si hay alguna manera de envenenarlos, señor?

—Digamos que sí.

Entonces Gladys sí sonrió y, esta vez, la sonrisa fue del todo genuina. Quizá incluso expresaba alivio. Si los residentes desaparecían, cesaría aquel molesto zumbido.

—Nada más fácil, señor, en el supuesto de que el túnel de acceso esté conectado al CVAC, y estoy segura de que así es.

—¿El CVAC?

—El sistema de calefacción, ventilación y aire acondicionado, señor. Lo que se necesitaría sería lejía y un desinfectante para váter. El servicio de limpieza tendrá más que suficiente tanto de lo uno como de lo otro. Mezclándolos, se obtiene gas de cloro. Ponemos unos cuantos cubos de la mezcla bajo la toma de aire del CVAC que alimenta el túnel, lo cubrimos todo con una lona para que se produzca una buena succión, y listos. —Se detuvo a pensar—. Naturalmente, antes de hacerlo, convendría desalojar al personal de la Mitad Trasera. Es posible que para esa parte del complejo no exista más que una toma de aire. No estoy segura. Podría consultar los planos del sistema de calefacción si usted...

—No será necesario —atajó Stackhouse—. Pero quizá tú y Fred Clark, el bedel, podríais tener preparados los... esto... ingredientes necesarios. Solo por si acaso, ya me entiendes.

—Sí, señor, por supuesto. —Gladys parecía estar deseando ponerse manos a la obra—. ¿Dónde está la señora Sigsby, si se me permite preguntarlo? En su despacho no hay nadie, y Rosalind me ha dicho que, si quiero saberlo, le pregunte a usted.

—Los asuntos de la señora Sigsby no son cosa tuya, Gladys. —Y como ella parecía decidida a mantener aquella postura militar, Stackhouse añadió—: Eso es todo.

Ella se fue en busca de Fred, el bedel, para empezar a reunir los ingredientes que pondrían fin tanto a los niños como al zumbido que se había adueñado de la Mitad Delantera.

Stackhouse se retrepó en su silla, preguntándose si una medida tan drástica sería necesaria. No lo descartó. ¿Y de verdad era tan drástica, teniendo en cuenta lo que llevaban haciendo allí durante aproximadamente las últimas siete décadas? A fin de cuentas, en su actividad la muerte era inevitable y a veces, ante una situación complicada, convenía empezar de cero.

Esa decisión correspondía a la señora Sigsby. Su expedición a Carolina del Sur había sido una temeridad, pero a menudo eran los planes como ese los que surtían efecto. Recordó un comentario de Mike Tyson: en cuanto empiezan los puñetazos, la estrategia vuela. En todo caso él tenía preparada su propia estrategia de salida. La tenía desde hacía años. Dinero apartado, pasaportes falsos (tres), planes de viaje a punto, el destino esperándole. Aun así, aguantaría allí mientras pudiera, en parte por lealtad a Julia, pero sobre todo porque creía en la labor que llevaban a cabo. Mantener el mundo a salvo para la democracia era una cuestión secundaria. Mantenerlo a salvo y punto era lo principal.

Aún no hay motivos para marcharse, se dijo. El barco hace agua, pero aún no se hunde. Mejor seguir aquí. A ver quién queda en pie cuando acaben los puñetazos.

Esperó a que el teléfono en forma de caja emitiera su estridente *brrrt-brrrt*. Ya decidiría qué hacer cuando Julia lo informara del resultado de la misión. Si el teléfono no sonaba, sería también una respuesta.

En el cruce de la Interestatal 17 con la Estatal 92, había un pequeño salón de belleza abandonado y sombrío. Tim paró allí y rodeó el monovolumen hasta el lado del acompañante, donde viajaba la señora Sigsby. Abrió la puerta delantera y después echó atrás la corredera posterior. En la parte de atrás, Luke y Wendy flanqueaban al doctor Evans, quien, taciturno, se miraba el pie deforme. Wendy empuñaba la Glock de Tag Faraday. Luke tenía el teléfono en forma de caja de la señora Sigsby.

—Luke, ven conmigo. Wendy, quédate ahí sentada, por favor.

Luke se apeó. Tim le pidió el teléfono. Luke se lo entregó. Tim lo encendió y a continuación se inclinó hacia el asiento del acompañante.

—¿Cómo funciona esto?

La señora Sigsby, sin responder, mantuvo la vista al frente, en el edificio tapiado en cuyo cartel descolorido se leía Hairport 2000. Los grillos cantaban y en la zona de DuPray se oían sirenas. Ya más cerca, pero todavía no en el pueblo, calculó Tim. No tardarían en llegar.

Suspiró.

—No lo haga más difícil, señora. Dice Luke que existe una posibilidad de llegar a un acuerdo y es un niño listo.

—Más listo de lo que le conviene —contestó ella, y apretó los labios. Todavía con la vista fija al otro lado del parabrisas y los brazos cruzados ante el escaso pecho.

—Más listo de lo que le conviene también a usted, debo decir, a juzgar por la situación en la que se encuentra. Cuando digo que no lo haga más difícil, quiero decir que no me obligue a hacerle daño. Para haber estado haciendo daño a niños...

—Haciéndoles daño y matándolos —intervino Luke—. Matando también a otras personas.

—Para haber estado haciendo todo eso, se la ve muy reacia a su propio

dolor. Abandone ese mutismo y dígame cómo funciona el aparato.

—Se activa por voz —aventuró Luke—. ¿No?

Ella lo miró, sorprendida.

—Tú eres TQ, no TP. Y TQ no muy fuerte, si a eso vamos.

—Las cosas han cambiado —explicó Luke—. Gracias a las luces de Stasi.

Active el teléfono, señora Sigsby.

—¿Llegar a un acuerdo? —dijo ella, y prorrumpió en una carcajada—. ¿Qué acuerdo podría servirme a mí de algo? Soy mujer muerta en cualquier caso. He fracasado.

Tim se inclinó hacia la puerta trasera.

—Wendy, dame la pistola.

Ella se la entregó sin rechistar.

Tim apoyó el cañón de la automática reglamentaria del ayudante Faraday en la pernera que aún le quedaba, justo por debajo de la rodilla.

—Esto es una Glock, señora. Si aprieto el gatillo, no andará nunca más.

—¡Morirá por la conmoción y la pérdida de sangre! —protestó a gritos el doctor Evans.

—¿Cree que me importa? —contestó Tim—. Hemos dejado atrás cinco muertos y la responsable es ella. Estoy harto de usted, señora Sigsby. Esta es su última oportunidad. Puede que pierda el conocimiento en el acto, pero casi seguro que sigue despierta un rato. Antes de desmayarse, el dolor que siente en el rasguño de la otra pierna le parecerá un beso de buenas noches en comparación.

Ella no dijo nada.

—No lo hagas, Tim —instó Wendy—. No puedes, no a sangre fría.

—Sí puedo. —Tim no estaba muy seguro de que fuera cierto. Lo que sí sabía con certeza era que no quería averiguarlo—. Ayúdeme, señora Sigsby. Ayúdese a sí misma.

Nada. Y quedaba poco tiempo. Annie no diría a la Policía del Estado en qué dirección se habían marchado; tampoco Batería o Addie Goolsby. El doctor Roper tal vez sí. Norbert Hollister, quien prudentemente no se había dejado ver durante el tiroteo en Main Street, era un candidato aún más probable.

—De acuerdo. Es una asesina, pero, aun así, lamento tener que hacer esto. No contaré hasta tres.

Luke se tapó los oídos para ahogar la detonación, con lo que acabó de convencerla.

—No. —Tendió la mano—. Deme el teléfono.

—Me parece que no.

—Entonces acérquemelo a la boca.

Tim lo hizo. La señora Sigsby masculló algo y el teléfono habló.

«Activación rechazada. Tiene otros dos intentos.»

—Puede hacerlo mejor —dijo Tim.

La señora Sigsby se aclaró la garganta y esta vez habló en un tono casi normal.

—Sigsby Uno. Kansas City Chiefs.

La pantalla que apareció era casi idéntica a la del iPhone de Tim. Pulsó el icono del teléfono y luego RECIENTES. Allí, en lo alto de la lista, figuraba STACKHOUSE.

Entregó el teléfono a Luke.

—Llama tú. Quiero que oiga tu voz. Luego dámelo.

—Porque tú eres el adulto y a ti te hará caso.

—Espero que tengas razón.

Casi una hora después del último contacto de Julia —demasiado tiempo—, el teléfono en forma de caja de Stackhouse se iluminó y empezó a emitir un zumbido. Lo cogió.

—¿Lo tienes, Julia?

Stackhouse sintió tal asombro al oír la voz al otro lado de la línea que estuvo a punto de dejar caer el aparato.

—No, lo has entendido al revés —respondió Luke Ellis. Stackhouse percibió un inequívoco tono de satisfacción en la voz de aquel mierdecilla—. Nosotros la tenemos a *ella*.

—¿Cómo... cómo...? —Al principio no se le ocurrió nada más que decir. No le gustó ese *nosotros*. Lo que le permitió mantener la calma fue acordarse de los tres pasaportes guardados en la caja fuerte de su despacho y la estrategia de salida meticulosamente elaborada que los acompañaba.

—¿No me sigue? —preguntó Luke—. Quizá necesita un remojón en la cisterna de inmersión. Hace maravillas con las aptitudes mentales. Soy la prueba viva. Seguro que Avery también.

Stackhouse sintió el poderoso impulso de poner fin a la llamada en ese preciso instante, coger los pasaportes sin más y marcharse de allí, de forma rápida y discreta. Solo se lo impidió el hecho mismo de que fuese el propio niño quien llamaba. Eso significaba que tenía algo que decir. Quizá algo que ofrecer.

—Luke, ¿dónde está la señora Sigsby?

—Aquí mismo —respondió Luke—. Ha desbloqueado el teléfono para nosotros. ¿No ha sido todo un detalle por su parte?

«Nosotros». Ese mal pronombre. Un pronombre *peligroso*.

—Ha habido un malentendido —dijo Stackhouse—. Si existe alguna posibilidad de aclarar las cosas, es importante que lo intentemos. Hay en juego cosas que tú no sabes.

—A lo mejor sí existe la posibilidad —respondió Luke—. Estaría bien.

—¡Estupendo! Si puedes ponerme un momento con la señora Sigsby, para comprobar que no le ha pasado...

—¿Por qué no habla mejor con mi amigo? Se llama Tim.

Stackhouse esperó; el sudor le resbalaba por las mejillas. Mantenía la mirada clavada en la pantalla del ordenador. En el túnel, los niños que habían iniciado la revuelta —Dixon y sus amigos— parecían dormidos. Los vegetales, no. Iban de un lado a otro sin rumbo, parloteando y a veces topando unos contra otros como coches de choque en un parque de atracciones. Uno, provisto de una cera o algo así, escribía en la pared. Stackhouse se sorprendió. No habría pensado que ninguno de ellos fuera aún capaz de escribir. Tal vez solo pintarrajeaba. La resolución de la maldita cámara no permitía distinguirlo. Aquel puto equipo de mala calidad.

—¿Señor Stackhouse?

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Soy Tim. Ahora mismo es lo único que necesita saber.

—Quiero hablar con la señora Sigsby.

—Diga algo, pero que sea rápido —indicó el hombre que se hacía llamar Tim.

—Estoy aquí, Trevor —dijo Julia—. Y lo siento. Sencillamente no ha salido bien.

—¿Cómo...?

—El cómo da igual, señor Stackhouse —lo interrumpió el hombre que se hacía llamar Tim—, y la gran cabrona aquí presente también da igual. Necesitamos llegar a un acuerdo, y tiene que ser cuanto antes. ¿Puede callarse y escuchar?

—Sí. —Stackhouse se acercó un bloc de notas. Cayeron en él gotas de sudor. Se enjugó la frente con la manga, pasó la hoja para tener la página en

blanco y cogió un bolígrafo—. Adelante.

—Luke se llevó un lápiz USB del Instituto donde ustedes lo tenían retenido. Lo grabó una tal Maureen Alvorson. Cuenta una historia fantástica, difícil de creer, solo que también grabó en vídeo lo que ustedes llaman pabellón A o Vege Park. ¿Hasta aquí me sigue?

—Sí.

—Dice Luke que tienen como rehenes a algunos amigos suyos, junto con unos cuantos niños del pabellón A.

Hasta ese momento Stackhouse no había pensado en ellos como rehenes, pero supuso que desde el punto de vista de Ellis...

—Digamos que es así, Tim.

—Sí, digámoslo. Ahora viene lo importante. Por el momento, solo dos personas conocen la historia de Luke y lo que contiene ese lápiz USB. Yo soy una de las dos. Mi amiga Wendy es la otra, y está conmigo y con Luke. También la vieron otros, todos policías, pero, gracias a la gran cabrona y los efectivos que ha traído consigo, están todos muertos. También la mayoría de los suyos.

—¡Eso es imposible! —vociferó Stackhouse. La idea de que un puñado de polis de pueblo hubiese eliminado a los equipos Ópalo y Rubí combinados era absurda.

—La jefa ha sido un poco impaciente, amigo mío, y para colmo los han sorprendido por la espalda. Pero no nos desviemos, ¿quiere? Tengo el lápiz USB. También tengo a su señora Sigsby y al doctor James Evans. Los dos están heridos, pero si salen de esta, se recuperarán. Usted tiene a los niños. ¿Podemos hacer un trueque?

Stackhouse se quedó atónito.

—¿Stackhouse? Necesito una respuesta.

—Dependería de si podemos o no mantener en secreto la existencia de este

complejo —dijo Stackhouse—. Sin esa garantía, no tiene sentido ningún acuerdo.

Reinó el silencio, luego Tim volvió a hablar.

—Dice Luke que eso podríamos arreglarlo. Pero, de momento, Stackhouse, a lo que voy es a lo siguiente: ¿cómo ha llegado aquí su tripulación de piratas tan deprisa desde Maine?

Stackhouse le dijo dónde esperaba el Challenger, a las afueras de Alcolu; en realidad, no tenía más remedio.

—La señora Sigsby puede darle las indicaciones exactas en cuanto llegue a Beaufort. Ahora necesito hablar de nuevo con el señor Ellis.

—¿De verdad lo considera necesario?

—En realidad es vital.

Se produjo una breve pausa y, a continuación, el niño habló por la línea segura.

—¿Qué quiere?

—Supongo que has estado en contacto con tus amigos —dijo Stackhouse—. Quizá con un amigo en particular, el señor Dixon. No es necesario que lo confirmes ni lo niegues, entiendo que el tiempo apremia. Por si no sabes exactamente dónde están...

—Están en el túnel entre la Mitad Trasera y la Delantera.

Eso resultaba inquietante. Aun así, Stackhouse prosiguió.

—Así es. Si conseguimos llegar a un acuerdo, podrán salir y volver a ver el sol. Si no, llenaré ese túnel de gas de cloro, y tendrán una muerte lenta y desagradable. Yo no lo veré; me habré marchado dos minutos después de dar la orden. Te digo esto porque tengo la clara impresión de que tu nuevo amigo Tim preferiría dejarte fuera de cualquier trato al que llegemos. Eso no puede ser. ¿Lo entiendes?

—Sí. Lo entiendo —respondió Luke tras una pausa—. Yo lo acompañaré.

—Bien. Al menos por ahora. ¿Hemos terminado?

—No del todo. ¿Funcionará desde el avión el teléfono de la señora Sigsby? Débilmente, Stackhouse oyó la respuesta afirmativa de la señora Sigsby.

—Quédese cerca del teléfono, señor Stackhouse —instó Luke—. Tendremos que volver a hablar. Y mejor deje de pensar en huir. Si se va, me enteraré. Nos acompaña una policía, y si le pido que se ponga en contacto con Seguridad Nacional, lo hará. Su fotografía aparecerá en todos los aeropuertos del país, y ni todas las identidades falsas del mundo le servirán de nada. Será como un conejo en campo abierto. ¿Me entiende usted a mí?

Por segunda vez, Stackhouse enmudeció de lo atónito que estaba.

—¿Me entiende?

—Sí —respondió.

—Bien. Nos mantendremos en contacto para precisar los últimos detalles.

Dicho esto, el niño cortó la comunicación. Stackhouse dejó el teléfono cuidadosamente en la mesa. Advirtió que le temblaba un poco la mano. Parte de eso era miedo, pero era sobre todo cólera. «Nos mantendremos en contacto», había dicho el niño, como si fuera un importante CEO de Silicon Valley y Stackhouse un chupatintas que debía acatar su voluntad.

Ya veremos, pensó. Ya veremos.

Luke entregó a Tim el teléfono en forma de caja como si se alegrara de deshacerse de él.

—¿Cómo sabes que tiene documentación falsa? —preguntó Wendy—. ¿Le has leído el pensamiento?

—No —respondió Luke—. Ha sido un farol. Pero seguro que la tiene, y

mucha: pasaportes, carnets de conducir, partidas de nacimiento. Seguro que muchos la tienen. Quizá los cuidadores, los técnicos y el personal del comedor no, pero los que mandan sí. Son como Eichmann o Walter Rauff, el tipo a quien se le ocurrió la idea de crear cámaras de gas ambulantes. —Luke miró a la señora Sigsby—. Rauff habría encajado bien entre ustedes, ¿verdad?

—Puede que Trevor tenga documentos falsos —dijo la señora Sigsby—. Yo no.

Y aunque Luke no pudo acceder a su mente —la había cerrado para él—, pensó que decía la verdad. Para personas como ella existía una palabra, y esa palabra era «fanática». Eichmann, Mengele y Rauff huyeron, como los cobardes oportunistas que eran; su Führer, un fanático, se quedó y se suicidó. Luke estaba casi seguro de que, si le daban la oportunidad, esa mujer haría lo mismo. Siempre que fuera relativamente indoloro.

Volvió a montar en el monovolumen, con cuidado de no tocar el pie herido de Evans.

—El señor Stackhouse piensa que voy a ir hasta él, pero se equivoca.

—Ah, ¿sí? —preguntó Tim.

—Sí. Voy a ir *a por* él.

Las luces de Stasi destellaron ante los ojos de Luke en la creciente oscuridad, y la puerta corredera del monovolumen se cerró sola.

EL TELÉFONO GRANDE

Hasta Beaufort, el interior del monovolumen permaneció en silencio la mayor parte del camino. En cierto momento el doctor Evans intentó iniciar una conversación, interesado de nuevo en hacerles saber que él era la parte inocente en todo aquello. Tim le dijo que tenía dos opciones: o bien callar y recibir un par de pastillas del frasco de oxicodona que le había proporcionado el doctor Roper o bien seguir hablando y padecer el dolor del pie herido. Evans se decantó por el silencio y los comprimidos. Quedaban unos cuantos en el pequeño frasco marrón. Tim ofreció uno a la señora Sigsby, que lo tragó sin agua y no se molestó en dar las gracias.

Tim deseaba el silencio por Luke, que era el cerebro de la operación. Sabía que la mayoría de la gente lo consideraría un chiflado por permitir que un crío de doce años concibiese una estrategia encaminada a salvar a los niños de ese túnel sin perder ellos mismos la vida en el intento, pero advirtió que también Wendy guardaba silencio. Ella y Tim sabían lo que Luke había pasado para llegar hasta allí, lo habían visto actuar desde el principio y lo entendían.

¿Qué entendían exactamente? Bueno, dejando de lado el hecho de que tenía muchas agallas, el niño resultaba ser un auténtico genio de marca mayor. Los matones del Instituto lo habían capturado para obtener una facultad que era (al menos antes de potenciarla) poco más que un truco de salón. Para ellos, su

extraordinaria inteligencia era un elemento secundario con respecto a aquello tras lo que andaban, y eso los convertía en cazadores furtivos dispuestos a sacrificar un elefante de más de cinco toneladas para obtener cuarenta kilos de marfil.

Tim dudaba que Evans pudiera captar la ironía, pero supuso que Sigsby sería capaz... en el supuesto, claro, de que llegara a conceder espacio mental a la idea: una operación clandestina en activo durante décadas había sido desbaratada precisamente por aquello que habían considerado prescindible, el prodigioso intelecto de ese niño.

2

A eso de las nueve, poco después de dejar atrás el término municipal de Beaufort, Luke pidió a Tim que buscara un motel.

—Pero no pares delante. Ve a la parte de atrás.

Había un Econo Lodge en Boundary Street, con el aparcamiento trasero a la sombra de unas magnolias. Tim estacionó junto a la valla y apagó el motor.

—Aquí es donde nos dejas, agente Wendy —dijo Luke.

—¿Tim? —preguntó Wendy—. ¿De qué habla?

—De que tomes una habitación, y tiene razón —respondió Tim—. Tú te quedas, nosotros seguimos.

—Vuelve cuando te den la llave —indicó Luke a Wendy—. Y trae papel. ¿Tienes un bolígrafo?

—Claro, y tengo mi cuaderno. —Se tocó el bolsillo delantero del pantalón del uniforme—. Pero...

—Te explicaré todo lo que pueda cuando vuelvas, pero en esencia se reduce a que eres nuestra póliza de seguro.

La señora Sigsby se dirigió a Tim por primera vez desde su parada en el salón de belleza abandonado.

—La experiencia por la que ha pasado este niño lo ha trastornado, y usted está igual de trastornado por escucharlo. Lo mejor que podrían hacer los tres es dejarnos aquí al doctor Evans y a mí y huir.

—Lo que equivaldría a dejar morir a mis amigos —replicó Luke.

La señora Sigsby sonrió.

—Piénsalo bien, Luke, en serio. ¿Qué han hecho ellos por ti?

—Usted no lo entendería —contestó Luke—. Ni en un millón de años.

—Ve, Wendy —indicó Tim. Le cogió la mano y le dio un apretón—. Pide una habitación y luego vuelve.

Ella lo miró con expresión dubitativa, pero le entregó la Glock, se apeó del monovolumen y se encaminó hacia la recepción.

—Quiero insistir en que yo he venido contra mi... —dijo Evans.

—Su voluntad, sí —completó Tim—. Lo hemos entendido. Ahora cállese.

—¿Podemos salir? —preguntó Luke—. Quiero que hablemos sin... — Señaló con la barbilla a la señora Sigsby.

—Claro que sí.

Tim abrió tanto la puerta del acompañante como la corredera y fue a apoyarse en la valla que separaba el motel del concesionario contiguo, en ese momento cerrado. Luke se acercó a él. Desde donde Tim se hallaba, veía a sus dos remisos pasajeros, y podía detenerlos si cualquiera de ellos decidía tratar de huir. No lo consideraba muy probable, teniendo en cuenta que una estaba herida de bala en la pierna y el otro, en el pie.

—¿Qué pasa? —preguntó Tim.

—¿Juegas al ajedrez?

—Sé jugar, pero nunca se me ha dado muy bien.

—A mí sí. —Luke hablaba en voz baja—. Y ahora estoy jugando con él.

Con Stackhouse. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

—Intentando pensar tres movimientos por adelantado, más los contraataques a *sus* movimientos futuros.

Tim asintió.

—En el ajedrez el tiempo no es un factor a menos que se juegue ajedrez rápido. Como es el caso. Tenemos que llegar al aeródromo, donde espera el avión. Luego a algún lugar cerca de Presque Isle, donde tiene su base el avión. Desde allí al Instituto. Difícilmente lo conseguiremos antes de las dos de la mañana, como mínimo. ¿El cálculo te parece correcto?

Tim lo repasó mentalmente y asintió con la cabeza.

—Tal vez tardemos un poco más, pero pongamos que sean las dos.

—Eso deja a mis amigos cinco horas para hacer algo por su cuenta, pero también deja a Stackhouse cinco horas para replantearse su situación y cambiar de idea. Para gasear a esos niños y huir sin más. Le he dicho que su foto estaría en todos los aeropuertos y se lo ha creído, me parece, porque en algún sitio en internet debe de haber fotos tuyas. Muchos empleados del Instituto son exmilitares. Probablemente él también.

—Incluso podría haber una foto tuya en el teléfono de la gran cabrona — dijo Tim.

Luke asintió, aunque dudaba que la señora Sigsby fuese de esas personas que andaban tomando instantáneas. Quería seguir con sus reflexiones.

—Pero él podría decidir cruzar la frontera canadiense a pie. Estoy seguro de que tiene al menos una ruta de fuga alternativa ya elegida, una pista forestal abandonada o la orilla de un arroyo. Es uno de los posibles movimientos futuros que debo tener presente. Solo que...

—¿Solo que qué?

Luke se frotó la mejilla con el pulpejo de la mano, un gesto extrañamente

adulto de cansancio e indecisión.

—Necesito tu perspectiva. Lo que estoy pensando tiene sentido para mí, pero solo soy un niño. No puedo estar seguro. Tú eres un adulto y estás en el bando de los buenos.

Eso conmovió a Tim. Lanzó una ojeada a la fachada del edificio, aunque todavía no había señales de Wendy.

—Dime qué estás pensando.

—Que he jodido a ese hombre. Le he jodido la vida entera. Creo que a lo mejor se queda solo para matarme. Utilizando a mis amigos como cebo para asegurarse de que voy. ¿Le ves alguna lógica? Dime la verdad.

—Sí —contestó Tim—. Es imposible tener la total seguridad, pero la venganza es una motivación poderosa, y ese Stackhouse no sería el primero en olvidarse de sus propios intereses por un afán de desquite. Y se me ocurre otra razón por la que quizá decida esperar.

—¿Cuál? —Luke lo observaba con nerviosismo. En ese momento Wendy Gullickson doblaba la esquina del edificio con una tarjeta llave en la mano.

Tim señaló con el mentón la puerta abierta del acompañante y acercó la cabeza a la de Luke.

—Sigsby es la jefa, ¿no? ¿Stackhouse es solo el encargado de la disciplina?

—Sí.

—Bien —dijo Tim con una leve sonrisa—, ¿y quién es el jefe de *Sigsby*? ¿Has pensado en eso?

Luke abrió mucho los ojos y un poco la boca. Lo entendió. Y sonrió.

El Instituto estaba en silencio. Los niños que permanecían actualmente en la Mitad Delantera dormían, con ayuda de los sedantes que habían repartido Joe y Hadad. En el túnel de acceso, los cinco que habían iniciado el motín dormían también, aunque posiblemente con un sueño menos profundo; Stackhouse confiaba en que el dolor de cabeza los atormentara a más no poder. Los únicos aún despiertos eran los vegetales, que iban de un lado para otro como si hubiese algún sitio adonde ir. A veces trazaban círculos, como si jugaran al corro de la patata.

Stackhouse había regresado al despacho de la señora Sigsby y había abierto el cajón inferior de su escritorio utilizando la copia de la llave que ella le había dado. En ese momento tenía en la mano el teléfono en forma de caja especial, el que llamaban Teléfono Verde o, a veces, Teléfono Cero. Recordó un comentario que había hecho Julia en una ocasión acerca de ese teléfono con sus tres botones. Fue en la colonia, un día el año anterior, cuando Heckle y Jeckle aún tenían la mayor parte de las neuronas en funcionamiento. Los niños de la Mitad Trasera acababan de eliminar a un recaudador saudí que canalizaba dinero hacia células terroristas en Europa y el hecho se había presentado como un accidente. La vida iba bien. Julia lo invitó a cenar para celebrarlo. Habían compartido una botella de vino antes, y una segunda botella durante y después. Debido a eso, a ella se le había soltado la lengua.

—No me gusta nada pasar el parte por el Teléfono Cero. A ese hombre que cecea. Siempre me lo imagino albino. No sé por qué. Quizá por algo que vi en un cómic de niña. Un villano albino con visión de rayos X.

Stackhouse asintió con la cabeza en actitud comprensiva.

—¿Dónde está? ¿Quién es?

—Ni lo sé ni quiero saberlo. Yo hago la llamada, doy mi informe y después me ducho. Solo una cosa podría ser peor que *llamar* al Teléfono Cero: *recibir* una llamada.

Stackhouse se quedó mirando el Teléfono Cero ahora con algo semejante a un temor supersticioso, como si por el mero hecho de recordar esa conversación fuera a sonar el aparato en...

—No —dijo. Al despacho vacío. Al teléfono en silencio. En silencio por el momento, al menos—. No tiene nada de supersticioso. *Sonará*. Pura lógica.

Sin duda. Porque la gente al otro lado del Teléfono Cero —el hombre del ceceo y la organización mayor a la que pertenecía— se enterarían de la espectacular cagada ocurrida en ese pueblo de Carolina del Sur. Eso por supuesto. Sería noticia de primera plana en todo el país y quizá en el mundo entero. Tal vez ya lo supieran. Si conocían la existencia de Hollister, el colaborador que de hecho vivía en DuPray, podían haberse puesto en contacto con él para obtener los detalles cruentos.

Sin embargo, el Teléfono Cero no había sonado. ¿Significaba eso que no lo sabían o significaba que estaban dándole tiempo para arreglar las cosas?

Stackhouse había dicho al tal Tim que cualquier acuerdo al que llegasen dependía de si el Instituto permanecía en secreto o no. Stackhouse no era tan tonto como para pensar que conservaría su trabajo, al menos allí en los bosques de Maine, pero si de algún modo lograba salvar la situación sin que aparecieran titulares a nivel mundial sobre niños con poderes psíquicos que habían sido maltratados y asesinados, o sobre la *razón* por la que eso había ocurrido, tendría su valor. Tal vez incluso lo recompensaran si conseguía encubrir herméticamente lo sucedido, aunque conservar la vida sería de por sí recompensa suficiente.

Según ese Tim, solo lo sabían tres personas. Los otros que habían visto las imágenes del lápiz USB estaban muertos. Algunos de los miembros del desventurado equipo Oro tal vez siguieran con vida, pero ellos no las habían visto, y guardarían silencio sobre todo lo demás.

Trae aquí a Luke Ellis y a sus colaboradores, pensó. Ese es el primer paso.

Podrían llegar a eso de las dos de la madrugada. Incluso si llegaran a la una y media yo dispondría de tiempo suficiente para planear una emboscada. Solo dispongo de técnicos y gordos, pero algunos —Zeke el Griego, por poner un caso— son tipos duros. Trae el lápiz USB y tráelos a *ellos*. Luego, cuando el hombre del ceceo llame —y llamará— para preguntar si tengo la situación bajo control, podré decir...

—Podré decir que ya está bajo control.

Dejó el Teléfono Cero en el escritorio de la señora Sigsby y le envió un mensaje mentalmente: No suenes. No te atrevas a sonar antes de las tres de la madrugada. Mejor aún las cuatro o las cinco.

—Dame tiempo...

El teléfono sonó y Stackhouse, sobresaltado, soltó un chillido. De pronto se echó a reír, aunque el corazón le latía aún muy deprisa. No era el Teléfono Cero, sino su propio teléfono en forma de caja. Lo que significaba que la llamada procedía de Carolina del Sur.

—¿Sí? ¿Hablo con Tim o con Luke?

—Con Luke. Escúcheme, y le diré lo que vamos a hacer.

Kalisha se había perdido en una casa muy grande y no tenía la menor idea de cómo salir, porque no sabía cómo había entrado. Estaba en un pasillo parecido al de la residencia de la Mitad Delantera, donde había vivido durante un tiempo antes de que la trasladaran a otro sitio para desvalijarle el cerebro. Solo que ese pasillo tenía muebles: cómodas y espejos y percheros y algo similar a una pata de elefante lleno de paraguas. Había una mesa rinconera con un teléfono encima, semejante al teléfono de la cocina de su casa, y sonaba.

Descolgó y, como no podía decir lo que le habían enseñado a decir a los cuatro años («domicilio de la familia Benson»), se limitó a decir «sí».

—¿Hola? ¿Me oyes? —se oyó en español. Era la voz de una niña, débil y entrecortada por efecto de la estática, casi inaudible.

Kalisha conocía el significado de *hola*, porque había estudiado un año de español en secundaria, pero su exiguo vocabulario no incluía *oyes*. No obstante, entendía lo que decía la niña y cayó en la cuenta de que se trataba de un sueño.

—Sí, ajá, te oigo. ¿Dónde estás? ¿*Quién* eres?

Pero la niña ya no estaba.

Kalisha dejó el teléfono y siguió avanzando por el pasillo. Miró hacia el interior de lo que parecía una sala de estar de una película antigua y luego hacia un salón de baile. Tenía el suelo de cuadros blancos y negros, y le recordó las partidas de ajedrez de Luke y Nick en el patio.

Empezó a sonar otro teléfono. Apretó el paso y entró en una cocina bonita y moderna. Cubrían la nevera fotos e imanes, además de un adhesivo en el que se leía ¡BERKOWITZ PRESIDENTE! No habría reconocido a Berkowitz en la vida y, sin embargo, sabía que era la cocina de ese hombre. El teléfono era mural. Era más grande que el de la mesa rinconera, desde luego más grande que el de la cocina de los Benson; casi parecía un teléfono de broma. Pero sonaba, así que descolgó el auricular.

—¿Sí? ¿Hola? Me llamo... *mi nombre es...* —agregó en español— Kalisha.

Pero esta vez no era la niña española. Era un niño.

—*Bonjour, vous m'entendez?*

Francés. *Bonjour* era francés. Otro idioma, otra pregunta y esta vez la conexión era mejor. No mucho, pero sí un poco.

—¿Sí, uy, uy, te oigo! ¿Dónde estás...?

El niño, sin embargo, ya no estaba, y sonaba otro teléfono. Apretando el paso, atravesó una despensa y entró en una habitación con paredes de paja y suelo de tierra apisonada cubierto casi por completo por una estera de vivos colores. Había sido la última morada de un cacique africano fugitivo que se llamaba Badu Bokassa, a quien había apuñalado en el cuello una de sus amantes. Solo que en realidad lo había matado un puñado de niños a miles de kilómetros de distancia. El doctor Hendricks había movido su varita mágica —que casualmente era una bengala barata del Cuatro de Julio—, y el señor Bokassa pasó a mejor vida. El teléfono colocado en la estera era aún más grande, casi del tamaño de una lámpara de mesa. Cuando descolgó el auricular, advirtió su considerable peso.

Otra niña, y esa vez el sonido fue claro como el agua. Por lo visto, a medida que los teléfonos aumentaban de tamaño, las voces se percibían con mayor nitidez.

—*Zdravo, cujes li me?*

—Sí, te oigo bien, ¿qué es este sitio?

La voz ya no estaba y sonaba otro teléfono. Este se encontraba en un dormitorio con una araña de luces y era del tamaño de un escabel. Tuvo que levantar el auricular con las dos manos.

—*Hallo, hoor je me?*

—¡Sí! ¡Claro! ¡Por supuesto! ¡Háblame!

Él no le habló. No sonó el tono de marcado. Sencillamente no estaba.

El siguiente teléfono se encontraba en una solana con un amplio techo de cristal y era tan grande como la mesa que lo sostenía. El timbre le hizo daño en los oídos. Era como escuchar el sonido de un teléfono a través de un amplificador en un concierto de rock and roll. Kalisha corrió hacia él, con los brazos extendidos y las manos abiertas al frente, y golpeó el auricular para arrancarlo de la horquilla, no porque esperase una aclaración, sino para

acallarlo antes de que le reventara los tímpanos.

—*Ciao!*— saludó una voz atronadora de niño—. *Mi senti? Mi senti?*

Y eso la despertó.

5

Estaba con sus colegas: Avery, Nicky, George y Helen. Los demás aún dormían, aunque no plácidamente. George y Helen gemían. Nicky mascullaba algo y tendía las manos hacia delante, además que a Kalisha le recordó la forma en que ella misma había corrido hacia el teléfono grande para silenciarlo. Avery se retorció y decía algo entrecortadamente que ella ya había oído: *Hoor je me? Hoor je me?*

Todos soñaban lo mismo que había soñado ella y, teniendo en cuenta lo que eran —aquello en lo que el Instituto los había convertido—, era totalmente lógico. Estaban generando una especie de poder grupal, telepatía además de telequinesia, ¿por qué, pues, no iban a compartir el mismo sueño? La única duda era quién de ellos lo había iniciado. Supuso que Avery, porque era el más fuerte.

Abejas de una colmena, pensó. Eso somos ahora. Abejas psíquicas de una colmena.

Kalisha se puso en pie y miró alrededor. Seguían atrapados en el túnel de acceso, eso no había cambiado, pero tuvo la impresión de que el nivel de ese poder grupal sí era distinto. Quizá se debía a que los niños del pabellón A no se habían dormido, pese a que debía de ser bastante tarde; Kalisha siempre había tenido una buena noción del tiempo y calculó que eran al menos las nueve y media, quizá un poco más tarde.

El zumbido era más sonoro que antes y había entrado en una especie de

ritmo cíclico: *mmm-mmm-mmm-mmm*. Vio con interés (pero no con verdadera sorpresa) que los fluorescentes del techo reproducían los mismos ciclos que el zumbido: iluminaban más, se debilitaban un poco y volvían a iluminar más.

TQ que se ve realmente, pensó. Por más que no nos sirva de nada.

Pete Littlejohn, el niño que se golpeaba la cabeza y repetía *ya-ya-ya-ya*, se acercó a ella a zancadas. En la Mitad Delantera, Pete era en parte encantador y en parte molesto, como un hermano menor que te sigue a todas partes e intenta escuchar cuando tú y tus amigas intercambiáis secretos. En ese momento costaba mirarlo, con la boca húmeda y babeante y los ojos de expresión vacía.

—¿Me oyes? —preguntó—. *Horst du mich?*

—Tú también lo has soñado —dijo Kalisha.

Pete no prestó atención; se limitó a darse la vuelta hacia sus compañeros errantes, diciendo algo así como *styzez minny*. Solo Dios sabía qué idioma era ese, pero Kalisha tuvo la certeza de que significaba lo mismo.

—Te escucho —dijo Kalisha a nadie en particular—. Pero ¿qué quieres?

Más o menos a medio camino en dirección a la puerta cerrada de la Mitad Trasera, habían escrito algo con cera en la pared. Kalisha se acercó a mirarlo, esquivando a varios niños errantes del pabellón A para llegar hasta allí. Escrito en grandes letras moradas, se leía: LLAMA POR EL TELÉFONO GRANDE. COTESTA EL GRANDE. Así que también los vegetales estaban soñándolo, solo que despiertos. Con el cerebro prácticamente borrado, quizá soñaban continuamente. Una idea horrenda: soñar, soñar y soñar, sin poder encontrar nunca el mundo real.

—También tú, ¿eh?

Era Nicky, con los ojos hinchados de dormir, el pelo erizado. Tenía algo de entrañable. Ella enarcó las cejas.

—El sueño. ¿Una casa grande, teléfonos cada vez mayores? ¿Algo así cómo *Los 500 sombreros de Bartolomé Cubbins?*

—¿Bartolomé qué? —preguntó Kalisha.

—Un libro del Doctor Seuss. Bartolomé intentaba quitarse una y otra vez el sombrero ante el rey y, cada vez que se quitaba uno, aparecía otro más grande y llamativo debajo.

—No lo he leído, pero sí he tenido el sueño. Creo que venía de Avery. — Señaló al niño, que dormía aún, absolutamente extenuado—. O ha empezado en él, al menos.

—No sé si lo ha iniciado él o si él simplemente lo está recibiendo y amplificando y transmitiendo. No sé hasta qué punto tiene importancia eso. — Nick observó el mensaje de la pared y echó una ojeada alrededor—. Esta noche los vegetales están inquietos.

Kalisha lo miró con expresión ceñuda.

—No los llames así. Es una palabra despectiva. Como si a mí me llamas «negrata».

—Vale —respondió Nick—, esta noche los discapacitados mentales están inquietos. ¿Así mejor?

—Sí. —Le concedió una sonrisa.

—¿Qué tal la cabeza, Sha?

—Estoy mejor. Bien, de hecho. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—Yo también —dijo George, que se acercó a ellos—. Gracias por preguntar. ¿Habéis tenido el sueño? Teléfonos cada vez más grandes y «¿Hola, me oyes?».

—Sí —contestó Nick.

—Ese último teléfono, el que he encontrado justo antes de despertarme, era más grande que yo. Y el zumbido es más potente. —A continuación, con el mismo tono despreocupado, añadió—: ¿Cuánto creéis que tardarán en decidirse a gasearnos? Me sorprende que no lo hayan hecho ya.

Las diez menos cuarto, en el aparcamiento del Econo Lodge de Beaufort, Carolina del Sur.

—Te escucho —dijo Stackhouse—. Si me dejas ayudarte, quizá podamos resolver esto juntos. Hablemos.

—No hace falta —contestó Luke—. Usted solo tiene que escuchar. Y tomar nota, porque no quiero repetirlo.

—¿Sigue tu amigo Tim cont...?

—¿Quiere el lápiz USB o no? Si no lo quiere, siga hablando. Si lo quiere, *cierre la puta boca*.

Tim apoyó una mano en el hombro de Luke. En el asiento delantero del monovolumen, la señora Sigsby movió la cabeza en ademán pesaroso. Luke no necesitaba telepatía para saber qué pensaba: un niño intentando hacer el trabajo de un hombre.

Stackhouse suspiró.

—Adelante. Tengo papel y bolígrafo a mano.

—En primer lugar, la agente Wendy no tiene el lápiz USB, eso vendrá con nosotros, pero conoce los nombres de mis amigos: Kalisha, Avery, Nicky, Helen, un par más, y sabe de dónde son. Si sus padres están muertos, como los míos, será suficiente para iniciar una investigación, incluso sin el lápiz USB. No tendrá ni que decir una sola palabra sobre los niños con poderes psíquicos o el resto de sus gilipolces criminales. Encontrarán el Instituto. Incluso si se escapa, Stackhouse, sus jefes lo perseguirán. Nosotros somos su mejor oportunidad para sobrevivir a esto. ¿Queda claro?

—No hace falta que me vendas la moto. ¿Cuál es el apellido de la agente

Wendy?

Tim, que estaba inclinado a corta distancia y oía los dos extremos de la conversación, negó con la cabeza. Era un consejo que Luke no necesitaba.

—No importa. En segundo lugar, llame al avión en el que viajó su pelotón. Diga a los pilotos que se encierren en la cabina en cuanto nos vean acercarnos.

Tim susurró dos palabras. Luke asintió.

—Pero dícales que bajen la escalerilla antes.

—¿Cómo sabrán que sois vosotros?

—Porque llegaremos en uno de los monovolúmenes en los que vinieron tus asesinos a sueldo. —A Luke le complació darle esa información. Confiaba en que dejara aún más claras las cosas: la señora Sigsby lo había intentado y había fracasado.

»Nosotros no veremos al piloto y al copiloto, y ellos no nos verán a nosotros. Aterrizaremos en el mismo sitio donde despegó el avión y ellos se quedarán en la cabina. ¿Hasta aquí me sigue?

—Sí.

—En tercer lugar, quiero un monovolumen esperándonos, de nueve asientos, igual que el que hemos usado para salir de DuPray.

—Nosotros no...

—Y una mierda. En esa colonia militar suya hay todo un parque móvil. Lo vi. ¿Y ahora va a colaborar conmigo en esto o tengo que darlo por perdido?

Luke sudaba copiosamente, y no solo por la humedad de la noche. Le alegraba notar la mano de Tim en el hombro y la mirada de preocupación de Wendy. Era un alivio no estar solo ya ante aquella situación. Hasta ese momento no había sido de verdad consciente de lo pesada que era la carga.

—Adelante.

—En cuarto lugar, va a proporcionarnos un autobús.

—¿Un *autobús*? ¿Lo dices en *serio*?

Luke decidió pasar por alto esa interrupción, considerando que era justificada. Desde luego Tim y Wendy parecían atónitos.

—Estoy seguro de que tiene amigos en todas partes, y eso incluye al menos algún policía de Dennison River Bend. Quizá todos ellos. Es verano, así que los niños están de vacaciones y los autobuses en el aparcamiento municipal, junto con los quitanieves, los volquetes y los demás vehículos. Ordene a uno de sus amigos policías que abra el edificio donde guardan las llaves. Ordénele que deje la llave en el contacto de un autobús con capacidad para al menos cuarenta pasajeros. Uno de sus técnicos o cuidadores puede conducirlo hasta el Instituto. Déjelo junto al palo de la bandera que hay delante del edificio de administración con las llaves puestas. ¿Lo ha entendido todo?

—Sí. —Con tono profesional. Sin protestas ni interrupciones y, para entender la razón, Luke no necesitó una comprensión adulta de la psicología y la motivación como la que Tim poseía. Ese, debía de estar pensando Stackhouse, era el plan descabellado de un niño, solo a un paso de una vana ilusión. Veía lo mismo en el rostro de Tim y en el de Wendy. La señora Sigsby lo estaba oyendo y daba la impresión de que le costaba permanecer impasible.

—Es un simple intercambio. Usted se queda con el lápiz USB, yo me quedo con los niños. Los de la Mitad Trasera y también los de la Mitad Delantera. Téngalos a todos preparados para la excursión a las dos de la madrugada. La agente Wendy mantendrá la boca cerrada. Ese es el trato. Ah, y usted se quedará también con su mierda de jefa y su mierda de médico.

—¿Puedo hacer una pregunta, Luke? ¿Me está permitido?

—Adelante. —Luke imaginaba cuál sería la pregunta. De hecho, deseaba responderla.

—Cuando tengas a entre treinta y cinco y cuarenta niños apiñados en un enorme autobús amarillo con el rótulo DENNISON RIVER BEND en el costado, ¿adónde piensas llevarlos? ¿Sin olvidar que la mayor parte de ellos

tienen la mente vacía?

—A Disneylandia —contestó Luke.

Tim se llevó una mano a la frente, como si acabara de asaltarlo un repentino dolor de cabeza.

—Nos mantendremos en contacto con la agente Wendy. Antes de despegar. Después de aterrizar. Cuando llegemos al Instituto. Cuando salgamos del Instituto. Si ella no recibe una llamada, empezará a hacer sus propias llamadas, primero a la Policía del Estado de Maine y después al FBI y a Seguridad Nacional. ¿Queda claro?

—Sí.

—Bien. Una última cosa. Cuando llegemos, quiero que *usted* esté allí. Con los brazos extendidos. Una mano en el capó del autobús, una mano en el palo de la bandera. En cuanto los niños estén en el autobús y mi amigo Tim se haya sentado al volante, le entregaré el lápiz USB de Maureen y montaré yo mismo. ¿Entendido?

—Sí. —Inexpresivo. Procurando no parecer el hombre que acababa de ganar el gordo.

Entiende que Wendy podría ser un problema, pensó Luke, porque conoce los nombres de un grupo de niños desaparecidos, pero ese es un problema que considera posible resolver. El lápiz USB es ya otro asunto, más difícil de desechar como noticia falsa. Se lo estoy ofreciendo prácticamente en bandeja de plata. ¿Cómo puede negarse? Respuesta: no puede.

—Luke... —empezó a decir Tim.

Luke negó con la cabeza: Ahora no, no mientras estoy pensando.

Sabe que su situación sigue siendo mala, pero ahora ve un rayo de luz. Gracias a Dios, Tim me ha recordado algo en lo que debería haber pensado yo mismo: esto no termina con Sigsby y Stackhouse. Ellos deben de tener sus propios jefes, gente ante la que rendir cuentas. Cuando la mierda empiece a

salpicar, Stackhouse tendrá la posibilidad de aducir que habría podido ser mucho peor; de hecho, deberían estar dándole las gracias por salir del paso.

—¿Me llamarás antes de despegar? —preguntó Stackhouse.

—No. Confío en que se encargue usted de la organización de todo. — Aunque «confianza» no era la primera palabra que acudía a la cabeza de Luke al pensar en Stackhouse—. La próxima vez que hablemos será cara a cara, en el Instituto. Monovolumen en el aeródromo. Autobús junto al palo de la bandera. Cáguela en algún punto, y la agente Wendy empezará a hacer sus llamadas y contar su historia. Adiós.

Colgó y encorvó los hombros.

7

Tim entregó la Glock a Wendy y señaló a sus dos prisioneros. Ella asintió. En cuanto se quedó montando guardia, Tim se llevó al niño aparte. Se colocaron junto a la valla, a la sombra de una magnolia.

—Luke, esto no saldrá bien. Si vamos allí, puede que el monovolumen esté esperándonos en el aeródromo, pero si ese Instituto es lo que tú dices que es, nos tenderán una emboscada y nos matarán cuando lleguemos. También acabarán con tus amigos y los otros niños. Quedará solo Wendy y hará lo que pueda, pero pasarán días hasta que alguien se presente allí; sé cómo funcionan las fuerzas del orden cuando algo se sale del protocolo normal. Si encuentran el sitio, estará vacío excepto por los cadáveres. Puede que incluso los cuerpos desaparezcan. Según dices, tienen un sistema de eliminación de... —Tim no supo cómo expresarlo—. De los niños utilizados.

—Todo eso ya lo sé —respondió Luke—. La cuestión no somos nosotros; la cuestión es *ellos*. Los niños. Solo quiero ganar tiempo. Allí está pasando algo.

Y no solo allí.

—No entiendo.

—Ahora soy más fuerte —dijo Luke—, y estamos a más de mil quinientos kilómetros del Instituto. Yo formo parte de los niños del Instituto, pero ya no se trata solo de ellos. Si fuera así, nunca habría podido apartar el arma de aquel hombre con la mente. Las bandejas de pizza vacías eran lo máximo que podía mover, ¿recuerdas?

—Luke, yo solo...

Luke se concentró. Por un momento lo asaltó una imagen del teléfono del recibidor de su casa sonando y supo que si contestaba, alguien preguntaría: «¿Me oyes?». Esa imagen dio paso a los puntos de colores y un leve zumbido. Los puntos se veían apagados en lugar de brillantes, y mejor así. Quería hacer una demostración a Tim, pero sin causarle daño... Y causarle daño sería muy fácil.

Tim se tambaleó y chocó contra la alambrada, como si lo hubieran empujado unas manos invisibles, y levantó los antebrazos justo a tiempo de protegerse la cara.

—¿Tim? —llamó Wendy.

—Estoy bien —dijo Tim—. No les quites ojo, Wendy. —Miró a Luke—. ¿Eso lo has hecho tú?

—No ha salido *de* mí, ha llegado *a través* de mí —explicó Luke. Como aún tenían tiempo (al menos un poco) y sentía curiosidad, preguntó—: ¿Qué has sentido?

—Una ráfaga fuerte de viento.

—Desde luego era fuerte —convino Luke—. Porque juntos somos más fuertes. Eso dice Avery.

—Ese es el niño pequeño.

—Sí. Era el más fuerte que habían tenido allí desde hacía mucho tiempo.

Quizá años. No sé qué ha pasado exactamente, pero sospecho que lo metieron en la cisterna de inmersión, lo sometieron a esa experiencia cercana a la muerte que potencia las luces de Stasi, solo que sin las inyecciones limitadoras.

—No te sigo.

Luke no pareció oírlo.

—Fue un castigo, seguramente, por ayudarme a escapar. —Ladeó la cabeza hacia el monovolumen—. Puede que la señora Sigsby lo sepa. Incluso puede que sea idea suya. El caso es que les ha salido el tiro por la culata. Eso debe de haber sido, porque se han amotinado. El verdadero poder lo tienen los niños del pabellón A. Avery los ha soltado.

—Pero no poder suficiente para salir de donde están atrapados.

—*Todavía* no —respondió Luke—. Pero creo que lo tendrán.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Al decirme que la señora Sigsby y Stackhouse deben de tener sus propios jefes, me has hecho pensar. Debería haberlo deducido por mi cuenta, pero no he llegado tan lejos. Probablemente porque los únicos jefes que tienen los niños son sus padres y sus profesores. Si hay más jefes, ¿por qué no más Institutos?

Un coche entró en el aparcamiento, pasó junto a ellos y desapareció con un destello rojo de las luces de posición. Cuando se fue, Luke prosiguió:

—Quizá el de Maine sea el único de Estados Unidos, o quizá haya otro en la Costa Oeste. Ya sabes, como los toques para libros en un estante. Pero podría haber uno en el Reino Unido, y en Rusia, India, China, Alemania, Corea... Tiene lógica, si te paras a pensarlo.

—Una carrera mental en lugar de una carrera armamentista —dijo Tim—. ¿A eso te refieres?

—No creo que sea una carrera. Creo que todos los Institutos trabajan en

colaboración. Eso no lo sé con seguridad, pero me da que es así. Un objetivo común. Una buena causa, por así decirlo. Matar a unos cuantos niños para evitar que toda la especie humana se quite la vida. Un trueque. A saber cuánto tiempo lleva esto en marcha, pero hasta ahora nunca había habido un motín. Lo han iniciado Avery y mis otros amigos, pero podría propagarse. Podría estar propagándose ya.

Tim Jamieson no era experto en historia ni en ciencias sociales, pero se mantenía al corriente de los temas de actualidad, y pensó que a lo mejor Luke tenía razón. El amotinamiento —o la revolución, por utilizar un término menos peyorativo— actuaba como un virus, y más en la Era de la Información. *Podía* propagarse.

—El poder que posee cada uno de nosotros, la razón por la que nos secuestraron y nos llevaron al Instituto, es pequeño. El poder de todos juntos es mayor. Especialmente el de los niños del pabellón A. Una vez despojados de su mente, lo único que queda es el poder. Pero si hay más Institutos, si los otros niños saben lo que está pasando en el nuestro y todos se unen...

Luke negó con la cabeza. Pensaba otra vez en el teléfono del recibidor de su casa, solo que de un tamaño enorme.

—Si eso pasara, el poder sería grande, y cuando digo grande, quiero decir muy grande. Por eso necesitamos tiempo. Si Stackhouse piensa que soy un idiota, tan interesado en salvar a mis amigos que llego al extremo de proponer un trato estúpido, tanto mejor.

Tim sentía aún esa ráfaga fantasmal de viento que lo había arrojado contra la valla.

—No vamos allí exactamente para salvarlos, ¿no?

Luke lo miró muy serio. Con el rostro magullado y sucio y la oreja vendada, parecía el niño más inofensivo del mundo. De pronto sonrió y, por un momento, no lo pareció en absoluto.

—No. Vamos a recoger los pedazos.

Kalisha Benson, Avery Dixon, George Iles, Nicholas Wilholm, Helen Simms.

Cinco críos sentados en el extremo del túnel de acceso, junto a la puerta cerrada que comunicaba (aunque eso de que *comunicaba* era un decir) con la planta F de la Mitad Delantera. Katie Givens y Hal Leonard los habían acompañado durante un rato, pero luego se habían reunido con los niños del pabellón A, y caminaban con ellos cuando estos caminaban, y se cogían de las manos cuando ellos decidían formar uno de aquellos corros. También Len, y las esperanzas de Kalisha por Iris se desvanecían, pese a que de momento Iris se limitaba a mirar mientras los niños del pabellón A formaban círculos, se disgregaban y volvían a formar círculos. Helen había regresado, se la veía plenamente con ellos. Tal vez Iris estaba ya demasiado ausente. Lo mismo podía decirse de Jimmy Cullum y Donna Gibson, a quienes Kalisha había conocido en la Mitad Delantera; gracias a la varicela, había pasado allí mucho más tiempo que los demás residentes. Los niños del pabellón A la entristecían, pero lo de Iris era peor. La posibilidad de que lo suyo fuese irreparable, esa idea era...

—Espantosa —dijo Nicky.

Ella lo miró con cara en parte de reprensión.

—¿Estás dentro de mi cabeza?

—Sí, pero no estaba espiando en tu cajón de la ropa interior mental —aseguró Nicky, y Kalisha dejó escapar un bufido.

—Ahora estamos todos en las cabezas de todos —explicó George. Señaló a Helen con el pulgar—. ¿De verdad creéis que yo querría saber que, en una

fiesta de pijamas en casa de una amiga, se rio tanto que se meó encima? Es un auténtico caso de exceso de información.

—Mejor que enterarse de que a ti te preocupa tener soriasis en la... — empezó a decir Helen, pero Kalisha la obligó a callar.

—¿Qué hora será? —preguntó George.

Kalisha consultó su muñeca desnuda.

—Las piel en punto.

—Yo diría que eso de las once —aventuró Nicky.

—¿Sabéis una cosa graciosa? —preguntó Helen—. Antes siempre me horrorizaba ese zumbido. Sabía que me estaba vaciando el cerebro.

—Todos lo sabíamos —dijo George.

—Ahora en cierta forma me gusta.

—Porque es poder —afirmó Nicky—. *Su poder*, hasta que lo recuperemos.

—Una onda portadora —dijo George—. Y ahora es constante. Esperando solo el momento de la transmisión.

Hola, ¿me oyes?, pensó Kalisha, y el estremecimiento que la recorrió no fue del todo desagradable.

Varios niños del pabellón A se cogieron de la mano. Iris se sumó a ellos. El zumbido entró en un ciclo ascendente. Lo mismo ocurrió con la palpitación de los fluorescentes del techo. Al cabo de un rato se soltaron y el zumbido volvió a su nivel anterior más bajo.

—Él está en el aire —dijo Kalisha. Nadie necesitaba preguntar a quién se refería.

—Me gustaría volver a volar —comentó Helen con aire melancólico—. Me *encantaría*.

—¿Lo esperarán, Sha? —preguntó Nicky—. ¿O se limitarán a echarnos el gas? ¿Tú que crees?

—¿Quién me ha convertido en el Profesor Xavier? —Dio un codazo a

Avery en el costado... pero con delicadeza—. Despierta, Avester. Huele el café.

—Estoy despierto —contestó Avery. No era del todo verdad; aún adormecido, se recreaba en el zumbido. Pensaba en teléfonos que se agrandaban, del mismo modo que los sombreros de Bartolomé Cubbins eran cada vez más grandes y más llamativos—. Esperarán. No les queda más remedio, porque si a nosotros nos pasa algo, Luke se enterará. Y *nosotros* esperaremos hasta que él llegue.

—¿Y cuando llegue? —preguntó Kalisha.

—Usaremos el teléfono —respondió Avery—. El teléfono grande. Todos juntos.

—¿Es muy grande? —George parecía inquieto—. Porque el último que he visto era grande de cojones. Parecía tan grande como yo.

Avery se limitó a menear la cabeza. Se le cerraron los párpados. En el fondo era aún un niño pequeño y ya debería haberse acostado hacía rato.

Los niños del pabellón A —era difícil no pensar en ellos como vegetales, incluso para Kalisha— seguían cogidos de la mano. La luz de los fluorescentes cobró intensidad; de hecho, uno de los tubos se cortocircuitó. El zumbido se hizo más grave y potente. En la Mitad Delantera lo percibieron, Kalisha no tuvo la menor duda: Joe y Hadad, Chad y Dave, Priscilla y aquel individuo malévolos, Zeke. Los demás también. ¿Los asustaba? Quizá un poco, pero...

Pero creen que estamos atrapados, pensó. Creen que todavía están a salvo. Creen que se ha contenido la revuelta. Mejor que sigan creyéndolo.

En algún sitio había un teléfono grande, el *más grande*, uno con extensiones en muchas habitaciones. Si llamaban por ese teléfono (*cuando* llamaran por él, porque no tenían alternativa), la potencia acumulada en ese túnel donde estaban atrapados sería superior a la de cualquier bomba que hubiese

estallado alguna vez encima o debajo de la tierra. El zumbido, ya solo una onda portadora, podía intensificarse hasta convertirse en una vibración capaz de derribar edificios, de destruir ciudades enteras quizá. Eso Kalisha no lo sabía con certeza, pero lo consideraba posible. ¿Cuántos niños, con la cabeza vacía de todo excepto los poderes por los que los habían capturado, aguardaban la llamada del teléfono grande? ¿Cien? ¿Quinientos? Quizá incluso más, si había Institutos por todo el mundo.

—¿Nicky?

—¿Qué? —Él también estaba adormecido y lo notó irritado.

—Quizá podamos activarlo —contestó, y no hizo falta concretar a qué se refería—. Pero si lo hacemos, ¿podremos desactivarlo otra vez?

Él se detuvo a pensar y finalmente sonrió.

—No lo sé. Pero después de lo que nos han hecho... francamente, querida, me importa un bledo.

Once y cuarto.

Stackhouse se hallaba de nuevo en el despacho de la señora Sigsby, con el Teléfono Cero —todavía en silencio— en el escritorio. Faltaban cuarenta y cinco minutos para que terminara el último día de funcionamiento normal del Instituto. A la mañana siguiente ese lugar sería abandonado, independientemente de cómo acabara el asunto con Luke Ellis. La ocultación del programa en su conjunto era posible pese a la tal Wendy a la que Luke y su amigo Tim dejaban en el sur, pero ese complejo había que darlo por perdido. Esa noche las prioridades eran obtener el lápiz USB y asegurarse de que Luke Ellis moría. Rescatar a la señora Sigsby no estaría mal, pero en rigor era

optativo.

De hecho, el Instituto ya estaba siendo abandonado. Desde donde se hallaba sentado, tenía una perspectiva de la carretera que partía del Instituto y llevaba primero a Dennison River Bend y, desde allí, al resto de Estados Unidos, además de Canadá y México, para quienes tuvieran pasaporte. Stackhouse había emplazado a Zeke, Chad, Doug el cocinero (veinte años al servicio de Halliburton) y la doctora Felicia Richardson, que había llegado a ellos procedente del Grupo de Seguridad Hawk. Eran personas de confianza.

En cuanto a los demás, los había visto marcharse; los faros habían destellado entre los árboles. Supuso que hasta el momento eran apenas diez o doce, pero los seguirían más. Pronto la Mitad Delantera quedaría vacía, salvo por los pocos niños que residían allí actualmente. Quizá lo estaba ya. Pero Zeke, Chad, Doug y la doctora Richardson permanecerían; eran fieles a la institución. Y Gladys Hickson. También ella continuaría allí, tal vez después de que todos los demás se fueran. Gladys no solo era una pependenciera; Stackhouse estaba cada vez más seguro de que era una psicópata declarada.

Yo mismo soy un psicópata por quedarme, pensó Stackhouse. Pero el chaval tiene razón: me perseguirían. Y él va a venir derecho a nosotros. A menos que...

—A menos que esté jugando conmigo —musitó.

Rosalind, la ayudante de la señora Sigsby, asomó la cabeza. Su maquillaje, por lo general perfecto, presentaba el deterioro de esas últimas doce horas tan difíciles y el cabello canoso, por lo general perfecto, se le erizaba a los lados.

—¿Señor Stackhouse?

—Rosalind.

Rosalind parecía inquieta.

—Creo que es posible que el doctor Hendricks se haya ido. Me parece haber visto su coche hace unos diez minutos.

—No me sorprende. Usted misma debería irse, Rosalind, volver a casa. —
Sonrió. Se le antojó extraño sonreír en una noche como esa, pero extraño en el
buen sentido—. Acabo de darme cuenta de que la conozco desde que llegué
aquí, hace ya muchas lunas, y no sé de dónde es usted.

—De Missoula —respondió Rosalind. Ella misma parecía sorprendida—.
Está en Montana. Aunque apenas conservo lazos con aquello. Tengo una casa
allí, pero no he estado desde hace unos cinco años, calculo. Solo pago los
impuestos cuando toca. En mi tiempo libre, me quedo en la colonia. En
vacaciones, voy a Boston. Me gustan los Red Sox y los Bruins, y ver películas
de arte y ensayo en los cines de Cambridge. Pero siempre estoy lista para
volver.

Stackhouse cayó en la cuenta de que Rosalind nunca le había hablado tanto
en todas esas lunas, que se remontaban a casi quince años atrás. Ella, la fiel
factótum de la señora Sigsby, estaba ya allí cuando Stackhouse había dado por
concluida su etapa como investigador al servicio de la Abogacía General del
Ejército de Tierra, y allí seguía, con el mismo aspecto de siempre. Tal vez
tuviera sesenta y cinco años, o setenta bien llevados.

—Señor, ¿oye usted ese zumbido?

—Sí.

—¿Es un transformador o algo así? Nunca lo había oído.

—Un transformador. Sí, supongo que podríamos llamarlo así.

—Es muy molesto. —Rosalind se frotó las orejas, alborotándose aún más el
cabello—. Supongo que lo hacen los niños. ¿Va a volver Julia, la señora
Sigsby? Sí, ¿verdad?

Stackhouse cayó en la cuenta (encontrándolo gracioso más que irritante) de
que Rosalind, siempre tan decorosa y discreta, había estado al acecho, con o
sin zumbido.

—Eso espero, sí.

—Entonces me gustaría quedarme. Le diré que sé disparar. Voy a la galería de tiro de Bend una vez al mes, dos, incluso. He conseguido el equivalente en el club de tiro a la insignia TD y el año pasado gané una competición de pistolas de pequeño calibre.

La callada ayudante de Julia no solo tenía una taquigrafía excelente, sino también la insignia de Tiradora Distinguida... o, como ella decía, el equivalente. El mundo era una caja de sorpresas.

—¿Con qué arma dispara, Rosalind?

—Una Smith & Wesson M&P 45.

—¿No le molesta el retroceso?

—Con ayuda de una muñequera, lo llevo muy bien. Señor, si su intención es liberar a la señora Sigsby de los secuestradores que la retienen, sería mi mayor deseo tomar parte en la operación.

—De acuerdo —dijo Stackhouse—, aceptada. Me vendrá bien toda la ayuda de que pueda disponer. —Pero tendría que utilizar a esa mujer con cuidado, porque salvar a Julia tal vez no fuese posible. En ese momento era prescindible. Lo importante era el lápiz USB. Y ese puto chico más listo de lo que le convenía.

—Gracias, señor. No lo decepcionaré.

—Seguro que no, Rosalind. Le explicaré cómo preveo que esto se desarrolle, pero primero tengo una pregunta que hacerle.

—¿Sí?

—Ya sé que en principio un caballero nunca debe preguntarlo, y una dama en principio nunca debe decirlo, pero ¿cuántos años tiene?

—Setenta y ocho, señor. —Contestó de inmediato, y sin desviar la mirada, pero era mentira. Rosalind Dawson contaba en realidad ochenta y un años.

Doce menos cuarto.

El avión Challenger con la matrícula 940NF en la cola y el rótulo MAINE PAPER INDUSTRIES en el costado volaba a doce mil metros de altitud en dirección norte, rumbo a Maine. Con un impulso auxiliar de la corriente en chorro, la velocidad fluctuaba suavemente entre 830 y 880 kilómetros por hora.

La llegada del grupo Alcolu y su despegue posterior habían transcurrido sin percances, principalmente porque la señora Sigsby disponía de un pase de entrada VIP de Regal Air FBO y había estado más que dispuesta a utilizarlo para abrirles las puertas. Olfateaba una oportunidad —escasa, pero existente— de salir de aquello con vida. El Challenger aguardaba con solitario esplendor y la escalerilla bajada. Tim había recogido la escalerilla él mismo y afianzado la compuerta. Después golpeó la puerta cerrada de la cabina con la culata de la Glock del ayudante del sheriff muerto.

—Creo que aquí atrás estamos todos listos. Si tienen pista libre, pongámonos en marcha.

No obtuvo respuesta del otro lado de la puerta, pero los motores empezaron a revolucionarse. Al cabo de dos minutos, estaban en el aire. Para entonces, según el monitor empotrado en la mampara, sobrevolaban algún lugar de Virginia Occidental, y DuPray había quedado atrás. Tim no había previsto marcharse de manera tan repentina y, desde luego, no en circunstancias tan catastróficas.

Evans cabeceaba y Luke dormía como un tronco. Solo la señora Sigsby permanecía despierta, muy erguida en el asiento, sin apartar la vista del rostro de Tim. Aquellos grandes ojos inexpresivos tenían algo de reptiliano. El último calmante del doctor Roper tal vez la habría amodorrado, pero se había

negado a tomarlo, pese a que debía de sentir un dolor bastante intenso. Aunque se hubiera librado de una herida grave de bala, incluso una muesca en la carne dolía mucho.

—Tiene usted experiencia en las fuerzas del orden, creo —dijo ella—. Se nota en su manera de comportarse y en su manera de reaccionar: deprisa y bien.

Tim se limitó a mirarla en silencio. Había dejado la Glock junto a él en el asiento. Disparar un arma a doce mil metros sería muy mala idea y, en realidad, ¿por qué iba a hacerlo siquiera a una altitud mucho menor? Estaba llevando a esa cabrona exactamente al lugar adonde ella quería ir.

—No entiendo por qué se ha prestado a este plan. —Señaló con la cabeza a Luke, quien, con la cara sucia y la oreja vendada, aparentaba mucho menos de doce años—. Los dos sabemos que quiere salvar a sus amigos y creo que los dos sabemos que el plan es una estupidez. Una imbecilidad, de hecho. Sin embargo, ha accedido. ¿Por qué, Tim?

Tim guardó silencio.

—Para mí es un misterio el hecho mismo de que se haya metido en esto para empezar. Ayúdeme a entenderlo.

Tim no tenía intención de complacerla. Una de las primeras cosas que le había enseñado su mentor en la policía durante los cuatro meses de su etapa de prueba era que es uno quien hace las preguntas a los delincuentes.

Aunque hubiese estado dispuesto a hablar, no sabía qué podía decir para ofrecer una mínima imagen de cordura. ¿Podía contarle que su presencia en ese moderno avión, la clase de aparato que normalmente solo veían por dentro los ricos, era fruto del azar? ¿Que tiempo atrás un hombre con destino a Nueva York se había puesto en pie de pronto en un avión mucho más corriente y se había prestado a ceder su asiento a cambio de dinero en efectivo y un vale para un hotel? ¿Que todo —el viaje en autostop al norte, el embotellamiento en

la I-95, la caminata hasta DuPray, el puesto de sereno— se había sucedido tras ese único acto impulsivo? ¿O podía decir que era el destino? ¿Que lo había trasladado a DuPray la mano de un ajedrecista cósmico para salvar a ese niño dormido de la gente que lo había secuestrado y que pretendía utilizar su mente extraordinaria hasta agotarla? Y si era esto último, ¿a qué se veían reducidos el sheriff John, Tag Faraday, George Burkett, Frank Potter y Bill Wicklow? ¿A meros peones sacrificados en el gran juego? ¿Y qué pieza era él? Sería gratificante considerarse un caballo, pero lo más probable era que no fuera más que otro peón.

—¿Seguro que no quiere esa pastilla? —preguntó.

—No va a contestar a mi pregunta, ¿verdad?

—No, señora. —Tim volvió la cabeza y contempló la vasta oscuridad y las escasas luces de abajo, como luciérnagas en el fondo de un pozo.

Las doce de la noche.

El teléfono en forma de caja emitió su ronco reclamo. Stackhouse contestó. La voz al otro lado de la línea pertenecía a uno de los cuidadores que no estaba de servicio, un tal Ron Church. El vehículo solicitado se encontraba ya en el aeródromo, informó Church. Denise Allgood, una técnica que tampoco estaba de servicio (aunque supuestamente entonces lo estaban todos), había seguido a Church a bordo de un sedán del Instituto. La idea era que, tras dejar el vehículo en la pista, Ron volviera allí con Denise, pero esos dos tenían una relación en marcha, de la que Stackhouse estaba al corriente. Era asunto suyo conocer esos detalles. Estaba convencido de que, tras dejar el vehículo del niño en su sitio, Ron y Denise se dirigirían a algún lugar que *no* era el

Instituto. No había inconveniente. Aunque las deserciones múltiples resultaban tristes, quizá fueran lo mejor que podía pasar. Con esa operación había llegado la hora de hacer cruz y raya. Se quedarían hasta el episodio final efectivos más que suficientes, y eso era lo importante.

Luke y su amigo Tim iban a pasar a la historia, de eso no le cabía la menor duda. El hombre ceceante del otro lado del Teléfono Cero tal vez se conformaría con eso o tal vez no. No estaba en manos de Stackhouse, y era un alivio. Supuso que había arrastrado ese rasgo fatalista como un virus latente desde su época en Irak y Afganistán, y sencillamente no lo había reconocido como era hasta ese momento. Haría lo que pudiera, que era lo que cualquier hombre o mujer podría hacer. Los perros ladran, la caravana pasa.

Llamaron a la puerta y Rosalind se asomó. Se había hecho algo en el pelo, lo cual suponía una mejora. En cuanto a la pistolera que llevaba al hombro, Stackhouse ya no estaba tan seguro. Quedaba un tanto surrealista, como un perro con un sombrero de fiesta.

—Está aquí Gladys, señor Stackhouse.

—Hágala pasar.

Gladys entró. Le colgaba una mascarilla bajo el mentón. Tenía los ojos enrojecidos. Stackhouse dudaba que hubiese estado llorando, así que la irritación se debía probablemente a la mezcla que había estado preparando.

—Está lista. Ya solo necesito añadir el desinfectante para váter. Dé la orden, señor Stackhouse, y los gaseamos. —Movi6 la cabeza con una sacudida brusca y seca—. Estoy impaciente. Ese zumbido me está volviendo loca.

A juzgar por tu aspecto, no te falta mucho para eso, pens6 Stackhouse, pero tenía razón en cuanto al zumbido. El problema era que uno no podía acostumbrarse. Justo cuando pensaba que sí, aumentaba de volumen, no exactamente en el oído, sino dentro de la cabeza. Luego, de repente, volvía a reducirse al nivel anterior, ligeramente más soportable.

—He hablado con Felicia —continuó Gladys—. La doctora Richardson, quiero decir. Ha estado observándolos por su monitor. Dice que el zumbido es más intenso cuando se cogen de las manos y disminuye cuando se sueltan.

Stackhouse ya lo había deducido. No hacía falta ser ingeniero aeroespacial, como solía decirse.

—¿Será pronto, señor?

Él consultó su reloj.

—Dentro de unas tres horas, poco más o menos, creo. Las unidades del CVAC están en el tejado, ¿correcto?

—Sí.

—Cuando llegue el momento, Gladys, puede que me sea posible avisarte, pero puede que no. Seguramente todo ocurrirá muy rápido. Si oyes disparos delante del edificio de administración, introduce el gas de cloro tanto si tienes noticias más como si no. Luego ven. No vuelvas a entrar, simplemente corre por el tejado hasta el Ala Este de la Mitad Delantera. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —Le dirigió una sonrisa radiante. Era la que todos los niños detestaban.

Doce y media.

Kalisha observaba a los niños del pabellón A y se acordaba de la banda de música de la Universidad del Estado de Ohio. A su padre le encantaban los Buckeyes y ella siempre había visto los partidos de fútbol con él —por la cercanía—, pero lo único que en realidad le interesaba era el espectáculo del descanso, cuando la banda («¡El orguullo de los Buckeyes!», proclamaba siempre el presentador) salía al terreno de juego, donde tocaba sus

instrumentos y simultáneamente trazaba figuras —desde la S en el pecho de Superman hasta un fantástico dinosaurio de *Parque Jurásico* que se paseaba agitando su cabeza de saurio— que solo se distinguían desde lo alto.

Los niños del pabellón A no tenían instrumentos musicales, y lo único que formaban al cogerse de la mano era el habitual círculo —irregular, porque el túnel de acceso era estrecho—, pero poseían la misma... existía una palabra para eso...

—Sincronicidad —apuntó Nicky.

Ella, sobresaltada, miró alrededor. Él le sonrió a la vez que se echaba atrás el flequillo para que le viera mejor los ojos, que eran, había que reconocerlo, más bien fascinantes.

—Esa es una palabra difícil incluso para un chico blanco.

—Se la he oído a Luke.

—¿Lo oyes? ¿Estás en contacto con él?

—Más o menos. Por momentos. Cuesta saber qué pienso yo y qué piensa él. Estar dormido ayudaba. Despierto, mis pensamientos son un obstáculo.

—¿Como una interferencia?

Nick se encogió de hombros.

—Supongo. Pero si abres la mente, seguro que tú también lo oyes. Se percibe aún más claro cuando ellos forman sus círculos. —Señaló con el mentón a los niños del pabellón A, que habían reanudado su deambular sin rumbo. Jimmy y Donna caminaban juntos, balanceando sus manos entrelazadas —. ¿Quieres probarlo?

Kalisha trató de dejar la mente en blanco. Al principio le costó mucho, pero cuando se centró en el zumbido, le resultó más fácil. El zumbido era como un enjuague bucal, solo que para el cerebro.

—¿Qué te hace tanta gracia, K?

—Nada.

—Ah, ya veo —dijo Nicky—. Enjuague mental en lugar de enjuague bucal. Me gusta.

—Capto algo, pero no gran cosa. Puede que esté dormido.

—Probablemente. Pero no tardará en despertar, creo. Porque nosotros estamos despiertos.

—Sincronicidad —repitió ella—. Menuda palabreja. Y suena muy propia de él. ¿Sabes esas fichas que nos daban para las máquinas? Luke las llamaba «emolumentos». Otra palabreja.

—Luke es especial por lo listo que es. —Nicky miró a Avery, que estaba apoyado en Helen, los dos dormidos como lirones—. Y el Avester es especial solo porque... bueno...

—Solo porque es Avery.

—Sí. —Nicky sonrió—. Y esos idiotas van y lo tunean sin ponerle regulador de velocidad en el motor. —Su sonrisa era, había que reconocerlo, tan fascinante como sus ojos—. Son los dos juntos los que nos han traído a donde estamos, ya lo sabes. Luke es el chocolate; Avery es la mantequilla de cacahuete. Con cualquiera de los dos solo, no habría cambiado nada. Juntos son la mantequilla de cacahuete Reese que va a reventar este chiringuito.

Ella se rio. Era una manera tonta de plantearlo, pero también muy precisa. Al menos esa esperanza albergaba.

—Pero seguimos inmobilizados. Como ratas en una tubería atascada.

Los ojos azules de él fijos en los castaños de ella.

—No por mucho tiempo, ya lo sabes.

—Vamos a morir, ¿no? —dijo ella—. Si no nos gasean... —Ladeó la cabeza hacia los niños del pabellón A, que volvían a formar un círculo. El zumbido arreció. La luz de los fluorescentes se intensificó—. Ocurrirá cuando ellos suelten amarras. Y los otros, dondequiera que estén.

El teléfono, le dijo Kalisha con el pensamiento. *El teléfono grande*.

—Probablemente —dijo Nicky—. Dice Luke que vamos a derrumbarlo todo como Sansón derrumbó el templo sobre los filisteos. No conozco la historia, en mi familia a nadie le interesaba la Biblia, pero capto la idea.

Kalisha sí conocía la historia y se estremeció. Volvió a mirar a Avery, y recordó otra frase de la Biblia: «los guiará un niño pequeño».

—¿Puedo decirte una cosa? —preguntó Kalisha—. A lo mejor te ríes, pero me da igual.

—Adelante.

—Me gustaría que me besaras.

—No es una misión muy difícil —dijo Nicky. Sonrió.

Ella se inclinó hacia él. Él se inclinó para acercarse. Se besaron en medio del zumbido.

Es agradable, pensó Kalisha. Pensaba que lo sería, y lo es.

A Nicky lo asaltó la idea casi de inmediato, junto con el zumbido: *Vamos a por el segundo. Veamos si es el doble de agradable.*

Una y cincuenta.

El Challenger tomó tierra en la pista de un aeródromo privado propiedad de una empresa fantasma llamada Maine Paper Industries. Rodó hasta un edificio pequeño a oscuras. Cuando se acercaba, en el tejado se encendieron tres luces activadas por el movimiento, las cuales iluminaron un grupo electrógeno, un cargador de contenedores hidráulico y un Chevrolet Suburban de nueve plazas. Era negro y tenía las ventanas tintadas. A Annie la Huérfana le habría encantado.

El Challenger se acercó al Suburban y se apagaron los motores. Por un

momento Tim no tuvo la total certeza de que fuera así, porque se oía un leve zumbido.

—Eso no es el avión —dijo Luke—. Son los niños. Será más intenso a medida que nos acerquemos.

Tim fue a la parte delantera del avión, accionó la gran palanca roja que abría la compuerta y desplegó la escalerilla. Descendieron a la pista a menos de un metro y medio del lado del conductor del Suburban.

—Muy bien —dijo al volver junto a los demás—. Hemos llegado. Pero antes de irnos, señora Sigsby, tengo algo para usted.

En la mesa de la zona de reunión del Challenger había encontrado una abundante reserva de folletos en papel satinado que publicitaban los diversos portentos de la Maine Paper Industries, totalmente falsa, y media docena de gorras publicitarias. Le entregó una a la señora Sigsby y se quedó otra para él.

—Póngasela. Bien calada. Como lleva el pelo corto, no tendrá problema en cubrírsele todo.

Ella miró la gorra con aversión.

—¿Por qué?

—Usted bajará primero. Si hay alguien esperando para tendernos una emboscada, quiero que atraiga usted el fuego.

—¿Por qué iban a apostar a alguien *aquí* cuando vamos *allí*?

—Reconozco que parece improbable y, por eso mismo, no le importará bajar primero. —Tim se puso su propia gorra, solo que hacia atrás, con la goma ajustable en la frente. Luke pensó que era demasiado mayor para ponerse una gorra así (eso era propio de niños), pero no despegó los labios. Pensó que quizá era un recurso de Tim para subirse la moral—. Evans, usted irá justo detrás de ella.

—No —respondió Evans—. No pienso salir de este avión. Aunque quisiera, no estoy muy seguro de que pueda. Me duele mucho el pie. No puedo

apoyar el peso.

Tim se quedó pensativo y finalmente miró a Luke.

—¿Tú qué opinas?

—Dice la verdad —contestó Luke—. Tendría que bajar a la pata coja por la escalera, y es muy empinada. Podría caerse.

—Ni siquiera debería estar aquí —insistió el doctor Evans. Una gruesa lágrima se le escapó de un ojo—. ¡Lo mío es la medicina!

—Lo suyo son las monstruosidades —repuso Luke—. Se dedicaba a observar a niños semiahogados, ellos creían que se *estaban* ahogando, y usted tomaba notas. Algunos niños murieron debido a una reacción fatal a las inyecciones que usted y Hendricks les pusieron. Y aquellos que sobreviven en realidad no puede decirse que vivan, ¿verdad que no? Le diré una cosa: me gustaría pisarle ese pie. Aplastárselo con el talón.

—¡No! —chilló Evans. Se encogió en el asiento y escondió el pie hinchado detrás del ileso.

—Luke —intervino Tim.

—No te preocupes —respondió Luke—. Quiero hacerlo pero no lo haré. Si lo hiciera, sería como él. —Se volvió hacia la señora Sigsby—. *Usted* no tiene elección. Levántese y baje por la escalera.

La señora Sigsby se caló la gorra de la Maine Paper Industries y se levantó del asiento con toda la dignidad que pudo reunir. Luke hizo ademán de situarse detrás de ella, pero Tim lo retuvo.

—Tú irás detrás de mí. Porque eres el más importante.

Luke no discutió.

La señora Sigsby se detuvo en lo alto de la escalerilla y alzó las manos por encima de la cabeza.

—¡Soy la señora Sigsby! ¡Si hay alguien ahí, no disparen!

Luke captó claramente el pensamiento de Tim: *No está tan segura como*

afirmaba.

No hubo respuesta. Fuera no se oyó nada excepto los grillos; dentro no se oyó nada excepto el leve zumbido. La señora Sigsby descendió lentamente, sujetándose a la barandilla y apoyando el peso en la pierna ilesa.

Tim dio unos golpes en la puerta de la cabina con la culata de la Glock.

—Gracias, caballeros. Ha sido un vuelo agradable. Un pasajero se queda a bordo. Llévenlo a donde quieran.

—Llévenlo al infierno —añadió Luke—. Solo ida.

Tim empezó a descender por la escalerilla, atento a un posible disparo; no había previsto que ella se identificara. Debería haberlo hecho, por supuesto. En cualquier caso, no hubo disparos.

—Al asiento del acompañante —ordenó Tim a la señora Sigsby—. Luke, detrás de ella. Yo llevaré el arma, pero tú me cubres. Si intenta hacerme algo, recurre a tu magia mental. ¿Entendido?

—Sí —contestó Luke, y se sentó en la parte de atrás.

La señora Sigsby se acomodó y se puso el cinturón de seguridad. Cuando tendió el brazo para cerrar la puerta, Tim negó con la cabeza.

—Todavía no.

Permaneció allí de pie con la mano en la puerta abierta y telefoneó a Wendy, a salvo en su habitación del Econo Lodge de Beaufort.

—El Águila se ha posado.

—¿Estás bien? —La cobertura era buena; era como si ella se encontrara a su lado. Deseó que en efecto así fuera, pero entonces recordó adónde iban.

—De momento sí. Quédate a la espera. Te llamaré cuando esto termine.

Si puedo, pensó.

Tim rodeó el coche hasta el lado del conductor y se sentó al volante. La llave estaba en el portavasos. Dirigió un gesto de asentimiento a la señora Sigsby.

—Ya puede cerrar la puerta.

Ella obedeció, lo miró con desdén y dijo lo que Luke había pensado.

—Con esa gorra del revés, está francamente ridículo, señor Jamieson.

—Qué quiere que le diga, soy fan de Eminem. Ahora cállese.

14

En el edificio de llegadas de Maine Paper Industries, a oscuras, un hombre arrodillado junto a la ventana observó mientras se encendían las luces del Suburban y este se encaminaba hacia la verja, que estaba abierta. Irwin Mollison, un trabajador de aserradero en paro, era uno de los numerosos colaboradores del Instituto en Dennison River Bend. Stackhouse podría haber ordenado a Ron Church que se quedara, pero sabía por experiencia que dar una orden a un hombre que tal vez decidiera desobedecerla era mala idea. Prefería recurrir a un esbirro sin más objetivo que embolsarse unos dólares extras.

Mollison llamó a un número preprogramado en su móvil.

—Van hacia allí —anunció—. Un hombre, una mujer y un niño. La mujer lleva una gorra, que le tapa el pelo, y no le he visto la cara, pero se ha parado en la puerta del avión y ha dicho a gritos su nombre. Señora Sigsby. El hombre también lleva gorra, pero con la visera hacia atrás. El niño es el que buscan. Tiene una oreja vendada y un moretón tremendo a un lado de la cara.

—Bien —dijo Stackhouse. Ya había recibido una llamada del copiloto del Challenger, quien le informó de que el doctor Evans se había quedado en el avión. Lo cual le parecía bien.

Por el momento, todo iba bien... o tan bien como podía ir, dadas las circunstancias.

El autobús se hallaba estacionado junto al palo de la bandera, tal como le habían pedido. Apostaría a Doug el cocinero y Chad el cuidador entre los árboles más allá del edificio de administración, donde empezaba el camino de acceso al Instituto. Zeke Ionidis y Felicia Richardson ocuparían sus puestos en el tejado del edificio de administración, detrás de un parapeto que los ocultaría hasta que comenzara el tiroteo. Gladys dejaría ir las emanaciones del veneno junto a la toma del sistema CVAC y después se reuniría con Zeke y Felicia. Esas dos posiciones permitirían un clásico fuego cruzado cuando el Suburban se detuviera; al menos esa era la teoría. De pie junto al palo de la bandera, con una mano en el capó del autobús, Stackhouse se encontraría a al menos treinta metros del intercambio de disparos. Correría cierto riesgo de recibir una bala perdida, eso lo sabía, pero era asumible.

Había mandado a Rosalind a montar guardia frente a la puerta del túnel de acceso a la planta F de la Mitad Delantera. Quería asegurarse de que no tuviera ocasión de descubrir que su querida jefa desde hacía años se hallaba también en medio del fuego cruzado, pero no era la única razón. Entendía que el zumbido constante era poder. Quizá todavía no bastara para abrir una brecha en la puerta, o quizá sí. Tal vez simplemente estaban esperando a que llegara Ellis, para atacar desde la retaguardia y generar el mismo caos que habían provocado ya en la Mitad Trasera. Los vegetales no tenían cerebro suficiente para concebir una posibilidad como esa, pero estaban los otros. Si eso ocurría, Rosalind se encontraría allí apostada con su S&W del 45, y los primeros que salieran por esa puerta lamentarían no haber permanecido al otro lado. Stackhouse albergaba la esperanza de que el doblemente maldito Wilhelm encabezara el ataque.

¿Estoy preparado para esto?, se preguntó, y la respuesta pareció ser que sí. Tan preparado como era posible. Y tal vez las cosas aún acabaran bien. Al fin y al cabo, era a Ellis a quien iban a enfrentarse ahí fuera. Solo un niño y un

héroe insensato a quien Ellis había recogido en el camino. En apenas noventa minutos, esa situación de mierda habría terminado.

15

Las tres. El zumbido era más potente.

—Para —indicó Luke—. Dobla por aquí. —Señalaba hacia un camino de tierra entre enormes pinos antiguos, de acceso apenas visible.

—¿Por aquí escapaste? —preguntó Tim.

—No, por Dios. Me habrían encontrado.

—Entonces ¿cómo lo...?

—*Ella* lo conoce —dijo Luke—. Y como ella lo conoce, lo conozco yo también.

Tim se volvió hacia la señora Sigsby.

—¿Hay una verja?

—Pregúnteselo a él. —Prácticamente escupió las palabras.

—No hay verja —dijo Luke—. Solo un indicador grande que dice centro experimental de MAINE PAPER INDUSTRIES y PROHIBIDO EL PASO.

Tim tuvo que sonreír ante la expresión de pura frustración que asomó al rostro de la señora Sigsby.

—Este niño tendría que ser policía, ¿no cree, señora Sigsby? No habría quien le colara una coartada falsa.

—Desista —aconsejó ella—. Va a conseguir que nos maten a los tres. Stackhouse no se detendrá ante nada. —Miró a Luke por encima del hombro—. Tú eres quien lee el pensamiento, sabes que digo la verdad, así que díselo a él.

Luke guardó silencio.

—¿A qué distancia está ese Instituto suyo? —preguntó Tim.

—A quince kilómetros —respondió la señora Sigsby—. Puede que un poco más. —Por lo visto, había decidido que de nada servía negarse a contestar.

Tim dobló por el camino. En cuanto dejó atrás los árboles grandes (las ramas rozaron el techo y los laterales del vehículo), encontró una pista lisa y bien mantenida. En el cielo, una luna en cuarto creciente iluminaba el paso entre los árboles, tiñendo la tierra de color hueso. Tim apagó los faros del Suburban y siguió adelante.

16

Tres y veinte.

Avery Dixon agarró a Kalisha por la muñeca; tenía la mano fría. Ella dormitaba con la cabeza apoyada en el hombro de Nicky. De pronto la irguió.

—¿Avester?

Despiértalos. A Helen, a George y a Nicky. Despiértalos.

—¿Qué...?

Si quieres vivir, despiértalos. No tardará en ocurrir.

Nick Wilholm ya estaba despierto.

—¿Podemos sobrevivir? —preguntó—. ¿Crees que es posible?

—¡Os oigo ahí dentro! —Era la voz de Rosalind, que llegaba apenas amortiguada del otro lado de la puerta—. ¿De qué habláis? ¿Y a qué viene ese zumbido?

Kalisha despertó a George y a Helen con sendas sacudidas. Volvía a ver los puntos de colores. Eran tenues, pero ahí estaban. Surcaban velozmente el túnel arriba y abajo, como niños en un tobogán, y en cierto modo tenía su lógica, puesto que, por así decirlo, *eran* niños, ¿o no? O lo que quedaba de ellos. Se

trataba de pensamientos dotados de forma visible, que zigzagueaban, brincaban y hacían piruetas por entre los niños errantes. ¿Y acaso no se veía a esos niños un poco más animados? ¿Un poco más presentes? Kalisha pensó que sí, aunque tal vez fueran solo imaginaciones suyas. Un deseo más que una realidad. En el Instituto uno se habituaba a esa clase de deseos infundados. Vivía gracias a ellos.

—¡Os conviene saber que tengo un arma! —advirtió Rosalind.

—Y yo también, señora —contestó George. Se llevó la mano a la entrepierna y después se volvió hacia Avery. *¿Qué hay, bebé jefazo?*

Avery los miró, uno por uno, y Kalisha vio que lloraba. Se le formó un nudo en el estómago, como si hubiese comido algo en mal estado y fuese a vomitar.

Cuando llegue el momento, tenéis que actuar deprisa.

Helen: *Cuando llegue el momento ¿de qué, Avery?*

Cuando yo hable por el teléfono grande.

Nicky: *¿Cuando hables con quién?*

Con los otros niños. Niños que están lejos de aquí.

Kalisha señaló la puerta con la cabeza. *Esa mujer tiene un arma.*

Avery: *Eso es lo que menos debe preocuparte. Idos. Todos.*

—Nos iremos —dijo Nicky—. *Nos, Avery. Todos nosotros.*

Pero Avery negaba con la cabeza. Kalisha trató de entrar en esa cabeza, trató de averiguar qué le rondaba, qué sabía Avery, pero solo captó tres palabras, repetidas una y otra vez.

Sois mis amigos. Sois mis amigos. Sois mis amigos.

—Son sus amigos —dijo Luke—, pero él no puede acompañarlos.

—¿Quién no puede acompañar a quién? —preguntó Tim—. ¿De qué hablas?

—De Avery. Tiene que quedarse. Es él quien tiene que llamar por el teléfono grande.

—No sé de qué estás hablando, Luke.

—Yo quiero sacarlos a ellos, ¡pero también a Avery! —exclamó Luke—. ¡Quiero sacarlos a *todos*! ¡No es justo!

—Está loco —afirmó la señora Sigsby—. Sin duda se dará usted cuenta de que n...

—Cállese —atajó Tim—. Se lo digo por última vez.

Ella interpretó su expresión y obedeció.

Tim condujo el Suburban lentamente hasta lo alto de una elevación y lo detuvo. Más adelante el camino se ensanchaba. Veía luces a través de los árboles y la mole oscura de un edificio.

—Creo que hemos llegado —dijo—. Luke, no sé qué está pasando con tus amigos, pero ahora mismo eso escapa a nuestro control. Necesito que te serenes. ¿Puedes?

—Sí. —Habló con voz ronca. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo—. Sí. Vale.

Tim se apeó, rodeó el coche hasta la puerta del acompañante y la abrió.

—¿Y ahora qué? —preguntó la señora Sigsby. Tenía un tono quejumbroso e impaciente, pero, a pesar de la tenue luz, Tim advirtió su miedo. Y era un miedo justificado.

—Salga. El resto del camino conducirá usted. Yo iré en la parte de atrás con Luke y si intenta alguna artimaña, como por ejemplo estrellar el coche contra un árbol antes de llegar a esas luces, dispararé a través del asiento y le meteré una bala en la columna vertebral.

—No. ¡No!

—Sí. Si Luke ha dicho la verdad sobre lo que han estado haciendo con esos

niños, ha acumulado usted una deuda considerable. Aquí es donde toca pagarla. Salga, póngase al volante y conduzca. Despacio. A quince por hora. —Hizo una pausa—. Y vuélvase la gorra del revés.

18

Andy Fellowes llamó desde el centro de informática y vigilancia. Habló en voz alta, muy alterado.

—¡Están aquí, señor Stackhouse! ¡Han parado a unos cien metros de donde la pista desemboca en el camino de acceso! Llevan las luces apagadas, pero se los ve claramente gracias a la luna y la iluminación de la fachada del edificio. Si quiere que envíe la imagen a su monitor para que pueda confirmarlo...

—No será necesario. —Stackhouse lanzó su teléfono en forma de caja al escritorio, echó una última ojeada al Teléfono Cero (había permanecido en silencio, gracias a Dios) y se encaminó hacia la puerta. Llevaba en el bolsillo el walkie-talkie, encendido a plena potencia y conectado al auricular de botón prendido del oído. Todo su personal tenía sintonizado el mismo canal.

—¿Zeke?

—Aquí estoy, jefe. Con la doctora.

—¿Doug? ¿Chad?

—En nuestros puestos. —Ese era Doug, el cocinero, quien a veces, en tiempos mejores, se había sentado con los niños a cenar y los había obsequiado con trucos de magia que hacían reír a los más pequeños—. También vemos el vehículo. Negro, nueve plazas. Suburban o Tahoe, ¿no?

—Correcto. ¿Gladys?

—En el tejado, señor Stackhouse. Con el material ya preparado. Solo tengo que combinar los ingredientes.

—Empiece si hay tiroteo.

Pero ya no era cuestión de si lo habría, sino de cuándo, y para ese momento faltaban solo tres o cuatro minutos. Quizá menos.

—Entendido.

—¿Rosalind?

—En mi puesto. Aquí abajo el zumbido es muy sonoro. Creo que están *conspirando*.

Stackhouse no tenía la menor duda al respecto, pero no duraría mucho. Pronto estarían todos muy ocupados asfixiándose.

—Permanezca en su posición, Rosalind. No se dará cuenta y estará otra vez en Fenway Park viendo a los Sox.

—¿Vendrá usted conmigo?

—Solo si puedo animar a los Yankees.

Salió. Después del calor del día, el aire nocturno resultaba fresco y agradable. Sintió un repentino afecto por su equipo. Aquellos que habían permanecido a su lado. Si su opinión contaba para algo, serían recompensados pasara lo que pasase. Esa era una misión difícil, y se habían quedado para cumplirla. El hombre al volante del Suburban era un insensato, sin duda. Lo que no entendía, *no lograba* entender, era que las vidas de todos sus seres queridos habían dependido hasta ese momento de las actividades que se llevaban a cabo allí, pero eso ya había terminado. Lo único que el héroe insensato podía hacer era morir.

Stackhouse se acercó al autobús escolar aparcado junto al palo de la bandera y habló a su tropa por última vez.

—Tiradores, quiero que os concentréis en el conductor, ¿de acuerdo? El que lleva la visera de la gorra hacia atrás. Luego acribillad todo el condenado artefacto, de delante hacia atrás. Apuntad alto, a las ventanillas, volad esos cristales tintados, disparad a la cabeza. ¿Recibido?

Ellos acusaron recibo.

—Empezad a disparar cuando yo levante la mano. Repito: cuando levante la mano.

Stackhouse se situó delante del autobús. Apoyó la mano derecha en la superficie fría y perlada de relente. Con la izquierda, se agarró al palo de la bandera. Luego esperó.

19

—Adelante —indicó Tim. Se hallaba en el suelo, detrás del asiento del conductor. Luke estaba debajo de él.

—Por favor, no me obligue a hacer esto —dijo la señora Sigsby—. Si al menos me hubiese dejado explicarle por qué es tan importante este sitio...

—Adelante.

Ella avanzó. Las luces se acercaban. Veía ya el autobús, y el palo de la bandera, y a Trevor de pie entre ambos.

20

Ha llegado la hora, dijo Avery.

Esperaba tener miedo. Había tenido miedo al despertar en una habitación que se parecía a la suya pero no lo era, y después Harry Cross lo derribó de un golpe, y tuvo más miedo que nunca. Pero ya no lo tenía. Estaba eufórico. Su madre, cuando limpiaba, ponía incesantemente una canción en el estéreo y acudió a su mente un verso: *Quedaré en libertad.*

Se acercó a los niños del pabellón A, que ya formaban un círculo. Kalisha,

Nicky, George y Helen lo siguieron. Avery tendió las manos. Kalisha le cogió una, y Iris —la pobre Iris, que podría haberse salvado si aquello hubiese ocurrido siquiera un día antes— le cogió la otra.

La mujer que montaba guardia frente a la puerta dijo algo a gritos, una pregunta, pero su voz quedó ahogada por el creciente zumbido. Los puntos reaparecieron, ya no tenues, sino intensos, cada vez más intensos. Las luces de Stasi llenaron el centro del círculo, rotando y elevándose como la lista del poste de una barbería, brotando de alguna base profunda de poder, regresando allí, volviendo luego a ellos, renovada y aún más potente.

CERRAD LOS OJOS.

No ya un pensamiento, sino un *PENSAMIENTO*, por encima del zumbido.

Avery los observó para asegurarse de que obedecían y finalmente los cerró también él. Esperaba ver su propia habitación en casa, o quizá el jardín trasero, con el columpio y la piscina hinchable que siempre montaba su padre a finales de mayo, el día de los Caídos, pero no fue así. Lo que vio detrás de sus párpados cerrados —lo que vieron todos ellos— fue el patio del Instituto. Y quizá no debería haberles sorprendido. Era cierto que allí lo habían tirado al suelo y se había echado a llorar, lo cual fue un mal comienzo para esas últimas semanas de su vida, pero luego había hecho amigos, y de los buenos. En casa no tenía amigos. En el colegio lo consideraban un bicho raro, incluso se burlaban de su nombre, se acercaban a él corriendo y le gritaban a la cara: «*Eh, Avery, hazme un favory*». En el Instituto no había tenido que pasar por eso, ya que las circunstancias los unían. Allí sus amigos habían cuidado de él, lo habían tratado como a una persona normal y él cuidaría de ellos. De Kalisha, Nicky, George y Helen: cuidaría de ellos.

Sobre todo de Luke. Si podía.

Con los ojos cerrados, vio el teléfono grande.

Estaba al lado de la cama elástica, frente al hoyo poco profundo que había

permitido a Luke escabullirse por debajo de la valla, un teléfono antiguo de unos cinco metros de altura y negro como la noche. Avery, sus amigos y los niños del pabellón A lo rodearon con su círculo. Las luces de Stasi, más intensas que nunca, se arremolinaron, tan pronto sobre el disco de marcar como deslizándose vertiginosamente por la gigantesca horquilla de baquelita.

Kalisha, VE. ¡Al patio!

No hubo protestas. Ella soltó la mano izquierda de Avery, pero antes de que la discontinuidad en el círculo pudiera interrumpir el poder y disipar la visión, se la agarró George. El zumbido había pasado a estar en todas partes; sin duda debían de oírlo en todos esos lugares lejanos donde había otros niños como ellos, de pie en círculos como ese. Esos niños oían, igual que los habían oído las víctimas a las que debían matar y que eran la razón por la que los habían llevado a los distintos Institutos. Y los niños, como esas víctimas, obedecerían. La diferencia era que obedecerían a sabiendas, y gustosamente. La revuelta no ocurría solo allí; la revuelta ocurría a nivel mundial.

GEORGE, VE. ¡AL PATIO!

George le soltó la mano y Nicky ocupó su lugar. Nicky, que había salido en su defensa cuando Harry lo derribó. Nicky, que lo había apodado Avester, a modo de sobrenombre especial que solo podían utilizar los amigos. Avery le dio un apretón en la mano y sintió que Nicky se lo devolvía. Nicky, que siempre andaba magullado. Nicky, que no se doblegaba ni aceptaba las fichas de mierda.

Nicky, VE. ¡Al patio!

Se fue. Fue Helen quien pasó a sujetarle la mano; Helen, con su cabello punk descolorido; Helen, que le había enseñado a hacer volteretas hacia delante en la cama elástica y lo había vigilado «no sea que te caigas y te partas esa ridícula cabeza tuya».

Helen, VE. ¡Al patio!

Ella fue, la última de sus amigos de allí, pero Katie cogió la mano que antes sujetaba Helen, y llegó la hora.

Fuera se oyeron, tenues, unos disparos.

¡Por favor, *que no sea demasiado tarde!*

Fue su último pensamiento consciente como individuo. Acto seguido se unió al zumbido y a las luces.

Había llegado el momento de hacer una llamada de larga distancia.

21

A través de los últimos árboles restantes, Stackhouse vio avanzar el Suburban. El resplandor de las luces del edificio de administración se deslizaba por sus cromados. Se movía muy despacio, pero se acercaba. Se le ocurrió (ya demasiado tarde para hacer nada al respecto, pero ¿acaso no era siempre así?) que tal vez el niño no tuviera ya el lápiz USB, que tal vez se lo hubiera dejado a la persona a la que se refería como agente Wendy. O lo hubiera escondido en algún sitio entre el aeródromo y allí, y el héroe insensato hubiera hecho una llamada en el último momento para decirle a ella dónde estaba por si la cosa acababa mal.

Pero ¿qué podría haber hecho yo en ese caso?, pensó. Nada. Esta es la única opción.

El Suburban apareció en el comienzo del camino de acceso. Stackhouse permaneció inmóvil entre el autobús y el palo de la bandera, con los brazos extendidos como Cristo en la cruz. El zumbido había alcanzado un volumen casi ensordecedor, y se preguntó si Rosalind seguía firme en su puesto o si se había visto obligada a huir. Pensó en Gladys y confió en que estuviese preparada para iniciar la mezcla.

Observó con los ojos entornados la silueta al volante del Suburban. Era imposible distinguir gran cosa, y sabía que Doug y Chad no verían una mierda a través de las ventanas traseras tintadas hasta que los cristales se hicieran añicos, pero el parabrisas era transparente y, cuando el Suburban redujo la distancia a veinte metros —aproximándose un poco más de lo que él preveía—, avistó la goma extensible de la gorra del revés en la frente del conductor y se soltó del palo. En ese momento el conductor empezó a mover la cabeza a uno y otro lado con desesperación. Apartó una mano del volante y la apretó en forma de estrella de mar contra el parabrisas para darle el alto, y él cayó en la cuenta de que acababan de jugársela. La treta era tan elemental como la fuga de un crío por debajo de una valla, e igual de eficaz.

No era el héroe insensato quien iba al volante. Era la señora Sigsby.

El Suburban volvió a detenerse y dio marcha atrás.

—Lo siento, Julia, es inevitable —dijo, y levantó la mano.

Empezaron los disparos desde el edificio de administración y los árboles. En la parte posterior de la Mitad Delantera, Gladys Hickson retiró las tapas de dos grandes cubos de lejía dispuestos debajo de la unidad de CVAC que proporcionaba calefacción y aire frío a la Mitad Trasera y el túnel de acceso. Contuvo la respiración, vació los frascos de desinfectante para váter en los cubos de lejía, los revolvió rápidamente con un palo de fregona, cubrió los cubos y la unidad con una lona y a continuación, con un gran escozor en los ojos, echó a correr hacia el Ala Este. Cuando cruzaba el tejado, percibió que se movía bajo sus pies.

—¡No, Trevor, no! —gritó la señora Sigsby. Movía la cabeza a uno y otro

lado.

Desde su posición detrás de ella, Tim la vio levantar una mano y apretarla contra el parabrisas. Con la otra, puso el Suburban marcha atrás.

El vehículo acababa de ponerse en movimiento cuando empezaron los disparos, unos procedentes de la derecha, del bosque, otros de delante y — Tim estaba casi seguro— de arriba. Aparecieron orificios en el parabrisas del Suburban. El cristal se tornó blanquecino y se hundió hacia el interior. La señora Sigsby, convertida de pronto en una marioneta, se sacudió y brincó y emitió gritos ahogados cuando la alcanzaron las balas.

—¡Quédate tumbado, Luke! —vociferó Tim cuando el niño comenzó a revolverse debajo de él—. ¡Quédate tumbado!

Los proyectiles perforaron las ventanas traseras del Suburban. Sobre la espalda de Tim cayeron esquirlas de cristal. Corría sangre por el respaldo del asiento del conductor. Pese al zumbido uniforme que parecía proceder de todas partes, Tim oía las balas que le pasaban justo por encima, cada una con un silbido grave.

Siguió el repiqueteo de las balas contra el metal. Se levantó el capó del Suburban. Tim no pudo por menos de pensar en la escena final de una vieja película de gánsteres: el momento en que Bonnie Parker y Clyde Barrow ejecutan una danza de la muerte mientras las balas traspasan el coche y a ellos. Fuera cual fuese el plan de Luke, el resultado había sido catastrófico. La señora Sigsby estaba muerta; Tim veía salpicones de sangre suya en lo que quedaba de parabrisas. Ellos serían los siguientes.

De pronto se oyeron unos chillidos en lo alto y gritos a la derecha. Otras dos balas atravesaron el lateral derecho del Suburban; una de ellas rozó el cuello de la camisa de Tim. Fueron las dos últimas. Lo que oyó acto seguido fue un rugido colosal y chirriante.

—¡Deja que me levante! —exclamó Luke con voz ahogada—. ¡No puedo

respirar!

Tim se apartó del niño y escrutó por entre los asientos delanteros. Era consciente de que podían volarle la cabeza de un momento a otro, pero tenía que ver qué ocurría. Luke se irguió a su lado. Cuando Tim se disponía a decirle que volviera a agacharse, las palabras quedaron ahogadas en su garganta.

Esto no puede ser real, pensó. No puede serlo.

Pero lo era.

23

Avery y los demás se hallaban en círculo en torno al teléfono grande. Costaba ver a causa de las luces de Stasi, tan intensas y tan hermosas.

La bengala, pensó Avery. Ahora hacemos la bengala.

Cobró forma a partir de las luces, alcanzando tres metros de altura y esparciendo resplandor en todas direcciones. Al principio vaciló; al cabo de unos instantes, la mente del grupo la controló con mayor firmeza. Tras tomar impulso, la bengala golpeó el auricular gigantesco del teléfono y lo desprendió de la base gigantesca. El objeto en forma de mancuerna cayó de lado contra el trepador de cuerdas. Del auricular surgieron voces en distintos idiomas, haciendo todas las mismas preguntas. *Hola, ¿me oyes? Hola, ¿estás ahí?*

*SÍ, contestaron los niños del Instituto al unísono. ¡SÍ, TE ESCUCHAMOS!
¡HAZLO YA!*

En el Parque Nacional de Sierra Nevada, en España, un círculo de niños escuchó. Un círculo de niños bosnios apresados en los Alpes Dináricos escuchó. En Pampus, una isla que custodiaba la entrada al puerto de Ámsterdam, un círculo de niños holandeses escuchó. Un círculo de niños

alemanes escuchó desde los boscosos montes de Baviera.

En Pietrapertosa, cerca de Sicilia.

En Namwon, en Corea del Sur.

A diez kilómetros a las afueras del pueblo fantasma siberiano de Chersky.

Escucharon, contestaron, se convirtieron en uno solo.

24

Kalisha llegó con el resto a la puerta cerrada a cal y canto que los separaba de la Mitad Delantera. Ya oían las detonaciones con toda claridad, porque el zumbido había cesado de repente, como si hubieran desconectado un enchufe.

Ah, sigue ahí, pensó Kalisha. Solo que ya no es para nosotros.

Las paredes empezaron a gemir, un sonido casi humano, y de pronto la puerta de acero entre el túnel de acceso y la planta F de la Mitad Delantera voló hacia fuera y arrolló a Rosalind Dawson, que perdió la vida en el acto. La puerta fue a caer más allá del ascensor, retorcida y deformada allí donde antes tenía las gruesas bisagras. En el techo, la malla de alambre que protegía los fluorescentes ondeaba, creando delirantes sombras subacuáticas.

El gemido se intensificó, procedente de todas partes. Era como si el edificio intentara desgarrarse. En el Suburban, Tim había pensado en *Bonnie y Clyde*; Kalisha se acordó del cuento de Poe sobre la Casa Usher.

Vamos, dijo a los demás con el pensamiento. *¡Deprisa!*

Nicky: *¿Estás loca? No sé qué está pasando, pero yo no me subo a un puto ascensor.*

Helen: *¿Es un terremoto?*

—No —dijo Kalisha.

Un mentemoto. No sé cómo...

—... cómo lo están haciendo, pero es lo que... —Tomó aire y percibió un sabor acre. Le provocó tos—. Es lo que es.

Helen: *Noto algo raro en el aire.*

—Me parece que es una especie de veneno —dijo Nick. *Esos cabrones nunca se rinden.*

Kalisha abrió de un empujón la puerta con el rótulo ESCALERA y empezaron a subir, todos tosiendo. Entre las plantas D y C, la escalera comenzó a temblar. Se abrieron grietas que zigzagueaban en las paredes. Se apagaron los fluorescentes y se activaron las luces de emergencia, las cuales proyectaron un tenue resplandor amarillo. Kalisha se detuvo, se dobló por la cintura, sufrió una arcada y volvió a erguirse.

George: *¿Y Avery y el resto de los niños que siguen ahí abajo? Se asfixiarán.*

Nicky: *¿Y qué pasa con Luke? ¿Está aquí? ¿Sigue vivo?*

Kalisha no lo sabía. Lo único que sabía era que debían salir o se ahogarían. O quedarían aplastados, si el Instituto se derrumbaba.

Un temblor titánico traspasó el edificio y la escalera se ladeó hacia la derecha. Pensó en cuál sería su situación en ese momento de haber intentado subir en ascensor y apartó la idea de su cabeza.

Planta B. Kalisha respiraba con dificultad, pero allí el aire no estaba tan enrarecido, y fue capaz de apretar el paso un poco más. Se alegró de no haberse enganchado al tabaco de la máquina expendedora, eso al menos era una ventaja. El gemido de las paredes se había convertido en un chirrido grave. Oyó huecos crujidos metálicos y supuso que las tuberías y los conductos eléctricos se estaban cayendo en pedazos.

Todo se estaba cayendo en pedazos. Acudió a su mente un vídeo de YouTube que había visto una vez, una escena horrenda de la que no había sido capaz de apartar los ojos: un dentista extraía una muela a alguien con un

fórceps. La muela se movía, la sangre brotaba alrededor, intentaba permanecer en la encía, pero al final se soltaba y la raíz quedaba a la vista. Algo parecido estaba ocurriendo allí.

Llegó a la puerta de la planta baja, pero estaba inclinada, como borracha, surrealista. Empujó y no se abría. Nicky se situó junto a ella y empujaron juntos. En vano. El suelo se levantó a sus pies y volvió a asentarse con un ruido sordo. Se desprendió un trozo de techo, que se estrelló contra la escalera y resbaló hacia abajo al tiempo que se desmenuzaba.

—¡Acabaremos aplastados si no podemos salir! —exclamó Kalisha.

Nicky: *George, Helen.*

Tendió las manos. El hueco de la escalera era estrecho, pero de algún modo los cuatro se apretujaron frente a la puerta, cadera con cadera y hombro con hombro. El cabello de George rozaba los ojos de Kalisha. El aliento de Helen, fétido a causa del miedo, le llegaba a la cara. Buscándose a tientas, se cogieron de las manos. Los puntos aparecieron y la puerta se abrió con un chirrido, llevándose una parte de la jamba. Más allá estaba el pasillo de la planta de la residencia, absurdamente ladeado. Kalisha fue la primera en atravesar el umbral deforme, despedida como el corcho de una botella de champán. Cayó de rodillas y se cortó en una mano con los cristales y trozos de metal dispersos de un aplique que había caído. En una pared, torcido pero en su sitio, colgaba el póster de los tres niños que corrían por un prado, el que anunciaba que aquel era un día como otro en el paraíso.

Kalisha se levantó como pudo, miró alrededor y vio que los otros tres hacían lo mismo. Juntos, corrieron hacia el salón y dejaron atrás las habitaciones donde ya nunca vivirían niños secuestrados. Las puertas se abrían y cerraban de forma ruidosa, con un sonido semejante al de un grupo de locos aplaudiendo. En el comedor, varias máquinas expendedoras se habían volcado y los tentempiés yacían desparramados. En el aire flotaba el penetrante aroma

del alcohol procedente de las botellas rotas. La puerta del patio había quedado deformada y atascada, pero el cristal había desaparecido y entraba una brisa fresca y agradable de finales del verano. Kalisha tendió la mano hacia la puerta y se quedó inmóvil. Por un momento se olvidó totalmente del edificio que parecía desgarrarse en torno a ellos.

Su primera idea fue que los otros finalmente sí habían salido, tal vez por la otra puerta del túnel de acceso, porque estaban allí: Avery, Iris, Hal, Len, Jimmy, Donna y todos los demás niños del pabellón A. Pero de pronto cayó en la cuenta de que en realidad no estaba viéndolos. Eran proyecciones. Avatares. Como también lo era el teléfono enorme que rodeaban. Debería haber aplastado la cama elástica y la red de bádminton, pero las dos seguían allí, y Kalisha veía la alambrada no solo detrás del teléfono grande, sino *a través* de él.

De repente tanto los niños como el teléfono desaparecieron. Advirtió que el suelo volvía a levantarse y, esta vez, no se asentó con ruido. Vio que lentamente se ensanchaba una brecha entre el salón y el patio. De momento era de unos veinte centímetros, pero iba en aumento. Tuvo que dar un pequeño brinco para salir, como si estuviera saltando del penúltimo peldaño de una escalera.

—¡Vamos! —gritó a los demás—. ¡Deprisa! ¡Ahora que todavía podéis!

Stackhouse oyó gritos en lo alto del tejado del edificio de administración y cesaron los disparos procedentes de allí. Al volverse, vio algo a lo que al principio no dio crédito. La Mitad Delantera se elevaba. En el tejado se recortó contra la luna una figura tambaleante, con los brazos extendidos en un

esfuerzo por mantener el equilibrio. Tenía que ser Gladys.

Esto no puede estar ocurriendo, pensó.

Pero ocurría. La Mitad Delantera se elevó aún más, rechinando y crujiendo al separarse del suelo. Ocultó la luna, luego se escoró como el morro de un helicóptero enorme y torpe. Gladys salió volando. Stackhouse oyó su grito mientras desaparecía entre las sombras. En el edificio de administración, Zeke y la doctora Richardson soltaron las armas y, encogiéndose contra el parapeto, alzaron la mirada hacia algo salido de un sueño: un edificio que ascendía lentamente hacia el cielo, arrojando cristales y fragmentos de hormigón. Arrastró consigo la mayor parte de la alambrada del patio. El agua de las cañerías rotas manaba del revoltijo de la parte inferior del edificio.

La máquina expendedora de tabaco resbaló desde la puerta rota del salón del Ala Oeste y cayó al patio. George Iles, que contemplaba pasmado la parte inferior de la Mitad Delantera mientras esta ascendía hacia el cielo, habría quedado aplastado por ella si Nicky no lo hubiera apartado de un tirón.

Doug el cocinero y Chad el cuidador atravesaron los árboles circundantes, alargando el cuello, boquiabiertos, con las armas colgando de las manos. Tal vez habían dado por sentado que cualquiera que viajase en el Suburban acribillado había muerto o, más probablemente, se habían olvidado por completo del vehículo en medio del asombro y la consternación.

La parte inferior de la Mitad Delantera se hallaba ya por encima del tejado del edificio de administración. Avanzaba con la gracia premiosa y señorial de un buque de guerra a vela de la Armada Real del siglo XVIII empujado por una suave brisa. El aislante y el cableado, parte del cual seguía chisporroteando, pendían como cordones umbilicales rotos. Un trozo de tubería colgante arrancó la carcasa de una unidad de ventilación. Zeke el Griego y la doctora Felicia Richardson la vieron acercarse y corrieron hacia la trampilla por la que habían salido. Zeke consiguió llegar. La doctora Richardson, no. Se llevó

los brazos a la cabeza en un gesto de protección instintivo y patético a la vez.

Fue entonces cuando el túnel de acceso —debilitado por los años de abandono y la levitación cataclísmica de la Mitad Delantera— se desplomó y aplastó a los niños que agonizaban ya a causa del envenenamiento por gas cloro y la sobrecarga mental. Mantuvieron el círculo hasta el final y, cuando el techo se vino abajo, Avery Dixon tuvo un último pensamiento, nítido y sereno: Me ha encantado tener amigos.

26

Tim no recordaba haber salido del Suburban. Estaba totalmente absorto en tratar de asimilar lo que veía: un edificio enorme que flotaba en el aire y se deslizaba por encima de un edificio más pequeño, eclipsándolo. Vio una figura en el tejado del edificio más pequeño que se llevaba las manos a la cabeza. Después se oyó un chirrido ahogado procedente de algún lugar de detrás de esa increíble ilusión a lo David Copperfield, se elevó una gran nube de polvo... y el edificio en flotación cayó como una piedra.

Un golpe descomunal hizo temblar la tierra y Tim se tambaleó. Era imposible que el edificio menor —unas oficinas, supuso Tim— pudiera soportar ese peso. Estalló hacia fuera en todas direcciones, esparciendo madera, hormigón y cristal. Ascendió más polvo, suficiente para ocultar la luna. La alarma del autobús (¿quién sabía que los autobuses tenían alarma?) se disparó y emitió su ululato. La persona que se hallaba en el tejado había muerto, sin duda, y cualquiera que quedase dentro ya no era más que gelatina.

—¡Tim! —Luke lo había agarrado del brazo—. ¡Tim! —Señaló a los dos hombres que habían salido de entre los árboles. Uno seguía sin apartar la vista de las ruinas, pero el otro alzaba una pistola enorme. Muy despacio, como en

un sueño.

Tim levantó su propia arma, y mucho más deprisa.

—No lo haga. Bájenlas.

Ellos lo miraron, aturcidos, y obedecieron.

—Ahora vayan hacia el palo de la bandera.

—¿Ha terminado esto? —preguntó uno de los hombres—. Por favor, dime que ha terminado.

—Eso creo —dijo Luke—. Haga lo que dice mi amigo.

Los dos se abrieron paso por la nube de polvo en dirección al palo de la bandera y el autobús. Luke cogió sus armas, pensó en echarlas al interior del Suburban, pero cayó en la cuenta de que ya no irían a ningún sitio en ese vehículo acribillado y salpicado de sangre. Se quedó una automática. La otra la lanzó al bosque.

27

Stackhouse observó por un momento a Chad y el cocinero Doug caminar hacia él y después se volvió para contemplar los escombros de su vida.

Pero ¿quién lo habría dicho?, pensó. ¿Quién habría dicho que tenían acceso a poder suficiente para hacer levitar un edificio? No la señora Sigsby, ni Evans, ni Heckle y Jeckle, ni Donkey Kong —dondequiera que esté esta noche—, ni yo, desde luego. Pensábamos que trabajábamos con alto voltaje, cuando en realidad solo obteníamos una pizca de corriente. Hemos hecho el ridículo.

Alguien le tocó el hombro. Al volverse, vio ante sí al héroe insensato. Era ancho de hombros (como correspondía a un héroe), pero llevaba gafas, y eso no coincidía con el estereotipo.

Aunque siempre está Clark Kent, pensó Stackhouse.

—¿Va armado? —preguntó el tal Tim.

Stackhouse negó con la cabeza e hizo un débil gesto con una mano.

—En principio ellos iban a encargarse de eso.

—¿Son ustedes tres los últimos?

—No lo sé. —Stackhouse nunca había sentido tal cansancio. Supuso que se debía a la conmoción. Eso, y ver un edificio elevarse hacia el cielo nocturno, hasta ocultar la luna—. Puede que aún quede vivo algún empleado en la Mitad Trasera. Y los médicos de allí, Halas y James. Y los niños de la Mitad Delantera... me costaría creer que hubiera sobrevivido alguien a *eso*. — Señaló hacia las ruinas con un brazo que le pesaba como el plomo.

—El resto de los niños —dijo Tim—. ¿Qué ha pasado con el resto de los niños? ¿No estaban en el otro edificio?

—Estaban en el túnel —contestó Luke—. Él se proponía gasearlos, pero el túnel se ha desplomado antes. Se ha desplomado cuando se ha elevado la Mitad Delantera.

Stackhouse se planteó negarlo, pero ¿de qué iba a servirle si ese Ellis era capaz de leerle el pensamiento? Además, estaba muy cansado. Totalmente extenuado.

—¿Tus amigos también? —preguntó Tim.

Luke abrió la boca para decir que no estaba seguro, pero era probable. De pronto volvió la cabeza como si lo hubieran llamado. De ser así, la llamada procedía del interior de su cabeza, porque Tim solo oyó la voz unos segundos más tarde.

—*¡Luke!*

Una niña corría por el césped sorteando los cascotes desparramados alrededor en forma de halo por efecto del derrumbe. La seguían otros tres, dos chicos y una chica.

—*¡Lukey!*

Luke corrió a recibir a la primera niña y la rodeó con los brazos. Los otros tres se unieron a ellos y, mientras se fundían en un abrazo grupal, Tim volvió a oír el zumbido, pero más bajo entonces. Parte de los escombros se agitó, pedazos de madera y piedra se elevaron en el aire y volvieron a caer. ¿Y no oyó acaso dentro de la cabeza el murmullo de sus voces unidas? Quizá fueran solo imaginaciones suyas, pero...

—Aún producen energía —dijo Stackhouse. Habló sin interés, como alguien que pasa el rato—. Los oigo. Usted también. Ándese con cuidado. El efecto es acumulativo. Convirtió a Hallas y a James en Heckle y Jeckle. —Soltó una carcajada—. Un par de urracas de dibujos animados con títulos en medicina obtenidos en universidades caras.

Tim pasó por alto el comentario y dejó que los niños disfrutaran de su feliz reencuentro. ¿Quién en este mundo se lo merecía más? Permaneció atento a los tres supervivientes del Instituto. Aunque, en realidad, no parecía que fueran a causarle el menor problema.

—¿Qué voy a hacer con unos gilipollas como ustedes? —preguntó Tim. De hecho, más que hablar a los supervivientes, pensaba en voz alta.

—Por favor, no nos mate —rogó Doug. Señaló al grupo abrazado que seguía a lo suyo—. Yo di de comer a esos muchachos. Los mantuve con vida.

—Yo que usted procuraría no justificar nada de lo que ha hecho aquí si quiere conservar la suya —aconsejó Tim—. Callarse quizá sea lo más sensato. —Dirigió su atención a Stackhouse—. Parece que al final no vamos a necesitar el autobús, visto que han matado ustedes a casi todos los niños...

—*Nosotros* no...

—¿Es que está sordo? He dicho que se calle.

Stackhouse vio lo que asomaba al rostro de aquel hombre. No parecía heroísmo, ni insensato ni de ningún otro tipo. Parecía un impulso homicida. Se calló.

—Necesitamos un medio de transporte para salir de aquí —dijo Tim—, y la verdad es que no me apetece cruzar el bosque a pie con ustedes, los tres felices guerreros, hasta esa colonia que dice Luke que tienen. Ha sido un día largo y agotador. ¿Alguna sugerencia?

Stackhouse pareció no oírlo. Contemplaba los restos de la Mitad Delantera y los del edificio de administración, aplastado debajo.

—Todo esto —dijo, maravillado—. Todo esto por un niño que se fugó.

Tim le propinó un ligero puntapié en el tobillo.

—Atiéndame, capullo. ¿Cómo saco de aquí a esos niños?

Stackhouse no contestó, como tampoco el hombre que, según él, había dado de comer a los niños. El otro, el que, con su casaca, parecía un celador de hospital, tomó la palabra.

—Si a mí se me ocurriera algo, ¿me dejaría marchar?

—¿Cómo se llama?

—Chad. Chad Greenlee.

—Verá, Chad, dependería de lo buena que fuese la idea.

28

Los últimos supervivientes del Instituto se abrazaban y abrazaban y abrazaban. Luke tuvo la sensación de que podría abrazarlos así eternamente, y sentir el abrazo de ellos, porque poco antes no esperaba volver a verlos. En ese momento el círculo formado por su abrazo en medio de aquel césped salpicado de escombros contenía todo lo que necesitaban. Se necesitaban solo unos a otros. El mundo y todos sus problemas podían irse a la mierda.

¿Avery?

Kalisha: Se ha ido. Él y los demás. Cuando se ha venido abajo el túnel.

Nicky: *Es mejor así, Luke. Ya no habría sido el mismo. El que era antes. Lo que ha hecho, lo que han hecho... lo habría anulado, como a todos los demás.*

¿Y qué pasa con los niños de la Mitad Delantera? ¿Queda alguno con vida? Si es así, tendremos que...

Fue Kalisha quien respondió; negando con la cabeza, no envió palabras, sino una imagen: la del difunto Harry Cross, de Selma, Alabama. El chico que había muerto en el comedor.

Luke agarró a Sha por los brazos. *¿Todos? ¿Estás diciendo que han muerto todos de un ataque incluso antes de que eso se viniera abajo?*

Señaló los escombros de la Mitad Delantera.

—Creo que cuando se ha levantado —dijo Nicky—. Cuando Avery ha respondido al teléfono grande. —Constató que Luke no acababa de entender y añadió—: *Cuando se han unido los demás.*

—Los niños de muy lejos —agregó George—. De los otros Institutos. Los de la Mitad Delantera eran demasiado... No me sale la palabra.

—Demasiado vulnerables —dijo Luke—. Eso quieres decir. Eran vulnerables. Ha sido como una de las malditas inyecciones, ¿no? Una de las malas.

Guiados por Chad, rodearon los edificios destruidos. Stackhouse y Doug el cocinero iban tras él con la cabeza gacha y andar cansino. Tim los seguía, pistola en mano. Luke y sus amigos caminaban detrás de Tim. Los grillos, acallados antes por la destrucción, habían empezado a cantar otra vez.

Chad se detuvo al borde de una pista de asfalto a lo largo de la cual había

aparcados una docena de coches y tres o cuatro camionetas, unos tras otros. Incluían una furgoneta Toyota de tamaño medio con el rótulo MAINE PAPER INDUSTRIES en el costado. La señaló.

—¿Qué le parece eso? ¿Le serviría?

Tim pensó que sí, al menos de entrada.

—¿Y las llaves?

—Esas furgonetas de mantenimiento las utiliza todo el mundo, así que siempre dejan las llaves bajo la visera.

—Luke —dijo Tim—, ¿podrías comprobarlo?

Luke fue; los otros lo acompañaron, como si no soportaran la idea de separarse ni un minuto. Luke abrió la puerta del conductor y bajó la visera. Le cayó algo en la mano. Sostuvo las llaves en alto.

—Bien —dijo Tim—. Ahora abre la parte de atrás. Si hay algo dentro, vaciáda.

El más grande, que se llamaba Nick, y el más pequeño, que se llamaba George, se encargaron de la tarea. Sacaron rastrillos, azadas, una caja de herramientas y varios sacos de fertilizante para jardín. Entretanto, Stackhouse se sentó en la hierba y apoyó la cabeza en las rodillas. Era un gesto de profunda derrota, pero Tim no sintió lástima por él. Lo tocó en el hombro.

—Ya nos vamos.

Stackhouse no alzó la vista.

—¿Adónde? Creo que el niño ha dicho algo sobre Disneylandia. —Soltó un bufido a modo de risa peculiarmente desprovista de humor.

—No es cosa suya. Pero, por curiosidad, ¿adónde va a ir *usted*?

Stackhouse no contestó.

La camioneta no tenía asientos en la parte de atrás, así que los niños se turnaron para sentarse delante, empezando por Kalisha. Luke se apretujó en el suelo metálico entre ella y Tim. Nicky George y Helen se apelotonaron contra la puerta de atrás, mirando por las dos ventanillas polvorientas un mundo que esperaban no volver a ver.

Luke: *¿Por qué lloras, Kalisha?*

Ella se lo dijo, primero con el pensamiento y luego en voz alta, en atención a Tim.

—Por lo hermoso que es todo. Incluso a oscuras es todo muy hermoso. Ojalá Avery estuviese aquí para verlo.

31

El amanecer era apenas un rumor en el horizonte oriental cuando Tim torció en dirección sur por la Interestatal 77. El tal Nicky había ocupado el sitio de Kalisha en el asiento delantero. Luke había pasado atrás con ella y los cuatro iban apiñados como una camada de cachorros, profundamente dormidos. Nicky también parecía dormido, y su cabeza golpeteaba la ventanilla cada vez que la camioneta superaba un bache... y los baches eran muchos.

Poco después de un indicador que anunciaba que Millinocket estaba a ochenta kilómetros, Tim miró su móvil y vio que tenía dos barras y un nueve por ciento de batería. Llamó a Wendy, que contestó en cuanto sonó el primer el timbre. Quería saber si estaba bien. Él contestó que sí. Ella preguntó si Luke también lo estaba.

—Sí. Ahora duerme. Tengo a cuatro niños más. Había otros, no sé cuántos, bastantes, pero han muerto.

—¿Muerto? Dios mío, Tim, ¿qué ha pasado?

—Ahora no puedo hablar. Te lo contaré en cuanto pueda y quizá incluso lo creas, pero ahora mismo estoy en el culo del mundo, tengo como mucho treinta pavos en la cartera y no me atrevo a utilizar las tarjetas de crédito. Allí atrás hemos liado una buena, y no quiero arriesgarme a dejar un rastro de papel. Además, estoy agotado. A la furgoneta le queda aún medio depósito, y eso vale, pero yo voy en reserva. Mierda, mierda, mierda, ¿vale?

—¿Qué... tienes... algún...?

—Wendy, te estoy perdiendo. Por si aún me oyes, ya te volveré a llamar. Te quiero.

No sabía si ella había oído o no eso último, ni cómo lo habría entendido en caso de oírlo. Nunca se lo había dicho hasta ese momento. Apagó el teléfono y lo dejó en la guantera junto a la pistola de Tag Faraday. Tenía la sensación de que todo lo ocurrido en DuPray formaba parte de un tiempo lejano, casi de la vida de otra persona. Lo importante en ese momento eran esos niños, y qué iba a hacer con ellos.

También quién podía estar siguiéndolos.

—Eh, Tim.

Se volvió hacia Nicky.

—Pensaba que estabas dormido.

—No, solo pensaba. ¿Puedo decirte una cosa?

—Claro. Dime todo lo que quieras. Manténme despierto.

—Solo quería darte las gracias. Debo decir que has redimido mi fe en la naturaleza humana, pero venir con Lukey como has hecho... para eso hacen falta huevos.

—Oye, chaval, ¿me estás leyendo el pensamiento?

Nick negó con la cabeza.

—Ahora no puedo. Dudo que fuera capaz siquiera de mover los envoltorios

de caramelo que hay en el suelo de esta tartana, y era mi especialidad. Si estuviera enlazado con ellos... —Ladeó la cabeza hacia los niños dormidos en la parte de atrás de la furgoneta—. Entonces sería distinto. Al menos durante un rato.

—¿Crees que volverás a la normalidad? ¿A tus aptitudes tal como eran antes?

—No lo sé. A mí de todas formas me da igual. Nunca le he dado importancia. A mí lo que me importaba eran el fútbol y el hockey callejero. —Miró a Tim—. Tío, eso que tienes debajo de los ojos no son bolsas, son maletas.

—No me vendría mal dormir un poco —admitió Tim. Sí, unas doce horas, pensó. Acudió a su memoria el decrepito establecimiento de Norbert Hollister, donde la televisión no funcionaba y las cucarachas campaban a sus anchas—. Imagino que en algunos moteles independientes no harían preguntas si se pagara en efectivo, pero el dinero en efectivo es un problema, me temo.

Nicky sonrió y Tim vio al apuesto joven que sería —si Dios se portaba bien— al cabo de unos años.

—Me parece que mis amigos y yo podríamos ayudarte en ese sentido. No estoy del todo seguro, pero creo que sí, que es probable. ¿Queda gasolina para llegar al próximo pueblo?

—Sí.

—Para allí —dijo Nicky, y apoyó la cabeza contra la ventanilla.

No mucho después de que abriera la sucursal del Seaman's Trust de Millinocket a las nueve de ese día, una cajera llamada Sandra Robichaux hizo

salir al director del banco de su despacho.

—Tenemos un problema —anunció—. Fíjese en esto.

Se sentó ante el reproductor de la cámara del cajero automático. Esta dejaba de grabar entre transacciones y, en el pequeño pueblo de Millinocket, en el norte de Maine, eso generalmente quería decir que no grababa en toda la noche y se activaba para los primeros clientes a eso de las seis de la mañana. La hora registrada en la pantalla indicaba las 5.18. Mientras Stearns observaba, se acercaron al cajero cinco personas. Cuatro llevaban la boca y la nariz tapadas con las camisetas, como bandidos enmascarados en una película del oeste antigua. La quinta llevaba una gorra calada hasta las cejas. Stearns leyó MAINE PAPER INDUSTRIES.

—¡Parecen niños!

Sandra asintió con la cabeza.

—A menos que sean enanos, cosa poco probable. Fíjese en eso, señor Stearns.

Los niños se cogieron de las manos y formaron un círculo. Unas líneas de estática surcaron la imagen, como por efecto de una interferencia eléctrica momentánea. A continuación la ranura del cajero empezó a escupir billetes. Era como ver dar el premio a una tragaperras.

—¿Qué demonios es eso?

Sandra movió la cabeza en un gesto de negación.

—No sé qué demonios es, pero han sacado más de dos mil dólares y, en principio, la máquina no debe dar más de ochocientos a nadie. Está programada así. Me parece que deberíamos llamar a alguien para informarlo, pero no sé a quién.

Stearns no contestó. Se limitó a mirar, fascinado, mientras los pequeños bandidos —parecían de secundaria, como mucho— recogían el dinero.

Acto seguido se marcharon.

EL HOMBRE CECEANTE

Pasados unos tres meses, una fresca mañana de octubre, Tim Jamieson descendía a pie tranquilamente hacia la Carretera Estatal 12-A de Carolina del Sur por el camino de acceso de lo que se conocía como Catawba Hill Farm. Era un buen paseo, porque el camino recorría casi un kilómetro. Si la distancia hubiese sido un poco mayor, se complacía en comentar en broma a Wendy, podrían haberlo llamado Carretera Estatal 12-B de Carolina del Sur. Llevaba un vaquero descolorido, zapatos de faena sucios Georgia Giant y una sudadera tan holgada que le llegaba a los muslos. Era un regalo de Luke, encargada por internet. En el pecho, en letras doradas, se leía: EL AVESTER. Tim no había llegado a conocer a Avery Dixon, pero se alegraba de llevar la sudadera. Tenía el rostro muy bronceado. Catawba no había sido una auténtica granja desde hacía diez años, pero aún quedaba media hectárea de huerto detrás del granero, y era la época de cosecha.

Llegó al buzón, lo abrió, empezó a sacar el habitual correo basura (en esos tiempos nadie recibía correo auténtico, por lo visto) y de pronto se quedó inmóvil. El estómago, en perfecto estado mientras bajaba hacia allí, pareció contraérsele. Se acercaba un coche, que aminoró y se detuvo. No tenía nada de particular; era un simple Chevrolet Malibu, embadurnado de polvo rojizo y con el habitual salpicón de bichos aplastados en la calandra. No era un vecino

—Tim conocía los coches de todos ellos—, pero podría haber sido un vendedor o alguien perdido que necesitaba indicaciones. Solo que no lo era. Tim no sabía quién era el hombre al volante, pero había estado esperándolo. Por fin había llegado.

Tim cerró el buzón y se llevó una mano a la espalda, como para reacomodarse el pantalón. Notó que el cinturón seguía en su sitio, como también el arma, una Glock que en otro tiempo había pertenecido a un ayudante de sheriff pelirrojo llamado Taggart Faraday.

El hombre apagó el motor y se apeó. Vestía unos vaqueros mucho más nuevos que los de Tim —conservaban las rayas de la tienda— y una camisa blanca abotonada hasta el cuello. Poseía un rostro agraciado y a la vez anodino, una contradicción que podía parecer imposible hasta que uno veía a un hombre como ese. Tenía los ojos azules y el cabello de un rubio nórdico. De hecho, era casi como lo había imaginado la difunta Julia Sigsby. Dio los buenos días a Tim y este le devolvió el saludo con la mano todavía en la espalda.

—Usted es Tim Jamieson. —El visitante le tendió la mano.

Tim la miró, pero no se la estrechó.

—Sí. ¿Y usted quién es?

El rubio sonrió.

—Digamos que soy William Smith. Es el nombre que consta en mi permiso de conducir. —«Smith» sonó normal, «consta» también, pero «permiso» sonó *permizo*. Un ceceo, aunque leve—. Llámeme Bill.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Smith?

El hombre que se hacía llamar Bill Smith —un nombre tan anónimo como su sedán— entornó los ojos bajo el sol de primera hora de la mañana, con una ligera sonrisa, como si se planteara varias respuestas posibles a esa pregunta, todas ellas agradables. Luego volvió a mirar a Tim. Mantenía la sonrisa en los

labios, pero no en los ojos.

—Podríamos dar muchos rodeos, pero seguro que tiene usted por delante un día ajetreado, así que no le robaré más tiempo del necesario. Empezaré asegurándole que no he venido a causarle el menor problema, así que si lo que tiene en la espalda es un arma en lugar de un picor, puede dejarla donde está. Estaremos de acuerdo, creo, en que ya ha habido tiroteo más que suficiente en esta parte del mundo para un año entero.

Tim se planteó preguntar al señor Smith cómo lo había encontrado, pero ¿para qué molestarse? No debía de haber sido muy difícil. Catawba Farm pertenecía a Harry y a Rita Gullickson, que se habían mudado a Florida. Su hija llevaba tres años vigilando la vieja casa familiar. ¿Quién mejor que una ayudante de sheriff?

Bueno, una *antigua* ayudante de sheriff y, de hecho, aún recibía un salario del condado, al menos por el momento, pero costaba saber cuál era su cometido. Ronnie Gibson, ausente la noche de la irrupción del pelotón de la señora Sigsby, se había convertido en la sheriff en funciones del condado de Fairlee, pero nadie sabía durante cuánto tiempo se prolongaría esa situación; se hablaba de trasladar la comisaría a la cercana localidad de Dunning. Y Wendy nunca había tenido madera para calzarse las botas de un agente del orden sobre el terreno.

—¿Dónde está la agente Wendy? —preguntó Smith—. ¿En la casa, quizá?

—¿Dónde está Stackhouse? —replicó Tim—. Eso de la agente Wendy debe de habérselo dicho él, porque la tal Sigsby está muerta.

Smith se encogió de hombros, se metió las manos en los bolsillos traseros del vaquero nuevo, se meció sobre los talones y miró alrededor.

—Vaya, vaya, esto es precioso, ¿eh? —«Precioso» le salió *precioso*, pero el ceceo era ciertamente muy leve, casi inexistente.

Tim decidió no insistir en lo de Stackhouse. Era evidente que no llegaría a

ninguna parte y, además, Stackhouse era agua pasada. Tal vez estuviera en Brasil; tal vez en Argentina o Australia; tal vez muerto. A Tim le traía sin cuidado. Y el hombre del ceceo tenía razón; no había ninguna necesidad de andarse con rodeos.

—La ayudante Gullickson está en Columbia, en una vista a puerta cerrada en relación con el tiroteo del verano pasado.

—Supongo que dará una versión que la gente del comité se tragará.

Tim no tenía interés en confirmar esa suposición.

—También asistirá a unas reuniones donde se examinará el futuro de las fuerzas del orden del condado de Fairlee, ya que los matones que usted envió eliminaron a la mayor parte.

Smith abrió las manos.

—Las personas con quienes trabajo y yo no tuvimos nada que ver con eso. La señora Sigsby actuó por propia iniciativa.

«Quizá sea verdad pero a la vez no lo sea —podría haber dicho Tim—. Actuó así porque los temía a usted y a las personas con quienes trabaja.»

—Tengo entendido que George Iles y Helen Simms se han marchado —dijo el señor Smith. «Simms» le salió *Simmz*—. El joven señor Iles se ha ido a vivir a California con un tío suyo; la señorita Simms, a Delaware con sus abuelos.

Tim no sabía de dónde había sacado el hombre ceceante esa información —Norbert Hollister se había ido hacía tiempo, el motel DuPray, ya cerrado, tenía el cartel de SE VENDE delante, donde probablemente seguiría mucho tiempo —, pero la información era correcta. Tim nunca había esperado pasar inadvertido, habría sido una ingenuidad; sin embargo, no le gustó que el señor Smith supiera tanto sobre los niños.

—Eso significa que Nicholas Wilholm y Kalisha Benson siguen aquí. Y Luke Ellis, por supuesto. —La sonrisa reapareció, más débil—. El

responsable de todas nuestras desgracias.

—¿Qué quiere, señor Smith?

—Muy poco, en realidad. Ya llegaremos a eso. Entretanto, permítame que lo felicite. No solo por su valentía, que quedó de manifiesto la noche que irrumpió en el Instituto prácticamente solo, sino también por la cautela que la agente Wendy y usted han demostrado después. Han estado repartiéndolos, ¿verdad? Iles primero, más o menos un mes después de volver a Carolina del Sur. La niña, Simms, dos semanas más tarde. Los dos con la versión de que los secuestraron por razones desconocidas, los retuvieron durante un período de tiempo desconocido en paradero desconocido y luego los pusieron en libertad... también por razones desconocidas. Usted y la agente Wendy se las arreglaron para organizar todo eso mientras se hallaban también bajo vigilancia.

—¿Cómo sabe todo eso?

Esta vez fue el hombre ceceante quien no contestó, pero daba igual. Tim supuso que al menos parte de la información procedía directamente de los periódicos e internet. El regreso de niños secuestrados era siempre noticia.

—¿Cuándo se irán Wilholm y Benson?

Tim se paró a pensar y decidió responder:

—Nicky se marcha el viernes. A Nevada, con sus tíos. Su hermano ya está allí. No le entusiasma irse, pero comprende que no puede quedarse aquí. Kalisha estará con nosotros una o dos semanas más. Tiene una hermana, doce años mayor, en Houston. Kalisha está deseando reencontrarse con ella. —Eso era verdad y a la vez no lo era. Al igual que los demás, Kalisha padecía de estrés postraumático.

—¿Y sus versiones se sostendrán cuando la policía las someta a examen?

—Sí. Sus versiones son muy sencillas y además, por supuesto, todos temen lo que podría pasarles si dijeran la verdad. —Tim guardó silencio por un

momento—. Aunque tampoco es que fueran a creerlos.

—¿Y el joven señor Ellis? ¿Qué me dice de él?

—Luke se queda conmigo. No tiene parientes cercanos ni ningún sitio adonde ir. Ya ha vuelto a sus estudios. Lo tranquilizan. Está pasándolo mal, señor Smith. Pasándolo mal por la pérdida de sus padres, por la pérdida de sus amigos. —Se interrumpió y miró con severidad al rubio—. Sospecho que también lo pasa mal por la infancia que ustedes le han robado.

Esperó a que Smith respondiera. Smith calló, así que Tim prosiguió:

—Con el tiempo, si podemos elaborar una versión razonablemente hermética, continuará desde el punto donde lo dejó. La doble matrícula en Emerson y el MIT. Es un niño muy inteligente. —Como ustedes bien saben, pensó, aunque no hizo falta añadirlo—. Señor Smith, ¿acaso le importa?

—No mucho —contestó Smith. Se sacó un paquete de American Spirits del bolsillo del pecho—. ¿Fuma?

Tim negó con la cabeza.

—Yo rara vez —dijo el señor Smith—, pero me he sometido a un tratamiento de logopedia para el ceceo, y me permito uno como recompensa cuando consigo controlarlo en una conversación, en especial una larga e intensa, como la que estamos manteniendo. ¿Ha notado usted mi ceceo?

—Es muy leve.

El señor Smith asintió, aparentemente complacido, y encendió el cigarrillo. Se percibió un olor dulce y fragante en el aire fresco de la mañana. Un olor que parecía hecho para una tierra tabaquera, como era aún aquella zona, aunque no Catawba Farm desde los años ochenta.

—Espero que esté usted seguro de que ninguno de los cinco dirá ni mu, como suele decirse. Si alguno habla, los cinco sufrirán las consecuencias. A pesar del lápiz USB que supuestamente usted tiene. No toda mi... gente... cree que de verdad exista.

Tim sonrió sin enseñar los dientes.

—No sería muy prudente que su... gente... pusiera a prueba esa idea.

—Digamos que entiendo su razonamiento. Aun así, no sería nada sensato que esos niños hablaran sobre sus aventuras en los bosques de Maine. Si está usted en contacto con el señor Iles y la señorita Simms, quizá convendría que se lo trasmitiese. O quizá Wilholm, Benson y Ellis puedan comunicarse con ellos por otros medios.

—¿Se refiere a la telepatía? Yo no contaría con eso. Están volviendo a la normalidad, a ser como antes de que ustedes los capturaran. Lo mismo con la telequinesia. —Decía a Smith lo que los niños le habían dicho a él, pero Tim no acababa de creérselo. Lo único que sabía con certeza era que aquel horrendo zumbido no había vuelto a oírse—. ¿Cómo lo encubrieron, Smith? Siento curiosidad.

—Y seguirá sintiéndola —contestó el rubio—. Pero le diré que no fue *zolo* el complejo de Maine el que reclamó nuestra atención. Había otros veinte Institutos en otras partes del mundo y ninguno sigue operativo. Dos de ellos, en países donde a los niños se les inculca obediencia casi desde que nacen, aguantaron unas seis semanas y después se produjeron suicidios en masa en los dos. —La palabra le salió *zuicidioz*.

¿Suicidios en masa o asesinatos en masa?, se preguntó Tim, pero no tenía intención de sacar el tema. Cuanto antes se librara de ese individuo, mejor.

—Ese Ellis... con su ayuda, en gran medida con su ayuda, nos ha arruinado. Sin duda queda melodramático, pero es la verdad.

—¿Cree que me importa? —preguntó Tim—. Ustedes estaban matando niños. Si existe un infierno, ahí irán a parar.

—Mientras usted, señor Jamieson, cree indudablemente que irá el cielo, en el supuesto de que exista un sitio así. Y vaya usted a saber, igual tiene razón. ¿Qué Dios daría la espalda a un hombre que acude al rescate de unos jóvenes

indefensos? Si se me permite tomar prestado de Cristo en la cruz, será perdonado porque no sabía lo que hacía. —Tiró el cigarrillo a un lado—. Pero le diré una cosa. Es para lo que he venido, con el consentimiento de mis socios. Gracias a usted y a Ellis, el mundo está ahora en riesgo de suicidio. —Esta vez pronunció la palabra limpiamente.

Tim calló y se limitó a esperar.

—El primer Instituto, aunque no tenía ese nombre, estaba en la Alemania nazi.

—¿Por qué será que no me sorprende? —dijo Tim.

—¿Y por qué ha de ser tan moralista? Los nazis conocían la fisión nuclear antes que Estados Unidos. Crearon antibióticos que se utilizan todavía hoy. Digamos que más o menos inventaron la ciencia espacial moderna. Y ciertos científicos alemanes realizaron experimentos en percepción extrasensorial con el apoyo entusiasta de Hitler. Descubrieron, casi por casualidad, que grupos de niños con ciertas dotes eran capaces de conseguir que ciertas personas conflictivas (obstáculos para el progreso, podríamos decir) dejaran de ser conflictivas. Esos niños dejaron de ser útiles en 1944, porque no existía ningún método seguro, ningún método científico, para encontrar sustitutos cuando se convertían, por usar el argot del Instituto, en vegetales. La prueba más eficaz para establecer la capacidad psíquica latente llegó más tarde. ¿Sabe cuál es esa prueba?

—El FNDC. Factor Neurotrófico Derivado del Cerebro. Luke me dijo que era el indicador.

—Sí, es un niño listo, desde luego. Muy listo. Ahora todos los implicados lamentan no haberlo dejado en paz. Su FNDC ni siquiera era muy alto.

—Imagino que Luke también lamenta que no lo dejaran ustedes en paz. A él y a sus padres. Y ahora ¿por qué no va al grano y dice lo que tenga que decir?

—De acuerdo. Antes y después del final de la Segunda Guerra Mundial

hubo conferencias. Si recuerda algo de la historia del siglo XX, sabrá alguna cosa al respecto.

—Recuerdo la de Yalta —dijo Tim—. Roosevelt, Churchill y Stalin se reunieron básicamente para repartirse el mundo.

—Sí, esa es la famosa, pero en Río de Janeiro tuvo lugar la reunión más importante, y no participó ningún gobierno... a menos que quiera llamar al grupo allí reunido, y a sus sucesores a lo largo de los años, algo así como gobierno en la sombra. Ellos... *nosotros* sabíamos lo de los niños alemanes y nos propusimos buscar más. Allá por 1950 comprendíamos la utilidad del FNDC. Se crearon los Institutos, uno a uno, en lugares aislados. Se depuraron las técnicas. Llevan en activo más de setenta años y, según nuestros cálculos, han salvado al mundo del holocausto nuclear más de quinientas veces.

—Eso es absurdo —dijo Tim con aspereza—. Un chiste.

—No lo es. Permítame ponerle un ejemplo. En el momento en que los niños se sublevaron en el Instituto de Maine, sublevación que se propagó como un virus a todos los demás Institutos, habían empezado ya a trabajar para provocar el suicidio de un evangelista llamado Paul Westin. Gracias a Luke Ellis, ese hombre todavía vive. Dentro de diez años se convertirá en estrecho colaborador de un caballero cristiano que llegará a ser secretario de Defensa de Estados Unidos. Westin convencerá al secretario de que la guerra es inminente, el secretario convencerá al presidente y eso finalmente tendrá como resultado un ataque nuclear preventivo. Un único misil dirigido a una base terrorista, pero podría ser la primera pieza del dominó en caer. Esa parte no está al alcance de nuestras previsiones.

—Es imposible que ustedes sepan una cosa así.

—¿Cómo cree que elegíamos a nuestros objetivos, señor Jamieson? ¿Acaso piensa que los sacábamos de un sombrero?

Tim frunció el ceño. Nunca se lo había planteado.

—Telepatía, supongo —dijo por fin.

El señor Smith parecía un maestro paciente con un alumno torpe.

—La TQ mueve objetos y la TP lee el pensamiento, pero ninguna es capaz de predecir el futuro. —Volvió a sacar el tabaco—. ¿Seguro que no quiere uno?

Tim negó con la cabeza.

Smith encendió el cigarrillo.

—Los niños como Luke Ellis y Kalisha Benson son poco comunes, pero hay otras personas aún menos comunes. Más preciosas que el metal más precioso. ¿Y qué es lo mejor de ellas? Sus aptitudes no disminuyen con la edad ni destruyen las mentes de los usuarios.

Tim percibió un movimiento con el rabillo del ojo y se volvió. Luke había bajado por el camino de acceso. En la cuesta, más arriba, Annie Ledoux sostenía sobre el brazo una escopeta abierta. La flanqueaban Kalisha y Nicky. Smith no había visto aún a ninguno de ellos; contemplaba a lo lejos, en el aire brumoso, el pequeño pueblo de DuPray y las relucientes vías de ferrocarril que lo atravesaban.

Annie pasaba ahora mucho tiempo en Catawba Hill. La fascinaban los niños y, al parecer, ellos disfrutaban de su compañía. Tim la señaló y luego dio unas palmadas en el aire: mantén tu posición. Ella asintió y se quedó donde estaba, vigilante. Smith seguía admirando la vista, que ciertamente era magnífica.

—Pongamos que hay otro Instituto, uno muy pequeño, uno muy *especial* donde todo es de primera clase y alta tecnología. Nada de ordenadores obsoletos ni infraestructuras ruinosas; se encuentra en un lugar totalmente seguro. Otros Institutos existen en lo que consideramos territorio hostil, pero no es el caso de este. No hay tasers ni inyecciones ni castigos. No hay necesidad de someter a los residentes de este Instituto especial a experiencias cercanas a la muerte, como la cisterna de inmersión, para ayudarlos a abrirse a

sus aptitudes más profundas.

»Pongamos que está en Suiza. Podría no ser allí, pero es una posibilidad. *Está* en territorio neutral, porque muchas naciones están interesadas en conservarlo y en que siga funcionando sin contratiempos. Muchísimas. Actualmente hay en ese lugar seis invitados muy especiales. Ya no son niños; a diferencia de los TP y TQ de los diversos Institutos, sus aptitudes no menguan y desaparecen alrededor de los veinte años. Dos de esas personas son, de hecho, muy mayores. Sus niveles de FNDC no están en correlación con sus aptitudes muy especiales; en ese sentido son únicos y, por tanto, muy difíciles de encontrar. Buscábamos sin cesar sustitutos, pero ahora esa búsqueda se ha detenido, porque aparentemente ya no sirve de nada.

—¿Qué son esas personas?

—Prescis —dijo Luke.

Smith giró en redondo, sobresaltado.

—Vaya, Luke, hola. —Sonrió, pero retrocedió un paso al mismo tiempo. ¿Tenía miedo? Eso pensó Tim—. Prescis, exacto.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Tim.

—Prescientes —explicó Luke—. Gente capaz de ver el futuro.

—Bromeas, ¿no?

—Yo no y él, tampoco —contestó Smith—. Podríamos describir a esas seis personas como nuestra LAT, una sigla en desuso procedente de la guerra fría que significa «Línea de Alerta Temprana». O si prefiere un concepto más actualizado, son nuestros drones, que vuelan al futuro y señalan los lugares donde se desencadenarán grandes conflictos. Nos concentramos en impedir solo los mayores. El mundo ha sobrevivido porque hemos sido capaces de adoptar esas medidas proactivas. En el proceso han muerto miles de niños, pero se ha salvado a *miles de millones* de niños. —Se volvió hacia Luke y sonrió—. Tú lo entiendes, naturalmente: es una deducción bastante sencilla.

Según tengo entendido, eres también un genio de las mates, así que estoy seguro de que comprendes la ratio coste-beneficio. Puede que no te guste, pero lo comprendes.

Annie y sus dos jóvenes custodios habían reanudado el descenso por la pendiente, pero esta vez Tim no se molestó en detenerlos. Se lo impidió la estupefacción que sentía ante lo que estaba oyendo.

—Lo de la telepatía me lo trago y lo de la telequinesia me lo trago, pero ¿presciencia? ¡Eso no es científico, eso es un número de feria!

—Le aseguro que no —repuso Smith—. Nuestros prescis detectaban los objetivos. Los TQ y los TP, trabajando en grupo para potenciar su poder, los eliminaban.

—La presciencia existe, Tim —intervino Luke en voz baja—. Incluso antes de huir del Instituto, ya sabía que tenía que tratarse de eso. Estoy casi seguro de que Avery también lo sabía. Era la única posibilidad lógica. He estado leyendo sobre el tema desde que llegamos aquí, todo lo que he podido encontrar. Las estadísticas son prácticamente irrefutables.

Kalisha y Nicky se acercaron a Luke. Miraron con curiosidad al hombre rubio que se hacía llamar Bill Smith, pero ninguno de los dos habló. Annie se quedó detrás de ellos. Llevaba puesto el sarape, pese a que hacía calor, y parecía más que nunca una pistolera mexicana. Le brillaban los ojos y tenía en ellos una expresión alerta. Los niños la habían cambiado. Tim no creía que fuese por su poder; a largo plazo, provocaba lo contrario de una mejora. Pensaba que se debía solo al trato entre ellos, o quizá al hecho de que los niños la aceptaban tal como era. Fuera cual fuese la razón, Tim se alegraba por ella.

—¿Lo ve? —dijo Smith—. Su genio residente confirma mis palabras. Nuestros seis prescis, que durante un tiempo fueron ocho, y en una época, en los años setenta, se redujeron a cuatro, un tiempo temible, buscan

constantemente a determinados individuos a los que llamamos «bisagras». Son los ejes sobre los que puede girar la puerta de la extinción humana. Las bisagras no son agentes de destrucción, sino «vectores» de destrucción. Westin era una de esas bisagras. En cuanto los descubrimos, los investigamos, estudiamos sus antecedentes, los vigilamos, los grabamos en vídeo. Finalmente los entregamos a los niños de los distintos Institutos, que los eliminan, de una manera u otra.

Tim meneaba la cabeza.

—No me lo creo.

—Como ha dicho Luke, las estadísticas...

—Las estadísticas pueden demostrar cualquier cosa. Nadie ve el futuro. Si usted y sus asociados realmente lo creen, no son una organización, son una secta.

—Yo tenía una tía que adivinaba el futuro —dijo Annie de pronto—. Una noche sus hijos querían ir a un bar musical y ella los obligó a quedarse en casa; hubo una explosión de propano. Ardieron veinte personas como ratones en una chimenea, pero sus hijos estaban en casa sanos y salvos. —Se interrumpió y después, como si acabara de ocurrírsele, añadió—: También sabía que Truman saldría elegido presidente y nadie se tragó una chorrada semejante.

—¿Supo lo de Trump? —preguntó Kalisha.

—Uy, llevaba mucho tiempo muerta cuando apareció ese capullo de la gran ciudad —contestó Annie.

Kalisha alzó una mano abierta y Annie le dio una ágil palmada.

Smith pasó por alto la interrupción.

—El mundo sigue ahí, Tim. Eso no es una estadística; es un hecho. Setenta años después de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki por el lanzamiento de las bombas atómicas, el mundo sigue ahí, pese a que muchas naciones tienen

armas nucleares, pese a que las primitivas emociones humanas continúan imponiéndose al pensamiento racional y a que la superstición disfrazada de religión guía aún el curso de la política humana. ¿Y eso a qué se debe? Porque lo hemos protegido, y ahora esa protección ya no existe. Eso es lo que consiguió Luke Ellis y usted participó.

Tim miró a Luke.

—¿Tú te lo crees?

—No —contestó Luke—. Y él tampoco, al menos no del todo.

Aunque Tim no lo sabía, Luke estaba pensando en la chica que le había preguntado por el problema de matemáticas en el selectivo, el que tenía que ver con el precio de la habitación del hotel de Aaron. Ella se había equivocado en la respuesta y, en este caso, pasaba lo mismo solo que a una escala mucho mayor: una mala respuesta derivada de una ecuación errónea.

—No dudo que te gustaría creer eso —dijo Smith.

—Annie tiene razón —contestó Luke—. Es verdad que algunas personas tienen flashes de presciencia, y puede que su tía fuera una de ellas. A pesar de lo que dice este hombre, y de lo que quizá crea en realidad, ni siquiera son tan poco comunes. Es posible que incluso tú, Tim, hayas tenido uno o dos, pero probablemente los llamas de otra manera. Intuiciones, tal vez.

—O corazonadas —apuntó Nicky—. En las series de televisión, los polis tienen corazonadas todo el tiempo.

—Las series de televisión no son la vida real —replicó Tim, pero también estaba recordando un hecho del pasado: su repentina decisión, sin ninguna razón real, de bajarse de un avión y viajar al norte en autostop.

—Lo que es una lástima —intervino Kalisha—. Me encanta *Riverdale*.

—La palabra «flash» se utiliza una y otra vez en los relatos sobre esos temas —continuó Luke—, porque eso es lo que parecen, algo semejante a un relámpago. Yo creo en eso, y creo que algunas personas pueden controlarlo.

Smith levantó las manos como si dijera: «Ahí tiene».

—Eso es precisamente lo que yo digo. —Solo que «eso» le salió *ezo*. El ceceo había aflorado de nuevo. A Tim le resultó interesante.

—Pero hay algo que no te está contando —añadió Luke—. Probablemente porque no le gusta contarle él mismo. A ninguno de ellos les gusta. De la misma manera que a nuestros generales no les gustaba decirnos que era imposible ganar la guerra de Vietnam, incluso cuando ya era evidente.

—No sé de qué estás hablando —dijo Smith.

—Sí lo sabe —repuso Kalisha.

—Lo sabe —confirmó Nicky.

—Mejor será que lo reconozca, caballero —intervino Annie la Huérfana—. Estos niños le leen el pensamiento. Tiene su gracia, ¿no?

Luke se volvió hacia Tim.

—Cuando estuve seguro de que el motor de todo esto tenía que ser la presciencia y accedí a un ordenador de verdad...

—Uno que no requiere fichas para usarlo, eso quiere decir —aclaró Kalisha.

Luke le dio un codazo.

—Calla un momento, ¿quieres?

Nicky sonrió.

—Cuidado, Sha, Lukey se está enfadando.

Ella se rio. Smith no. Había perdido el control de esa conversación con la llegada de Luke y sus amigos, y su expresión —labios apretados, cejas contraídas— indicaba que no estaba acostumbrado a eso.

—Cuando accedí a un ordenador de verdad —prosiguió Luke—, apliqué una distribución de Bernoulli. ¿Sabe qué es eso, señor Smith?

El hombre rubio negó con la cabeza.

—Sí lo sabe —dijo Kalisha con una expresión jocosa en los ojos.

—Pues sí —convino Nicky—. Y no le gusta. La distribución como se llame no es su amiga.

—La distribución de Bernoulli es una forma precisa de expresar probabilidades —explicó Luke—. Se basa en la idea de que para ciertos sucesos empíricos existen dos resultados posibles, como al lanzar una moneda o al predecir el ganador de un partido de fútbol americano. Los resultados pueden expresarse como p para el resultado positivo y n para el resultado negativo. No lo aburriré con los detalles, pero uno al final obtiene un resultado booleano que expresa claramente la diferencia entre sucesos aleatorios y no aleatorios.

—Eso, no nos aburras con la parte fácil —dijo Nicky—, tú ve al grano.

—El lanzamiento de una moneda es aleatorio. Los resultados del fútbol americano *parecen* aleatorios si se toma una muestra pequeña, pero si se toma una más grande, está claro que no lo son, porque intervienen otros factores. Entonces se convierten en una situación de probabilidad y, si la probabilidad de A es mayor que la probabilidad de B, en la mayoría de los casos ocurrirá A. Eso lo sabrás si alguna vez has apostado por un encuentro deportivo, ¿no?

—Claro —respondió Tim—. Pueden consultarse las probabilidades y el diferencial más previsible en el periódico.

Luke asintió.

—Es muy sencillo, en realidad, y cuando se aplica Bernoulli a las estadísticas de presciencia, surge una tendencia interesante. Annie, ¿cuánto tiempo tardó en producirse el incendio después de que tu tía percibiera esa onda cerebral que la indujo a retener a sus hijos en casa?

—Fue esa misma noche —contestó Annie.

Luke pareció complacido.

—Lo que lo convierte en un ejemplo perfecto. La distribución de Bernoulli muestra que los flashes de presciencia (o visiones, si prefieres llamarlos así)

tienden a ser más precisos cuando el suceso pronosticado va a ocurrir al cabo de apenas unas horas. Cuando el tiempo entre la predicción y el suceso pronosticado es mayor, la probabilidad de que la predicción se haga realidad empieza a decrecer. En cuanto pasa a ser una cuestión de semanas, prácticamente se sale de la tabla y p pasa a ser n .

Dirigió su atención al hombre rubio.

—Eso usted lo *sabe*, y las personas con quienes trabaja lo saben. Lo saben desde hace años. Décadas, de hecho. Por fuerza. Cualquier aficionado a las matemáticas con un ordenador puede aplicar una distribución de Bernoulli. Puede que no estuviera claro cuando ustedes empezaron con esto a finales de los años cuarenta o principios de los cincuenta, pero en los ochenta por fuerza lo sabían. Probablemente ya en los sesenta.

Smith cabeceó.

—Eres muy inteligente, Luke, pero no eres más que un niño todavía, y los niños se abandonan al pensamiento mágico; deforman la verdad hasta que esta se acomoda a lo que desean que sea verdad. ¿Crees que no hemos hecho pruebas para *demostrar* las aptitudes prescientes de nuestro grupo?

Su ceceo se agravaba por momentos.

—Realizamos nuevas pruebas cada vez que añadimos a un presci nuevo. Se les pide que predigan una serie de sucesos aleatorios como las llegadas con retraso de ciertos aviones, noticias como la muerte de Tom Petty, el referéndum del Brexit, el paso de algunos vehículos por determinados cruces, incluso. El historial de aciertos, aciertos *registrados*, se remonta a hace casi tres cuartos de siglo.

Trez cuartos de ziglo.

—Pero sus pruebas siempre se centran en sucesos que van a ocurrir *pronto* —intervino Kalisha—. No se moleste en negarlo, lo veo en su cabeza como un letrero de neón. Además, es lógico. ¿De qué sirve una prueba si no pueden

determinar los resultados de aquí a cinco o diez años?

Cogió a Nicky de la mano. Luke dio un paso atrás para acercarse a ellos y cogió la mano de Kalisha. Y en ese momento Tim volvió a oír el zumbido. Era leve, pero ahí estaba.

—El congresista Berkowitz estaba exactamente donde nuestros prescis dijeron que estaría el día que murió —adujo Smith—, y esa predicción se había hecho un año antes.

—Vale —respondió Luke—, pero han designado como objetivos a algunas personas, por ejemplo Paul Westin, basándose en predicciones sobre lo que va a ocurrir dentro de diez, veinte o incluso veinticinco años. Saben que no es fiable, saben que puede ocurrir cualquier cosa que encauce a las personas y los sucesos en los que participan en una dirección distinta, algo tan trivial como no atender una llamada telefónica, pero ustedes siguen adelante igualmente.

—Digamos que tienes algo de razón —respondió Smith—. Pero ¿acaso no es mejor prevenir que curar? —*Digamoz. Ez*—. ¡Piensa en las predicciones que se han cumplido, luego piensa en las posibles consecuencias de no hacer nada!

Annie había recuperado un gramo de cordura, quizá incluso dos.

—¿Cómo puede estar seguro de que las predicciones se harán realidad si mata a las personas a las que se refieren? —preguntó—. Eso no lo entiendo.

—Tampoco lo entiende él —aseguró Luke—, pero no puede soportar la idea de haber matado a tanta gente por nada. Ni él ni ninguno de los suyos.

—«Tuvimos que destruir la aldea para salvarla» —añadió Tim—. ¿No dijo alguien eso sobre Vietnam?

—Si insinúas que nuestros prescis han estado tomándonos el pelo, inventándose...

—¿Puede estar seguro de que no es así? —replicó Luke—. Tal vez no de

una forma consciente, pero... allí disfrutaban de una buena vida, ¿no? Muy cómoda. No como la que nosotros teníamos en el Instituto. Y quizá sus predicciones son auténticas en el momento en que las hacen. Aun así, no toman en consideración los factores aleatorios.

—O a Dios —añadió Kalisha de pronto.

Smith —que había estado jugando a Dios desde hacía Dios sabía cuánto— reaccionó a esto con una sonrisa irónica.

—Usted entiende lo que estoy diciendo, sé que lo entiende —dijo Luke—. *Hay demasiadas variables.*

Smith guardó silencio un momento y contempló el paisaje.

—Sí, tenemos matemáticos —contestó finalmente—, y sí, la distribución de Bernoulli ha salido en informes y análisis. Desde hace años, de hecho. Así que digamos que tienes razón. Digamos que nuestra red de Institutos no ha salvado al mundo de la destrucción nuclear quinientas veces. ¿Y si son cincuenta? ¿O cinco? ¿No seguiría valiendo la pena?

—No —respondió Tim en voz muy baja.

Smith lo miró como si estuviera loco.

—¿No? ¿Ha dicho que *no*?

—La gente cuerda no sacrifica a niños en el altar de la probabilidad. Eso no es ciencia; es superstición. Y creo que ya es hora de que se marche.

—Lo reconstruiremos todo —aseguró Smith—. Si nos queda tiempo, claro, ahora que el mundo va cuesta abajo como el cochecito de un niño sin una mano que lo guíe. También he venido para decírselo y para prevenirlos. Nada de entrevistas. Nada de artículos. Nada de post en Facebook o Twitter. La mayoría de la gente se reiría, en todo caso, pero nosotros nos lo tomaríamos muy en serio. Si quieren asegurarse la supervivencia, *guarden silencio.*

El zumbido cobraba volumen y, cuando Smith se sacó el American Spirits del bolsillo de la camisa, le temblaba la mano. Tim observó ese detalle con

interés. El hombre que había salido del anodino Chevrolet era una persona segura de sí misma y con control de la situación. Acostumbrada a dar órdenes y a que estas se cumplieran en el acto. El que tenía ante sí en ese momento, el del pronunciado ceceo y manchas de sudor en las axilas de la camisa, no era ese mismo hombre.

—Me parece que será mejor que se vaya, hijo —recomendó Annie sin alzar la voz. Quizá incluso amablemente.

A Smith se le cayó el paquete de tabaco de la mano. Cuando se agachó para recogerlo, el paquete se escabulló, pese a que no soplaba viento.

—Fumar es malo para la salud —dijo Luke—. No necesita a un presci para que le diga lo que pasará si no lo deja.

El limpiaparabrisas del Malibu se puso en marcha. Los faros se encendieron.

—Yo me iría —aconsejó Tim—. Ahora que aún está a tiempo. Usted está cabreado por cómo acabó todo, eso lo entiendo, pero ni se imagina lo cabreados que están estos niños. Ellos estaban en la zona cero.

Smith regresó a su coche y abrió la puerta. Después señaló a Luke con un dedo.

—Crees lo que quieres creer. Eso hacemos todos, joven señor Ellis. A su debido tiempo tú mismo lo descubrirás. Y a tu pesar.

Se alejó, y los neumáticos traseros del coche levantaron una nube de polvo que flotó hacia Tim y los demás... y de pronto se desvió hacia un lado, como por efecto de una ráfaga de viento que nadie percibía.

Luke sonrió, pensando que George no habría podido hacerlo mejor.

—Más nos valdría habernos deshecho de él —observó Annie con toda naturalidad—. Hay espacio de sobra para un cuerpo al fondo del huerto.

Luke suspiró y negó con la cabeza.

—Hay otros. Él es solo la cabeza visible.

—Además —añadió Kalisha—, entonces seríamos como *ellos*.

—Aun así... —comentó Nicky como si fantaseara con la posibilidad. No dijo nada más, pero Tim no necesitó leerle el pensamiento para interpretar el resto: *Habría estado bien*.

2

Tim esperaba que Wendy volviera de Columbia a la hora de la cena, pero llamó para avisar de que tenía que pasar la noche allí. Habían programado para la mañana siguiente una reunión más sobre el futuro de las fuerzas del orden del condado de Fairlee.

—Por Dios, ¿es que esto no va a acabar nunca? —preguntó Tim.

—Estoy casi segura de que será la última reunión. Como ya sabes, es una situación complicada, y la burocracia lo empeora más aún. ¿Todo en orden por ahí?

—Todo perfecto —respondió Tim, con la esperanza de que así fuera.

Para cenar, preparó una olla enorme de espaguetis; Luke hizo una salsa boloñesa; Kalisha y Nicky colaboraron en la ensalada. Annie había desaparecido, como solía ocurrir.

Comieron bien. La conversación fue amena y se rieron mucho. Después, cuando Tim sacaba una tarta de Pepperidge Farm de la nevera, sosteniéndola en alto como el camarero de una ópera bufa, vio que Kalisha lloraba. Nick y Luke la rodeaban con los brazos, pero no pronunciaban palabras de consuelo (al menos que Tim pudiera oír). Se los veía pensativos, en un estado de introspección. Con ella, pero quizá no del todo con ella; absortos tal vez en sus propias preocupaciones.

Tim dejó la tarta.

—¿Qué te pasa, K? Seguro que ellos lo saben, pero yo no. Ayuda, pues, a un hermano.

—¿Y si ese hombre dice la verdad? ¿Y si tiene razón y Luke se equivoca? ¿Y si el mundo se acaba dentro de tres años, o de tres *meses*, porque no estamos ahí para protegerlo?

—No me equivoco —repuso Luke—. Tienen matemáticos, pero yo soy mejor. No es fanfarronear si es la verdad. ¿Y qué ha dicho de mí? ¿Eso del pensamiento mágico? También puede aplicarse a ellos. No soportan la idea de estar equivocados.

—¡No puedes estar seguro! —exclamó ella—. Lo oigo en tu cabeza, Lukey, ¡no estás del todo seguro!

Luke, sin negarlo, se limitó a clavar la mirada en el plato.

Kalisha alzó la vista en dirección a Tim.

—¿Y si aciertan *una sola vez*? ¡Entonces nosotros seremos los responsables!

Tim vaciló. No quería pensar que lo que iba a decir a continuación pudiera tener una gran influencia en cómo viviera esa niña el resto de su vida, no deseaba en modo alguno asumir esa responsabilidad, pero temía que, aun así, la tendría. Los niños también escuchaban. Escuchaban y esperaban. Él carecía de poderes psíquicos, pero sí tenía un poder: era la persona mayor. El adulto. Ellos querían que les dijera que no había un monstruo debajo de la cama.

—No lo serás tú. Ninguno de vosotros. Ese hombre no ha venido para advertiros que debéis callar; ha venido a envenenaros la vida. Eso no lo permitas, Kalisha. No lo permitáis ninguno de vosotros. Como especie, estamos creados para hacer una cosa por encima de todas las demás y vosotros la habéis hecho.

Tendió ambas manos y limpió las lágrimas de las mejillas de Kalisha.

—Habéis sobrevivido. Habéis utilizado vuestro amor y vuestro ingenio y

habéis sobrevivido. Ahora comamos un poco de tarta.

3

Llegó el viernes y le tocó marcharse a Nicky.

Tim y Wendy se quedaron con Luke, observando mientras Nicky y Kalisha se alejaban abrazados por el camino de acceso. Wendy lo llevaría en coche hasta la estación de autobuses de Brunswick, pero los tres entendían que los otros dos necesitaban —y merecían— pasar un rato juntos antes de eso. Para despedirse.

—Repasémoslo —había dicho Tim una hora antes, después de un almuerzo que Nicky y Kalisha apenas probaron.

Tim y Nicky habían salido al porche de atrás mientras Luke y Kalisha fregaban los platos.

—No hace falta —insistió Nicky—. Lo he pillado, tío. De verdad.

—Igualmente —dijo Tim—. Es importante. De Brunswick a Chicago, ¿vale?

—Vale. El autobús sale a las siete y cuarto de esta tarde.

—¿Con quién hablas en el autobús?

—Con nadie. No llamo la atención.

—¿Y cuando llegues allí?

—Llamo a mi tío Fred desde el muelle, el Navy Pier. Porque ahí es donde me han dejado los secuestradores. El mismo sitio donde dejaron a George y a Helen.

—Pero tú eso no lo sabes.

—No, no lo sé.

—¿Conoces a George y a Helen?

—Nunca he oído hablar de ellos.

—¿Y quiénes son las personas que te raptaron?

—No lo sé.

—¿Qué querían?

—No lo sé. Es un misterio. No abusaron de mí, no me hicieron preguntas, no oí a ningún otro niño, no sé una mierda. Cuando la policía me interrogue, no añado nada.

—Exacto.

—Al final, la poli desiste, y yo sigo camino a Nevada y vivo feliz para siempre con mis tíos y Bobby. —Bobby era el hermano de Nick, que estaba durmiendo en casa de un amigo la noche que se llevaron a Nick.

—¿Y cuando te enteres de que tus padres han muerto?

—Primera noticia. Y no te preocupes. Lloraré. No será exagerado. Ni será falso. Confía en mí. ¿Podemos darlo por zanjado?

—Casi. Primero relaja un poco los puños. Los que tienes al final de los brazos y los que tienes en la cabeza. Dale una oportunidad a ese «feliz para siempre».

—No será fácil, tío. —Las lágrimas brillaron en los ojos de Nicky—. Nada fácil, joder.

—Ya lo sé —contestó Tim, y se arriesgó a abrazarlo.

Nick se dejó abrazar, primero de forma pasiva, después devolvió el abrazo. Con fuerza. Tim pensó que era un comienzo y pensó que el chico saldría del paso por más preguntas que la policía le hiciese, por más veces que le dijeran que aquello no tenía sentido.

George Iles era el que más preocupaba a Tim en lo referente a añadir cosas; el crío era un parlanchín de la vieja escuela y un embellecedor nato. No obstante, Tim creía —*esperaba*— haberle inculcado por fin el mensaje: con lo que no sabías ibas sobre seguro; con lo que añadías podías meter la pata.

Nick y Kalisha se abrazaban junto al buzón al pie del camino de acceso, donde el señor Smith los había acusado con su ceceo, tratando de sembrar culpabilidad en unos niños cuyo único objetivo había sido seguir vivos.

—La quiere de verdad —dijo Luke.

Sí, pensó Tim, y tú también.

Pero Luke no era el primer chico que descubría que era el elemento sobrante en un triángulo amoroso, ni sería el último. ¿Y era «amoroso» la palabra correcta? Luke era muy inteligente, pero a la vez tenía solo doce años. Los sentimientos por Kalisha serían como una fiebre pasajera, aunque de nada habría servido decírselo. Se acordaría, no obstante, tal como Tim se acordaba de la niña que lo traía loco a los doce años (ella tenía dieciséis y estaba a años luz de él). Del mismo modo que Kalisha recordaría a Nicky, el chico guapo que había plantado cara.

—Ella también te quiere a ti —aseguró Wendy en un susurro, y dio un ligero apretón a Luke en la nuca quemada por el sol.

—No de la misma manera —dijo Luke, pesaroso, aunque después sonrió—. Qué más da, la vida sigue.

—Mejor será que traigas el coche —indicó Tim a Wendy—. Ese autobús no va a esperar.

Wendy fue a por el coche. Luke bajó con ella hasta el buzón y se colocó junto a Kalisha. Los dos se despidieron del coche cuando se alejaba. Nicky asomó la mano por la ventanilla y les devolvió el saludo. Al cabo de un momento se perdieron de vista. En el bolsillo superior derecho —el menos accesible para un carterista de estación— llevaba setenta dólares en efectivo y una tarjeta telefónica. En el zapato escondía una llave.

Luke y Kalisha subieron juntos por el camino de acceso. Hacia la mitad, Kalisha se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. Tim empezó a bajar, pero cambió de idea. Eso era misión de Luke. Y la asumió: rodeó a

Kalisha con los brazos. Como ella era más alta, apoyó su cabeza en la de él, no en su hombro.

Tim oyó el zumbido, apenas un leve murmullo. Estaban hablando, pero él no oía lo que decían, y mejor así. No se dirigían a él.

4

Al cabo de dos semanas le tocó marcharse a Kalisha, no a la estación de autobuses de Brunswick, sino a la de Greenville. Llegaría a Chicago ya tarde al día siguiente y llamaría a su hermana, que vivía en Houston, desde el Navy Pier. Wendy le había regalado un pequeño monedero de cuentas. Contenía setenta dólares y una tarjeta telefónica. En una zapatilla llevaba una llave, idéntica a la de Nicky. El dinero y la tarjeta podían robárselos; la llave, jamás.

Abrazó a Tim con fuerza.

—No es agradecimiento suficiente por lo que has hecho, pero no tengo nada más.

—Con eso basta —respondió Tim.

—Espero que el mundo no se acabe por nuestra culpa.

—Voy a decirte esto por última vez, Sha: si alguien aprieta el gran botón rojo, no serás tú.

Ella esbozó una sonrisa.

—Cuando estábamos todos juntos al final, teníamos un gran botón rojo con el que poner fin a todos los grandes botones rojos. Y apetecía apretarlo. Eso es lo que me obsesiona. Lo mucho que apetecía.

—Pero eso ha terminado.

—Sí. Todo queda atrás, y me alegro. Nadie debería tener un poder como ese, y menos unos niños.

Tim pensó que algunas de las personas que podían apretar el gran botón rojo *eran* niños, de mente aunque no de cuerpo, pero no lo dijo. Kalisha tenía por delante un futuro desconocido e incierto, y eso ya asustaba más que suficiente.

La chica se volvió hacia Luke y metió la mano en el monedero nuevo.

—Tengo una cosa para ti. La llevaba en el bolsillo cuando salimos del Instituto y no me había dado cuenta. Quiero que te la quedes tú.

Lo que le dio fue un paquete de tabaco arrugado. En la cara delantera, un vaquero hacía girar un lazo. Encima se leía la marca: CIGARRILLOS DE CHOCOLATE ROUND-UP; y debajo: ¡FUMA COMO PAPÁ!

—Solo quedan unos trozos —dijo—. Rotos y probablemente pasados...

Luke se echó a llorar. Esta vez fue Kalisha quien lo rodeó con los brazos.

—No, cielo —dijo—. No. Por favor. ¿Quieres partirme el corazón?

5

Cuando Kalisha y Wendy se fueron, Tim preguntó Luke si quería jugar una partida de ajedrez. El niño negó con la cabeza.

—Creo que voy a salir un rato atrás, a sentarme debajo de ese árbol grande. Me siento vacío por dentro. Nunca me he sentido tan vacío.

Tim asintió.

—Volverás a llenarte, créeme.

—Supongo que no me quedará más remedio. Tim, ¿crees que alguno de ellos tendrá que utilizar esas llaves?

—No.

Las llaves abrían una caja de seguridad de un banco de Charleston. Esta contenía lo que Maureen Alvorson había dado a Luke. Si algo ocurría a

cualquiera de los niños que habían abandonado Catawba Farm —o a Luke, Wendy o Tim—, uno de ellos viajaría a Charleston y abriría la caja. Tal vez fueran todos ellos, si algo del vínculo forjado en el Instituto perduraba.

—¿Creería alguien lo que aparece en el lápiz USB?

—Annie desde luego —respondió Tim, sonriente—. Ella cree en los fantasmas, los ovnis, la transmigración de las almas, lo que quieras.

Luke no le devolvió la sonrisa.

—Sí, pero ella es un poco... ya me entiendes, supersticiosa. Aunque ahora que se ve tanto con el señor Denton, está mejor.

Tim enarcó a las cejas.

—¿Batería? ¿Qué me dices, *salen* juntos?

—Supongo, si sigue llamándose «salir» cuando las dos personas son viejas.

—¿Se lo has leído en el pensamiento?

Luke esbozó una sonrisa.

—No. He vuelto a lo de antes, y ya solo puedo mover bandejas de pizza y pasar las hojas de un libro. Me lo ha dicho ella. —Luke se quedó pensativo—. Y supongo que no he hecho mal en contártelo. Tampoco es que me haya obligado a jurar que guardaré el secreto.

—Vaya por Dios. En cuanto al lápiz USB, ¿sabes que uno puede tirar de un hilo suelto y deshacer un jersey entero? Creo que ese lápiz USB podría cumplir esa función. En él aparecen niños a los que la gente reconocería. Muchos. Se abriría una investigación. Y cualquier posibilidad que tuviera la organización de ese tipo ceceante de reiniciar su programa se iría al garete.

—De todos modos, dudo que lo consiga. A lo mejor él creía que sí, pero era solo más pensamiento mágico. El mundo ha cambiado mucho desde los años cincuenta. Oye, voy a... —Señaló vagamente hacia la casa y el jardín.

—Claro, ve.

Luke se alejó con la cabeza gacha; más que caminar, se arrastraba.

Tim casi lo dejó marchar, pero de pronto cambió de idea. Alcanzó a Luke y lo sujetó por el hombro. Cuando el niño se volvió, Tim lo abrazó. Había abrazado a Nicky —demonios, los había abrazado a todos, a veces cuando despertaban de una pesadilla—, pero ese abrazo significó más. Ese abrazo significó muchísimo, al menos para Tim. Deseaba decir a Luke que era valiente, quizá el niño más valiente fuera de un libro de aventuras infantiles. Deseaba decir a Luke que era fuerte y honrado, y que sus padres estarían orgullosos de él. Deseaba decir a Luke que lo quería. Pero no hubo palabras, tal vez ni hacían falta. Como tampoco telepatía.

A veces un abrazo era telepatía.

6

En la parte de atrás, entre el pequeño porche y el jardín, crecía un viejo roble palustre magnífico. Luke Ellis —en otro tiempo de Minneapolis, Minnesota, en otro tiempo amado por Herb y Eileen Ellis, en otro tiempo amigo de Maureen Alvorson, y de Kalisha Benson, y de Nick Wilholm, y de George Iles— se sentó al pie. Apoyó los antebrazos en las rodillas encogidas y miró en dirección a la cordillera que la agente Wendy llamaba Montaña Rusa.

También en otro tiempo amigo de Avery, pensó. Fue Avery quien en realidad los sacó de allí. Si hubo un héroe, no fui yo. Fue el Avester.

Luke se sacó el paquete de cigarrillos arrugado del bolsillo y extrajo un trozo. Se acordó de cuando había visto a Kalisha por primera vez, sentada en el suelo con uno de esos entre los labios. *¿Quieres uno?* —había preguntado ella—. *En tu estado de ánimo, un poco de azúcar puede venirte bien. A mí siempre me ayuda.*

—¿Tú que crees, Avester? ¿Me vendrá bien en mi estado de ánimo?

Luke masticó el chocolate. Le sentó bien, aunque no supo por qué; desde luego no tenía nada de científico. Echó un vistazo al interior del paquete y vio otros dos o tres trozos. Podía comérselos ya, pero tal vez fuera mejor esperar.

Mejor reservar algunos para más tarde.

NOTA DEL AUTOR

Lector Constante, permíteme unas breves palabras sobre Russ Dorr.

Lo conocí hace más de cuarenta años —bastante más— en la localidad de Bridgton, en Maine, donde era el único auxiliar médico en un centro de asistencia con un equipo de tres doctores. Él atendía la mayor parte de los problemas médicos menores de mi familia, desde una gastroenteritis hasta las otitis de los niños. Para la fiebre, su ocurrente solución solía ser los líquidos transparentes: «solo ginebra y vodka». Me preguntó a qué me dedicaba, y le dije que escribía novelas y relatos, en su mayoría de terror sobre fenómenos psíquicos, vampiros y otros monstruos diversos.

«Lo siento, pero yo no leo esas cosas», contestó, sin saber ni él ni yo que con el tiempo acabaría leyendo todo lo que yo escribiera, normalmente en manuscrito y a menudo mientras tenía varias obras en marcha. Aparte de mi mujer, él fue el único que vio mis textos antes de estar totalmente vestidos y listos para el primer plano.

Empecé a hacerle preguntas, primero sobre cuestiones de medicina. Fue Russ quien me contó que la gripe cambia de año en año, con lo que cada nueva vacuna queda obsoleta (eso lo utilicé en *La danza de la muerte*). Me proporcionó una lista de ejercicios para evitar el deterioro de los músculos en pacientes comatosos (eso lo utilicé en *La zona muerta*). Con mucha paciencia, me explicó cómo contraían los animales la rabia y cómo evolucionaba la

enfermedad (para *Cujo*).

Sus atribuciones se ampliaron y, cuando abandonó la práctica de la medicina, pasó a ser mi ayudante de investigación a jornada completa. Visitamos juntos el Depósito de Libros Escolares de Texas para 22/11/63 — libro que, literalmente, habría sido incapaz de escribir sin él— y, mientras yo absorbía el ambiente del lugar (buscando fantasmas... y encontrándolos), Russ sacó fotografías y tomó medidas. Cuando fuimos al teatro Texas, donde capturaron a Lee Harvey Oswald, fue Russ quien preguntó qué pasaban aquel día (una sesión doble que incluía *Grito de batalla* y *La guerra es un infierno*).

En *La cúpula* reunió un sinfín de información sobre el microecosistema que yo intentaba crear, desde la capacidad de los generadores eléctricos hasta la duración de las provisiones, pero aquello de lo que más se enorgullecía surgió cuando le pregunté si se le ocurría algún medio de suministro de aire para mis personajes —una especie de botellas de submarinismo— que durara unos cinco minutos. Lo necesitaba para el clímax de la novela y no encontraba solución. Tampoco Russ la encontró, hasta que un día, en un atasco de tráfico, echó un buen vistazo a los coches que lo rodeaban.

«Neumáticos —me dijo—. Los neumáticos contienen aire. Estará viciado y sabrá mal, pero sería respirable.» Así que, queridos lectores, acabaron siendo neumáticos.

Las huellas de Russ están por todas partes en el libro que acabas de leer, desde las pruebas de FNDC en recién nacidos (sí, real, aunque un poco adaptado a la narración) hasta la forma de crear gas venenoso a partir de productos domésticos (no probéis eso en casa, niños). Él revisó cada línea y cada hecho, ayudándome a avanzar hacia lo que siempre ha sido mi objetivo: presentar lo imposible de manera verosímil. Era un hombre corpulento, rubio y ancho de hombros al que le gustaban los chistes, la cerveza y tirar cohetes el

Cuatro de Julio. Crio a dos hijas maravillosas y acompañó a su mujer a lo largo de su prolongada enfermedad terminal. Trabajábamos juntos, pero era también mi amigo. Teníamos personalidades afines. No discutimos ni una sola vez.

Russ murió de un fallo renal en otoño de 2018, y lo echo muchísimo de menos. Por supuesto cuando necesito información (últimamente han sido los ascensores y los iPhones de primera generación), pero mucho más cuando me olvido de que se ha ido y pienso: «Eh, tendría que llamar a Russ o mandarle un e-mail, para ver qué tal van las cosas». Este libro está dedicado a mis nietos, porque básicamente trata de niños, pero es en Russ en quien pienso ahora que lo termino. Es muy duro dejar ir a los viejos amigos.

Te echo de menos, compañero.

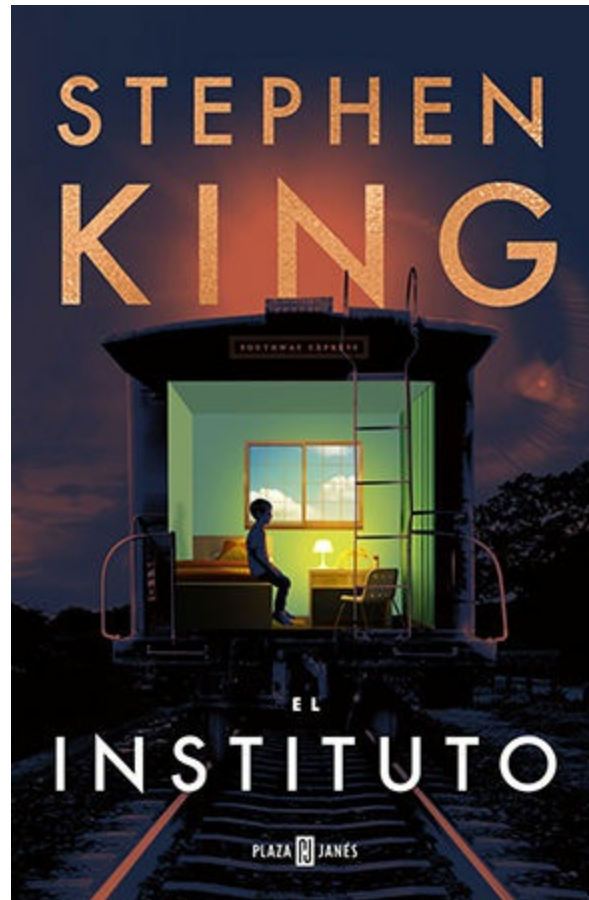
Antes de marcharme, Lector Constante, debo expresar mi agradecimiento a los sospechosos habituales: Chuck Verrill, mi agente; Chris Lotts, que se ocupa de los derechos extranjeros y que encontró una docena de formas distintas de decir «¿Me oyes?»; Rand Holsten, que se encarga de los contratos para el cine (últimamente ha habido muchos); y Katie Monaghan, la responsable de la publicidad en Scribner. Y vaya mi *enorme* gratitud a Nan Graham, que revisó un libro con muchas partes movedizas, escenas paralelas y docenas de personajes. Por su aportación, este es un libro mejor. También necesito dar las gracias a Marsha DeFilippo, Julie Eugley y Barbara MacIntyre, que atienden las llamadas, conciertan las citas y me procuran esas horas vitales que utilizo para escribir cada día.

Por último, pero desde luego no menos importante, doy las gracias a mis hijos —Naomi, Joe y Owen— y a mi mujer. Si se me permite tomar prestada una frase de George R. R. Martin, ella es mi sol y mis estrellas.

17 de febrero de 2019

**= SE RECLUTAN NIÑOS CON MENTES
PRODIGIOSAS =**

**La nueva e inquietante novela del maestro Stephen
King.**



En mitad de la noche, en un barrio tranquilo de Minneapolis, raptan a Luke Ellis, de doce años, tras haber asesinado a sus padres. Una operación que dura menos de dos minutos.

Luke se despierta en la siniestra institución conocida como El Instituto, en una habitación que se asemeja a la suya pero sin ventanas. En habitaciones

parecidas hay otros niños: Kalisha, Nick, George, Iris y Avery Dixon, entre otros, que comparten capacidades especiales como telequinesia o telepatía. Todos ellos se alojan en la Mitad Delantera de la institución. Los mayores, en cambio, se encuentran en la Mitad Trasera. Como dice Kalisha: «Allí entras pero no sales».

La señora Sigsby, la directora, y el resto del personal se dedican a aprovecharse sin compasión del talento paranormal de los chicos. Si te portas bien te premian. Si no, el castigo es brutal. Luke se da cuenta de que las víctimas van desapareciendo y son trasladadas a la Mitad Trasera, así que se obsesiona con escapar y pedir ayuda. Pero nunca nadie ha escapado de El Instituto...

Deudora de *Ojos de fuego* y con un elenco de personajes juveniles (como en *It* y en *Stand By Me*) con los que podemos empatizar, *El Instituto* nos recuerda de inmediato al mejor King, incluso aunque trate temas tan oscuros como los que copan los titulares hoy en día y que nos hacen temer por nuestro futuro.

Stephen King es autor de más de cincuenta libros, todos *best seller* internacionales. Sus títulos más recientes son *El visitante*, *Bellas durmientes* (con su hijo Owen King), *El bazar de los malos sueños*, la trilogía «Bill Hodges», compuesta por *Mr Mercedes*, *Quien pierde paga* y *Fin de guardia*; y *Doctor Sueño*.

Su novela *22/11/63* (convertida en serie de televisión en Hulu) fue elegida por *The New York Times Book Review* como una de las diez mejores novelas de 2011 y por *Los Angeles Times* como la mejor novela de intriga del año. Sus libros de la serie «La Torre Oscura» e *It* han sido adaptados al cine.

Le han sido concedidos los premios 2018 PEN America Literary Service Award, 2014 National Medal of Arts y 2003 National Book Foundation Medal for Distinguished Contribution to American Letters.

Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.

Título original: *The Institute*

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2019, Stephen King

Publicado por acuerdo con el autor, representado por The Lotts Agency, Ltd.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Carlos Milla Soler, por la traducción

Diseño de portada: Will Staehle / Unusual Corporation

Imagen de portada: Tren por Ayrat A / Shutterstock, Niño por Kosmos111/ Shutterstock, Habitación por Koksharov Dmitry/ Shutterstock y Vías De Tren por Karin Claus / Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02236-4

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El instituto

El sereno

El niño listo

Pinchazos por puntos

Maureen y Avery

La fuga

El infierno espera

El infierno es esto

El teléfono grande

El hombre ceceante

Nota del autor

Sobre este libro

Sobre Stephen King

Créditos